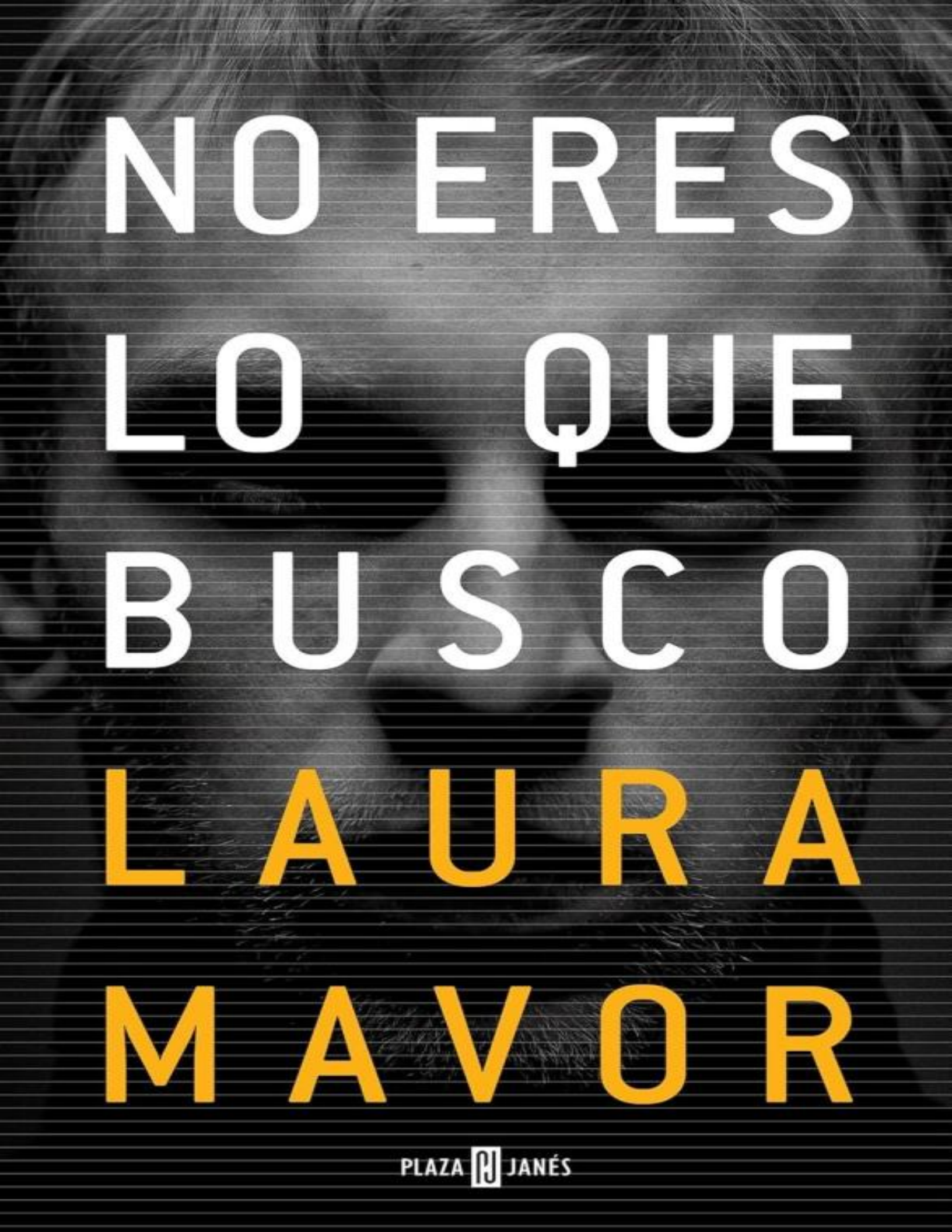

NO ERES
LO QUE
BUSCO
LAURA
MAVOR
PLAZA JANÉS

LAURA MAVOR

NO ERES
LO QUE BUSCO

PLAZA JANÉS

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

¡¡FINDER!!

(FAIN-DER)

LA APLICACIÓN #1 PARA ENCONTRAR A TU PERSONA IDEAL

Seas como seas. Busques lo que busques. Una media naranja, un amigo o una amiga para pasar un buen rato juntos… ¡No importa! FINDER es tu aplicación. Una red social exclusiva para personas como tú: sin complejos y con ganas de aventura.

FINDER. Más rápida, más sexy y más sencilla que cualquier otra que hayas probado antes.
FINDER. Conoce tanta gente como quieras, estés donde estés. Busca personas solteras con tus mismos gustos y aficiones.
FINDER. Cientos de chicos y chicas de tu estilo para elegir. Gay o Hetero, Hipster o Muppie, It Girl o Fister… ¡Crea tu perfil en menos de un minuto y empieza a disfrutar!
FINDER. Guarda a tus preferidos y bloquea a los que no te gusten. Intercambia fotos, charla con otras personas. Es fácil. Es rápido ¡Y es muy divertido!
FINDER. Usa nuestros filtros avanzados para encontrar a tu alma gemela.
FINDER. Totalmente confidencial. Puedes eliminar cualquiera de tus chats, y todos los mensajes o fotos que hayas enviado quedarán borrados por completo.
FINDER. ¿A qué esperas para vivir una experiencia intensa?
DISPONIBLE PARA ANDROID-APPLE-WINDOWS PHONE.

1
Me gustan los deportes de riesgo

Santarés, provincia de Castellón,
viernes, 24 de abril

Telma salió de su ensimismamiento cuando Eduardo II le sacudió un rodillazo en los huevos a lord Gaveston.

El conde de Cornualles, un chaval con la cara plagada de acné, se llevó la mano a la entrepierna con un quejido agónico. Tenía el rostro tan congestionado por el dolor que cada uno de sus granos parecía a punto de reventar.

—¡Te dije que nada de meter la lengua, puto asqueroso! —ladró el rey Eduardo.

Telma suspiró. Candela era una buena chica. Su aspecto andrógino y su habilidad para memorizar frases la hacían la elección perfecta para descargar sobre sus hombros el rol protagonista de la obra, el del rey Eduardo. Por desgracia, la chica tenía muy mal pronto. Un par de meses atrás, había tenido que cumplir tres semanas de trabajos sociales por clavarle un compás en el brazo a una compañera de instituto. Para Telma, como directora de escena,

eso no era del todo un inconveniente: todo buen actor debe saber mostrar su garra.

—Está bien, chicos —dijo Telma, con tono sosegado—. ¿Qué es lo que ha ido mal?

Candela señaló a lord Gaveston, aún angustiado por su estado genital. El resto de los actores, despatarrados por las butacas del salón de actos a la espera de su intervención, se reían a carcajadas.

—¡Este imbécil, que ha querido comerme los morros!

El actor que interpretaba a Gaveston se llamaba Ali, y era de padres argelinos. En su momento a Telma le pareció buena idea darle el papel de conde de Cornualles, amante del rey, a un chico con marcados rasgos norteafricanos. Le resultó muy rompedor. Cada vez se arrepentía más de su decisión. Ali era un pésimo actor, y también bastante obtuso.

—¡Se supone que nos tenemos que besar en esta escena! —protestó el chico.

—Tienes razón, Ali —repuso Telma, siempre serena. El secreto para tratar con aquellos chicos era aparentar en todo momento tener el caballo bien sujeto por las riendas—. Y la clave de toda buena actuación es vivir el personaje con intensidad. Pero supongo que en este caso habría sido más adecuado un poco menos de Marlon Brando y un poco más de John Gielgud.

Ali la miró con expresión bobalicona.

—¿Qué…?

—Que no le vuelvas a meter la lengua a tu compañera de reparto a menos que ella te lo permita, o recibirás muchas más patadas en tu zona masculina, ¿ha quedado claro?

Los chicos corearon con una carcajada. Candela incluso aplaudió un par de veces. Ali se retiró del escenario con la actitud de un perro apaleado.

Telma echó un vistazo a su reloj. Ya eran casi las siete. Se levantó de la butaca desde donde dirigía la escena y empezó a recoger sus múltiples bártulos para meterlos dentro de un enorme bolso de estilo marroquí, decorado con abalorios y trozos de espejo.

—De acuerdo, chicos, se acabó por hoy. Nos veremos el lunes y, por favor, repasad la escena quinta del acto tercero. El próximo día empezaremos por ahí.

Los chicos comenzaron a marcharse mientras Telma plegaba algunas sillas del escenario que habían utilizado a modo de atrezo. Sólo por mantener la mente ocupada, calculó mentalmente cuánto quedaba para el estreno. Apenas un par de meses; ojalá fuera tiempo suficiente para lograr que aquella panda de jóvenes y adolescentes desmotivados pareciera un grupo teatral decente. Telma tampoco pedía milagros: le bastaba con que todos ellos se supieran el papel. Y que a lord Gaveston no se le ocurriera de nuevo propasarse con su Eduardo II… si es que aspiraba a tener hijos en un futuro.

Mientras apagaba las luces del salón de actos y salía a la calle, hacía cábalas sobre cuántos de sus actores se tomarían la molestia de echarle un vistazo al texto durante el fin de semana. Quizá tres o cuatro, sólo aquellos que demostraban verdadero afán por ofrecer algo más de lo que se esperaba de ellos, los que Telma llamaba «sus buenos chicos». El resto, aunque fuese políticamente incorrecto decirlo en voz alta (y Telma jamás lo haría), no era más que carne de reformatorio, aquellos que estaban en el Grupo de Teatro Juvenil

Social por orden de un juez o porque, sencillamente, era el único sitio donde nadie les gritaría, pegaría o trataría de violarlos durante al menos un par de horas. Una mierda, sí, pero es que la vida era una mierda dura y seca, Telma lo sabía muy bien.

El centro social donde Telma trabajaba de voluntaria era una institución creada por el nuevo alcalde y su equipo de gobierno. La idea era que sirviese como lugar en el que chicos y chicas con un entorno complicado y en riesgo de exclusión pudieran llevar a cabo actividades productivas y de ocio. No sólo se impartían talleres de teatro, sino también de jardinería, baile moderno, pintura y otra serie de artes y oficios.

Un amplio sector de los habitantes del pueblo habían recibido la apertura del centro social con franca hostilidad, tal y como atestiguaban las pintadas con las que a veces amanecían las paredes del edificio. Mensajes como NO QUEREMOS DELINCUENTES, SANTARÉS LIMPIO DE GENTUZA o LARGAOS A UN REFORMATORIO, CERDOS indicaban que aunque Santarés era un pequeño pueblo, su concentración de odio e ignorancia era muy intensa.

Ya en la calle, Telma se sumergió en las insondables profundidades de su bolso marroquí para buscar las llaves del coche. No encontró las llaves, pero sí un paquete blando de cigarrillos, casi hecho una bola. Sacó uno y se lo encendió con gestos ávidos.

Estaba nerviosa.

Siguió andando y se topó de bruces con Miquel, director del centro y también concejal de Cultura de Santarés. No por primera vez, Telma pensó que era demasiado joven para ser director de ningún sitio, y aún más para ser concejal. El nuevo equipo de gobierno del

pueblo estaba lleno de caras jóvenes, todos con pinta de hippies trasnochados.

En fin, ella misma tenía aspecto de reliquia contracultural, con su pelo de rastas, sus bolsos marroquíes y sus caftanes; pero, para su desgracia, distaba mucho de ser joven.

Miquel le regaló una sonrisa a modo de saludo. Era un hombre guapo. Con su barba descuidada y su media melena semejaba vagamente a uno de esos dibujos de «Jesús es tu buen amigo» de los libros de catequesis, el tipo de hombre que a Telma le resultaba atractivo. Telma lamentaba no haberlo conocido en la época en que sus pechos aún eran capaces de desafiar la ley de la gravedad. No lo habría dejado escapar.

—¿Cómo va todo en el grupo de teatro? —preguntó el joven—. ¿Ya están listos para el estreno?

—Cristo, ni por asomo —dijo Telma, en un arranque de sinceridad. Luego decidió endulzarlo un poco—. Pero son buenos chicos y están muy entregados. Confío en ellos.

—Me alegro. Siempre es difícil que los jóvenes de ese perfil mantengan el interés por una actividad. Precisamente esta mañana el profesor de mecánica se quejaba de que tenía la mitad de alumnos que cuando empezó el curso… ¿Cuál es tu secreto?

—Todo el mundo lo sabe, cariño: el teatro es mágico.

El problema de las bajas era endémico en los diferentes grupos de actividades del centro social. A menudo ocurría que los alumnos, simplemente, dejaban de asistir sin dar explicaciones. Las razones podían ser varias: aburrimiento, falta de motivación, reincidencia delictiva… Muchos de los chicos carecían de lazos familiares directos que se molestaran en aparecer por el centro para dar cuenta de la

baja o de sus motivos, y los profesores voluntarios tampoco tenían forma de contactar con ellos para preguntarles si, al menos, tenían previsto reengancharse a los grupos en un futuro.

A ojos del resto de los voluntarios del centro, Telma había tenido suerte: sólo tres chicos se esfumaron del grupo teatral desde que comenzó el curso. Algunos talleres, como el de danza contemporánea, estaban casi sin alumnos. Telma lo sabía muy bien porque durante los últimos meses sustituía a la profesora habitual, de baja por maternidad.

—Por cierto —dijo Miquel—, los de la reprografía me han dejado vuestros nuevos carteles. Los tengo en el despacho, ¿quieres llevártelos?

—No, gracias, ya les echaré un vistazo el lunes. —No le apetecía cargar con un montón de tubos de papel. No esa tarde—. ¿Los has visto?

—Sí.

—¿Y qué te parecen?

—No están mal, aunque me gustaban más los antiguos. Tenían más impacto.

—Lo sé, pero no quiero tener que estar limpiando ratas muertas y mierda de perro de los carteles hasta el día del estreno. Espero que la nueva versión sin hombres desnudos no hiera la sensibilidad de nadie.

Telma había ideado el diseño para el cartel de anuncio de la obra que estaba preparando con su grupo. Aunque *Eduardo II* de Christopher Marlowe era una vieja pieza de teatro isabelino, Telma deseaba que el cartel fuese moderno, incluso transgresor (el mensaje de la pieza le parecía, de hecho, muy actual, por eso la

eligió). En el diseño final aparecía la fotografía frontal de un hombre desnudo que se cubría púdicamente la entrepierna con las manos. La única prenda que llevaba puesta era una corona en la cabeza, y miraba hacia el espectador con una expresión de agonía que recordaba intencionadamente un gesto orgásmico. Telma estaba muy satisfecha con el resultado.

Por desgracia, los habituales energúmenos del pueblo no pensaban como ella. El cartel amaneció una mañana cubierto de excrementos de perro. Alguien había agujereado los ojos del modelo desnudo y escrito con pintura roja la palabra «sodomita» sobre su pecho. En la zona de los genitales habían clavado una rata muerta. Encantador.

—El problema no es el cartel —dijo Miquel—, es la obra. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Lo dices por lo del subtexto gay? ¡No me hagas reír! La mitad de la gente de este pueblo de mala muerte no tiene ni la más remota idea de quién era Eduardo II o qué hizo. No; lo que les molestaba era el tío en pelotas… Y este centro. Nos odian. Pero no me importa; tengo la piel muy dura.

—Me gusta tu espíritu. Ojalá en el ayuntamiento tuvieran tus mismas agallas. La mitad de los compañeros están acojonados por lo de esta noche.

—¿Esta noche? ¿Qué pasa esta noche?

—Arrancamos con el festival de cine, ¿no lo recuerdas?

Telma asintió con la cabeza. Fue idea del nuevo alcalde celebrar las primeras Jornadas de la Tolerancia de Santarés. El programa incluía un festival de cine LGTB en el que se proyectarían películas de temática homosexual en el salón de actos del ayuntamiento.

Aquella misma noche ofrecerían *Wilde*, una inocente y aséptica biografía de Oscar Wilde, con Stephen Fry en el papel estelar. Aburrida hasta el paroxismo, ésa sería la película más audaz del programa. No obstante, muchos en el pueblo habían reaccionado como si el ayuntamiento hubiera anunciado una velada a base de *snuff movies* y cine porno. Algunos concejales temían actos de vandalismo.

—¿Vendrás a la proyección? —preguntó Miquel—. Nos vendrá bien alguien con arrestos por si hay que montar barricadas.

Bromeaba, pero la sonrisa le salió un poco forzada.

—Me encantaría, pero no puedo. He quedado con alguien. De hecho, debería darme prisa si no quiero llegar tarde… —Telma volvió a rebuscar en el bolso—. Si antes encuentro las puñeteras llaves del coche.

—¿Te refieres a esas llaves que tienes en la mano?

Ella dejó escapar un taco. Ni siquiera era capaz de recordar en qué momento había cogido las llaves.

—No sé dónde tengo hoy la cabeza…

Miquel esbozó una sonrisa cortés.

—¿Por qué no venís al pase de la película? —preguntó luego—. Me refiero a ti y a la persona con la que has quedado. No nos vendrá mal tener a gente haciendo bulto.

—Oh, no sé si será posible… Planeábamos acercarnos a Benicàssim. Cenar un buen pescado, tomar alguna copa después, ya sabes… Es como una especie de… cita.

—Eh, eso suena muy bien —dijo el joven. Telma creyó percibir un leve tono de sorpresa en su voz, algún subtexto tipo «¿las mujeres

de tu edad todavía tienen citas?». O quizá sólo fueran imaginaciones suyas—. ¿Quién es él… o ella? ¿Alguien del centro?

—No. No creo que le conozcas. Es… un compañero de mis clases de yoga —respondió, de forma atropellada—. Disculpa, pero de verdad que debo marcharme. Nos vemos el lunes, ¿de acuerdo? Y mucha suerte con lo de esta noche.

—Gracias. —Miquel le guiñó un ojo—. Lo mismo digo.

Se separaron. Telma dio la vuelta al edificio del centro para dirigirse al aparcamiento. Allí estaba su coche, un Audi A1 de color rojo, con parabrisas panorámico. Quizá era un capricho un tanto excesivo, pero, qué diablos, ¿en qué otra cosa podía gastarse el dinero una mujer soltera, ya no tan joven, y con ingresos saneados? ¿Acaso lo de comprarse un coche nuevo y caro en plena crisis de madurez era un derecho exclusivamente masculino?

Al acercarse al vehículo vio un folio arrugado prendido en el limpiaparabrisas. «Arderás en el infierno, zorra bollera», ponía, escrito a mano. Otro encantador mensaje de algún vecino desquiciado. Telma arrancó el papel, lo estrujó en forma de bola y lo tiró al suelo con hartazgo.

—Que os jodan… —masculló, mientras entraba en el coche, dando un portazo—. Puede que un poco zorra, y a mucha honra, pero… ¿bollera? Por el amor de Dios…

¿Qué demonios le pasaba a la gente de aquel pueblo? Los carteles destrozados, las pintadas en la pared del centro, las notas en su limpiaparabrisas… Siempre es de esperar que en un núcleo rural haya gente que mire con antipatía cualquier atisbo progresista, pero aquello era demasiado; había auténtico odio en aquellos actos vandálicos. Telma no podía explicarse cuál era el origen de esa

inquina venenosa y anónima. En Santarés nadie la había insultado nunca a la cara, nadie le había dado en público muestras de desprecio o siquiera desdén, pero últimamente encontraba anónimos insultantes en el coche tan a menudo que ya casi ni le afectaban.

A veces tenía la impresión de que Santarés era como una botella de cerveza demasiado agitada, con la chapa a punto de reventar.

Mientras conducía hacia su destino, deseó que todo marchara bien esa noche durante la proyección en el ayuntamiento. Esperaba que aquél no fuera el día en que los fanáticos redactores de anónimos y destrozacarteles decidieran llevar las cosas más lejos.

Pensó que más tarde, si tenía ocasión, llamaría a Miquel para preguntar cómo iba todo por allí.

Al pensar en él se arrepintió de no haberle dicho que había conocido a su cita a través de Finder.

En Santarés mucha gente utilizaba Finder, Telma lo sabía. Casi todos los chicos del centro social eran usuarios habituales, incluso la profesora del taller de alfarería estaba enganchada a aquella cosa. Al tipo con el que salía de vez en cuando, un abogado de Castellón, lo había conocido por Finder y, según sus propias palabras, era un chico normal, no un fracasado ni un asesino en serie, y follaba como una máquina. Finder era la aplicación de moda. Todo el mundo la usaba. Todo el mundo estaba en ella.

Aunque lo cierto era que la media de edad de «todo el mundo» era de una cifra muy inferior a la que Telma lucía en su carnet de identidad.

Cuando habló con Miquel, había tenido miedo de que él pudiera reírse de ella en su fuero interno por concertar citas a través de una

aplicación de ligues, como una adolescente. Ahora le parecía una reticencia innecesaria e impropia de ella.

«No debí haberle mentido… ¿Por qué lo hice? Ha sido una estupidez.»

La idea empezó a volverse casi obsesiva. Telma sintió un gran alivio cuando el sonido del móvil la sacó de sus pensamientos.

El Audi tenía un sistema de manos libres para hablar por teléfono. En la pantalla del salpicadero comprobó que la llamada era de su agente literaria. Decidió ignorarla; no estaba de humor para charlar con ella en aquel momento.

Supuso que querría hablar de su próxima novela. La sola idea de comenzar una nueva la llenó de pereza. Hacía tiempo que el escribir le parecía una actividad tediosa y mecánica, un simple trabajo para hacer dinero.

Ya apenas recordaba la ilusión con la que escribió su primera novela ni lo mucho que se divirtió en el proceso. Era una historia sobre una chica llena de neuras que trata de labrarse un futuro como actriz, una mezcla bobalicona de comedia, novela rosa y erotismo más o menos explícito. Por algún motivo, el libro fue un éxito de ventas, tanto que la editorial insistió en convertirlo en una saga.

Telma había perdido la cuenta de la cantidad de novelas de usar y tirar que había escrito sobre la misma protagonista, ninguna de más de un par de cientos de páginas; pero sí tenía claro que, durante el proceso, se había desvanecido toda la empatía con su propio personaje. Aquella alocada y coqueta *it girl* de sus primeras novelas ahora se le antojaba una especie de ninfómana idiotizada. Quizá los

lectores también se habían dado cuenta de ello y eso explicaba la caída de ventas.

Puede que hubiera llegado el momento de concederle un final digno al personaje. Al fin y al cabo, ya ni siquiera lo necesitaba para pagar sus facturas.

No tuvo tiempo de darle más vueltas a aquella idea, pues ya estaba llegando a su destino: una pequeña urbanización a las afueras del pueblo.

Telma se acercó a la entrada, donde un guarda jurado vigilaba desde una garita. Al otro lado de la carretera de acceso, había un cartel con las palabras ELS PINS escritas en relieve. El cartel estaba sucio y oxidado, y la pintura verde de las letras, desconchada.

Els Pins no era una de las flamantes urbanizaciones turísticas que poblaban el litoral de Santarés, todas ellas levanta-das durante el *boom* turístico de los años noventa. Desde Els Pins ni siquiera se veía el mar y la playa quedaba lejos para ir a pie.

Allí sólo había un puñado de casitas de una sola planta, pequeñas, baratas y anticuadas. En una de ellas vivía Alexxx93. Era el nombre que figuraba en su perfil de Finder.

«Nadie se creería que yo podría llegar a tener una cita con un tipo llamado Alexxx93», pensó Telma. Al hacerlo, dejó escapar una risita nerviosa.

El corazón le retumbaba en el pecho cuando pasó junto a la garita del guarda, el cual apenas levantó los ojos de la revista que estaba leyendo para echarle un vistazo al Audi.

El número del *nickname* indicaba la fecha de nacimiento. Por lo tanto, Alexxx93 tenía veinticuatro tiernos años, casi un cuarto de siglo más joven que Telma. La mujer se imaginó la reacción de

Miquel si le hubiera dicho que estaba citada con un yogurín. Uno de verdad, como los que salen con las actrices maduras.

Se le escapó otra risita. Estaba cada vez más nerviosa.

«No hay nada raro en esto. Lo hacen miles de mujeres de tu edad —se dijo—. Cualquier persona lo encontraría natural.»

Telma no era una actriz de cine, pero, aunque madura (eso era innegable), todavía se sentía apetecible. Estaba delgada y en buena forma gracias al yoga. Tenía una piel bonita, aunque un poco pálida (era la maldición de las pelirrojas; a pesar de vivir en la costa, nunca se bronceaba, siempre se quemaba si estaba mucho tiempo al sol), y si bien ya era tarde para disimular las arrugas de expresión, lo compensaba con un par de ojos de alegre tono verdoso. En cuanto a sus tetas… en fin, eso ya era una batalla perdida, pero creía tener un trasero capaz de competir con el de cualquier treintañera.

Además, se consideraba una mujer interesante, con mucho mundo: escritora con algo de éxito, un poco bohemia, desinhibida, con conciencia social… En resumen, no veía nada raro en el hecho de que un chico de veinticuatro años pudiera encontrarla atractiva.

Quizá Alexxx93 era de esa clase de hombres a los que les atraen las mujeres maduras. En su perfil de Finder no lo especificaba, tan sólo había un par de datos intrascendentes junto a los espacios de «le gusta» y «no le gusta».

Según Finder, a Alexxx93 no le gustaba madrugar ni las despedidas. En cambio le gustaba el ruso blanco con vodka Belvedere y los deportes de riesgo. Lo segundo a Telma le parecía muy sugestivo… A todo el mundo le resultan atractivas las personas que practican deportes de riesgo: es propio de gente aventurera, audaz, y probablemente con un moldeado cuerpo de gimnasio.

Sin duda Alexxx93 podía presumir, al menos, de esto último. En un par de fotos de su perfil aparecía sin camiseta. Su tableta de chocolate y sus pectorales con forma de cuadrado perfecto combinaban muy bien con los colores de su rostro: ojos azules, sonrisa blanca. Era como el modelo de un pintor renacentista. Lánguido y masculino al mismo tiempo.

Telma pensó que a nadie podía extrañarle que tuviera una cita casi a ciegas con un hombre semejante. En todas sus fotos, Alexxx93 parecía sobrenaturalmente guapo.

La mujer detuvo el Audi frente a una de las casitas de la urbanización, la más pequeña y descuidada del vecindario. Bajó del vehículo y se dirigió hacia la puerta de una cerca que delimitaba un jardincito frente a la casa.

En aquella calle tan sólo había otras cuatro viviendas. Dos de ellas parecían deshabitadas. En otra, que estaba junto a la de Alexxx93, Telma vio una mujer en chándal. Con una manguera regaba el seto que separaba ambas parcelas.

La mujer miró a Telma con descaro. En su rostro se veía una clara expresión de recelo. Telma la calificó mentalmente en la categoría de «vecina fisgona». La saludó con un tímido movimiento de la mano, pero aquella mujer se quedó quieta junto a su seto, sin quitarle la vista de encima.

Tenía una cara muy desagradable, pequeña y ratonil. Hasta su pelo grisáceo y escaso parecía el de una rata. Miraba a Telma como si fuera una mendiga tratando de colarse en un hotel de lujo.

Ésta le dio la espalda y se puso a hurgar en su bolso, fingiendo buscar algo. Al cabo de un rato se dio la vuelta. La mujer seguía mirándola con sus ojillos de alfiler.

—Perdone, he quedado aquí con una persona que vive en esta casa… —dijo Telma, abruptamente. El escrutinio de aquella mujer hacía que sintiera la necesidad de justificar su presencia—. ¿Sabe si está dentro o…?

No supo cómo acabar la frase.

—Ni idea. No he visto a nadie.

—Bien… Esperaré un poco a ver si…

De nuevo el silencio. La mujer permaneció inmóvil, con su manguera y sus ojos de inquisidor clavados en Telma. De pronto, en tono seco, como si le causara una enorme molestia pronunciar cada palabra, soltó:

—¿Por qué no entra en el jardín y llama a la puerta?

—Sí. Buena idea… Eso haré… Gracias…

Telma se escabulló de la mujer hacia la entrada de la casa. Por alguna extraña razón, la puerta estaba abierta.

Miró a su espalda. La mujer había desaparecido. Quizá se había colado en su madriguera para espiar por los visillos de las ventanas. Telma aún podía sentir el escozor de su escrutinio sobre la espalda.

Sintiéndose cada vez más incómoda, Telma empujó un poco la puerta de la casa y asomó la cabeza.

—¿Hola…?

No parecía que hubiera nadie.

Se decidió a entrar.

Echó un vistazo a su alrededor. Se encontraba en un salón amplio con chimenea. La pintura blanca de la pared estaba ennegrecida alrededor de los interruptores de la luz y de los marcos de las puertas. En un rincón había un banco de pesas y, a su lado, un par de butacas de aspecto costroso colocadas frente a un enorme

televisor panorámico. Conectada al televisor vio una videoconsola en el suelo. No había más muebles.

—¿Alex…?

Silencio.

Telma caminó hacia un pasillo lateral. Al acercarse percibió un olor desagradable, como a carne rancia quemándose sobre una plancha. Se hacía más intenso a cada paso.

Fue en el acceso al pasillo donde encontró a Alex. Alexxx93, guapo, de veinticuatro años, aficionado a los deportes de riesgo.

Telma exhaló un grito y salió corriendo de la casa. Aún tenía aquel olor a carne quemada pegado en el paladar cuando llegó la policía.

2
Busco madura experimentada

A las nueve y media de la mañana del viernes, horas antes de que Telma acudiese a su encuentro con Alexxx93, un coche frenó en seco ante la puerta del cuartel de la compañía de la Guardia Civil de Santarés.

Los agentes que vigilaban la entrada dieron un respingo cuando aquel viejo Seat, que parecía fabricado con trozos de chatarra, se detuvo con el morro a punto de rozar el tronco de un alcornoque. Las ruedas produjeron un chirrido espantoso. Los agentes casi esperaron ver al conductor salir disparado por el parabrisas.

En vez de eso, se abrió de pronto una de las puertas delanteras y del interior del vehículo cayó una bolsa de plástico llena de manzanas verdes. Las piezas de fruta rebotaron y rodaron por el asfalto, mientras la radio del coche emitía a todo volumen una canción de Petula Clark.

When you're alone and life is making you lonely
you can always go downtown.
When you've got worries, all the noise and the hurry
seems to help, I know, downtown…[1]

La música tenía un penoso eco enlatado, como si saliera de un transistor viejo.

La mujer que iba al volante del coche apagó la radio de un manotazo. Para los dos mozos que vigilaban el cuartel fue todo un espectáculo ver cómo aquella señora oronda y enorme trataba de apearse del vehículo. Uno de los agentes se acercó para ayudarla.

—Quite, muchacho, puedo yo sola —dijo la mujer, de malas maneras—. Si quiere ser útil, hágame un favor y recoja las puñeteras manzanas. Acabo de comprarlas.

—Claro, señ… —Iba a decir «señora» cuando, de pronto, reparó en el distintivo que la mujer llevaba prendido en la gabardina. El agente se cuadró y se llevó la mano a la gorra—. A sus órdenes, mi teniente.

—No es ninguna orden, sólo un simple favor, hombre de Dios… —rezongó la mujer.

Salió del coche resoplando y mascullando improperios ininteligibles. Después cerró la puerta dándole un empujón con el trasero y se arregló un poco la gabardina que llevaba puesta. Era una prenda fea, color agua sucia y con arrugas por todas partes, como si acabaran de sacarla hecha una bola del fondo de un baúl. Con ella puesta, la mujer parecía aún más ancha de lo que ya era, igual que una tienda de campaña dotada de movimiento.

El agente le entregó una bolsa de plástico.

—Sus manzanas, mi teniente.

—Gracias. ¿Están todas?

—Un par de ellas han ido rodando debajo del coche.

—¿Dónde?

—Aquí. Creo que están por aquí…

La mujer chistó fastidiada. Se quitó la gabardina y se la dio al guardia. La prenda apestaba a tabaco.

—Sosténgame esto, ¿quiere? Los del tinte me cobran una fortuna cada vez que les dejo este harapo.

Antes de que el mozo pudiera reaccionar, la mujer se puso de rodillas y metió la cabeza debajo del coche. Por un segundo, los ojos del guardia quedaron fijos en su trasero, que parecía ocupar todo el campo de visión. Era de una grandeza hipnótica.

La mujer logró atrapar una de las manzanas y se incorporó. Con un par de manotazos se sacudió los restos de grava del busto. Tenía unos pechos enormes y blandos, como sacos de arena, los cuales, junto con aquel opulento trasero, dotaban a la mujer del mismo perfil que una de esas estatuillas primitivas dedicadas a las diosas de la fertilidad. Aun así, existía una curiosa armonía en sus proporciones, pues no daba la impresión de ser una mujer obesa. Más bien amplia. Rotunda. Como una imponente matrona.

La teniente dejó caer la manzana en la bolsa sin molestarse en limpiarla.

—Ya está, la otra no la alcanzo. —Puso los brazos en jarras y miró a su alrededor, con los ojos entornados—. Si tuviera un palo… —dijo, más bien para sí.

—Puedo… buscarle uno si quiere, mi teniente.

—No. Al diablo con la dichosa manzana. Ni siquiera me gustan, en realidad. Son como el tabaco. El médico me dijo que sería buena idea comerme una manzana cada vez que sintiera ganas de fumar. ¿Quiere saber el resultado? —preguntó a bocajarro.

«No lo sé… ¿quiero?», pensó el guardia, aturdido.

—Mi teniente…

—El resultado, hijo, es que ahora estoy enganchada al tabaco y a las manzanas Granny Smith. Ese matasanos me ha convertido en una yonqui de la fruta. ¿Dónde está el comandante?

—¿Qué…?

—¡El comandante, guardia, el comandante! —insistió la mujer—. ¿Ha llegado ya? ¿Está en su despacho? Déjelo. Lo encontraré yo misma. Ese vejestorio no podrá eludirme todo el día. Deme eso.

Le arrancó la gabardina de las manos al guardia y con ella colgando de un brazo y las manzanas del otro, entró en el cuartel con el ímpetu de un elefante a punto de arrollar al cazador.

El guardia resopló con lentitud. En aquel momento, pensó, no le gustaría estar en la piel del comandante.

Agitó la cabeza de un lado a otro y regresó a su puesto.

—¿Quién diablos era esa locomotora? —le preguntó a su compañero. Sólo llevaba un mes en aquel destino y no conocía a muchos de sus superiores—. ¿Y por qué no lleva uniforme?

—Los de su unidad no tienen por qué llevarlo siempre. Es la teniente Miranda.

—¿Qué unidad es ésa?

—Policía Judicial. Miranda Vega es la que está al mando.

El novato volvió a resoplar.

—¿Esa mujer es de la Policía Judicial?

Su compañero se encogió de hombros.

—Lleva aquí desde que yo recuerde —respondió—. De todas formas, no suele tener mucho trabajo. En este pueblo nunca pasa nada interesante.

Los dos guardias reanudaron su labor, esperando con ansia el relevo de una jornada que se presentaba tediosa, como de

costumbre.

Miranda estaba furiosa cuando abrió la puerta del despacho del jefe de la dotación. Su impulso fue irrumpir como una galerna en un islote, pero mantuvo la suficiente compostura como para respetar las ordenanzas.

—¿Da su permiso, mi capitán? —fue lo primero que dijo al entrar.

De inmediato cayó en la cuenta de su error. El jefe de la compañía ya era comandante desde la semana anterior. No obstante, Miranda no se corrigió; eran demasiados años dirigiéndose a él como «capitán Alejandro» como para cambiar las viejas costumbres. Además, tampoco le apetecía. No estaba de humor en aquel momento.

Desde su mesa, el capitán Alejandro (no, comandante; comandante Alejandro) la miró con expresión culpable, y eso casi hizo que Miranda se sintiera menos furiosa.

Casi.

El comandante tenía un rostro entrañable… y un tanto frutal. Su cabeza tenía la forma de una naranja y su nariz, la de una pera. «El Abuelo», como lo llamaban en la compañía, llevaba en aquel destino más tiempo que nadie. Sus subordinados lo respetaban más por su veteranía que por sus dotes de mando, las cuales eran más bien pobres. Sin duda era afable y laborioso, pero también de carácter flojo y caciquil. Apenas le quedaban un par de años para su retiro (su reciente ascenso era más un premio de jubilación que un reconocimiento a sus méritos), y si Miranda no la esperaba con ansia

era sólo porque no estaba segura de que fueran a sustituirlo por alguien con mejores cualidades.

Visiblemente turbado, el comandante carraspeó antes de hablar.

—Por supuesto, teniente, adelante…

—¿Has venido a traernos manzanas de tu huerto, teniente? —escuchó Miranda, a su izquierda.

Al volver la cabeza vio que había alguien más en el despacho. Era el teniente Campoy, jefe de la unidad del GEAS, el Grupo Especial de Actividades Subacuáticas. Encontrarlo en aquel despacho fue como descubrir un enorme y purulento grano en su frente al mirarse al espejo.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Miranda, con tono hostil—. Bien. Me alegro de que estés aquí, así puedo pedírtelo sin intermediarios: quiero lo que habéis sacado del puerto. Es mío.

El teniente Campoy esbozó una sonrisa de arrogancia.

—Lo siento, pero me temo que el comandante opina lo contrario.

—¿Eso es cierto?

El Abuelo se ruborizó.

—Bueno… Estaba flotando junto a uno de los muelles, en el puerto comercial. —En Santarés había dos puertos; el deportivo, que era grande, moderno y lleno de locales turísticos y de ocio, y el puerto comercial, más pequeño y mucho menos atractivo. Allí era donde atracaban las naves de transporte que cubrían rutas de importación y exportación de bienes a lo largo del Mediterráneo—. Fueron los muchachos del GEAS quienes lo encontraron, así que…

—Así que es nuestro —remató Campoy.

—De eso nada. Es un cadáver, y lo quiero. Es competencia de mi unidad.

—Estás en un error, Miranda. Déjame que te explique un par de conceptos básicos sobre competencias. —El teniente Campoy se puso la mano a la altura de los ojos, con la palma hacia abajo—. ¿Ves esto? Es la superficie del mar. Lo que hay encima de mi mano es vuestro, todo lo que hay debajo es de mis chicos. Podría pasarte las normativas para que lo compruebes, pero creo que de esta forma lo entenderás mejor.

—Lo único que veo debajo de la palma de tu mano es tu entrepierna, y, en lo que a mí respecta, puedes compartirla con tus chicos las veces que quieras; pero ese cadáver sigue siendo mío.

—Ríndete, Miranda. El comandante ya ha tomado una decisión.

—Con la normativa en la mano… —dijo el Abuelo, tímidamente.

—Basta ya de manos. Estoy harta de manos. Esto es un robo descarado. Si la Unidad de Policía Judicial ni siquiera puede investigar el hallazgo de un cadáver en el pueblo, entonces ¿para qué se supone estamos en esta compañía?

—Porque alguien tiene que ocupar vuestro cubículo; nadie lo quiere… ¿No has notado que huele un poco raro? —dijo Campoy. A continuación, se puso en pie—. Con su permiso, mi comandante, regreso con mi unidad. —Dedicó una media sonrisa a Miranda—. Tenemos que investigar el hallazgo de un cuerpo en el puerto.

El Abuelo lo despidió. Miranda y él se quedaron solos.

—Voy a llevar esto ante las autoridades de la comandancia —amenazó la teniente.

El oficial suspiró.

—Hazlo, pero no te servirá nada y lo sabes. El GEAS dispone de su propio equipo de policía judicial y, además, Campoy tiene razón: si está en el mar, es suyo.

—¿Y qué puñetas iban a hacer los del GEAS con un cadáver? Ninguna unidad quiere un cadáver; sólo causan problemas, dan trabajo y huelen mal. Para eso estamos los de la Judicial, para cargar con el muerto.

—Nunca mejor dicho…

Miranda apretó los labios. Le pareció una broma inoportuna.

—¿Por qué quiere Campoy meterse en ese berenjenal? No lo entiendo.

—Me gustaría responderte a eso pero es información reservada. Lo único que puedo decir al respecto es que la unidad del SEMAR[2] y los del GEAS llevan tiempo con una operación muy compleja, y Campoy cree que el cadáver del puerto puede estar relacionado con su investigación.

—Era mi muerto, mi homicidio. No es justo.

—Puede que no haya sido un homicidio… Quizá el chico sólo resbaló y se cayó al mar…

—¿Era un chico? —preguntó Miranda con avidez—. ¿De qué edad?

—Creo que ya he hablado más de la cuenta… No puedo decirte nada más, no insistas.

—Sabe que me enteraré de los detalles tarde o temprano.

—Es probable, pero no por mí. El caso es de Campoy y no hay más que hablar. Siento tener que hacer esto pero, como tu superior, te ordeno que te olvides del asunto. —Era enternecedor escuchar cómo al Abuelo le temblaba un poco la voz siempre que tenía que hacer uso de su autoridad. No obstante, Miranda seguía enfadada—. ¿Y, a fin de cuentas, para qué quieres tú ese cadáver? Acabas de decir que no es más que una fuente de engorros. En realidad, creo que te he hecho un favor. Y con éste ya van dos.

—¿Dos…?

El comandante mostró una amplia sonrisa.

—Pensaba darte la sorpresa esta tarde pero, ya que estás aquí… Tengo un agente nuevo para tu unidad. —Miranda no supo qué decir. Abrió la boca, pero las palabras no salieron. No esperaba en absoluto un giro semejante—. ¿No me das las gracias?

—Con franqueza, no era ése mi primer impulso.

—Siempre te estás quejando de que te falta personal.

—Mi comandante, eso no es cierto. Es justo al revés, no paro de decir que mi unidad es demasiado numerosa para un pueblo tan pequeño.

El Abuelo puso cara de candidez. A Miranda le pareció tan falsa como sus dientes postizos.

—¿De veras? Qué curioso, yo lo recuerdo de otra forma… Pero, en fin, la cosa ya está hecha… Y ya sabes lo que dicen: donde caben dos, caben tres, ¿cierto?

—No quiero un agente nuevo. Se lo repito: me sobra personal.

—Cambiarás de idea en cuanto te lo explique. Verás: hay un suboficial… Acaba de ser destinado a la compañía. Es un chico de buena pasta, de los que empiezan desde abajo, como guardia. Entró en el cuerpo con dieciocho años y con veintiséis ya es sargento. Tendrías que ver su expediente. Es un agente trabajador, disciplinado, listo como el hambre… Impresionante, una joyita. Cualquier unidad se daría de bofetadas por tenerlo, pero he decidido que te lo quedes tú, ¿qué te parece? Creo que este favor compensa de sobra lo de Campoy.

—No lo sé… No estoy segura de que al resto de mis agentes les parezca bien, ya estamos muy apretados en ese cubículo… —

Miranda, a su pesar, estaba dudosa. Puede que una inyección de savia nueva en su unidad no fuera tan mala idea después de todo… Y el hecho de que el Abuelo le adjudicara a un agente con tanto potencial no dejaba de halagar su vanidad—. ¿De verdad es tan bueno ese chico?

—¡El mejor! Un diamante en bruto, te lo aseguro. Lo lleva en la sangre. De familia humilde, aplicado y trabajador, con enormes ganas de aprender… Su mayor deseo desde niño era entrar en la Guardia Civil.

—¿Todo eso aparece en su expediente?

—No. Lo sé de primera mano —respondió el comandante—. Por si no te lo he mencionado resulta que, además, el muchacho es mi sobrino.

Abandonó el despacho del comandante Alejandro con una amarga sensación de derrota. Tenía muchas ganas de comerse una manzana, o de fumarse un cigarrillo… o incluso de hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Su estado de ánimo se enfrió varios grados cuando se topó con el teniente Campoy. Miranda maldijo su suerte. Se suponía que el teniente debería de estar ya jugueteando con el cadáver hallado en el puerto, en compañía de sus chicos del GEAS; o, como Miranda los llamaba, sus muñequitos de neopreno.

En vez de eso, allí estaba Campoy, perdiendo el tiempo y pavoneándose ante una de las suboficiales de la unidad de Control de Armamento. La chica se reía de forma bobalicona ante un comentario del teniente.

A su pesar, Miranda debía reconocer que Campoy era muy popular en la compañía. Aparte de su apostura militar, reforzada por su patricia barba de color arenoso, era un hombre carismático, sonriente y de trato cordial. Por no hablar de lo bien que lucía el uniforme, siempre impecable sobre sus hechuras de nadador. A esto había que añadir el atractivo que suscitaba su unidad. Campoy y sus muñequitos de neopreno eran los superhéroes de la compañía.

El GEAS era un grupo exclusivo y de muy complicado acceso dentro de la Guardia Civil, casi una élite. El hecho de que el único grupo de policías submarinos de la comandancia de Castellón tuviera su centro en Santarés, Miranda sólo podía achacarlo a su mala suerte. El GEAS era el niño mimado de la compañía: se llevaban las mayores partidas del presupuesto, ocupaban las mejores instalaciones y se les concedían todos los caprichos. Sus miembros, empezando por el propio Campoy, eran conscientes de ello y no perdían la oportunidad de alardear.

Al menos, así era como lo sentía Miranda, la cual, por culpa de Campoy y sus muñequitos de neopreno, tenía que conformarse siempre con las escasas sobras que lograba rebañar para su unidad de policía judicial.

Miranda lo tenía claro: para todos los agentes de la compañía de Santarés, la Unidad de Policía Judicial era un gasto inútil de dinero y recursos humanos. Puede que fuera así, pero Miranda no tenía la culpa de que Santarés fuese la comarca con menor tasa de criminalidad de toda la comandancia.

Cuando vio al teniente Campoy al fondo del pasillo, Miranda quiso dar media vuelta, pero le faltaron reflejos.

—¡Teniente! —dijo el GEAS, llamando su atención. Se acercó a ella mostrando una amplia sonrisa de triunfador—. ¿Y bien? ¿Cómo ha terminado la charla con el Abuelo?

—¿No deberías estar inspeccionando a mi muerto, Campoy?

—Oh, vamos, no seguirás enfadada por eso, ¿verdad? Alegra esa cara, mujer; hoy me he llevado yo el gato al agua, pero no tiene por qué ser así siempre.

—Seguro que no… —respondió Miranda, tratando de quitárselo de encima.

Lo que peor le sentaba de Campoy era que se tomara sus enfrentamientos como un divertido pique entre colegas del cuerpo, una especie de juego. A Miranda le parecía una actitud irritantemente masculina, y muy infantil. Puede que los muñequitos de neopreno disfrutasen haciéndose putadas los unos a los otros para luego reírse de ello al final del día, frente a unas cañas de cerveza, pero para ella la camaradería era algo más serio.

—Mentira, sólo bromeaba —dijo el teniente—. Yo siempre te ganaré por la mano, pero ¿qué quieres que te diga? Mi unidad y yo somos los chicos guapos de este bar.

Era triste, pero tenía razón. De no ser por la presencia del GEAS y de la unidad del SEMAR, la compañía de la Guardia Civil de Santarés no recibiría presupuesto ni dotación más que para mantener un pequeño puesto con un sargento, un par de cabos y dos o tres agentes. Cuatro, como mucho.

—Francamente, Campoy, no sé qué esperas que te responda a eso.

—Sólo que te parece bien y que lo aceptas —dijo él, encogiéndose de hombros—. Y que también me aceptas un café para firmar una

tregua. Precisamente iba a la cantina.

—No, gracias.

—Como quieras… Pero, oye, sólo por curiosidad, ¿cómo te has enterado de lo del cadáver del puerto? Lo hemos encontrado en plena madrugada.

—La alférez Lesboutx me llamó a primera hora y me lo contó todo.

—Chica lista. Debí suponerlo. Aún no me explico qué hace malgastando su talento en tu unidad. Cuando sea capitán puede que le ofrezca una plaza en el GEAS, seguro que lo está deseando.

—Tendrás que esperar mucho, mucho tiempo antes de que eso ocurra, querido.

—No tanto, tan sólo una semana. —A Campoy pareció divertirle la expresión de desconcierto en el rostro de Miranda—. Ah, cómo… ¿No lo sabías? Pues sí: me ascienden, la semana que viene sale en el boletín.

—Vaya… Así que capitán, ¿eh? No sé si me gusta cómo suena lo de «capitán Campoy», un tanto cacofónico, ¿no te parece?

—A mí en cambio me suena de maravilla, y quedará mejor cuando le añadan la coletilla «jefe de la compañía de la Guardia Civil de Santarés».

—Teniente, tienes un serio problema con tu percepción de la realidad. Deberías hacértelo mirar.

—¿Tú crees? Espera un par de añitos, hasta que se jubile el Abuelo… Para entonces seré yo el que te endilgue a mis parientes inútiles en tu unidad.

—Maldita sea. ¿Tú ya sabías lo del sobrino?

—Por supuesto. ¿Te crees que eres la única a la que se lo ha intentado cargar? Ha probado suerte con todas las unidades de la

compañía, pero, al parecer, el chaval tiene el capricho de ser policía judicial. Es lo que pasa cuando ven demasiados capítulos de *CSI*.

—Vosotros también tenéis equipo judicial en el GEAS, ¿por qué el comandante no te lo ha endosado a ti?

—Porque le dije al Abuelo que tengo la unidad al completo.

—Yo también se lo dije.

—Sí, pero ¿a quién de los dos ha hecho caso? —Campoy le guiñó un ojo—. ¿Te das cuenta ahora de quién es el favorito de esta compañía?

—Increíble…

—No te lo tomes tan a pecho, teniente. Todos nos hemos tenido que tragar un enchufado alguna vez. Incluso uno de mis chicos es yerno de un teniente coronel de la comandancia, y, por supuesto, es el más inútil de toda mi unidad. Ya sabes cómo funcionan estos asuntos.

—Lesboutx va a subirse por las paredes cuando se entere… —dijo Miranda, más bien para sí misma.

—Si se cansa de vosotros, cosa muy natural, dile que en el GEAS la espero con los brazos abiertos —comentó Campoy—. Aún no me explico cómo pudo averiguar lo del cadáver. Sólo lo sabíamos un par de chicos del SEMAR y nosotros.

—Eso es secreto profesional, pero estoy dispuesta a compartirlo contigo a cambio de información.

—¿Qué información?

—¿Para qué queréis los del GEAS el cadáver? No creo que me hayas quitado esa investigación sólo para fastidiarme, no te considero tan estúpido.

—Ahora veo por qué mandas en la Policía Judicial, eres toda una detective —ironizó Campoy—. En efecto, tengo mis motivos para quedarme con ese cuerpo, pero no puedo decírtelos.

—¿Por qué?

—Porque se trata de una operación que estamos llevando conjuntamente con los del SEMAR, y si se enteran de que voy por ahí contando secretos de sumario me cortarán los huevos.

—Una tragedia, ya no tendrás nada de qué presumir cuando te pongas el traje de neopreno. Creo que al menos merezco que me des una pista por quitarte de encima al sobrino del comandante.

—Oh, está bien, pero sólo porque me recuerdas a mi anciana madre… —Campoy adoptó un tono de confidencia—. Tres palabras: tráfico de drogas.

—¿Me tomas el pelo? ¿Aquí, en Santarés?

—Yo no te he dicho nada… Pero quizá algunos de los cargueros que salen del puerto comercial llevan en la bodega algo más que alpargatas y paquetes de arroz.

Miranda le dedicó una mirada escrutadora. Tuvo la impresión de que en las comisuras de los labios de Campoy temblaba una sonrisa guasona.

—Mientes. Te lo estás inventando.

—Como tú quieras…

—¿Quién es el muerto?

—No puedo decírtelo.

—Porque no lo sabes.

—Porque no puedo. Además, ¿qué importa lo que te responda si no vas a creerme?

—Que te… —Estuvo a punto de decir algo feo, pero se mordió la lengua. Últimamente intentaba no soltar tacos—. Me largo. Tengo trabajo. —Le dio la espalda al teniente y siguió su camino.

—¿Estás segura de que no quieres tomarte ese café? ¡Como capitán, podría ordenártelo! —escuchó tras ella.

Sin detenerse ni darse la vuelta, levantó la mano derecha y le mostró el dedo corazón al teniente Campoy.

La unidad territorial de Policía Judicial de Santarés se ubicaba en un ala trasera de la compañía. Aquel edificio, un feo y viejo puesto de los años sesenta, se había remodelado por completo después de que el GEAS estableciese su centro de operaciones en el pueblo. Tras la obra, el cuartel de la compañía quedó con un aspecto moderno, blanco y acristalado. Y habría tenido aún mejor apariencia de no haber sido porque el alcalde de entonces mordisqueó un poco el presupuesto de la reforma para construirse una casa en Estepona. La única zona del inmueble que no se rehabilitó fue el ala trasera.

Justo donde la Unidad de Policía Judicial tenía sus oficinas.

El equipo de la unidad compartía un cubículo apenas más grande que la habitación de un colegio mayor. La única ventana daba a un patio, y por ella no sólo se colaba el frío en invierno y el calor en verano, sino también los olores de la cocina de la cafetería. Por ese motivo en la Unidad de Policía Judicial siempre se percibía un tufillo a fritura vieja. Los agentes de la unidad estaban acostumbrados, pero todo el que llegaba por primera vez no podía evitar sentir un asomo de náusea en la boca del estómago.

Aunque la oficina era pequeña, los componentes del grupo se apañaban bien porque sólo eran dos: Adriana Lesboutx, una joven de veintiséis años que ingresó en el cuerpo directamente en la escala de oficiales, tras licenciarse en Derecho y superar una dura oposición, y el sargento primero Antonio Benjumea. El primero Benjumea, que llevaba en la compañía casi tanto tiempo como el Abuelo, era lo que en la jerga benemérita solía denominarse como un «caimán», porque pasaba la mayor parte de la jornada tumbado al sol y sólo se movía para comer. Para ser justos con Benjumea, hay que señalar que tampoco le hacía ascos a acomodarse a la sombra, y que de vez en cuando también se daba un paseo para ir al baño.

Lesboutx y el Caimán compartían, cara a cara, una amplia mesa de formica sobre la que se amontonaban expedientes de casos viejos, material de oficina y un par de ordenadores. Separados por una barrera invisible, el lado de Lesboutx era un canto a la pulcritud mientras que, en la parte de Benjumea, se generaba una umbría selva de papeles y trastos que servía como hábitat natural para el Caimán. En esa zona, lo único que no estaba cubierto por una sutil capa de roña era un banderín del Fútbol Club Barcelona que colgaba de una esquina de la pantalla del ordenador.

Miranda no vio al Caimán en su lado de la mesa cuando entró en la oficina. Sólo estaba la alférez Lesboutx, atareada con algún documento en su ordenador.

Lesboutx levantó la mirada hacia la teniente y lo que vio no le gustó. Llevaba trabajando con Miranda el tiempo suficiente como para captar los matices de su expresión, y la que lucía en aquel momento no era nada alegre.

—Buenos días, mi teniente —dijo. Tras el saludo preceptivo adoptó un tono más informal. En aquella unidad no había uniformes y el respeto al escalafón se demostraba con actitudes más que con palabras. Dado que Miranda solía tutear a los miembros de su equipo, le parecía justo que ellos hicieran lo mismo—. ¿La reunión con el comandante no ha salido bien?

—No. Nos han quitado el muerto. Campoy se me adelantó.

—Lo siento. Debí haberte avisado antes.

—Nada de eso, tú lo has hecho bien; he sido yo la que ha estado demasiado lenta. No debí parar a comprar las dichosas manzanas. —Con un gesto de hastío, dejó caer la bolsa de fruta en el lado de la mesa de Benjumea—. ¿Dónde está el Caimán?

—Es la hora del café. Se ha ido a la cantina. Ha dicho que volverá pronto.

—No entiendo por qué. Regresará allí al menos otras cinco o seis veces antes del mediodía. Es fascinante que un hombre que toma tanta cafeína pueda tener tan poca sangre en las venas. —Miranda dejó su gabardina en un perchero—. Hazme un favor y consígueme la normativa del GEAS; quiero comprobar si de verdad Campoy tiene derecho a pisarnos ese cadáver.

—Lo tiene. Ya lo he mirado.

La teniente reparó en un pequeño librito con la normativa de los diferentes cuerpos, que Lesboutx tenía en su lado de la mesa, justo encima de un ejemplar de la Ley de Enjuiciamiento Criminal que la alférez solía repasar de vez en cuando.

Miranda contuvo un suspiro. Pensaba en que quizá Campoy estaba en lo cierto al decir que Lesboutx poseía demasiado talento para aquella unidad. Se preguntó cuánto tardaría la joven en cansarse de

compartir mesa con el Caimán y pedir el traslado a un destino más exigente. Puede que lo hiciera cuando se enterase de lo del sobrino del comandante. La alférez detestaba a los enchufados con toda su alma.

El motivo era, sobre todo, el resentimiento. A ella nadie le había puesto las cosas fáciles para prosperar en la Guardia Civil. Al contrario. Ser mujer en un ambiente militar te pone a prueba demasiadas veces, Miranda lo sabía por propia experiencia. Debes tener una enorme fuerza de voluntad para que no se te pudra la moral ante las continuas muestras de paternalismo, condescendencia y cosas peores a las que se enfrenta una mujer de uniforme. Si bien la mayoría de los compañeros masculinos eran personas decentes, bastaba un solo cabrón misógino, sólo uno, para amargarte la existencia. Y de ésos los hay en todas partes.

—Campoy insiste en saber cómo te enteraste de lo del cadáver —dijo la teniente—. Si te pregunta, no se lo cuentes. Quiero que sufra.

—A sus órdenes, mi teniente —respondió Lesboutx, amagando una expresión de complicidad.

La alférez era una mujer atractiva. Alta y rubia, no voluptuosa pero sí estilizada, con grandes ojos claros, protegidos por un par de coquetas gafas de lectora habitual, y una boca ancha casi siempre fruncida en una expresión seria. Administraba las sonrisas como si tuviera un número limitado de ellas. A menudo Miranda se preguntaba si Lesboutx sería una muchacha más alegre de no haber ingresado en la Guardia Civil.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —inquirió la joven.

—Ya que lo mencionas, ¿no estuviste saliendo con uno de los muñequitos de neopreno del GEAS? Ese que tenía una moto.

—Era una moto acuática, y no estuvimos saliendo, sólo quedamos un par de veces a tomar algo.

—Creo que deberías darle otra oportunidad. Parecía un buen chico.

—¿Adónde quieres ir a parar, Miranda?

—Necesito detalles sobre ese cadáver y Campoy no suelta prenda. Quizá tú podrías tirar de la lengua a uno de sus chicos.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—Ah, vamos, nadie pretende que te cases con él. Sólo róndale un poco, hazle ojitos, dile que tiene una moto acuática enorme… Ya sabes.

—No pienso hacer ojitos a nadie, pero, si tanto te importa, veré si puedo sacarle algo.

—Buena chica.

—Vas a deberme un favor bien grande. Ese tío era un baboso —dijo Lesboutx, ceñuda—. ¿Algo más?

—No, de momento. Vamos a centrarnos en lo de ese muerto.

—¿De qué muerto estáis hablando?

El que acababa de preguntar era el Caimán, que en ese instante entró en la oficina emanando un potente efluvio a café rancio.

El Caimán anadeó hacia su lado de la mesa y se dejó caer en una silla como si soportara sobre sus hombros el peso del mundo. Benjumea era un tipo grueso y blando, sin más pelo que un triste bigote que le colgaba flácido de las narices.

—El del puerto, el que encontraron los del GEAS esta madrugada —respondió Lesboutx.

—Ah, ya, eso… ¿Y por qué puñetas nos interesa tanto? El caso es de Campoy, ¿no?

—Nos interesa por celo profesional, y en aras de mantener vivo el orgullo de este equipo.

—Mi teniente, desde que estoy en la «empresa» he visto cómo a muchos los puteaban por hacer demasiado; lo que no he visto nunca es que a nadie le dieran por saco por quedarse quietecito sin meterse en películas. Yo sólo digo eso.

—Tu entrega al cuerpo siempre me resulta inspiradora —dijo Miranda—. Va para los dos: quiero todo lo que podáis averiguar sobre ese cadáver. Si es preciso violar un par de normas, hacedlo, ya me entenderé yo con el comandante, ¿ha quedado claro?

Miranda se metió en su despacho sin esperar una respuesta.

La oficina de la teniente era un estrecho cubículo de tabiques de pladur, sin más espacio que el disponible para un escritorio, un archivador y un par de sillas. Todo era material viejo, desechado por otras unidades.

Una de las paredes estaba ocupada por un tablero de corcho en el que había unos pocos papeles adheridos con chinchetas. Aquel tablero ya se encontraba allí cuando Miranda se hizo cargo de la unidad, cubierto por decenas de capas de recortes de prensa, chistes gráficos, obsoletas fotocopias de las ordenanzas y demás basura, acumulada como los estratos de un yacimiento arqueológico. La primera orden de Miranda como jefa de la unidad fue limpiar el tablón.

Todo lo que había en él acabó en la papelera salvo una cosa: una fotografía de Dolly Parton con dedicatoria. «Gracias por todo», decía, y la firmaba un tal José Luis. Nadie sabía quién puso ahí esa foto, quién era José Luis ni por qué o a quién daba las gracias; pero Miranda no se deshizo de ella. Le parecía un buen recordatorio de

que, por más empeño que uno le ponga, hay misterios que nunca se podrán resolver.

La teniente apenas tuvo tiempo de encender el ordenador y leer algunos correos antes de que Lesboutx llamara a su puerta.

—Un aviso del ayuntamiento —dijo al entrar—. Asalto y robo con vandalismo. Ya han ido un par de guardias.

—¿Entonces? ¿Por qué nos quieren a nosotros?

—Por lo del robo, supongo.

—Muy bien. Encárgate tú, por favor. Quizá esté allí el alcalde y ese tipo me pone nerviosa.

—A la orden.

—Y llévate al Caimán.

—¿Es preciso?

—Sí. No quiero verlo por aquí haraganeando toda la mañana. Hoy no estoy de humor.

Lesboutx acató la orden sin protestar, aunque cuando salió del despacho tenía la misma cara que si hubiera bebido un trago de agua estancada.

A Miranda le pareció un golpe de suerte el poder sacar a su equipo de la oficina. No quería que estuvieran allí cuando se presentase el sobrino del comandante; de ese modo, el chico no tendría que enfrentarse a miradas hostiles en su primer día como policía judicial.

3
No me hagas perder el tiempo

Para Lesboutx lo peor de ir de diligencias con el Caimán era tener que soportar sus perlas de sabiduría popular. Benjumea llevaba en el cuerpo más tiempo que los tricornios, y durante sus largos años de servicio había desarrollado poco a poco un resentimiento vital que condensaba en amargas píldoras en forma de sentencia.

Frases como «A mí no me pagan para hacer esto», «Tampoco hace falta que nos rompamos la cabeza, que a los malos ya los castigará Dios» o, su favorita, «En este oficio hay que ser listo el día de paga y tonto los otros veintinueve» eran parte de su repertorio habitual.

Se decía que en sus tiempos de guardia de calle Benjumea era astuto como un zorro, y que por eso lo habían promocionado a la Judicial, cuando aún era un sargento más o menos joven con una pizca de ilusión por su trabajo. Lo cierto era que a Lesboutx le costaba creerlo. Incluso dudaba de que Benjumea hubiera sido joven en algún pasado remoto. Seguramente ya nació con su barriga, su bigote y sus kilos de amargura.

Mientras Lesboutx y el Caimán iban en el coche hacia el ayuntamiento, la alférez mantenía un silencio profesional. A su lado, Benjumea respiraba por la nariz haciendo ruido. De vez en cuando

cambiaba de postura, con la cara arrugada en un gesto de fastidio, y suspiraba «Ay, Dios…» entre dientes.

Lesboutx perdió la paciencia.

—Si no te encuentras bien puedes quedarte en el coche mientras yo hago la diligencia.

—No, tranquila. Yo me hacía una purrela de éstas cuando tenía tu edad, así, a pares. Esto es rellenar un par de papeles y luego cada uno a su casa y Dios en la de todos. —Eso también lo decía a menudo—. Y no le pises tanto, mujer, que el ayuntamiento no se va a ir a ningún sitio…

Lesboutx respiró hondo, con los labios apretados.

Al llegar al ayuntamiento se oyó el eco lejano de un cañonazo. A ninguno de los dos guardias civiles le sorprendió; era un sonido habitual en el pueblo.

En Santarés, cerca del puerto comercial, había una colina que dominaba el núcleo urbano, y en lo alto de la colina un viejo castillo al que el paso del tiempo había maltratado de forma inmisericorde. A pesar de ello, todavía se mantenían en pie un sólido torreón, la capilla y buena parte de sus murallas. La fortaleza perteneció a los condes de Santarés, linaje extinto siglos atrás y, según se decía, en ella se alojó una vez un pontífice de la época medieval (otras versiones hablaban de un monarca aragonés). Todos los días, a las once en punto de la mañana y a las once en punto de la noche, se disparaba un cañón desde el castillo. Nadie en el pueblo, salvo el historiador local, tenía la menor idea de por qué, pero a los turistas que atestaban el pueblo en verano y durante las fiestas de moros y cristianos (famosas en la comarca) el detalle les parecía de lo más auténtico.

El Caimán se apeó del vehículo con gestos torpes, al tiempo que se ajustaba los pantalones. Ante él se encontraba el edificio del ayuntamiento, una antigua casona del siglo XVI que lucía un abigarrado escudo imperial en la fachada.

—Bueno, pues aquí estamos otra vez… —dijo—. Llevábamos un montón de tiempo sin venir, ya se me hacía hasta raro.

Antes de las últimas elecciones, el ayuntamiento era como un segundo hogar para la Guardia Civil de Santarés. En el marco de la Operación Urraca fueron detenidos el anterior alcalde y la mitad de sus concejales. Los documentos incautados demostraron que llevaban años saqueando las arcas del consistorio. La trama era tan turbia y compleja que aún había un montón de jueces y policías tratando de desbrozarla, y la cosa, decían, iba para largo.

A raíz del escándalo, el partido en el gobierno perdió las elecciones frente a una coalición llena de siglas y agrupaciones. El alcalde, que era un treintañero licenciado en Filología, pertenecía a dicho grupo y, hasta el momento, sobre su gestión había opiniones divididas: la mitad del pueblo no lo tomaba en serio y la otra mitad lo odiaba con toda su alma.

No fue el alcalde quien recibió a Lesboutx y al Caimán, sino la concejala de Servicios Sociales, una mujer de pelo corto y canoso, que vestía pantalones vaqueros, playeras y camiseta. Su nombre era Nieves. Lesboutx la conocía de vista porque también atendía una librería cerca del puerto deportivo.

—Buenos días —saludó Lesboutx—. Soy la alférez Adriana Lesboutx, y éste es el sargento primero Antonio Benjumea. Venimos de la compañía, por lo del aviso.

—Encantada. Yo soy Nieves. —La mujer les estrechó la mano—. Pasad, pasad… Vamos al salón de actos.

Los miembros del nuevo equipo de gobierno tenían tendencia a tutear a todo el mundo, ya fueran paisanos o picoletos. A Lesboutx no le gustaba del todo esa costumbre, le parecía poco profesional.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la alférez.

—Un robo. Se colaron en el salón de actos y se llevaron dos proyectores; además, han causado todo tipo de destrozos. Pero mejor vedlo vosotros mismos. —La concejala se detuvo frente a una puerta doble, que abrió con sus propias llaves. Luego cedió el paso a los guardias.

—La Virgen… —masculló el Caimán al entrar—. Menudo pifostio.

Miranda reclinó toda su abundante anatomía sobre el respaldo de su silla. Se acomodó los brazos cruzándolos sobre el busto y dedicó una mirada apreciativa al sobrino del comandante. Trataba de localizar las taras en aquella mercancía que la habían obligado a comprar.

El chico tenía buena planta, eso al menos no podía negarse. Era muy alto, de hombros anchos y cintura estrecha. El torso, marcado quizá en exceso, delataba que su buena forma física era el calculado producto de las máquinas de un gimnasio. A Miranda aquel exceso muscular le resultó un tanto ordinario, así como poco prometedor. Según sus prejuicios, nadie que dedica tanto mimo al culto al cuerpo dispone de tiempo para desarrollar sus facetas más intelectuales.

La teniente escrutó los ojos del chico tratando de hallar una chispa de inteligencia o, al menos, algo de picardía. Sólo vio dos pupilas marrones, fijas en algún punto más allá de la cabeza de Miranda. El

rostro del muchacho estaba bronceado y el pelo negro, cortado con sobrio estilo castrense.

Su expresión era tan neutra como la de un maniquí. También su pose recordaba a la de un figurín: el tipo permanecía tieso como un palo, en posición de firmes, con la gorra bien sujeta en el antebrazo.

Porque, a todo esto, el buen muchacho había tenido la ocurrencia de presentarse en el despacho vestido de uniforme.

Miranda suspiró.

—Sargento Ballesteros…

—Sí, mi teniente —disparó el chico.

—Aminora, muchacho, aminora; que esto no es West Point… ¿Nadie te ha dicho que en esta unidad no es necesario vestir de uniforme?

—No, mi teniente.

—Bueno, pues ya lo sabes. A partir de mañana puedes venir de paisano.

—Mi teniente, ¿puedo formular una pregunta?

La mujer se le quedó mirando unos segundos en silencio.

—Sí, hijo, sí; las que quieras…

—¿Es obligatorio, mi teniente? Me refiero a lo de ir de paisano.

—Pues… no, obligatorio no es, pero resulta mucho más cómodo.

—Entonces, con su permiso, mi teniente, prefiero atenerme a la uniformidad siempre que me lo permita el cumplimiento del servicio.

—Sí, en fin… Ya hablaremos de eso.

Miranda no sabía aún qué pensar del nuevo miembro de su equipo. Se refugió en la lectura de su expediente, el cual tenía encima de la mesa.

El nombre del chico era Christian Ballesteros, nacido en Torrevieja, Alicante, veintiséis años atrás. Recién terminado el instituto ingresó en la Academia de Guardias y Suboficiales de Baeza y al salir, con apenas veinte años, comenzó a trepar escalafones con una rapidez asombrosa hasta llegar a sargento. O el muchacho tenía buena suerte… o muy buenos padrinos.

—Eres un poco joven para ser sargento. Lo digo sin ofender.

—No me ofende, mi teniente.

—Miranda, puedes llamarme Miranda. En esta unidad no nos andamos con tanta ceremonia.

—Mi teniente, con su permiso, prefiero…

—No, no lo prefiero —cortó—. Escucha, hijo: si algún día tienes que acompañarme a una diligencia que requiera ir de incógnito, no me va a hacer ninguna gracia que me sueltes un «a sus órdenes, mi teniente» delante de los malos, ¿comprendes? Así que, para prevenir disgustos, será mejor que te vayas quitando esa costumbre.

—A sus órdenes, mi teniente.

«Ay, Dios…», pensó Miranda.

—Aquí dice que vienes de la comandancia de Alicante, ¿qué hacías allí? —Antes de que el sargento respondiera, Miranda añadió—: Sé que está en el expediente, pero quiero escucharlo con tus propias palabras.

—Estaba en la USECIC,[3] llevando a cabo sobre todo labores de patrullaje y control de masas, aunque pasábamos mucho tiempo en entrenamientos. Empezaba a resultarme un poco… aburrido.

—¿La USECIC aburrida?

—No me entienda mal, mi teniente. Trabajo no nos faltaba, se lo aseguro, ni tampoco acción, pero a la larga todo era muy mecánico,

muy poco… —el chico frunció el ceño, como si rebuscara entre los recovecos de su vocabulario— creativo.

—Ah, así que eres un hombre creativo.

El sargento se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—No sé, mi teniente…

«Y dale.»

—Miranda. Sólo Miranda, no es tan difícil. —La mujer emitió un largo suspiro—. Escucha, hijo, no sé qué ideas tendrás en la cabeza, pero esto no es como en las series de la tele. La jornada laboral de nuestra unidad dista mucho de ser trepidante; pasarás muchas horas delante de un ordenador elaborando informes, reseñando y cosas igualmente monótonas. Santarés no es precisamente la capital del crimen.

—No me importa, mi teniente. —«Nada. Es un caso perdido»—. Estoy dispuesto a trabajar duro y a aprender todo lo que puedan enseñarme en la Policía Judicial. Éste es el destino que siempre he querido.

A Miranda le pareció sincero, incluso transmitía una ilusión casi infantil en su mirada. Se preguntó cuánto tiempo le duraría ese entusiasmo.

—De momento, ya sabes que tu permanencia en este destino es sólo por un año hasta que apruebes el curso acreditativo correspondiente. Si haces una buena labor en ese tiempo no tendré reparo en recomendarte yo misma para que logres una plaza; en caso contrario, te facturaré de vuelta al USECIC envuelto en un lazo, ¿lo tienes claro?

—Sí —dijo. Al menos esta vez no añadió «mi teniente».

—Buen chico.

En su fuero interno, el muchacho le pareció solícito pero obtuso, muy obtuso. Miranda ya visualizaba el día en que lo mandaría de regreso a la comandancia de Alicante, a seguir patrullando.

Lo sentía por él, porque mostraba un auténtico afán por ser útil. Al menos el Abuelo no le había endosado a otro caimán, pero Miranda sospechaba que allí había mucho músculo y poca cabeza.

«Disciplinado, trabajador y lleno de vocación… A papá le habría encantado —se dijo—, pero, por desgracia, a mí no creo que me sirva de nada.»

Miranda se levantó de la silla.

—Ven conmigo, Christian… Ése era tu nombre, ¿verdad? Te explicaré un poco cómo funciona este tinglado.

Se llevó a su nuevo sargento a la oficina. Como Lesboutx y el Caimán seguían con la diligencia del ayuntamiento, el cubículo estaba vacío. Más tarde tendría que habilitar un espacio para Christian, lo cual no iba a ser fácil a no ser que la estancia aumentara de tamaño milagrosamente de la noche a la mañana.

—De momento puedes usar este ordenador —dijo Miranda, señalándole el lado de la mesa del Caimán—. Será una interesante novedad que alguien lo aproveche para algo más que para jugar al solitario.

—¿Perdón…?

—Nada, no me hagas caso. A veces digo tonterías en voz alta; tú limítate a fingir que tienen sentido.

El chico se ruborizó. Otra vez. Miranda pensó que lo hacía muy a menudo para ser un mozo tan grande.

Le explicó algunos conceptos básicos sobre la labor de la unidad sin entrar en demasiados detalles, pues no quería saturarlo en su

primer día. Christian la escuchaba con cara de profunda atención, como si pretendiera memorizar cada palabra exacta.

Con la idea de darle algo que hacer el resto de la jornada, Miranda le endosó una de las múltiples tareas que el Caimán había dejado pendientes. Algo sencillo, mecánico y espantosamente aburrido. Así de paso el sargento probaría si tenía tantas ganas de aprender como aseguraba.

—¿Ves estas carpetas de aquí? —dijo la teniente, golpeando una pila de documentos—. Son las denuncias de personas desaparecidas en la comarca de Santarés. Comprueba si los informes están al día. En caso contrario, actualízalos y luego los mandas todos a la Unidad Técnica de Policía Judicial.

—Mi teniente, son un montón…

—¿Qué ocurre, sargento? ¿Tan pronto te has cansado de nuestro trabajo creativo?

—No, no es eso… Me refiero a que son un montón de personas desaparecidas para tratarse de una comarca tan pequeña.

«Un punto para ti, muchacho», pensó. Quizá no era tan obtuso después de todo.

—No es tan raro. Como ya sabrás, en el centro social del pueblo hay muchos chicos que vienen de programas de reinserción o cosas así; la mayoría se larga en cuanto tiene ocasión y el ayuntamiento, no sé por qué, suele denunciarlo como si fueran desaparecidos. Por eso tenemos tantos.

—¿Y no lo son?

—Sólo son adolescentes que proceden de núcleos familiares más que desestructurados. En algunos informes verás situaciones que te pondrán los pelos de punta, es normal que esos infelices salgan

huyendo a la menor oportunidad. También los hay que quieren escapar de los reformatorios o de las condenas del juez de menores. Tristemente, sólo a los bienintencionados tipos del ayuntamiento les interesa saber qué ha sido de ellos.

—Y a nosotros también —remató Christian con vehemencia.

—Sí, claro…

Miranda dejó al sargento, entregado con afán a tan tediosa labor, y regresó a su despacho. Sentía unas ganas enormes de comerse una manzana.

El salón de actos era una estancia amplia con una tarima que ocupaba uno de sus lados. Tras ella había una pantalla desplegable rasgada de un extremo al otro por un tajo en diagonal. El suelo estaba cubierto de bolsas de basura rotas, cuyo contenido alguien había desparramado con saña por todas partes. Entre los desperdicios había abundantes restos de comida. Lesboutx vio incluso cabezas y tripas de pescado. Los vándalos habían completado su obra rociando la basura con espuma de afeitar y algún líquido pegajoso, quizá zumo o refresco. El salón apestaba a vertedero.

Los cristales de las ventanas estaban rotos y las cortinas arrancadas de cuajo. En una de las paredes alguien había escrito con pintura en espray la palabra «sodomitas» y dibujado una diana sobre ella. A su lado habían clavado una rata muerta por la cola. A Lesboutx, el detalle le pareció demasiado siniestro como para ser obra de unos simples gamberros.

—Fueron las señoras de la limpieza las que descubrieron el desastre —explicó Nieves. Lesboutx notó que la voz le temblaba un poco. Lógico, pensó. El detalle de la rata era bastante inquietante—. Llamamos a la policía incluso antes de darnos cuenta de lo del robo.

La alférez anduvo unos pasos por el interior de la sala. Los zapatos se le pegaban al parquet.

—¿Se han llevado algo más aparte de los proyectores? —preguntó.

—No, que yo sepa. Pero con eso ya me parece bastante. Eran nuevos, y muy caros. Entre los dos costaron más de mil euros al ayuntamiento. —Nieves apretó los labios, indignada—. Eso también es dinero de los contribuyentes, es como si hubieran robado a todo el pueblo.

—¿Alguna idea de por dónde entraron?

—No, pero estoy segura de que tenían llaves porque la puerta no estaba forzada, y es la única forma de entrar.

—¿Cuándo fue la última vez que hubo alguien en esta sala?

—Ayer por la tarde tuvimos aquí una de las actividades del programa de las Jornadas de Tolerancia. Era con animales.

—¿Animales?

—Sí, vinieron unos chicos de un refugio para mascotas y hablaron sobre la adopción de perros, gatos y ese tipo de cosas. Trajeron unos cachorros para que los vieran los niños y nosotros animamos a los asistentes para que acudieran con sus propias mascotas, muchos lo hicieron. Fue un éxito, la gente salió encantada.

—Con todo el salón lleno de chuchos se formaría un buen berenjenal —intervino Benjumea.

Nieves le miró con expresión dura.

—Los verdaderos animales son los que han hecho esto, no los que hubo ayer aquí. Os aseguro que al terminar el acto la sala estaba mucho más limpia que ahora.

—¿Cuándo acabó? —preguntó Lesboutx.

—A las diez de la noche ya se habían ido todos. Lo sé porque yo me quedé la última para recoger un poco y cerrar la sala.

—¿No vino nadie a limpiar después?

—Los de mantenimiento ya no trabajan a esas horas. Además, como ya le he dicho a tu compañero, la sala no quedó tan mal; tan sólo había algunos pelos de perro y de gato en las sillas, y poco más. Nada que no pudiera esperar a que lo limpiaran esta mañana.

—Así que los ladrones tuvieron que venir a partir de las diez de la noche —dijo el Caimán.

«Buen trabajo, Sherlock», pensó Lesboutx. Luego le hizo una pregunta a Nieves.

—¿Dónde estaban los proyectores?

—En ese armario del fondo. Como ves, tampoco está forzado.

—Benjumea, acércate y mira a ver si hay algo de interés, y, ya de paso, saca alguna huella por si hiciera falta.

—Sí, mi alférez…

Lo de las huellas no serviría de mucho, pero Lesboutx pensó que no estaría de más un poco de teatro para que la concejala viera que se tomaban en serio aquel asunto. Además, tener al Caimán entretenido valdría para que dejase de decir bobadas durante un rato.

La alférez señaló la pintada en la pared y se dirigió a Nieves.

—Lo reseñaré en mi informe como delito de amenazas, si está de acuerdo.

—Llámalo como quieras. A esa gente le traían sin cuidado los proyectores, lo que querían era asustarnos. Todo esto es por lo de la proyección de esta noche.

—¿Qué proyección?

Nieves le habló del festival de cine LGTB que organizaba el ayuntamiento. Lesboutx asintió al caer en la cuenta.

—Supongo que, después de esto, han optado por cancelarlo —dijo.

—El alcalde ha dicho que no, que ahora más que nunca es cuando hay que seguir adelante con ello. Está haciendo gestiones para alquilar un proyector y una pantalla nuevos. —Nieves movió la cabeza, con gesto preocupado—. Personalmente, no sé si es muy prudente, tal y como están las cosas…

—¡Eh, Lesboutx! —llamó el Caimán—. Mira, he encontrado algo. Estaba en el suelo, junto al armario.

Benjumea se acercaba entre la basura, sosteniendo un trozo de papel con las puntas del índice y el pulgar.

Se trataba de una nota anónima escrita con letras recortadas de periódico. «Sodomitas al infierno», decía. Pero lo más interesante estaba en la otra cara.

Lesboutx esbozó una media sonrisa.

—Fíjate, tiene un trozo de celo aquí —señaló el Caimán—. Debieron de pegarla en el armario, pero se cayó.

—Sabemos otra cosa —dijo la alférez.

—¿El qué?

—Que los que se llevaron los proyectores no eran precisamente los ladrones más listos del pueblo.

Le mostró la nota a Benjumea por la parte de atrás. Allí había impreso un membrete con las palabras «Parroquia de Nuestra Señora del Carmen. Santarés».

Una pista caída del cielo.

4
Interesado en gente seria y responsable

Miranda recibió una llamada de Lesboutx. La alférez quería dar novedades sobre el asunto del ayuntamiento.

—Bien. Curiosea un poco por ahí, no tengas prisa. Cuando terminéis, si no hay nada importante, marchaos a casa. Nos veremos el lunes —dijo la teniente, antes de colgar el teléfono.

Miranda aún no tenía ganas de presentar al chico nuevo al resto del equipo; por el momento ya llevaba un día bastante complicado.

Más tarde, al sentir hambre, echó un vistazo al reloj. Le sorprendió darse cuenta de que eran más de las tres. Se asomó al cubículo y comprobó que Christian continuaba en su puesto, cotejando informes. A la teniente se le hizo extraño contemplar tanta actividad en el espacio del Caimán.

—Muchacho, déjalo por hoy. Es tarde.

—Aún puedo avanzar un poco más, mi teniente.

—No. Vete a casa. Abusaré de ti cuando lo necesite, pero hoy no es el día.

—A sus órdenes.

El sargento se despidió y Miranda se quedó a solas.

Se planteó el marcharse también, pero decidió quedarse en el despacho y seguir poniendo al día asuntos pendientes.

Los fines de semana la deprimían. La idea de pasar dos largas jornadas sola en casa intentando llenar su ocio le causaba una enorme desazón.

Durante los últimos seis años, Miranda se había acostumbrado a mantener un perpetuo estado de alerta, mientras cuidaba de su padre que vagaba entre las tinieblas del alzhéimer. Cuando murió, con la mente llena de agujeros igual que una tela vieja, Miranda, que no tenía más familia, se encontró de pronto con un cúmulo de horas vacías que no sabía cómo llenar.

Sólo habían pasado unos meses desde que enterró a su padre y aún no se habituaba al hecho de que ya nadie dependía de ella. Todavía, cuando estaba en casa e intentaba enfrascarse en la lectura de un buen libro o simplemente ver un poco de televisión, era incapaz de concentrarse durante mucho rato, como si en cualquier momento esperara que el imprevisible ser enfermo en que se convirtió su padre reclamara su atención inmediata.

Los últimos años fueron muy duros (más para ella que para él, el cual al final ya casi ni recordaba su propio nombre) y, cuando su padre se apagó, como una cerilla gastada, el primer sentimiento de Miranda fue de alivio. Al fin podría recuperar su propia vida. El problema estaba en que ella no tenía muy claro qué vida era ésa, más allá de su propio trabajo.

Algunos conocidos le habían recomendado toda clase de actividades: desde cursos de pintura hasta cruceros para solteros (*singles* los llamaban ahora, al parecer). Miranda ni siquiera se molestó en probar; ella disfrutaba de la soledad, incluso sentía un cierto desagrado por la interacción social en general. Lo malo era que tanto tiempo cuidando de un enfermo la había hecho olvidar su

rutina de antes. Tan sólo tenía que recordarlo, pero eso aún llevaría su tiempo.

En lo único que lograba concentrarse era en su trabajo. Durante la enfermedad de su padre, su despacho siempre fue una burbuja segura donde las cosas no escapaban a su control. A pesar de los meses transcurridos desde la muerte de su padre, Miranda aún prefería estar frente a su mesa de oficina antes que en casa. Allí, al menos, nunca le faltaba algo útil que hacer.

Así pues, mientras la mayoría de las personas se disponía a disfrutar del umbral del fin de semana, Miranda compró un sándwich de pavo y un botellín de cerveza sin alcohol en la cantina de la compañía y luego se metió en su despacho a quemar la tarde. Como estaba sola, incluso se permitió sacar la cabeza por la ventana para fumar un cigarrillo. Aquél le pareció el mejor momento del día.

Justo cuando apuraba la colilla, sonó el teléfono de su mesa. Era el comandante Alejandro. La teniente supuso que llamaba para interesarse por su sobrino.

—Miranda, ya imaginaba que estarías en la unidad —dijo—. ¿Todavía sigues queriendo ese muerto?

—¿El del GEAS?

—No, uno nuevo. Tenemos aviso de un homicidio en una de las urbanizaciones del monte, en Els Pins. Esta vez es cosa tuya.

Por incorrecto que sea alegrarse de la muerte de un ser humano, Miranda no pudo evitar sentir una oleada de euforia. No obstante, trató de mantener un neutro tono profesional.

—A sus órdenes, mi comandante. Avisaré a Lesboutx e iremos al lugar de los hechos de inmediato.

—No, no, no; deja en paz a Lesboutx, que ya sé que está con lo del robo del ayuntamiento. Te vas a llevar a tu nuevo sargento y así ira cogiendo un poco de rodaje —dijo el Abuelo. Luego, con tono alegre, añadió—: Al chico le va a hacer una ilusión…

Lesboutx encargó al Caimán que inspeccionara los vídeos de vigilancia del ayuntamiento y, mientras, ella se dirigió a la iglesia del pueblo. Quería rastrear la pista de la nota encontrada en el armario de los proyectores.

El templo de Nuestra Señora del Carmen se hallaba a unos minutos a pie. Era un coqueto edificio de paredes encaladas, más bien pequeño. En Santarés sólo había otra parroquia, que estaba en el extrarradio, en la zona de las urbanizaciones modernas. El castillo contaba también con una antigua capilla de estilo gótico, pero ésta sólo servía para fines turísticos.

El centro religioso del pueblo, por tanto, era la iglesia del Carmen. Allí residía el párroco, se celebraban las fiestas litúrgicas importantes y se veneraba la talla de la Virgen patrona cuando no se sacaba en procesión.

Junto al templo existía un centro parroquial de cierto tamaño, en el edificio donde estuvo la antigua oficina de Correos, trasladada ahora a un emplazamiento más amplio y moderno.

Lesboutx, que venía de una familia tradicional, solía acudir a misa, los domingos, siempre que se lo permitía el servicio, más por costumbre que por auténtica devoción. Por tal motivo, estaba al corriente de la mayoría de las actividades parroquiales. La comunidad religiosa de Santarés era muy laboriosa. Sus miembros,

muchos de ellos jóvenes, solían organizar todo tipo de actos, charlas, convivencias, grupos de oración y demás parafernalia similar.

El párroco era el padre Francisco Urrutia («el cura Paco» para sus feligreses), un hombre razonable y poco amigo de sacar las cosas de quicio. Un fiel seguidor del consejo evangélico de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Lesboutx lo encontró en su despacho, preparando el sermón del domingo. Sin andarse con rodeos, le puso al corriente sobre el robo del ayuntamiento y le mostró el anónimo con el membrete de la parroquia hallado en el lugar de los hechos.

El párroco, un cincuentón de aspecto lozano, leyó el anónimo con cara circunspecta.

—Triste, muy triste… —dijo—. Imagino que no pensará que yo…

—Usted no, por supuesto. Pero quizá alguien que se toma demasiado en serio sus sermones de los domingos.

El cura torció el gesto.

—«Sodomitas» —leyó—. Es una palabra muy fea, mucho… Yo nunca utilizo este tipo de lenguaje tan hostil. Quien haya escrito esto es una persona con mucho resentimiento, casi me hace sentir lástima.

—¿Conoce algún feligrés que se adecúe a ese perfil?

—Personalmente no, gracias a Dios. Quizá algunos son un poco intolerantes en muchos aspectos, pero no hasta tal punto.

—El papel salió de este despacho.

—Sí, pero cualquiera pudo haberlo cogido. Nunca cierro con llave; todo lo que hay aquí dentro está a disposición de quienquiera que

pase por el centro parroquial y ésa es mucha gente, yo no los conozco a todos.

—¿Quién utiliza estas instalaciones normalmente?

—Pues… yo, los monaguillos, los grupos de catequesis… Y toda clase de asociaciones que nos piden prestado algún espacio. No me gusta poner trabas al uso de la parroquia, se supone que ésta es la casa de todos.

—Pero alguien llevará algún tipo de control…

—Sí, claro. —El sacerdote le entregó una lista impresa a Lesboutx —. Éstos son los grupos que actualmente se reúnen en nuestras salas.

La alférez leyó el documento. Conocía de oídas a todos los grupos y la mayoría lo formaban personas inofensivas que nunca habían dado problemas.

Cerrando la lista encontró un nombre que no le era familiar.

—¿Qué es la Reacción de Juventud Pastoral?

—Ah, ésos… Son nuevos. Es un grupo laico para jóvenes y adolescentes… Si le soy sincero, no sé muy bien cuál es su cuerda. Lo dirige una chica de unos treinta y tantos que se mudó al pueblo hace un año y pico, Neus se llama; Neus Guzmán.

—¿La conoce usted bien?

—Sólo por lo que me cuentan otras personas… No suscita muchas simpatías que digamos. Todos los grupos en los que se metía acababan revolucionados. Al parecer, la gente le achacaba demasiado afán de protagonismo y cierta tendencia a imponer su voluntad, no siempre de buenas maneras.

—¿Y eso es cierto?

—Con franqueza, el de Neus no es el perfil de feligrés que más me gusta —admitió el cura, reticente—. Es del tipo de personas que, aunque están llenas de buenas intenciones, les cuesta demasiado ponerse en la piel del prójimo. Si le soy sincero, sentí un gran alivio cuando formó su propio grupo.

—¿A qué se dedican exactamente, padre?

—Evangelización juvenil, creo. Lo constituyen unos veinte chicos y chicas. Se reúnen a rezar, van de convivencias, hacen sesiones de estudio, voluntariado… Nada, en definitiva, que sea reprochable.

A pesar de sus palabras, la cara del sacerdote expresaba poco entusiasmo.

—Y, sin embargo… —azuzó Lesboutx.

El cura suspiró.

—No lo sé… Quizá son un poco cerrados para mi gusto. La parroquia no ejerce ningún control sobre ellos y van por libre. Nosotros sólo les prestamos un espacio para reunirse, nada más. No tengo muy claro qué es lo que hacen en realidad.

—Entiendo…

—Pero que conste que no hay nada de malo en eso —se apresuró a señalar el cura.

—Por supuesto. Esa tal Neus, ¿se dedica a algo más aparte de su grupo de jóvenes?

—Trabaja en el ayuntamiento de funcionaria.

—Acabo de hablar con todos los funcionarios que hay ahora en el ayuntamiento y no he encontrado a ninguna Neus Guzmán.

—Porque está tomándose unos días de vacaciones. Al menos eso fue lo que me dijo ayer por la noche.

—¿La vio usted ayer por la noche? ¿Dónde?

—Aquí mismo, en la parroquia. Hicimos una vigilia de oración por los cristianos perseguidos de Siria y Neus asistió. De hecho, fue una iniciativa suya. Comenzó a las doce de la noche y terminó cerca de las tres.

—¿Y Neus estuvo aquí todo el tiempo?

—No estoy seguro, no reparé en ella hasta que vino a saludarme al final de la vigilia con algunos chicos de su agrupación. Charlamos un poco… La pobre mujer lloraba como una magdalena, tenía un aspecto penoso… Dijo estar conmovida por el sufrimiento de esas gentes castigadas por la guerra.

—Me gustaría hablar con Neus Guzmán, ¿sabe dónde vive?

—En una de las urbanizaciones nuevas, pero no recuerdo la dirección exacta. Seguro que en el ayuntamiento la saben.

Lesboutx le dio las gracias al párroco y se despidió de él. Al regresar al ayuntamiento fue al encuentro del Caimán, que estaba en la oficina del inspector de seguridad.

Al menos el Caimán tenía buenas noticias: las cámaras del circuito de vigilancia habían captado el momento exacto en el que los ladrones cometieron el delito.

En la grabación, Lesboutx vio cómo tres personas vestidas de negro y con máscaras blancas entraban en el salón de actos con su propia llave. Portaban varias bolsas de basura, y uno de ellos tenía una mochila grande al hombro. El registro de la cámara indicaba que el hecho ocurrió a las 00.21 horas.

El Caimán aceleró el vídeo un tramo de unos cuarenta minutos, tras el cual pudo verse a los ladrones salir del salón de actos, ya sin las bolsas de basura. Dentro de la mochila de uno de ellos asomaban los dos proyectores. Los vándalos cerraron la puerta con

llave y se marcharon a hurtadillas, como negros fantasmas de rostro blanco.

—Increíble —musitó Lesboutx—. Y nadie se cruzó con ellos. Nadie.

—Gracias a esto, al menos ya sabemos la hora exacta del robo —dijo el Caimán.

—Sí, pero no me soluciona nada. Si los ladrones actuaron entre las doce y veinte y la una de la madrugada eso descarta a la única sospechosa que tengo de momento.

—¿Por qué?

—Porque a esa hora se supone que estaba en una vigilia de oración por los cristianos de Siria.

El Caimán se rascó el cogote. Pensó que se trataba de un sospechoso bastante raro.

El domicilio de Neus Guzmán se hallaba en una de las urbanizaciones cercanas al puerto comercial. Las casas eran nuevas y pulcras, pero baratas. La inmobiliaria las había rebajado de precio en varias ocasiones ante la dificultad de venderlas tras el estallido de la burbuja del ladrillo.

El de Neus era un diminuto chalet adosado con un jardín en la parte delantera, no más grande que un patio. Una fea puerta de metal encajada en un muro impedía el paso.

Lesboutx llamó al portero automático y se identificó. Poco después una mujer se asomó por la puerta del jardín.

Era joven, de unos treinta o treinta y cinco años. La rigidez de su expresión podía deberse tanto a la presencia de los agentes de seguridad como al apretado moño que coronaba su cabeza, tan

prieto que daba la impresión de estirar la piel de su rostro hasta límites dolorosos. La mujer vestía una blusa abotonada hasta el cuello y sobre su pecho destacaba un colgante de madera con forma de tau.

—¿Es usted Neus Guzmán? —preguntó Lesboutx.

—Sí —respondió la interpelada, con expresión severa—. Y usted de la Guardia Civil. Viene por lo del salón de actos, ¿no es cierto?

—¿Está al tanto de lo ocurrido?

—Me llamó una compañera para contármelo. Si le soy sincera, no me ha sorprendido en absoluto.

—¿Por qué dice eso?

—Porque se veía venir desde hace tiempo. Las buenas gentes de este pueblo estamos hartas de provocaciones e insultos. Tarde o temprano, a alguien tenía que agotársele la paciencia.

—Disculpe, ¿podría especificarme a qué provocaciones se refiere?

—A ese festival de cine pornográfico. —La mujer hizo un mohín con los labios, mostrando los dientes en una expresión de repugnancia—. Pagado, además, con dinero de los contribuyentes. No hay derecho.

—¿Sabe usted que además de causar destrozos en el salón de actos se han llevado material de valor?

—Reprobable, sin duda, pero tiene su razón de ser. Como ya le he dicho, la gente está muy harta.

—Los ladrones disponían de un juego de llaves con el que accedieron al salón de actos.

—Sí, ¿y?

—Como funcionaria del ayuntamiento, usted posee el suyo propio… ¿Por casualidad no lo habrá extraviado últimamente o…?

—No —cortó Neus—. Soy muy cuidadosa con el material del municipio a mi cargo, nunca lo pierdo de vista.

—Estoy segura de ello, pero quizá ayer pudo dejarlo en alguna parte… Al alcance de otras personas…

—Nadie utilizó mis llaves para entrar en el salón de actos, si es a eso a lo que se refiere. Siempre las llevo conmigo, y anoche estuve en la vigilia de oración por los cristianos de Siria, que acabó a las tres de la madrugada. Luego regresé directamente a casa.

Lesboutx no dejó de tomar nota mentalmente de que Neus se apresuró a puntualizar dónde se hallaba cuando se cometió el robo sin que nadie se lo hubiera preguntado.

—¿Se quedó en la vigilia hasta tan tarde?

—Es lo menos que podemos hacer por esa pobre gente; pedir a Dios para que cese su sufrimiento. Los chicos de mi grupo y yo estuvimos allí durante todo el tiempo.

—Ah, sí… Creo que tiene usted un grupo parroquial…

—Reacción Pastoral de Juventud, sí. La vigilia fue idea nuestra.

—Perdone mi curiosidad pero ¿a qué tipo de actividades se dedican usted y sus muchachos?

—Actividades pastorales, como su propio nombre indica. Transmitimos valores cristianos de forma activa. Pensamos que la juventud cristiana no puede limitarse a ir a misa los domingos y poco más; debemos sembrar para poder recoger.

—¿Podría indicarme alguna de esas actividades en concreto?

Neus apretó los labios, como si la pregunta le hubiera parecido impertinente. A pesar de ello, respondió.

—En estos momentos tratamos de poner fin a ese festival de cine inmoral que pretende llevar a cabo el ayuntamiento.

—¿Es inmoral?

—Nosotros entendemos que sí.

—Porque trata sobre homosexualidad.

—No, porque es una malversación de fondos públicos. Verá, agente, yo no tengo nada en contra de la comunidad homosexual. Ellos han decidido ser como son y sobre eso no tengo nada que decir. Pero me ofende mucho que nuestro propio consistorio, con nuestro dinero, quiera hacernos creer que es un estilo de vida aceptable.

—¿Y no lo es?

—Es antinatural. Y lo que deberíamos hacer al respecto es tratar de convencer a las personas que han optado por esa orientación para que busquen un remedio. Dígame, agente, ¿si tuviera que aconsejar a un enfermo le recomendaría ir a un hospital o le dejaría seguir sufriendo sus dolencias como si no hubiera nada de malo en ellas?

Lesboutx eludió responder. No quería darle la razón a esa mujer, pero tampoco deseaba embarcarse en una discusión estéril. Por la expresión de Neus, se diría que estaba ansiosa de poder adoctrinar a alguien.

—¿Ese tipo de… ideas son compartidas por todos los miembros de su grupo?

—Desde el primero hasta el último.

—¿Y no podría ser que alguno de ellos se lo tomara demasiado en serio a la hora de transmitirlas?

«O tú misma, sin ir más lejos», pensó la alférez.

Neus torció la boca en una sonrisa forzada.

—Ya veo dónde quiere ir a parar, así que le ahorraré tiempo. Ninguno de mis chicos entró anoche a robar en el ayuntamiento.

—Me gustaría tener la oportunidad de preguntárselo a ellos mismos. ¿Podría facilitarnos una lista de los miembros de su grupo?

—No, a no ser que esté legalmente obligada a hacerlo. —Neus se cruzó de brazos con actitud hostil—. Me niego a que uno sólo de mis jóvenes tenga que cargar con la responsabilidad de un acto que, en todo caso, fue una acción colectiva.

—Perdón, ¿cómo dice?

—No fueron un par de ladrones los que asaltaron anoche el ayuntamiento, agente; fue la voz del pueblo. Un pueblo indignado y harto que, ante el desamparo de la autoridad, no encuentra otro modo de manifestarse que mediante actos de violencia. Hemos solicitado muchas veces y por las buenas al alcalde que desista de su festival de cine amoral, y no nos ha escuchado. Pues bien, que ahora se enfrente a las consecuencias de su intolerancia.

—No fue el pueblo quien destrozó el salón de actos, señora. Fueron unos vándalos con nombres y apellidos, y mi obligación como agente de la ley es encontrarlos.

—Y yo respeto su cometido, pero comprobará que nadie va a ayudarla a cumplirlo. Todas las personas decentes de Santarés saben que lo de ayer no fue delito, sino justicia. Si yo misma tuviera más valor, me habría unido con gusto a los valientes que han boicoteado ese festival.

—¿Lo hizo usted?

Neus alzó el mentón, desafiante.

—No, ni sé quién fue. Estuve en la vigilia de oración, ya lo sabe. Es todo cuanto puedo decir. —Dio un paso atrás para meterse de

nuevo en su jardín—. Y ahora, si me disculpan, tengo mucho que hacer. Buenos días.

La puerta de la parcela se cerró en la cara de los guardias civiles.

Benjumea resopló.

—Menuda pájara…

—Fue ella, ella y su grupo —aseveró Lesboutx—. Estoy segura. Casi lo ha reconocido.

—No lo sé, alférez. Yo no lo veo…

—No lo ves porque es una mujer, pero si fuera un hombre lo tendrías mucho más claro. Que no te engañe su pinta de maestra de escuela; esa tipa está llena de odio.

—Pero se encontraba en la vigilia de la parroquia, el mismo cura la vio, llorando a moco tendido. Y yo me fío del cura Paco.

—Sí, yo también… —dijo Lesboutx, frunciendo los labios en una expresión de contrariedad—. Maldita sea… ¿Sabes qué es lo peor? Que hay algo sobre lo que esa mujer tiene razón.

—En lo de los gais.

—No, por Dios. Me refiero a lo que dijo al final… Piénsalo: un grupo de personas entraron en el ayuntamiento en mitad de la noche y nadie vio nada, nadie sabe nada ni nadie notó nada raro, ¡en un pueblo de este tamaño! Eso no es posible. Neus Guzmán tiene razón: la mayoría de los vecinos están de acuerdo con lo que hicieron.

El Caimán se rascó el bigote con el dedo, confuso.

—Eso suena muy raro…

—Raro no —dijo Lesboutx—. Es siniestro.

Los dos guardias civiles regresaron al coche en silencio y se marcharon de allí. Aunque ninguno de los dos lo expresó en voz alta,

ambos tenían la impresión de que la investigación había llegado a un punto muerto.

5
Soy nuevo en la ciudad

Miranda ordenó de forma tajante a Christian que acudiera de paisano.

Cuando el sargento apareció en la unidad vestía unos vaqueros llenos de agujeros y bolsillos y una camiseta negra de manga corta que parecía a punto de reventar. En la muñeca lucía una horrenda esclava de oro con su nombre grabado, a juego con la cadena que portaba al cuello. La teniente pensó que en sus días de guardia, cuando patrullaba las calles, había cacheado a camellos con mejor gusto. Quizá no sería tan mala idea dejar que el chico llevara uniforme cuando quisiera, por el bien estético de la unidad.

—Ten, ponte esto —le dijo, entregándole un chaleco verde con las palabras «Guardia Civil-Policía Judicial» impresas en la espalda. Ella llevaba uno igual, que le quedaba ridículamente pequeño.

—A sus órdenes, mi teniente.

Miranda reparó en un detalle sobre el brazo del sargento.

—¿Eso que te asoma por la camiseta es un tatuaje?

Christian se ruborizó.

—La ordenanza no prohíbe llevarlos siempre y cuando los cubra el uniforme…

—Ahora no vas de uniforme. Intenta tapar eso, por el amor de Dios. Espero que no sea una esvástica o algo por el estilo.

Las mejillas del sargento brillaban como un semáforo en rojo.

—No, mi teniente. Es… —Se remangó la camiseta para mostrar el tatuaje—. Es esto…

Era el emblema de la Guardia Civil, con su corona, su espada y su haz de lictor cruzado. Miranda arqueó las cejas.

—Eso sí que es tener vocación… ¿Desde cuándo llevas eso?

—Me lo hice con quince años.

—Pues tienes suerte de que no te tiraran en las pruebas de acceso a la academia… No, olvídalo, no te lo tapes. Igual nos hacen una foto para la revista *Guardia Civil*. Quedaría estupenda en la portada. —Christian la miró confuso—. Ríame los chistes, sargento, que para eso soy su superior.

Se subieron a uno de los vehículos de la dotación. Miranda conducía y, a su lado, Christian mantenía un disciplinado silencio. Podía sentir la tensión que emanaba el joven como si fuera un aroma.

—¿Es tu primer homicidio, sargento?

—Sí, mi… —Se interrumpió—. Sí.

Miranda asintió con la cabeza.

—Bien, no te pongas nervioso. Sólo vamos a hacer una inspección ocular. Los de criminalística se encargarán de lo más técnico… Supongo que vendrá Nogueroles con un par de sus chicos. Es muy buen profesional, pero tiene poca paciencia, así que procura no estorbarle.

—No estorbar. Sí. Entendido.

—Buen chico. Tú quédate a mi lado, obedece mis órdenes y mantén los ojos abiertos. Todo irá sobre ruedas. —Miranda giró el volante para tomar una rotonda. El coche enfiló por la pequeña carretera que llevaba a Els Pins—. Aún recuerdo mi primer homicidio… Tú aún debías de ser un crío, chico. Estaba tan nerviosa que creo que yo tenía peor cara que el muerto, y eso que se la habían quemado con ácido.

—¿Era un caso difícil?

—No, para nada. Un ajuste de cuentas entre traficantes. No tardamos ni un día en saber quién fue el autor material, pero el pájaro escapó a Caracas antes de que lo pilláramos. Esas cosas a veces pasan. —Miranda torció el gesto—. Aprendí mucho en aquella investigación, gracias a que me mantuve en un discreto segundo plano sin perder ripio de lo que hacía mi superior.

—¿Era bueno?

—El mejor —respondió la teniente. Luego, sin saber muy bien por qué, añadió—: Era mi padre.

Pensó que Christian haría algún comentario al respecto, quizá sorprendido, pero el sargento permaneció en silencio. Fue un detalle que a Miranda le gustó. Le agradaba la gente que sabía estar callada.

Llegaron a Els Pins al poco rato. No les fue difícil encontrar el lugar de los hechos; era donde había más gente concentrada en menos espacio.

Un cabo de la Unidad de Seguridad Ciudadana se acercó al coche y les pidió la acreditación; después les permitió acceder al escenario del crimen.

El cuerpo había sido hallado en el interior de una casita de una planta, de aspecto vulgar y ajado, como si el dueño no se preocupara mucho por el mantenimiento. En la parte delantera tenía una pequeña parcela ajardinada en la cual las malas hierbas crecían sin freno (a diferencia del jardín vecino, que era todo primor). Los guardias de Seguridad Ciudadana habían precintado la puerta de la vivienda con una tira de plástico.

Miranda tenía mucho por hacer y mucha gente con la que hablar, pero antes de entrar en la casa buscó a una persona en concreto.

La localizó dentro de un vehículo de dotación, en el asiento del copiloto y con la puerta abierta. Estaba sentada con las piernas encogidas y sujetando entre las manos una botella de agua mineral, con aire desvalido.

—Espera aquí un segundo, sargento —dijo Miranda—. No tardaré.

Se encaminó hacia la mujer del vehículo, quien, al verla, mostró una expresión de inmenso alivio.

—Oh, Miranda… No imaginas cuánto me alegro de que estés aquí.

Telma era una vieja amiga, de las pocas que la teniente podía considerar como tales en el pueblo. Era una novelista bohemia y despreocupada, la última persona que Miranda habría esperado ver en el escenario de un crimen. No obstante, y según los primeros informes, fue ella quien se topó con el cadáver.

—¿Cómo te encuentras, Telma?

—Bien… No lo sé… Ahora mismo me siento aturdida, como en medio de una alucinación. Nada de esto parece real… —La mujer cerró los ojos—. Dios mío, no puedo quitarme la imagen de la cabeza… Y el olor… Ese olor…

—Procura no pensar en ello… ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Me gustaría mucho irme a mi casa… Pero imagino que eso no será posible, ¿verdad?

—Todavía no, pero pronto. Escucha, ahora tengo que entrar ahí y hacer mi trabajo. Quizá tarde un poco, así que, si quieres, le pediré a mi sargento que te tome declaración para que puedas marcharte. Es un chico muy atento… Y joven, como los que a ti te gustan —dijo al final, arriesgándose con una pequeña broma para relajar a su amiga.

El efecto fue el contrario. Al escuchar la última frase, Telma se puso tensa.

—No, no… Prefiero hablar contigo, no me importa esperar. En estos momentos lo que más necesito es una cara amiga.

—Lo comprendo. Le diré a los guardias que estén pendientes de ti; yo volveré lo antes posible.

—Gracias. —La teniente acarició el brazo de Telma para darle ánimos. Luego se dispuso a regresar con Christian—. Miranda.

Elle se detuvo y giró la cabeza hacia su amiga.

—¿Sí?

—Sabía que tarde o temprano pasaría esto, podía sentirse todo ese odio en el aire… —Telma se estremeció—. Alguien ha ido demasiado lejos.

El salón de la casa era amplio, pero dada la cantidad de personas que deambulaban por allí, la sensación que transmitía era agobiante. Además, estaba el olor. Un olor nauseabundo y empalagoso, como si alguien hubiera dejado un filete de hígado en la sartén durante horas.

—Jesús… —masculló Miranda, arrugando la nariz—. Creo que lo que vamos a ver no será bonito, Christian. Nada bueno puede producir semejante pestazo. ¿Tienes a mano algo para escribir?

—He traído un cuaderno y un bolígrafo.

—Bien. Encárgate de ir tomando notas. Todo clarito y sin faltas de ortografía; no soporto las faltas de ortografía.

Miranda echó un vistazo a su alrededor. Había un par de agentes de paisano tomando huellas, supuso que serían los de criminalística, pero no vio a Noguerales por ninguna parte. A quien sí localizó fue a la jueza de instrucción, a quien ya conocía de otras veces. Siguiendo el protocolo habitual, la propia Miranda la había llamado por teléfono para darle la noticia del suceso.

Esther Plaza era una mujer activa y diminuta. Lucía unas gafas enormes, muy feas, y llevaba puesto un anorak de plumas que amenazaba con devorarla. Sobrepasaba los cuarenta y ya contaba con unas cuantas instrucciones judiciales a la espalda. A Miranda le gustaba trabajar con ella porque no era de las que se embrollaban con fruslerías legales y siempre trataba de facilitar las cosas.

—Hola, Miranda —saludó. Luego se fijó en Christian—. ¿Quién es este buen mozo?

—Sargento Ballesteros. Cuidado con lo que dices, que es sobrino del comandante.

—Encantada, sargento. —Esther le dio la mano—. ¿Y Lesboutx?

—La tengo en segunda línea, ocupada con el robo del ayuntamiento.

—Ah, sí… ¿Qué diablos pasa hoy en el pueblo, es que hay luna llena? Vandalismo, robo, cadáveres flotando en el puerto… y ahora esto. Vaya una forma de fastidiarme el fin de semana.

—¿Estás al tanto de lo del cadáver del puerto?

—Sí, pero antes de que me preguntes nada, yo no llevo el tema. Se lo han encargado a un juez de Castellón, un tal Ferreras, que no sé quién es.

—Da igual, ya no necesito muertos ajenos. Ahora tengo el mío.

—Cuánto me alegro. En fin… ¿Qué vas a necesitar?

—De momento el paquete básico: secreto de sumario, autopsia, ya sabes…

—Cuenta con ello.

—Luego lo mismo te solicito orden para acceder al registro telefónico, cuentas bancarias y pedir las claves de internet a la compañía proveedora. Pero ya veremos cómo se anda el asunto. —Miranda hizo una pausa—. Porque, a todo esto, entiendo que es un caso evidente de homicidio y que por eso estás aquí.

Cuando la causa de la muerte era natural o un accidente, los jueces de instrucción solían delegar funciones en el médico forense para levantar el cadáver y así no tenían que personarse en el lugar de los hechos.

—Lo es, sin duda… o el accidente más grotesco que he visto en mi vida. En cualquier caso, el forense está examinando el cadáver ahora mismo.

—¿Quién ha venido? ¿Julio?

—Deja al pobre Julio, que ya no tiene edad para andar hurgando muertos a estas horas. No, el que ha venido es un chico que estaba de guardia. Creo que se llama Fernando, o Fidel… No me acuerdo.

—Se lo preguntaré yo misma, que ya es hora de que le eche un ojo al finado. Y, por cierto, Julio es dos años más joven que yo, que lo sepas.

Los dos agentes atravesaron el salón y accedieron a un pasillo lateral. Allí, oculto a simple vista, se hallaba el cadáver. Una chica de criminalística hacía fotos mientras que un tipo rechoncho y con perilla inspeccionaba el cuerpo con cuidado. Miranda supuso que sería el tal Fernando (o Fidel), el forense de guardia.

La víctima era un hombre joven. Estaba tendido en el suelo, boca abajo, con la cara vuelta hacia la pared. Tenía los ojos abiertos, de un pálido color azul, lo que le daba un toque inquietante a su mirada muerta. Sobre la sien derecha presentaba una herida de un golpe rodeada de sangre a medio coagular, tan negra que parecía barro. En esa zona el cráneo se hundía un poco hacia dentro.

El cadáver tenía los pantalones y la ropa interior bajados hasta las rodillas. Por entre sus nalgas sobresalía el mango de un objeto que, además, estaba conectado a la pared por un enchufe. La carne de los glúteos alrededor de aquel objeto mostraba ampollas y abrasiones, como si la hubieran quemado con un hierro al rojo vivo.

Miranda apretó los labios en una expresión de desagrado. Ahora entendía lo del olor nauseabundo.

El forense se incorporó al ver a Miranda y se presentó. Su nombre resultó ser Félix.

—Creo que no hay ninguna duda, teniente —dijo el médico—. Es un homicidio.

—Ya veo… ¿La causa de la muerte es… es esa cosa que le sale del… de ahí?

—No, diría que fue el golpe en la cabeza, o al menos ésa es mi primera impresión. Pero habrá que esperar a la autopsia.

—¿Y qué diablos es lo que tiene metido en el trasero?

—Un rizador de pelo. —Miranda volvió la cabeza a su izquierda. Quien acababa de responder era el jefe de la Unidad de Criminalística, que salía en aquel momento de la cocina, al final del pasillo—. Hola, teniente Vega. No sabía que estaba usted por aquí.

—Acabo de llegar. Subteniente, le presento al sargento Ballesteros. Es nuevo en mi equipo.

—Tanto gusto, sargento. —Los dos hombres se estrecharon la mano—. Subteniente Vicent Nogueroles.

La compañía de la Guardia Civil de Santarés era demasiado pequeña para tener su propio equipo de criminalística, de modo que, cuando era preciso, acudían los de la comandancia de Castellón. Ellos se encargaban de medir las huellas de neumáticos, escudriñar entre las fibras de las cortinas, buscar los restos de ADN y, en resumen, de todas aquellas pesquisas tan cinematográficas que a Miranda le resultaban enormemente tediosas. Nunca pudo explicarse cómo había personas capaces de ver el atractivo en dicha labor.

El que estaba al mando del equipo era Nogueroles, un hombre de aspecto serio, algo lúgubre incluso. Tenía una cabeza pequeña y calva que remataba, como la punta de alfiler, un cuello muy largo en el que destacaba un hueso de la nuez afilado como una cuña. A Miranda el semblante de Nogueroles solía traerle a la mente la imagen de un buitre con gafas.

—Así que un rizador de pelo… —dijo la teniente, mirando el mango del artilugio con aprensión. La forma en la que asomaba, como un cuchillo clavado hasta el hueso, era dolorosamente obscena —. ¿Se refiere a uno de esos trastos con forma de cilindro que se enchufan, se calientan y…?

—Y rizan el pelo, sí. Un modelo Alfabella 550, con todos sus accesorios.

—Le veo muy puesto en el mercado, ¿es el que suele usar?

Nogueroles no reaccionó. No tenía el más mínimo sentido del humor.

—Lo he leído en el mango. Lo de los accesorios es cosecha mía, no creo que el pobre diablo los tenga ahí dentro.

—Eso espero… Escuche, estoy confusa. ¿Se trata de algún tipo de juego sexual de moda u otra perversión similar?

El subteniente se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Con todas esas novelas y películas sobre sadomaso, uno ya no sabe qué se le pasa a la gente por la cabeza. Pero, si quiere mi opinión, yo creo que el tipo ya estaba muerto cuando le metieron eso por el culo.

—¿Por qué lo dice?

—Vengan, se lo mostraré.

Miranda y Christian siguieron al subteniente hasta la chimenea que había en el salón. La chimenea se alzaba sobre una base de ladrillo con los cantos cubiertos de metal. En uno de los bordes se veía una pequeña mancha oscura.

—¿Esto es sangre? —preguntó Miranda.

—Sí. Y también hay un par de cabellos y restos de piel. Aún tengo que comprobarlo, pero me da que pertenecen a la víctima.

Miranda recordó la herida en la cabeza del cadáver.

—¿Cree que murió aquí, al golpearse contra el borde de la chimenea? —preguntó.

—Yo no soy quien tiene que decirlo pero, extraoficialmente, sí. Hay evidencias que muestran que el cuerpo fue arrastrado hasta el

pasillo desde aquí.

—Y luego allí enchufaron el rizador de pelo y ensartaron al tipo con él —completó Miranda—. ¿Por qué harían algo tan innecesario?

—Puede que quisieran torturarlo, mi teniente —intervino Christian —. Como una especie de ajuste de cuentas.

—Quizá —dijo Nogueroles—. Esos trastos pueden alcanzar una temperatura de hasta doscientos grados.

Miranda negó con la cabeza.

—No, no lo veo… ¿Por qué torturarlo si ya estaba muerto?

—Eso no lo sabemos seguro, lo que le he dicho antes era sólo una intuición. La autopsia tendrá que determinarlo. Lo único que sé con seguridad es que dejaron a la víctima tendida en el pasillo con el rizador ensartado durante horas, hasta que el trasto se sobrecalentó y se apagó. Por los indicios que hemos recogido mis chicos y yo no hay señales de que se resistiera. —Nogueroles frunció el ceño—. No sé cómo se las apañará el forense para sacar ese artilugio de donde está, parece que se ha pegado a la carne.

—Gracias a Dios, ése es su problema. ¿Ha dicho algo el médico sobre la hora de la muerte?

—Cree que lleva muerto entre doce y veinticuatro horas.

—Entre las ocho de la tarde de ayer y las ocho de esta mañana… —musitó Christian, mientras lo apuntaba en el cuaderno.

—Pon un signo de interrogación detrás de eso, hijo. Aún tenemos que esperar a los informes de los testigos y de la autopsia para estar seguros —dijo Miranda—. Y ahora, la pregunta básica: ¿quién es el muerto?

—Hay una cartera sobre la mesilla de noche del dormitorio —respondió Nogueroles—, yo no la he querido tocar. Mire a ver si allí

encuentra algún documento de identidad.

—Sí, me daré una vuelta por la casa, ¿no le importa, subteniente?

—No, pero intenten no contaminar demasiado, aún estamos inspeccionando el área.

Empezaron sus pesquisas en el dormitorio. La habitación, al igual que el salón, carecía de mobiliario salvo por los elementos básicos, como si a su dueño no le hubiera dado tiempo a poner su huella personal.

La cama y la mesilla de noche eran de diseño vulgar, del tipo de esas tiendas donde uno compra un montón de tablas, tornillos raros y un manual de instrucciones y luego con todo eso se las apaña para fabricar el mueble en su propia casa.

Del mismo estilo eran la pequeña mesa de escritorio, el armario y la estantería de la pared. Entre la estantería y el escritorio había muchos libros en ediciones baratas, packs de series de televisión, películas en Blu-Ray y varios videojuegos. Daba la impresión de que la víctima disfrutaba de una clase de ocio más bien solitario.

Miranda localizó en la mesilla de noche la cartera mencionada por Nogueroles. En su interior había cuarenta euros en billetes, una tarjeta de débito y un carnet de identidad. La teniente examinó este último.

—República de Croacia —leyó—. De modo que era extranjero.

—¿Es de la víctima? —preguntó Christian.

—Sí. Aleksandar Suker se llamaba. Toma nota del nombre del banco y del número que figura en la tarjeta de débito; intentaremos

que la jueza que nos dé una orden para acceder a los datos de su cuenta corriente.

—¿Por alguna sospecha en particular?

—No, sólo es un disparo al aire, pero nunca se sabe… —Miranda echó un vistazo a la fotografía del carnet. A pesar de que tales imágenes nunca son favorecedoras, Aleksandar Suker parecía un muchacho muy guapo, de rasgos casi infantiles. Aquello suscitó un leve regusto de tristeza en la teniente—. Es una lástima… —dijo, para sí.

—¿Perdón, mi teniente?

—Nada, pensaba en voz alta. Debo de estar haciéndome vieja porque cada vez me apena más cuando mueren jóvenes y guapos, sobre todo si los matan de una forma tan… humillante. No entiendo por qué se ensañarían de esa manera con este pobre muchacho. —Miranda contempló la foto del carnet, con los labios apretados—. Sólo tenía veinticuatro años. No era más que un niño.

—Averiguaremos quién lo hizo —aseveró Christian.

Por un segundo la ingenua convicción del sargento le pareció reconfortante a Miranda.

Dejó que Christian tomara unas cuantas fotografías con su móvil del contenido de la cartera mientras ella inspeccionaba el resto del dormitorio.

En el armario sólo había ropa. Casi todo eran pantalones vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas. En un pequeño cajón encontró tres pares de gafas de sol y varios cinturones.

—Christian, ven aquí. ¿Qué te parece esta ropa?

El sargento hurgó un poco entre las prendas. Empleó algo más de tiempo en examinar los diferentes pares de deportivas. Había siete

en total.

—Todo esto son cosas caras, de primeras marcas. —Señaló unas zapatillas de fútbol—. Estas Nike son una edición limitada que cuestan una fortuna; lo sé porque yo quería comprarme unas iguales.

—No con nuestro sueldo, querido, no con nuestro sueldo… —musitó la teniente—. Lo mismo pensaba yo. También la televisión que hay en el salón es de las grandes, ¿reparaste en ello?

—Lo cierto es que no, pero sí en el banco de ejercicios. Conozco el modelo y no es precisamente barato; se trata de material profesional.

—Curioso… A pesar de la parquedad decorativa, da la impresión de que Aleksandar tenía ingresos altos para ser tan joven. Me pregunto cómo se ganaba la vida.

Miranda se acercó a la estantería para echar un vistazo. La colección de películas, series y videojuegos era abundante, y también lo era la de libros.

Los gustos literarios de Aleksandar no resultaban muy sofisticados. Todos los volúmenes eran sagas de literatura juvenil o best sellers de moda, sin ninguna preferencia por un género en particular: había *thrillers*, de aventuras, distopías, historias sobre vampiros adolescentes y noveluchas románticas para lectores en plena revolución hormonal.

Christian se acercó para curiosear los libros.

—¿Has leído algo de esto, sargento? —preguntó la teniente.

—Yo no, pero son del tipo de los que le gustan a mi hermana pequeña. Va al instituto. —El joven señaló una hilera de ejemplares

del mismo autor, colocados en orden—. Los de esta mujer le encantan.

Miranda le dedicó una sonrisa burlona.

—¿De veras? Pues igual le sorprende saber que la tengo ahí fuera, esperando a prestar declaración. Es la que ha encontrado el cadáver.

—Pero si el nombre es distinto…

—Se llama pseudónimo, muchacho, pseudónimo. Telma Silvela es nuestra celebridad local pero firma sus libros con otro nombre. No sé cómo reaccionará al descubrir que la víctima era un fiel admirador. Tiene todas sus novelas.

—Todas no. Aquí falta una.

Christian estaba en lo cierto. Entre los volúmenes pulcramente ordenados de las obras completas de Telma había un hueco, en el espacio que debía haber ocupado la tercera entrega de la saga. Miranda ni siquiera habría reparado en ello de no ser por Christian, pero, ahora, aquella ausencia destacaba como un boquete en medio de una pared.

La mujer vio que Christian tomaba notas en su cuaderno.

—¿Qué estás escribiendo?

—Lo del libro que falta, mi teniente.

—Admiro tu celo profesional, querido, pero el hecho de que falte un libro absurdo no es la pista que nos va a llevar al asesino. Esto no es una novela de Agatha Christie.

Christian se ruborizó.

—Sí, mi teniente. Lo tacharé.

—No, déjalo. Ya sabes el dicho: «carta sobre la mesa, carta presa…». Vamos a ver qué has escrito hasta ahora. —Miranda echó un vistazo al cuaderno—. No está mal, no está mal… Pero «crimen»

no lleva acento… Por lo demás, bastante claro, aunque un poco prolijo. En adelante apunta sólo lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

—Lo siento mucho, mi teniente.

—No pongas esa cara, chico, que no es para tanto. Siempre es mejor pasarse que no llegar. Yo sólo lo digo por tu bien, para que luego no tengas que perder horas rellenando un informe con todo lujo de detalles innecesarios. —Miranda le devolvió el cuaderno a Christian—. Salgamos de aquí. Todavía nos queda por revisar el resto de la casa.

En la vivienda, aparte del dormitorio y el salón, había un cuarto de baño, un trastero, otro dormitorio y la cocina.

En el baño Miranda encontró la caja de un rizador de pelo vacía.

—Bien, esto explica muchas cosas —dijo la teniente—. Lo que no aclara es para qué necesitaba Aleksandar este artilugio cuando su pelo era corto y liso.

—Quizá para una novia…

—Si viviera con una mujer veríamos signos de su presencia, cosas como ropa en los armarios, productos de higiene femenina, otro cepillo de dientes… No. El chico vivía solo y, a pesar de ello, tenía un rizador de pelo que con toda probabilidad no utilizaba. Apunta eso, Christian, puede ser importante.

El sargento así lo hizo.

La inspección en el cuarto trastero sólo mostró un par de sillas plegables de jardín y una sombrilla. El otro dormitorio estaba completamente vacío y al entrar olía a polvo y a humedad, como si llevara cerrado mucho tiempo.

Miranda y Christian se trasladaron a la cocina, donde encontraron al subteniente Nogueroles escarbando en el cubo de basura como un insecto afanoso.

La cocina era de buen tamaño y estaba limpia. Los fuegos no parecían haber sido usados recientemente y en la pila no había cacharros pendientes de fregar. Miranda inspeccionó la nevera. En su interior sólo encontró algunas cervezas, un paquete de fiambre abierto y dos yogures de frutas. En el congelador, un par de pizzas precocinadas y una bolsa de hielo, de las que se vendían en las gasolineras.

La teniente le preguntó a Nogueroles si había algo de interés en la basura.

—De momento nada, únicamente envases de restaurantes de comida a domicilio.

—Sospecho que a la víctima no le gustaba demasiado cocinar.

—¿Ya han descubierto su identidad?

—Sólo que era croata y que se llamaba Aleksandar Suker, ¿le suena de algo?

—No, pero tengo entendido que hay muchos emigrantes del Este y de los Balcanes trabajando en los puertos de la comarca, aunque usted estará mejor enterada que yo, mi teniente. Éste es su pueblo.

—No es mi pueblo, sólo vivo aquí… —matizó la teniente—. Una pregunta: ¿hay huellas en el mango del rizador de pelo?

—No. Ninguna.

—¿Tampoco de la víctima?

—Ninguna quiere decir ninguna, mi teniente —respondió Nogueroles, puntilloso.

—Eso significa que alguien lo limpió después de… su último uso —intervino Christian.

—Tal parece, muchacho. O que el asesino llevaba guantes —dijo Miranda. Luego volvió a dirigirse al subteniente—. ¿Había huellas en la caja del rizador, la que está en el baño?

—Tampoco. Limpia como una patena.

—Entiendo…

Con aire distraído, Miranda se puso a inspeccionar el interior de las alacenas. Todas estaban vacías salvo dos. En una de ellas había utensilios de cocina y en la otra una bolsa de pan de molde, un par de latas de comida para gatos y dos paquetes de arroz. Los dos abiertos.

Miranda arqueó las cejas. Tomó uno de los paquetes de arroz y comprobó que aún quedaba la mitad de su contenido. El otro estaba casi lleno.

Volvió a dejarlo donde lo encontró.

—Siempre es mejor pasarse que no llegar… —musitó.

—¿Decía usted algo, mi teniente? —preguntó Christian.

—No… —respondió Miranda, dubitativa—. Es sólo que… Me preguntaba por qué alguien que apenas cocina y cuya nevera está casi vacía tiene dos paquetes de arroz en un armario, uno sin terminar y el otro apenas empezado.

—¿Quizá uno de ellos está pasado de fecha…?

—Sí, quizá… O puede que el anterior dueño de la casa dejara un paquete aquí desde tiempos inmemoriales y Aleksandar prefirió comprar otro nuevo… O cualquier motivo lógico y sin importancia. Pero…

—¿Quiere que tome nota de ello?

Miranda se lo pensó antes de responder.

—No. —Cerró la alacena con gesto decidido—. Ya está bien de trivialidades. Centrémonos en lo importante, como, por ejemplo, por qué no hemos encontrado ningún teléfono móvil ni ningún ordenador en toda la vivienda.

—¿Eso es de interés? —preguntó Nogueroles.

—Sí, porque hay un router en el salón y un cargador de móvil en uno de los enchufes del dormitorio, así que debería de haber un teléfono y un ordenador en alguna parte, pero no es así.

El subteniente se colocó bien las gafas con aire pensativo.

—No había ningún móvil en el cuerpo de la víctima, cierto… Tiene razón, es extraño. ¿Cree que el motivo del crimen pudo ser un robo?

—Lo dudo. Hay otros objetos de valor en la casa que siguen aquí, pero sí tengo la sospecha de que el ordenador y el teléfono se los ha llevado alguien, puede que el asesino.

—¿Con qué propósito?

—Aún no lo sé, pero la experiencia dicta que cuando un homicida se lleva algo de la escena del crimen es porque se trata de una prueba acusatoria. —Miranda se dirigió a una puerta que había en la parte trasera de la cocina—. ¿Adónde lleva esto?

—Al jardín de atrás. Por favor, mi teniente, si va a salir no me pise mucho por ahí que todavía no hemos inspeccionado esa área.

—Descuide.

Miranda se asomó al patio trasero. Era muy pequeño y estaba delimitado por una valla cubierta de brezo seco, la cual, en el tramo derecho, daba al jardín de la casa vecina. Dentro del patio no había más que una hamaca desvencijada y unos pocos troncos amontonados en una esquina. Miranda supuso que serían para la

chimenea. Al regresar a la cocina reparó en un arenero para gatos que estaba junto a la puerta.

—Subteniente, ¿hay algún gato en la casa?

—Si es así, yo no lo he visto.

—Un arenero, latas de comida… Pero el gato no está.

—¿Quiere que tome nota de eso, mi teniente? —preguntó Christian, con el bolígrafo listo.

—Lo dejo a tu elección, sargento. Sorpréndeme. —Miranda echó un último vistazo a su alrededor—. Bien, por mi parte no veo nada más de interés en la cocina.

—¿Y esto? —preguntó Nogueroles, entregándole a Miranda un trozo de papel que acababa de sacar del cubo de la basura. En él había una nota con un mensaje garabateado a mano: «Edu99. Miérc. 10. La plaza».

Miranda le mostró el papel a Christian.

—¿Qué opinas de esto?

—Quizá sea una cita.

—Una cita en una plaza, no sabemos en cuál porque falta media nota. —Aquello era una contrariedad: Santarés estaba repleto de plazas, grandes y pequeñas—. Pero sí sabemos que fue el miércoles día 10.

—O el miércoles a las diez, pienso yo —dijo el sargento—. El miércoles 10 fue hace mucho tiempo, no creo que Aleksandar no haya cambiado la bolsa de basura en tres semanas, sobre todo con un cubo tan reducido. Lo normal es que una bolsa se llene en unos pocos días y luego tengas que poner otra, así que, como hoy es viernes, en mi opinión esta nota se refiere a una cita del miércoles de esta semana y no antes.

—Buen apunte… ¿Y qué hay de Edu99?

—Parece… —Christian frunció el ceño, pensativo—. Más bien parece un *nick*, mi teniente.

—¿Un qué?

—Un *nickname*.

—Ah, comprendo. Te refieres a un alias, como el que se pondría un usuario de internet para una página web, un chat o algo parecido, ¿no es eso?

—Exacto.

Miranda suspiró.

—¿Se da cuenta, Nogueroles? Por eso siempre es bueno traer a chicos jóvenes a las inspecciones oculares. Una yegua vieja como yo habría pasado por alto lo del *nickname*.

—Renovarse o morir, mi teniente, renovarse o morir… —musitó el subteniente, sin dejar de husmear entre la basura—. Tiene usted que acostumbrarse a que vivimos en la era de internet. Hoy todo se hace con un ordenador.

—Dijo el tipo que escarbaba en el cubo de los desperdicios… —añadió Miranda.

Aún tuvieron que permanecer un rato dentro de la casa, supervisando cómo el médico forense y la jueza de instrucción ejecutaban la orden de levantar el cadáver.

Miranda observó cómo metían en una bolsa al infeliz Aleksandar igual que la res de un matadero, aún con el rizador de pelo en su vergonzante posición, y lo sacaban del salón sobre una camilla. Al apreciar la fría indiferencia con que el cuerpo era manejado, Miranda

se preguntó, con cierta tristeza, si alguno de los presentes contemplaría los restos del muchacho como algo más que un simple objeto de estudio envuelto en plástico.

Se sentía baja de ánimo cuando Christian y ella salieron de la casa, tras la camilla. Habría dado cualquier cosa por un cigarrillo, pero en el perímetro del escenario del crimen aún estaría prohibido fumar hasta que Nogueroles y su equipo terminaran de inspeccionarlo por completo.

—Y bien, sargento, ¿alguna teoría preliminar? —preguntó, para distraer su sed de nicotina.

—Verá, mi teniente, una vez, en mi anterior unidad, tuvimos un caso que me ha recordado a éste… Había un tipo que contrató los servicios de un… un… un chico de compañía, ya me entiende…

—Un prostituto, Christian, un prostituto. Puedes llamar a las cosas por su nombre que no me voy a escandalizar, no soy tu abuela. Sigue, ¿qué pasó?

—Pues bien el… el prostituto acudió a la cita con un compañero, un cómplice. Entre los dos maniataron al tipo y lo violaron con un paraguas… Un paraguas de esos plegables… Después le dieron una paliza y se llevaron todo el dinero y algunos objetos de valor que había en la casa.

Miranda asintió con la cabeza lentamente.

—Un buen paralelismo, sí… Pero en la cartera de Aleksandar aún había dinero, y sus objetos de valor siguen en su sitio, salvo por el móvil y el ordenador. Además, él no estaba maniatado.

—Cierto…

—No obstante tu idea puede tener alguna base, no la descartaremos de momento. Lo que parece claro es que el asesino

entró y salió por la puerta principal, ya que no hemos visto ningún otro acceso, y que además no la forzó. ¿Eso qué nos indica?

—Que o bien tenía una llave o que fue el propio Aleksandar quien lo dejó pasar.

—Exacto. —La teniente dirigió una mirada apreciativa a Christian —. Me gusta cómo piensas, hijo. No parece que seas tonto ni nada de eso, así que voy a encargarte una labor mientras yo me ocupo de algo.

—A sus órdenes, mi teniente.

—¿Qué te he dicho de lo de «mi teniente»?

Una vez más, Christian se puso rojo.

—Lo siento, mi… Lo siento. Es que la costumbre pesa mucho; en mi anterior unidad te metían unos paquetes tremendos si uno se olvidaba del tratamiento.

—Ya, como debe ser, pero ahora no estás en Kansas, Dorothy.

—¿Perdón…?

Miranda emitió un largo suspiro. Puede que el chico tuviera algo más que la gorra en la cabeza, pero aún había que pulirlo bastante.

—Escucha, esto es lo que quiero que hagas: ¿recuerdas que al entrar en la urbanización hemos pasado por delante de una garita?

—Sí, había un guardia de seguridad.

—Exacto. Acércate allí y pregúntale si en la urbanización existe un circuito de cámaras de vigilancia. Que te diga también si sabe de alguien que viniera a visitar a Aleksandar entre las ocho de la tarde de ayer y las ocho de esta mañana… o, mejor, que te diga todo lo que pueda sobre cualquier persona que entrara y saliera de la urbanización en ese tiempo. Si él no estaba de guardia, pídele los datos del compañero que cubriera aquel turno. ¿Has tomado nota?

—Sí. —El sargento escribía a toda velocidad en el cuaderno—. ¿Alguna cosa más?

—Pregúntale sobre las casas vecinas a las de Aleksandar. Quién las ocupa, desde cuándo, etcétera. Y todo lo que pueda decirte sobre la víctima. Tú sé creativo, muchacho. Cuando lo hayas frito a preguntas, regresas aquí y me das el parte.

—Entendido. Y, entretanto, ¿usted qué va a hacer?

—Básicamente, pasar un mal trago.

Miranda despidió al sargento. No quería que estuviera presente mientras hablaba con Telma. En atención a su amiga, la teniente albergaba la esperanza de simular cuanto fuera posible lo que aquella charla sería en realidad.

La declaración de la testigo de un caso de asesinato.

6
¿Tomamos un café?

Telma aguardaba a la teniente dentro de su propio coche, una monada urbana de color cereza, cuyo interior aún conservaba un leve aroma a recién comprado. Miranda se alegró de que pudieran conversar allí. Puede que Telma se sintiera más segura declarando en un ambiente familiar.

La novelista permanecía sentada en el asiento del conductor. Entre las manos sujetaba un vaso de plástico lleno de café. El reproductor de música estaba puesto a bajo volumen, emitiendo algo de jazz suave.

—Ya estoy aquí. Siento mucho haberte hecho esperar tanto —dijo Miranda, al entrar en el coche.

—No tiene importancia.

—¿Qué tal te encuentras?

—Un poco más tranquila. Los guardias están siendo muy amables conmigo, uno de ellos me ha dado un poco de café de un termo y no paran de preguntarme si necesito alguna cosa.

A Miranda le alivió que su amiga pareciese serena. Por su propia experiencia, sabía que las reacciones de las personas que encuentran un cadáver pueden ser muy variadas: había quienes se paralizaban por el trauma, quienes llegaban a ponerse histéricos e

incluso los que disfrutaban morbosamente de su inesperado protagonismo. Muy pocos reaccionaban con temple.

Que Telma fuera de estas últimas a Miranda no le sorprendió. Su amiga era una mujer de carácter fuerte. Alguien a quien la vida ya había acostumbrado a dominar sus nervios en ocasiones difíciles.

Se conocieron a las puertas del edificio de la compañía de la Guardia Civil. Miranda estaba fumándose un cigarrillo cuando vio aparecer a una mujer con un ojo hinchado y la marca de un golpe tremendo en la mejilla. Era Telma. Se acercó a Miranda y, con voz temblorosa pero actitud serena, le preguntó si sabía con quién tenía que hablar para poner una denuncia por maltrato.

Miranda la acompañó hasta el puesto de la EMUME,[4] dentro de la compañía. Incluso le ayudó a presentar y rellenar la denuncia, pues la mujer, aunque trataba de mantener la calma, se encontraba en un lógico estado de miedo y confusión.

El maltratador en cuestión era un tipo con el que llevaba viviendo unos años. Un periodista de un diario provincial al que Telma conoció durante la entrega de un premio literario. A toro pasado, la escritora solía comentar que nunca le gustó acudir a ese tipo de saraos culturales, y que ahora ya tenía un buen motivo para no repetir.

El individuo en principio parecía simpático y cordial, no muy guapo pero con encanto. Quizá a veces se mostraba un poco celoso del éxito profesional de Telma, pero ella pensaba que era un defecto que, en el fondo, todos los hombres compartían, así que no le daba mayor importancia.

El diario en el que trabajaba cerró, y el periodista acabó en la calle de un día para el otro. Aquellos celos se transformaron en

resentimiento y, cuando empezó a beber más de la cuenta, se volvieron una obsesión rayana en la paranoia. A pesar de ello Telma no vio el peligro o no quiso verlo hasta que, literalmente, le golpeó en la cara.

Un día el tipo apareció en casa borracho como una cuba. Sin más razón que la que dictara su mente enferma, comenzó a insultar a Telma hasta que se atrancó en la palabra «puta» y, al agotársele el repertorio de obscenidades, descargó dos puñetazos en la cara de la escritora. Pudo haber sido mucho más trágico pero, gracias a que el hombre apenas era capaz de mantenerse en pie, Telma logró salir huyendo hacia la compañía de la Guardia Civil. Allí fue donde se encontró con Miranda.

Miranda no llevó su caso, pues los temas de violencia de género en Santarés los trataba una unidad diferente a la suya, pero lo siguió muy de cerca, asesorando y ayudando a Telma siempre que lo necesitaba. También ofreciéndole el apoyo emocional que sólo una mujer puede dar a otra en circunstancias similares. Sobre todo, Miranda la ayudó a comprender que no debía sentirse responsable de aquella situación, y que no por ser más lista, más culta y con más mundo que otras estaba a salvo de cruzarse con un cabrón de manos largas. El corazón no sólo es ciego, también es profundamente idiota. Al menos Telma había tenido el suficiente sentido común como para no esperar a una segunda tanda de golpes antes de denunciarlo en la comisaría más cercana.

Al tipo lo detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron. Unos meses más tarde, mientras conducía por una autopista de madrugada, borracho, se salió de la carretera y se empotró contra un muro de granito. Como observó Miranda fríamente, «a todo cerdo le llega su

San Martín». Eso fue lo único positivo que extrajo Telma de aquella etapa de su vida. Eso, y su amistad con Miranda.

Ambas eran mujeres muy distintas: Telma, bohemia y extrovertida; Miranda, reservada y poco amiga de extravagancias. Ni siquiera tenían la misma edad, pues Telma era casi diez años más joven, pero las dos compartían un espíritu independiente y un fuerte carácter.

Últimamente se habían distanciado un poco. A Miranda apenas le quedaban horas libres para socializar entre su trabajo y la enfermedad de su padre. Telma, por su parte, anduvo coqueteando con la política local (incluso llegó a cerrar la lista electoral del partido que gobernaba en el pueblo) y centrando toda su actividad en el nuevo centro social. Estaba muy ilusionada con el taller de teatro y ocupaba en él la mayor parte de su tiempo.

En aquel momento, mientras se disponía a tomar declaración a su amiga, Miranda se preguntaba cuándo había sido la última vez que se sentaron un rato a tomar un café. No lo recordaba.

—Esto no nos llevará demasiado tiempo —dijo Miranda—. Sólo un par de preguntas y podrás irte a casa a descansar.

—De acuerdo. ¿Qué… qué necesitas saber?

—En primer lugar, cuéntame cómo encontraste el cadáver.

Telma inspiró, como si estuviera a punto de dar un salto. A continuación relató con detalle cómo salió del centro social a las siete, llegó a la casa poco después y, al entrar, vio el cadáver de Aleksandar en el pasillo.

—Nada más verlo, grité y salí corriendo —dijo—. Después llamé a la policía de inmediato.

—¿No tocaste nada?

—No. Creo que apenas llegué a estar dentro de la casa más de un par de minutos.

—¿De qué conocías a la víctima?

Telma se mordió el labio inferior.

—De nada, en realidad… Yo… Madre mía, no sé cómo explicarlo.

—Inténtalo.

—Bien… ¿Sabes lo que es Finder?

—No.

—Es… Bueno… Es una aplicación para el móvil. Sirve para… para conocer gente, charlar… Hacer amigos… —Telma se quedó en silencio unos segundos—. Qué diablos, es un estúpido programa para buscar rollos de una noche. Eso es lo que es, ni más ni menos.

—Entiendo… —dijo Miranda. En aquel momento se sentía como si entre Telma y ella, más que unos pocos años de diferencia, hubiera un centenar de generaciones—. ¿Ahora es así como se hacen estas cosas?

—Ay, Dios… Me siento tan ridícula.

—¿Por qué? No eres ninguna anciana ni una monja con voto de castidad; tienes derecho a darle una alegría al cuerpo cuando te apetezca… Cuéntame cómo funciona eso del Finder.

—Primero te descargas la aplicación en el teléfono… Es gratuita. Luego te creas un perfil personal, muy simple, nada detallado. Pones un par de cosas que te gusten, otras dos que no te gusten y cuelgas una foto tuya, o las que quieras. Por último señalas tu edad y si buscas hombres, mujeres… o incluso las dos cosas.

—¿Eso es todo?

—Sí. Nada de extensas biografías… Después buscas personas que te gusten entre los diferentes perfiles registrados. La aplicación te

muestra los de aquellos que están cerca de ti. Vas mirando uno detrás del otro con un simple gesto, así. —Telma movió el dedo índice sobre la palma de su mano, como si estuviera pasando las páginas de un libro invisible—. Seleccionas los que te gusten y rechazas los demás. Si seleccionas el perfil de alguien que, a su vez, también ha seleccionado el tuyo entonces se abre un chat de conversación privado y puedes comunicarte con esa persona por mensajes. Se supone que lo siguiente es concertar una cita y… ver qué pasa.

—Ya. Buscas una pareja sólo en base a una foto de perfil y un par de datos personales intrascendentes —resumió la teniente—. ¿Eso no es un poco frívolo?

—Claro que lo es. No se trata de encontrar a tu futuro marido, sólo de… —A Telma le faltaron las palabras. Finalmente, en tono defensivo, añadió—: Sí, bien, es como un mercado de carne. «Éste me gusta, éste no, éste me gusta, éste no…» Ya está. Sólo juzgas el aspecto físico, pero no hay ninguna hipocresía; todo el que lo usa sabe de qué va el tema.

—¿Tú lo usas mucho?

—No, ésta ha sido la primera vez. Y te juro que también la última —aseveró Telma—. Mis chicos del grupo de teatro están enganchados a esta cosa, todo el día metidos en el dichoso Finder, como si fuera un videojuego. También algunos profesores del centro. Me entró curiosidad y les pregunté… «Hazte un perfil», me dijeron, «sólo por probar, verás qué divertido…»

—Y tú lo hiciste.

—Sí, maldita la hora… Aunque reconozco que tenían razón: engancha. Ves una foto que no te gusta, fuera; ves otra de un tipo

mono, lo marcas… Así una y otra vez. Te preguntas cómo será el siguiente, y el siguiente, y el siguiente… Al principio no tenía intención de marcar ningún favorito, sólo… probar… Buscaba sobre todo gente de mi edad, que algunos había, no creas… Luego te atreves a marcar uno un poco más joven y te das cuenta de que, en realidad, da igual: sólo eres un perfil entre un millón, y un crío de veintipocos con un cuerpazo de muerte no se va a fijar jamás en una mujer ya madura que tiene… en fin, lo que tiene… Así perdí la vergüenza y fui marcando a otro, y a otro, y a otro… A los de más de treinta ya casi ni los miraba, me lo seguía tomando como un juego. Hasta que un día recibí un mensaje. Alexxx93 se llamaba… Alexxx, con tres equis… —Telma amagó una sonrisa—. Menuda foto, Miranda… Joder, parecía un modelo… Y era tan joven, un chaval… Cuando vi aquella foto me vinieron tales imágenes a la cabeza que casi me sentí una pederasta… Cielo santo, yo tengo un sobrino casi de esa edad, ¿te lo puedes creer?

—Él era mayor de edad y tú también, y no era tu sobrino, así que no hay nada malo ni ilegal en eso —dijo Miranda, esforzándose por sonar comprensiva—. ¿Así fue como lo conociste?

—Sí… Dios mío, si pudiera explicarte cómo me sentí cuando aquel chico se puso en contacto conmigo… Fue todo un chute de autoestima, como si hubiera rejuvenecido veinte años de golpe; no sólo le interesaba a un chaval, es que encima el chaval estaba como un tren. Pero no pienses que perdí la cabeza ni nada parecido. Ni siquiera me molesté en responder a su primer mensaje; de hecho, estaba tan avergonzada que casi me doy de baja en la aplicación.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—Él seguía insistiendo… «Hola, ¿qué tal?», «me gusta mucho tu foto», «pareces muy divertida»… Finalmente respondí. Sin ninguna intención en concreto salvo la de no parecer grosera. Mantuvimos un par de conversaciones por chat… —Telma se quedó pensativa—. Eso fue el miércoles, creo.

—¿De qué hablasteis? ¿Te contó algo sobre él?

—Nada. Ni siquiera sabía su nombre completo, sólo que se llamaba Alex.

—¿Sabías que era croata?

—Me dijo que era extranjero, pero no de dónde. Por las fotos yo pensé que podía ser polaco, aunque no sé por qué… Quizá porque todos los polacos que conozco son rubios, tienen ojos azules y son muy guapos.

—¿Tampoco te dijo dónde trabajaba?

—No trabajaba, al menos eso me dio a entender.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Es extraño… En la casa había cosas muy caras, demasiadas para un chico que está en el paro.

—Quizá tenía dinero de otras fuentes. Puede que su familia se lo diera o algo así.

—Sí, quizá —dijo Miranda, lacónica—. ¿Qué más te contó sobre él?

—No mucho. Que llevaba poco tiempo en el pueblo, que casi no tenía amigos aún y que le gustaban mucho mis libros, que los había leído todos.

—¿Cómo sabía que tú eras la autora?

—Tampoco es que lo de mi pseudónimo sea ningún secreto a estas alturas, casi todos mis lectores habituales me conocen y saben

quién soy… —Telma se quedó un segundo en silencio y esbozó una sonrisa triste—. Me dijo que estaba leyendo *Celos del aire* y que le estaba encantando, que le parecía el mejor de todos… Pobrecillo… No puedo creer que ahora… —La voz le falló. Bebió un sorbo de café y los ojos se le humedecieron—. Lo siento.

—Tranquila, es natural que te afecte. ¿Cuántas de esas conversaciones por chat mantuvisteis?

—Sólo dos. Una el miércoles. En ella no hicimos más que tontear, como dos adolescentes. Hablamos de quedar un día de esta semana y conocernos en persona. La última conversación fue esta mañana.

Miranda se puso en estado de alerta. Aquél era un dato importante.

—¿Recuerdas la hora exacta?

—No, pero puedo consultarlo, espera… —Telma se puso el bolso sobre las rodillas y empezó a rebuscar en su interior hasta encontrar su teléfono, que tenía aspecto de recién comprado. Abrió la aplicación Finder para consultar el último chat—. Aquí está. Puedes leerlo si quieres.

Miranda cogió el móvil y leyó en la pantalla. La conversación en el chat se reducía a unos pocos mensajes.

Alexxx93: *Hola!*
Tesil71: *Hola. Como stas?*
Alexxx93: *Bien. Pensaba en ti*
Tesil71: 😌
Alexxx93: *El viernes no tengo nada q hacer. Y tu?*
Tesil71: *Estoy ocupada hasta las siete. Después stoy libre.*

Alexxx93: *Genial. Xq no nos vems? Estoy deseando conocerte en persona!*

Tesil71: 😌 *Yo tb.*

Alexxx93: *eso es un sí?*

Tesil71: *Jajaja. De acuerdo, por qué no? Conozco un buen sitio en Benicassim. Se cena un pescado estupendo. T apetece?*

Alexxx93: 😌 👍 *Sólo hay un problemilla…*

Tesil71: ¿?

Alexxx93: *No tengo coche* 😳

Tesil71: *Jajaja. No pasa nada, yo te llevo.*

Alexxx93: *Vale, xro yo invito. Soy un caballero* 🎩

Tesil71: *Jajaja. Q mono! Ya hablarems de eso. Dnde te recojo?*

Alexxx93: *T importa hacerlo en mi casa? Recogerme, digo* 😜

Tesil71: *Jajaja. Qué malo* 😈 *. Ok. Te parece que esté allí sobre las 19.15?*

Alexxx93: *Genial. Estaré esperando fuera, en la puerta. Te paso la dire. Ponte guapa.*

Tesil71: *Y tu tb. Pero seguro que eso no te será difícil* 😉

Alexxx93: *Jeje. Y a ti tpoco. Bss!*

Tesil71: 😘

Junto a cada uno de los mensajes estaba la hora en que fue enviado. El primero era de las diez y cuarto de la mañana. El último de las once y diez.

El gesto de Miranda se tornó grave. Según el forense, Aleksandar murió, como muy tarde, a las ocho de aquella mañana. O el médico estaba errado o aquellos mensajes los enviaba un hombre que llevaba tres horas muerto.

Prefirió guardarse esa información. Bastante susto había pasado Telma como para encima meterle en la cabeza la idea de que chateaba con los espíritus. Además, el forense podía estar en un error: nada era definitivo hasta que no aparecía en el informe de la autopsia.

—¿Conservas el otro chat, el del miércoles?

—No. Cambié de móvil ayer y, al parecer, cuando haces eso las conversaciones antiguas no se guardan… Creo. No lo sé… Sobre estas cosas no entiendo más que lo básico. Pero imagino que podrás consultarlo en el móvil de Alex si es que crees que puede ser importante.

Miranda tampoco dijo que el teléfono de Aleksandar estaba desaparecido. Empezó a darle vueltas a la idea de que, quizá, los mensajes habían sido escritos por la misma persona que robó el teléfono del joven. El porqué no lo tenía claro; tal vez el asesino intentaba fabricarse una coartada pensando que, al ver los mensajes, la policía creería que a las once de la mañana Aleksandar aún seguía con vida. Como ardid era bastante chapucero, pero la mayoría de los homicidas con los que Miranda se había topado en su carrera no eran precisamente genios del crimen.

—¿Aparte del chat, tienes su número de móvil o una dirección de correo electrónico?

—No. Sólo nos comunicábamos por este sistema. En Finder no se proporcionan ese tipo de datos personales, supongo que así se evita que algún indeseable pueda ponerse pesado.

—¿Te importa si miro el perfil del muchacho?

—No, claro… Te lo mostraré. —Telma pulsó la pantalla del móvil hasta que la fotografía de un joven sonriente ocupó toda la

superficie—. Aquí lo tienes… Ay, Dios… ¿Verdad que era guapo? Apenas puedo creer que esté…

Miranda asintió. «Todos los jóvenes parecen inmortales… —pensó la teniente, melancólica—. Pobre muchacho.»

Aparte de la foto, no había mucha más información. Debajo podían leerse unas frases escuetas.

Alexxx93

Le gusta: los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere.

No le gusta: madrugar y las despedidas.

En la esquina superior del perfil se veían dos emoticonos con forma de frutas: uno de ellos era un plátano y el otro, una fresa.

—¿Qué significan estos dibujitos?

—Oh, eso… Es la forma que tienes de indicar en Finder cuáles son tus… preferencias.

—¿Tus preferencias sobre frutas? —dijo Miranda.

Telma la miró de una forma que la hizo sentir un poco estúpida.

—Sobre inclinaciones. Los plátanos son hombres y las fresas mujeres. Ya sé que no es muy sutil, pero supongo que a los programadores de la aplicación les debió parecer simpático.

—No entiendo… ¿Aleksandar era homosexual?

—Bisexual en todo caso, que no es lo mismo. —Telma se ruborizó levemente—. Quizá te parezca raro, pero la idea me resultaba muy… excitante.

Miranda carraspeó, incómoda.

—Ya veo… —Se sintió muy vieja de pronto. No es que censurase que los jóvenes de ahora resultaran tan desinhibidos en temas de sexo, pero le costaba comprender que les diera igual una fresa que un plátano, le parecía una complicación innecesaria—. Está claro que me voy quedando atrás en muchas cosas… —dijo, más bien para sí misma.

—Ni siquiera llegué a conocerlo —dijo Telma, guardando el móvil en su bolso— pero, a pesar de ello, siento mucho su muerte. Es decir… No sólo me afecta el haberlo encontrado… No lo sé… Parecía un buen chico. Siento como si le hubiera ocurrido a alguien cercano.

—Antes me dijiste que su muerte era algo que se veía venir, ¿a qué te referías?

El rostro de Telma se endureció.

—A la forma en la que lo mataron. Pude ver lo que… eso que le hicieron. Es como en mi obra, la que estamos montando en el centro social.

—¿En tu obra?

—*Eduardo II*. Cuenta la historia de un rey inglés homosexual. Unos nobles rebeldes lo encarcelaron y lo asesinaron sodomizándolo con un hierro al rojo vivo. —Tomó un sorbo de café. Las manos le temblaban—. Aquella imagen me vino a la cabeza cuando vi al pobre chico ahí tendido.

Miranda se quedó pensativa. Un rizador de pelo no era un hierro al rojo vivo, pero la teniente recordaba las palabras de Nogueroles… «Estos trastos pueden alcanzar una temperatura de hasta doscientos grados…»

Doscientos grados…

La idea de que alguien hubiera querido recrear con Aleksandar el asesinato de un antiguo rey inglés parecía demasiado increíble para tomarla en serio. Demasiado siniestra. Pero, sobre todo, Miranda no encontraba ninguna justificación a ello, salvo que…

—Crees que pudo ser algún tipo de crimen homófobo —afirmó.

—Lo que creo es que hace tiempo que se percibe un odio latente en este pueblo. Yo misma soy blanco de amenazas, algunas muy crueles. Me dejan anónimos en el coche, destrozan los carteles de mi obra, escriben insultos en la pared del centro… Pero todo eso ya lo sabes porque no es la primera vez que te lo digo. Si existe alguna relación entre esos hechos y el asesinato, no lo sé, no quiero creerlo, pero… —Telma miró a la teniente—. Es como en mi obra, Miranda, igual que en mi obra. Al pobre chico lo asesinaron como a Eduardo II. Podría ser un mensaje.

—Es mejor que no te obsesiones con esa idea —dijo la teniente, tranquilizadora. No compartía del todo el enfoque de su amiga. Al fin y al cabo, Telma se pasaba horas ensayando aquella obra, pensando en ella, no era raro que en un momento de tensión extrema las ideas se le mezclaran en la cabeza y le hicieran ver fantasmas—. Estoy casi segura de que no es más que una casualidad. Si te sirve de consuelo, te diré que es probable que Aleksandar ya estuviera muerto cuando le hicieron… eso.

—¿De veras?

—Sí. El forense y los de criminalística piensan que no murió en el pasillo, que lo arrastraron allí, quizá para ocultarlo.

—¿Y cómo… cómo murió? —preguntó Telma con un hilo de voz.

—Aún no lo sabemos. Si quieres te lo diré en cuanto lo averigüe.

—Gracias… —Le dio otro sorbo al café. Ya casi se lo había terminado.

—Creo que ya he abusado mucho de ti por hoy. Vete a casa e intenta descansar, no te preocupes más por este asunto; ahora está en mis manos.

—Sí… Hoy ha sido un largo día… Largo y extraño. ¿Estás segura de que no me necesitas para nada más?

—No… —Miranda titubeó—. Disculpa una pregunta un poco absurda: ¿has dicho que Aleksandar estaba leyendo *Celos del aire*?

—Eso me comentó.

—Fue tu tercera novela, ¿verdad?

—Sí, y la que mejor se ha vendido de todas; mucha gente me conoce sólo por ese libro. No es raro que Alex la estuviera leyendo… ¿O sí?

—No, claro que no. Disculpa, ya te dije que no era más que una pregunta absurda. Si recuerdas algún otro detalle sobre Aleksandar que se te haya pasado por alto, llámame a cualquier hora. Por lo demás, trata de olvidar el asunto y seguir con tu rutina.

—Me conformaré con ser capaz de pegar ojo esta noche.

Las dos amigas se despidieron con un corto abrazo. Miranda le dijo una vez más que la llamara si recordaba alguna cosa, o si simplemente deseaba charlar con alguien. Después salió del coche y se quedó contemplando cómo Telma se alejaba de la casa.

Por algún extraño motivo, pensaba en *Celos del aire*.

Era el título del libro que faltaba en la estantería de Aleksandar.

7
Quiero sacarte a bailar

Miranda se apartó de la casa para poder fumarse un cigarrillo. Apenas le había dado dos caladas cuando Christian regresó de hablar con el guardia de seguridad. El sargento ofreció el parte de novedades como un niño que le lleva un ramo de flores a su maestra.

—Veamos… —dijo, consultando sus notas—. El guardia dice que no hay circuito de cámaras de vigilancia en la urbanización.

—Eso me temía. Ésta no es precisamente la zona VIP de la comarca. ¿Qué más?

—Tampoco sabe de nadie que fuera a la casa de Aleksandar ni que entrara o saliera de la urbanización a partir de las ocho de la tarde de ayer. No obstante, él dejó su puesto a las nueve; a esa hora le dio el relevo a otro compañero que hizo el turno de vigilancia hasta las nueve de la mañana de hoy.

—¿Tienes sus datos?

—Sí, se llama Bogdan Lupu. Es rumano. Se supone que tiene que venir dentro de… —Christian consultó su reloj— veinte minutos para hacerse cargo de su turno.

—Podemos esperar. ¿Te dijo algo sobre las casas vecinas?

—Casi todas son de alquiler. La gestión la lleva una agencia inmobiliaria que se llama Interresidence, tienen la oficina en el pueblo. La única casa habitada por el propietario es justo la que se encuentra pegada a la de Aleksandar, la número 7. Pertenece a una mujer cuyo nombre es Rosa Martínez Argüelles.

—Me encanta cuando hay vecinos, y si son cotillas es mucho mejor. ¿Quién vive en las otras casas?

—Ahora mismo nadie, están vacías.

—¿Algún dato sobre Aleksandar?

—Nada. El vigilante lleva en este trabajo sólo desde hace tres meses, y en ese tiempo apenas ha cruzado más que un par de saludos con la mayoría de los vecinos. No tiene ni idea de en qué trabajaba, si tenía amigos o parientes en el pueblo o cuánto tiempo llevaba viviendo en la casa.

—Por lo que yo sé, el chico estaba en paro. ¿Eso es todo, sargento?

—Sí.

—Buen trabajo. Lo de la agencia inmobiliaria nos será muy útil en caso de que Aleksandar figurara como arrendatario; allí podrán darnos más datos sobre él… Lo malo es que tendremos que esperar hasta mañana para preguntar, y eso contando con que abran los sábados. —Miranda arrojó al suelo la colilla y la pisó con saña—. Odio cuando el crimen se comete un viernes por la tarde, todo es mucho más complicado.

—¿Ha descubierto usted alguna cosa que quiera que apunte, mi teniente?

—Un par de ellas, pero luego te cuento. Ahora vamos a charlar con la vecina, con la tal Rosa Martínez Argüelles.

Miranda metió las manos en los bolsillos de su gabardina y se dirigió hacia la casa próxima a la de Aleksandar. Se movía oscilando a paso lento y la cabeza baja, como si barruntara pensamientos de mucho peso. Christian caminaba junto a ella en silencio.

—Oye, ¿tú sabes lo que es el Finder? —preguntó la teniente, de pronto.

—Eso es una aplicación para ligar, ¿no? —respondió el sargento, confuso.

—¿Lo usas?

Christian se ruborizó, como de costumbre.

—No, mi teniente.

—¿Por qué? ¿Es que ya tienes pareja?

El sargento se puso tan rojo que Miranda temió que la cabeza le estallara como un globo.

—No, no tengo. Es que yo prefiero el cara a cara de toda la vida, no sé si me entiende… Ahora, que no me parece mal que la gente lo use; de hecho conozco a muchas personas que tienen perfil en Finder.

—¿De veras? ¿Qué tipo de personas?

—Pues chavales sobre todo. Críos universitarios, también algún adulto… Todo el mundo dice que el que no pilla por Finder es porque no quiere.

—¿El que no pilla?

—Pillar… pillar cacho, ya sabe… Mi teniente, es una aplicación de «aquí te cojo, aquí te mato», ¿comprende?

«Aquí te cojo, aquí te mato», se repitió Miranda. En el caso de Aleksandar la expresión encerraba una certeza siniestra.

Recordó la nota que Nogueroles halló en la basura: «Edu99. Miérc. 10. La plaza».

Edu99… Tesil71… Alexxx93.

—Christian, ¿dijiste que el nombre de Edu99 podría ser un *nickname*?

—Exacto.

—¿Como el que alguien utilizaría en un perfil de Finder, por ejemplo?

—Sí, tiene sentido. Un nombre y una fecha de nacimiento.

—Edu es un nombre masculino —pensó Miranda en voz alta—. Y si nació en el 99, se trata de un chico de unos dieciocho años. ¿Podría ser la clase de persona que utiliza Finder?

—Yo diría que sí.

—Yo también, así que vamos a tratar de encontrar a Edu99, tengo el pálpito de que es importante.

—¿Cómo, mi teniente?

—Muy sencillo: a través de Finder. Crearemos un perfil y nos pondremos a buscar. Nos saldrán muchos chicos que vivan en el pueblo y que se llamen Edu99, supongo, pero no creo que tantos como para que no podamos distinguir al que nos interesa.

—¿Y si no es así?

—No perderemos nada por intentarlo. La aplicación es gratuita, así que tampoco malgastaremos los escasos recursos de la Guardia Civil. Ya lo sabes, Christian: cuando tengas un momento hazte una foto seductora y ábrete un perfil.

—¿Quién? ¿Yo? —balbució el joven.

—No pretenderás que sea yo; lo que queremos es contactar con Edu99, no traumatizarlo. Además, si la nota en casa de Aleksandar

hacía referencia a una cita, mucho me temo que Edu99 es un chico de fresas y plátanos, o sólo de plátanos, quién sabe.

—Mi teniente, no la comprendo.

—Mejor te lo explico más tarde. —Christian abrió la boca para decir algo, pero Miranda lo calló con un gesto. Acababan de llegar frente a la casa de la vecina de Aleksandar—. Hablaremos luego del tema. Ahora tenemos que bailar con un testigo.

El padre de Miranda solía decir que tomar declaración a un testigo es como intentar bailar con alguien en cuya cabeza suena una música diferente a la que la orquesta está tocando. Sus pasos siguen una melodía que sólo está en su imaginación, mientras que tú intentas suavemente que, poco a poco, sus movimientos se armonicen con los de la melodía que suena en realidad.

A eso lo llamaba «bailar con el testigo».

Es un proceso delicado, sobre todo cuando el testigo cree sin el menor asomo de dudas que su música es la única correcta. Miranda sabía por experiencia que, aunque los ojos nunca engañan, la mente sí lo hace. Dos personas pueden ver o escuchar lo mismo y, sin embargo, haber visto u oído cosas completamente diferentes. La labor de un policía, según el padre de Miranda, es sacarle al testigo la música que tararea en su cabeza y hacer que baile al son de la realidad. Es una sutil coreografía que no siempre culmina con éxito y que sólo se logra dominar a base de tesón.

Miranda le resumió aquellos conceptos a Christian mientras esperaban a que Rosa Martínez, la testigo en cuestión, les abriera la puerta.

La mujer vestía un chándal de felpa color amarillo y tenía cara de hurón. A Miranda le pareció el arquetipo de vecina fisgona, lo cual, por una parte, no era malo, ya que a falta de una cámara de vigilancia no hay nada mejor que un vecino metomentodo. En el lado negativo estaba el hecho de que los fisgones suelen tener demasiada imaginación. Rosa Martínez sería una complicada pareja de baile.

No mostró ninguna reticencia a responder cualquier pregunta, pero tampoco invitó a los dos guardias a traspasar el umbral de su jardín. Como muchos testigos de su clase, Rosa combinaba el anhelo por representar un papel en la resolución de un caso de homicidio con una desconfianza innata en las fuerzas del orden.

—Sí, yo estaba en casa cuando hallaron el cuerpo —dijo. Era notable la entonación de morboso deleite que imprimía en las palabras «el cuerpo», como si fuera algo perverso y fascinante—. Vi llegar a la mujer que lo encontró. Yo estaba aquí mismo, regando mis hortensias.

—¿Son esas plantas que están allí, en ese lado de la cerca? —preguntó Christian. Rosa lo fulminó con la mirada.

—No, eso son coronas de rey.

—¿Habló con la mujer? —inquirió Miranda.

—Unas palabras. Dijo que había quedado con el muchacho delante de la casa, pero que no estaba. Yo le sugerí que llamara a la puerta. Después entré en la cocina y, apenas un minuto más tarde, escuché un grito. Era esa mujer… Creo que es una escritora que vive en el pueblo, ¿no es cierto? Nunca la había visto antes por aquí, claro que yo no me paso el día pegada a las ventanas, pendiente de quien entra y sale de la casa de mis vecinos.

—Por supuesto —dijo Miranda—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su vecino, a Aleksandar, con vida?

—Ayer mismo, a las doce y cuarto de la noche. —Hizo una pausa dramática—. Yo vi cómo lo mataban.

Miranda se cuidó mucho de mostrar cualquier tipo de emoción.

—¿Podría aclararnos eso?

—Por supuesto. Ayer por la noche no dormí bien, tenía un poco de ardor de estómago. A las doce y cuarto me levanté de la cama y fui a buscar un antiácido de mi botiquín, que lo tengo en el baño. Desde la ventana lo vi todo.

—¿Desde la ventana del baño?

—Eso es.

—¿Su cuarto de baño está en la parte trasera de la casa, señora? —preguntó Miranda, recordando la distribución de la vivienda de Aleksandar.

—Sí.

—Entonces no pudo ver nada de lo que ocurriera en la de su vecino… —dijo Miranda con suavidad. La testigo enrojeció.

—Yo no he dicho que viera nada, sólo he dicho que estaba despierta en el momento del asesinato —replicó, con aire ofendido —. Usted me ha entendido mal.

«Bien. Empezamos a bailar la misma música», pensó Miranda. Luego formuló una pregunta, manteniendo un tono de voz neutro.

—¿Cómo sabe que fue en el momento del asesinato?

—Porque lo oí.

—¿Oyó cómo lo mataban?

—Oí un grito.

—De la víctima.

—Era un grito de mujer.

—Pero la víctima es un hombre.

—Lo sé, pero el asesino bien pudo ser una mujer, ¿o no?

—¿Y qué fue lo que gritó la asesina?

—Gritó: «¡Nooo!».

—¿Está segura?

—Es sólo una palabra, ¿por qué no iba a estarlo?

—Porque pudo haber escuchado cualquier otra palabra parecida: «no», «yo», simplemente «oh»… Ahora bien, si está convencida, sin el menor asomo de duda, de que a las doce y cuarto de la noche de ayer una mujer en casa de Aleksandar Suker gritó «¡no!», lo reflejaremos en el informe policial y tendrá carácter vinculante a efectos legales.

—¿A efectos legales?

—En caso de que en un futuro tenga que repetir esta misma declaración en un juicio, bajo juramento.

La testigo carraspeó.

—¿Puedo matizar algo…?

—Por supuesto.

—No tengo la menor duda de que eran las doce y cuarto porque miré el reloj al salir de la cama. Y me parece que escuché un grito que provenía de la casa vecina. Era una voz aguda que sonaba como de mujer. Puede… puede apuntarlo así en su informe, si le parece bien.

Christian tomó nota en el cuaderno, sin dejar de asombrarse por la rapidez con la que la mujer había transformado un «yo vi cómo lo mataban» a un vago «quizá oí gritar a alguien en mitad de la

noche». Puede que a eso se refiriese Miranda con lo de «bailar con el testigo».

—Gracias, señora Martínez —dijo Miranda—. Cambiando de asunto, ¿sabe usted si su vecino recibió ayer alguna visita.

—Yo no vi a nadie durante el día, pero por la noche, antes de ir a acostarme, fui a cerrar la persiana del salón y reparé en que había un coche aparcado frente a la casa. Un coche negro.

«Un grito, un coche… Esta mujer oye y ve demasiadas cosas», pensó Miranda.

—¿A qué hora fue eso?

—Pasadas las once.

—¿Y era negro? ¿Está segura?

—Sí —aseveró. Luego añadió—: Negro, o quizá azul oscuro… O gris… De lo que no me cabe duda es de que no era blanco.

—¿Qué tipo de coche era? ¿Grande, pequeño, de alguna marca en concreto…?

—Pequeño… creo… La marca no la sé. Yo no entiendo de eso y además estaba oscuro, en esta calle no hay farolas.

—Entiendo. —Miranda le dejó tiempo a Christian para que apuntara aquel dato—. Una última cosa, señora Martínez: ¿podría decirnos algo sobre su vecino? ¿En qué trabajaba, qué clase de persona era, si recibía muchas visitas…?

La mujer torció el labio superior.

—No nos tratábamos mucho. Era extranjero, ¿sabe? Llevaba en la casa menos de un año y apenas salía más que por las noches.

—¿Todas las noches?

—No sé si todas, pero sí bastantes, especialmente los fines de semana. Salía de su casa en torno a las ocho o las nueve y ya no se

le volvía a ver el pelo.

—No obstante, tengo entendido que no tenía coche.

—No lo tenía, no. Supongo que cogería el autobús que para a la entrada de la urbanización, el que cubre la ruta entre el pueblo y las urbanizaciones del extrarradio. Por aquí pasa cada cuarenta minutos hasta las nueve de la noche y luego tres veces de madrugada.

Miranda le hizo un par de preguntas más, pero la vecina ya había dicho todo lo que sabía. Los guardias se despidieron de ella y se alejaron de la casa.

Intercambiaron algunas impresiones sobre la testigo. Los dos estaban de acuerdo en que Rosa Martínez tenía demasiada imaginación. Christian incluso se mostraba partidario de desechar el testimonio por completo.

—Sólo tiene ganas de llamar la atención, mi teniente. Yo creo que ni oyó nada ni vio ningún coche, ya fuera negro, gris, azul o verde pistacho.

—Puede que no… Pero si dice la verdad, sabemos que alguien se reunió con la víctima a las once de la noche y que, una hora después, se oyó un grito en la casa. Un grito de una mujer… o de un hombre con voz aguda; ignoramos cómo sonaba la voz de Aleksandar.

—Bueno… —dijo Christian, escéptico—. Si es verdad que alguien, hombre o mujer, visitó a Aleksandar, entonces el guardia de la urbanización debió verlo entrar y salir.

—Así es. —Miranda echó un vistazo a su reloj—. Ya son más de las nueve, acerquémonos a la entrada de la urbanización.

—Estupendo, mi teniente. Vamos a «bailar» con otro testigo.

Miranda sonrió de medio lado. El chico nuevo empezaba a caerle simpático.

Bogdan Lupu era un hombre de entre cuarenta y cincuenta años y hechuras enormes. A pesar de la barriga que le tensaba la camisa del uniforme de vigilante de seguridad, sus brazos eran puro músculo cubierto de tatuajes, todos bastante feos.

Los tatuajes mostraban un color apagado, como si llevaran mucho tiempo sobre su piel. Ocultos bajo una espesa mata de vello negro, algunos no parecían otra cosa que manchas azuladas. Bogdan también tenía letras tatuadas en los nudillos, que eran chatos y gruesos como bolas y tan peludos como sus antebrazos.

El vigilante despedía un olor rancio, como a ropa que ha pasado demasiado rato dentro de la lavadora antes de secarse. La enorme cantidad de colonia barata que llevaba no sólo no lograba disimularlo, sino que creaba una mezcla aún más desagradable. El aroma era tan intenso que hacía casi irrespirable el ambiente en el interior de la garita de vigilancia.

Su actitud frente a los dos guardias civiles fue correcta pero nada amable. Miranda percibió una clara hostilidad en la forma en la que Bogdan respondía todas las preguntas poniéndose a la defensiva, como si temiera que en cualquier momento pudieran acusarlo de algo. La teniente pensó que habría de ser muy cauta con aquel testigo.

Las primeras preguntas que Miranda le hizo a Bogdan fueron sencillas, más bien rutinarias. El vigilante informó sobre su nombre, apellidos, lugar y fecha de nacimiento y sobre la cantidad de tiempo

que llevaba en aquel trabajo. Tres años en total, dos de los cuales los había pasado en el puerto comercial, hasta que su empresa le cambió de sitio.

Con su cerrado acento rumano, Bogdan dijo que se alegraba de aquel cambio. El de la urbanización era un puesto tranquilo y sin complicaciones, especialmente el turno de noche.

—¿Nunca se han producido robos o asaltos en las casas? —preguntó la teniente.

—No, nunca cuando yo vigila —respondió—. Esa cosa pasa en urbanizaciones grandes, de gente de dinero, pero aquí no. Aquí hay poco vecinos y que no son ricos, ¿entiende?

Miranda le preguntó por los coches que entraron y salieron de la urbanización durante su turno. Bogdan dijo que sólo fueron unos cinco o seis, y que todos eran de residentes habituales.

—Un testigo vio un vehículo frente a la casa de Aleksandar a las once. Puede que recibiera una visita.

Las pupilas de Bogdan se movieron de un lado a otro, inquietas.

—Ah, sí… Ahora que recuerdo, sí que entró un coche a esa hora. Sí.

—¿Qué tipo de coche?

—Era un coche grande…

—La vecina de Aleksandar dice que era pequeño, de color negro —apuntó Christian—. También oyó una voz de mujer, aunque no llegó a verla; ¿pudo ser la misma que conducía el coche?

—¿Esa señora es el testigo? —Bogdan sonrió a medias—. Bah. Esa mujer está loca, tiene pájaros por la cabeza. Inventa cosas.

—Entonces ¿no hubo ningún coche? —preguntó Miranda.

—Sí. Pero era grande, no pequeño.

—¿Negro?

—Sí. Y no lo conducía una mujer. Era un hombre. Un hombre, muy grande, fuerte, con pelo negro y corto. Y la piel negra también, pero por el sol, ¿entiende?

—Un hombre moreno y bronceado… ¿Iba solo?

—Sí. No había mujer. Y el coche era grande —repitió.

—¿Recuerda algún otro dato? El número de la matrícula, la marca…

Bogdan negó varias veces con la cabeza.

—No. Nada. Yo no vi bien. Era de noche y el hombre pasa sin detenerse. —Tras una breve pausa, añadió—: Si quieren consejo, no escuchen lo que dice esa señora. Está loca. Siempre imagina cosas que no son verdad.

—Parece que tiene usted una opinión muy sólida de los vecinos —comentó Miranda—. ¿Y qué hay de Aleksandar? ¿Qué tipo de persona era?

—Normal. No sé. Apenas hablamos.

—¿Sabe algo de sus parientes o sus amistades?

—Amistades… —dijo Bogdan, burlón—. Claro, tenía muchas amistades. Chicas y chicos. Sobre todo chicos. Muy guapos, como él. Ésos eran sus amigos. Como ese tío de la inmobiliaria. Ése también era su amigo, ¿por qué no preguntan a él? Seguro dice cosas sobre Alex.

—¿A qué hombre de la inmobiliaria se refiere?

—El que le alquiló la casa. Sergio, se llama… O al menos casi siempre se llama así.

—¿Casi siempre?

—Yo ya no dice más nada. Pregúntenle a él. Yo no quiere problemas.

De pronto el vigilante se cerró en banda. No hubo forma de hacer que respondiera a más preguntas salvo con monosílabos y vaguedades, hasta que Miranda se dio por vencida y se despidió.

Al salir de la garita vio que Christian se quedaba rezagado.

—Por cierto, tienes unos tatuajes muy chulos, Bogdan —dijo—. Bastante mejores que los míos.

«Increíble —pensó Miranda—. No le saco el "mi teniente" de la boca y al vigilante desconocido ya lo llama por su nombre. Qué chico este.»

—¿Tú también tiene tatuajes? —El rumano dejó escapar una risa —. Vaya con el picoleto…

—Sólo un par. Mientras no se vean cuando llevo el uniforme… Mira. —El sargento se levantó el bajo de la camiseta para mostrar un tiburón con las mandíbulas abiertas que lucía junto al vientre—. Está guapo, ¿verdad?

Bogdan asintió con gesto apreciativo.

—Sí, sí… No está mal. Se parece a mío, ¿ves? —Se remangó la camisa sobre el bíceps derecho—. Pero mío es más grande… ¡Y tengo muchos más!

—Joder, ya te digo… ¿Puedo verlos?

Bogdan dejó que el sargento le inspeccionara los brazos. Christian los ponderó con mucho entusiasmo y los dos hombres se enfrascaron en una conversación sobre diseños y técnicas de tatuajes durante un buen rato. Al despedirse de Christian, la actitud del rumano era incluso cordial.

—¿Qué, sargento? ¿Haciendo nuevos amigos? —preguntó Miranda, cuando estuvieron lejos de la garita.

El joven, por supuesto, se puso rojo.

—Lo siento, mi teniente. Es que quería comprobar una cosa.

—Quién tiene más grande el tiburón.

—No, algo sobre los tatuajes —dijo el sargento—. Creo que Bogdan ha estado en la cárcel por tráfico de drogas. En el brazo izquierdo tiene un mago y tres muescas con forma de triángulo; también he visto una tela de araña en la articulación del pulgar. Eso significa que ha cumplido condena por pertenecer a una banda de narcotraficantes, puede que una condena larga, de más de cinco años. Probablemente era un camello, porque en el hombro derecho llevaba tatuado al Correcaminos. —Miranda lo contemplaba con cara de asombro, lo que hizo que Christian se ruborizase aún más—. El Correcaminos… Ya sabe… El de los… dibujos… animados…

—Ya sé quién es el Correcaminos, lo que no sé es qué clase de quinqui tengo de sargento… ¿Dónde diablos has aprendido esas cosas?

—En mi primera unidad, mi teniente. Estábamos todo el día en la calle, en los barrios de la droga. Lo de los tatuajes nos lo contó un camello brasileño a mi compañero y a mí mientras lo llevábamos al cuartelillo, a prestar declaración.

—Sargento, es usted una caja de sorpresas… —dijo Miranda—. Cuando lleguemos a la compañía hazte la reseña del tal Bogdan, a ver si es cierto que tiene antecedentes. En cuanto al testimonio sobre el coche, ¿a quién hemos de creer? ¿A la vecina fantasiosa o al posible ex convicto?

—Con su permiso, mi teniente, yo sigo pensando que no había coche alguno. Ya fuera grande, pequeño, con un hombre o con una mujer.

—Pero Bogdan confirma que un vehículo entró en la urbanización a las once de la noche.

—Sí, ¿y qué? Podía dirigirse a cualquier otra casa que no fuera la de Aleksandar.

—Podía, sí… —Miranda adoptó un gesto reflexivo—. Un hombre grande, de pelo corto y moreno, piel bronceada y al volante de un coche negro… Pelo negro, cara negra, coche negro… Todo muy oscuro, ¿no te parece? Mi asistenta suele decir que de noche todos los gatos son pardos…

—¿Perdón, mi teniente…?

Miranda negó con la cabeza.

—Nada, muchacho; sólo era otro de mis pensamientos en voz alta, ya te acostumbrarás… No obstante, hay algo en la descripción del hombre del coche que…

—¿Sí?

—No lo sé. —La teniente chasqueó la lengua—. Tengo la sensación de que me sugiere algo, pero no sé el qué. Es igual, puede que me venga de camino a la compañía.

—¿Aquí ya hemos terminado?

—Por hoy sí. Ahora nos espera una bonita noche de reseñas, informes y demás papeleo emocionante. Espero que entre los dos podamos acabar pronto, que mañana a primera hora tenemos que seguir con el baile.

—¿A quién vamos a interrogar?

—A ese tal Sergio, el de la inmobiliaria. Con un poco de suerte puede que trabaje los sábados.

Christian asintió. Secretamente, sentía alivio de que Miranda se hubiera olvidado por el momento de obligarlo a crearse un perfil en Finder. Al sargento le parecía del todo inapropiado.

Y, además, le daba mucha vergüenza.

8
En tu casa o en la mía

Sábado, 25 de abril

Sergio reaccionó con el primer sonido del despertador.

A pesar de que eran las ocho de la mañana de un sábado, recibió con inmenso alivio el golpe de la alarma. Estaba teniendo una pesadilla.

Se incorporó, empapado en un sudor frío y viscoso. Salió de la cama y fue a meterse en la ducha. Mientras el agua tibia le recorría la piel trataba de recordar el sueño, pero se despegaba de su memoria igual que los pegotes de champú que caían a sus pies. Un champú caro. Anticaída, porque a pesar de que Sergio aún conservaba una buena cantidad de pelo moreno sobre la cabeza, después de cumplidos los treinta siempre es mejor prevenir que lamentar.

Aún intentaba recuperar fragmentos de la pesadilla mientras se vestía, se afeitaba y se tomaba la magdalena y el café del desayuno. No fue capaz. Tenía la sensación de que había sido muy angustiosa, y que estaba relacionada con lo ocurrido el jueves por la noche.

Al pensar en ello, Sergio sintió un hormigueo en el estómago.

«Si me hubiesen visto… Por suerte no ocurrió, actué rápido. Creo.»

Apuró el café y salió a la calle. Sergio vivía en una pequeña casita no muy lejos del centro del pueblo, en la zona del puerto deportivo. Era un edificio muy coqueto, de paredes blancas y tejas de pizarra; incluso tenía su propio garaje. Antaño servía como una modesta casa de pescadores, pero su abuela la había arreglado hasta convertirla en algo sacado de una revista de decoración. Cuando murió, Sergio se quedó con la casa. Siempre estuvo muy unido a su abuela… y, además, era su único nieto.

Sergio abrió la puerta del garaje para sacar el coche, un pequeño Kia gris oscuro, de segunda mano. En el concesionario había muchas marcas y modelos, pero como Sergio no entendía de coches acabó escogiendo aquel Kia porque era barato, le gustaba el color y, además, tenía entendido que se trataba del que anunciaba Rafa Nadal, que le parecía bastante mono. Después algunos compañeros de la oficina le dijeron que el modelo era una mierda.

La oficina de Interresidence en la que Sergio trabajaba no estaba lejos, podía haber ido a pie, pero después de terminar la jornada pensaba acercarse a Valencia. Aquella tarde el Levante jugaba contra el Real Madrid, un partidazo (él era «granota» desde niño, incluso tenía carnet de socio del club).

Odiaba ir a la empresa un sábado, no por madrugar, pues Sergio solía levantarse temprano los fines de semana para ir a correr un poco por la playa; lo odiaba porque eran días aburridos, con poco trabajo, en los que todo lo que podía hacer era contemplar por la cristalera del local cómo el resto del pueblo se paseaba por la calle principal, disfrutando de su jornada de descanso.

Si hubiera trabajado el viernes ahora estaría haciendo ejercicio a la orilla del mar, como de costumbre, y no somnoliento y con mal cuerpo al volante de su Kia de segunda mano. Pero el viernes por la mañana llamó a su jefe y le dijo que se encontraba mal, que si podía cambiar su jornada por la del sábado. No le puso ningún problema.

No era una mentira, realmente se encontraba mal a raíz de lo ocurrido el jueves por la noche. Temía que alguno de sus compañeros de la inmobiliaria pudiera haberlo visto.

«Tonterías —se dijo mientras aparcaba el coche—. Ninguno me vio. Estoy seguro. Hice todo lo posible para evitarlo».

A pesar de todo, sintió un leve retortijón nervioso cuando entró en la oficina.

La sucursal de Interresidence de Santarés podía parecer demasiado grande para un pueblo tan pequeño, pero en la comarca había muchas urbanizaciones y en verano la demanda de viviendas de alquiler era muy alta, tanta que a menudo los trabajadores de la sucursal no daban abasto.

En cambio en temporada baja el ambiente en la oficina era de lasitud. Los sábados un par de personas se bastaban para atender las llamadas y ocuparse de lo imprescindible. Así pues, cuando Sergio acudió a su puesto, todos los cubículos de sus compañeros estaban vacíos. Aparte de él, el único que había ido a trabajar aquella mañana era el jefe de la sucursal, Santiago, que ya estaba metido en su despacho.

Le caía bien Santiago. Era un buen jefe, sólo unos pocos años mayor que Sergio, y, aunque tendía a ponerse insoportable en los puntos álgidos de la temporada alta, siempre era el primero en entrar en la inmobiliaria y el último en marcharse.

Sergio se asomó al despacho de Santiago para dar los buenos días e informar de que ya había llegado.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó el jefe.

—Sí, gracias, Santi… Sólo fue un poco de gastroenteritis.

—Pues nada, hoy a tomárselo con calma, que el día se presenta poco ajetreado. Y me alegro, porque creo que aún me dura la resaca de ayer —dijo Santi, sonriendo—. Eso me pasa por querer beber a los treinta como un chaval de veinte… El jueves te perdiste una buena. Te echamos de menos.

Uno de los empleados de la sucursal se casaba en mayo, así que para celebrarlo todos los compañeros fueron a cenar y a tomar unas copas después del trabajo. Sergio eludió ir con una mala excusa; aquel jueves por la noche sus planes eran otros. Ahora pensaba que ojalá hubiera ido a tomar esas dichosas copas.

—Sí… Yo también sentí no ir. Otra vez será.

—¿Estás seguro de que te encuentras mejor? No tienes muy buena cara.

—Es que he dormido poco, pero estoy bien, en serio —respondió Sergio—. Me voy a mi mesa; si necesitas algo, me dices.

Salió del despacho y se refugió en su cubículo. Encendió el ordenador y revisó la bandeja del correo, por si había algún asunto urgente. Ojalá Santi tuviera razón y el día fuese tranquilo. Sergio no tenía ningunas ganas de trabajar.

Apenas pasaron unos minutos cuando dos personas entraron en la oficina. Sergio masculló una expresión de fastidio. Se preguntó quién diablos necesitaría alquilar una casa en temporada baja a primera hora de un sábado.

Uno de los visitantes era una mujer gruesa; vestía una gabardina que más bien parecía un saco mal remendado. La acompañaba un hombre joven muy tieso con uniforme de guardia civil.

Sergio frunció el ceño.

—Buenos días —saludó la mujer—. Soy la teniente Miranda Vega. Estoy buscando al encargado de la sucursal, creo que se llama Santiago Ruescas.

—Está en su despacho, es esa puerta de ahí.

—Gracias.

Los dos guardias se alejaron del cubículo. Con cara de aprensión, Sergio contempló cómo se metían en la oficina de Santi.

Volvió a sentir un retortijón nervioso. La magdalena y el café del desayuno parecían estar enviándole señales de que, a pesar de todo, aquél no iba a ser un día tranquilo.

—Aleksandar Suker… —repitió el director de la sucursal, mientras consultaba unos archivos de su ordenador—. Suker… Suker… ¿Cómo se escribe, como el del jugador del Madrid, el del gol de la Séptima?

Miranda puso la misma cara que si le hubieran preguntado por los elementos actínidos de la tabla periódica.

—Ése fue Mijatovic —respondió Christian, acudiendo en su ayuda —. Pero sí, se escribe como el del jugador del Madrid.

—Ah, bien… Lo siento, es que yo soy valencianista —repuso Santi, con una sonrisa—. Ajá. Suker, Aleksandar, aquí lo tengo… En efecto, figura como arrendatario de una de las propiedades de la urbanización Els Pins. La fecha de la firma del contrato es del 4 de mayo del año pasado. —El director de la sucursal torció el gesto—.

Una pena lo de su muerte, pagaba todos sus recibos en la fecha exacta, y esas casas son muy difíciles de alquilar… Con todo este asunto nos costará aún mucho más.

—No crea —dijo Miranda—. Hay personas a las que les atraen los lugares donde se ha cometido un asesinato.

—Pues si conoce alguna, mándemela aquí, por favor.

—¿A quién pertenece la casa?

—Es nuestra, de la inmobiliaria, como la mayoría de las que están en alquiler en Els Pins. Creo que se adquirieron en torno a finales de los ochenta, pero no estoy seguro. Si quiere lo puedo consultar.

—No hace falta, gracias. Pero sí me gustaría saber quién vivía en la casa antes de que lo hiciera el señor Suker.

—Déjeme ver… Según parece, cuando él firmó el contrato la propiedad llevaba un mes vacía. Antes de eso hubo una inquilina llamada Neus Guzmán que sólo la ocupó durante tres semanas.

A Miranda el nombre de Neus Guzmán le resultó familiar, pero no recordaba dónde lo había oído antes.

—Tres semanas es muy poco tiempo —dijo.

—Sí, pero como ya le he dicho, esas casas no son precisamente una ganga. Son viejas, pequeñas y están lejos de la playa; ni siquiera se ve el mar. Imagino que la tal señora Guzmán se buscó otro sitio mejor.

—¿Esa inquilina devolvió sus llaves a la inmobiliaria cuando se marchó?

—Supongo que sí. Si el arrendatario no devuelve las llaves nos quedamos con la fianza, y al parecer a la señora Guzmán se le reembolsó íntegra.

—¿De cuántos juegos de llaves dispone la propiedad?

—Sólo de uno, el que se le da al inquilino en el momento de la firma del contrato. Antes solíamos quedarnos una copia, pero a algunas personas no les parecía adecuado y ya no lo hacemos.

—Comprendo —dijo Miranda—. ¿Y si el inquilino hace copia de las llaves ustedes llevan algún control sobre eso?

—No, no nos está permitido.

—Entonces ¿cómo pueden estar seguros de que al dejar la propiedad les devuelven todos los juegos?

—No lo estamos. Confiamos en la buena fe del arrendatario. No obstante, si algún inquilino nuevo nos pide cambiar las cerraduras porque así se siente más seguro solemos llegar a un acuerdo como, por ejemplo, cargarle el coste en el alquiler en pequeñas cuotas. Pero el señor Suker no nos lo pidió.

—¿Cuánto pagaba él?

—Mil quinientos euros al mes, incluyendo gastos de agua y tasas de comunidad. A mí siempre me pareció demasiado caro para ese chamizo, pero si el arrendatario lo paga sin protestar…

—Desde luego es una cifra alta para alguien que está en el paro.

—Pero el señor Suker no lo estaba, o al menos no cuando alquiló la casa. Tenía un contrato laboral.

—¿Está seguro?

—Del todo. Esta propiedad en concreto precisa de la entrega de un mes de fianza y una nómina para poder alquilarla. Según veo en el ordenador, el señor Suker presentó ambas cosas en su momento.

Miranda pidió una copia de la nómina. El director de la sucursal salió del despacho y regresó poco después con una carpeta. Dentro estaba toda la documentación referida al alquiler de Aleksandar.

Según su nómina, en el momento de la firma del alquiler el joven croata trabajaba de camarero en un lugar llamado Luces y Sombras. A Miranda no le sonaba el nombre.

—¿Dónde está este sitio?

—En la zona del puerto deportivo —respondió Santi—. Se trata de uno de esos sitios de cena con espectáculo que últimamente se han puesto de moda. Está dentro de las instalaciones del Marea Resort.

La teniente asintió. Aquel lugar sí que le era familiar: un monstruoso edificio de balcones escalonados, tan pegado a la línea de costa que rozaba la ilegalidad. El anterior concejal de Obras Públicas tenía dos juicios pendientes por culpa de ese complejo vacacional.

—¿El Luces y Sombras es el restaurante del hotel?

—No. Está en el complejo hotelero, pero el local es nuestro. El dueño lo tiene en alquiler desde hace un año, más o menos.

—¿Y sabe si el señor Suker seguía trabajando allí de camarero?

—Ni idea. De hecho, ni siquiera conocía la existencia de ese tal Suker hasta que ustedes me han preguntado por él. En esta oficina gestionamos muchos alquileres, yo tan sólo superviso los más importantes. El resto los llevan mis subordinados.

—¿Concretamente quién gestionó el de Aleksandar Suker?

—Lo pone aquí. —El director señaló un nombre escrito en la carpeta de documentos—. Sergio Fernández… Vaya, miren qué casualidad. Justo es el único empleado que está hoy trabajando. Le diré que venga para que puedan preguntarle sobre el señor Suker; él sí que lo trató en persona.

—No, no se moleste —dijo Miranda, poniéndose en pie—. Ya vamos nosotros, no merece la pena que sigamos interrumpiendo su

trabajo. Gracias por todo, señor Ruescas.

Los guardias salieron del despacho. La teniente percibió cómo Sergio apartaba la mirada en cuanto los vio aparecer, para disimular que había estado vigilando la puerta. Se puso a leer unos papeles, como si la presencia de los agentes de la ley no fuera con él.

Miranda se acercó a su mesa y se presentó, aunque ya lo había hecho antes. Sergio les ofreció asiento. Era un hombre joven de rostro agradable y piel bronceada, con aspecto de cuidar su físico a base de ejercicio. A Miranda le pareció el tipo de hombre al que le gusta hacer un poco de running antes de ir a casa a prepararse una ensalada con brotes de cosas que mucha gente ignora que son comestibles.

Tras los cristales de sus gafas de pasta color añil, los ojos de Sergio alternaban miradas nerviosas entre los dos guardias civiles.

De forma sucinta, Miranda le explicó por qué estaban allí. Si la muerte de Aleksandar afectó a Sergio, éste lo disimuló muy bien. Apenas mostró algo más que una leve sorpresa. No obstante, cuando escuchó los detalles del asesinato su rostro perdió algo de color, como si el joven estuviera mareado.

—Es… horrible… —musitó—. Con ese rizador de pelo…

—Perdone, ha dicho usted «ese» rizador de pelo, y no «un» rizador de pelo, ¿por algún motivo en especial? ¿Acaso sabe de qué artefacto estoy hablando?

Sergio tragó saliva.

—No, no lo sé… Pero en la casa había uno, imaginé que se trataba de ése… Una inquilina lo dejó olvidado hace mucho tiempo, en un armario del cuarto de baño… Ni siquiera estaba seguro de si aún funcionaba.

—Pues ahora ya lo sabe: funciona. —Sergio hizo un gesto de desagrado—. Lo siento.

—No importa… Es que no me cabe en la cabeza que alguien le hiciera eso al pobre chico.

—¿Lo conocía usted bien?

—¿A Alex? Sí… Quiero decir, no… En fin… Nos habíamos tratado un par de veces. Yo fui quien le alquiló la casa.

—¿No eran amigos?

—¿Amigos? No, no… Yo no diría eso en absoluto. Sólo hablábamos de vez en cuando por temas de la vivienda, nada más.

—Bogdan Lupu, el vigilante nocturno de Els Pins, dice que usted y Alex eran amigos, que se veían a menudo.

El rostro de Sergio enrojeció.

—¿Eso dice? Bien, pues está equivocado. Alex no era más que un cliente de muchos, eso es todo. Lo único que sé de él es que se trataba de un inquilino educado, discreto y que pagaba puntualmente su mensualidad.

—¿Y por qué cree que el señor Lupu diría otra cosa?

—No tengo la menor idea, se lo aseguro. Pero ese Bogdan es un tipo problemático, nunca me gustó. Le he pedido varias veces a su empresa que se lo lleven a otro sitio porque los vecinos de la urbanización no están contentos con él.

—¿De veras? ¿Por qué motivo?

—Es maleducado y poco atento en su trabajo. ¿Por qué no le preguntan a él qué clase de relación mantenía con Alex?

—Ya lo he hecho; afirma que apenas tenía trato con la víctima.

—¿Se dan cuenta? Es un mentiroso. Yo le he visto rondar por la casa de Alex más de una vez, y también hablando con él en la garita

de seguridad.

—Perdóneme, señor Fernández, pero al oírle decir esto me da la impresión de que visitaba usted muy a menudo al señor Suker. O al menos las ocasiones suficientes como para saber quién entraba y salía de su casa o con quién hablaba.

Sergio volvió a ruborizarse.

—No… No es así, se lo garantizo. No obstante, tenga en cuenta que como agente de la inmobiliaria yo era algo parecido a su casero, de modo que solíamos ponernos en contacto siempre que surgía algún tema sobre la propiedad.

—¿Y eso le obligaba a ir a visitarlo a su casa?

—A veces sí. Por ejemplo, a principios de este mes le salió una humedad en el cuarto de baño y tuve que ir a evaluar los daños, primero yo solo, luego con un perito del seguro… Estuve yendo y viniendo varias veces. En fin, ya saben cómo son esas cosas.

—Y entre tantas idas y venidas hablaría usted con el señor Suker, supongo.

—Lógicamente…

—¿Le contó algo sobre él mismo? ¿Qué clase de persona era? ¿Con quién se relacionaba…?

—No, nada de eso, nada… Él… En fin… Sólo vaguedades… Decía que no tenía muchos amigos en el pueblo, que echaba de menos Croacia, que estaba buscando trabajo… Cosas así.

—¿Ya no trabajaba como camarero en el Luces y Sombras?

—No. Se despidió él mismo el mes pasado; decía que estaba harto de servir mesas.

—Eso quizá le supondría un inconveniente para pagar su alquiler…

Sergio se encogió de hombros.

—Imagino que sí. De todas formas a mí nunca me dio la impresión de estar preocupado por el tema del dinero.

—¿Sabe si disponía de alguna otra fuente de ingresos?

—No.

—¿No lo sabe o no la tenía?

—No lo sé, yo… De verdad, no lo sé… Tampoco entiendo por qué me hacen este tipo de preguntas. Ya les he dicho que yo no mantenía una relación estrecha con él, sólo era un inquilino. ¿Cómo quieren que sepa todas esas cosas?

—Disculpe, es verdad que ya nos lo había dicho. Le haré una pregunta que seguro que podrá responderme sin ningún problema: ¿dónde estuvo usted la noche del jueves? Digamos entre las doce y la una…

La cara de Sergio expresó temor.

—¿Por qué quiere saber eso?

—Por nada… Es una pregunta de rutina. —Miranda hizo una calculada pausa—. Claro que si tiene algún inconveniente en responder, puede negarse a hacerlo. Lo registraremos así en el informe policial.

—No tengo ningún inconveniente, ¿por qué iba a tenerlo? —se apresuró a decir Sergio—. Estuve en casa toda la noche. Al salir de la oficina no me encontraba muy bien, se lo dije a mis compañeros, que querían que fuera con ellos a tomar unas copas. De hecho, ayer ni siquiera vine a trabajar porque tuve gastroenteritis.

—Oh, qué lástima. Debería usted comer manzanas, son muy buenas para el estómago, o eso creo… ¿Recuerda a qué hora llegó a su casa cuando salió de la oficina?

—Salí de aquí a las seis. Vivo cerca, a unos diez minutos a pie. Después me cambié y cogí el coche porque tenía que ir al hipermercado que hay en la autovía para hacer unas compras. Volví a casa a las siete y media.

—¿Está seguro de la hora?

—Sí. Tengo un reloj en el garaje y siempre lo miro cuando meto el coche.

—Ah, dispone usted de garaje en su vivienda… Qué suerte. Yo siempre debo dejar mi coche a la intemperie. —Miranda echó un vistazo a través de la cristalera que daba a la calle—. ¿El suyo es quizá uno de los que están aparcados ahí fuera?

—Sí. El pequeño de color negro.

—Ya veo… El pequeño… de color negro. Es un coche muy bonito.

—Gracias… —Sergio esbozó una sonrisa apagada—. Bueno, ahora está un poco sucio… Y eso que lo lavé la semana pasada.

—Volviendo a lo del jueves, ¿dice que no salió de casa después de las siete y media?

—Exacto, así fue.

—Pues muy bien… —Miranda se levantó de su silla—. Ya no le molestamos más, señor Fernández. Ha sido usted muy amable y paciente; perdónenos si le hemos hecho alguna pregunta impertinente pero ya sabe cómo somos los picoletos…

—No tiene importancia. —Volvió a sonreír, esta vez con un poco más de cortesía—. Al menos no son ustedes de tráfico…

Miranda se rió y le dijo que, en efecto, eso sería peor. Al estrecharle la mano a Sergio para despedirse, reparó en un papel que había sobre su mesa, encima de un ejemplar del *Men's Health*. Se trataba de un anuncio de la obra que Telma estaba montando

con el grupo de teatro del centro social. Miranda recordaba haber visto uno idéntico entre la propaganda de su buzón, y también podía conseguirse en el ayuntamiento, donde había un taco de ellos sobre una mesa de la entrada.

—¿Piensa usted ir a ver la obra, señor Fernández? —preguntó, de modo casual.

—¿Qué…? Oh, lo dice por… Sí, sí me gustaría. Admiro mucho la labor que están haciendo con esos chicos del centro social y pienso que debemos apoyarla… Además, la pieza es muy buena.

—¿La conoce?

—Sí, yo estudié Filología Inglesa, ¿sabe? Me gustaban mucho las asignaturas sobre autores del teatro isabelino: Shakespeare, Marlowe, Ben Jonson… —Sergio esbozó una sonrisa tímida, como si estuviera disculpándose—. En el grupo de teatro de mi facultad representamos *Eduardo II* una vez. Yo hice de lord Gaveston, aunque me temo que no muy bien…

—Entonces esto le traerá buenos recuerdos. —Miranda se dispuso a marcharse pero a medio camino se detuvo, como si hubiera olvidado algo—. Ah, por cierto… Una pregunta tonta, señor Fernández: ¿usa usted Finder?

—¿Finder…? ¿La… la aplicación para…?

—Sí, ésa.

—No… Es decir, me abrí un perfil hace tiempo. Unos amigos me insistieron y, por hacer la gracia… Pero lo cerré poco después. ¿Por qué lo pregunta?

—No sé si sabe que, al parecer, el señor Suker era un usuario habitual de Finder.

—¿Eso… tiene alguna importancia?

—La verdad, señor Fernández, es que me encantaría saberlo. —Miranda se ató el cinturón de la gabardina y abrió la puerta de la calle—. Que tenga un buen día.

Christian no se atrevió a decir nada cuando salieron a la calle. Miranda estaba molesta con él porque se había presentado vestido de uniforme, a pesar de que el día anterior le dijo que no lo hiciera. Por desgracia, el sargento lo olvidó por completo. Con el paso del tiempo, el uniforme se había convertido para Christian en una segunda piel.

El sargento siguió a Miranda en silencio hasta una esquina de la calle. Allí la teniente se detuvo, sacó una manzana del bolsillo de su gabardina y le dio un sonoro mordisco.

—Lo has asustado —dijo, aún masticando—. A Sergio. Lo has asustado con el uniforme. La gente se pone nerviosa cuando un tipo vestido de verde le hace preguntas; se sienten como si les fueran a poner una multa por exceso de velocidad. ¿No te dije que vinieras de paisano?

Habían tenido la misma discusión antes de entrar en la sucursal de la inmobiliaria.

—Lo siento mucho, mi te… —Christian se detuvo a tiempo, antes de decir la palabra tabú—. Lo siento mucho. No pretendía desobedecerla.

—Leches, ya sé que no —dijo Miranda. Como la teniente se había propuesto mejorar su vocabulario, cuando estaba enfadada solían escapársele expresiones como «leches», «diablos» o «recontra». Si alguna vez pronunciaba un término más soez, todos quienes estaban

a su alrededor se echaban a temblar—. Pero no vuelvas a hacerlo, o la próxima vez te mando de regreso a la comandancia envuelto en papel de regalo, ¿me has entendido?

—Sí, y me lo merecería. Le juro que no volverá a ocurrir.

El sargento puso tal cara de pena que Miranda se ablandó un poco. Tampoco quería cebarse con el chico sólo porque cumplía escrupulosamente con el reglamento.

—Entiende que no es un capricho. Fíjate en lo que acaba de pasar ahí dentro. Ese tal Sergio nos ha soltado una mentira detrás de la otra, y ahora yo no puedo estar segura de si lo ha hecho porque tiene algo que ocultar o porque tú le has puesto histérico con el dichoso uniforme.

La teniente se cansó de la manzana y la cambió por un cigarrillo. Como parecía menos enfadada, Christian se atrevió a hacerle una pregunta.

—¿Cree que Sergio no nos ha dicho la verdad?

—Pienso que mentía sobre su relación con Aleksandar. Y estoy convencida de que nos ha engañado al decir que pasó la noche del jueves en su casa. —La teniente señaló el aparcamiento de la inmobiliaria con los dedos con los que sostenía el cigarrillo—. ¿Ves ahí su coche?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Un poco sucio.

—Como el palo de un gallinero. Ahora fíjate en el cielo; hace sol. Ayer hizo sol, antes de ayer hizo sol… Toda la semana hizo sol salvo el jueves, que cayó un chaparrón a medianoche. Lo sé porque tuve

que quitar la ropa del tendedero a toda prisa. Era lluvia sucia, de esa que trae polvo.

Christian se fijó en las manchas del vehículo. Era como si le hubieran caído goterones de agua turbia. En las ventanillas incluso se podían apreciar marcas de gotas al resbalar por el cristal.

—El coche estuvo bajo la lluvia… —dijo el sargento.

—Exacto. Así que a las doce del jueves, cuando cayó el chaparrón, no estaba metido en el garaje sino en la calle, y sospecho que con Sergio al volante.

—Muy bien observado, mi teniente.

—Gracias —respondió Miranda, halagada. Incluso pasó por alto que a Christian se le había escapado el tratamiento—. La pregunta es: ¿dónde estuvo Sergio a esa hora? Y, lo más importante, ¿nos ha mentido en algo más?

—Quizá cuando dijo que Bogdan y Aleksandar se veían a menudo. Daba la impresión de que sólo estaba echando balones fuera.

—Tendremos que preguntárselo al interesado, a ver qué nos cuenta. ¿Averiguaste algo sobre sus posibles antecedentes?

—No, mi teniente. Estoy a la espera de que me manden algunos datos de la comandancia para poder completar las reseñas.

—Pues regresemos a la compañía, por si hay novedades. Y ya de paso abriremos una ficha nueva a nombre de Sergio Fernández, que me da en la nariz que puede proporcionarnos alguna sorpresa… También quisiera acercarme al Luces y Sombras a preguntar por Aleksandar, y comprobar cómo avanza lo de la autopsia… Hoy no nos va a faltar trabajo, sargento. —Miranda apuró el cigarrillo y lo dejó caer al suelo—. Ah, y hay que abrirte el perfil en Finder para encontrar a Edu99, no pienses que se me ha olvidado.

—No, mi teniente… —dijo Christian, con resignación.

Los guardias civiles se metieron en el coche de Miranda. La teniente se demoró unos segundos antes de arrancar.

—¿Sabes una cosa, Christian? Me gusta este caso. Ofrece toda una serie de extraños y absurdos interrogantes.

—Pues ahora que lo dice… Anoche, cuando me metí en la cama, estuve horas dándole vueltas a una de esas preguntas extrañas y absurdas, como usted las llama.

—¿Ah, sí? ¿A cuál?

—A lo de la puerta de la casa de Aleksandar. Su amiga, Telma, dijo que se la encontró abierta y eso me parece de lo más raro. ¿Por qué el asesino no la cerró al salir?

—Puede que saliera por otro sitio, por una de las ventanas.

—Pero todas estaban cerradas. Es decir, ¿es un asesino que se acuerda de cerrar las ventanas pero no las puertas? Y, en el caso de que saliera por donde entró, ¿por qué no se aseguró de poner un obstáculo para retrasar el descubrimiento del cadáver? Cerrar una simple puerta es algo muy sencillo, casi un acto reflejo, no sé si me explico…

Miranda le entendía muy bien. Ella ya sabía lo que era obsesionarse con un detalle nimio durante una investigación por homicidio, a todos los policías les pasaba. La teniente, sin ir más lejos, estuvo gran parte de la noche tratando de encontrar una explicación a lo de los dos paquetes de arroz que halló abiertos en la cocina de Aleksandar.

El asunto de la puerta abierta también le resultó sugestivo, así que le dijo a Christian que siguiera pensando en ello pero sin obcecarse demasiado. No sería la primera vez que a un investigador novato los

árboles le impiden ver el bosque. Como su padre solía decir, a menudo tienes que olvidarte de los detalles y dar un par de pasos atrás para poder contemplar el cuadro entero.

—Un solo nudo no hace el tapiz —dijo Miranda, parafraseando a su padre—. No lo olvides, sargento.

Christian asintió con vehemencia. Le pareció un aforismo muy sabio.

9
Escríbeme, siempre contesto

Llegó el amanecer en medio de una sinfonía de gaviotas. El sol asomó por la línea marina del horizonte y una bandada de aves lo recibió con chillidos de coro desquiciado. Mientras la pálida y amarillenta esfera trepaba hasta lo alto de las almenas del castillo de Santarés, las gaviotas zumbaban de un lado a otro, volando con las alas bien extendidas, un puñado de muescas negras sobre un fondo azulón. Era como si alguien hubiera acuchillado el cielo, con nocturnidad y con alevosía, y a la luz del sol las heridas se hicieran visibles en medio de un millar de gritos de pájaro.

Apropiado o no, en Santarés el amanecer suele tener el aspecto de crimen recién descubierto.

Aquél en concreto tuvo pocos testigos. Los sábados pocos habitantes del pueblo madrugaban para contemplar la salida del sol y preferían soñarla desde la comodidad de sus camas.

Eso no significaba que la primera luz del día fuese recibida sin actividad. Algunos comercios llenaban sus baldas de mercancía desde primeras horas de la mañana. Junto al ayuntamiento, el panadero más veterano del pueblo estrujaba sobre una olla de aceite hirviendo churretones de masa blanca; de allí saldrían varas

doradas, crujientes y dulces, que acompañarían muchos desayunos aquella mañana de sábado.

En un rincón del puerto comercial, junto a un edificio viejo y feo, un puñado de pescaderos somnolientos esperaban la subasta diaria de los tesoros del mar: peces de plata y moluscos de azabache, engarzados entre chatones de hielo fríos como diamantes.

Un camión recorría las calles del centro urbano, parando delante de cada quiosco de prensa para entregar un fajo de periódicos. Entre sus páginas se hablaba de muchas muertes, algunas lejanas, otras no tanto; pero apenas ninguno dedicaba más de un par de líneas al asesinato de Aleksandar Suker en la casa de Els Pins. Y ni uno sólo mencionaba el cadáver que los hombres del GEAS sacaron del puerto en la madrugada del viernes.

En cualquier caso, ningún vecino necesitaba a esas alturas leerlo en el periódico. Ya lo sabían todos. Conocían tantos detalles como la Guardia Civil (alguno incluso más), y pronto se los intercambiarían unos a otros bajo los soportales de la plaza del mercado, como niños trapicheando con cromos. Tan sólo habría que esperar a que los cotillas oficiales salieran de sus casas a realizar la compra del día.

Mientras el panadero hacía sus churros, los pescaderos pujaban por el género y el camión de la prensa llenaba Santarés de noticias intrascendentes de un mundo lejano, la alférez Adriana Lesboutx abandonaba su vivienda en el pabellón para ir a correr.

El pabellón de guardias civiles de Santarés era un edificio de dos plantas, no muy grande. Desde fuera parecía un hostal venido a menos. Las viviendas para solteros ocupaban la primera planta, donde había varios apartamentos funcionales compuestos por un salón con cocina americana, un dormitorio y un cuarto de baño. No

había lujos; los muebles eran baratos y los electrodomésticos viejos y ruidosos, pero al menos era gratuito. Lesboutx tan sólo tenía que pagar el agua, la luz y el gas. La alférez solía decirse que aunque sólo fuera por eso, ya merecía la pena haber entrado en la Guardia Civil. No todo el mundo puede cumplir la utopía de vivir en un piso sin alquileres ni hipotecas.

Vestida con su pantalón de deporte y una sudadera, Lesboutx trotó hacia el paseo marítimo, que estaba a sólo unas manzanas. Clavados en las orejas llevaba sendos auriculares por los que escuchaba su música para hacer deporte. La mayoría eran canciones bastante vulgares, pero muy motivadoras para el ejercicio físico. En momentos de relax, la alférez prefería la música clásica, especialmente los buenos conciertos para piano.

Al llegar a la playa se puso a correr junto a la orilla, sobre la arena húmeda y dura de la bajamar. Allí se quitó los auriculares y se concentró en el sonido de las olas y el chillar de las gaviotas.

A una hora tan temprana la playa aún se encontraba vacía. Lesboutx disfrutaba de aquellos minutos de ejercicio junto al mar y ni una sola vez había renunciado a ellos desde que estaba destinada en Santarés. La soledad del amanecer en la orilla era el marco ideal para ejercitar músculo y mente. Era su momento. Su paréntesis. Un oasis de concentración donde sólo existía el mar, las gaviotas y el sonido de su propia respiración.

Mientras tatuaba sus huellas sobre la arena, Lesboutx mitigaba sus frustraciones a base de zancadas. Había muchos motivos por los cuales necesitaba de una buena carrera aquella mañana.

El asalto y robo del ayuntamiento era uno de ellos. En su fuero interno estaba convencida de que Neus Guzmán y su grupo de

jóvenes católicos ultramotivados habían tenido algo que ver con el suceso, pero también estaba segura de que probarlo sería difícil, quizá imposible.

No le frustraba tanto la impunidad del delito como el hecho de haberse quedado atascada en aquel callejón sin salida. Aquél era un caso feo, aburrido y sin solución; algo que no daría más trabajo que el de rellenar un informe. Lesboutx pensaba que había tenido muy mala suerte. Si aquella panda de fanáticos hubiera esperado tan sólo veinticuatro horas para perpetrar su gamberrada, ahora ella estaría colaborando con Miranda en un fascinante caso de asesinato, el primero en mucho tiempo.

Por desgracia, el asunto de Els Pins había caído en manos del agente nuevo, el sobrino del comandante. A Lesboutx la idea la ponía tan furiosa que aceleró el esprint de la carrera al recordarla. De no haber estado ocupada con la tontería del ayuntamiento, sería ella quien asistiría a Miranda en la investigación del homicidio, no el chico nuevo. El enchufado.

La alférez apretó las mandíbulas y aceleró un poco más.

Aún no conocía al nuevo miembro del equipo, pero ya sentía por él una enorme antipatía. Trató de disimularlo mientras Miranda le daba la noticia la noche anterior, cuando la llamó por teléfono para ponerle al corriente sobre el asesinato; no obstante estaba segura de que su gélido tono de voz resultó muy elocuente. Tanto que Miranda, de forma inopinada, le pidió disculpas.

—No tuve otra opción —dijo la teniente—. Fue una orden directa del comandante; quiere que el nuevo sargento vaya cogiendo tablas. Lo siento mucho, Adriana.

—Una orden es una orden —respondió ella con sequedad. Se sentía molesta con Miranda, no por haberla apartado del caso de homicidio (asumía que ella no tuvo la culpa), sino por haberle ocultado lo del nuevo agente hasta que no tuvo más remedio que soltarlo. Aunque Lesboutx creía entender sus motivos, le decepcionaba que la teniente hubiera sido tan pusilánime.

—A pesar de lo que diga el Abuelo, me será muy útil contar con toda la asistencia que puedas darme —dijo Miranda, tratando de enmendar su falta.

«Seguro que sí —pensó la alférez—, pero será el enchufado quien te acompañe en las pesquisas y no yo. Eso no es justo.»

En vez de manifestar ningún reproche, trató de comportarse de manera profesional, como siempre hacía.

—Dime en qué puedo ayudar.

—Hablaremos el lunes con calma.

—No —soltó Lesboutx, quizá con excesiva brusquedad—. Es decir… Si me necesitas este fin de semana no me gustaría quedarme al margen, quiero estar al tanto de las cosas.

La joven oyó suspirar a Miranda al otro lado de la línea.

—Eso me imaginaba… Como quieras. Reúnete con nosotros mañana en la compañía a eso de las once.

—¿Con «nosotros»?

—Con el sargento Ballesteros y conmigo. Será un momento tan bueno como otro cualquiera para que os vayáis conociendo.

—Allí estaré.

—Y, Adriana, por favor, no traigas el hacha de guerra. Si quieres enfadarte con alguien que sea conmigo o con el comandante; el sargento Ballesteros es el menos culpable de esta situación.

—Pensaba que a estas alturas confiarías más en mi profesionalidad.

—No es de tu profesionalidad de lo que dudo, sino de tus vísceras. Estás molesta y lo sé, lo noto, pero comportémonos como una gran familia unida y en armonía, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, mi teniente —respondió Lesboutx con extrema frialdad. Después de eso se despidieron.

Al recordar la conversación, Lesboutx sintió una bola de rabia en el pecho. Sin darse cuenta, aumentó aún más la intensidad de la carrera hasta que su velocidad fue mucho más rápida de lo habitual. De pronto un doloroso aguijonazo le atravesó la pantorrilla de lado a lado. Lesboutx dejó escapar una exclamación y trastabilló. Cayó de bruces al suelo.

Escupió un buche de arena y se sentó con la pierna encogida, rabiando de dolor. El músculo de la pantorrilla estaba duro como una piedra y sentía como si tuviera un pedazo de vidrio clavado en ella.

Se puso en pie con la pierna contraída, igual que una grulla. Resbaló con un montón de algas viscosas y cayó de nuevo sobre la arena, encima de la pierna dolorida. Una ola crecida bañó la orilla y le empapó la espalda y el trasero. Lesboutx soltó un taco.

—¿Estás bien? —oyó a su espalda.

Al volverse, la alférez se encontró con otro deportista madrugador. Era un hombre joven y muy esbelto; cada uno de sus músculos se le marcaba bajo la piel como si fuera el modelo de una clase de anatomía. Llevaba puesta una camiseta con un estampado de mala calidad del Hombre de Vitruvio, lo que en cierto modo no dejaba de ser apropiado.

—No es nada, gracias, sólo un calambre…

El joven torció el gesto.

—Ah, sí, eso suele doler. Deja que te eche una mano.

Ayudó a la alférez a ponerse en pie. Al apoyar el brazo sobre su espalda, Lesboutx la notó dura como una placa de mármol. Mientras cojeaba apoyada sobre el joven hacia un banco del paseo marítimo, le dirigió un par de miradas de soslayo apreciativas. Tenía un rostro muy agradable, muy masculino, de tipo marcadamente mediterráneo.

Decidió que era un hombre bastante atractivo.

Con una galantería casi cómica, el joven la ayudó a sentarse en el banco.

—¿Aún te molesta? —preguntó.

—No, creo que… —Lesboutx dobló un poco la rodilla—. ¡Ay! Vaya, parece que es de los fuertes…

El joven sonrió. Incluso la sonrisa era bonita.

—Sé perfectamente lo que es eso, a mí me ocurre a veces. Un mal calentamiento y… ¡zasca! Mira, esto me enseñaron a hacerlo en mi gimnasio… —Acercó las manos a la pantorrilla de Lesboutx y, de pronto, las mejillas se le encendieron un poco—. Esto… ¿puedo…?

—Claro.

El joven se colocó de espaldas a la alférez y se inclinó sobre su pierna para hacerle un suave masaje en la pantorrilla. Lesboutx dejó caer la mirada sobre su trasero de forma involuntaria. Le gustó mucho lo que vio.

—Ya está —dijo el joven, incorporándose—. ¿Mejor?

Esta vez fue la alférez la que se ruborizó levemente.

—Eh… Sí, sí. Mucho mejor, gracias. Ya no me duele nada.

—Perfecto. Quizá sería bueno que calentaras un poco antes de volver a correr, por si acaso.

—Quizá. —Dejándose llevar por su vena detectivesca, Lesboutx añadió—: Disculpa, vengo a correr aquí todas las mañanas a esta hora y nunca te había visto, ¿eres del pueblo?

—Recién llegado más bien.

—Gracias por tu ayuda.

—De nada… —El joven se rascó la nuca en un gesto de timidez—. Éste es un buen sitio para correr, ¿verdad? Y a esta hora el paisaje es alucinante…

—Sí, lo es. A mí me relaja mucho venir aquí.

Mantuvieron una breve charla sobre su común afición a las carreras de buena mañana, intercambiando algunos trucos y consejos. A Lesboutx empezó a parecerle un muchacho simpático. En un momento dado, le dejó caer a la alférez de forma poco sutil que sería muy agradable que pudieran volver a encontrarse.

«¿Va a pedirme que quedemos?», pensó Lesboutx, un tanto sorprendida. Y también levemente esperanzada. Era un chico guapo y parecía educado. En cuestión de hombres, Santarés no ofrecía mucho para elegir: la mayoría de los jóvenes de la generación de Lesboutx ya sabían que era oficial de la Guardia Civil, y el uniforme los espantaba como la luz a los murciélagos.

Por otra parte, el número de oficiales jóvenes y sin compromiso de la compañía era escaso, y Lesboutx era de las que no consideraba apropiado tontear con compañeros de menor graduación. Algunas amigas solían animarla a que se dejase de bobadas y picotease un poco en las escalas inferiores, pues el hombre ideal, decían, no tiene por qué llevar estrellas en la bocamanga.

Entre unos motivos y otros, su vida sentimental era más bien exigua. Si un hombre ajeno al cuerpo y con aspecto agradable le ofrecía alguna oportunidad, Lesboutx estaba dispuesta a explorar las posibilidades.

La alférez se quedó unos segundos mirando al anónimo deportista, esperando que diera algún paso más específico, pero el chico parecía un poco atorado.

—Estoy aquí todos los días a la misma hora —dijo la alférez, con la idea de alentarlo.

—Bien, pues… En la ciudad donde vivía antes tenía un grupo de amigos con los que salía a correr, es más… divertido… Es decir… Ahora me resulta raro hacerlo solo… No sé… Podríamos… Tal vez…

«Es guapo, pero un poco parado», pensó la alférez.

—Claro, suena bien. Si te parece, podemos correr juntos un poco más y luego desayunar algo; conozco un buen sitio en el puerto.

El rostro del joven se iluminó como si hubiera recibido excelentes noticias.

—Perfecto —dijo, pero de pronto puso cara de fastidio—. ¡Ah, vaya! Hoy no puedo, tengo una cita dentro de veinte minutos. Cosa de trabajo. Debería irme ya si no quiero llegar tarde.

—¿Mañana entonces?

—Sí, eso sería fantástico. Nos veremos aquí a esta misma hora.

—Trato hecho. —La alférez cayó en la cuenta de un importante detalle—. Por cierto, me llamo Adriana.

—Encantado. Yo soy Christian.

Se sonrieron. Cerca de ellos, un coche hizo sonar el claxon y una bandada de gaviotas levantó el vuelo desde la orilla del mar.

Luka88: *Hola!*

Luka88: *Cómo te va?*

Luka88: *Perdona. Es un saludo muy soso. Stas cosas no se me dan bien. Soy un poco tímido.*

Luka88: 😳

Kandy99: *Jeje. No pasa nada.*

Luka88: *Me gusta tu foto. Esa playa es la de Santarés.*

Kandy99: *Sí. De este verano. Stoy con unas amigas.*

Luka88: *Tú eres la más guapa.* 😉

Kandy99: 😊 😊 😊

Kandy99: *tpoco tú stas mal. Se ve que te mola ir al gimnasio* 😁

Luka88: *Jaja. Sí. Y a ti?*

Kandy99: *Me mola hacer deporte. Y los tíos q hacen deporte también.* 😜

Luka88: *Entonces nos vams a llevar genial.*

Luka88: 👍 👍 💪

El cañón del castillo emitió puntual el disparo de las once.

Casi al mismo tiempo, Mercedes salió del portal de su casa, que estaba entre las recoletas calles del núcleo de Santarés.

La vivienda de Mercedes era modesta, sin lujos. La compró su marido después de que el matrimonio emigrara desde Mecerreyes, un conglomerado de casuchas de la provincia de Burgos. El lugar era tan mísero cuando Mercedes lo dejó que ni siquiera tenía un bar, cosa inusitada en el ámbito rural castellano.

Aquello había ocurrido muchas décadas atrás, cuando Santarés todavía no era un destino vacacional y aún mantenía intacta su esencia de aldea de pescadores.

A pesar de ello, para Mercedes el cambio fue como salir de un establo para meterse en un palacio. En aquellos días, Mecerreyes, su pueblo natal, era un lugar atrasado donde aspectos como el agua corriente o la luz eléctrica suponían un lujo. Mercedes pertenecía a esa generación, hija de padres que procreaban a puñados, que se desayunaba con sopas de ajo y debía administrarse las calorías hasta que llegaba la hora de la cena y su ración de migas de pastor. No obstante, la mujer recordaba con nostalgia su juventud en Mecerreyes. Castilla es como el beso de un padre: rasposo y seco, pero tierno y cálido al mismo tiempo.

Llevaba casi cinco décadas viviendo en Santarés y, aunque para sus oriundos Mercedes era un miembro integrado de la comunidad, ella seguía sintiéndose una criatura de meseta: sobria, parca y sentenciosa. Así había nacido y así pensaba morir.

Cuando aquella mañana salió a la calle, acompañada del ruido del cañón, Mercedes se santiguó al poner el pie en la acera, como hacía siempre, y murmuró de forma mecánica una jaculatoria. A su lado trotaba una perrita de raza indefinible cuyo nombre era Garbanza.

Mercedes era viuda desde hacía tres décadas, pero Dios, en su infinita sabiduría, había poblado el mundo de perros para que nunca se sintiera sola en casa. También le gustaban mucho los niños, pero tuvo que conformarse con mimar a los hijos ajenos de las familias en cuyas casas trabajó como asistenta después de enviudar. La mayoría ya eran hombres y mujeres adultos que se habían marchado del pueblo, pero, los que aún seguían en Santarés, todavía la visitaban

de vez en cuando y le llevaban pequeños regalos. Todos ellos la recordaban con inmenso cariño.

Garbanza se dejó hacer mientras su dueña le ponía la correa. Después ambas tomaron la ruta hacia la plaza del mercado, donde Mercedes tenía previsto realizar algunas compras sin importancia y, ya de paso, enterarse de las últimas noticias.

Todo pueblo pequeño tiene su foro. Santarés tenía varios. Funcionaban casi a la manera de un exclusivo club victoriano, donde sus miembros conocían perfectamente en cuáles podían estar y en cuáles no. Por ejemplo, a un hombre joven y soltero jamás se le habría ocurrido alternar en la plaza del parque de San Vicente (ése era territorio de madres con críos pequeños), pues su lugar era la calle de las Peñas. Los varones jubilados se reunían en el bar de Senén para jugar al dominó, hablar de fútbol y política y trasegar tazas de café con orujo de hierbas; los pescadores departían inquietudes junto al pañol del puerto comercial; las amas de casa en el local de Raquel (Peluquería y Centro de Estética. Varios precios); la cafetería del club náutico era para los ricachones urbanitas con velero; los bancos de la plaza del ayuntamiento para los adolescentes, y los salones de la parroquia para el muy activo grupo de beatas de Santarés, garantes de la morigeración y las buenas costumbres del pueblo… Todos, en fin, poseían su lugar.

La plaza del mercado era el mentidero de las abuelas o, por extensión, de las mujeres del pueblo que ya tenían edad para serlo. Allí se encontraban, siempre en la misma franja horaria, para hacer la compra, enseñarse fotos de críos (bastante feos, la mayoría) y debatir rumores. Las abuelas de la plaza del mercado tenían mucho peligro, ya que combinaban una enorme osadía con grandes dosis

de imaginación y total falta de escrúpulos; un cóctel venenoso que removían con sus lenguas de doble filo.

En el foro de la plaza, Mercedes contaba con gran consideración, aunque no tuviera fotos de nietos que enseñar ni historias truculentas protagonizadas por nueras para compartir. El motivo era el tiempo que había estado trabajando en la casa del difunto brigada Fernando como asistenta.

Mercedes pasó varios años ayudando a Miranda, la hija del brigada, a cuidar de su padre enfermo de alzhéimer. Durante aquel tiempo Mercedes llevó gran parte de la logística casera, ya que la pobre Miranda apenas daba abasto para atender al enfermo y a su trabajo en la compañía de la Guardia Civil.

Para el resto de las matronas de la plaza del mercado, Mercedes era algo parecido a la voz oficiosa de las fuerzas del orden del pueblo, dada la relación casi familiar que había llegado a establecer con la teniente Miranda Vega. Si bien Mercedes era un ejemplo de discreción, su presencia en aquel foro de debate a menudo servía como refrendo para los rumores y cotilleos que allí se intercambiaban a diario. Más que sus palabras (que Mercedes administraba cuidadosamente), eran sus gestos y sus silencios los que se tenían en cuenta siempre con enorme respeto.

Cuando aquella mañana Mercedes y su perrita Garbanza aparecieron en la plaza, la mujer se encontró con algunas de las comadres habituales en la cola de la pescadería.

Mercedes las conocía bien a casi todas, aunque en los últimos años cada vez veía más caras nuevas. Santarés crecía rápido. Antiguamente, para integrarse en la camarilla de abuelas era precisa una compleja red de parientes y amistades comunes con alguna de

las componentes más veteranas; eso servía a modo de aval. En tiempos más recientes bastaba con aparecer en la cola de la pescadería a la misma hora en días regulares y tener ganas de conversación.

Al acercarse al puesto de pescado, Mercedes vio que las abuelas veteranas hacían corrillo a una forastera. Neus Guzmán llevaba ya casi dos años viviendo en el pueblo, pero según la norma no escrita de la comunidad, se requerían al menos diez años de convivencia diaria para perder el rasgo de foráneo (los que sólo eran veraneantes no lo perdían jamás, aunque algunos iban todos los años al pueblo desde hacía décadas).

Neus, a pesar de ser aún forastera, gozaba de cierto ascendiente entre las abuelas del mercado, pues era asidua a la parroquia local y su ideario conservador (mucho) encajaba bien con el de la mayoría de sus vecinas. No era apreciada, pero sí respetada.

En aquel momento, Neus y las demás hablaban sobre el homicidio en Els Pins, que era el tema de candente actualidad y cuyos detalles ya eran conocidos por muchas vecinas incluso antes de que apareciera en la prensa local.

A decir verdad, era Neus la que pontificaba sobre sus teorías al respecto y las demás quienes escuchaban. Mercedes ocupó discretamente su lugar al final de la cola y prestó oídos.

—La víctima era un homosexual —decía la mujer, imprimiendo un ostensible desprecio en la palabra «homosexual»—. Lo sé de muy buena tinta. Como todas ustedes saben, eso suele ser sinónimo de malas compañías. No me cabe duda de que era asiduo a los ambientes sórdidos propios de la gente de su condición, los cuales, por desgracia, cada vez son más abundantes en el pueblo.

Algunas de las asistentes corearon una afirmación, como si conocieran de primera mano esos sórdidos ambientes a los que Neus se refería.

Entre ellas había una farmacéutica jubilada. Se llamaba Carmina. Era alta, espigada y tenía una voz sorprendentemente grave. Carmina se cruzó sobre el pecho las solapas de la rebeca, señal inequívoca de que estaba a punto de hacer una revelación impactante.

—Hay un restaurante llamado Luces y Sombras en la parte nueva del paseo marítimo —dijo—. Allí actúan hombres vestidos de mujer… Travestidos o algo así, me lo han contado. Estoy segura de que la víctima era uno de ellos.

Las abuelas cloquearon como gallinas. Aquella información morbosa les resultaba fascinante. Neus, que parecía contrariada por haber perdido el protagonismo, se apresuró a intervenir.

—Un mal sitio, desde luego… ¿Y qué me dicen ustedes del centro social? Allí la cosa es aún peor, porque son los jóvenes los que se ven sometidos a toda clase de adoctrinamientos, ¡y con dinero del contribuyente!

—Tiene usted razón —secundó una de las señoras, que llevaba una bolsa cargada de mejillones recién comprados—. Es indignante que estemos pagando ese lugar con nuestro dinero.

—No creo que cueste muy caro… —terció otra, tímidamente. Mercedes la identificó como la suegra de uno de los nuevos concejales. Llevaba una papelería con su nuera, no muy lejos de la plaza—. Además, los profesores son voluntarios, no cobran nada.

Neus no se arredró ante el argumento.

—Faltaría más, que encima también tuviésemos que pagar el sueldo a esa gente —aseveró—. No los conozco a todos, por supuesto, pero sé que algunos no son trigo limpio… ¿Saben ustedes que la mujer que descubrió el cadáver de Els Pins también es profesora en el centro social?

—¿De veras? —preguntó la farmacéutica.

—Sí, Telma Silvela —respondió la suegra del concejal—. La novelista. Sale en el periódico.

—Qué curioso… ¿Y qué hacía en la casa de aquel muchacho? —preguntó la mujer con la bolsa de mejillones. En su voz había un falso deje de inocencia.

—Una mujer divorciada y excéntrica en casa de un homosexual… Ya pueden ustedes imaginar —dejó caer Neus, venenosamente.

Las abuelas, en efecto, imaginaron. Por la mente de todas ellas desfilaron las hipótesis más escandalosas, las cuales pusieron en común con gran entusiasmo.

—No digo que esa mujer tenga algo que ver con el crimen —dijo Neus, después—. Pero no me negarán que es todo muy raro… En cualquier caso, lo que resulta evidente es que nada de esto habría ocurrido de no ser por el centro social.

Mercedes no lo veía evidente en absoluto, pero la mayoría de las abuelas le dieron la razón a Neus como si acabara de rematar un silogismo indiscutible. La única voz discordante fue la de la suegra del concejal.

—Pues, la verdad, yo no sé qué tiene que ver una cosa con la otra…

—Ese lugar atrae a lo peor de la comarca —dijo Neus—. Es demasiada casualidad que una profesora del centro se vea envuelta

en el asesinato de un homosexual, ¿no creen? Lo que deberían hacer es cerrarlo de una vez por todas. —Remató su argumento asegurando que pensaba iniciar una campaña de firmas.

Tras azuzar un poco más la indignación de las presentes, Neus se marchó aduciendo que aún le quedaban compras por hacer. Cuando abandonó el puesto del mercado, las abuelas procedieron a otra de las actividades en la que eran expertas: intercambiar chismorreos sobre la ausente.

—Reconozco que esa Neus no siempre es santo de mi devoción —dijo la mujer de los mejillones—. En la parroquia a veces me saca de quicio, pero en el tema del centro social tiene toda la razón.

—No es más que una lianta —intervino la suegra del concejal.

—Y un poco grosera también —terció otra, una mujer llamada Leonor y cuyo marido regentaba una tasca en el puerto deportivo—. Una vez la invité al bar a tomar un café y no quiso ni entrar.

—Eso es porque siempre tienes a tus dichosos gatos merodeando junto a la barra —dijo la farmacéutica jubilada.

—¿Y qué tiene que ver? Mis gatos son muy limpios y hasta ahora ningún parroquiano se ha quejado de ellos.

—Pero es que Neus tiene alergia al pelo de gato.

Mercedes intervino en la conversación por primera vez.

—¿De veras?

—Sí. Lo sé muy bien porque le compra los antihistamínicos a mi hijo en la farmacia. Ayer mismo se llevó una caja.

—Pero ella no tiene gatos, supongo.

—¿Cómo los va a tener, si ya te digo que es alérgica?

—Entonces ¿para qué quería una caja de antihistamínicos?

—Menudas preguntas tontas haces, Merche, hija mía… Pues para tenerlos en casa, ¿yo qué sé? Con el tema de las alergias hay que ser siempre muy cuidadoso —dijo la farmacéutica—. A ver si ahora vamos a criticar a la pobre mujer sólo por eso.

—No, sólo por eso no —dijo entonces la mujer de la bolsa de mejillones—. Pero he oído algunos detalles sobre Neus que no son precisamente bonitos. Cosas que te hacen pensar que quizá no debería ir por ahí con esos aires de santurrona.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —preguntó la farmacéutica con avidez. A pesar de que era la que más defendía a Neus del grupo, siempre estaba dispuesta a escuchar un buen cotilleo depravado. Igual que las demás.

La mujer de los mejillones contó su relato, regodeándose en los aspectos más escabrosos. Mercedes lo escuchó con toda su atención.

Pensó que era una historia que le gustaría conocer a la teniente Miranda.

Kandy99: *Eres de aki?*
Luka88: *No. Pero vivo en Santarés.*
Kandy99: *Y de donde eres?*
Luka88: *Te daré una pista* 😉
Luka88: 🚄 🐻
Luka88: *Te lo imaginas?*
Kandy99: *Jo, no lo pillo.* 😢
Kandy99: *Venga, dímelo! De dónde eres?*
Luka88: *Jaja.*

Luka88: *Te lo digo si qedas conmigo esta noche.*
Kandy99: *Ok.*
Kandy99: *Vale.*
Kandy99: 😁
Luka88: *Genial! Tengo muchas ganas de conocerte.* 💃💃💃
Kandy99: *Jajaja. Y yo a ti, tío misterioso* 😉
Kandy99: *Así me podrás explicar qué es un ruso blanco.*
Luka88: *No lo sabes?*
Kandy99: *No.*
Luka88: *Entonces mejor. Será una sorpresa.*
Luka88: 😈
Kandy99: *Jajaja.*

El surfista, embutido en una piel de neopreno que dejaba poco a la imaginación, salió del agua con la tabla bajo el brazo. Con la mano libre se alisaba el pelo, apelmazado por la sal y la humedad.

Era un hombre joven de buen aspecto. Llevaba el traje de neopreno desabrochado hasta el vientre, con las mangas colgando igual que los faldones de un chaqué, dejando a la vista un torso cuyo perfil era el de un triángulo invertido.

Tenía el pelo de color castaño claro, casi del mismo tono que su piel; ambos eran rasgos propios de las personas que pasan mucho tiempo al sol.

Sobre el color de sus ojos era difícil emitir un juicio en aquel momento, ya que unas gafas de sol los ocultaban. En la patilla derecha, brillaba un logotipo conformado por las letras D & G, tan grande, tan espléndido y tan lujuriosamente ostentoso que era difícil

determinar si se habían creado las gafas para llevar el logotipo o el logotipo para llevar las gafas.

Un testigo sagaz habría determinado dos cosas: una, que las gafas no eran de imitación, y dos, que el joven, además de guapo, era rico. Un surfista con menos poder adquisitivo habría dejado las gafas en la orilla antes de arriesgarse a perderlas en el fondo del mar.

El mismo testigo habría visto confirmadas sus sospechas al fijar la vista en el reloj de pulsera del surfista: una chuchería llena de botones y gruesa como un real antiguo que, probablemente, costaría lo mismo que el alquiler de un piso modesto.

El surfista echó un vistazo al reloj. Las manecillas marcaban las cuatro y media. Dejó la tabla en la orilla y sacudió la cabeza de un lado a otro para sacarse el agua de los oídos. Después se encaminó hacia una sombrilla solitaria bajo la cual una mujer leía una revista de cine. El aspecto de la mujer hacía juego con las gafas y con el reloj.

La lectora levantó el rostro hacia el joven, que le depositó un beso fugaz en los labios. Luego sonrió igual que un niño que acaba de hacer el caballito con su primera bicicleta.

—¿Has visto cómo he tomado la última ola? —preguntó.

—Ha sido impresionante, cariño —respondió la mujer.

Mentía. Estuvo enfrascada en la lectura de la revista hasta que su compañero llegó a su lado, goteando sobre las páginas de papel cuché. Si minutos antes el surfista hubiera sido devorado por un tiburón, ella ni siquiera habría reparado en ello; no obstante ponderó con el mayor entusiasmo las habilidades de su compañero sobre la tabla.

Alfonso, que era el nombre del surfista, necesitaba los halagos como una planta necesita la luz del sol. Simplemente, no podía vivir sin ellos. La mujer lo sabía y se cuidaba mucho de proveer a su marido de su dosis adecuada de alabanzas, por más impostadas que resultaran. Ella había asumido hacía tiempo que aquélla era una más de sus obligaciones como esposa. El día de su boda, ante el altar, Tamara había jurado amar, honrar, respetar e hinchar el ego de Alfonso hasta la muerte. Quizá no fueron las palabras exactas que pronunció el cura, pero la promesa estaba implícita.

Alfonso se sentó a su lado sobre la arena y se quedó mirando al mar, en pensativo silencio. Parecía haber perdido todo interés por su esposa una vez que obtuvo su dosis adecuada de piropos.

—Creo que el lunes iré a Portugal —dijo Alfonso, de pronto, más bien para sí mismo—. A la playa de Ericeira… Eso está cerca de Lisboa, según creo. Dicen que es una de las reservas mundiales del surf. Tiene que ser la hostia cabalgar esas olas…

A Tamara le resultó casi cómico escuchar de sus labios la expresión «cabalgar las olas». Alfonso llevaba tomando clases de surf sólo desde hacía un par de semanas y creía que utilizar frases propias del figurante de una película de Frankie Avalon le hacía parecer muy experimentado. Cuando le dio por la caza mayor, a menudo deslizaba en medio de sus parlamentos palabras como «rehala», «collera», «berrea» o «luchadera» sin tener muy claro su significado. La afición cinegética se le agotó al acudir a su primera montería y pasar varias horas aburrido como una seta bajo la sombra de una encina, en su puesto. El surf vino justo después de aquello.

Alfonso siguió hablando consigo mismo sobre su proyecto de viajar a Portugal. A su lado Tamara, que sólo llevaba puesta la parte inferior del biquini, se le aproximó con disimulo hasta que le rozó un antebrazo con el pezón. Sin mirarla, Alfonso apartó el brazo como si lo que hubiera sentido fuese una mosca al posarse sobre la piel. Entretanto, se preguntaba en voz alta cuánto costaría un billete de avión en clase *business* desde Valencia hasta Lisboa.

Tamara emitió un suspiro de frustración. Cogió la parte de arriba del biquini y se cubrió los pechos.

—Te ha sonado el móvil —dijo, con voz desabrida.

Con aquella frase logró lo que sus pechos desnudos no fueron capaces: que Alfonso la mirara.

—¿Cuál de los dos?

—No lo sé… El que tiene la melodía que suena así. —Tarareó el famoso soniquete de la película *Encuentros en la tercera fase*—. Han llamado tres o cuatro veces seguidas.

—Ése es el del trabajo. ¿Te fijaste en quién era?

—No, está dentro de tu bolsa.

—No importa, seguro que sea lo que sea puede esperar.

Alfonso Navarro era un privilegiado. A sus treinta años de edad, había conseguido lo que muchos hombres no logran en toda su vida: trabajar sólo cuando le apetecía.

A los veintiséis años, Alfonso repetía por segunda vez el cuarto curso de la carrera de Ingeniería de Telecomunicaciones en una universidad pública. Por aquel entonces sus aspiraciones vitales no alcanzaban más allá de planear la ruta de bares de copas que visitaría durante el fin de semana. Su suerte cambió cuando un compañero de estudios lo convenció para participar en un proyecto

que, en principio, sonaba más bien como un divertimento frívolo. Se trataba de crear una aplicación para pedir comida a domicilio a través del teléfono móvil.

La idea era básica y ni siquiera resultaba original, pero a Alfonso le pareció ingeniosa y aceptó aportar un poco de dinero para llevarla a cabo. Él fue el primer sorprendido cuando una multinacional alemana compró la aplicación por una cantidad de euros impensable.

Aquello le sirvió de estímulo para interesarse por el mundo de las aplicaciones telefónicas. Él no era un experto informático, ni siquiera tenía buenas ideas, pero intuía que aquél era un campo en el que un tipo podría hacerse escandalosamente rico con un poco de astucia y algo de suerte. Su lema era «dinero llama a dinero», y en aquella ocasión resultó muy acertado.

Con lo que obtuvo de la venta de aquella primera aplicación, Alfonso y su socio montaron una pequeña empresa llamada Alma Software, un nombre poético y sugestivo que no era sino la unión de las primeras sílabas del nombre de los socios fundadores (Alfonso y Manolo). A pesar de tan prosaico origen, sonaba muy bien a la hora de venderlo a inversores extranjeros.

La empresa creció de forma vertiginosa en muy poco tiempo. Tras apenas un año de vida, su valor potencial se multiplicó sin que Alfonso tuviera muy claro el porqué. Su socio y él vendieron Alma Software a una empresa estadounidense por tal cantidad de dinero que era casi indecente. Luego los dos compañeros separaron sus caminos: su antiguo socio, Manolo, fue contratado por Google y ahora vivía en California, en una casa donde todo se hacía apretando un botón. Alfonso prefirió quedarse en su Valencia natal e invertir su parte del dinero en la creación de una nueva empresa.

En realidad, no fueron una sino varias las que fundó. Pequeñas sociedades dedicadas al desarrollo de aplicaciones móviles sencillas: juegos, redes sociales, mensajería… La mayoría de ellas eran tan básicas que para su desarrollo sólo se necesitaba un chaval listo con un buen ordenador, y Alfonso podía permitirse comprar ambas cosas a puñados. Además, explotó el sello de «software cien por cien español», gracias a lo cual pudo nutrirse de una buena cantidad de ayudas estatales que hicieron que todo fuera mucho más sencillo… y rentable.

Alfonso había perdido la cuenta de las empresas que había creado, vendido o cerrado en los últimos años. Lo único que tenía claro era que el saldo de su cuenta corriente parecía inagotable. Tenía en nómina a un par de buenos contables, algunos expertos fiscales y una nutrida cantidad de mozos licenciados en Empresariales, ávidos de sacarle partido a sus cursos de máster. Era esa pequeña legión de tecnócratas quienes en realidad dirigían el día a día de la red operativa de Alfonso; él se limitaba a poner el dinero, recibir beneficios y acudir a alguna reunión de vez en cuando.

Alfonso nunca fue un tipo listo, pero siempre tuvo el suficiente seso como para pagar a otros más inteligentes para que trabajaran por él. Por eso ahora, recién cumplidos los treinta, poseía una casa enorme en la costa de Castellón, tres coches, un gimnasio privado y dinero suficiente como para largarse un lunes a Portugal a hacer surf, sólo porque le apetecía.

Y también tenía a Tamara, otra de las ventajas de ser joven, tener buena pinta y un cuantioso saldo en el banco. Tamara era parte del lote, como el Ferrari que guardaba en su garaje o las gafas de sol de Dolce & Gabbana que se ponía para hacer surf. Al igual que el coche

y las gafas, Tamara era bonita, era cara y servía para indicar a todo el mundo que era un triunfador siempre que la llevaba puesta.

A parte de eso, estar casado con la única hija de un acaudalado magnate ruso tenía otra serie de ventajas de las que Alfonso también se beneficiaba.

Su suegro, Mijaíl Korovin, era un inversor entusiasta en todo tipo de empresas y una inagotable fuente de dinero. Alfonso no conocía exactamente el origen de su riqueza, pero sabía que tocaba los palos más diversos, desde bancos de inversión hasta distribución de películas (especialmente cine para adultos, actividad que, según decía el señor Korovin, proporcionaba casi el doble de ganancias que cualquier otra). El padre de Tamara poseía muchas cuentas corrientes en países diminutos e inverosímiles como Palaos, Anguila o Nauru, y ese dinero siempre estaba en movimiento, saltando de un lado a otro y engordando a cada brinco. Lo que hubiera de ilegal en aquellas idas y venidas era algo que a Alfonso le traía sin cuidado.

Lo que a él le importaba era que parte de ese capital cayera en sus manos y, en ese aspecto, podía darse por satisfecho. Su suegro resultaba un buen mecenas.

El último patronazgo de Korovin consistía en una modesta aplicación social para teléfonos móviles, desarrollada por una de las empresas de Alfonso. Se llamaba Finder.

A Alfonso le encantaba, hasta el punto de que había llegado a involucrarse personalmente en su desarrollo, algo que hacía en raras ocasiones. Incluso solía decir que Finder fue idea suya, lo cual era cierto en la medida en que fue a Alfonso a quien se lo ocurrió plagiar de forma mal disimulada las cientos de aplicaciones similares que existían en la red. Su aportación más original al desarrollo del

programa fue la división de los usuarios en «fresas» y «plátanos», según su orientación sexual. A Alfonso le pareció muy ingenioso.

Korovin decidió invertir en Finder después de que su yerno le explicase la idea, a bordo de su yate de recreo y tras unos cuantos chupitos de vodka, algunos más de los recomendables. El magnate ruso vio en Finder un enorme potencial. Cuando, más adelante, Korovin le esbozó a Alfonso sus ideas al respecto, éste las adoptó como suyas con enorme entusiasmo.

Finder fue un éxito, en gran medida gracias a la desproporcionada campaña publicitaria que Korovin financió. En apenas unos meses ya poseía casi cien mil usuarios españoles, y la cifra no dejaba de crecer. Alfonso y Korovin hacían planes para su lanzamiento en el mercado internacional; Finder parecía ser una auténtica gallina de huevos de oro que engordaba gracias al alpiste ruso de la mejor calidad.

Por supuesto, Tamara no estaba al tanto de aquellos manejos. Tamara era un simple adorno, y Alfonso nunca hablaba con ella de sus negocios, del mismo modo que no compartía sus operaciones empresariales con su colección de cuadros de Damien Hirst o con las armaduras japonesas antiguas que decoraban su despacho. En cualquier caso dichos objetos, al igual que Tamara, nunca hacían preguntas.

Por ese motivo, mientras Alfonso trazaba planes sobre su próxima escapada surfera a Portugal, se sorprendió al escuchar las palabras de su mujer.

—Quizá deberías responder la llamada del móvil —fue lo que dijo —. Ha sonado muchas veces, como si fuera algo urgente.

—Ahora no —respondió él con sequedad, como si la sugerencia le hubiera resultado molesta—. Hoy es sábado. Nada de trabajo.

—¿Y si era papá?

—Tu padre siempre me llama al privado.

—Pero…

—He dicho que ahora no.

El móvil volvió a sonar.

Alfonso dedicó una mirada de reproche a Tamara, como si aquello fuera culpa suya.

—Ve llevando las cosas al coche —dijo—. Yo iré enseguida.

La joven se levantó con actitud sumisa y se alejó con sus bártulos mientras su marido respondía al teléfono.

Al mirar la pantalla, Alfonso torció el gesto. Dejó que la melodía de *Encuentros en la tercera fase* siguiera sonando un rato hasta que estuvo seguro de que Tamara estaba demasiado lejos como para escuchar la conversación. Después descolgó y se colocó el aparato en la oreja.

—Navarro —dijo, a modo de saludo.

—Hola, soy yo.

—Sí, ya sé que eres tú, ¿qué diablos quieres? Te dije que nunca llamaras a este número salvo que fuera importante.

—Es importante. Es por lo de Alex.

—¿Qué Alex?

—Suker.

Alfonso tardó unos segundos en responder.

—Ya. Lo he leído en el periódico. Muy triste, sí, pero la verdad es que me importa una mierda, así que no entiendo por qué me llamas para ese tema.

—¿Por periódico, eh? Claro que sí… Por periódico… Escucha: la policía me está haciendo preguntas.

—Repito: ¿a mí qué coño me importa?

—De momento estoy siendo discreto. No dice nada de visitas. No dice nada de sus amigos, pero quizá en algún momento quiera ayudar para no tener líos con policía, ¿sabes lo que digo?

Alfonso apretó las mandíbulas.

—Tus problemas con la policía me la sudan, haz lo que te dé la gana.

—¿Tú quiere que yo diga quién estuvo con Alex la noche del jueves? Porque yo lo vi muy bien.

—¿Para qué diablos me has llamado? ¿Para amenazarme?

—Yo no amenaza. Si tú quieres que yo calla, entonces dame dinero.

—Escúchame bien, yonqui de mierda, porque sólo voy a decírtelo una vez antes de colgar el teléfono: me da igual a quién le cuentes lo que viste o creíste ver mientras te hacías pajas o esnifabas pegamento en tu apestosa garita, pero yo que tú me limpiaría las manos de gasolina antes de ponerme a jugar con fuego, ¿me has entendido? —Su tono de voz iba aumentando poco a poco—. No vuelvas a llamar a este número. Nunca.

Alfonso colgó con un gesto brusco y arrojó el móvil a la arena. Respiró hondo unas cuantas veces, con los labios muy apretados. Después, un poco menos tenso, recuperó el teléfono y limpió los restos de arena de la pantalla con las yemas de los dedos.

Las manos aún le temblaban.

En el horizonte, el sol caía víctima del atardecer.

Sara (21:18):
Ey, Candy! Q tal, tía? Cómo va tu cita con el tío misterioso 😜?
Sara (21:19):
Cuéntame cositas! Stá tan bueno como en la foto de Finder???
Candela (21:21):
Buff, ni te imaginas! 😵 😍 Y es supermajo! Ahora ha ido a x unas copas. Luego te mando unas fotis! Avísame cuando te vuelvas para tu casa y te llamo. Bs. 😘 😘 😘
Sara (22:35):
Qué perra! Seguro que te stá yendo genial, xq aún no me has mandado las fotos, tía! 😁
Sara (23:41):
Me tienes en ascuas. Manda una foto o algo! Quiero verle… Y sin camiseta, jajaja!
Sara (00:47):
Me voy para casa. Llámame y me cuentas, vale? Y lee los wasaps!
Sara (01:14):
Oye, que te stoy llamando y no me das señal. Escríbeme o llámame a la hora q sea, vale? Staré despierta. Besis! 😘 😘 😘
Sara (3:13):
Nada, tía, me voy a sobar. Oye, veo q no hs leído ningún wasap. Supongo q todo genial, no? Mañana te llamo.
Sara (10:12):
Tía. Sigues sin leer ls mnsges y cuando te llamo me salta el buzón de voz. Stas bien? Llamame, porfa.

Candela salió del grupo.

10
Sin foto no contesto

Después de terminar sus pesquisas en la oficina de Interresidence, Miranda y Christian regresaron a la compañía.

La teniente dejó que Christian pusiera en limpio las declaraciones de los trabajadores de la inmobiliaria mientras ella se instalaba en su despacho para hacer un par de llamadas. También aprovechó para comerse una manzana.

Primero se puso en contacto con el médico forense. Miranda suponía que aún era pronto para tener resultados de la autopsia, pero quería meter algo de presión.

El médico a cargo del examen del cadáver era el doctor Julio Escudero. Miranda lo conocía desde hacía años y sabía que se trataba de un profesional concienzudo y fiable, aunque la rapidez no era una de sus virtudes. Julio solía hacer las cosas a su propio ritmo y éste no siempre coincidía con el de la teniente.

—Miranda, es sábado. Apenas he terminado de desayunar —protestó el médico por teléfono.

—Eres un viejo haragán, ¿sabes que son más de las diez?

—Estaba a punto de ponerme con ello justo cuando me has llamado, así que la responsable de mi retraso eres tú y no yo. Si

tantas ganas tienes de conocer el informe, ¿por qué no vienes aquí y asistes a la autopsia?

—No, gracias. Lo de hurgar en tripas ajenas es cosa tuya. Avísame en cuanto tengas algo, ¿de acuerdo?

—Serás la primera en saberlo pero, hasta entonces, olvídate de mi número de teléfono, te lo ruego.

Julio era un hombre chapado a la antigua. Cuando pronunciaba frases como «te lo ruego» lo hacía con la misma entonación que un personaje cervantino.

Se despidieron y Miranda colgó el teléfono. En ese momento Christian se asomó por la puerta del despacho.

—¿Da usted su permiso, mi teniente?

Miranda emitió un suspiro de resignación.

—Sí, adelante, tienes todo mi permiso, disfruta de él —dijo, en tono solemne—. ¿Qué quieres?

—He recibido un mail de la comandancia con información sobre Aleksandar Suker y Bogdan Lupu. La he puesto en copia, pero supuse que preferiría que le resumiese el contenido.

—Chico listo. —Miranda sacó una manzana de un cajón y le dio un mordisco—. Dispara.

—Suker tiene antecedentes penales. Al parecer lo arrestaron por hacer de enlace de ventas entre drogadictos y camellos, y fue condenado a siete meses de prisión en la cárcel de Alcobasser. Salió en libertad hace un año y medio, más o menos.

Miranda masticó un trozo de manzana en actitud pensativa.

—Ese dato es interesante… Si después de salir de la prisión retomó sus trapicheos eso explicaría de dónde sacaba tanto dinero para sus gastos. Le pediremos a la jueza de instrucción que nos dé

permiso para investigar en su cuenta corriente, a ver qué encontramos por ahí.

—Quizá el motivo del crimen tenga que ver con las drogas.

—Quizá —dijo Miranda, sin comprometerse. La idea era sugestiva, pero no le encajaba con el detalle del rizador de pelo metido en el recto.

En realidad, lo del dichoso rizador no le encajaba por ninguna parte… salvo si lo relacionaba con la obra *Eduardo II*, tal y como Telma había sugerido.

—¿Algo más? —preguntó la teniente.

—Sí. Durante el tiempo que pasó en Alcobasser, Aleksandar Suker coincidió con Bogdan Lupu, que cumplía condena por tráfico de estupefacientes. Tal y como yo pensaba, Bogdan era un camello.

—¿Alex y Bogdan se conocieron en prisión?

—Eso no consta por ningún lado, pero yo creo que pudo ocurrir.

—Yo también. Apunta, sargento: «Hablar con el rumano». Subráyalo y pon un par de signos de admiración detrás. —Miranda tiró el corazón de la manzana a una papelera y luego se limpió las manos contra el jersey—. ¿Alguna otra cosa?

—El Luces y Sombras, el local donde trabajó Aleksandar. He llamado para preguntar por el encargado, pero me han dicho que está en Valencia y que no vuelve hasta mañana.

—Entonces iremos mañana a hablar con él sobre Aleksandar. Necesitamos saber más cosas sobre la víctima: qué clase de persona era, con quién se relacionaba, a qué se dedicaba… Hasta el momento da la impresión de que era una especie de ermitaño, y eso no me encaja en absoluto.

—Si me permite, mi teniente, yo tengo una sugerencia… —Miranda hizo un gesto de impaciencia con la mano, invitando a Christian a seguir—. Los guardias de Seguridad Ciudadana están todo el día en la calle. Cuando yo era uno de ellos, conocíamos a todo el mundo, sobre todo en los núcleos de poca población. Quizá algún guardia de la compañía sepa algo sobre Aleksandar.

—Sí, eso tiene sentido. Habla con el sargento Muñoz, es el que está a cargo de Seguridad Ciudadana. Dile lo que estamos buscando.

—Lo llamaré de inmediato.

—No, mejor acércate a verlo en persona. Es muy quisquilloso y nos tiene algo de tirria a los de la Judicial, no sé por qué. Procura que lo que le pidas suene como un favor, no como una orden, y sé amable.

—Ok. —Christian esbozó una sonrisa a medias—. Le preguntaré sobre sus hijos, su mujer…

—¡Ni se te ocurra! Está en pleno divorcio. —Miranda hizo una pausa reflexiva—. ¿Sabes qué? Creo que será mejor que hable yo con él.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta del despacho. La teniente dio permiso para entrar. Lesboutx apareció en la habitación dando los buenos días y Miranda presentó de manera oficial al nuevo miembro del equipo. Christian se puso en pie como impulsado por un resorte en cuanto escuchó el rango de Lesboutx.

Disparó un «a sus órdenes, mi alférez» que sonó como una sola palabra y luego, al reparar en el rostro de la joven, amagó una sonrisa cordial.

—¡Vaya! —exclamó—. Menuda casualidad…

—Descanse, sargento —cortó Lesboutx, con un frío tono de voz. Luego, sin dispensar a Christian más atención que al resto del mobiliario, tomó asiento y se dirigió a Miranda—. ¿Cuáles son las novedades?

Durante unos segundos, Miranda se quedó en silencio contemplando a sus dos subordinados. Tenía la extraña sensación de que se estaba perdiendo algo.

Miranda dedicó la siguiente media hora en poner al día a Lesboutx sobre el caso. Durante ese tiempo, la alférez actuó como si Christian no estuviera allí. El sargento, por su parte, se mantuvo en silencio con un perpetuo rubor en las orejas y en las mejillas.

Después, los dos jóvenes salieron del despacho de la teniente y ocuparon su puesto en la oficina de la unidad. Christian se sentó en el lugar del Caimán, frente a la alférez. Al parecer, nadie había sentido la necesidad de avisar a Benjumea sobre las últimas novedades, prefiriendo que el Caimán pasara el fin de semana holgazaneando en su hábitat natural y sin estorbar demasiado.

Transcurrieron unos tensos y silenciosos minutos durante los cuales el sargento apenas se atrevió a levantar la vista del teclado del ordenador. Finalmente, decidió romper el hielo.

—Y bien… —dijo, sin mirar a su compañera—. ¿Algún otro calambre…?

A Lesboutx la pregunta pareció incomodarla.

—No. Ninguno, gracias. —Antes de que Christian pudiera decir algo, añadió—: Yo… Imagino que la teniente le habrá dicho que en

este equipo solemos tutearnos y que raras veces usamos el tratamiento.

—Lo mencionó un par de veces.

—Bien… Sí… Verá, sargento… Si… Si no le importa, prefiero que entre nosotros mantengamos el tratamiento protocolario… Al menos de momento… Creo que… sería lo más adecuado.

—A sus órdenes, mi alférez.

Lesboutx se mordió el labio inferior. Después de titubear un poco, dijo:

—No quisiera parecerle…

—Por supuesto que no, mi alférez —se apresuró a decir Christian —. Usted es un oficial y yo no lo soy. Lo lógico es hacer las cosas de forma correcta. En realidad, me cuesta acostumbrarme a no dirigirme a la teniente Vega por su grado.

—Gracias… —musitó Lesboutx. No pudo evitar sentirse como si hubiera hecho algo inapropiado, aunque no sabía exactamente el qué.

—No tiene por qué darlas, mi alférez —dijo Christian, solícito. Si el sargento estaba molesto u ofendido, lo disimulaba muy bien. Eso animó a Lesboutx a añadir algo más.

—En cuanto a… En cuanto a lo de… desayunar mañana… —La alférez volvió a carraspear—. ¿Sabe, sargento? No creo que me sea posible.

—Entiendo, mi alférez.

—Quizá en otra ocasión…

—Sí, claro. Quizá.

Christian esbozó una sonrisa tímida. Al ver su expresión, Lesboutx se sintió en la obligación de suavizar la situación con unas palabras

amables.

—Por lo demás, estoy segura de que trabajaremos bien juntos. Como equipo —añadió presurosa—. Somos un buen equipo, muy profesional. Ya se dará cuenta de ello.

—Espero poder ser útil, mi alférez.

Cuando otro silencio tenso amenazó con aparecer, Miranda lo interrumpió haciendo acto de presencia. Tanto Lesboutx como Christian recibieron la llegada de la teniente con gran alivio.

—Acabo de hablar con los de Seguridad Ciudadana —dijo—. Averiguarán todo lo que puedan sobre Aleksandar y nos tendrán al corriente de cualquier novedad. ¿Cómo va la reseña de Sergio Fernández, el chico de la inmobiliaria?

—Estoy en ello —respondió Christian.

—Perfecto. Ya tenemos la de Bogdan Lupu y la de Sergio Fernández. Vamos a abrir otra para Neus Guzmán.

—¿Por qué? —preguntó Lesboutx—. ¿Qué relación tiene con este caso?

—Estamos buscando a un asesino que quizá tuviera llaves de la casa de Aleksandar y, si es así, tendremos que saber cómo se hizo con ellas. Neus Guzmán fue la última inquilina de la vivienda; si hizo copia de las llaves y las perdió o se las robaron, ahí tenemos un posible hilo de investigación. —Miranda emitió un largo y sonoro suspiro—. Sí, lo sé; estoy dando palos de ciego, pero esto es lo que hay de momento.

—Me parece bien.

—Entonces ¿a qué viene esa cara, alférez?

—Tengo a Neus Guzmán como sospechosa del robo en el ayuntamiento. Me pareció una casualidad.

«Por lo visto, hoy es el día de las casualidades», pensó Lesboutx, con cierta amargura.

—Claro, por eso me sonaba el nombre… Sí que es curioso. Refréscame la memoria, Adriana: ¿por qué Neus Guzmán está relacionada con lo del ayuntamiento? —La alférez le recordó los detalles de su investigación. Cuando terminó, Miranda asintió con la cabeza un par de veces—. De modo que es una homófoba fundamentalista… Eso está muy bien, porque resulta que Aleksandar, al parecer, era bisexual.

—Y quizá esa mujer se quedó con una copia de la llave de la casa de Els Pins antes de dejarla —completó Christian.

Lesboutx frunció el ceño.

—La veo capaz de mandar a sus cachorros a poner patas arriba el ayuntamiento, pero hacerla sospechosa de asesinato me parece que es ir demasiado lejos.

—Ya veremos —dijo Miranda—. En lo que a mí respecta, quizá tenga las llaves de la casa y también algo remotamente parecido a un móvil. Según mi amiga Telma, el asesinato de Aleksandar pudo ser un crimen homófobo.

—Hablando de ella, ¿no vamos a investigarla? —preguntó Lesboutx.

—¿Por qué?

—Encontró el cadáver. Siempre se tiene en cuenta a la persona que encuentra el cadáver.

—Tienes razón, pero sólo cuando existe una relación con la víctima, y en este caso no la hay.

—¿Cómo que no la hay? Ella había quedado con la víctima.

—Era una cita a ciegas, Adriana. Telma no conocía a Aleksandar.

—Eso es lo que ella dice.

—Exacto, y, como no puedo contrastar su versión, le concederé el beneficio de la duda mientras no haya indicios de lo contrario.

—La vecina de Aleksandar dijo que nunca la había visto por la urbanización —recordó Christian.

—Gracias, hijo. Buen detalle. —Miranda se dirigió a Lesboutx—. ¿Lo ves?

—No digo que no la crea, sólo opino que no deberíamos darle un trato especial sólo porque la conoces.

—No voy a darle ningún trato especial. Ábrele una reseña si te parece correcto, yo me encargaré de preguntarle dónde estuvo el jueves por la noche, pero te haré una predicción: no tiene coartada.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque los inocentes casi nunca tienen coartada, son los criminales los que suelen molestarse en fabricar una.

—Eso es absurdo —dijo Lesboutx, desdeñosa—. Pero, ya que lo mencionas, quizá te interese saber que Neus Guzmán tiene una coartada para la noche del jueves: estaba en una vigilia de oración que organizó la parroquia del Carmen.

—Esa mujer va ganando puntos en mi lista… —farfulló Miranda—. ¿Estás segura de eso?

—El cura Paco la vio, pero sólo al final.

—Bien, investiga eso. Y entérate también de si Neus se quedó una copia de la llave de la casa de Els Pins. Los de la inmobiliaria no lo sabían.

—¿Y cómo se supone que voy a averiguar eso?

—Te sugiero que se lo preguntes a la interesada, querida.

—¿Tengo que ser yo?

—Sí, ¿por qué no? Ya has hablado antes con Neus, seguro que os habéis hecho buenas amigas. Conocerte y adorarte son dos hechos consecutivos.

Christian ocultó la cabeza detrás de la pantalla de su ordenador para disimular cómo se le encendían las mejillas. Ninguna de las mujeres reparó en el detalle.

—Resumiendo —continuó Miranda—. Tenemos a Neus Guzmán, a Sergio el de la inmobiliaria, a Bogdan Lupu y, dado que Lesboutx desconfía de mis sórdidas amistades, también a Telma Silvela. Cuatro sospechosos y aún no es la hora de comer, qué maravilla.

—Disculpe, mi teniente, ¿y qué hay de la vecina de Aleksandar?

—Sí, claro, metámosla también. A diario se escuchan historias sobre vecinos que se sodomizan los unos a los otros con rizadores de pelo por tener la música demasiado alta… ¿Alguna otra sugerencia? ¿Tal vez el cartero o el repartidor de la pizzería?

Lesboutx, que estaba acostumbrada a los sarcasmos de la teniente, lo pasó por alto y respondió:

—Edu99. El nombre de la nota.

Miranda chasqueó los dedos.

—Bien, por fin alguien se acuerda de eso. Christian, saca tu móvil. Tenemos un asunto pendiente.

El sargento suspiró con aire resignado.

—¿Ahora, mi teniente?

—Ahora, sargento. El tiempo es oro. Yo misma te haré la foto para el perfil de Finder, si eso no te incomoda.

—En realidad son muchas cosas las que me incomodan de esto, así que acabemos de una vez.

—Ése es el espíritu, chico. —Miranda observó a Christian en silencio unos instantes—. Lo malo es lo del uniforme…

—Llevo una camiseta debajo.

—Fantástico, pues vamos al lío.

Con actitud remolona, Christian se deshizo del polo reglamentario. Entretanto, Miranda utilizó el móvil del sargento para descargar la aplicación de Finder.

—Podría hacerme la foto yo mismo, tipo *selfie* —sugirió Christian.

—De eso nada. Quiero darle un poco de calidad a la imagen, que resulte atractiva y sugerente.

Christian suspiró de nuevo.

—¿Dónde me pongo? —preguntó.

Miranda colocó al sargento en una esquina de la habitación, junto a una pobre planta de aspecto mustio. La teniente consideró que un toque vegetal daría sofisticación al conjunto. A Lesboutx le pareció una mala idea, ya que, según observó, se vería la metopa con el escudo de la Guardia Civil que estaba colgada en la pared.

Las dos mujeres fueron moviendo a Christian por toda la oficina en busca del marco adecuado. El sargento, cohibido, se dejaba hacer sin atreverse a protestar, llevado de un lado a otro como un adorno que no encaja en ninguna parte.

Finalmente Miranda y Lesboutx se pusieron de acuerdo. La teniente tomó algunas fotos, pero el resultado no acababa de satisfacerla.

—Todas son terribles —dijo—. Parecen como de ficha policial… ¿Te pondrías tú en contacto con este tipo? —preguntó, mostrando una de las fotos a Lesboutx.

—Sólo si yo fuera una abogada de oficio en busca de clientes.

—¿Me permite, mi teniente? —dijo Christian—. Quizá de esta forma…

El sargento le cogió al móvil a Miranda, luego se quitó la camiseta y se hizo una foto a sí mismo manteniendo el teléfono en alto, en un ángulo en que su tatuaje del hombro con el escudo de la Guardia Civil quedaba fuera de la vista. Al terminar, dejó que la teniente evaluara el resultado.

—Muchacho, nunca dejas de sorprenderme… Ésta sí que es una foto para una aplicación de ligues rápidos.

—Ya le dije que un *selfie* quedaría mejor… —repuso el joven, con las mejillas encendidas por el rubor—. ¿Puedo vestirme ya, mi teniente?

—Por favor. Si entrara el comandante en este momento, no sabría cómo explicarle la situación.

Una vez que la imagen quedó aprobada, procedieron a rellenar el resto del perfil. En primer lugar, había que completar con un par de datos las frases «Le gusta…» y «No le gusta…», lo cual provocó otro pequeño atasco, ya que Christian no sabía qué poner. Al cabo de un rato, fue Miranda quien tomó la decisión por él. Según su perfil, a Christian le gustaba el deporte y viajar, no le gustaban las personas aburridas ni los días lluviosos.

—Lo cierto es que sí me gustan los días lluviosos —expresó el sargento, en una tímida protesta—. Me gusta salir a correr bajo la lluvia… —Las dos mujeres lo miraron en silencio. Christian empezó a titubear—. O… quedarme en casa a ver una… una película, con mi perro… En… En el… sofá… —Su voz se extinguió poco a poco hasta hacerse inaudible—. Nos gusta el cine clásico…

Lesboutx enarcó las cejas.

—¿Cine clásico? ¿En serio?

—Sí, ya sabe: *Jungla de cristal*, *Toro salvaje*, *Uno de los nuestros…* Clásicos.

—Entiendo.

Su voz transmitió una leve decepción.

—Vamos a dejar el cineclub para otro momento —atajó Miranda—. El perfil se queda como está, no tengo ni idea de cómo cambiarlo, así que odias los días de lluvia y no hay más que hablar. Ahora sólo nos queda el detalle de las fresas y los plátanos.

Christian suspiró.

—Sí, como usted diga… ¿Puedo al menos señalar que me gustan las dos cosas?

—No. Plátanos, sólo plátanos. Recuerda que las fresas no nos interesan, sargento. Edu99 no es una fresa. —Miranda marcó el dato en el perfil de Finder—. Hecho. Por último, el nombre.

Tras un breve debate, decidieron que era preferible que Christian no utilizara su verdadero nombre como avatar. El sargento sugirió Montana96. Tony Montana era el nombre del protagonista de uno de sus clásicos favoritos; en cuanto al 96, los tres pensaron que Edu99 se sentiría más inclinado a ponerse en contacto con alguien que tuviera una edad cercana a la suya. También creyeron que el aspecto de Christian era suficientemente juvenil como para hacerse pasar por un muchacho de veinte años.

Algunas aplicaciones móviles de contactos no exigían al usuario especificar su edad o año de nacimiento en su perfil, pero, tal y como se leía en su prolijo aviso legal, Finder sí lo hacía para evitar que el programa fuera utilizado por menores.

Miranda experimentó un profundo alivio cuando al fin terminaron de crear el perfil. Apenas podía creer que algo tan simple les hubiera hecho perder tanto tiempo.

Ordenó a Christian que se pusiera a buscar de inmediato a Edu99. La aplicación Finder permitía a los usuarios seleccionar el radio de búsqueda de posibles parejas. Miranda sugirió a Christian que rastreara primero a Edu99 en un radio corto, de no más de un kilómetro. Si aquello no daba resultado, podía ir ampliándolo poco a poco hasta tener éxito; no obstante, la teniente tenía la sospecha de que Edu99 no podía andar muy lejos.

Para lograr aumentar el radio de búsqueda y seleccionar un número ilimitado de perfiles, Christian tuvo que darse de alta en algo llamado «usuario *premium*». Es decir, de pago. El dispendio no fue excesivo, aunque le pareció bien que Miranda le dijera que intentaría pasarlo como un gasto laboral.

Lesboutx quiso saber a qué podía dedicarse ella mientras Christian buscaba pareja en Finder.

—La plaza —respondió Miranda—. Según la nota que encontramos en casa de Aleksandar, la cita con Edu99 fue en una plaza, pero no sabemos cuál, ¿alguna idea?

—Imagino que debe de tratarse de la plaza del mercado. Es el lugar donde queda siempre la gente del pueblo.

—Acércate a los bares y cafeterías que haya en la zona y muéstrales una foto de la víctima; quizá en algún sitio recuerden haberlo visto la noche del miércoles en compañía de alguien.

—¿No puede encargarse de eso un guardia de Seguridad Ciudadana? Yo odio hacer de guripa.

A Miranda le resultó una objeción un tanto elitista. Lesboutx era una oficial de academia que salió del aula ya con los galones puestos, nunca había chupado calle. A los guardias civiles como ella se le solían escapar expresiones de ese tipo sin darse cuenta.

—Los de Seguridad Ciudadana ya nos tienen bastante tirria, y si todos los de la Judicial piensan como tú no me extraña que no nos puedan ver ni en pintura.

Miranda regresó a su despacho. Mientras su equipo trabajaba en las tareas asignadas, ella se dedicó a rastrear los datos personales de Aleksandar Suker.

La teniente pensaba que era importante poder acceder a su registro de llamadas telefónicas; por desgracia no había forma de saber qué número de teléfono había tenido la víctima, ni siquiera en qué compañía estaba dado de alta.

Para alquilar su casa de Els Pins, Aleksandar había facilitado un teléfono fijo como manera de contacto. En su vivienda no había ningún terminal, y cuando Miranda preguntó a la compañía proveedora le dijeron que aquel número no estaba asociado a ningún teléfono móvil. La teniente no se molestó en pedir el registro de llamadas de aquel número pues todavía no tenía la orden judicial. Por otro lado, empezaba a sospechar que Aleksandar era usuario de tarjetas de prepago, y aquello complicaría bastante las cosas.

Llamó a Esther Plaza, la jueza de instrucción, con la idea de solicitarle una orden de acceso a los registros del teléfono fijo de Aleksandar. Esther le prometió que la tendría redactada aquella misma tarde.

Después de hablar con la jueza, un guardia de los de Seguridad Ciudadana llamó a la puerta del despacho. Traía unas cartas de

parte de la comandancia de Castellón.

—¿Qué es esto? —preguntó Miranda.

—Correo de la víctima del homicidio en Els Pins. Por lo visto un guardia de los que vigilaban la escena del crimen lo encontró en un buzón, se hizo un lío y se lo entregó a alguien del equipo de criminalística, que se lo llevó a la comandancia de Castellón. En cuanto el jefe del equipo se ha dado cuenta del error lo ha mandado por mensajero.

Miranda rezongó una maldición. Le parecía increíble que aún siguieran produciéndose tal clase de confusiones entre los distintos equipos y unidades. Esperaba que Nogueroles le hubiera echado un buen rapapolvo a alguien por eso.

La teniente le dio las gracias al guardia y se dispuso a inspeccionar el correo. Tan sólo había un par de folletos publicitarios (entre ellos un anuncio del *Eduardo II* que montaban los del centro social) y una carta del banco; esta última estaba abierta. Al parecer Nogueroles y sus chicos no habían podido evitar la tentación de echar un vistazo.

La carta era un extracto mensual de la cuenta de Aleksandar. Miranda la analizó con mucha atención, con la esperanza de que arrojase algo de luz sobre la fuente de ingresos del joven croata.

Casi todos los movimientos que reflejaba el extracto correspondían a retiradas de efectivo en cajero automático. Ninguna cifra era menor de cien euros y se habían hecho con cierta regularidad. Aquello indicaba dos cosas: que Aleksandar pagaba casi todos sus gastos en efectivo y que éstos solían ser numerosos. También había una transferencia hecha a Interresidence a cuenta del alquiler de la

casa y un cargo de la compañía de electricidad. El único ingreso figuraba casi al final de la lista.

Se trataba de una transferencia de tres mil euros. La cifra era lo suficientemente alta como para que Miranda se sintiera intrigada. Según el extracto, el pago fue realizado desde una cuenta particular a nombre de una mujer llamada Tamara Korovin.

Korovin… El apellido no le era desconocido. Mijaíl Korovin era un magnate ruso con diversos intereses económicos en la región. Su nombre aparecía en algunos documentos de la trama de corrupción en la que estaba metido el anterior equipo de gobierno de Santarés. Miranda no llevaba esa investigación, pero había oído rumores sobre vínculos entre Korovin y algunos de los imputados, referidos a temas de blanqueo de capitales, fraude o algún otro turbio cambalache que la teniente no era capaz de precisar.

En el ámbito de las habladurías locales, Korovin también era un tipo conocido. La mayoría de los rumores sobre su persona resultaban bastante disparatados: se decía que era un antiguo oficial checheno buscado por crímenes de guerra, o que con su dinero financiaba movimientos de oposición política al gobierno ruso, que había puesto precio a su cabeza. Otros afirmaban que Korovin había hecho su fortuna con el tráfico de drogas y con negocios de prostitución (éste era el chisme más extendido).

Los más osados maledicentes incluso aseguraban que el ruso era dueño de una gigantesca discoteca orillada en la autovía que recorría la costa en dirección a Valencia. Se trataba de un tugurio de proporciones monstruosas, recubierto de luces de neón y decorado con arcos túmidos y cúpulas bulbosas de yeso azul. Quizá era por eso por lo que se llamaba Isfahan. Casi todos los habitantes de

Santarés estaban convencidos de que ocultaba un sórdido sumidero de drogas y prostitutas, hasta tal punto que muy pocos lo llamaban por su nombre real y en vez de eso solían referirse a él como «el puticlub del ruso», si bien nadie había probado jamás que tanto un aspecto como el otro fueran ciertos.

Según su extracto bancario, Aleksandar había recibido tres mil euros de alguien llamado Korovin, pero no del magnate ruso, sino de una mujer con su mismo apellido.

Tamara Korovin.

Miranda contempló el nombre durante un buen rato. Tenía la sensación de que había encontrado la primera pista importante del caso.

11
Quedamos y lo que surja

Christian nunca había utilizado una aplicación para buscar pareja.

El joven sargento tenía alma de deportista. Valoraba el esfuerzo como medio para alcanzar las cosas buenas de la vida, y pensaba que si algo se conseguía de forma rápida y sencilla era porque, en realidad, no merecía la pena. Según como él lo veía, hechos como obtener un buen puesto de trabajo, ganar un sueldo alto o llevarse a la cama a una chica guapa sólo eran posibles mediante ciertas dosis de sacrificio; de ese modo, la satisfacción por el logro era mucho más placentera.

En el momento en que empezó a trastear con Finder, sintió un rechazo visceral por la mecánica de la aplicación. Era demasiado automática, demasiado elemental. Como jugar a la lotería; el único mérito residía en la suerte.

Christian era un chico sencillo que, en el fondo, adolecía de cierta estrechez de miras. Por ese motivo le sorprendió encontrar a tantos usuarios mostrándose en Finder, a la búsqueda de un premio fácil y rápido.

Oculto tras su avatar, Christian descartó a decenas de usuarios de Finder en busca de Edu99. Nunca se le pasó por la imaginación que pudiera haber tantos. Una tras otra, desfilaron ante sus ojos

fotografías de hombres de todo tipo, junto con sus inevitables «le gusta» y «no le gusta».

Algunos ofrecían gustos tópicos, otros eran más rebuscados. La mente de policía de Christian acabó descubriendo una especie de patrón en los diferentes «le gusta» y «no le gusta» de los usuarios de Finder. Según su conclusión, aquellos que lucían un aspecto más agraciado en las fotografías eran menos imaginativos a la hora de expresar sus preferencias («le gusta el cine, viajar, salir con amigos…»), mientras que los que menos confiaban en su aspecto físico trataban de compensarlo con frases ocurrentes o elaboradas, quizá pensando que resultarían atractivas. Había un tercer grupo de usuarios que Christian no supo cómo clasificar, aquéllos en cuyos perfiles se leían cosas como «le gusta ser el centro de atención», «le gusta comer con los dedos» o «le gusta follar». Esta última aparecía mucho.

La variedad era muy amplia. Un gran número de usuarios parecían personas normales y corrientes, otros eran más estrafalarios y había algunos pocos cuyos perfiles rozaban la sordidez. Christian encontró el perfil de un tal Cummachine99. Según su fotografía, no debía ser más que un adolescente. Aparecía en calzoncillos frente al espejo de un cuarto de baño sucio y desordenado, luciendo un cuerpo escuálido, todo huesos y piel, y mirando a la cámara con los labios fruncidos. «Le gusta que lo castiguen», decía, entre otras cosas.

—¿Ocurre algo, sargento? —preguntó Lesboutx desde su lado de la mesa, al ver la expresión de desagrado en la cara de Christian. A modo de respuesta, el joven le mostró la pantalla del móvil. Ella dejó escapar un leve siseo—. Ya veo. Muy grimoso.

—¿Esto no debería estar prohibido, mi alférez?

—Se supone que Finder controla que los mayores de edad no contactan con menores.

—Yo soy mayor de edad y la mitad de los perfiles que me estoy encontrando estoy seguro de que son de críos.

—Lo sé. Es triste, pero en la práctica el mundo de las aplicaciones para móviles es una tierra sin ley —replicó Lesboutx—. No obstante, si ve algo raro páseselo a los de delitos contra menores.

—Desde luego que pienso hacerlo.

—Y, por lo demás, ¿qué tal va la búsqueda?

—De momento he encontrado a cuatro usuarios llamados Edu99 en un radio de diez kilómetros.

—¿Puedo verlos?

Finder permitía a los usuarios archivar los perfiles que eran de su gusto. Christian se acercó a Lesboutx y le mostró a los cuatro sospechosos que tenía localizados. Los dos guardias analizaron las fotografías.

El primer perfil mostraba a un hombre de unos cuarenta y tantos, con barba muy morena y el pelo rapado. El usuario se había tomado la fotografía a sí mismo tumbado sobre una colchoneta, en la playa.

—¿Éste es Edu99? —preguntó Lesboutx, incrédula—. Este tipo no tiene dieciocho años, por más que intente aparentar menos edad con esa barba teñida.

Los otros tres eran chicos jóvenes. Uno aparecía en su fotografía con un gato en brazos, ambos tenían un aspecto adorable. Otro había colocado una caricatura como imagen de perfil y el tercero ni siquiera estaba claro cuál era su aspecto, ya que la fotografía mostraba a un grupo de tres o cuatro chicos muy sonrientes en lo que parecía ser una discoteca.

—No lo entiendo —dijo Lesboutx—. ¿Por qué alguien se abre un perfil en Finder y en vez de poner su fotografía pone la de un montón de gente?

—Le sorprendería ver lo mucho que pasa eso, mi alférez. Y también hay fotos de tipos con su pareja.

—¿En serio? —Christian asintió—. ¿Por qué?

—Ésa es otra de las cosas que no estoy seguro de querer saber.

Lesboutx sonrió.

—¿Y ahora qué se supone que hemos de hacer con estas cuatro personas? —preguntó la alférez.

El sargento no pudo responder. Miranda cortó en seco la conversación al irrumpir en la oficina y pedir cualquier información disponible sobre Tamara Korovin. Christian quiso saber el motivo y la teniente le explicó lo de la transferencia bancaria.

Una simple búsqueda de su nombre en Google fue suficiente para obtener resultados. Tamara era la única hija de Mijaíl Korovin. En internet había varias páginas web que hablaban sobre su boda con un joven empresario alicantino llamado Alfonso Navarro. Fue un enlace de postín que había tenido lugar un par de años atrás, surtiendo de gran cantidad de fotografías a toda clase de revistas del corazón que estaban disponibles en la red.

—Bien, ha sido fácil —comentó Miranda—. Lo difícil será descubrir por qué esta encantadora muñequita rusa pagó tres mil euros de su bolsillo a Aleksandar Suker hace un mes.

—Aquí hay un detalle curioso —dijo Lesboutx, que leía una crónica del convite nupcial en una gacetilla local de internet—. Escucha: «El novio, Alfonso Navarro, es un joven inversor en compañías *startup* y creador de la aplicación social Finder…». ¿Qué te parece?

—Me parece que hace una semana ni siquiera sabía lo que era una aplicación social y ahora no paro de oír hablar de Finder por todas partes —respondió la teniente—. Y también me parece que tenemos que charlar con esa mujer. Consigue la dirección de los señores de Navarro.

Mientras Lesboutx localizaba a los Navarro, Christian puso al tanto a Miranda sobre los avances en la búsqueda de Edu99. La teniente echó un vistazo a los cuatro seleccionados y luego ordenó al sargento que se las apañara para imprimir una copia de sus fotografías de perfil.

—Eso es muy fácil, teniente. Sólo tengo que…

—Querido, si quisiera aprender cómo hacerlo te lo habría preguntado. Tú sólo ponte a lo tuyo y dame cuatro bonitas fotos en papel para que pueda lucirlas ante posibles testigos.

Al cabo de un rato, Miranda tenía en sus manos los retratos de los cuatro Edu99 y la dirección de Alfonso Navarro. Correspondía con una urbanización de casas de lujo en las afueras de Castellón, un reducto para élites que atendía al nombre de Grao de San Vicente. Lesboutx conocía el lugar.

—Unos tíos míos tienen allí una casa de veraneo —dijo—. Buen sitio: playa privada, club de golf, centro hípico… Cuando era pequeña solían invitarme a montar a caballo con mis primos.

—¿Está muy lejos?

—A unos cincuenta kilómetros.

—Perfecto. Iremos esta tarde a charlar con Tamara Korovin, tú y yo; así quizá puedas presentarme a tus parientes.

—Mi prima es una bruja borracha y mi primo siempre intentaba meterme mano. No quiero presentártelos.

—Una pena —respondió Miranda—. Parecen gente interesante.

Lesboutx ocupaba el asiento del copiloto y la teniente iba al volante. No era un coche de dotación, ya que Miranda siempre prefería utilizar su vehículo particular. Cargaba, eso sí, los gastos de gasolina a la compañía siempre que tenía oportunidad.

El coche era un Seat Ibiza de añeja biografía, tal y como atestiguaban las múltiples pegatinas de la ITV que amarilleaban en un rincón del parabrisas. El interior siempre olía levemente a tabaco, a pesar de que su dueña trataba de disimularlo colocando ambientadores con olor a frutas.

Ni Lesboutx ni Miranda hablaban. La teniente era poco amiga de la charla trivial. Lesboutx lo sabía y le parecía bien, en realidad a ella tampoco le agradaba gastar saliva en cubrir silencios.

El coche se alejó del pueblo siguiendo la línea del paseo marítimo, en dirección sur. Tras unos diez o quince minutos de trayecto, Miranda lanzó una pregunta al aire.

—¿Qué opinas del nuevo sargento?

Lesboutx estuvo a punto de responder con una evasiva, pero no lo hizo. No era su estilo mentir a un oficial superior.

—Esto te va a parecer gracioso —dijo—, pero lo cierto es que ya nos conocíamos.

Miranda se limitó a asentir, como si aquello no le hubiera sorprendido, lo cual no era así.

—¿De veras?

—Esta mañana salí a correr temprano por la playa, como hago siempre. Tuve un calambre aparatoso y él me echó una mano.

Charlamos un poco. Ninguno le dijo al otro en qué trabajaba.

—Lo que no ocurre en un año, pasa en una hora, como dice mi asistenta. Menuda casualidad.

—Lo sé.

—¿Por qué lo has tratado como si fuera un extraño? Podías haber comentado algo cuando os he presentado.

Lesboutx se encogió de hombros con desgana. Parecía que la conversación la incomodaba.

—Le dispenso el mismo trato que a cualquier otro suboficial.

—No es cierto. El Caimán también es de escala inferior, y a él sueles tutearlo. Con el chico nuevo lo que haces es marcar distancias, ¿por qué? ¿Es por rencor? Ya te dije que la culpa de haberlo enchufado en la unidad es del comandante, no suya.

La joven se tomó un tiempo antes de responder.

—No le guardo rencor. Me parece un buen chico. —Hizo otra larga pausa—. Hoy, cuando nos conocimos, hicimos planes para desayunar juntos mañana… No lo sé… Creo que era una especie de cita.

—Ya veo.

—La he cancelado. Le he dicho que estaría fuera de lugar. —Miranda no dijo nada—. He hecho mal.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Quizá las dos cosas.

Miranda sopesó algunas ideas en silencio antes de hablar.

—¿Te gusta?

—Me gustaba esta mañana, cuando no sabía que yo era su oficial superior —esbozó una media sonrisa—, ni que suele ver películas de tiros con su perro.

—He conocido a hombres con vicios peores.

—Puede que lo de las películas de tiros sea sólo la punta del iceberg. Da igual, en cualquier caso, no tendré oportunidad de comprobarlo.

—Como tú digas. —La teniente tomó el giro de una rotonda y siguió conduciendo unos minutos más en silencio. Después dijo—: Si te hablara como una amiga, te diría que estás cometiendo un error.

—¿Eso quiere decir que, como mi teniente, te parece que actúo con prudencia?

—La verdad es que no lo sé. Desde que soy guardia civil, me he encontrado con muchas compañeras que no querían tener líos sentimentales con agentes de rango inferior; puede que sea una postura inteligente.

—Pero…

—Pero nada. Es así. Ahora bien, me pregunto si pensarías de otra forma si tú fueras un hombre y él una mujer. La última vez que me invitaron a una boda entre compañeros del cuerpo el novio era un brigada y la novia un cabo. No sé de nadie a quien aquello le pareciera inapropiado.

—Bueno, yo no estoy haciendo planes de boda con nadie…

—No me cojas el rábano por las hojas, Adriana. Eres una chica lista y ya sabes a qué me refiero.

La alférez se quedó pensativa un buen rato.

—Es igual —dijo—. Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás, ese tren ya partió.

—Ese tren, como tú dices, va a estar trabajando codo a codo contigo durante al menos los próximos doce meses. Es el mismo tipo

que encontraste esta mañana en la playa y con el que estabas dispuesta a tantear posibilidades.

—¿Qué quieres decir con eso?

Miranda, de manera muy poco sutil, esquivó dar una respuesta.

—Ya hemos llegado: Grao de San Vicente. Es aquí, ¿verdad? —Introdujo el coche a través del acceso a la urbanización, junto a un pretencioso cartel de granito blanco con letras doradas, tan alto como una persona. La teniente aminoró la marcha para buscar la calle donde se encontraba el chalet de Alfonso Navarro y luego, de forma inopinada, dijo—: Sé amable con Christian, es lo único que te pido. Creo que no es mal chico.

Ninguna de las dos quiso insistir con el tema mientras circulaban por entre las lujosas parcelas de la urbanización.

La casa de Alfonso Navarro era una arquitectura cúbica y sofisticada, plantada en medio de un inmenso jardín, tan pulcro que todo en él daba la impresión de ser artificial.

A Miranda, el chalet le hizo pensar en un sándwich de cristaleras entre rebanadas de hormigón. Trató de imaginarse a sí misma viviendo en un lugar semejante y no fue capaz. Para ella, una casa como Dios manda debía tener muros recios y no aquel despliegue de galerías que hacían que la vivienda pareciese el inmenso escaparate de una tienda de muebles caros.

—Alférez, una pregunta —dijo, mientras caminaban por un coqueto camino de grava hasta la puerta del chalet—. ¿Por qué a los ricos les gusta que sus casas no tengan paredes?

La familia de Lesboutx era gente de dinero, así que la teniente pensó que ella podría darle una respuesta satisfactoria.

—No lo sé. Quizá por exhibicionismo.

Al tocar el timbre de la puerta les abrió una mujer latina, vestida con un uniforme de tonos pastel. Miranda se identificó mostrando la placa y la mujer las condujo al interior de una estancia cuya función era difícil de precisar. Entre otros muebles, había una gran estantería de obra repleta de libros, una mesa de despacho fabricada con el alerón de un avión antiguo, y varias butacas y sillas colocadas en torno a un televisor grande como un ventanal. Dos de las paredes eran de cristal. La casa tenía vistas al mar.

Mientras esperaban ser atendidas por el dueño, Miranda y Lesboutx se entretuvieron contemplando la decoración. Ésta denotaba un gusto ecléctico que hacía convivir de forma más o menos audaz piezas de arte sacro, antigüedades orientales y esculturas modernas elaboradas con trozos de metal.

Los conocimientos de Miranda sobre arte eran básicos, pero tenía la impresión de que los cuadros de las paredes eran bastante caros. Se quedó mirando uno de ellos, el más grande, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Qué diablos es eso?

Lesboutx echó un vistazo al cuadro.

—Creo que es de James Ensor, un pintor simbolista belga.

—¿Por qué toda esa gente tiene las caras de colores? ¿Y esas muecas?

—Es un carnaval. A Ensor le gustaba pintar escenas de carnaval.

—Carnaval, ¿eh? Creo que no me convence… Una vez participé en una redada en un fumadero de crack. Los tipos que detuvimos

tenían esas mismas caras.

Miranda se alejó del cuadro y se puso a curiosear en las estanterías de la biblioteca. La mayoría de los libros parecían recién comprados. Uno de los títulos llamó su atención: *Obras escogidas del teatro isabelino*. Lo sacó de su estante y consultó el índice. Entre las piezas de la antología figuraba *Eduardo II*, de Christopher Marlowe. Algunas de las esquinas de las páginas estaban dobladas a modo de marcas de lectura.

A Miranda le pareció un detalle a tener en cuenta.

Escuchó que alguien se acercaba y se apresuró a dejar el libro en su sitio. Un hombre joven, de unos treinta, vestido con ropa de tenis, entró en el salón. Tenía el pelo apelmazado por el sudor y marcas de humedad en la espalda, el pecho y las axilas.

—Buenas tardes —saludó, con una sonrisa culpable—. Perdonen que no les estreche la mano pero, como verán, estoy un poco sudado.

—No importa. Soy la teniente Miranda Vega y ésta es la alférez Adriana Lesboutx, policía judicial. Supongo que usted es Alfonso Navarro.

—Sí, soy yo. Disculpen mi aspecto, estaba jugando una partida de pádel con mi mujer cuando me han dicho que estaban aquí. —Las maneras del joven eran corteses, pero su desconcierto resultaba evidente—. ¿Ha dicho usted policía judicial?

—Eso es. De la compañía de la Guardia Civil de Santarés.

—¿Guardia…? Perdone, pero no entiendo… —Sonrió de manera forzada—. ¿Es por alguna multa de tráfico?

Al mirar por encima del hombro de Alfonso, Miranda detectó en una de las cristaleras el reflejo de una mujer que escuchaba

furtivamente tras un tabique. Reconoció el rostro de Tamara Korovin.

—Lo de las multas no es cosa nuestra, señor Navarro —dijo Miranda, con una sonrisa tranquilizadora—. Tan sólo queremos hablar un momento con su esposa, si no es molestia.

—¿Con Tamara? ¿Por qué? ¿Ha hecho algo… alguna cosa?

—No, no, no, en absoluto. Pensamos que podría echarnos una mano con un asunto, eso es todo. Imagino que no habrá inconveniente.

—¿Inconveniente? No, claro. Estará encantada de ayudar. —Alfonso tocó un timbre y la criada latina acudió a la llamada—. Marcia, ¿puedes decirle a la señora que venga un momento? Gracias… y de paso tráeme algo fresco… ¿Ustedes quieren tomar algo?

—No se moleste.

—No es molestia, y me sentaría muy mal beber mientras ustedes miran. Pero, por favor, siéntense, pónganse cómodas. —El joven desplegó toda una retahíla de gestos encantadores y anchas sonrisas. Parecía un actor interpretando el papel de anfitrión—. Tomaremos un poco de té helado, sin alcohol… Y algo para picar.

—De verdad que no hace falta…

—Nada de eso, ya está hecho. Puede que mi mujer se esté cambiando de ropa y quizá tarde un poco. —Alfonso tomó asiento en un diván de cuero blanco y sacó un cigarrillo de una cajita de metal sobre una mesa baja—. ¿Ustedes fuman?

—¿Por qué no? —dijo Miranda, aceptando la oferta sin pudor.

—¿Saben? Yo admiro mucho a la Guardia Civil, creo que hacen una labor magnífica.

—Siempre es un placer oír eso, sobre todo de alguien como usted, tan famoso.

—Oh, yo no soy famoso…

—Claro que sí, es nuestra celebridad local: el creador de Finder.

—Vaya, me halaga, teniente. Y también estoy un poco sorprendido, lo admito. No imaginaba que usted fuera usuaria de Finder.

—No, yo no, mi sobrino —dijo Miranda, mintiendo con total naturalidad—. Todo el día enganchado con el Finder, no se imagina. Creo que tiene mucho éxito entre los chavales, ¿verdad?

—Ése era nuestro objetivo. Queríamos enfocar Finder hacia un perfil de usuario urbanita y joven, personas modernas, sin inhibiciones; chicos y chicas del siglo XXI.

—¿Conoce usted a todos los usuarios?

Alfonso rió.

—Perdone, pero se nota que no está familiarizada con el funcionamiento de las aplicaciones sociales. Actualmente Finder tiene más de cien mil perfiles registrados, ni yo ni nadie los conoce a todos.

—Ya me imagino; lo que quería decir es si existe un registro de usuarios. Algo parecido a una lista metida en una base de datos, no sé si me explico.

—Sí, entiendo. Por supuesto, todos nuestros perfiles registrados figuran en un archivo. Un informático podría explicárselo mejor, pero me temo que no es mi campo. Yo no soy ningún experto, sólo un modesto empresario con ideas.

—Y ese archivo, ¿puede consultarse?

—Supongo que sí, pero no por cualquiera. La información sobre nuestros usuarios está sometida a las leyes europeas de protección de datos, aunque seguro que usted sabe de eso más que yo, teniente.

—Claro… O sea, que si yo, pongamos por caso, le pidiera ver ese registro de usuarios…

Alfonso se encogió de hombros de forma despreocupada.

—Por mi parte no habría problema, pero me temo que los abogados de la compañía me tienen atado de pies y manos en ese aspecto.

—Oh, sí, abogados. Vaya panda…

—Y usted que lo diga.

Alfonso y Miranda intercambiaron unas risas falsas. A pesar del ambiente cordial, a Miranda le quedó bien clara la negativa subliminal de Alfonso a permitir que la Guardia Civil hurgase en sus registros de Finder. No al menos sin un firme apoyo legal del que la teniente, por el momento, carecía.

La criada apareció con una bandeja en la que había una jarra de té con hielo, algunos vasos y una pequeña fuente de cristal parecida a una bombonera. Colocó la bandeja sobre una mesa auxiliar e informó de que la señora Navarro bajaría en unos minutos, después de asearse un poco.

—Mi mujer es más educada que yo —dijo Alfonso—. Yo no tengo ningún pudor en recibir visitas sudado como un pollo, no tengo remedio. Acepten mis disculpas.

—Al contrario, somos nosotras las que debemos disculparnos. No suelen recibirnos con tanta delicadeza.

Se intercambiaron otro buen puñado de cortesías huecas mientras Alfonso servía el té. A continuación, destapó la fuente de cristal dejando a la vista una masa de brillantes huevas de color grisáceo. Miranda pensó que los Navarro no escatimaban en lujos a la hora de ofrecer un piscolabis.

—¿Les gusta el caviar? —preguntó el empresario—. Quizá piensen que esto es un poco decadente, y seguro que tienen razón. La culpa es de mi suegro, ¿saben? Nos regala latas de esto cada dos por tres. Me avergüenza decir que tenemos tantas que si no las comemos de forma habitual se echan a perder, y eso sí que sería un crimen.

En efecto, a Miranda le pareció decadente. También pensó que los dueños de aquella casa debían de tener unos niveles de colesterol preocupantes.

—Nunca he probado el caviar —dijo—. ¿Puedo?

—Adelante, sírvanse.

La teniente cogió una cucharilla, la hundió hasta tocar la base de la fuente y la sacó llena a rebosar de pequeñas esferas viscosas. Se comió el contenido de un bocado.

—Hmmm… Está bueno —dijo, masticando—. Voy a coger otro poquito más, si no le importa.

Alfonso contempló con estólida sonrisa cómo Miranda devoraba el caviar a cucharadas como si fuera una papilla.

—Me alegra que le guste, teniente.

—Sí… Las cosas que se pierde una, ¿verdad? ¿Sabe con qué estaría bueno esto? Con un poco de alioli. Mi asistenta lo hace muy rico. —Tras la tercera cucharada, Miranda decidió que era momento de dejar un poco para los demás—. Esto lo traen de Rusia, ¿no es así?

—Exacto. Mi suegro, como ya le he dicho.

—Su suegro, Mijaíl Korovin.

—El mismo.

La teniente tuvo la impresión de que Alfonso se ponía tenso.

—¿No le sorprende que yo sepa quién es?

—Sinceramente, no —respondió, con un suspiro de resignación—. Por desgracia estoy acostumbrado a que el nombre de mi suegro resulte familiar en círculos policiales.

—¿Y eso no le preocupa?

—Lo haría si fuese un hombre en el que no confiase por completo. Verá, teniente, sé que el padre de mi mujer ha hecho algunos negocios con ayuntamientos que ahora están siendo investigados, pero no es el único. Muchos otros empresarios que trataron con gobiernos corruptos se ven en su misma situación sin que ello implique que sus actos eran ilegales. Comprendo que se les quiera investigar con lupa, son las consecuencias que tienen las malas compañías. Me disgusta, pero lo entiendo. Y créame que él también.

—Es usted un buen yerno.

—Soy más que eso, también soy su socio, y por eso estoy en condiciones de responder por él —aseveró Alfonso—. No me importa que la policía y los jueces quieran hacer su trabajo; de hecho, si eso sirve para demostrar que todos los asuntos de mi suegro están en regla, me parece bien. El problema es la mala prensa. Ahora mucha gente está convencida de que mi suegro es un corrupto, un gángster o algo peor.

—Entiendo. Los prejuicios pueden ser muy dañinos.

—Así es. La prensa se ceba en las cosas turbias, pero nunca mencionan todo lo bueno que Mijaíl Korovin ha hecho en esta

región. Tiene empresas que dan trabajo a miles de personas, colabora en montones de proyectos de desarrollo y realiza donaciones para obras de carácter social.

—¿De veras?

—Sí, pero lo hace de forma discreta, él no busca reconocimiento. Por ejemplo: el centro social que el Ayuntamiento de Santarés abrió hace poco está financiado en gran parte por mi suegro. Seguro que eso ustedes no lo sabían.

—Tiene razón, no tenía ni idea.

—Pues ya lo ve. Si no fuera por él, esas instalaciones, que hacen tanto bien, cerrarían. Los alumnos se verían en la calle y los profesores tendrían que buscarse la vida con sus títulos de monitor de manualidades, pilates o jardinería profesional. Seguro que a esos pobres diablos mi suegro no les parece tan mal tipo.

—Pero los profesores son voluntarios, ¿no es así? —dijo Lesboutx.

—No todos. Unos pocos tienen contratos fijos que son su única fuente de ingresos. El ayuntamiento decidió hacer un cupo de voluntarios y otro de monitores en subcontrata para favorecer la creación de empleo en la zona. La idea fue de mi suegro.

—Es triste que la gente no sepa esas cosas —dijo Miranda, intentando sonar comprensiva.

—Desde luego, pero no crean que a él le importa el qué dirán, su conciencia está tranquila. A mí tampoco; sé la verdad. En cambio Tamara, mi esposa… Después de todo es su padre y, como comprenderán, le disgusta que se hable mal de él en su presencia.

—Es natural.

—Les digo esto porque les agradecería que tuviesen mucho tacto cuando le pregunten sobre los asuntos de su padre. Es una mujer

muy sensible.

—Eso no debe preocuparle, señor Navarro. No tenemos intención de tratar con su esposa ese tema.

—¿No…? Pero… Yo creía que ustedes… —Alfonso las miró desconcertado—. No lo entiendo, teniente, ¿para qué quiere entonces la Guardia Civil hablar con mi mujer?

—Si no le importa, prefiero decírselo a ella en persona —respondió Miranda—. Veo que nadie se termina el caviar, ¿me permite que yo…? Realmente está delicioso.

La teniente cogió la cuchara y rebañó con avidez las últimas huevas de la fuente.

12
Nada de malos rollos

El vigilante de seguridad de la entrada de Els Pins estaba escuchando un partido de fútbol por la radio cuando Christian se acercó a la garita.

Al reparar en el uniforme del sargento de la Guardia Civil se puso tieso y bajó el volumen, como si le hubieran descubierto haciendo algo ilegal. Christian le mostró una sonrisa amistosa.

—Tranquilo, no quiero molestar —dijo—. ¿Qué partido es?

—Madrid-Levante —respondió el vigilante, receloso.

—¿Cómo van?

—Uno a cero. Gol de Bale.

—Es bueno el galés, ¿eh?

—Supongo —respondió el vigilante, más relajado ahora que parecía que nadie iba a sancionarlo con una multa o algo peor—. A mí me está jodiendo la quiniela; yo había puesto un empate. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Quería hablar con su compañero, con Bogdan, ¿no trabaja hoy?

—Debería, pero llamó al encargado esta mañana diciendo que estaba con gripe, así que me toca a mí doblar su turno.

—¿Sabe dónde vive?

El vigilante dudó un poco. No estaba seguro de que debiera dar aquella información. Luego pensó que por culpa de Bogdan él tenía que pasarse la tarde metido en aquella garita de mierda, escuchando un partido que no le interesaba demasiado sólo para matar el rato.

«Que le den al rumano», pensó.

—Calle de la Osa Mayor número 2. Eso está por detrás del ayuntamiento, donde la estación de autobuses.

Christian le dio las gracias. Se alejó de la garita y se puso al volante del coche de dotación con el que había llegado.

Mientras Miranda y Lesboutx visitaban a la esposa de Alfonso Navarro, Christian cumplía el encargo de la teniente de encontrar a Bogdan e interrogarle sobre su posible relación con Aleksandar en prisión. El sargento había tratado de localizarlo por teléfono, pero no respondía a las llamadas, así que decidió ir a verlo en persona. También era una buena excusa para salir de las oficinas de la compañía a estirar las piernas. Tanto escritorio empezaba a resultarle agobiante.

Condujo de regreso al pueblo con el soniquete del partido como música de fondo. La casa de Bogdan estaba en los alrededores de la estación que enlazaba con las rutas de autobuses de larga distancia. A Santarés no llegaba el ferrocarril, de modo que aquélla era la única vía de salida para los habitantes del pueblo que no tenían coche propio.

La estación era una estructura pequeña, moderna y fea; a juego con los dos achaparrados bloques de viviendas que tenía cerca. Se trataba de una zona de pisos baratos y carente del atractivo más

elemental, donde todo parecía necesitar una capa de pintura o una buena limpieza.

El bloque número 2 de la calle de la Osa Mayor tenía cuatro plantas y parecía una caja de cerillas puesta de pie. Al entrar en el portal, el sargento Ballesteros se encontró con una mujer que fregaba el suelo. Le preguntó por el piso de Bogdan y la mujer no supo qué decir, sólo cayó en la cuenta cuando Christian se refirió a él como «el rumano».

—El tercero, puerta B —dijo la señora, de mala gana—. No tiene pérdida, lo reconocerá por el pestazo.

Christian supo a qué se refería en cuanto se acercó a la puerta de la vivienda de Bogdan. Un olor a bolsas de basura vieja flotaba por todo el descansillo. También se escuchaba el eco enlatado del mismo partido del fútbol que escuchaba el vigilante de Els Pins.

No había timbre, así que Christian golpeó la puerta. Tuvo que hacerlo tres o cuatro veces antes de que Bogdan abriera.

El rumano asomó la cara por una rendija.

—¿Qué quiere tú?

—Bogdan, soy el sargento Ballesteros, ¿te acuerdas de mí? Hablamos ayer sobre la muerte de Aleksandar Suker.

—Ah, sí. El de tatuajes. Ahora yo no puede hablar, estoy enfermo. Gripe. Yo llama a curro para decir que no trabaja hoy.

—Sólo será un instante…

—Mierda. —Bogdan cerró la puerta de golpe.

Christian se quedó en el descansillo sin saber qué hacer. Desde el interior de la vivienda se oyeron algunos ruidos y a continuación Bogdan abrió de nuevo.

Al entrar Christian se vio en un pequeño estudio. Casi todo el espacio lo ocupaba un sofá cama desplegado y cubierto con unas sábanas sucias. Una televisión de aspecto caro retransmitía el partido de fútbol, sin sonido; el rumano se lo había quitado. En un rincón, una encimera con un fregadero, un hornillo y un horno microondas hacía las veces de cocina. El fregadero estaba repleto de cacharros llenos de roña y tanto el hornillo como el microondas lucían una capa oscura de grasa.

Bogdan estaba de pie, vestido tan sólo con unos pantalones cortos de deporte. Tenía el cuerpo empapado en sudor y las pupilas dilatadas. Con una mano se rascaba el cuello sin cesar.

En verdad su estampa era la de alguien que no se encontraba en perfecto estado de salud, aunque Christian comenzó a sospechar que la gripe no tenía nada que ver.

—Siento interrumpir. Esto no llevará más que unos minutos.

—Ya, claro… *Dute-n pula mea, sergent* —farfulló, sin parar de agitarse, nervioso.

—¿Perdón?

—Que pregunta de una puta vez, ¿no ves que yo está enfermo?

Christian lanzó una discreta mirada a la superficie de una mesita de cristal que había junto al sofá cama. Vio una pajita de plástico cortada por la mitad y leves restos de algo parecido a harina.

El sargento había hecho demasiadas rondas por los barrios de la droga como para reconocer sin problema cuando acababa de interrumpir a alguien en plena fiesta narcótica. Un segundo vistazo a Bogdan terminó de convencerlo de que el rumano estaba puesto hasta las cejas. Podían ser pastillas o cocaína, aunque Christian se

inclinaba por lo segundo en vista de cómo Bogdan sorbía sin parar por la nariz.

—¿Has consumido algún tipo de sustancia ilegal, Bogdan? —preguntó Christian, movido por el celo profesional más que por la prudencia.

—¡Vete al carajo!

—Si estás en posesión de cualquier…

—¡Que te jodan! —gritó el rumano, fuera de sí—. ¡Que os follen a todos, policías de mierda! ¡Yo sabe bien para qué tú has venido! Te mandan ellos, ¿verdad? ¡Quieren joderme! *Dai dracu! Dute dracu!*

El rumano comenzó a vocear palabras en su idioma, con la cara deformada por una expresión paranoica. Christian trató de calmarlo pero fue peor. Bogdan chilló y dio un brinco hacia la cocina. Sacó algo del fregadero, haciendo que algunos platos cayeran al suelo y se rompieran en pedazos. En su mano sostenía un cuchillo sucio que blandió entre espasmos hacia el sargento.

Christian dio un paso atrás.

Los labios del rumano temblaron en una sonrisa.

—No van a joderme —dijo. Comenzó a barbotear palabras con rapidez, hasta el punto de que era difícil comprenderlo—. No. Yo sabe. Yo habla. Ellos te mandan para detenerme y que yo no habla. No quieren pagar, ¿eh? Putos cerdos. Pero yo más listo que ellos. Yo más listo. Sí. Yo más listo.

El rumano lanzó el cuchillo a la cara de Christian. Al mismo tiempo que el sargento lo esquivaba, Bogdan se metió en el cuarto de baño y cerró dando un portazo. Christian oyó cristales rotos junto con más gritos e insultos en rumano.

Empezaba a cansarse de aquello. Más irritado que furioso, Christian embistió contra la puerta del aseo, apenas una lámina hecha de madera conglomerada. La puerta se partió por la mitad y se quedó colgando de sus goznes.

Bogdan chilló al irrumpir el sargento y se encaramó sobre la taza del retrete. El espejo del lavabo estaba roto y el rumano tenía cortes en los nudillos, como si lo hubiera reventado de un puñetazo.

Con una mano cubierta de sangre, agarró un bote de espuma de afeitar y se lo tiró a Christian. El sargento sintió un golpe fuerte sobre la ceja. Acto seguido, Bogdan le arrojó una jabonera de loza. Christan la esquivó de un manotazo y se lanzó sobre el rumano, con las esposas preparadas para inmovilizarlo.

El tipo se agitó y chilló igual que un cerdo en el matadero, dando golpes y patadas al aire. Una de ellas alcanzó por casualidad al guardia civil en el estómago. Christian boqueó dolorido y aflojó la presión sobre el rumano, quien aprovechó para escurrirse fuera del cuarto de baño.

Christian se incorporó y fue tras él. Logró placarlo antes de que alcanzase la puerta del descansillo. Los dos hombres cayeron sobre el sofá cama, que se hundió bajo su peso en una sinfonía de muelles rotos. Pelearon entre puñetazos, mordiscos y toda clase de golpes bajos, Bogdan queriendo escapar y Christian tratando de reducirlo. El sargento era fuerte y estaba en plena forma, pero el rumano también y, además, la droga le proporcionaba una dosis extra de energías.

Con un enorme esfuerzo, Christian logró ponerlo boca abajo y sentarse a horcajadas sobre él. La mano cubierta de sangre de Bogdan palpó los resquicios del sofá cama, buscando algo. Sus

dedos, que se agitaban como un nido de gusanos, se metieron entre dos cojines y sacaron una pistola. El rumano clavó el cañón en la frente de Christian.

El sargento no esperaba algo semejante. Soltó a su presa y levantó las manos.

—¡Ahora sí que yo te tiene, cabronazo! —gritó Bogdan.

Christian cerró los ojos y apretó los dientes al mismo tiempo que escuchaba el sonido del gatillo.

Tamara Korovin era una mujer rubia y pequeña, de formas voluptuosas y cara redonda, como la de una muñeca. Su pelo, muy claro, y sus ojos de un azul intenso le daban a sus facciones un aire infantil.

Al entrar en el salón donde su marido agasajaba a las dos agentes de la Guardia Civil, mostró una actitud asustadiza y timorata que encajaba de forma muy apropiada con sus rasgos núbiles. Nada más verla, Miranda se dijo que parecía demasiado joven para tratarse de una mujer casada, aunque hacía muy buena pareja con Alfonso y su aspecto de eterno adolescente.

Dos jóvenes guapos y ricos, pensó la teniente. Juntos formaban un cuadro tan perfecto que era imposible resistir la tentación de achacarles ocultos defectos.

Alfonso hizo las presentaciones de rigor. Al escuchar el motivo por el que las dos guardias civiles estaban en su casa, Tamara abrió los ojos en una cándida expresión de sorpresa.

—¿Quieren hablar conmigo? —Tamara se dirigió a su esposo—. ¿Por qué?

Miranda esbozó una sonrisa seca y breve.

—En realidad, puede que no sea nada importante, señora Navarro… o señora Korovin, ¿cómo prefiere que la llame?

—Tamara —respondió la mujer, confusa—. Tamara está bien…

—Tamara. Perfecto… Un nombre muy bonito, ¿es ruso?

—Georgiano… Mi… Mi abuela era de Georgia. Ella quiso llamarme Tamara por una reina medieval, creo…

Lesboutx asintió.

—Tamara la Grande —dijo—. Vivió en torno al siglo XII, ¿no es así? Es una figura histórica muy interesante.

—Sí, quizá… La verdad es que no lo sé. No soy muy aficionada a la historia.

Alfonso sonrió y tomó la mano de su esposa.

—Mi mujer es una pequeña ratita de biblioteca, siempre está leyendo libros, pero me temo que lo que más le gusta son las novelas de amor, ¿verdad, cariño? Con muchos besos y príncipes azules… Como esta que te estás leyendo, ¿cómo se titula?

—*Celos del aire* —dijo, con voz casi inaudible.

—La autora es conocida mía —se pavoneó Alfonso. El empresario no perdía ninguna oportunidad para alardear de algo, aunque fuese a costa de su mujer—. Ella misma le regaló el libro a Tamara en un encuentro editorial muy exclusivo… ¿Quieren que les cuente un secreto? Escribe con un seudónimo. Muy poca gente lo sabe.

«En efecto —pensó Miranda—, sólo tú, yo… y sus miles de lectores a estas alturas.» Estaba convencida de que Alfonso no tendría una relación mucho más profunda con Telma que cualquiera de ellos.

—Seguro que es un libro muy bueno —dijo la teniente—. Permítame que vaya al grano, Tamara, ya les hemos hecho perder mucho tiempo a ambos. ¿Conoce a un hombre llamado Aleksandar Suker?

—¿Suker…?

—Fue encontrado muerto en su domicilio ayer por la tarde.

—¿Quizá se trata de ese chico que mencionan en las noticias? —preguntó Alfonso. Miranda asintió—. Lo hemos oído de refilón, sí, pero, naturalmente, ni mi mujer ni yo teníamos la más remota idea de su existencia.

La teniente ignoró aquella respuesta de forma deliberada y se quedó mirando a Tamara.

—No, no lo conocía —respondió la joven al fin.

—¿Está usted segura?

—Por completo.

Con mucha lentitud, Miranda sacó de su bolso una copia del extracto bancario de Aleksandar y se lo mostró a Tamara.

—¿Éste es su número de cuenta? —preguntó.

La esposa de Alfonso estudió el extracto durante unos segundos, luego miró a la teniente. Parecía confusa.

—¿Qué es esto?

—Es el reflejo de una transferencia hecha por usted a la cuenta de Aleksandar Suker, hace quince días.

—Es imposible. Le juro que yo no conocía de nada a ese hombre.

—¿Reconoce como suyo el número de la cuenta de origen?

—Yo… Sí… No lo sé… Es mi nombre el que aparece en el extracto, pero le repito que no me explico cómo…

—¿Me permites? —dijo Alfonso, tomando el extracto de manos de su mujer para echarle un vistazo—. Suker… Sí, ahora que lo pienso… Disculpe, teniente, esto no es más que un simple malentendido. La transferencia la hice yo, no mi mujer.

—¿Podría explicarme eso mejor, señor Navarro?

—Por supuesto. Tamara participa en algunos de mis negocios y hace unos meses abrimos esta cuenta para que pudiera recibir en ella beneficios si se daba el caso. En realidad, se trata de un pequeño arreglo contable para pagar menos impuestos; sería complicado de explicar, pero le aseguro que no hay nada ilegal en ello. No estamos defraudando ni nada parecido.

—Señor Navarro, el fraude fiscal no es de mi interés ni de mi competencia. Bastante tengo ya con lo mío. Lo que quiero saber es el motivo de esta transferencia.

—A eso iba, teniente. La cuenta, como ya le digo, está a nombre de Tamara pero es indistinta, es decir, los dos podemos disponer de ella. Ocasionalmente utilizo la cuenta de Tamara en este banco para llevar a cabo pagos de aquellos negocios en los que mi esposa figura como socia. Como son temas de trabajo ella no suele estar al corriente; ya le he dicho que esta cuenta sólo existe por un motivo meramente contable. El dinero de mi mujer está en otro banco diferente, en una cuenta personal.

—De modo que quien pagó tres mil euros al señor Suker fue usted, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Y puedo saber el motivo?

—Es muy sencillo: promoción. En mis negocios creamos aplicaciones para móviles y necesitamos que sean publicitadas en las

redes sociales. En nuestros departamentos de marketing realizamos estudios entre usuarios de redes y seleccionamos a aquellos que tienen más seguidores en plataformas como Twitter, Facebook, Snapchat, Instagram o similares… Personas corrientes, anónimas, como usted y como yo. A continuación contactamos con ellos y les ofrecemos una cantidad de dinero por promocionar nuestros productos de manera, digamos, «espontánea». Es un proceso habitual. Ese tal Suker sería uno de los individuos que movían nuestras aplicaciones entre sus seguidores, de ahí el pago.

—¿Sería? ¿No está seguro?

—Actualmente contamos con diez o doce personas a las que pagamos por ese tipo de promoción, no conozco los nombres de todas; sin embargo, al ver la cantidad de la transferencia he pensado que Aleksandar Suker podría ser una de ellas, ya que es lo que solemos pagar por ese tipo de servicio. Es un pago único… Una especie de alquiler, si quiere llamarlo así, para que la persona en cuestión nos promocione durante una cierta cantidad de tiempo que suele ser entre seis meses y un año. Es un tipo de publicidad muy eficaz para empresas como la mía, y en mi caso da buen resultado. Finder, por ejemplo, llegó a tener éxito gracias a campañas como ésta.

—Pero usted ha dicho que no conocía al señor Suker.

—Y es cierto. Pago a mucha gente a la que no conozco, teniente, tengo muchos empleados. Imagino que esta transferencia sería una de varias hechas al mismo tiempo por la misma cantidad y motivo a diferentes personas, todas ellas desde la cuenta que figura en el extracto.

—¿En ningún momento habló usted personalmente con el señor Suker para ofrecerle esta clase de trabajo?

—No, es la gente de marketing quien se ocupa de eso, los expertos en redes sociales. Yo me limito a efectuar los pagos.

—¿Y eso queda reflejado en algún tipo de contrato?

—Por supuesto. Todo se hace de forma discreta pero en regla. Son contratos por obra y servicio.

—Me haría usted un gran favor si me permitiera ver el contrato del señor Suker, así como una lista de las otras personas que recibieron el mismo pago a la vez que él.

—Claro, pero, con su permiso, tendré que consultarlo antes con los abogados de la empresa. Si ellos están de acuerdo, pondré cualquier documento que me pida a su disposición.

Miranda esbozó una sonrisa poco amable, más parecida a una mueca.

—Sí, hágalo, por favor. Yo podría pedir una orden judicial para ver esos documentos, pero no se imagina lo engorroso que es todo. Me ahorraría mucho trabajo si convenciera usted a los abogados esos.

Miranda sonrió por segunda vez. Esperaba que la amenaza hubiera sonado tan poco sutil como ella pretendía.

—Casi me tienta dejar que traiga usted su orden, teniente. Me encantaría darle un pequeño susto a esa panda de picapleitos. No puedo con ellos.

—No, no; hagamos las cosas como gente civilizada que no tiene nada que ocultar. Usted convénzalos y cuando tenga lo que necesito, llámeme. —Miranda se puso en pie y le tendió la mano a Alfonso—. Muchas gracias por todo, señor Navarro. Nos ha sido de gran ayuda… Oh, por cierto, una última cuestión de pura rutina, por no

dejar cojo mi informe: la noche del jueves estuvieron ustedes dos en casa, ¿verdad?

Alfonso abrió la boca para responder, pero Tamara se adelantó.

—En realidad no. Fuimos a Valencia, a ver una representación de *Macbeth* en el Palau de les Arts. Pasamos la noche allí, en el piso de mi padre.

—Sí, buena obra… «Ser o no ser» y todo eso, ¿no? ¿O la frase es de *Hamlet*? Siempre las confundo.

—No era teatro, sino ópera.

—De Verdi —añadió Lesboutx—. Fantástica, una de mis favoritas. Creo que en el montaje de Les Arts actúa Aquiles Machado, que es un tenor fuera de serie, ¿les gustó?

—Sí, cantó muy bien —respondió Tamara. Luego, como si no supiera qué otra cosa decir, añadió—: Tiene una voz preciosa.

—La ópera no es lo mío, no —suspiró Miranda—. Pero envidio a la gente que le gusta, deben de sentirse muy bien consigo mismos.

Repitieron por segunda vez las despedidas. Alfonso acompañó a las dos guardias civiles a la puerta y Tamara se quedó en el salón. Al regresar su esposo, la encontró sentada en la misma butaca donde la había dejado. Ella le lanzó una mirada hostil.

—Eres un imbécil —espetó.

Sin decir más, se puso en pie y salió de la habitación, evitando mirar a su marido cuando pasó por su lado.

No sonó ningún disparo. Bogdan lanzó una larga maldición en rumano y apretó de nuevo el gatillo al menos una decena de veces

seguidas, de forma histérica, pero el cañón de la pistola permaneció mudo.

Christian no se paró a pensar si seguía vivo a causa de un milagro o de un increíble golpe de suerte. Mientras Bogdan sacudía su arma entre temblores, como si quisiera sacarle una bala a fuerza de agitarla, el sargento de la Guardia Civil le hizo soltar la pistola de un manotazo.

Bogdan chilló y el arma salió volando hasta chocar contra una pared. El rumano se lanzó sobre Christian sin apenas darle tiempo a apartarse. Cuando el tipo pasó a su lado, el sargento le clavó el codo en la espalda y lo empujó con fuerza. Bogdan se desplomó sobre la mesa baja que había frente al sofá cama. El cochambroso mueble se partió en dos como si estuviera hecho de cartón.

El rumano aún tuvo fuerzas para agarrar una de las patas de la mesa y arremeter contra Christian enarbolándola igual que una cachiporra. El sargento se agachó y le hundió la cabeza en el estómago. Bogdan cayó de espaldas al mismo tiempo que arrojaba a ciegas la pata de la mesa contra su oponente. Con más suerte que puntería, el pedazo de madera golpeó justo en el puente de la nariz de Christian, que sintió cómo un reguero de sangre le empapaba el labio superior.

El rumano se incorporó y echó a correr en dirección a la puerta. Christian trató de interceptarlo pero tropezó con los restos de la mesa, dándole tiempo a Bogdan para salir al descansillo y huir escaleras abajo. El sargento fue tras él.

Escuchaba los pasos del fugitivo, bajando los peldaños a saltos, cada vez más lejanos. Al llegar al portal, casi sin aliento, Christian no lo vio por ninguna parte. De pronto, Bogdan surgió del interior de un

cuarto de contadores, arrojó sobre el sargento el contenido de un cubo de fregar y salió a la calle a la carrera.

Christian percibió un intenso olor a lejía y un fuerte picor en los ojos.

—¡Qué hijo de…!

Regresó al piso de Bogdan tan rápido como pudo y, una vez allí, se metió en el cuarto de baño para aclararse la cara. Sin duda el fugitivo ya habría tenido tiempo de sobra para desaparecer, pero el sargento pensó que no merecía la pena quedarse ciego sólo por agarrar a un yonqui de pacotilla.

Ya le ajustaría las cuentas más adelante.

Christian se frotó los ojos con agua a conciencia durante varios minutos, hasta que estuvo seguro de haber eliminado cualquier resto de lejía. Luego, casi a tientas, buscó una toalla. Había una colgada de un gancho junto a la ducha. La utilizó para secarse la cara. Era áspera y apestaba como un zapato usado.

Tiró la toalla al suelo y abandonó el cuarto de baño.

Agotado y dolorido, Christian llamó primero a la compañía y luego al móvil de Miranda para dar parte del altercado; por último se puso a inspeccionar el estudio.

Recuperó la pistola de Bogdan del suelo y comprobó el cargador. No tenía balas. El muy estúpido estaba tan puesto que había intentado acribillar a tiros a Christian sin darse cuenta de que el arma se hallaba descargada.

Encontró la munición dentro de una caja de zapatos mal escondida tras unas botellas de alcohol, en la balda superior de una estantería. Dentro de la caja había también un pasaporte y varios

cientos de euros en billetes, enrollados y sujetos con una goma elástica.

Al rebuscar entre las balas, Christian reparó en dos pequeñas bolsas de plástico que estaban debajo, en un rincón. En una de las bolsas había una decena de grajeas de colores y en la otra, que estaba casi vacía, restos de polvo blanco.

«Pastillas y coca. La merienda de los campeones», se dijo Christian.

En la bolsa de las pastillas había un trozo de papel. Al sacarlo, el sargento descubrió que se trataba de una hoja de cuaderno doblada varias veces. En ella había una lista escrita a mano, quizá por el propio Bogdan.

~~Tako91. 2 past.: 30 euros.~~ PAGADO.
Alexxx93. 5 g: 300 euros.
Alexxx93. 3 g: 180 euros.
Alexxx93. 2 g: 120 euros.
Luka88. 3 g: 180 euros. 1 past.: 15 euros. TOTAL: 165 euros.
Fanfran95. 1 g (Gratis. Se estrena.)
~~MrDado90. 10 g: 600 euros. 10 past.: 150 euros. TOTAL: 650 euros.~~ PAGADO.

Christian no tuvo que hacer grandes esfuerzos para deducir que era una relación de clientes. Bogdan no era el primer camello que se encontraba en su carrera y, por experiencia, sabía que solían ser bastante chapuceros con su contabilidad; nada de hojas de cálculo, libros de cuentas o cualquier otro sistema mínimamente sofisticado.

A la mayoría le bastaba con un simple papel para ir apuntando las deudas de sus compradores habituales.

Los de Bogdan no eran muchos, según su lista, y entre ellos figuraba Alexxx93 como cliente asiduo. Tres compras distintas y todas ellas sin pagar.

Christian se puso a cavilar. Bogdan y Suker habían coincidido en la misma prisión, y el alias que Suker utilizaba en Finder aparecía entre los compradores del rumano. Parecía evidente que la relación entre ambos era mucho más estrecha de lo que Bogdan reconoció en su momento.

En cuanto al resto de los nombres de la lista, también sonaban como los que utilizaría un usuario de Finder. A Christian le pareció un indicio importante, pero no fue capaz de encontrarle significado.

Empezó a sentirse culpable por haber dejado escapar a Bogdan. Su único consuelo era que el aviso de su fuga dado a la compañía quizá sirviera para que lo atrapasen con rapidez.

«Bien —pensó—, sin dinero, sin pasaporte y medio desnudo; no creo que ese bastardo pueda ir muy lejos. Tarde o temprano alguien lo cazará.»

En eso el sargento no se equivocaba.

Mientras conducía el coche fuera de la urbanización Grao de San Vicente, Miranda quiso conocer la opinión de Lesboutx sobre Alfonso Navarro.

—Es un crío —respondió la alférez—. A pesar de sus años, es un adolescente mental podrido de millones, como esos *youtubers* que amasan una fortuna de la noche a la mañana.

—¿Lo dices por lo del caviar?

—Por eso y por todo lo demás. Pura fachada, nos ha ofrecido un auténtico recital. He conocido muchos tipos como él. Gente con labia, de los que pueden comerte la oreja durante horas pero son incapaces de recordar tu nombre un minuto después.

—Ya. Un vendeburras.

—¿Un qué?

—Es una palabra que le oí una vez a mi asistenta. Sí, creo que Alfonso Navarro es el prototipo de vendeburras. —Miranda asintió con la cabeza, dándose la razón a sí misma—. Pero es listo, muy listo.

—¿Tú crees?

—Sí. Ha tardado apenas un minuto en inventar esa historia absurda sobre la transferencia de Aleksandar, y lo ha hecho con mucho aplomo, como un profesional.

—De modo que piensas que ha mentido.

—Lo sospecho solamente, no quiero pasarme de lista. Reconozco que el relato sonaba verosímil en general, pero me parece exagerado pagarle tres mil euros a un chaval sólo para que mencione en su Facebook o en su lo que sea que tus productos son estupendos.

—¿Entonces?

—Entonces nada. No quiero acosar a los Navarro… todavía. Esperaremos un poco a ver si me enseña por las buenas los documentos que le he pedido. Cuando le he amenazado con la orden judicial iba de farol, no creo que la jueza me la conceda con los indicios que tenemos de momento. —Miranda se quedó en

silencio unos instantes, pensativa—. Si al menos los Navarro no tuvieran coartada para la noche del jueves…

—¿Lo dices por lo de la ópera? Eso es mentira; no fueron.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el jueves Aquiles Machado no actuó en *Macbeth*, ese día cantaba el reparto de suplentes —respondió Lesboutx—. Tengo abono para la temporada de ópera de Les Arts, ¿recuerdas?

—Buen apunte —concedió Miranda—. En efecto, puede que Tamara nos mintiese… o puede que sólo sea incapaz de distinguir a un tenor de otro y todos le parezcan el mismo.

—Si eres aficionado a la ópera sabes perfectamente cuándo actúa el tenor titular y cuándo no, más si es una figura conocida.

—Tú lo has dicho: si eres aficionado a la ópera. Me da que los Navarro sólo son un par de esnobs… A pesar de ello, tendré muy en cuenta lo que me has dicho, te lo aseguro. Esos dos están en mi lista.

De pronto en el interior del coche resonó la sirena de un barco a todo volumen. Lesboutx se sobresaltó.

—¡Por amor de…! ¿Qué diablos es eso?

—Un mensaje de móvil —respondió Miranda.

—¿No tienes un aviso un poco más discreto?

—Éste es el único que oigo, con los otros no me entero de cuándo me llegan los mensajes… El móvil está en mi bolso, ¿me haces el favor de mirar quién era? Yo no puedo mientras voy conduciendo.

Lesboutx rebuscó entre las profundidades del enorme bolso de Miranda, un viejo y sobado complemento de cuero falso, parecido a un saco. Encontró el teléfono y leyó el mensaje que acababa de recibir.

—Es de Julio. Dice que ya ha terminado la autopsia de Aleksandar y que puedes pasarte cuando quieras a por el resultado.

—Fantástico. Respóndele y dile que vamos para allá.

Lesboutx se dispuso a hacerlo cuando en ese momento volvió a sonar el teléfono. Esta vez se trataba de una llamada. Miranda le pidió que respondiera por ella.

Era Christian quien llamaba, para informar sobre el incidente con Bogdan Lupu. Miranda fue conociendo poco a poco los detalles a medida que Lesboutx repetía en voz alta lo que el sargento le detallaba por teléfono. En un momento dado, la teniente detuvo el coche en un arcén y le arrebató el móvil a su subordinada.

—Christian, soy la teniente Miranda. ¿Qué historia surrealista es esa que estoy oyendo? —El sargento volvió a repetir su relato. El rostro de Miranda se ensombrecía de forma gradual—. ¿Tú estás bien?

—Sí, mi teniente. Sólo un poco magullado, pero de una pieza. Lo malo es que el rumano se me ha escapado.

—De acuerdo, no te preocupes por eso ahora. Quiero que te quedes en el piso hasta que llegue alguien de la compañía. También te mando a Lesboutx.

—A sus órdenes, mi teniente.

Miranda colgó el teléfono y lo arrojó con gesto iracundo al fondo del bolso.

—¿No vamos juntas a su encuentro? —preguntó la alférez.

—No, te dejo en la compañía y que alguien de allí te lleve. Si el dichoso rumano se ha escapado es absurdo que vayamos todo el equipo a hacer bulto; solo faltaría que también sacara al Caimán de su hamaca o de donde cuernos esté vegetando a estas horas.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Ir a ver a Julio. Llevo todo el día metiéndole prisa con el tema de la autopsia, y si ahora le hago esperar se va a poner insoportable.

—¿Julio? Pero si es un pedazo de pan, como un abuelito.

—Qué manía os ha entrado a todos con que es viejo —dijo Miranda, apretando los labios malhumorada. Arrancó el coche y puso rumbo a la compañía—. ¡Es dos años más joven que yo!

Lesboutx volvió la cara hacia la ventanilla para disimular una sonrisa guasona.

13
Gente sana, no drogas

El Instituto de Medicina Forense de Castellón estaba cerca de un hipermercado, lo cual a Miranda no dejaba de resultarle oportuno; en ambos sitios guardaban trozos de carne en cámaras refrigeradas.

No le gustaba aquel sitio y, en general, detestaba los sótanos en los que los médicos forenses abrían cadáveres para dialogar con ellos. A pesar de sus muchos años de experiencia en la Judicial, Miranda seguía siendo incapaz de asistir a una autopsia y trataba de evitarlo si le era posible.

No se debía a ningún tipo de escrúpulo. Miranda tenía buen estómago. En sus años de guardia civil había visto muertos de toda clase: los plácidos y los violentos, los limpios y los sucios, los húmedos y los secos. Cadáveres con miembros cercenados, aplastados, abrasados o triturados; algunos de ellos cuyo parecido con un cuerpo humano era una cuestión de fe. Había sacado finados de cubos de basura, de entre los amasijos punzantes de vehículos destrozados, e incluso cadáveres a trozos insertos en las cuchillas de una segadora industrial (en aquel caso, muchos de los asistentes dejaron su almuerzo por los suelos. Miranda no fue una de ellos). Hubo muertos frescos que aún rezumaban sangre cuando los trasladaban en la camilla, y muertos hallados tras permanecer días o

meses ocultos, que al ser encontrados no eran más que un nido de moscas y pupas jugosas. La variedad resultaba casi interminable. Miranda jamás tuvo reparos en contemplarlos cara a cara, en caso de que aún la conservaran intacta.

No obstante, la cosa era distinta cuando el muerto se convertía en un objeto de estudio sobre una mesa de metal galvanizado. Aquello Miranda no lo podía soportar. No era la violencia de la autopsia lo que la desagradaba, sino cómo el proceso sajaba con sierras y escalpelos lo poco que quedaba de humano en aquellos cadáveres.

Un cuerpo muerto es el testimonio de algo que una vez estuvo vivo, pero un cadáver en la morgue no es más que una prueba, un objeto etiquetable. Un muñeco de carne. Aquel frío y analítico proceso de cosificación era lo que Miranda no podía resistir.

La teniente se encontró con Julio en uno de los sótanos del instituto: una sala alicatada con olor a amoníaco, llena de muebles de acero, con un parecido turbador a la cocina de un restaurante caro.

El doctor Julio Escudero estaba lavándose las manos en una pila. Llevaba puesta una bata blanca desabrochada, bajo la cual se distinguía un chaleco de punto y una corbata de rayas en diagonal, estilo Yvy League. El nudo era grande y duro como una nuez.

Aunque Julio era un hombre pequeño y de vientre redondo, lucía una apostura un tanto desfasada, como la de un caballero de posguerra. Adornaba su labio superior con un bigotito de galán de cine clásico, del mismo tono ceniciento que el cabello que (ya a duras penas) le cubría la cabeza.

Miranda y Julio se conocían desde hacía más tiempo del que ambos podían recordar y, sin embargo, la teniente tenía la sensación

de que el aspecto de Julio no variaba con el paso del tiempo. Con toda seguridad años atrás debió ser moreno, más delgado y tener la espalda más recta pero, por algún extraño motivo, Miranda no era capaz de recordarlo con una apariencia diferente a la que lucía justo en ese momento, cuando lo encontró en el sótano dedicado a sus abluciones.

—Hola, Miranda —dijo el forense al verla. Julio tenía una voz agradable, muy modulada, y vocalizaba cada palabra como si fuera un actor de corral de comedias—. Adelante, ponte cómoda.

Era difícil definir si aquella última frase era una galantería o una muestra de humor negro. Aun después de tantos años, a Miranda todavía le costaba distinguir cuándo Julio hablaba en serio y cuándo bromeaba. Su humor era muy fino, como el filo de un escalpelo; algo muy propio de un médico forense, por otra parte.

La teniente se aposentó sobre un taburete y resopló de cansancio.

—¿Un mal día? —preguntó Julio.

—Más bien complicado. Ahora mismo mataría por un café.

—Bien, deja que ponga fin a tus impulsos homicidas. —El forense sacó un termo de un cajón. Era un objeto bastante viejo, decorado con un vinilo espantoso que imitaba un diseño de cuadros escoceses. Julio llenó dos vasos de plástico con café y le pasó uno a Miranda—. Aquí tienes.

—Gracias… —Al cogerlo, la teniente derramó unas gotas sobre la corbata del forense—. Vaya. Lo siento. —Se sacó un pañuelo del bolsillo, lo humedeció con saliva y frotó con cuidado la mancha de la corbata—. No deberías ponerte corbatas de rayas. Te hacen viejo.

—Nunca rechazo una crítica constructiva, pero bastaba con que dieras tu opinión, no era necesario tirarme café encima.

—Te he hecho un favor. Si sigues llevando estas cosas no me extraña que la gente diga que pareces un abuelo.

—¿Quién dice eso?

—No sé. La gente.

—Para ya de frotar, acabarás por dejarla peor.

—Eres un viejo quejica… —Julio emitió un suspiro de resignación y se dejó hacer—. Ya está. En cuanto se seque, como nueva. En serio, ¿por qué no cambias un poco tu vestuario? No te matará llevar ropa que no haya sido confeccionada hace cuarenta años.

Era una discusión manida. Cuando la esposa de Julio vivía, se ocupaba de llevar al forense hecho un pincel. Desde que enviudó, cinco añas atrás, Julio no había vuelto a renovar su fondo de armario. Por algún motivo, eso a Miranda le resultaba irritante.

—¿Quieres que hablemos de atuendos? Porque en ese caso, Miranda, tu gabardina podría dar pie a un debate muy intenso.

—Conque ésas tenemos… No, ya me he aburrido de la charla sobre moda, prefiero que me pongas al corriente sobre la autopsia de Aleksandar Suker.

—Sabia decisión. Lo tengo ahí dentro —dijo el forense, señalando uno de los armarios refrigerados de la pared—. ¿Quieres verlo?

—Deja en paz al pobre chico, que él también ha tenido un mal día. Mejor explícame los detalles de interés con tus propias palabras.

—De acuerdo, ¿por dónde quieres que empiece?

—Iremos a lo básico: ¿causa de la muerte?

—Bastante clara. El desgraciado muchacho murió de una herniación cerebral provocada por un traumatismo craneoencefálico severo.

Miranda hizo un gesto de rechazo.

—No, no, no; sin tecnicismos. Odio los tecnicismos.

—En resumidas cuentas, le dieron un golpe muy, muy, muy gordo en la cabeza, ¿te vale así? Dos golpes, para ser más exactos.

—¿Dos?

—Sí. Te lo mostraré. —Encima de un mueble había un cráneo de plástico junto con otras maquetas de huesos y órganos, todos metidos en un balde, como juguetes infantiles. Julio tomó el cráneo y utilizó un bolígrafo para señalar la sien izquierda—. El primer traumatismo fue aquí. Un impacto fuerte, con fractura craneal, que produjo lo que se conoce como un efecto golpe-contragolpe. Más o menos esto quiere decir que el cerebro rebotó dentro del cráneo igual que un guisante en una lata… ¿Esto te sigue pareciendo muy técnico?

—Demasiado poco técnico, más bien —respondió Miranda—. Explícame mejor eso del golpe-contragolpe.

—Es muy sencillo: al recibir el impacto en el lado izquierdo de la cabeza, el cerebro a su vez golpeó contra la pared interna del cráneo pero justo en la parte opuesta, a la derecha.

—¿Como un efecto de inercia?

—Algo parecido.

—Eso suena bastante serio.

—Lo fue. El golpe-contragolpe provocó contusión y edema cerebral.

—¿Y también la muerte?

—En realidad no. El golpe fue grave, pero no letal. Hay pequeños puntos de sangrado en el cerebro, lo cual me hace pensar que quizá pudo quedar inconsciente, pero vivo. Como ya te he mencionado

antes, hay un segundo impacto. —Julio señaló con el bolígrafo la sien derecha del cráneo—. Aquí. Éste fue el que lo mató.

—¿Cómo?

—Hay una fractura bastante grande con hematoma subdural. El hematoma provocó una fuerte hemorragia entre la pared craneal y el cerebro; esa acumulación de líquido desplazó el órgano, produciendo lo que se conoce como herniación cerebral. La consecuencia es una muerte casi inmediata.

Miranda asintió con lentitud, mientras asimilaba los datos del forense.

—En resumen —dijo la teniente—: Aleksandar fue golpeado dos veces, una a la izquierda de la cabeza y otra a la derecha. El primer golpe fue grave y el segundo mortal… ¿Eso significa que fue apaleado hasta morir?

—Yo creo que no. No hay magulladuras o roturas en el resto del cuerpo que indiquen tal cosa.

—¿Tienes idea de con qué lo golpearon? En la casa no hemos encontrado nada que parezca el arma del crimen.

—Es curioso porque, según mi análisis, los dos golpes fueron muy distintos. El primero de ellos, el que no fue mortal, se produjo con un objeto romo y pesado… Yo diría que con algo parecido a un disco grueso. El segundo golpe, en cambio, se hizo con algo afilado; apostaría a que fue con el canto de un ladrillo porque había diminutos fragmentos de arcilla en la herida.

—El equipo de Criminalística encontró restos de cabello y piel en la base de la chimenea de la casa de Aleksandar. Nogueroles piensa que eran de la víctima.

—Eso tiene sentido —ratificó Julio—. Te diré lo que pienso: el asesino golpea a Suker con un objeto romo en la sien izquierda; a continuación Suker cae de lado, quizá inconsciente, impacta contra el canto de la base de la chimenea y muere. Así fue como debió de ocurrir.

Miranda barruntó la escena. Le parecía una reconstrucción muy probable. Lo que precisaba ahora era averiguar cuál fue exactamente el arma del crimen. Le pidió a Julio que le diera una idea al respecto, pero el forense, muy cauto, no se atrevió a aventurar más allá de lo que ya había expuesto.

La teniente dejó de lado el asunto del arma y se centró en el asesino. Quiso saber si había algo en la forma de la primera herida que pudiera aportar alguna pista sobre él.

—¿Crees que era alguien muy fuerte? —preguntó.

—No necesariamente, aunque depende de qué utilizara como arma. Lo que sí puedo decirte es que estaba frente a Suker cuando lo golpeó, y que era más bajo que él.

Miranda apuntó los datos, aunque no le resultaban demasiado útiles para descartar sospechosos ya que Aleksandar era un chico con una estatura por encima de la media, cercana a los dos metros.

—Muy bien —dijo la teniente—. Vayamos ahora a lo del rizador de pelo…

Julio hizo un gesto de desagrado.

—Es incomprensible para mí. Un detalle cruel, morboso e innecesario; el muchacho ya estaba muerto cuando se lo introdujeron por el recto.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Fue el golpe contra la chimenea lo que causó su muerte; si lo hubieran torturado antes de eso, habría heridas de lucha o de resistencia. He leído el informe de Criminalística y corrobora mi idea: Suker murió junto a la chimenea; luego el asesino lo arrastró hasta un pasillo, ya cadáver.

Miranda asintió. Ella también había leído aquel informe. Según decía, el criminal acercó a Aleksandar a una toma de corriente del pasillo para poder enchufar el rizador de pelo y utilizarlo de aquella manera tan escabrosa.

Ese detalle cada vez desconcertaba más a la teniente. La causa de la muerte indicaba que, tal vez, no se trataba de un crimen premeditado. Puede que el asesino golpease a Suker sin medir su fuerza y la caída sobre la base de la chimenea rematara la faena, convirtiendo un violento ataque en un homicidio. En tal caso, Miranda no se explicaba qué necesidad tenía el criminal de profanar el cadáver del joven con el rizador de pelo. ¿Qué era lo que pretendía? ¿Firmar su hazaña? ¿Transmitir algún tipo de mensaje? En tal caso, ¿a quién? ¿Por qué?

Julio tenía razón: era un detalle cruel, morboso y, sobre todo, innecesario.

Miranda estuvo tentada de compartir con él sus reflexiones, pero optó por no hacerlo. Julio era un buen profesional en su campo, pero carecía por completo de imaginación. No le sería de ninguna ayuda a la hora de aventurar hipótesis.

—¿Tienes algo más que pueda serme útil? —preguntó la teniente.

—Puede que sí: Suker era consumidor de estupefacientes.

Miranda arqueó las cejas. Aquello sonaba prometedor.

—¿De veras?

—Sí. Había rastros de cocaína en el hígado y los riñones, y tenía el tabique nasal perforado. No puedo asegurar con qué frecuencia se drogaba, pero apostaría a que su consumo era más que ocasional. —Miranda puso cara de disgusto—. ¿He dicho algo malo?

—No, no… Sólo es que me siento un poco decepcionada. Tenía una imagen de Aleksandar Suker en mi cabeza y en ella me parecía un buen chico. Sano, guapo, simpático… Es una tontería, no me hagas caso.

Julio sonrió de forma amable.

—«La belleza es verdad, y la verdad es belleza» —citó Julio—. «Eso es todo lo que necesitas saber.»

—¿Cómo dices?

—Es un poema de Keats. El poeta reflexiona sobre el misterio oculto tras una antigua urna griega. Los jóvenes, cuando mueren, son como la urna griega de Keats; lo único palpable en ellos es la belleza. No hay nada más. No queremos ver nada más.

Miranda trató de esbozar una sonrisa burlona, aunque lo innegable es que su expresión tenía un cierto aire de tristeza.

—Demasiado profundo para mí, querido. Sólo soy una teniente de picoletos… —De pronto, su cara se tornó seria—. Pero es verdad: los jóvenes no deberían morir. En el mundo ya somos demasiados adultos viejos, feos y resentidos. Ya es demasiado malo que destrocemos las expectativas de nuestros muchachos como para que encima, además, los matemos. No tenemos derecho a ello. Nadie lo tiene. —Miranda asintió, resuelta—. Quiero atrapar a quien hizo esto… Si Aleksandar Suker hubiera tenido más años, si hubiera sido un hombre adulto, es probable que no sintiera tanta necesidad de

dar con su asesino. ¿Crees que eso me convierte en una mujer superficial?

Julio se encogió de hombros.

—Pienso que te convierte en una mujer de cierta edad, eso es todo. Admitámoslo, Miranda: no son las corbatas o las gabardinas lo que nos hacen viejos, sino la ternura que empezamos a sentir por cualquier jovenzuelo o jovenzuela sólo por el hecho de serlo. Eso es un síntoma de senilidad.

—Mira qué bien, ya has logrado deprimirme. Será mejor que me vaya antes de que me den ganas de meterme en uno de esos cajones refrigerados donde guardas a tus pacientes.

El forense soltó una risa bonachona.

—Lo siento. Deja que te lo compense invitándote a un café, uno de verdad, no esta agua sucia de termo.

—Gracias, es muy tentador, pero tengo un montón de cosas que hacer todavía. ¿Me harás llegar un informe completo de la autopsia para que lo pueda leer con calma?

—Te he sacado una copia para que te la lleves ahora mismo, la tengo aquí.

Julio abrió el cajón de un pequeño mueble con ruedas. Sobre su superficie había una bandeja con instrumentos quirúrgicos provistos de hojas dentadas, púas y tenazas. Miranda prefirió no hacer cábalas sobre su función.

El forense extrajo una carpeta llena de papeles y se puso a buscar entre ellos el informe de la autopsia de Suker. Al mirar hacia los documentos de soslayo, Miranda reparó en uno de ellos. Antes de que Julio pudiera impedírselo, cogió el documento y lo leyó. Era un

registro de acceso a la morgue firmado por el teniente Campoy. La fecha era del día anterior.

De modo que el macho alfa del GEAS había asistido a una autopsia en ese mismo sótano, justo después de que los muñequitos de neopreno encontraran el cadáver que, según Miranda, le habían escamoteado arteramente a su equipo.

No había que ser muy inteligente para atar cabos.

Miranda atravesó a Julio con una mirada fiscalizadora.

—Tienes al muerto que encontraron los hombres del GEAS en el puerto comercial —dijo.

—Sí, ¿y qué?

—Debiste decírmelo.

—No veo el motivo. No es tu caso.

—Ya lo sé, no me lo recuerdes. Ese cantamañanas de Campoy no deja de restregármelo por la cara. Por más que le pregunto, no suelta prenda sobre el tema.

Julio le arrebató el registro de acceso a Miranda y lo volvió a guardar en su carpeta, con el resto de los papeles.

—Y hace muy bien. Es su caso y, como buen profesional, se atiene escrupulosamente al secreto de sumario. Tú también lo eres, así que deberías respetarlo. —Finalmente, el forense encontró lo que estaba buscando entre sus documentos—. Toma: tu autopsia.

Miranda cogió el informe que Julio le entregó. Lo hojeó por encima, sin leerlo.

—Oye, Julio… —dijo, adoptando un tono casual—. Sólo por curiosidad, supongo que no te encargarías tú del cadáver del GEAS, ¿verdad?

—No —respondió él, tajante—. Ese tema lo lleva otro forense.

—Pero habrás oído alguna cosa, te habrán llegado rumores…

—Miranda, en ocasiones eres tan sutil como una patada en la boca. Si lo que quieres es cotillear sobre el caso del teniente Campoy…

—Qué disparate, sólo estamos manteniendo una charla entre amigos.

—Perfecto, pues este amigo te dice que no tiene ni la más remota idea de lo que se traen los del GEAS entre manos. A mí me han dejado al margen. Por otra parte, no me explico qué interés tienes en ese asunto, tú ya posees tu propio caso.

—Es una cuestión de rivalidad interna entre compañeros, no lo entenderías.

—Francamente, me sorprende que no te lleves bien con Campoy. A mí me parece un hombre muy agradable.

—Eres un tunante. Te cae bien sólo porque te regala botellas de vino, de ese tintorro cazallero que compra a litros en el pueblo de su suegro, no creas que no lo sé.

—No es un tintorro, es un cosechero muy rico. Quizá algún día te ofrezca probarlo si dejas de criticar mis corbatas.

—No, gracias, antes prefiero beber de la taza del retrete —replicó Miranda, malhumorada—. ¿De verdad no sabes nada sobre en qué andan metidos Campoy y sus muñequitos de neopreno?

—Nada, te lo prometo. Sólo que es una investigación que llevan con los de Servicio Marítimo.

—Sí, eso ya me lo dijo Campoy. Tema de tráfico de drogas.

Julio puso cara de incredulidad.

—¿Dónde? ¿En Santarés?

—Suena a camelo, ¿verdad? Eso mismo pensé yo. Conozco todos los puntos calientes de entrada y salida de drogas de la comarca, y Santarés nunca ha estado entre ellos.

—No sé qué decirte… Bien pensado, no suena tan inverosímil. Últimamente se oye hablar mucho de operaciones contra el narcotráfico en la provincia.

—Sí, pero te lo repito: no en Santarés. De allí jamás ha salido nada más nocivo que una caja de aspirinas, créeme. De ser así, habrían puesto sobre aviso a todas las unidades de la compañía, y eso incluye al equipo de Policía Judicial.

—Pero si Servicio Marítimo está en el asunto, algún tema de tráfico ilegal tiene que haber, digo yo.

—Puede ser… Pero drogas… —La teniente negó con la cabeza—. No, es imposible que sea una cuestión de drogas. Yo lo sabría.

Tras consultar su reloj, Miranda comprobó que ya era bastante tarde. Aún tenía que ocuparse de la huida de Bogdan Lupu, así como repasar a conciencia el informe de la autopsia de Aleksandar. Parecía que el trabajo pendiente no paraba de acumularse.

La teniente le dio las gracias a Julio por su ayuda y se despidió.

—Espera —dijo el forense—. Te voy a hacer un favor, para que luego no digas que no tengo detalles contigo. ¿Quieres echarle un vistazo?

—¿Echarle un vistazo a qué?

—Al cadáver del puerto comercial. Todavía sigue aquí.

Se planteó el declinar la oferta, no sólo por su reticencia a contemplar cuerpos empaquetados y refrigerados, sino también por lo avanzado de la hora. Luego pensó que, después de todo, una simple mirada no le llevaría más que unos segundos; además, así

podría enrabietar un poco a Campoy cuando le hiciese saber que había estado hurgando en su caso a sus espaldas. Eso haría que el teniente del GEAS se subiera por las paredes.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Miranda—. Veamos qué pinta tiene ese muerto tan secreto que esconden los muñequitos de neopreno.

Julio abrió una de las cámaras refrigeradas del sótano. El cadáver de su interior estaba tendido sobre una bandeja deslizante y cubierto por una tela blanca. Julio la apartó un poco, lo justo para mostrar la cara del difunto.

Se trataba de un hombre muy joven, poco más que un adolescente. Moreno, de aspecto un tanto andrógino. Su rostro, desprovisto de hasta la última gota de sangre, era una máscara sin color, sin expresión; tan ausente de cualquier vestigio de humanidad como un pedazo de plástico.

Miranda tuvo un escalofrío.

Iba a pedirle a Julio que volviera a meter el cadáver en el depósito cuando, de pronto, percibió un aire familiar en sus rasgos. Se inclinó para estudiarlos con más detenimiento.

Entonces se convenció: ella ya había visto antes esa cara.

Incluso tenía una fotografía suya. Estaba en un dossier de su despacho, junto a otras tres. Todas ellas tenían algo en común: eran usuarios de Finder con idéntico alias.

Aquel cadáver pertenecía a Edu99.

14
No quiero que me mientas

Cabía la posibilidad de que el Edu99 metido dentro de un cubículo de la morgue no fuese el mismo con el que se había citado Aleksandar antes de morir, pero el hecho de que ahora ambos fuesen vecinos de cámara refrigerada no dejaba de ser llamativo.

Mientras Miranda conducía de regreso a Santarés, escuchando en la radio la voz de Juice Newton cantando *Queen of Hearts*, la teniente repasaba las caras de los contactos llamados Edu99 que Christian localizó en Finder. Cada vez estaba más segura de que uno de ellos era el cadáver del puerto deportivo.

En su memoria veía la imagen de su perfil: un muchacho moreno, con el pelo peinado con raya y levantado en forma de tupé. Sonreía a la cámara y sostenía un cóctel en la mano, lleno de sombrillas y trozos de fruta. La fotografía se había tomado en una especie de terraza.

Edu99.

Miranda no sabía nada de él, salvo que, según Finder, le gustaba ir a la playa y David Guetta, y no le gustaban la hipocresía ni «los malos rollos». Era indispensable poder completar su biografía con datos más útiles. Julio no pudo ofrecerle ninguno. Tal y como repitió

ante las insistentes preguntas de Miranda, él no había llevado a cabo la autopsia.

—Pregúntale a Campoy —sugirió—. Después de todo es su muerto, su caso.

Eso era fácil de decir.

Al llegar a Santarés Miranda se dirigió hacia la sede del GEAS en el puerto deportivo. Los picoletos del medio acuático contaban con unas flamantes instalaciones, tan nuevas que aún podía olerse la pintura de las paredes.

Aparcó el coche y se introdujo en el edificio, en busca del teniente Campoy. La posibilidad de encontrarlo en su puesto un sábado a aquellas horas no era tan descabellada como podía parecer. Campoy era un cretino (en opinión de Miranda), pero un cretino muy profesional. No había llegado tan lejos en el escalafón limitándose a trabajar durante los horarios establecidos por convenio.

Uno de los muñequitos de neopreno, un cabo que se hallaba de guardia y era todo hombros y espalda, le dijo a Miranda que el teniente estaba en la furgoneta de dotación. Aquel vehículo era un oneroso capricho, pagado por la Delegación del Gobierno para que el GEAS tuviera una unidad móvil. Lo más caro que Miranda y su equipo habían recibido del Estado en los últimos años fue un juego de alfombrillas para ratón. De propaganda.

La teniente encontró a Campoy dentro de la unidad móvil, comprobando la presión de unas botellas de oxígeno. El vehículo era grande y el interior estaba atestado de cosas: trajes de neopreno, boyas, artículos de buceo, focos submarinos… Todo parecía recién comprado, y bastante caro.

—Vaya, vaya; esto sí que es una sorpresa —dijo Campoy al ver a su colega—. ¿Me engañan mis ojos o es la teniente Miranda, que ha venido a comprobar cómo vive la clase pudiente?

—Campoy —saludó la mujer, con sequedad.

—¿Habías visto esta preciosidad alguna vez? —El teniente dio una palmada a una de las paredes de la furgoneta. Luego señaló la botella de oxígeno que sujetaba entre las piernas—. Y mira esto. Las he recibido esta mañana y sólo hace una semana que las pedí. Un lote de cinco. ¿Cuánto crees que cuesta cada una?

—No tengo ni la más remota idea.

—Oh, venga, adivina.

—¿Y yo qué sé? —dijo Miranda. Sabía que Campoy no dejaría de insistir, así que dijo una cifra al azar—. ¿Cincuenta?

—Casi. Trescientos treinta. Increíble, ¿verdad? A mis chicos y a mí nos cuidan tanto que a veces me siento abrumado… Y, por cierto, ¿cómo va lo de la caja de bolígrafos que solicitaste hace seis meses para tu oficina? Oye, si necesitas que te eche una mano con eso, sólo tienes que pedírmelo.

—Está siendo un día muy largo, Campoy, así que no me toques la moral.

—Bueno, mujer, bueno; sólo estaba bromeando. Pensé que estarías de mejor humor, después de todo ya tienes tu caso de homicidio… ¿Cómo va eso, a propósito? ¿Es verdad lo que dicen, que al tío le metieron un rizador de pelo por el culo?

—El tío tenía nombre, se llamaba Aleksandar Suker. Yo al menos me tomo la molestia de averiguar la identidad de las víctimas en mis casos; apostaría a que tú sigues en babia con respecto a ese pobre muchacho que tienes olvidado en la morgue.

—Vaya, así que lo has visto, ¿eh? —Campoy se encogió de hombros—. En fin, no me importa. Estaba seguro de que Julio te lo enseñaría tarde o temprano.

—Tienes razón, lo he visto. Y también sé cómo se llamaba.

Campoy frunció tanto el ceño que sus cejas casi formaron una sola línea. Se quedó mirando a su colega, igual que un jugador tratando de percibir el tic de un farol en el rostro del adversario.

Al cabo de un rato meneó la cabeza y dejó escapar una sonrisita de medio lado.

—Qué mal mientes, Miranda…

—¿Tú crees?

—No tienes ni idea de quién era ese chaval.

—En tal caso, supongo que tampoco tengo una fotografía suya encima de la mesa de mi despacho.

—Eso no es verdad.

—Lleva un polo blanco y vaqueros de color rojo.

—Buen intento.

—Parece un chico simpático. Está sonriendo a la cámara.

—Déjalo ya, teniente. Es patético.

—Y le gusta David Guetta, pero no tanto como odia la hipocresía y los malos rollos, según sus propias palabras.

—¿Según sus…? Oye, no creo ni por un instante que sepas algo que yo ignore, pero te advierto que si es así, tienes la obligación de informar sobre cualquier…

—Claro. Le haré una visita al comandante y le hablaré sobre lo que he descubierto. Eso sería un buen punto para mi equipo; igual se impresiona tanto que hasta me dan por fin la caja de bolígrafos

esa, ¿quién sabe? —Miranda esbozó una sonrisa maliciosa—. Disfruta de tus bombonas de butano, querido.

—Es oxígeno.

—Lo que sea.

La teniente dio media vuelta y amagó una retirada. Campoy salió de la furgoneta con un brinco.

—¡Espera! Muy bien, tú ganas, vieja arpía. ¿Qué quieres a cambio de ese nombre?

—Información. Todo lo que puedas decirme sobre tu caso.

—Eso es imposible, ya te expliqué que lo estamos investigando con Servicio Marítimo y es secreto. La decisión de compartir detalles sobre la diligencia no depende sólo de mí. —Miranda hizo de nuevo ademán de marcharse. El teniente la agarró del hombro—. ¡Es verdad, te lo juro! Pero quizá pueda responderte algunas cosas.

La teniente se lo pensó un momento.

—¿Cuándo murió? —preguntó al fin.

—Eso sí puedo decírtelo. En la madrugada del miércoles al jueves. El cuerpo pasó casi un día entero flotando en el agua hasta que lo encontramos por casualidad entre las piedras del malecón.

—¿Homicidio o muerte accidental?

—Todavía no está del todo claro. El chaval tenía restos de escopolamina en el organismo, es decir, que estaba bastante drogado. Cabe la posibilidad de que cayese al agua accidentalmente y que al estar atontado por la escopolamina se ahogase. O quizá alguien lo drogó y después lo tiró al agua. El forense se inclina por esta última hipótesis.

—¿Por qué?

—Porque había señales de pelea en el cuerpo: hematomas, un par de rozaduras, cosas así… Parece que se peleó con alguien cuando estaba colocado.

—Pero la escopolamina es un alcaloide depresor. ¿No es eso lo que utilizan los delincuentes sexuales para anular la voluntad de sus víctimas y borrarles la memoria?

—Según el forense, en algunas personas los efectos son distintos. Una sobredosis puede llegar a provocar excitación, alucinaciones e incluso agresividad; quizá pudo ocurrirle a ese chico.

Miranda lo apuntaba todo en una pequeña libreta con las tapas sobadas. Aquello le resultó extraño a Campoy.

—¿Por qué tomas notas? —preguntó el teniente.

—Porque existe la posibilidad de que tu caso y el mío estén relacionados, majadero, ¿o me crees tan desocupada como para venir a verte un sábado a estas horas sólo para satisfacer mi curiosidad?

—Maldita sea, Miranda, ¿por qué no lo has dicho desde el principio? Pensaba que sólo te estabas divirtiendo a mi costa.

—Sí, algo de eso también había.

—¿Vas a decirme de una vez quién es la víctima?

Miranda le resumió al teniente su descubrimiento, aunque sin dar demasiados detalles. Campoy no pareció quedar muy satisfecho.

—¿Eso es todo lo que tienes? —dijo—. Un alias de una absurda aplicación de ligues.

—Es una identificación, mucho más de lo que tú sabías.

—Si a eso lo llamas identificación… Ni siquiera estás segura de que este Edu99 sea el mismo con el que se encontró la víctima de tu caso.

—No, pero el hecho de que ambos hayan muerto con apenas veinticuatro horas de diferencia me parece una casualidad de lo más sugestiva —replicó Miranda—. ¿No puedes decirme algo más de tu cadáver? ¿No llevaba encima nada que pueda servir de pista?

Campoy negó con la cabeza.

—Ni móvil, ni documentación. Nada. Sólo la ropa que tenía puesta.

—Y por el momento ¿qué habéis hecho para tratar de averiguar su nombre? ¿Consultar a una vidente?

—Investigar en los registros de personas desaparecidas, por ejemplo —dijo Campoy, molesto—. Pero no es tan sencillo, ¿sabes cuántas denuncias de jóvenes desaparecidos hay en la comarca?

—Lo sé perfectamente. Tenemos un taco de expedientes así de gordo en la unidad. Si lo quieres te lo pasaré para que buceéis un poco en él, creo que eso se os da muy bien. Así podrás estrenar tus nuevas bombonas de oxígeno.

—Muy graciosa. ¿Va en serio lo de pasarme los expedientes?

Miranda suspiró.

—Sí, qué diablos. Estoy deseando que alguien me los quite de encima, aunque seas tú. Además, si localizas a Edu99 puede que eso me sirva para mi caso.

—De acuerdo, mañana mandaré a uno de mis chicos a buscarlos. Y si tú o los tuyos descubrís algo que me pueda ser de utilidad…

—Sí, sí; *quid pro quo*, entiendo. Te haré saber cualquier cosa, aunque creo que te estás aprovechando de mí. Tú lo sabes todo de mi caso y yo no conozco del tuyo más que trozos.

—Te he dicho todo lo que puedo, incluso más.

—Y también me has metido alguna trola. Ayer me contaste que estaba relacionado con el tráfico de drogas y eso es mentira, no intentes negarlo.

Campoy se puso serio.

—Te juro que se trata de un asunto de tráfico ilegal —aseveró—. Y que conste que me estoy jugando el cuello reconociendo esto; los de Servicio Marítimo me arrancarían la piel si supieran que te lo he dicho. Están paranoicos con esta operación.

—Lo que tú digas. —Miranda se guardó la libreta en un bolsillo—. Me marcho. Aún tengo un montón de cosas por hacer.

—No trabajes tanto, teniente, a tu edad no puede ser bueno. ¿Sabes lo que hago yo al final de un largo día? Me voy a la plaza con mis chicos y me relajo con una buena cerveza. Eso te da perspectiva.

—Tengo mejores cosas que hacer que ponerme ciega de cañas en la plaza del pueblo, delante de todos los vecinos y en plena investigación de homicidio.

—No, mujer. En esa plaza no, digo en La Plaza. Es un sitio muy discreto donde van los muchachos de mi unidad. A veces me paso por allí a saludarlos, eso crea un buen ambiente de camaradería.

—¿La Plaza? —Miranda sintió el impacto de una revelación—. ¿Has dicho La Plaza? ¿Eso es un bar?

—Sí. Está aquí cerca, justo pegado al pañol del puerto. Un local nuevo, muy acogedor, con buen ambiente, y sirven una sepia que te mueres… ¿A qué viene esa cara? ¿He dicho algo raro?

Como respuesta, la teniente soltó una despedida atropellada y se alejó de Campoy.

Mientras caminaba a toda prisa, Miranda visualizaba en su mente la nota encontrada en la basura de Aleksandar.

«Edu99. Miérc. 10. La plaza.» No una plaza: «la plaza». Lógico. No es habitual colocar un artículo delante de la palabra «plaza» cuando se escribe una dirección, salvo que no se refiera a un espacio urbano, sino a un nombre propio.

Un bar, por ejemplo. El bar La Plaza. En el puerto comercial, donde Edu99 fue asesinado.

Eso era una pista. Una muy prometedora. Aunque Miranda se dijo que evitaría mencionar que la había encontrado gracias en parte al teniente Campoy.

Se planteó si acercarse al bar La Plaza para llevar a cabo algunas pesquisas, pero finalmente decidió ir a la compañía.

Aunque lo del bar podía ser importante, Miranda creyó que no debía descuidar el tema de Bogdan Lupu, y que ya era hora de ir al encuentro de Lesboutx y Christian para averiguar cómo avanzaba la búsqueda del rumano.

La teniente se reunió con su equipo en su despacho. Primero escuchó una narración pormenorizada del ataque sufrido por Christian y luego Lesboutx le habló de los resultados obtenidos tras el registro del piso del vigilante de seguridad. Aparte del dinero, las drogas y la lista de posibles clientes los agentes no habían encontrado nada más que pudiera ser de interés.

—¿No había un teléfono móvil o un ordenador? —quiso saber la teniente.

—Nada —respondió Christian. El sargento tenía el puente de la nariz hinchado, un moratón en la barbilla y despedía un leve aroma a lejía; pero, salvo por esos detalles, no presentaba mayores daños.

Daba la impresión de que fue Bogdan quien se llevó la peor parte en la pelea—. Probablemente llevaba el teléfono cuando salió corriendo.

—Hay que encontrar a ese tipo como sea.

—Los efectivos de la compañía están encargándose de ello, también agentes de la Policía Municipal. No irá muy lejos.

—¿Tú crees? A estas alturas nadie lo ha visto. No debería tardarse tanto en capturar a un fugitivo que sólo lleva un pantalón de deporte y un teléfono móvil.

A continuación, Miranda compartió sus propios descubrimientos con su equipo. Les habló de la autopsia de Aleksandar y del bar llamado La Plaza. También les reveló la identidad del cadáver que los del GEAS sacaron del puerto comercial.

—Éste es el hombre —dijo—. Edu99.

La teniente señaló la fotografía correspondiente entre la del resto de los usuarios con idéntico alias que Christian había localizado en Finder.

—¿De veras? —preguntó el sargento. Su voz tenía un cierto deje apenado—. Así que está muerto al fin y al cabo… Pobre chaval. De todos era el que me resultaba más simpático, no sé por qué. Quizá porque a mí también me gusta David Guetta.

—¿Existe alguna manera de conocer su verdadero nombre utilizando Finder? —le preguntó Miranda.

—No, mi teniente. La aplicación sólo permite acceder a los datos que el usuario proporciona.

—Campoy y los suyos están investigándolo, ¿no es así? —intervino Lesboutx—. Dejemos que se encarguen ellos y que nos den el resultado. Nos ahorraremos ese trabajo.

—Me fío de Campoy tanto como de un tahúr del Mississippi. Si encuentra algo se lo quedará para él, estoy segura.

—Mi teniente, hagamos circular esta foto por la compañía. Si el chico era del pueblo quizá algún guardia de Seguridad Ciudadana lo conozca, aunque sea de vista. También probaría suerte con los agentes de la Policía Municipal.

A Lesboutx también le pareció una buena idea, de modo que Miranda encargó a Christian que se ocupase del tema. Después dio por terminada aquella reunión y se metió en su despacho. Quería estar un rato a solas para poner en orden sus notas sobre el caso antes de marcharse a casa.

El comandante Alejandro se dejó caer por las oficinas de la Judicial mientras Miranda cotejaba los informes del caso. En realidad, el Abuelo no quería nada salvo aparentar un cierto interés por el asunto del homicidio (lo que resultaba evidente que no tenía) y preguntar por su sobrino.

Miranda soportó con disciplinada paciencia la visita de su superior, la cual interrumpía su trabajo de forma penosa. El Abuelo se pasó unos treinta minutos en el despacho de la teniente, formulando preguntas insustanciales y divagando sobre asuntos anodinos; todo ello mientras fumaba varios cigarrillos negros sin filtro que llenaban el aire de un humo denso y apestoso.

—Bueno, teniente, pues todo parece estar bastante claro, ¿verdad? —dijo, mientras encendía su tercer pitillo. Estaba prohibido fumar en las dependencias de la comandancia, pero el Abuelo consideraba que su veteranía y sus galones le daban carta blanca

para tomarse ciertas libertades—. A ese chico lo han matado por un tema de drogas.

—Es una de las hipótesis que estamos barajando —comentó Miranda, de forma ambigua.

—Mi olfato me dice que no puede ser otra cosa. —La teniente estuvo a punto de echarse a reír. La única experiencia directa del Abuelo en la lucha contra el crimen se reducía a cuando rellenaba multas de tráfico en sus tiempos de cabo, de modo que su olfato policial no era precisamente un baremo del que Miranda pudiera fiarse—. A ver si podemos darle carpetazo a este asunto lo antes posible; la gente se está empezando a poner nerviosa.

—¿Qué gente?

—Los vecinos del pueblo. Hace años que no teníamos un homicidio en Santarés, y hay quien relaciona lo del asesinato con el centro social.

—Con todos mis respetos, mi comandante, eso es bastante absurdo.

—Lo sé, pero tú y yo también sabemos que a la gente de este pueblo le sobra imaginación y tiempo libre, una mezcla muy peligrosa. Me gustaría cerrar el caso antes de que los rumores crezcan y la cosa se salga de madre.

—No habría rumores si se hubiera respetado el secreto de sumario. Han llegado detalles a la prensa local que no deberían haber salido de esta comandancia —replicó Miranda, irritada.

El Abuelo puso cara de resignación.

—Cierto, y es muy lamentable. Siempre pasa lo mismo: algún guardia de los que vigilaban la escena del crimen le cuenta un par de detalles a su mujer durante la cena, ésta luego lo comenta con

una amiga… En fin, ya te haces a la idea. Son cosas difíciles de controlar, muy difíciles…

La inoperancia de su superior enojó a Miranda, que tuvo que contenerse para no soltar una réplica mordaz. Por suerte para ella, el Abuelo no prolongó mucho más tiempo su visita.

Cuando el comandante se marchó, dejó tras de sí un denso olor a tabaco barato. Miranda se apresuró a sacar un espray ambientador del cajón de su mesa, que la teniente guardaba para disimular las ocasiones en que fumaba en su despacho estando a solas. En la etiqueta del bote decía «Aroma Frescor Salvaje», aunque en realidad olía más bien a limpiacristales con un cierto toque de limón pasado.

Se produjo un pequeño desastre cuando el frasco se le resbaló de las manos, cayó sobre una silla y perdió el dosificador de espray, que estaba mal enroscado. El contenido se derramó por todas partes. Miranda farfulló una retahíla de maldiciones y trató de limpiar el desaguisado con pañuelos de papel.

Lesboutx entró en el despacho mientras la teniente secaba el respaldo de una silla.

—¿A qué huele aquí? —exclamó la joven, arrugando la nariz.

—Creo que se llama «Aroma Frescor Salvaje».

—Salvaje es, desde luego… ¿Tienes un segundo?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Es Neus Guzmán, está en la comandancia. Dice que dispone de información sobre el asesinato de Suker. Uno de los guardias de abajo ha llamado para avisarnos; pregunta que si le toma declaración él mismo o que si lo hacemos nosotros.

—Tendremos que ganarnos el sueldo, digo yo —respondió Miranda —. Hablaré con ella yo misma, aquí, en el despacho. Lo cierto es que

empezaba a tener curiosidad por conocerla.

—¿Quieres que yo esté presente?

—No, salvo que desees apestar a Frescor Salvaje el resto de la tarde.

Lesboutx sonrió de medio lado y se marchó en busca de la testigo.

Neus Guzmán no había acudido sola a la comandancia. Una adolescente la acompañaba. Lesboutx condujo a las dos al despacho de Miranda y las dejó allí con la teniente. Miranda les ofreció asiento. Antes de acomodarse, Neus sacó un pañuelo de su bolso para secar con gesto remilgado unos restos de Frescor Salvaje que aún quedaban en su silla.

Miranda estudió a las recién llegadas. La adolescente era una chiquilla alta y desgarbada. El pelo le caía lacio a ambos lados del rostro, como un par de cortinas. Detrás de las gafas de cristal grueso que llevaba puestas, sus pupilas lanzaban miradas atemorizadas. Parecía una niña que espera recibir algún tipo de regañina.

A su lado, Neus Guzmán permanecía tiesa, con la espalda formando una perfecta paralela respecto al respaldo de su silla. Dirigía hacia Miranda su rostro pálido y sin maquillar, manteniendo los labios fruncidos en una línea recta y escueta. A la teniente se le antojó una expresión cruel, aunque no supo determinar por qué.

Calculó que Neus debía rondar los treinta años y, a pesar de ello, la mujer parecía esforzarse por aparentar más edad. Llevaba el pelo recogido en un moño apretado como una pelota de goma, muy poco favorecedor, y vestía una blusa desgastada de color más amarillento

que blanco, abotonada hasta el cuello. Sobre su pecho caía un colgante de madera con forma de letra tau. Miranda observó que la chica del pelo lacio llevaba otro idéntico.

Neus miraba fijamente a los ojos de Miranda y sin apenas parpadear, lo cual a la teniente le resultaba incómodo. A lo largo de su carrera, Miranda había interrogado a muchos mentirosos que jamás pestañeaban al mirarte cara a cara.

—¿Y bien, señora Guzmán…?

—Puede llamarme Neus —dijo la aludida, con sequedad.

—Neus, de acuerdo. Entiendo que quiere usted informar sobre algún detalle referido al homicidio de Els Pins, ¿es correcto?

—En realidad, teniente, no soy yo la que tiene la información, sino Carolina. —Neus se dirigió a la chica que la acompañaba—. ¿Verdad que sí?

La muchacha asintió tímidamente, en silencio.

—Comprendo —dijo Miranda—. ¿Cuántos años tienes, Carolina?

Fue Neus quien respondió por ella.

—Diecisiete. Es menor de edad, es por ello por lo que he creído conveniente estar presente mientras la interrogan.

—Esto no es un interrogatorio, señora. La chica está aquí voluntariamente para prestar declaración —matizó Miranda. Luego se dirigió a la muchacha—. ¿Tus padres no podían acompañarte?

Una vez más, Neus respondió a la pregunta.

—Carolina vive con su madre en el pueblo, y ella no quería que acudiese a la policía. Usted sabe muy bien, teniente, que algunas personas son reticentes a mezclarse en asuntos de esta índole, lo cual no deja de parecerme un tanto provinciano, si quiere saber mi opinión. Nuestro deber como personas cívicas es prestar toda la

ayuda posible a las fuerzas de seguridad en su labor; por eso he convencido a Carolina para que venga y le cuente lo que sabe.

«Siempre y cuando la dejes hablar», pensó Miranda.

—Bien, adelante, muchacha, ¿de qué se trata?

Carolina habló sin apartar la vista del suelo y sin apenas mover los labios. Su voz era casi un bisbiseo.

—Es sobre ese chico… Al que han matado…

—El homosexual —aclaró Neus.

—Su nombre era Aleksandar Suker —dijo Miranda, desabrida. Le pareció irritante que Neus pronunciara el término como si fuese un insulto—. Y su condición sexual, por el momento, es una hipótesis.

Neus arqueó las cejas.

—¿De veras? No es eso lo que tengo entendido.

—¿Acaso usted lo conocía personalmente?

—Por supuesto que no —respondió la mujer, como si aquella idea le resultara escandalosa—. Pero el periódico dice que…

—La prensa dice muchas cosas que no tendría por qué decir. Le aconsejo que no le preste mucha atención a lo que oiga por ahí.

Los labios de Neus se fruncieron un poco más.

—Naturalmente, no soy de esa clase de personas que se toman al pie de la letra todo lo que dicen los periódicos, pero parece fuera de toda duda que el chico era homosexual, y que fue una profesora del centro social, Telma Silvela, quien encontró el cadáver. —Miranda estuvo a punto de decir algo feo. El poco rigor con el que se estaba aplicando el secreto de sumario en aquel caso empezaba a parecerle preocupante—. Según he oído, la señora Silvela declaró no conocer a la víctima, ¿es eso cierto? Porque si lo es, entonces esa mujer miente, y Carolina puede probarlo.

La expresión de Miranda se tornó grave. Alternó un par de miradas densas entre Neus y su acompañante, intentando escrutar sus rostros.

—¿Qué clase de relación le une con Carolina, señora Guzmán? ¿Es pariente suya o…?

—Es una de mis pupilas, de mi grupo de jóvenes. Trato de inculcarles buenos y sólidos valores cristianos, entre ellos el de la sinceridad y el civismo, es por eso por lo que la he convencido para hablar con usted, a pesar de que sé que para ella ésta no es una situación agradable. Ni tampoco para mí.

«Mientes —pensó Miranda—. La chica no lo sé, pero tú estás disfrutando con esto. Lo sé, casi puedo olerlo con la misma intensidad que huelo ese dichoso ambientador.»

—En tal caso, vayamos al grano —dijo la teniente—. ¿Tienes algo que decir sobre la relación entre Telma Silvela y Aleksandar Suker, muchacha? Si es así, adelante. Quiero oírlo. Con tus propias palabras, por favor.

A la chica le costó arrancar. Lanzó una mirada de soslayo a Neus, que asintió levemente, y sólo cuando tuvo su aprobación, dijo:

—Yo… Los vi juntos…

La voz se le apagó. Miranda tuvo que azuzarla un poco.

—¿Cuándo? Habla, muchacha, no tengas miedo.

—La… La noche del jueves.

—Se dará usted cuenta, teniente, que fue la misma noche del asesinato.

—Sí, me doy cuenta, pero deje hablar a la chica —espetó Miranda, rozando el límite de la grosería—. ¿Dónde los viste, Carolina?

—En… en el paseo marítimo. Casi al final, junto al puerto deportivo, en el Delico…

—Es una heladería —intervino Neus.

—Lo sé. —Miranda la conocía bien, como toda la gente del pueblo. Se trataba de uno de los establecimientos más veteranos del paseo, aunque su oferta era más bien limitada: sólo servían yogur helado de diferentes sabores. Era muy popular entre la gente joven, que solía dejarse caer por allí los fines de semana para llenar con algo el estómago antes de salir de copas por los bares cercanos—. Cuéntame qué fue lo que viste exactamente.

—Yo estaba allí, con mi madre… Y entonces… Entonces los vi. Entraron y se sentaron a una de las mesas. No sé qué hora era exactamente, pero ya habían pasado las doce… Lo sé porque mamá…, es decir, mi madre y yo volvíamos del cine, y la película acabó a las doce…

—¿Estás completamente segura de que eran ellos?

Neus habló antes de que Carolina pudiera responder.

—Desde luego. Carolina conoce bien a la señora Silvela, todos en el pueblo la conocemos.

Miranda ignoró a la mujer.

—¿Puedes describírmela?

—Sí, claro… —respondió la chica, turbada—. Alta, delgada… Pelo largo y rizado…

—¿Recuerdas qué llevaba puesto?

Carolina miró a Neus. Miranda detectó que la mujer hacía un casi imperceptible gesto de negación.

—Yo… No… No me fijé muy bien…

—Entiendo —dijo la teniente. Y era muy cierto: empezaba a entender—. Carolina, ¿tú conocías a Aleksandar Suker?

—¿A quién?

—El chico al que mataron.

Neus no la dejó contestar.

—No, pero su foto y su descripción salieron en las noticias y en los periódicos. Fue entonces cuando la pobre chiquilla reparó en lo que había visto.

—Carolina, ¿podrías describirme al hombre que estaba con Telma en la heladería?

Las mejillas de la chica se incendiaron.

—Sí, claro… Era rubio, con el pelo corto… Muy guapo…

—¿Era alto o bajo?

Dirigió una mirada de desamparo a Neus. Esta vez la mujer permaneció impávida.

—No… No lo sé… Ni una cosa ni la otra, normal…

Miranda torció el gesto.

«No, hija, normal no —pensó—. Aleksandar Suker medía casi dos metros.»

—Sólo una pregunta más, Carolina, ¿recuerdas qué fue lo que tomaron?

El rostro de la joven se iluminó un poco, como un estudiante al que examinan del único tema que se ha preparado bien.

—Pues yogur helado, claro.

—Sí, por supuesto, qué tonta soy… Es lo único que sirven en el Delico.

Carolina sonrió un poco.

—Como ve, teniente, la cosa está clara —intervino Neus, que parecía deseosa de volver a tomar la palabra—. La señora Silvela quedó con la víctima la noche del asesinato, pero ella dijo que no le conocía de nada. Supongo que esta nueva información pone a cierta persona en el punto de mira de las pesquisas, ¿no es así?

Miranda sonrió como un gato satisfecho.

—Desde luego. Yo no podría haberlo expresado mejor. Te agradezco mucho que me hayas contado todo esto, Carolina, me has dado algo en lo que pensar.

La chica musitó un «de nada» con voz apagada. Neus, por su parte, aseveró que tan sólo habían cumplido con su obligación.

Cuando las dos abandonaron el despacho, Miranda localizó el nombre de Neus Guzmán entre sus notas del caso y lo subrayó con dos gruesas líneas.

Lesboutx y Miranda abandonaron juntas el edificio de la compañía al finalizar la jornada de trabajo. De camino al exterior, hablaban sobre la declaración de Neus Guzmán y su pupila.

—¿Crees que la chica te ha mentido? —preguntó la alférez.

—No lo creo; tengo la certeza más absoluta. Era una historia ridícula llena de vaguedades.

—Sólo porque no recuerde la altura de Aleksandar no significa que esté mintiendo. Tú sabes tan bien como yo que la mayoría de los testigos siempre se hace un lío con esos detalles.

—No es la altura lo que me preocupa —dijo Miranda—. Es el yogur.

—¿Qué?

—La chiquilla no sabe que Telma tiene intolerancia severa a la lactosa, pero yo sí. Lo último que haría en una cita romántica sería comerse un yogur helado y, desde luego, jamás pisaría un local donde el único género que sirven es un veneno en potencia para ella.

Lesboutx sonrió de medio lado.

—De acuerdo, te concedo ese punto.

—Lo que me pregunto es por qué Neus y su pequeña marioneta se han molestado en contarme esa película absurda.

—¿A qué viene lo de «pequeña marioneta»?

—Es evidente que esa pobre muchacha estaba recitando un papel. Me da en la nariz que fue la catequista quien la arrastró hasta mi despacho para que contara su relato de indios y vaqueros, el cual seguramente la propia Neus elaboró.

—¿Y por qué haría algo así?

—Ojalá lo supiera, pero todo indica que su único objetivo era meter a Telma en problemas.

—No entiendo qué ganaría Neus Guzmán con eso.

—Quizá siente una animadversión personal hacia Telma y quiere causarle algún daño.

—No sé si odia o no a Telma —dijo Lesboutx, tras reflexionar unos segundos—. Pero lo que sí odia con toda su alma es el centro social, y Telma es la cara más conocida de ese lugar. Quizá Neus piensa que al desacreditarla a ella también atenta contra la reputación del centro, y eso le resulta gratificante.

—Es una idea, pero yo tengo otra: Neus Guzmán mató a Aleksandar y trata de confundirnos para que sospechemos de un falso culpable.

—Si tuviera que señalar a una asesina potencial, sería a ella, sin duda. Da el perfil —dijo Lesboutx—. Pero hay un problema con esa hipótesis: falta el móvil.

—El móvil es lo de menos. Puede que esa mujer sea una especie de loca religiosa que ha jurado asesinar a todos los homosexuales del mundo, no lo sé… Pero sí sé, por ejemplo, que ella fue la última inquilina que habitó la casa de Alex antes que él y que, por lo tanto, quizá sigue teniendo la llave de acceso.

—También tiene una coartada para la noche del crimen. Se supone que estaba en la vigilia de oración.

—Se supone, pero lo cierto es que nadie la vio hasta que la vigilia estaba terminando, cerca de las tres de la madrugada. Tuvo tiempo de sobra para asesinar a Aleksandar y dejarse caer luego por la parroquia con la esperanza de elaborarse una coartada. —Miranda hizo un gesto de vehemente asentimiento con la cabeza—. Sí, sin duda esa mujer está en mi lista. Si el crimen fue un asunto de homofobia, ella es ahora mismo mi sospechosa principal.

—¿Has descartado entonces la posibilidad de que el asesinato tuviera que ver con un tema de drogas?

—No. Ésa debería ser nuestra línea paralela de investigación.

—Bien, estoy de acuerdo con eso.

Las dos mujeres se detuvieron frente al vehículo de Miranda antes de separarse.

—Narcotráfico y homofobia —farfulló la teniente, mientras buscaba en su bolso las llaves del coche—. Habría que incluir eso en los folletos de información turística del pueblo.

—Sí, yo también pensaba que Santarés era un oasis de paz.

—Dices eso porque siempre has vivido en una gran ciudad. La gente de las ciudades cree que en los pueblos el odio y la violencia son de menor escala, porque, al fin al cabo, la población es pequeña. No es así. El odio es un veneno, y ya sabes lo que se dice de los venenos: los mejores vienen en frascos pequeños.

—Eso se dice de los perfumes.

—Es igual. —Miranda encontró las llaves. Antes de meterse en el coche hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Conoces a un poeta que escribió algo sobre un jarrón griego?

—«Oda a una urna griega», de John Keats. Sí, lo conozco.

—Me gustaría leer ese poema, ¿dónde crees que puedo conseguirlo?

Lesboutx se quedó pensativa. Las dos únicas librerías de Santarés eran en realidad comercios eclécticos donde sólo vendían las últimas novedades editoriales y best sellers de bolsillo. Iba a sugerir a Miranda que buscase en internet, pero sabía que la teniente no se manejaba bien con los formatos online.

—Prueba suerte en alguna librería o biblioteca pública de Castellón, aunque no creo que haya muchas ediciones en español de su obra. ¿Por qué te interesa?

—No tiene importancia. Digamos que quiero ampliar mis horizontes culturales —respondió la teniente—. En fin, buenas noches.

Se metió dentro del vehículo y arrancó el motor.

Lesboutx se alejó a pie. Quería dar un breve paseo junto a la playa antes de regresar al pabellón. La visión del mar al anochecer siempre le resultaba relajante.

15
¿Qué haces esta noche?

Christian aún estaba en lista de espera para recibir un piso de soltero en el pabellón de guardias civiles de Santarés. Aunque el pueblo no era grande, tampoco lo era el pabellón, por eso todas las viviendas se hallaban ocupadas por los guardias más veteranos de la compañía (como Lesboutx, por ejemplo). Christian, un recién llegado, se veía obligado a alquilar un pequeño apartamento mientras aguardaba a que quedara algún piso libre en el pabellón.

Su caso no era el único. Varios suboficiales novatos de la compañía compartían alojamientos de alquiler en el pueblo, y así repartían gastos. Sin embargo, cuando Christian llegó a Santarés no encontró a nadie destinado allí que estuviera buscando un compañero de piso, de modo que tuvo que apañárselas solo.

El sueldo de sargento no daba para muchos lujos (para ninguno, en realidad), pero por suerte en Santarés había una gran variedad de alojamientos disponibles gracias a la afluencia de visitantes en la temporada turística. A Christian no le costó trabajo encontrar un pequeño apartamento para veraneantes por poco dinero.

La vivienda era modesta y no muy confortable, apenas unas paredes y un techo, con algunos muebles baratos y sin calefacción, y el edificio estaba arrinconado en un extremo de la playa, rodeado de

solares a la espera de ser recalificados. Quizá en verano fuese un hervidero de actividad pero el resto del año era un suburbio solitario.

El apartamento, eso sí, tenía un balconcito con bonitas vistas a la costa, si bien era un panorama del que Christian apenas podía disfrutar, dado que el balcón estaba ocupado por los enseres de limpieza (escoba, recogedor y fregona con su correspondiente cubo) que no cabían en la cocina, así como un tendedero plegable para la ropa.

A pesar de que el sargento se veía en la tesitura de tener que decidir entre disfrutar del paisaje o de ropa seca, de subir y bajar todos los días cinco pisos de escalera porque el edificio no tenía ascensor o de ponerse un jersey al acostarse en las noches frías, Christian se sentía muy orgulloso de su modesto nido de soltero; era la primera vez en su vida que vivía solo.

Cuando entró en el apartamento al volver de la compañía se sentía exhausto y también algo dolorido aún por los golpes recibidos durante la pelea con Bogdan. Con un gesto desganado, dejó caer las llaves sobre un cenicero junto a la puerta.

El tintineo metálico captó la atención de su perro, un chucho mestizo y pequeñajo que dormitaba sobre una manta junto al sofá. El animal abrió los ojos y levantó el hocico hacia Christian, aunque sin mostrar demasiado interés. Frodo era un perro más bien apático e independiente, la compañía perfecta para un guardia civil soltero.

Christian se quitó el uniforme y se puso un chándal viejo. Sacó a Frodo a dar un paseo por la manzana y al regresar se dio una ducha. Tenía el cuerpo lleno de moratones y rasguños, un feo recuerdo de su encuentro con Lupu. Más tarde, al mirarse al espejo,

comprobó que la nariz seguía muy hinchada. También respiraba como si tuviese un fuerte catarro.

«Maldito rumano de los cojones», pensó, mientras se aplicaba una crema antiinflamatoria. Al menos ya no le dolía.

El sargento calentó una pizza congelada en el microondas y se acomodó en el sofá, frente al televisor, con una bandeja sobre las rodillas. Tan sólo se comió la mitad de la pizza. Pensó en guardar el resto en la nevera pero sabía por experiencia que acabaría muriendo allí de viejo, así que dejó que Frodo diera buena cuenta de él. El mestizo olisqueó la pizza con aire melindroso, como si considerara que aquélla no era una comida digna. No obstante, acabó por devorarla como hacía siempre.

Mientras Frodo masticaba a sus pies, Christian echó un vistazo a su alrededor. Por algún motivo, el apartamento del que solía sentirse orgulloso le parecía deprimente aquella noche, con su balcón abarrotado de trastos, sus paredes sin adornos y su sofá agujereado por los dientes de Frodo. Christian pensó, disgustado, que incluso el estudio cochambroso de Bogdan Lupu tenía un aspecto más hogareño que aquel piso. Le hacía falta un toque de calor, quizá lo que su madre solía llamar «una mano femenina».

A Christian no le hubiera importado. De hecho, estaba deseoso de añadir tal factor femenino no sólo a su apartamento, sino a toda su existencia. Se sentía bastante solo desde que su carrera como guardia civil le había llevado lejos de su Torrevieja natal, donde vivían sus padres y su hermana pequeña. Los extrañaba cada día con mayor intensidad.

Christian era un chico de gustos hogareños, de beso por las mañanas antes de ir a trabajar y de sofá y película las tardes de

domingo, con una buena chica a su lado apoyando las piernas sobre su regazo. Él no estaba hecho para la vida en soledad.

Por desgracia, ya apenas recordaba cuándo fue la última vez que tuvo algo más o menos serio con una chica. A Christian le costaba establecer relaciones sentimentales por culpa de una timidez que apenas era capaz de disimular, y su trabajo como guardia civil no ayudaba a ampliar su círculo de amistades femeninas.

Nadie, salvo él, sabía lo mucho que le había costado lanzarse a proponer una cita a la alférez Lesboutx cuando la conoció en la playa (cuando sólo eran dos personas anónimas y no oficial y subordinado). Ella llamó su atención de inmediato porque era muy guapa, muy de su tipo: pequeña, rubia, de pecho discreto y trasero simétrico —que, siendo sinceros, fue en lo primero que se fijó, pues Christian, aunque valiente, siempre fue un chico de retaguardias—. Es probable que el sargento se hubiera limitado a contemplar con masculino arrobo cómo aquella preciosa mujer corría por la playa, lejos de él y de su existencia; pero llevaba demasiado tiempo en dique seco y sus hormonas arrastraron con más fuerza que su exagerada timidez.

«La fortuna favorece a los audaces», pensó el chico, citando una frase que oyó por primera vez a Héctor, su hermano mayor. Al ver que Lesboutx caía víctima de un calambre, se acercó, charlaron unos minutos y pudo comprobar que además de un buen trasero tenía una buena cabeza. Y una bonita sonrisa. Lograr una cita con ella le pareció un triunfo muy satisfactorio, casi mayor que cuando se libró por los pelos de que el rumano Bogdan Lupu le volara la tapa de los sesos con su pistola. Consideró que su andadura en Santarés

empezaba con buen pie: tenía un buen destino, estaba investigando un caso interesante y había conocido a una chica preciosa.

Poco después, las cosas se torcieron. La chica preciosa era un mando superior. «Su» mando superior, de hecho. Un desastre. Ya no suponía una potencial pareja, sólo unos galones, y Christian respetaba los galones como un sacerdote venera el sagrario. Cualquier posibilidad de relación sentimental quedaba abortada. De momento, para Christian seguiría sin haber besos por la mañana antes de ir a trabajar ni películas en el sofá las tardes de domingo. Sólo un piso yermo y deslucido de soltero.

Esa idea lo desmoralizó, así que se apresuró a apartarla de su cabeza.

Encendió el televisor y encontró una reposición de un capítulo de *Homeland.* La serie era una de sus favoritas, pero aquel episodio en concreto ya lo había visto hacía tiempo. El cansancio hizo el resto y Christian no tardó en quedarse dormido, con el mando a distancia aún en la mano.

Despertó al cabo de un rato cuando sintió vibrar su teléfono móvil.

Bastante amodorrado, Christian comprobó que se trataba de unos mensajes de chat. Al ver el destinatario se espabiló de inmediato.

Edu99: *Hola.*
Edu99: *Me encantas en tu foto de perfil* 👌
Edu99: *Y tu tatuaje del tiburón es* 😁 *Tienes alguno más?*

Christian sintió cómo la piel se le erizaba. Por un momento creyó estar viviendo una aterradora experiencia paranormal, en la que un muchacho muerto trataba de contactar con él desde ultratumba.

El susto sólo duró el tiempo que el sargento tardó en despertarse del todo y descubrir la explicación más racional: su perfil de Finder todavía seguía abierto, y el Edu99 que había contactado con él no era el mismo que se encontraba metido en una cámara de la morgue, sino uno de los cuatro perfiles con idéntico *nickname* que Christian había seleccionado como posibles objetivos de su búsqueda, el del tipo calvo con la barba teñida.

En definitiva, el sargento había ligado en Finder. La gente tenía razón; era muy sencillo.

—¿Has visto, Frodo? A alguien más le gusta mi tatuaje del tiburón.

El chucho no respondió.

Christian ignoró los mensajes de chat. Se sentía halagado, pero de momento no tenía mucho interés en explorar sus posibilidades más allá del mundo de las fresas. Edu99 tendría que buscarse otro objetivo que no fuera un guardia civil de incógnito.

Se dispuso a borrar la aplicación de su móvil. Sin embargo, antes de hacerlo, sintió la tentación de echar un último vistazo a los usuarios. Después de dedicarse a ello durante gran parte del día, había descubierto un leve componente adictivo en visualizar fotografías de personas en busca de pareja, a pesar de que él no estuviera interesado en ninguna de ellas. Quizá por eso Finder tenía tanto éxito.

—Ey, Frodo, ven aquí. —El sargento cogió al perro y lo puso junto a él, en el sofá—. ¿Quieres ver unas fotos de unos tipos muy colgados? —El chucho le lamió un par de veces en el cuello, afectuoso. Christian lo tomó como un «sí»—. Fíjate en éste… Y éste, menuda pinta, ¿eh? Por suerte tú y yo hacemos mucho ejercicio, si

no tendríamos la misma barriga… Vaya, éste otro es un tío guapo, te confieso que si yo fuese gay no me importaría…

Christian dejó de hablar de pronto. Frodo emitió un gañido interrogante, como si hubiera percibido el súbito cambio de actitud en su amo.

El usuario de aspecto agraciado al que Christian se refería se llamaba Fanfran95. Bajo su foto de perfil podía leerse lo siguiente: «Le gusta: los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere».

Christian repasó la frase un par de veces, con el ceño fruncido.

—Qué curioso… —musitó—. Sí que es curioso…

Frodo lo miraba torciendo la cabeza con interés. Parecía estar esperando una explicación.

Miranda despertó en mitad de la noche cuando oyó la voz de su padre.

La teniente nunca tuvo problemas de insomnio, más bien al contrario. Le bastaba apoyar cada noche la cabeza en la almohada para sumergirse en un sueño pesado e inmediato. Siempre poseyó la envidiable capacidad de dominar a su antojo sus momentos de descanso, cualidad, además, que resultaba muy útil para su trabajo.

Por desgracia, Miranda perdió aquel don durante el último año de vida de su padre. Las siempre inesperadas necesidades del enfermo, cuyo dormitorio compartía pared con la teniente, obligaban a Miranda a no poder sumergirse del todo en un sueño profundo. La inquietud la mantenía con un ojo abierto en las horas de madrugada, y cada sonido, por leve que fuese, la hacía saltar de la

cama de forma automática y caminar como una sonámbula en dirección al dormitorio del enfermo, a menudo para descubrir que éste dormía plácidamente. Luego de eso, Miranda regresaba a su cuarto para pasar el resto de la noche dando vueltas entre las sábanas, en un amago de sopor que no era sueño ni vigilia. Así una noche tras otra.

La muerte de su padre le ayudó a recuperar poco a poco su ritmo habitual de descanso. No obstante, algunas noches Miranda se despertaba de pronto en plena madrugada creyendo oír la llamada del enfermo en la habitación de al lado, como si su cuerpo estuviera sujeto a un remoto mecanismo de alarma que la teniente aún no sabía cómo desconectar.

Aquella noche volvió a suceder (habían pasado varias semanas desde la última vez) y el recuerdo de una llamada de alerta sacó a la teniente de su sueño. Miranda salió de la cama con torpes movimientos amodorrados.

—Sí… Ya voy, papá… —dijo a la nada, con voz pastosa.

Al poner el pie descalzo sobre el suelo frío, recuperó la noción de la realidad. Nadie la había llamado. Su padre llevaba muerto varios meses y ya no la necesitaba.

Miranda estaba sola.

La teniente emitió un suspiro de resignación.

Echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Eran casi las tres de la madrugada.

Sabía que le costaría un enorme esfuerzo volver a conciliar el sueño y no tenía ganas de pasar las próximas horas dando vueltas entre un batiburrillo de sábanas apelmazadas, sintiéndose como un nadador atrapado en un banco de algas.

La teniente se dirigió a la cocina y se preparó una infusión de algo que compró en el supermercado, una mezcla de hierbas que, según la caja, ayudaban a conciliar el sueño. Miranda ya había comprobado que enfrentarse a sus ocasionales insomnios con potingues de pasiflora, melisa, camomila y similares zarandajas era tan eficaz como curarse una gripe con caramelos de anís; si finalmente decidió prepararse una taza de aquel mejunje fue sólo por entretener la vigilia. Además, el sabor era agradable.

Calentó una taza de agua en el microondas y sumergió en ella una bolsita de infusión. Ya con la bebida entre las manos, salió de la cocina en dirección al cuarto de estar.

Miranda vivía en una de las muchas casitas de pescadores rehabilitadas que abundaban en Santarés, de una sola planta y no más grande que un apartamento. La casa era de su padre. El brigada Fernando la adquirió después de jubilarse. Gastó en ella todos sus ahorros atesorados tras años de servicio y aun así no fueron suficientes; tuvo que pedir un préstamo bancario cuya deuda Miranda había heredado entre el resto de los escasos bienes de su padre.

El brigada Fernando fue un hombre de gustos sencillos. Su sueño de jubilación era pasar sus últimos años, que esperaba fueran muchos, pescando en el mar y compartiendo chatos de vino con otros guardias civiles retirados en las tascas de Santarés. Apenas tuvo tiempo de disfrutar de aquellos pequeños placeres antes de que el alzhéimer comenzara a devorar sus pensamientos. Miranda se trasladó a vivir con él porque el brigada no tenía más parientes cercanos que ella. Tampoco tenía dinero suficiente para pagar una buena residencia; casi todo se lo había llevado la casa.

Su esposa había muerto varios años atrás. Un cáncer no detectado a tiempo la consumió en apenas quince meses, cuando aún no había cumplido los cincuenta. La misma enfermedad, y la misma imperdonable falta de chequeos médicos regulares, se llevó a la tumba a la única hermana de Miranda, que era la hija mayor del brigada Fernando. Se llamaba Pilar, como la patrona del cuerpo de la Guardia Civil.

La mayoría de los recuerdos que Miranda atesoraba sobre su hermana databan de sus días de infancia, ya que de adultas la vida las llevó por caminos muy diferentes. Gracias a una beca universitaria, Pilar estudió su último año de carrera en Montreal (por aquel entonces, Miranda ni siquiera había entrado aún en la academia de guardias civiles); allí conoció a un canadiense con el que acabó casándose, después de enterarse de que estaba embarazada. Miranda sólo lo había visto una vez, el día de la boda. Le pareció un buen hombre, aunque sólo hablaba francés y algunas frases chapurreadas de español. La teniente a menudo tenía que hacer memoria para recordar el nombre de pila de su cuñado.

Pilar se quedó a vivir en Montreal con su marido y con su hija. Miranda no conocía a su única sobrina más que por fotografías, a pesar de que su hermana y su cuñado la habían invitado varias veces a visitarlos en Canadá. Miranda, a quien los largos viajes en avión despertaban una enorme pereza, solía darles largas. Ya habrá tiempo para eso, pensaba de año en año, pero luego Pilar murió y la relación de la teniente con sus parientes americanos se hizo casi inexistente. En ocasiones, si Miranda recordaba la fecha, la teniente solía enviar algún giro postal a su sobrina en su cumpleaños; también le mandaba tarjetas de felicitación en Navidad pero, salvo

por eso, la familia de Pilar le era tan ajena como un par de desconocidos.

Cuando el brigada murió, Miranda se puso en contacto con su cuñado por primera vez en años. Fue, ante todo, una mera cortesía debida a la nieta del brigada. Comprobó dos cosas: la primera, que su dominio del castellano apenas había mejorado con el tiempo, y la segunda que, en realidad, no tenía demasiadas ganas de que sus parientes canadienses viajaran a España para el entierro. Tras cuidar de su padre enfermo durante tanto tiempo, Miranda se sentía demasiado exhausta para recibir y atender a dos personas por las que no sentía más que indiferencia. La teniente tan sólo quería enterrar a su padre con rapidez y pasar página lo antes posible. Sus deseos se vieron cumplidos; ni su cuñado ni su sobrina acudieron al sepelio.

Hubo poca gente en aquel funeral, casi todos los asistentes eran antiguos compañeros del brigada. Ni un solo familiar salvo su hija. En el momento en que Miranda se vio en la puerta de la iglesia recibiendo el pésame de una hilera de completos desconocidos, fue cuando tuvo el primer atisbo de lo sola que se había quedado tras la muerte de su padre. La idea le suscitó, ante todo, un sentimiento de sorpresa, como de noticia inesperada.

Ahora, mientras paseaba por la casa de su padre a oscuras, en bata y con aquella inútil infusión contra la falta de sueño, aquel pensamiento volvió a asaltarla de forma sorpresiva.

Cada habitación era un cubículo deshabitado. Ni un solo ser vivo producía sonidos en aquella penumbra salvo la propia Miranda. Casi todos los muebles, recuerdos y objetos que la rodeaban habían

pertenecido al brigada. Por un momento se sintió como una invitada en casa ajena. Fue una sensación fugaz, pero muy desagradable.

Miranda aún no había vaciado las pertenencias de su padre de la casa, a pesar de que ya habían pasado algunos meses desde su muerte. Todos los muebles que había comprado y escogido personalmente seguían allí, con los cajones llenos de sus trastos y papeles viejos. También sus múltiples aperos de pesca, algunos aún sin estrenar, como un irritante símbolo de un sueño frustrado. Sus libros, sus álbumes de fotos, incluso su colección de películas de John Wayne, actor que le encantaba. En los días más oscuros de su enfermedad, cuando apenas podía recordar su nombre, lo único que le mantenía sereno era contemplar con mirada ausente y la mandíbula caída en una expresión idiota las hazañas del Duke (ya fuera masacrando indios en las praderas o japos en las selvas de Birmania), que el aparato de DVD reproducía casi en bucle una y otra vez. Al menos el alzhéimer, que le había robado todo, respetó el vestigio del recuerdo de que aquello le resultaba agradable, aunque él no supiera ya por qué.

Su dormitorio seguía intacto. La cama bien hecha, la ropa en los armarios… incluso había un par de pantalones doblados sobre el respaldo de una silla, aquellos que debería haberse puesto la mañana siguiente a que la muerte se lo llevara en plena madrugada, cuando ya su cabeza no albergaba más que una niebla pastosa. Junto al lecho, sobre una mesita, aún se veían un montón de juguetes baratos, comprados en tiendas de chinos de Santarés: un par de pajaritos de plástico que brincaban cuando se les daba cuerda, un llavero con forma de perro de peluche y algunos muñecos. En sus últimos días, el brigada Fernando a veces sufría

crisis de llanto durante las cuales decía que alguien le había quitado su placa. El llanto podía transformarse en ira violenta y el brigada, a voces, seguía exigiendo su placa y acusaba a Miranda (o cualquiera que estuviese junto a él) de habérsela robado. La teniente había descubierto que, por algún extraño motivo, su padre se calmaba cuando le daban aquellos juguetes. Sólo entonces dejaba de pedir a gritos su placa.

Todo continuaba en el mismo lugar: los juguetes, las películas y demás pertenencias. Miranda aún no había quitado nada de su sitio. Ella se decía que se debía a la pereza pero, en el fondo, sabía que el motivo era otro: el día que desechase las cosas del brigada, la casa se quedaría desoladoramente vacía, y entonces la sensación de ausencia sería demasiado visible como para ignorarla.

Nunca antes había tenido esa sensación. Concebía su existencia como una empresa individual, hasta el punto de que había llegado a asumir su torpeza para las relaciones sociales como una ventaja, más que como un inconveniente. La muerte de su padre la obligaba a reconocer su propia soledad, algo en lo que jamás se había parado a pensar, y no estaba segura de encontrarse preparada para ello ni de saber cómo hacer frente a esa realidad, de modo que optaba por ignorarla.

Aunque cada vez le resultaba más difícil.

Miranda dejó la infusión sobre un escritorio del cuarto de estar, junto a su ordenador portátil. Según el reloj, eran las tres y diez. Ni siquiera se planteó el volver a meterse en la cama; estaba desvelada.

Durante la enfermedad de su padre había descubierto un pequeño entretenimiento para aquellas noches de insomnio ocasional:

partidas de póquer online. Tenía un avatar creado en una página web, gracias al cual se enfrentaba a jugadores de todo el mundo, quizá también tristes insomnes solitarios como ella. Con la práctica se había convertido en una jugadora bastante decente, e incluso ganaba algún dinero con aquellas timbas nocturnas, no demasiado, sólo lo justo para equilibrar las pérdidas, que en cualquier caso tampoco eran importantes.

La teniente encendió el portátil e introdujo su clave de acceso en la web. De inmediato se encontró faroleando con un grupo compuesto por dos jugadores coreanos y un tercero que apostaba desde Alaska. Para Miranda era una compañía habitual en aquellas sesiones; a esas horas, las personas decentes de su hemisferio dormían el sueño de los justos.

Un par de manos después, sonó el teléfono.

La teniente dirigió una mirada inquieta al reloj. Las tres y media pasadas.

«¿Quién diablos…?»

El timbre volvió a sonar.

Miranda abandonó la partida y respondió, con el convencimiento de que una llamada telefónica en plena madrugada no era señal de nada bueno.

No se equivocaba.

Telma sufría de pesadillas.

Retrasaba el momento de acostarse todo cuanto podía, pensando en su lecho no como un lugar de descanso, sino como una especie de cancha de pelea en la que todas las noches se enfrentaba con

una sucesión de imágenes aterradoras. Al despertar siempre lo hacía jadeante, sudorosa y envuelta en temblores, como un *sparring* al que han sacudido una buena paliza.

Desde que vio el cadáver de Aleksandar Suker, para Telma dormir suponía un viaje por un mundo hostil.

Aquella noche (la del sábado) trató de mantenerse despierta trabajando en un nuevo libro hasta casi quedarse dormida sobre el teclado del ordenador, pasada la una de la madrugada.

Rindiéndose, se arrastró hasta la cama y se metió entre las sábanas.

«Por favor, que no haya pesadillas esta noche… Por favor…», fue su último pensamiento antes de caer en un profundo sueño.

La escritora no tenía claro a quién dirigía su ruego; en cualquier caso resultó indiferente, nadie lo atendió.

Las pesadillas no tardaron en aparecer. Primero en forma de imágenes angustiosas y desconcertantes que Telma no recordaría al día siguiente (sin que ella lo lamentara en absoluto). Éstas dieron paso a una escena tan vívida como la propia realidad.

Telma se encontraba de nuevo en el jardín de la casa de Aleksandar. El lugar, no obstante, parecía el decorado de un teatro, como si estuviera iluminado por focos muy potentes cuyo chorro de luz caía sobre ella, haciéndola sudar.

Caminaba hacia la puerta de la casa y de pronto escuchaba una voz a sus espaldas. Era la voz de aquella mujer que regaba las plantas en la parcela vecina, Telma podía reconocerla pero, cuando se giraba para contemplarla, no había nadie. Tan sólo escuchaba su voz.

«¿Qué cree que está haciendo? —decía—. No entre ahí, estúpida. ¿Es que no sabe que dentro hay un hombre muerto?»

En su sueño, Telma desechaba aquella idea por ridícula. ¿Un muerto? ¡Qué tontería! En aquella casa no había ningún muerto, era sólo un decorado. Además, ella tenía que entrar. Era inevitable.

Al abrir la puerta accedía al interior del cuarto de estar de Aleksandar. El lugar permanecía oscuro, sumido en un pestilente olor a podrido. Todos los rincones de la habitación estaban abarrotados de basura y desperdicios. A sus pies vio un montón de cabezas de pescado cubiertas por un manto de moscas gordas y verdosas. Su zumbido era atronador.

Telma lanzaba una expresión de asco y sentía el acceso de una violenta arcada. Entonces, embargada con la lucidez incoherente de los sueños, se convencía a sí misma de que, en efecto, en aquella casa había un cadáver, aunque ella aún no lo veía. Un cuerpo tan podrido y nauseabundo como aquellas cabezas de pescado, inundado de moscas golosas y cubierto por una masa de larvas color marfil que devoraban sus jugos.

Telma tenía que salir de allí.

Intentaba abrir la puerta para escapar a la carrera, pero era incapaz de girar el picaporte. Le resbalaba entre sus manos sudorosas. La puerta no se movía.

De pronto escuchaba un ruido a sus espaldas. Un sonido repugnante, como de algo viscoso que golpea al caer al suelo. Y el zumbido. El zumbido de millones de moscas hambrientas.

Telma no quería mirar, pero lo hacía (todo el mundo es un esclavo en sus pesadillas). Al volver la vista hacia el pasillo de la casa, contemplaba con inmenso horror el cadáver de Aleksandar Suker.

Se movía.

Estaba tendido boca abajo, pero se movía. Primero apoyaba las palmas de las manos en el suelo y se impulsaba lentamente para incorporarse. Su carne lívida producía un sonido gomoso al contraerse los músculos bajo la piel. Se ponía en pie, con gestos torpes, como si estuviera borracho, y comenzaba a caminar hacia Telma. Ella no podía verle el rostro, que se mantenía oculto por un enjambre de moscas pegado a sus rasgos igual que una máscara.

Telma gritaba. Intentaba abrir la puerta pero todo esfuerzo era inútil. A su espalda podía oír cómo el ser podrido y devorado por las moscas se acercaba a ella cada vez más. Por debajo del mareante zumbido de los insectos, la escritora podía percibir el sonido de una respiración húmeda y estertórea. Telma chillaba y golpeaba la puerta con los puños, con la única idea de escapar de allí.

Entonces la criatura hablaba.

«No estoy muerto.»

Telma apenas lo escuchaba. Seguía golpeando la puerta, cada vez más fuerte, con los puños y con los pies, como si quisiera tirarla abajo. El ser estaba justo a su espalda, tan cerca que la escritora podía sentir su aliento en la nuca. Las moscas comenzaban a girar enloquecidas alrededor de ella, se posaban sobre sus párpados, se introducían por sus oídos agitando sus alas membranosas, volaban hacia el interior de su garganta… Telma golpeaba la puerta. Golpeaba… una y otra vez…

Golpes en la puerta.

La escritora se despertó.

Su mirada se desplazó inquieta de un lado a otro hasta que se convenció a sí misma de que estaba en su dormitorio, metida en su

cama. Ningún ser de ultratumba acechaba a sus espaldas y el zumbido de las moscas era únicamente el rumor lejano del mar, que llegaba a través de la ventana. Tan sólo había sido una pesadilla.

La escritora dejó escapar un suspiro de alivio trémulo.

De pronto escuchó golpes en la puerta.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Palpó con gestos histéricos su mesilla de noche hasta que encontró el interruptor de una pequeña lámpara y lo encendió. Una luz mortecina apagó las sombras del dormitorio.

Otra andanada de golpes le hizo dar un respingo.

Sonaban en la planta de abajo, en la puerta de entrada, tan fuertes que Telma habría jurado que hacían temblar toda la casa. La escritora miró el reloj de la mesilla de noche. Marcaba las tres de la madrugada.

Se vio paralizada por una asfixiante sensación de pánico. No pensaba atender a esa llamada. No lo haría por nada del mundo. Estaba segura de encontrarse aún en medio de una pesadilla y tenía la absoluta certeza de que si bajaba y abría la puerta, algo horrible la esperaría en el umbral.

Los golpes volvieron a sonar.

Telma dio otro respingo y se mordió los nudillos de la mano. Lo hizo tan fuerte que sintió un latigazo de dolor. Aquello sirvió para convencerla de que estaba bien despierta, en su casa, de madrugada. La certeza le infundió algo de valor.

Saltó de la cama y salió al pasillo en dirección a la escalera que bajaba hasta el recibidor, tomando, eso sí, la precaución de encender todas las luces que encontró a su paso. Se detuvo en medio de la escalera contemplando la puerta de la calle.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Quién anda ahí?

Silencio.

Telma se atrevió a bajar otro escalón, luego otro… Poco a poco, llegó al recibidor. Se encontraba tensa como la cuerda de un arco y podía escuchar los latidos de su corazón retumbando dentro de su cabeza. Estaba segura de que si volvían a golpear la puerta empezaría a chillar, víctima de algún tipo de crisis nerviosa.

Por suerte, la llamada no se repitió.

La escritora logró hacer acopio del suficiente valor como para acercarse a la puerta y escrutar por la mirilla. No había nadie al otro lado.

«Una broma —pensó, casi con alivio—. Algún estúpido niñato borracho del pueblo que quiere divertirse a mi costa. Eso es todo. Una simple gamberrada.»

Se lo repitió a sí misma hasta que logró convencerse de aquella idea. Logró mitigar su miedo y transformarlo en una creciente irritación. Finalmente, se atrevió a abrir la puerta y echar un vistazo.

Tan sólo encontró el panorama de una noche tranquila envuelta en el suave rumor del océano. Su casa estaba próxima al paseo marítimo, que lucía un aspecto desierto. Telma miró de un lado a otro y no vio a nadie. Seguramente los gamberros ya habrían desaparecido a la carrera, felicitándose por su idiota ingenio de borrachos.

Se disponía a cerrar la puerta cuando reparó en un objeto que había sobre su felpudo. Se trataba de una caja de zapatos toscamente envuelta en papel de regalo.

Telma la abrió, aunque algo le decía que no era una buena idea.

Al quitar la tapa y contemplar su horrible contenido, la escritora dejó escapar una exclamación de asco. Después cerró la puerta de un golpe y se dispuso a llamar a la policía.

Miranda se mantuvo en silencio mientras su amiga bebía a sorbos una taza de tila aderezada con unas gotas de brandy.

La teniente había tardado apenas unos veinte minutos en llegar a casa de Telma desde que recibió su llamada en mitad de la noche. Encontró a la escritora en un visible estado de inquietud. Aunque ella hacía esfuerzos por mostrarse serena, no era capaz de disimular el temblor de su voz ni el de sus manos. La teniente la acompañó a la cocina y ella misma le preparó una infusión para calmar los nervios. Telma se la bebió sin decir palabra, sentada en un taburete y encogida igual que una niña pequeña. La escritora aún llevaba puesto el pijama.

Miranda pensó que su amiga no lucía buen aspecto. Tenía los ojos rodeados de marcas oscuras y la cara muy pálida, casi cerosa. La última vez que la teniente recordaba haberla visto así fue cuando escapó de su pareja de manos largas para denunciarlo en la compañía. Al menos esta vez no presentaba marcas de golpes.

Un guardia joven vestido de uniforme entró en la cocina. Era uno de los agentes de Seguridad Ciudadana que hacía el turno de noche. Miranda había solicitado a la compañía que enviaran un par de ellos a la casa, pensando que la presencia de tipos con pinta de agentes de la ley ayudaría a que Telma se sintiera más segura.

—Mi teniente —saludó el guardia al entrar—. Hemos examinado los alrededores pero no hemos visto nada extraño.

—¿Han preguntado a los vecinos?

—No hay vecinos —dijo Telma—. Las… las casas de al lado son de alquiler, ahora están vacías.

—Mi teniente, si le parece bien volveré a la compañía para redactar un informe por vandalismo. Mi compañero se quedará patrullando alrededor de la casa el resto de la noche para asegurarse de que nadie vuelve a molestar a la señorita.

Pronunció la palabra «señorita» con un tono muy peculiar, como si fuera un noble pistolero del salvaje oeste ofreciendo su ayuda a una damisela en apuros. A Telma le pareció casi tierno y esbozó una leve sonrisa.

—Gracias… guardia —dijo Miranda, que no recordaba su nombre —. Puede marcharse.

El agente dejó solas a las dos mujeres.

—Tus chicos son unos caballeros… —comentó Telma, esforzándose por sonar despreocupada. No lo logró.

—Oh, sí, en cuanto se visten de picoletos parece como si de pronto recordaran sus buenos modales. —Miranda dirigió a su amiga una mirada de afecto—. ¿Te encuentras mejor? ¿Más calmada?

—Sí, gracias. Siento haberte molestado a estas horas de la noche. Quería llamar a la policía, pero tu número fue el primero que me vino a la cabeza cuando descolgué el teléfono. Estaba tan nerviosa que no pensé con claridad.

—No te justifiques, has hecho bien. —Miranda sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su gabardina—. ¿Te ves con fuerzas para responder a un par de preguntas?

—Claro, las que quieras.

—Son sólo para mi informe personal, quiero atrapar al sinvergüenza que ha hecho esto.

—No quisiera molestarte más, tú ya tienes mucho trabajo con… —Telma contuvo un escalofrío—. Con el asunto de Alex.

—Tranquila, querida, soy una mujer multidisciplinar. Por otra parte, cabe la posibilidad de que este hecho pueda estar relacionado… en cierta medida.

Telma la miró asustada.

—¿Tú crees?

—¿Acaso tú no?

—No lo sé… Ni siquiera se me había pasado por la cabeza el considerarlo. Después de todo, no es la primera vez que recibo amenazas de mal gusto por culpa de mi trabajo en el centro social, como tú bien sabes.

—Lo que sé es que hasta el momento los fanáticos de turno se limitaban a dejarte notitas llamándote «bollera» prendidas del parabrisas. Esto es nuevo. Y es peor.

Telma se estremeció por segunda vez al recordar el contenido de la caja de zapatos, la cual aún seguía en el umbral de la puerta de entrada. Miranda no había querido que los guardias la tocaran para poder llevarla ella misma a la compañía.

—Sí… Quizá tengas razón… —musitó.

—Telma, ¿crees que hay alguna persona en el pueblo que quiera causarte daño? Me refiero a algo serio.

—Ayer te habría respondido que no. Es decir… Por supuesto que existe ese grupo de fanáticos de los que hablabas antes, pero ninguno de ellos tiene nada contra mí personalmente; nos detestan por igual a todos los voluntarios del centro, también al alcalde, a los

concejales… En resumen, a todos aquellos en el pueblo que no comulgan con sus ideas. No creo que ninguno de esos energúmenos haya cruzado una palabra conmigo en su vida. Sin embargo, Miranda, después de lo que ha pasado esta noche, empiezo a pensar que realmente hay alguien que siente por mí un odio especial, pero no se me ocurre quién puede ser.

—¿Conoces a Neus Guzmán?

—¿Quién?

—Es esa mujer con pinta de monja resentida que anda siempre por la parroquia. Tiene un grupo de jóvenes cristianos o algo parecido. Creo que trabaja en el ayuntamiento.

Telma frunció el ceño mientras hacía memoria.

—Sí… Ahora caigo… Neus Guzmán, sí, la funcionaria de la tesorería… Hace un par de meses me abordó cuando fui al ayuntamiento a arreglar unos papeles; creo que es la única vez que he hablado con ella cara a cara.

—¿Por qué te abordó?

—Fue muy desagradable. Se había enterado de que pensaba montar la obra de *Eduardo II* con los chicos y chicas del grupo de teatro y, básicamente, me echó un sermón en toda regla; ni siquiera me dio la oportunidad de replicar. Afirmó que la pieza era inmoral, y que obligar a menores de edad a representarla podía considerarse delito o qué sé yo… En fin, una sarta de estupideces. También me dijo que si no cancelaba la obra me atuviera a las consecuencias.

—¿Que te atuvieras a las consecuencias? ¿Ésas fueron sus palabras exactas?

—Más o menos. Yo creí entender que pensaba denunciarme a la policía por corrupción de menores o algo parecido. No le di mayor

importancia, no eran más que los delirios de una loca fundamentalista.

—¿Ésa es la única vez que has tenido relación con ella?

—Sí. Como comprenderás, no es alguien con quien desee estrechar lazos más profundos.

—En cuanto a sus amenazas, ¿te consta que haya hecho algo para cumplirlas?

—No me denunció, si es a eso a lo que te refieres. Tampoco me agredió físicamente ni nada por el estilo, aunque creo que va por ahí escupiendo bilis sobre mi persona a todo el que tiene la santa paciencia de escucharla.

—¿Eso es todo?

—Miranda, si piensas que ella pudo haber venido aquí esta noche y…

—Sólo estoy tanteando opciones. No me cabe duda de que esa mujer te odia más de lo que tú te crees.

La idea pareció sorprender a Telma.

—Pero ¿por qué? ¡Si yo no le he hecho nada!

—Bueno, por una parte, tú representas todo lo que ella aborrece, lo cual, para ciertas personas con la cabeza mal amueblada, puede ser un motivo de agravio bastante serio. Por otro lado, quizá alguna vez hayas hecho algo que causara a Neus Guzmán un perjuicio y tú no seas consciente de ello. ¿Se te ocurre qué podría ser?

—No, de verdad que no, por más que lo pienso… —Telma hizo una pequeña pausa y negó con la cabeza con vehemencia—. No lo sé.

—Hazme un favor, querida: reflexiona sobre ello. Si se te viene algo a la mente, dímelo, ¿de acuerdo? —Miranda guardó la libreta y

el bolígrafo—. Ahora me marcho para que puedas descansar, tienes aspecto de necesitarlo.

Telma puso cara de desagrado.

—La verdad, no creo que pueda pegar ojo, aunque me siento más tranquila sabiendo que uno de tus chicos se quedará vigilando la calle. Puede que aproveche para intentar avanzar un poco en mi nuevo libro y así distraer los pensamientos.

—Me alegra que estés escribiendo otra vez, será bueno para ti. —La teniente hizo una breve pausa—. Hablando del tema, ¿cómo se titula esa novela tuya, la que me dijiste que Aleksandar Suker estaba leyendo?

—Oh, sí, pobrecillo… —dijo Telma, que pareció turbada por el recuerdo—. Era *Celos del aire*.

—Eso es, y ¿de qué trata?

—Ya sabes, una de esas tontas novelitas románticas que suelo escribir. Ésta se vendió muy bien, no sé por qué. La protagonista está enamorada de un tipo bastante insulso, creo que es de los peores personajes que he creado… El caso es que él ya tiene una prometida, que es una bruja antipática. La protagonista se las arregla para hacer creer al individuo soso que su novia le es infiel y así provocar que rompan su relación. Los dos acaban juntos en un final feliz un tanto forzado. Pretendía que fuese una especie de adaptación cómica del *Otelo* de Shakespeare, aunque dudo que nadie captase la referencia. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Es importante para el caso?

—No lo creo; sólo tenía curiosidad por conocer el argumento.

Telma agitó la cabeza en una expresión de lástima.

—Pobre Alex… Ojalá su última lectura hubiera tenido algo más de calidad.

Miranda no supo qué responder a eso.

Echó un vistazo a su reloj; vio que eran más de las cuatro y se sintió muy cansada, con ganas de recuperar todo el sueño que había desperdiciado aquella noche. Abandonó la casa de Telma, llevándose consigo el desagradable paquete que alguien había dejado en su puerta y, antes de subir a su coche, fue a intercambiar unas palabras con el guardia de Seguridad Ciudadana que se ocuparía de vigilar que no se produjeran más incidentes.

—Llámeme a mi móvil si sucede cualquier cosa extraña —le dijo—. Y déjese caer a menudo por delante de la casa, que Telma le vea si se le ocurre mirar por la ventana. Está muy nerviosa y necesita sentirse segura.

—Descuide, mi teniente, así lo haré, pero no creo que esos gamberros vuelvan. —Señaló la caja que Miranda portaba bajo el brazo—. ¿Eso es lo que han dejado en la puerta?

—Sí.

—¿Puedo preguntar qué hay dentro?

—Creía que ya lo había visto.

—Mi compañero sí, pero yo no. Yo estaba vigilando el perímetro.

Miranda destapó el paquete para mostrar el contenido al guardia. Éste hizo una mueca de desagrado.

Dentro de la caja había un objeto envuelto en un pedazo de tela blanca adornado con un ribete color rosa. En principio parecía un pañuelo corriente y barato, como el que cualquier persona llevaría a diario en el bolsillo. Miranda lo desplegó con cuidado y dejó a la vista la cabeza de una rata, grande y cubierta de pelo negro.

Probablemente una de las muchas que hocicaban entre los desperdicios del puerto. Miranda había llegado a ver algunas que eran del tamaño de un gato. Los ojillos de la rata estaban casi cerrados, como en una expresión de agonía, dejando atisbar el blanco lechoso de sus globos oculares. Una lengua diminuta y afilada asomaba por entre sus dientes. La cabeza había sido cercenada con un corte limpio y seguramente aún sangraba cuando fue envuelta en el pañuelo, pues éste estaba cubierto de una sustancia roja y espesa que había acartonado la tela al empezar a secarse.

—Joder —masculló el guardia—. Otra rata.

—¿Otra? ¿Qué quiere decir con «otra»?

—Hace días apareció una rata muerta en el cartel del anuncio de la obra del centro social, y me han dicho que también clavaron una en la pared del salón de actos del ayuntamiento. —El hombre dirigió una mirada de aprensión a la cabeza del animal—. Qué asco.

—Había un anónimo dentro de la caja. —Miranda se sacó del bolsillo un folio doblado con un mensaje impreso y se lo dejó leer al guardia. TÚ SERÁS LA PRÓXIMA, decía—. ¿Esto le sugiere algo, muchacho?

—También dejaron un anónimo en el ayuntamiento. Parece como si tuviéramos en el pueblo a un grupo de vándalos con fijación por las ratas muertas, mi teniente.

—Esperemos que por el momento se conformen con mutilar sólo a los roedores.

El guardia dijo algo, pero Miranda no prestó atención. Súbitamente había captado un detalle en el interior de la caja en el que no había reparado hasta ese momento.

La teniente cogió el pañuelo y se lo llevó a la nariz. El guardia contempló sorprendido cómo Miranda lo olía con una profunda aspiración. Los labios de la mujer se fruncieron en algo parecido a una sonrisa contenida.

—Aroma Frescor Salvaje —dijo, de forma inopinada.

—¿Perdón, mi teniente?

—Nada. —Miranda arrojó el pañuelo a la caja y la cerró. Daba la impresión de sentirse de pronto muy satisfecha—. Estaba pensando en las sorprendentes cualidades de los ambientadores de oficina. Buenas noches, guardia.

La teniente se alejó hacia su vehículo, dejando tras de sí a un guardia civil sumido en la mayor de las confusiones.

16
Que se cuide por dentro y por fuera

Domingo, 26 de abril

El domingo Miranda se levantó bien pasadas las nueve. El día era lluvioso y el cielo, una mancha gris.

Después de tomar con calma un frugal desayuno, la teniente decidió ponerse su gabardina, calzarse un par de botas de agua y salir a dar un paseo por la playa, junto a la orilla.

Caminó en silencio, barruntando teorías y fumando un cigarrillo detrás de otro, cuyas colillas enganchaba pulcramente entre el cordón de las botas para no tirarlas a la arena. La playa estaba casi desierta.

Al llegar a media altura del paseo marítimo, sus pensamientos se interrumpieron por una combinación de ruidos simultáneos: por una parte, el eco del cañón del castillo, que detonaba a las once en punto, y por otra las campanas de la cercana parroquia del Carmen, llamando a la misa.

Miranda tomó la decisión de abandonar la playa y avanzar un par de manzanas hacia el centro del pueblo, donde estaba la iglesia. Allí encontró a un nutrido grupo de parroquianos que acudían al oficio,

la mayoría acompañados por sus hijos o nietos de corta edad. Miranda tenía entendido que los domingos el cura Paco adaptaba la misa de once para niños y jóvenes.

La teniente permaneció un poco apartada, contemplando a los fieles mientras se fumaba un cigarrillo. A veces Miranda se preguntaba qué clase de asombrosa disciplina empujaba a un nutrido grupo de hombres, mujeres y niños a escuchar idénticas palabras cada domingo hasta el fin de sus días. Quizá en la misa dominical existía algún tipo de atractivo social, exclusivo para los cristianos, que Miranda, de naturaleza más bien solitaria, era incapaz de apreciar. El Dios en el que ella creía era un ser razonable, el cual no obligaba a codearse con extraños cada semana al son de un coro guitarrero para atender tus oraciones. Al menos así lo veía la teniente.

Un grupo de chicos se acercó hacia el templo. Entre ellos Miranda reconoció a la muchacha que había acudido a la compañía el día anterior junto con Neus Guzmán. La teniente dejó a medias su segundo cigarrillo y se aproximó a ella, con las manos sepultadas en los bolsillos de la gabardina.

—Hola. Tú eres Carolina, ¿verdad? —La chica puso cara de ratoncillo asustado—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí…

—Bien. Quisiera hablar contigo unos minutos, si no te importa. —Miranda se dirigió a los otros tres jóvenes que acompañaban a Carolina—. Podéis dejarnos a solas, muchachos. Seguid a lo vuestro.

El tono no admitía réplica. Carolina lanzó una mirada de súplica a sus acompañantes, pero éstos prefirieron obedecer a la teniente y se escabulleron al interior del templo.

—Por favor, no puedo llegar tarde —rogó Carolina—. Ayer ya le dije todo lo que sabía, se lo aseguro.

—Por supuesto, querida. —Miranda trató de esbozar una sonrisa que pareciera cordial, aunque sin mucho éxito—. Ocurre que, a mi edad, una se vuelve despistada y olvidadiza, y me gustaría que me refrescaras un par de detalles. No te importa, ¿verdad? —Carolina hizo amago de responder—. No, claro que no. ¿Podrías recordarme en qué lugar encontraste a Telma Silvela la noche del jueves?

—En… en la heladería.

—Cierto, la heladería. En Montecarlo, ¿no es así? La que está al otro lado de esta calle.

—No, en el Delico.

—Sí, es verdad. ¿Te das cuenta? Tomé nota de ello después, pero no estaba segura de recordar bien los detalles. —Con gestos ostensibles, Miranda sacó una libreta del bolsillo y fingió leer algo en una página en blanco—. Viste a Telma en el Delico el jueves en torno a las diez, ¿es correcto? Justo antes de ir al cine con tu madre.

—Sí, sí. Es correcto —respondió Carolina apresurada, sin dejar de mirar hacia el interior del templo—. ¿Eso es todo? ¿Puedo irme ya?

Miranda cerró la libreta y la guardó.

—Me temo que no. Antes quiero que me aclares por qué ayer asegurabas que fuiste al Delico pasadas las doce, y no a las diez, y justo al salir del cine, no antes. A Dios no le gustan los mentirosos, Carolina, y menos en un caso de asesinato.

La chiquilla se puso pálida.

—No es verdad, ¡no es verdad! Yo no dije eso.

—Está en el informe, querida —respondió Miranda con dulzura—. Si quieres podemos ir juntas a mi oficina y comprobarlo. Son tus

propias palabras.

—Mentira —insistió, acorralada—. Yo no dije esa hora.

—¿Qué hora?

—La… la que usted ha dicho.

—Yo he dicho las doce.

—¡Pues fue a las diez! ¡Yo dije a las diez!

—Oh, disculpa, me he confundido… Yo dije a las diez, tú a las doce. —Los labios de la chiquilla temblaron. A Miranda casi le inspiró cierta lástima haber jugado con ella de esa forma—. Tú no viste nada, ni a las diez, ni a las doce, ni a ninguna hora, ¿no es cierto, querida?

—Yo… Yo no…

—¿Quién te convenció para que mintieras a la policía? Sólo dímelo, y haré como si todo esto no hubiera ocurrido.

La mirada de Carolina se detuvo en un punto tras la espalda de Miranda. La teniente volvió la cabeza a tiempo para ver acercarse a Neus. Su boca fruncida semejaba el corte de una navaja.

—¿Hay algún problema, teniente? —preguntó la mujer.

—Quizá. Parece que el testimonio de Carolina tiene algunos puntos oscuros, sólo estaba contrastándolos.

—¿Qué clase de puntos oscuros?

—Diría que todo lo que contó no era más que una sarta de mentiras.

Neus se dirigió a la joven y en tono tranquilizador le dijo que entrara en la iglesia. Carolina se alejó con presteza sin que Miranda hiciera nada por impedirlo. La chiquilla ya no le interesaba; estaba segura de que el auténtico cerebro de aquella intriga de pacotilla era Neus, no su pupila.

—Teniente, esto es vergonzoso —dijo la mujer. Sus ojos transmitían más que un simple enfado; era rabia pura—. Carolina es menor de edad, usted no tiene ningún derecho a acosarla de esta forma. Puede estar segura de que pondré este hecho en conocimiento de sus superiores.

—Mentir a la policía es delito, señora. A cualquier edad. También a la de usted.

—¿Qué quiere decir?

—Usted convenció a la muchacha para que me engañara, ¿lo niega?

—¡Por supuesto que lo niego, con todas mis fuerzas! Y espero que pueda probar una acusación tan grave, porque le garantizo que le hará falta cuando le ponga una querella por injurias.

Miranda contuvo un suspiro. Pensó que el mundo era un lugar más feliz antes de que el ciudadano de a pie aprendiera la expresión «querella por injurias» de los programas de televisión.

—Señora Guzmán, para probar la falsedad del testimonio de Carolina me basta tan sólo con preguntar en la heladería donde aseguró estar la noche del jueves con su madre… O bien puedo preguntar directamente a la madre de la muchacha. ¿Cree que ella confirmará su historia?

Neus no cambió su expresión hostil, aunque Miranda creyó percibir un destello de inquietud en sus ojos.

—Esa mujer no es más que una pobre infeliz, divorciada, irresponsable y con evidentes carencias como educadora. No es de fiar. Dirá cualquier cosa que le sugiera la policía.

La teniente empezó a perder la paciencia. Clavó en Neus una mirada dura, la misma que reservaba para los delincuentes de poca

monta que se ponían cargantes, perfeccionada en sus primeros años como agente de calle.

—Ya es suficiente, señora Guzmán. Una investigación por asesinato es algo muy serio, y no toleraré que intente complicarla hostigando a personas involucradas en ella, ¿me ha entendido?

—¡Yo no he hostigado a Carolina! Es usted la que…

—¿Dónde estuvo ayer por la noche a las tres de la madrugada? —disparó Miranda.

—¿A qué viene esa pregunta? —dijo Neus, confusa por aquel giro inesperado de la discusión—. Durmiendo en mi casa, como es lógico. No entiendo…

—Deme su pañuelo.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído. Deme su pañuelo, el que llevaba ayer. Quiero verlo.

Las mandíbulas de Neus se pusieron tensas. Miró a la teniente con ojos envenenados por el rencor.

—No lo tengo aquí.

—Ya. Eso suponía. —Con exagerada calma, Miranda extrajo de su bolsillo un pliego de tela manchado por la sangre de una rata muerta —. Esto aún apesta al ambientador de mi oficina, que ayer derramé sin querer en una silla. Usted la limpió antes de sentarse con un pañuelo idéntico al que tengo en la mano. Más tarde alguien lo utilizó para envolver la cabeza de una rata y dejarla en la puerta de Telma Silvela esta madrugada. Quiero preguntarle si esa persona fue usted.

—Si piensa eso, es que ha perdido el juicio. —Neus miró con asco el trozo de tela que Miranda le mostraba—. Esa cosa no es mía, y si

alguien asegura lo contrario, miente.

—En ese caso no debe preocuparse. Se me da muy bien atrapar a los mentirosos, no lo olvide. —La teniente esbozó una sonrisa perezosa—. Que pase un buen día.

Hizo el gesto de guardarse el pañuelo en el bolsillo pero, en vez de eso, lo dejó caer al suelo fingiendo no darse cuenta de que lo perdía. Después se alejó de Neus hasta desaparecer de su vista y se ocultó tras una furgoneta aparcada a unos metros de la iglesia.

Desde su escondrijo, Miranda pudo ver cómo Neus se aseguraba de que no había nadie cerca y, a continuación, recogía el pañuelo manchado de sangre para meterlo a toda prisa en su bolso. Finalmente entró en la iglesia con la cabeza bien alta, como apuntalada por una conciencia sólida y sin mácula.

Tras perder de vista a Neus Guzmán, Miranda recibió una llamada en su móvil. Era Lesboutx, desde la compañía; quería saber si tenía previsto pasarse por allí. La teniente le dijo que llegaría en unos minutos, después de ir a la frutería para comprar unas cuantas manzanas.

Lesboutx también avisó de que el Caimán estaba en la oficina. La noticia contrarió a Miranda pero no la sorprendió; ya suponía que iba a ser difícil dejar al margen del caso a Benjumea hasta el lunes, ni siquiera él era tan incompetente.

Al llegar a la compañía, la teniente se encontró con Lesboutx y el Caimán en sus respectivos cubículos. Este último la saludó levantando el brazo con desgana.

—Mi teniente —dijo—. Menudo carajal nos han montado, ¿eh? Ya le he dicho aquí a la alférez que quise ponerme ayer a tu disposición, pero es que estaba fatal de…

Miranda desconectó. Benjumea siempre estaba fatal de algo cuando tocaba trabajar en fin de semana.

—No importa. Te habría llamado yo, pero de momento nos apañamos bien con los que somos.

—Sí, ya; me han dicho lo del chico nuevo.

—Vuelve a casa si quieres, Benjumea. Te avisaré si nos haces falta.

—No, hombre, no; ya que he venido… —dijo, con la misma actitud de un héroe sacrificado—. A ver, contadme de qué va la vaina. ¿En qué punto estamos?

A Miranda le dio una enorme pereza relatar al Caimán todo el caso desde el principio, así que le encargó la tarea a Lesboutx mientras ella bajaba a la cantina a por un café. Se lo bebió con calma a solas mientras se comía una manzana y después regresó a la oficina. Lesboutx ya casi había terminado de poner al día a Benjumea.

—¿Y bien, Benjumea? —preguntó Miranda—. ¿Alguna hipótesis?

El aludido se rascó el bigote, pensativo.

—No sé, teniente. Yo creo que es un tema de drogas. Probablemente el chaval le debía pasta al rumano que la vendía, no quiso pagar, el rumano se cabreó y le reventó la cabeza a palos. Luego le metió el trasto ese por el culo para que sirviera de aviso al resto de los clientes.

Miranda hizo un gesto apreciativo. Lo cierto era que sonaba una hipótesis muy razonable para venir de alguien tan poco sagaz como Benjumea.

—Así que piensas que fue Bogdan Lupu quien lo mató.

—Sí. Que miren las huellas del rizador de pelo, seguro que está lleno de ellas.

—Ya lo han hecho. No hay nada, el asesino tomó precauciones.

Benjumea resopló.

—Vaya por Dios… ¿Lo veis? Eso es lo que hemos ganado con tanta policía científica y tanta hostia. Antes, como no había de eso, la gente no tenía ni idea de lo que era una huella dactilar y dejaban la escena del crimen hecha unos zorros. —Se reclinó sobre el respaldo de su silla, con aspecto de estar agotado—. Teniente, yo creo que este caso no tiene solución.

«Lo tuyo sí que no tiene solución», se dijo Miranda, mientras contenía un suspiro de impaciencia. Sintió la urgente necesidad de sacar a Benjumea de su vista.

—Toma, coge esto —dijo, entregándole la fotografía de Edu99—. Vete donde la Policía Municipal y pregunta por allí si alguien conoce a este chico.

—Teniente, que acabo de llegar…

—Y ahora vas a marcharte. Así están las cosas, querido.

El Camián se levantó de la silla con movimientos osunos, cogió la foto y salió de la oficina, sin dejar de farfullar crípticos lamentos.

—En serio, ¿qué edad tiene? —preguntó Miranda, a nadie en concreto—. ¿Por qué no se jubila de una santa vez? Si debe estar deseándolo.

Lesboutx esbozó una sonrisa discreta.

—Creo que es por su mujer. Dice que no lo quiere tener en casa.

—Y luego la gente se pregunta que por qué yo sigo soltera… En fin, dime que tienes alguna novedad sobre el paradero de Bogdan

Lupu. Necesito recuperar mi fe en la profesionalidad de este equipo.

—Nada, lo siento; es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Maldita sea, sólo es un camello medio en cueros, no puede estar poniendo en jaque a todo un dispositivo de búsqueda y captura de la Guardia Civil. —Miranda chistó con la lengua—. Voy a mi despacho a hacer unas llamadas; a ver si consigo herir el orgullo de algunos colegas para que se espabilen con la tarea. Ese rumano tiene que aparecer hoy sí o sí.

La teniente salió de la oficina. Pasó la siguiente hora colgada del teléfono, hablando con diversos guardias involucrados en el operativo de Bogdan Lupu. Se vio interrumpida por el regreso del Caimán, quien, sorprendentemente, traía noticias sobre Edu99.

—Un agente de los munipas que suele patrullar por la zona del centro social recuerda haberlo visto allí con otros chavales —explicó. El aliento le apestaba a café, por lo que la teniente supuso que Benjumea había estado haciendo algo más que investigar—. Según me ha contado, una vez les tuvo que llamar la atención porque estaban bebiendo cerveza en la calle.

—¿Dónde? ¿En el centro social? —preguntó Miranda.

—Eso dice. Justo en la puerta. Al parecer, era uno de los alumnos de los talleres.

—¿Y sabe quién es?

—No. Cuando lo pilló con las litronas tan sólo le dio un aviso; no le puso multa ni nada de eso.

No era una identificación completa, pero sí una pista. Miranda creyó que podría sacar algo útil de la información.

Benjumea insinuó de forma poco sutil que obtener aquel dato sobre Edu99 había requerido de un gran esfuerzo por su parte, a

todas luces excesivo para un día no laborable. Miranda aprovechó encantada la oportunidad para liberarlo de tareas durante el resto del día. Sintió un enorme alivio cuando lo vio desaparecer por la puerta, renqueando como si soportara todo el peso de la ley sobre sus hombros.

—A enemigo que huye, puente de plata —dijo la teniente.

—¿Qué hago? ¿Aviso al sargento Ballesteros para darle las novedades? —preguntó Lesboutx.

—No, deja al chico que descanse toda la mañana, que ayer lo sacudieron como a una estera. Tú vete a casa también.

—Hay un montón de cosas por hacer.

—Lo sé, lo sé; pero nada para lo que os necesite aquí, en la compañía. Hoy nos dedicaremos a investigar en el Luces y Sombras y en el bar La Plaza, pero lo haremos por la tarde.

—Entendido. ¿Cómo nos vamos a organizar?

Miranda estableció dos grupos: ella hablaría con el encargado del Luces y Sombras mientras que Lesboutx y Christian se encargarían de ir al bar La Plaza para preguntar si alguien de allí había visto juntos a Edu99 y a Aleksandar. Los guardias civiles se mantendrían en contacto telefónico para informarse mutuamente de cualquier hallazgo.

Lesboutx protestó un poco. Consideraba que ella podía encargarse sola de investigar en el bar, pero Miranda no cambió de parecer. Según dijo, le vendría bien acostumbrarse a trabajar a solas con Christian, sin carabina.

—¿Carabina? —saltó Lesboutx—. ¿A qué te refieres con eso?

—¿Yo? A nada. Sólo era una forma de hablar. —Miranda dedicó a la alférez una expresión de perfecta candidez—. No sé por qué te

llama la atención.

Lesboutx la miró escamada.

No pudo evitar sentir una leve inquietud. La idea de que la teniente estuviera jugando a la celestina le pareció tan aterradora que se apresuró de desecharla de inmediato.

El centro social de Santarés contaba con unas aceptables instalaciones deportivas al aire libre. Entre los talleres que se impartían también había lugar para entrenamientos de fútbol y de baloncesto; de hecho, el centro tenía sus propios equipos en ambas disciplinas, tanto masculinos como femeninos. Todos ellos estaban apuntados en la liga juvenil de la comarca para entidades educativas. Los partidos se jugaban los sábados y los domingos, y dado que suponían un entretenimiento vistoso y barato, muchos vecinos solían ir a verlos para pasar el rato.

En realidad, más que la afición deportiva, lo que atraía al público era la posibilidad de contemplar alguna buena tangana entre los contendientes o el quemar adrenalina insultando al árbitro, que solía ser un pobre chaval con muchas agallas. Si en alguno de los partidos un delantero y un defensa acababan a bofetadas o mentando familiares, entonces se daba el espectáculo por amortizado y los espectadores se iban contentos a casa, a disfrutar de la comida dominical. Era fútbol rural en estado puro: con raspones, gritos, esguinces y narices ensangrentadas.

Cuando Miranda apareció en el campo del centro social jugaban dos equipos femeninos. Uno de ellos era el de las alumnas locales y el otro pertenecía a un instituto de un pueblo cercano. El público era

escaso, dado que las chicas no atraían tanta expectación como los futbolistas varones (la mayoría de los vecinos ignoraba que existiera un equipo femenino en Santarés), así que Miranda tan sólo encontró a un puñado de jóvenes desperdigados por las gradas. Casi todos charlaban entre ellos sin prestar demasiada atención al campo de juego.

La teniente localizó a Telma en un rincón. Era de las pocas que parecían seguir el partido con interés. De vez en cuando aplaudía con entusiasmo o animaba por sus nombres a las jugadoras del equipo del centro social.

Miranda se acercó a ella. Le habría gustado citarse con la escritora en un sitio más discreto, pero tenía cierta urgencia en hablar con ella y Telma le había dicho por teléfono que estaría viendo el partido de fútbol a esa hora.

Tras intercambiar un saludo, la teniente se acomodó a su lado y se sacó una manzana del bolsillo de la gabardina.

—Bueno, y… ¿qué tal van? —preguntó, tras darle un mordisco.

—Ganamos por dos goles —respondió Telma, sonriendo.

—Me alegro —dijo Miranda—. ¿Cómo has pasado la noche? ¿Pudiste descansar?

—Logré dormir unas pocas horas a partir de las cinco, que es más de lo que yo esperaba, así que no puedo quejarme, dadas las circunstancias.

—Siento mucho que tengas que pasar por todo esto.

Telma emitió un largo suspiro de resignación.

—Sí, yo también, pero lamentarse no me ayudará en nada. Me he propuesto ser fuerte y seguir adelante con mi día a día, creo que es lo más inteligente que puedo hacer. —A Miranda le alegró ver que

Telma aún mantenía una actitud positiva. No esperaba menos de ella; siempre fue una mujer con mucho temple.

Una de las jugadoras marcó un gol y la escritora lo celebró entre brincos y palmadas.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó después—. Me dijiste por teléfono que querías hablar conmigo de algo importante. ¿Tiene relación con lo que ocurrió anoche?

—Creo saber quién fue la persona que te dejó la cabeza de rata en la puerta, pero aún no puedo probarlo.

—En ese caso, prefiero que no me digas nada hasta estar segura. Lo que menos necesito en estos momentos es empezar a temer de alguno de mis vecinos sólo en base a una sospecha que quizá pueda ser equivocada.

Miranda asintió. Le parecía una postura muy juiciosa.

—Hay algo más —dijo—. Pensé que podías echarme una mano con cierto asunto.

La teniente rebuscó entre los bolsillos de su gabardina hasta encontrar la foto de Edu99, plegada varias veces. Se la mostró a Telma y le preguntó si conocía al chico. Ella respondió casi de inmediato.

—Sí, estaba en el grupo de teatro a principios de curso, pero luego lo dejó.

Miranda sonrió satisfecha. Al fin buenas noticias.

—Entonces ¿sabes cómo se llama?

—Edu —respondió Telma—. Edu… No recuerdo el apellido… Herranz o Sanz, algo parecido. ¿Por qué lo quieres saber?

Miranda prefirió no decirle que estaba muerto mientras no fuese necesario. Pensó que sería bueno evitar que Telma se relacionara

con más asesinatos de los que podía asimilar. Ya había sufrido demasiados sobresaltos.

—Tengo la sospecha de que se reunió con Aleksandar Suker poco antes de su muerte.

—¿Edu? —preguntó la escritora, sorprendida—. ¿Por qué?

—Es lo que estoy tratando de averiguar. Si tiene relación con el caso…

—Oh, no, estoy segura de que no. Edu es un buen chico, un poco fantasioso quizá, pero con buen fondo.

—¿Lo conocías bien?

—Lo traté un poco, sí. Como te he dicho, estuvo en mi grupo a comienzos de curso, pero sólo duró un par de meses; luego lo dejó.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que simplemente decidió que el teatro no era lo suyo; me dio un poco de pena porque creía que el chico se estaba integrando. Luego, después de abandonar el taller, lo he visto a veces por aquí con amigos suyos, así que no le di mayor importancia.

—¿Qué clase de amigos frecuenta?

—Sobre todo chicas. —Telma señaló a un grupito que estaba en las gradas, al otro lado del campo—. Va mucho con ésas de ahí, algunas de ellas están todavía en el taller de teatro.

—¿Sabes si tiene familia aquí en el pueblo?

Telma la miró como si hubiera dicho algo absurdo.

—¿Familia? No, qué va. Como algunos de nuestros chicos, vive en el centro de acogida de menores con el que mantenemos un convenio de colaboración.

—Así que no tiene a nadie en el mundo, como se suele decir.

—Es algo frecuente entre los chicos que vienen al centro social —corroboró Telma.

—Antes me has dicho que Edu era un poco fantasioso, ¿a qué te referías con eso?

—Le gustaba llamar la atención. A menudo inventaba historias sobre que había mantenido relaciones con hombres mayores que él, celebridades de las cuales no podía revelar su nombre. Algunas de esas historias eran un poco truculentas.

—¿Estás segura de que eran inventadas?

—Claro que sí. ¡Pobre infeliz! ¿A qué hombres famosos iba a conocer si vivía en un centro de menores? Es algo habitual que los adolescentes imaginen cuentos estrafalarios sobre sí mismos, especialmente si provienen de ambientes desestructurados. En el caso de Edu, le gustaba presumir de ser una especie de objeto de deseo para hombres maduros y conocidos, aunque no sé por qué, yo no soy psicóloga.

—Entonces Edu era menor —dijo Miranda—. ¿De qué edad?

—Dieciséis o diecisiete, creo.

—¿No hay ninguna duda al respecto? En la fotografía parece mayor.

—No, ninguna. Si tuviera más de dieciocho no estaría aún en el centro de menores.

A Miranda le pareció extraño. En teoría, Finder era una red social exclusiva para mayores de edad; Edu no debería haber tenido un perfil en ella.

—¿Sabías que el chico utilizaba Finder? ¿Te habló sobre ello alguna vez?

—No lo sabía, ¿por qué eso es importante?

—Trato de establecer cómo pudo entrar en contacto con Aleksandar, y Finder me parece la forma más probable.

Telma agitó la cabeza con actitud incrédula.

—Supongo que tendrás tus razones para pensar así, pero, sinceramente, yo no le encuentro sentido. Me parece imposible que Edu conociese a Alex, y aún más absurdo que pueda estar relacionado con su muerte.

—¿Por qué dices eso?

—Yo… No lo sé… Simplemente es descabellado —respondió la escritora, titubeante—. Para empezar, tú me dijiste que Alex fue golpeado en la cabeza y que lo arrastraron hasta el pasillo. El asesino tuvo que ser alguien grande, fuerte… Alex era un hombre fornido y muy alto, de casi dos metros. Edu, en cambio, es más bien pequeño.

Miranda asintió en silencio. En efecto, en la foto de su perfil de Finder a Edu99 se le veía muy delgado, casi enclenque. La teoría de un asesino de cierta fuerza física era muy digna de tener en cuenta.

—Quizá tengas razón —admitió—. En cualquier caso, yo no he dicho que él lo matara, sólo que ambos podían estar relacionados de alguna manera, ¿tienes alguna idea al respecto?

Telma negó con la cabeza.

—No. Ojalá pudiera ayudarte pero no lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Sí, eso será lo mejor… —respondió Miranda, de forma apresurada. Se guardó su cuaderno de notas en el bolsillo y se levantó—. Gracias por tu ayuda, Telma. Si recuerdas algo más que quieras decirme llámame, por favor.

—Ahora que lo mencionas… —La escritora vaciló, como si se sintiera incómoda—. He leído en los periódicos algunos artículos sobre el asesinato…

—Te recomiendo que no lo hagas, en serio. Los periodistas dicen muchas chorradas para rellenar espacio.

—Entonces ¿no es cierto que fue asesinado en la madrugada del jueves al viernes?

—Sí, bueno, eso es verdad… —rezongó Miranda. No sabía cómo podía haberlo averiguado la prensa, con el caso bajo secreto de sumario. Decidió que iba a mantener una seria charla con el comandante de la compañía sobre filtraciones.

Telma miró a los ojos de la teniente.

—En ese caso, explícame cómo Alex pudo hablar conmigo por Finder en la mañana del viernes, si para entonces se supone que estaba muerto.

Miranda respiró hondo. Le habría gustado no tener que hablar de ese tema con su amiga.

—Bien… Es evidente que no fue él quien te envió aquellos mensajes.

—¿Y quién lo hizo? ¿El asesino?

—Aún no lo sé, pero pretendo averiguarlo. No te preocupes por eso.

—¡Como si fuera fácil! ¿No te das cuenta? La persona que me escribió esos mensajes quería que yo fuera a casa de Alex por la tarde —dijo Telma—. Quería que yo encontrara el cadáver. Es terrible… Imagina por un momento que la vecina no me hubiera visto entrar en casa de Alex y salir corriendo justo después, ¿cómo sabría la policía que yo no tuve tiempo de ocultar alguna prueba o

incluso de matarlo? Sé muy bien que la persona que encuentra el cadáver es siempre el sospechoso principal.

—No en tu caso. La hora de la muerte determina sin lugar a dudas que el crimen se produjo horas antes de tu llegada.

—De acuerdo, pero si nadie me hubiera visto entrar y salir de la casa a la hora que yo dije, me encontraría en una situación muy delicada, ¿verdad?

—Te repito que no es el caso.

—Pero podría haber ocurrido —insistió Telma con terquedad—. ¿Sabes qué? He estado pensando en lo que me dijiste ayer, en que tal vez alguien del pueblo quiera causarme daño… Empiezo a pensar que tienes razón. Todo el pueblo habla de mí a mis espaldas. Antes ya tenía algunos enemigos por lo de la obra teatral, pero desde el asesinato muchos creen que además soy una especie de psicópata depravada.

—La hora de la muerte… —insistió Miranda.

—¿Qué más le da a esa gente la hora de la muerte? Son la inquisición popular, y para ellos lo único importante es que yo estaba en el lugar del crimen cuando apareció la policía, y todo porque a un perturbado se le ocurrió hacerse pasar por Alex y citarme en su casa. ¿Por qué yo, Miranda? ¿Por qué justo a mí?

—¿Alguien más sabía que Aleksandar y tú os relacionabais por Finder?

—Nadie. Me daba vergüenza admitirlo, ya te lo dije. Aunque… —Telma se calló, como si de pronto contemplara una nueva posibilidad.

—¿Sí?

—No lo sé… Quizá Alex lo comentara con alguien. De eso no puedo estar segura.

—Si lo hizo, yo lo descubriré. Y también averiguaré quién te engañó para que acudieras a su casa aquella tarde. —Telma no dijo nada. Tampoco daba la impresión de que las palabras de su amiga le sirvieran de consuelo, así que Miranda intentó sonar más convincente—. Debes confiar en mí.

Telma torció la boca en una expresión amarga.

—Claro que confío en ti, Miranda, por supuesto —dijo—. Pero eso no impide que tenga miedo, mucho miedo. No sé cuánto tiempo más podré soportar esta presión.

Una de las chicas del equipo local marcó un gol. Esta vez la escritora olvidó celebrarlo.

Miranda no regresó a la compañía tras despedirse de Telma. No tenía prisa por alejarse del campo de fútbol ni tampoco por informar a Campoy sobre la identidad del cadáver del puerto comercial.

Se quedó un rato apoyada sobre el capó de su coche, fumando un par de cigarrillos mientras esperaba pacientemente a que el árbitro pitase el final del partido.

Cuando el público comenzó a abandonar el recinto, la teniente aguardó hasta que aparecieron dos chicas adolescentes que caminaban juntas. Eran las mismas a las que Telma había señalado como amigas de Edu.

Una de ellas, la que parecía mayor, llevaba el pelo liso y teñido de azulón. Tenía un rostro feo, lleno de marcas de acné, apenas disimuladas por una capa de maquillaje de color pálido. Del lóbulo

de sus orejas colgaba una inusitada cantidad de metal en forma de aros y tachuelas. La otra tenía rasgos agitanados, de piel morena y ojos verdes. Habría resultado guapa de no ser por su expresión bobalicona. El pelo le caía sucio y desgreñado hasta los hombros y vestía ropas que semejaban sacadas de los desechos de un mercadillo de prendas de segunda mano, las cuales apenas le cubrían lo indispensable para no ir desnuda.

Las dos chicas se acomodaron en el respaldo de un banco. La del pelo azul empezó a liar un cigarrillo. Entre las hebras de tabaco añadió algunos trozos aplastados de una bola color marrón, la cual estaba envuelta en papel de aluminio.

Miranda se acercó a ellas, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

—Hola, chicas —dijo—. ¿Os importa si os interrumpo?

—¿Y tú quién eres? —preguntó la del cigarrillo.

—Soy la teniente Miranda Vega, de la Guardia Civil.

—Hostia —soltó la otra chica—. ¿Qué pasa? No hemos hecho nada. Esto es tabaco de liar normal, ¿vale?

—Desde luego —dijo Miranda—. Pero hacedme un favor y esperad a que yo no mire para encenderos esa cosa, querida. Sólo quiero charlar un poco, nada más.

Las dos jóvenes se miraron desconcertadas durante unos segundos. Después dijeron «vale» casi al unísono. Miranda no tardó en comprobar que era un vocablo que utilizaban a menudo como sustitutivo de expresiones más complejas.

La teniente les mostró la fotografía de Edu. La chica con poca ropa no lo reconoció de inmediato, pero la otra sí.

—Es amigo mío —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Ha hecho algo malo?

Con el mayor tacto de que fue capaz, Miranda les dijo que era muy probable que Edu estuviese muerto. La chica agitanada no alteró su expresión lela y la otra tan sólo miró al suelo con ojos tristes. A la teniente le pareció que ambas hacían gala de una enorme entereza, quizá porque ni siquiera era lo peor que habían escuchado o vivido en sus cortas existencias.

—Menuda putada —musitó la del cigarrillo. Miranda le dijo que lo sentía y ella se limitó a encogerse de hombros con resignación—. Es igual. Su vida era una mierda.

—¿Por qué dices eso?

—No tenía a nadie. Vivía en el centro de menores y allí a veces algunos chicos le daban de hostias o le insultaban porque le molaban los tíos. Él me lo contaba.

—¿Qué más cosas te contó?

—También que su madre era una yonqui y que su padrastro le metía mano cuando era pequeño, así que la policía se lo llevó al centro de menores. Eso es una puta mierda, ¿verdad?

Miranda asintió con gravedad y dijo que, en efecto, lo era.

De pronto la chica agitanada empezó a sollozar sin lágrimas, soltando hipidos ridículos. La del cigarrillo la miró irritada.

—¿Y a ti qué coño te pasa? —le preguntó.

—No sé, es que me da mucha pena que esté muerto, ¿vale?

—Deja de hacer el imbécil, tú ni siquiera conocías a Edu —aseveró, haciendo que la otra dejase de llorar al instante. Después se dirigió a Miranda—. ¿Qué le pasó?

—Parece ser que se ahogó en el puerto.

—Joder… ¿Cómo que se ahogó? Si él nunca se metía en el mar, ni siquiera sabía nadar.

—Pensamos que quizá alguien pudo tirarlo al agua.

—O sea, que se lo cargaron.

—¿Eso te sorprendería?

La chica se encogió de hombros.

—¿Yo qué sé? Él siempre decía que se tiraba a tíos mayores y a famosos, que le pagaban, ya sabes, y él presumía de eso. Yo creo que era mentira, que se lo inventaba todo. Si era verdad que le pagaban, ¿por qué nunca tenía dinero? Pero una vez le vi con un pavo que debía de tener treinta o treinta y tantos. Iban por el paseo marítimo y el tío le estaba sobando el culo, aunque no parecía famoso, más bien un chuloputas. Tenía muy mala pinta.

—Entonces ¿crees que después de todo era verdad que mantenía relaciones a cambio de dinero?

—No, qué va; ya te lo he dicho: nunca llevaba un puto duro encima. Sólo creo que le gustaba calentar a tíos mayores y luego él exageraba las cosas, nada más. La verdad es que él mismo aparentaba más edad de la que tenía.

—¿Y dónde conocía a esos hombres con los que tonteaba?

—En Finder. ¿Sabes lo que es eso? —Miranda asintió—. Tenía un perfil. Una vez me lo enseñó.

—Pero ¿cómo podía estar en Finder si era menor de edad?

La chica agitanada soltó una risita estúpida.

—Pero si es lo más fácil del mundo —dijo—. Sólo tienes que mentir en la fecha de nacimiento.

—¿Podrías explicarme eso? —La chica la miró recelosa—. No voy a detenerte por mentir en una red de ligues, te lo aseguro. Sólo quiero saber cómo lo haces para sortear el filtro de menores.

—¿Qué filtro? No hay ningún filtro. Cuando pones tu *nickname* tienes que añadir un número con el año de tu nacimiento, ¿vale?, y puedes poner el que te dé la gana. Yo me llamo Sara97 —añadió ufana, como si se enorgulleciera de su astucia.

—¿Las dos usáis Finder?

—Yo no —dijo la del cigarrillo—. Eso es para zorras y subnormales. —Su compañera no pareció ofendida por la alusión—. Pero es verdad que casi toda la peña que conozco está metida en Finder. Los del grupo de teatro, por ejemplo. Todos tienen perfil en Finder menos yo.

—A mí nuestra profesora me enseñó cómo usarlo —añadió la otra —. Ella también tiene perfil en Finder y no es una zorra.

—¿Tú también estás en el grupo de teatro? —preguntó Miranda. Fue la del cigarrillo quien contestó.

—Qué va. Está con los colgados que se visten con mallas y pegan brincos.

—Danza contemporánea, ¿vale?

—¿Quién es tu profesora? —preguntó la teniente.

—Beatriz. Tuvo un hijo en Navidad. La semana pasada lo trajo al centro, es más feo el chaval…

Miranda decidió que aquella información no era trascendente, así que retomó el asunto principal. Se dirigió a la del cigarrillo, que parecía ser la más inteligente de las dos chicas.

—¿Sabes si Edu conoció a alguien llamado Alex a través de Finder? O quizá te lo mencionó como Alex93.

—Ni idea. Puede ser. Conocía a muchos tíos con esa mierda.

—¿Te mencionó el nombre de alguno de ellos?

—A veces, pero no me acuerdo de ninguno. El problema de Edu era que siempre estaba hablando de tíos con los que ligaba, y yo estaba segura de que se lo inventaba todo, así que nunca le hice mucho caso. Cuando empezaba a rajar del tema, yo desconectaba, ¿entiendes? —La chica miró al suelo con aire taciturno y luego, como si se avergonzase de ello, añadió—: Tampoco éramos tan amigos.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Hará un par de semanas o así. Desde que dejó el grupo de teatro ya no nos veíamos tan a menudo.

A la teniente no se le ocurrieron más preguntas. Se despidió de las chicas y las emplazó a llamarla a la compañía en caso de que recordaran algún detalle sobre Edu que pudiera ser importante, aunque estaba segura de que no lo harían.

Cuando estuvo de nuevo en su coche sentada frente al volante, Miranda volvió a contemplar la fotografía de Edu por un instante. Por la forma en que sonreía a la cámara, daba la impresión de que nada en el mundo le preocupaba. Sus abusos en la infancia, sus probables escarceos sexuales con hombres adultos… Eran sórdidos aspectos que resultaba casi imposible relacionar con aquel muchacho guapo y su sonrisa espléndida. Incluso sus ojos parecían inocentes como los de un niño.

Miranda recordó los versos de Keats que Julio le había citado. Sentía como si cada vez les encontrara un mayor sentido.

17
Amante de los animales

Mercedes dejó en casa a su perra Garbanza para ir a trabajar.

Cogió un paraguas, porque la mañana era propicia para un calabobos (como decían en el pueblo de Mercedes), y se encaminó hacia la parte antigua del paseo marítimo, aquella que en tiempos formó el núcleo original del pueblo antes de que éste empezase a crecer a lo ancho.

Allí, una manzana por detrás de la primera línea costera, era donde vivía Miranda.

Mercedes trabajaba en casa del brigada (para ella siempre sería «la casa del brigada») desde que su mente empezó a cortocircuitar por culpa del alzhéimer. En sus últimos años de enfermedad, Mercedes prácticamente vivía en aquel lugar, como una más de la familia.

Así pues, cuando el brigada enfermó, tan sólo tenía a Miranda para ocuparse de él, pero la teniente no se bastaba sola. Tampoco quería ingresar a su padre en una residencia pues las únicas que podía permitirse le resultaban tan deprimentes como antesalas de cementerio. La solución fue contratar a Mercedes.

Tras la muerte del brigada, Mercedes siguió en la casa echando una mano a su hija, que era una completa nulidad para las tareas

domésticas. Lo hizo más por lástima que por necesidad. La buena mujer estaba convencida de que, de no ser por ella, Miranda se alimentaría exclusivamente de sopas de sobre, bocadillos de fiambre y manzanas. Además, pensaba que la teniente estaba muy sola, aunque ella misma raras veces era consciente de ello o, si lo era, no parecía preocuparle en exceso.

Por supuesto, ya no pasaba en la casa del brigada tantas horas como cuando estaba vivo. Ahora le bastaba con ir un par de días a la semana, lo justo para quitar el polvo de aquí y de allá y asegurarse de que la nevera de Miranda no era un vacío páramo helado.

Mercedes abrió la puerta de la casa con su propia llave. Comprobó que no había nadie y se dirigió hacia la cocina para preparar algo de café. Se bebió sin prisa una taza y luego comenzó con sus tareas de rutina, las cuales no le llevarían mucho tiempo.

Adecentó el dormitorio y el cuarto de baño, le dedicó un tiempo a barrer y fregar los pasillos y el cuarto de estar y por último se empleó a fondo con la cocina: ese día tocaba limpiar las baldas del frigorífico.

Se encontraba enfrascada en aquella tarea cuando apareció Miranda. La teniente se sirvió una taza de café, sin siquiera quitarse la gabardina, e intercambió con su asistenta un par de frases tópicas a modo de saludo. Mercedes, por su parte, le preguntó dónde había estado un domingo tan temprano.

—Viendo un partido de fútbol —respondió la teniente, apoyada sobre la mesa de la cocina y sosteniendo su taza de café con ambas manos.

—Qué bien. ¿Y ganaron?

—¿Quiénes?

—No lo sé. Alguno de los que jugaban.

—Supongo, la verdad es que no tengo ni la más remota idea. —La teniente le dio un sorbo al café—. Eran dos equipos femeninos… ¿Sabías que en Santarés tenemos un equipo de fútbol femenino? Yo pensaba que a eso sólo le gustaba jugar a los chicos del pueblo.

Mercedes asintió en silencio y luego dijo:

—Al mirlo la espiga y al higo la higa.

La mujer era muy dada a emitir crípticos refranes cuyo sentido Miranda no siempre captaba. De hecho, la teniente había llegado a la conclusión de que Mercedes se limitaba a soltar al azar aquellos que le sonaban mejor.

—Sí, es posible —dijo Miranda, distraídamente. Tomó otro trago de café y lo paladeó durante un buen rato—. Dios mío, estoy muy cansada…

—Échese un poco. Una buena siesta del carnero, como digo yo. Eso es mano de santo.

Mercedes nunca había tuteado a Miranda. Al principio a la teniente le incomodaba esa costumbre, hasta que reparó en que Mercedes siempre trataba de «usted» a todo el mundo.

—Suena muy tentador, pero aún tengo a un rumano en busca y captura y a un croata asesinado en su propia casa. Ya dormiré la siesta cuando sepa dónde está uno y quién mató al otro.

—Ah, sí; lo del crimen en Els Pins. Lo leí en los periódicos, pobre zagal.

—Todo el mundo lo ha leído en los periódicos al parecer; ¿no se suponía que la prensa escrita estaba muerta? —comentó Miranda con acritud—. Es increíble lo que disfruta la gente con una historia macabra y sangrienta, nunca entenderé el motivo.

—Más tiempo muerde el podenco el hueso que el tocino —sentenció Mercedes.

La teniente se quedó un rato en silencio, tratando de encontrar sentido a aquella frase. No lo logró.

—¿Qué se comenta por el pueblo? —preguntó después—. ¿Has oído algún rumor sobre el asesinato?

En las grandes ciudades, las fuerzas de seguridad suelen contar con un chivato infiltrado en los bajos fondos que pulsa la opinión de la calle. En Santarés Miranda no necesitaba esa clase de confidentes, ya tenía a su asistenta, la cual recogía las habladurías de los foros populares con gran eficacia.

—Bueno, hay de todo, como en botica, ya sabe usted. Muchos piensan que es un asunto de mafiosos, como el zagal era extranjero y lo mataron de aquella mala manera… Como se suele decir, a mal vivir, mal morir.

—Mafias… Sí, ¿por qué no? —dijo Miranda, más bien para sí—. Lo meteré en el montón de «posibles». Nunca se sabe… ¿Y qué más se cuenta por ahí?

—Ayer coincidí en la pescadería con esa mujer de la parroquia, con Neus Guzmán. Estaba hablando del asunto.

—Vaya, eso es prometedor. ¿Y qué decía?

—Nada importante. Su cantinela de costumbre. Siempre que puede despotrica contra esas gentes del centro social. Ahora que lo pienso, parecía muy interesada en relacionarlos con el asesinato, aunque eso lo consideré normal porque no puede verlos ni en pintura.

—Esa Neus es una mujer de cuidado, ¿no es cierto?

—Quizá. Yo creo que ha tenido mala suerte en la vida, la pobre, y ahora por alguna parte tiene que salir todo eso. Del río tapado, el campo anegado.

—¿Qué quieres decir con eso de que ha tenido mala suerte en la vida?

Mercedes no respondió de forma directa a la pregunta, sino que dio un rodeo salpicado de recuerdos personales, como solía hacer a veces.

—Cuando yo era chiquilla, cerca del pueblo había un lugar para niños presos: el Patronato de Nuestra Señora de la Misericordia. El patronato a secas, lo llamábamos. Y mi madre nos decía: «Si no te portas bien, te llevamos al patronato… Cómetelo todo o te llevan los del patronato…». Cosas así. Y todos nos quedábamos mansos como corderos, porque ir al patronato era como ir a la cárcel. Me contaron que Neus Guzmán estuvo en un patronato, aunque seguro que no se llamaba de esa forma, porque ella es mucho más joven que yo.

—¿Te refieres a un reformatorio?

—Sí, eso es. Un reformatorio. Una de las mujeres de la pescadería nos lo dijo.

—¿Por qué la llevaron allí?

—Porque mató a una persona.

La asistenta respondió como si no tuviera mayor importancia, mientras frotaba el interior de la nevera con una bayeta húmeda.

Miranda enarcó las cejas.

—¿Eso es cierto?

—Hiere la lengua más que el cuchillo —aseveró Mercedes—. Yo sólo sé lo que me han contado. Dicen que, cuando tenía menos años, Neus Guzmán mató a un muchacho partiéndole la cabeza con

una piedra. Hubo un juicio. Neus declaró que el muchacho había querido hacerle cosas, ya sabe, cosas de ese tipo.

—¿Era un violador?

—Un chico con el que tonteaba. Pero el zagal se pasó de la raya, o eso dicen. Neus trató de espantarlo y lo mató de un golpe sin darse cuenta, en defensa personal.

—Defensa propia.

—Eso quería decir. Pero, al parecer, el juez que llevó el asunto no lo tenía tan claro. Había un par de detalles raros, como que la chica no presentaba señales de haber sido forzada y que el novio, por lo visto, era un joven cabal, pacífico y que nunca en su vida se metió en un lío… Aunque en realidad eso no quiere decir nada: más verdes las han segado. En fin, el asunto es que a Neus la metieron en un patronato y de allí salió al cumplir los dieciocho, o eso me han contado.

La historia le pareció muy interesante a Miranda. Decidió que la investigaría en cuanto tuviese ocasión. Si Neus Guzmán había sido procesada por homicidio, sus antecedentes policiales deberían figurar en algún archivo, aunque no sería fácil encontrarlos. En primer lugar tendría que asegurarse de que la propia Neus no había solicitado la eliminación de sus antecedentes policiales por vía legal (algo que podía hacerse siempre y cuando se hubiese cumplido sanción por ellos); si los antecedentes aún existían, Miranda tendría que desbrozar una auténtica jungla burocrática para hacerse con ellos. Quizá sería buena idea encargar a Lesboutx esa labor, ya que la alférez era hábil en trabajos de arqueología administrativa.

—Esas reuniones tuyas en la pescadería son de lo más productivo —dijo Miranda, con un deje socarrón—. ¿Te enteraste de algo más

sobre Neus Guzmán?

—Ratones nos dé Dios, gatos no —respondió Mercedes, con aire ausente, como si lo hubiera dicho en voz alta sin darse cuenta.

—¿Eso es un refrán? ¿Qué diablos significa?

—No estoy segura. Mi madre lo decía a menudo. Supongo que porque no le gustaban los gatos. —La mujer hizo una pausa para frotar una mancha de moho en una esquina del cajón de las verduras—. Neus Guzmán es alérgica al pelo de gato, por eso lo he recordado.

—¿Cómo te has enterado de lo de la alergia?

—Lo dijo la madre del farmacéutico. El viernes Neus compró antihistamínicos. —Mercedes sacó medio tomate de la nevera, lo olió con gesto melindroso y lo tiró a la basura—. Eso compró: una caja de antihistamínicos y unos gramos de estricnina.

—¿Estricnina? —preguntó Miranda, sorprendida—. Eso es un veneno.

—Sí, lo sé. En mi pueblo algunos pastores lo utilizaban para matar alimañas. Dejaban restos de animales muertos en el monte cubiertos de estricnina para que se los comieran los lobos, pobrecicos, siempre me pareció una salvajada.

—Y además es delito. La estricnina sólo puede adquirirse con un permiso de Sanidad, ¿es que eso no lo sabe el tipo de la farmacia?

—Desde luego, pero ese mozo no es muy listo, ¿comprende? Su madre siempre lo dice. Mucha gente del pueblo falsifica los permisos de cualquier manera y él no se molesta en comprobarlos, con tal de no perder una venta… Un día se va a meter en un lío muy gordo, se lo digo yo.

Miranda dejó aparcado el tema del farmacéutico corrupto. De momento le preocupaban otros delitos más interesantes, como el hecho de que Neus Guzmán hubiera adquirido una sustancia mortífera e ilegal. Era probable que aquello no guardara relación con el asesinato de Aleksandar Suker (al croata no lo envenenaron, sin lugar a dudas), no obstante a Miranda le resultaba llamativo.

—¿Te dijo la madre del farmacéutico para qué quería Neus la estricnina?

—No, pero yo supongo que para lo mismo que la suelen comprar algunos en el pueblo: por las ratas. Esos bichejos anidan cerca de los puertos y a menudo asoman el hocico por las casas. De hecho, ¿nunca se ha parado a pensar en que en Santarés mucha gente tiene gato? Pues también es por culpa de las ratas.

—Aleksandar Suker tenía un gato —observó Miranda—. O eso creo. En su casa había un arenero y latas de comida, aunque el bicho no estaba por ninguna parte.

—Cuando el gato no está, los ratones bailan.

«Sí, ése ya me lo sabía», pensó Miranda. Ni siquiera trató de imaginarse por qué Mercedes lo había citado.

—Ahora que lo pienso, en aquel lugar había más de un elemento que no estaba donde debería estar —dijo la teniente, hablando más bien para sí—. El gato, los paquetes de arroz, el libro… No creo que deba preocuparme por el libro que faltaba en la estantería, aunque no sé por qué no me lo puedo quitar de la cabeza. Ni tampoco los dichosos paquetes de arroz.

—Bueno, es lógico que eso le resulte extraño. Ese pobre zagal, al que mataron, era un chico muy ordenado después de todo.

—¿Cómo sabes eso? ¿También te lo han dicho en la pescadería?

—No, válgame Dios. Lo he supuesto. Cuando en una casa está todo manga por hombro no se aprecian detalles como el que falte un libro de una estantería. En cambio, si todo está en su sitio, llaman mucho la atención ese tipo de cosas.

—Tienes razón… —concedió Miranda. En el fondo no dejaba de admirarse por aquella sutil muestra de agudeza de la asistenta—. Todos los libros en su sitio menos uno… ¿Por qué?

—Libro prestado, libro regalado.

—¿Qué?

—Que digo yo que igual se lo había prestado a alguien.

—Seguramente —respondió Miranda. Luego recordó cierto detalle —. No, espera: él estaba leyendo ese libro, lo sé. La propia autora, que fue quien encontró el cadáver, me lo dijo. Al parecer, el chico le comentó que le estaba gustando mucho, y eso fue sólo un par de días antes de su muerte.

—Entonces es raro que falte el libro —sentenció Mercedes, con el tono de quien anuncia una obviedad—. Yo de usted lo buscaría.

Miranda le agradeció el consejo a su asistenta, aunque pensaba que en el crimen de Aleksandar había enigmas mucho más raros y acuciantes que la ausencia de una novelucha de edición barata. Mercedes respondió a ello con uno de sus refranes («ni vende harina el herrero ni clavos el molinero») y no hizo más comentarios.

La asistenta se marchó una hora después, tras dejar la nevera tan limpia como un glaciar y preparar un guiso de patatas a lo pobre con pimientos y chistorra, para que Miranda tuviera algo sustancioso con qué cenar.

—Lo que sobre le aguanta en la nevera hasta mañana —indicó—. Y si lo congela, le dura aún varios días más.

—Me cuidas demasiado bien —dijo la teniente.

A continuación sacó de su monedero unos billetes y se los entregó a Mercedes. Era el salario por toda la semana. La asistenta los dobló en un pequeño rectángulo que se guardó dentro del zapato.

—¿Siempre llevas ahí el dinero? —preguntó Miranda.

—Oh, si es mucho, sí. Hay que andarse con mil ojos, que una nunca sabe. Mi madre tenía billetes escondidos por toda la casa… Bueno, más bien alguna perra gorda y poco más, pobre mujer, ¡si no teníamos ni un chavo!

—Mi abuela tampoco se fiaba de los bancos. Siempre decía que el dinero donde mejor está es en el colchón.

—Igual que mi madre, que en gloria esté. Pero ella no lo tenía en el colchón; lo metía dentro de un saco de garbanzos, debajo del todo, envuelto en papel de periódico. Allí tenía los ahorros y una sortija de pedida que heredó de una tía suya, que era muy bonita, por cierto… Me pregunto qué habrá sido de ella.

«Cada cual tiene sus propios misterios pendientes», caviló Miranda.

Mercedes se marchó. Ya a solas, la teniente se sirvió un plato de patatas a lo pobre y se lo comió en silencio, sentada a la mesa de la cocina.

Mientras lo hacía, pensaba en sacos de garbanzos.

Miranda regresó a casa de Aleksandar a primera hora de la tarde, cuando caía una leve llovizna.

Iba sola. Quería realizar una pequeña inspección en la escena del crimen debido a una idea que había comenzado a rondarle por la

cabeza mientras se comía sus patatas a lo pobre.

La casa de Els Pins transmitía una sensación lúgubre bajo la lluvia, aunque no había en ella nada distinto con respecto a la última vez que Miranda estuvo allí. Quizá aquel aspecto luctuoso se debía a una especie de eco metafísico producido por el asesinato de Aleksandar, aunque la teniente prefirió pensar que aquello eran sólo imaginaciones suyas.

Aparcó el coche y se dirigió hacia la puerta. No había rastro de la vecina cotilla, la que creía haber presenciado el crimen en mitad de la noche. Quizá estaba expectante tras la ventana de su sala de estar, con la esperanza de contemplar esta vez un asesinato real y no un producto de su imaginación.

La teniente entró en la casa con la llave de la inmobiliaria. Tendría que haberla devuelto a los dueños de la parcela, pero prefirió retrasarlo hasta el lunes. Ahora se alegraba de haber tomado esa decisión.

Después de que los de Criminalística terminasen su inspección, la casa ya no se consideraba un escenario policial, por lo que, en teoría, Miranda ya no tenía derecho a entrar en ella cuando le viniese en gana. Para hacerlo, debería haber rellenado un montón de papeleo y pedido permiso a mucha gente que, a buen seguro, se pondrían muy contentos si supieran que la teniente les había ahorrado la molestia. Además, Miranda sólo pensaba echar un vistazo rápido.

Al acceder al salón intentó encender la luz, sin éxito. Imaginó que los de la inmobiliaria habrían cortado la corriente para ahorrar gasto. Por fortuna la luz natural que entraba por las ventanas, aunque tenue, bastaba para iluminar la estancia.

El lugar tenía un aspecto pulcro y limpio. Las cosas de Aleksandar seguían allí. Tarde o temprano alguien tendría que plantearse qué hacer con todas ellas. A Miranda le alegraba que esa labor no fuese responsabilidad suya.

Echó un vistazo a la chimenea. No encontró nada extraño en los ladrillos de la base. Ni manchas de sangre ni golpes. Todo lucía impecable en el lugar donde, según la autopsia, Aleksandar se había roto la cabeza al caer desde sus casi dos metros de altura, justo después de ser golpeado por…

Por un objeto redondo y plano, fuera el que fuese.

Con las manos en los bolsillos de la gabardina, Miranda se paseó por el salón. No tenía claro qué era lo que estaba buscando, ni tampoco estaba segura de que fuera a encontrar nada: se suponía que Nogueroles y sus chicos de Criminalística ya habían barrido palmo a palmo aquel lugar, y que todo lo que era importante estaba debidamente etiquetado y guardado en un laboratorio.

A pesar de ello, la teniente se tomó su tiempo en curiosear entre el escaso mobiliario, dejándose guiar por su instinto.

Mientras lo hacía, le vino a la mente una observación hecha por Mercedes. La asistenta había supuesto que Aleksandar era un chico ordenado, y no se equivocaba. Todos los elementos del salón estaban organizados con pulcritud: los pósters colgados en la pared de forma simétrica con respecto a los muebles, los escasos adornos distribuidos por tamaño, las revistas perfectamente apiladas bajo la mesa de cristal frente al televisor… No había ni un solo elemento fuera de lugar.

Incluso la máquina de ejercicios (muy cara, según Christian) estaba colocada de modo que no rompiese la armonía decorativa.

Junto a ella, había una especie de soporte metálico que sostenía varias mancuernas de diferentes tamaños, dispuestas de mayor a menor.

Miranda las contó. Había diez en total, clasificadas por parejas con idéntico peso. La mayor de ellas era de diez kilos y la menor de dos. Todas estaban compuestas por una barra de metal cromado y discos intercambiables en los extremos. La teniente observó que la obsesión de Aleksandar por el orden le había llevado a colocarlas de manera que el peso, grabado en los discos, se leyera bien recto y visible en todas ellas.

O en casi todas.

Los labios de Miranda se curvaron en una leve y fugaz sonrisa.

Había una pequeña alteración en la tercera pareja de mancuernas, la que pesaba seis kilos. Si bien los discos de una de ellas estaban orientados igual que las demás, en los de su pareja las letras donde se leía el peso se encontraban boca abajo. Alguien la había colocado al revés en el soporte.

Era un detalle insignificante pero, al mismo tiempo, muy revelador. Habría pasado desapercibido de no ser por la obsesiva simetría con la que Aleksandar tenía ordenadas el resto de las mancuernas.

Miranda sacó un pañuelo de papel de su bolso y se cubrió la mano con él para coger la mancuerna. Era pesada, pero manejable. Inspeccionó meticulosamente cada centímetro del objeto, deteniéndose con especial cuidado en los discos de metal de los extremos.

No tardó en encontrar algo.

Era una mancha apenas visible en el borde de uno de los discos. La mácula era casi tan oscura como el soporte, habría sido difícil

detectarla a simple vista.

Miranda tenía algunas manías de detective pasado de moda, entre ellas la de llevar una lupa en su bolso. Era una costumbre que había aprendido de su padre. Sacó la lupa y la utilizó para analizar la mancha sobre la mancuerna. Tuvo que contener una exclamación de triunfo cuando observó una diminuta escama transparente.

«Piel humana», se dijo, quizá de forma un tanto precipitada.

Si la escama era de piel, cabía la posibilidad de que la mancha fuese sangre. Sangre de Aleksandar Suker. Por lo tanto, aquella mancuerna podía ser el objeto redondo y pesado con el que, según el forense, el muchacho había recibido un golpe fatal.

En definitiva, el arma del crimen.

Muy satisfecha, Miranda dejó la mancuerna en su lugar y se dispuso a llamar a Nogueroles por el móvil. Alguien de Criminalística tendría que acudir para hacerse cargo de aquella posible prueba.

De pronto oyó un ruido que venía de la cocina. Era el sonido de un objeto de plástico al caer al suelo, seguido de una exclamación mal disimulada.

Había alguien más en la casa.

18
Me considero una persona sincera

La teniente caminó hacia la cocina con el mayor sigilo del que fue capaz. Desde el pasillo vio a un hombre arrodillado junto a la nevera. Estaba de espaldas y parecía buscar algo en el interior de una alacena.

Miranda se acercó lentamente. Se suponía que ella tenía la única llave disponible de la casa, así que aquel hombre no debería de estar allí.

La mujer se metió la mano en uno de los bolsillos de la gabardina, con la absurda esperanza de que el intruso pensara al verla que ocultaba un arma. Después, tapando con el cuerpo la puerta de cocina y, en consecuencia, una posible vía de escape, dijo:

—Guardia Civil. Quédese quieto donde está. —Tras dudar un segundo, añadió—: Por favor.

El intruso giró el rostro. Miranda lo reconoció de inmediato: era Sergio Fernández, el empleado de Interresidence que alquiló la casa a Aleksandar.

Los ojos del agente inmobiliario se abrieron en una expresión de asombro, casi de temor. Boqueó, como si quisiera decir algo, y de pronto se puso en pie y echó a correr hacia la puerta que daba al jardín trasero.

Miranda soltó un taco.

Trató de interceptarlo, pero Sergio se escabulló con movimientos ágiles. La teniente resolló y fue tras él. Cuando accedió al jardín vio cómo trepaba por la cerca y salía de la finca, dando un brinco. Miranda ni siquiera intentó seguirlo. El escaso metro y medio de la valla era un obstáculo insalvable para el estado físico de la teniente. Lo único que pudo hacer fue contemplar cómo Sergio corría por entre el pinar que cubría la parte trasera más allá de la parcela, gritándole para que se detuviera.

Lo perdió de vista al cabo de unos segundos. Luego oyó, desde el otro lado del pinar, el motor de un coche que se alejaba.

Frustrada, Miranda golpeó la valla con las palmas de las manos.

—¡Maldito imbécil! —exclamó—. Pero ¿qué diablos se cree que está haciendo?

Entonces escuchó la voz de una mujer.

—¿Qué ocurre? ¡He oído gritos!

La vecina de Aleksandar asomaba la cabeza por el lado de la valla que daba a su parcela. Sus mejillas estaban arreboladas por la excitación.

—¿Ha visto a ese hombre, al que acaba de salir corriendo? —preguntó Miranda.

La vecina respondió de forma atropellada.

—He vislumbrado a alguien que corría entre los árboles. Yo estaba en casa, viendo la televisión, cuando de pronto…

—¿Adónde da este pinar?

—Hay un camino de tierra a unos pocos metros. Seguro que ese sinvergüenza tenía el vehículo ahí aparcado. Los chicos se vienen con sus coches los fines de semana y se ponen a beber y a escuchar

música a todo volumen. Ya me he quejado miles de veces al ayuntamiento pero no me hacen caso.

—¿Alguien se ha colado en esta casa desde que asesinaron a su vecino?

—No lo sé, desde mis ventanas no puedo ver esta zona. Si alguien se mete por el jardín trasero no tengo forma de enterarme a menos que lo oiga, como ahora.

—Escuche, si de ahora en adelante ve u oye algún intruso, avise inmediatamente a…

La mujer empezó a hacer aspavientos.

—¡Ah, no, de eso nada! Yo ahora mismo hago las maletas y me marcho a casa de mi hermana, y el lunes sin falta pongo la parcela en venta. No quiero pasar ni un día más en este lugar; primero asesinatos, ahora okupas… ¡Virgen santa! —Miranda trató de calmarla, pero la vecina estaba convencida de que su casa era un foco de peligros, y que no estaría a salvo hasta encontrarse bien lejos de ella—. ¡No he pegado ojo desde que mataron a ese chico! Creo que hay algo dañino en el ambiente, se lo digo yo. Mire, yo no soy supersticiosa, pero desde el jueves no dejan de ocurrir cosas extrañas: puertas que se abren solas, luces que se apagan… Incluso mi fuente de jardín de pronto ha dejado de funcionar, sin causa aparente, ¿lo ve?

La mujer señaló un horrendo objeto decorativo en su parcela, justo pegado a la valla que separaba su jardín del de Aleksandar. Se trataba de una fuente que intentaba imitar un diseño japonés, con rocas falsas y pequeños estanques en cascada con nenúfares de plástico. A un lado tenía un pequeño depósito lleno de agua sucia. A Miranda le pareció el adorno de un bar de carretera.

—Yo no veo nada, señora —dijo la teniente, desabrida. Trató de añadir algo, pero la vecina la interrumpió, con voz gimoteante.

—Antes tenía un chorrito que caía por aquí, ¿ve? Salía de este depósito que está junto a la cerca. El día del asesinato dejó de funcionar, así, sin más, como si fuera cosa de brujas. —La mujer se olvidó de Miranda y emprendió la vuelta al interior de su casa, sin cesar de alimentar sus propios temores—. Le digo que aquí pasan cosas raras, muy raras… Yo me marcho, sí, señor. Esta noche me marcho y punto, aunque sea a un hotel…

Con su paciencia al límite, Miranda volvió a entrar en la cocina de Aleksandar.

Sergio, el chico de la inmobiliaria, estaba buscando algo entre las alacenas cuando fue descubierto.

A Miranda se le ocurrió la idea de que quizá, fuera lo que fuese, ya lo había encontrado antes de escapar. Trató de recordar si el joven llevaba algo en la mano cuando salió corriendo, pero tenía la impresión de que no.

Hizo una exploración minuciosa de cada uno de los rincones de la estancia. Desde el primero de los cajones hasta, incluso, el interior del horno. No encontró nada más que cacharros y paquetes de alimentos, igual que la primera vez que inspeccionó la cocina.

En la última alacena vio de nuevo los dos paquetes de arroz que tanto la habían intrigado. Dejó de pensar en Sergio por unos instantes y recordó el motivo por el que había decidido regresar a la escena del crimen.

Aquellos paquetes de arroz abiertos.

La madre de su asistenta guardaba objetos de valor en el fondo de un saco de garbanzos. Aleksandar tal vez ideó algo semejante. El

chico bien pudo haber comprado un paquete de arroz, vaciarlo, meter algo en su interior y luego rellenarlo otra vez. Eso explicaría por qué en la cocina había dos abiertos: uno sin empezar y otro medio lleno.

Había una forma muy sencilla de comprobarlo.

Miranda cogió el paquete de arroz que estaba lleno hasta el borde y luego buscó entre los cacharros hasta encontrar un cuenco de plástico. Vació todo el contenido del paquete en su interior.

Junto con los últimos granos cayeron dos objetos: una pequeña bolsa de plástico atada con goma elástica y la tarjeta de memoria de una cámara fotográfica.

Miranda sonrió y bendijo la sabiduría popular de la madre de su asistenta, gracias a la cual había resuelto al fin el incómodo misterio de los paquetes de arroz.

Alrededor de un par de horas más tarde, sonó un teléfono en las oficinas de la Policía Judicial de la Guardia Civil de Santarés. Lesboutx respondió antes del segundo timbrazo. La conversación duró apenas unos minutos.

—Era Nogueroles, desde la comandancia —dijo la alférez al colgar.

—¿Y bien? —preguntó Miranda.

La joven mostró una amplia sonrisa.

—Las pruebas son positivas; es el arma del crimen.

Miranda se dejó llevar por un arranque de entusiasmo y dio una palmada triunfal.

—¡Perfecto! ¿Alguna huella?

—No, la mancuerna estaba limpia. Pero no hay duda de que la sangre y la piel son de Aleksandar.

—Felicidades, mi teniente —dijo Christian, que estaba intentando conectar un lector de tarjetas a la torre de uno de los ordenadores de la oficina.

—Gracias, querido. Es una lástima que no haya huellas, pero la vida no siempre es perfecta, qué le vamos a hacer. —La teniente se dirigió a Lesboutx—. ¿Te ha dicho algo de la bolsa de plástico que encontré en el paquete de arroz?

—Cocaína, tal y como tú pensabas —respondió la alférez—. De una pureza de casi el cuarenta por ciento. Había huellas en la bolsa y en la tarjeta, todas de Aleksandar.

—Magnífico. Vamos avanzando. Aún no sé hacia dónde, pero vamos avanzando. Ahora sólo falta que aparezca el rumano de las narices y comprobemos si esa cocaína es la que le vendió a Aleksandar y por la cual aún no había pagado.

—¿Y qué hay de Sergio Fernández? ¿No vamos a por él? —preguntó Lesboutx.

—Oh, sí, por supuesto. Le haremos una visita de inmediato, pero antes quiero saber qué hay en esa tarjeta de memoria que sea tan importante como para ocultarla entre los cereales… ¿Cómo vas con eso, sargento?

—Estoy en ello. Deme sólo un minuto.

Christian justificó el retraso por un tema de incompatibilidades del software del que disponía, algo que Miranda ni entendió ni quiso entender, así que dejó que el chico siguiera trabajando con el ordenador.

La teniente había convocado a su equipo con carácter de urgencia en la compañía para planificar los próximos movimientos, a raíz de los recientes avances en la investigación. Dejó de lado al Caimán por razones evidentes; en aquella nueva fase de las diligencias necesitaba sólo a los miembros más activos del grupo.

Mientras Christian solucionaba el asunto de la tarjeta, Miranda mantuvo una conversación aparte con Lesboutx. Relató a la alférez lo que había descubierto sobre Neus Guzmán y la puso al cargo de la tarea de encontrar sus antecedentes policiales.

—Mandaré algunos correos hoy mismo —dijo la joven—. Pero será cosa de tener paciencia. No esperes resultados hasta dentro de un par de días.

—Si no hay más remedio… Entretanto, no dejemos que crezca la hierba bajo nuestros pies. Tal y como te dije esta mañana, Christian y tú os acercaréis al bar La Plaza. Yo iré a por el de la inmobiliaria y, de paso, me dejaré caer por el Luces y Sombras.

Lesboutx se dio por enterada. En ese momento, Christian informó de que había logrado acceder al contenido de la tarjeta de memoria. Las dos mujeres se colocaron a su alrededor para ver la pantalla del ordenador.

En principio no había nada en la tarjeta que pudiera considerarse como una pista reveladora, tan sólo fotos de Aleksandar disfrutando de su tiempo libre. Al joven croata parecía gustarle hacerse fotografías de sí mismo en diferentes lugares y poses: frente a enclaves turísticos de Valencia y Barcelona, en la playa a solas o con uno o dos amigos, cenando en un restaurante, tomando unas copas en un bar… También había un par de fotos de su gato, un animal gordo y atigrado.

Christian iba pasando las fotografías cada vez más rápido en vista del poco interés que suscitaban.

De pronto, en la pantalla del ordenador apareció una imagen que nada tenía que ver con las anteriores.

Había sido tomada en el dormitorio de Aleksandar. El espejo reflejaba la cámara puesta sobre una balda de la estantería. El croata estaba echado en la cama de espaldas y entre sus piernas otro hombre, de rodillas, le practicaba una felación.

Miranda se acercó a la pantalla.

—Ese hombre, el que está con Aleksandar, ¿quién es? Me resulta familiar.

—No lo sé, mi teniente —dijo Christian. Carraspeó incómodo varias veces—. La cara se ve un poco oscura.

—¿Puedes darle más nitidez a la foto?

—Mi teniente, esto no es una fotografía, es un archivo de vídeo.

Miranda chasqueó la lengua.

«Joder…», pensó. Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero se contuvo a tiempo.

No quería ver a Aleksandar practicando sexo. Ya se había visto obligada a contemplar el destrozo que alguien hizo a su cadáver y no quería añadir a sus recuerdos la imagen del infeliz croata —que en sus fotos salía siempre con cara de chico bueno— revolcándose en una cama desnudo, sudoroso y jadeando como un perro. Era injusto, además de inmerecido, que todos sus vicios grandes y pequeños tuvieran que ser analizados por extraños sólo por haber muerto víctima de un asesinato, algo que ni siquiera era culpa suya.

Miranda suspiró en silencio. Le gustase o no, estaba obligada a ver esa grabación, así que ordenó a Christian que abriese el archivo.

Por suerte sólo tuvo que contemplar unos pocos segundos hasta estar convencida de que el hombre que se acostaba con Aleksandar era Sergio Fernández, el agente inmobiliario de Interresidence.

—Suficiente. Puedes apagarlo —ordenó la teniente. Christian obedeció, sin molestarse en disimular una expresión de alivio. Para el sargento tampoco había sido plato de gusto visionar una grabación sexual en compañía de sus dos mandos superiores—. Supongo que esto trasciende en gran medida la relación habitual entre casero e inquilino.

—¿Crees que era este vídeo lo que Sergio buscaba cuando lo sorprendiste? —preguntó Lesboutx.

—No lo creo; estoy segura. Sargento, ¿hay forma de saber cuándo se grabó?

—A finales de febrero de este año, según el archivo.

Había otros tres vídeos similares almacenados en la tarjeta de memoria; todos tenían por escenario el dormitorio de Aleksandar y habían sido archivados durante el mes de febrero, con escaso margen entre uno y otro. Daba la impresión de que el croata tenía por costumbre grabarse durante sus encuentros sexuales.

De los tres vídeos, Sergio aparecía en dos de ellos. En el tercero, la pareja de Aleksandar era otra persona diferente.

Miranda lo reconoció sin dificultad. Al verlo, tanto ella como su equipo pensaron que la investigación acababa de dar un giro interesante.

19
Lo siento, gracias por escribir, pero busco otra cosa

Christian y Lesboutx se dirigieron al bar La Plaza en un coche de dotación.

El sargento conducía. En el asiento del copiloto, la alférez miraba por la ventanilla con la cabeza girada, dificultando así cualquier intento de conversación. Era justo lo que ella deseaba.

Christian dirigía miradas de vez en cuando a su superiora. Pensaba desesperadamente en algo que sirviera para entablar un diálogo, del tipo que fuera, pero no se le ocurría nada. Nunca fue hábil rompiendo el hielo, y tampoco ayudaba que Lesboutx respondiera a todas sus observaciones con monosílabos.

Al fin Christian se cansó del silencio.

—Mi alférez, ¿puedo encender la radio?

—Adelante.

—¿Algo de música?

—Lo que quiera, sargento. Me da igual.

El sargento toqueteó el dial, saltando de emisora en emisora buscando una melodía que le gustase. Lesboutx se preparó para escuchar algo en las antípodas de sus preferencias musicales.

Cuando vio a Christian vestido de paisano por primera vez, Lesboutx pensó que el destino había sido sabio cuando malogró aquel primer encuentro que ambos tuvieron en la playa. Era evidente que no habría llegado a buen puerto. Sin su uniforme o sus ropas de deporte, Christian tenía el mismo aspecto que los macarras de bar de copas a los que Lesboutx jamás habría dedicado un segundo vistazo. En su cabeza, la joven ya había asociado al sargento con un determinado perfil de hombre, y era un perfil que nada podía ofrecerle desde un punto de vista sentimental (o siquiera social). Lesboutx era una mujer llena de reglas personales que jamás transgredía; entre ellas estaba la de no salir con hombres que utilizaran en su día a día pantalones de chándal y camisetas sin mangas.

El sargento ignoró algunas cadenas de música ligera hasta llegar a una que emitía una melodía country un tanto empalagosa. Para sorpresa de Lesboutx, Christian dejó el dial donde estaba y se puso a escuchar la canción, marcando discretamente el ritmo con la cabeza.

Tie a yellow ribbon 'round the old oak tree.
It's been three long years,
Do you still want me?[5]

—Sargento, esto… ¿esto es lo que quiere escuchar? —preguntó la joven, confusa, sin poder evitarlo.

—Oh, sí, mi alférez —respondió Christian. No parecía que la pregunta le hubiera molestado—. Es una buena canción. Y tiene su historia, ¿sabe?

—¿Qué historia?

—Bueno, habla sobre una costumbre americana. Cuando los soldados se marchan a una misión, sus familias colocan una cinta amarilla alrededor de un árbol en el jardín. Simboliza que siempre le estarán esperando… El tipo que canta la canción dice que si al regresar no encuentra la cinta, subirá de nuevo a su autobús y se irá por donde ha venido porque entenderá que se han olvidado de él. —Christian hizo una pausa. La canción seguía sonando, con su cadencia melancólica y pegadiza—. Al escucharla suena alegre, ¿verdad? Pero en el fondo es muy triste, o me lo parece a mí.

Lesboutx miraba a Christian con expresión de incredulidad. Lo que estaba escuchando no encajaba en sus esquemas mentales con los pantalones de chándal y las camisetas sin mangas.

—Si no le gusta puedo cambiar de emisora, mi alférez.

—No, déjelo. De todas formas ya estamos llegando.

Christian aparcó el coche a la entrada de los muelles del puerto comercial, junto al pañol. El bar La Plaza estaba a unos pocos pasos.

El bar era un pequeño local de aire ecléctico y moderno. Daba la impresión de que sus dueños habían querido mezclar el encanto de una tasquita de puerto con la sofisticación de uno de esos gastrobares que se habían puesto de moda entre los jóvenes urbanitas que veraneaban en Santarés. En opinión de Lesboutx, casi todos ellos se servían de una decoración más o menos vanguardista para ocultar una carta en la que los precios solían ser más altos que la calidad de los platos.

El local se ubicaba en un semisótano al que se accedía a través de una coqueta escalera decorada con lámparas de barco. El interior era amplio pero desconcertante; Lesboutx no fue capaz de

determinar si se hallaba en un local de copas, un restaurante o una mezcla de ambos, resuelta con no demasiado éxito.

La barra de perfil ondulante ocupaba un rincón. Estaba adornada con piezas de madera que simulaban objetos relacionados con el mar: ruedas de timón, peces de colores, aparejos de pesca y parafernalia similar. Detrás de la barra había ventanas con forma de ojo de buey que no daban a ninguna parte. El lugar estaba iluminado con luces suaves de tonos azulados y de algún lugar indeterminado surgía una suave música *chill out.*

Había menos de una decena de clientes repartidos entre las mesas y los reservados. Un chico joven detrás de la barra era el único camarero presente en el local. Lesboutx y Christian se acercaron a él. La alférez llevó la iniciativa. Mostró al camarero las fotografías de Aleksandar y de Edu99 y le preguntó si habían estado los dos juntos en el bar el miércoles de la semana pasada o de la anterior.

El camarero respondió que no le sonaban las caras. No obstante, dijo, él siempre trabajaba en el turno de tarde. Si alguno de aquellos chicos estuvo en La Plaza pasadas las nueve de la noche, él no podía saberlo.

—Un viaje inútil —dijo Lesboutx—. Estas cosas siempre me frustran.

—Mi alférez, no queda mucho tiempo para que den las nueve. Podemos esperar aquí tomando algo.

A Lesboutx le pareció una idea muy poco profesional aunque, por otro lado, tampoco tenía ganas de sentarse a solas con Christian en el coche a seguir escuchando música country. Aceptó permanecer en el bar bebiendo un par de refrescos sin alcohol mientras aguardaban el cambio de turno de los camareros.

Los dos ocuparon un reservado y el camarero les llevó las bebidas. Se mantuvieron en silencio durante un buen rato, Christian tomando sorbos de su cerveza sin alcohol con aire risueño y Lesboutx dirigiendo miradas a su reloj. Aquella espera silenciosa la hacía sentirse tensa, pero tampoco se le ocurría ningún tema de conversación.

La visión de la nariz hinchada del sargento le dio al fin una idea.

—¿Cómo va ese golpe? —preguntó—. ¿Le duele?

—Oh, no, qué va. Es un poco incómodo, pero nada más.

—Recibió usted una buena paliza…

Christian sonrió tímidamente.

—No fue para tanto, mi alférez. Ya estoy acostumbrado.

—¿Por qué? ¿Es que era algo normal en su anterior unidad?

—Algunas bofetadas nos daban de vez en cuando, sí, pero no me refería a eso. Cuando estaba en el instituto iba a un club de lucha olímpica, allí sí que nos metíamos caña. Fíjese en esto. —Christian cerró el puño y trató de girarlo—. ¿Lo ve? Perdí movilidad en la muñeca después de romperme dos veces el cúbito y el radio por el mismo sitio.

—¿En el club de lucha olímpica?

—La segunda vez sí, pero la primera fue peleando con mi hermano. Por una bellota.

—¿Una bellota?

Las mejillas del sargento se encendieron.

—Sí, bueno… Éramos un poco burros de niños. Jugábamos a tirarnos bellotas en el campo. Una vez los dos nos lanzamos al suelo a coger una, yo caí de mala manera y, ¡crac!, todo el verano con el brazo en cabestrillo.

—Eso suena muy… doloroso.

—No fue tan malo. Todo el mundo me contemplaba. Además, como mi hermano se sentía culpable dejó que durmiera en la litera de arriba hasta que me quitaron la escayola. Si le soy sincero, mi alférez, yo tenía tantas ganas de estar en esa litera que incluso me pareció que lo del brazo roto había merecido la pena.

Ella sonrió. La historia le resultó muy simpática. Christian relató algunas otras peleas con su hermano mayor. Al parecer, muchas de ellas eran a causa de la distribución de las literas.

—¿Sabe qué es lo más gracioso? —dijo el sargento—. Que cuando estuve en la academia, odiaba dormir en la cama de arriba, siempre quería la de abajo. Cuando se lo conté a mi hermano no paró de reírse, me dijo que a él le pasaba lo mismo.

—¿Su hermano también entró en la Guardia Civil?

—No, él fue al ejército. Brigada de paracaidistas.

—¿Y dónde está ahora destinado?

Christian bajó la mirada hacia su vaso.

—Lo mandaron a Irak. Más bien, fue él quien quiso ir, siempre fue muy aventurero. Le iba la marcha.

—Bueno, parece cosa de familia, sargento —dijo Lesboutx, socarrona—. ¿Aún está allí?

Christian negó lentamente con la cabeza, con los ojos aún fijos en el vaso.

—No. Él… murió, ¿sabe? Hace un año y medio, en Besmayah. Una mina antipersonas.

—Dios mío, lo siento mucho, sargento. Yo…

—Tranquila, usted no podía saberlo. —El joven miró a Lesboutx y sus labios esbozaron una sonrisa apagada—. Le dieron una medalla,

¿sabe? Cuando murió. Ya sé que sólo lo hicieron porque tuvo mala suerte, no por su heroísmo ni nada de eso, pero, aun así, me siento muy orgulloso. Era un tipo estupendo.

En los ojos de Christian la alférez vio una mirada tan triste que se le encogió el corazón. Se maldijo varias veces por su torpeza. Lo único que se le ocurrió hacer fue disculparse una vez más.

Christian trató de quitarle importancia. Después le dio un sorbo a su bebida y Lesboutx reparó entonces en que el sargento llevaba en la muñeca, a modo de pulsera, una delgada cinta amarilla.

Tenía un aspecto ajado, como si la luciera desde hacía algún tiempo.

La conversación derivó hacia el asunto menos comprometido de la muerte de Aleksandar, si bien no se prolongó demasiado. El nuevo turno de camareros apareció puntual a su hora y Lesboutx y Christian se acercaron de nuevo a la barra para llevar a cabo sus pesquisas.

La camarera del turno de noche era una joven rubia de piel muy blanca que mascaba chicle con la boca abierta. Tenía un leve acento extranjero. Contempló durante bastante tiempo las fotografías de Aleksandar y de Edu99 antes de identificarlas.

—Sí, este tío sé quién es —dijo, señalando al croata—. El otro chaval… No sé, no estoy segura de si lo he visto antes o no.

—¿De qué conoces al primero? —preguntó Lesboutx.

—Viene por aquí a menudo, al menos un par de veces al mes y casi siempre entre semana. La última fue el miércoles pasado.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo recuerdo bien porque cuando lo veo pienso en lo bueno que está. —La alférez le preguntó si había hablado con él. Ella resopló por la nariz y emitió una especie de risa—. Ojalá, pero no, nunca he tenido esa suerte. Se acerca a la barra, me pide un par de copas, me sonríe un poco y ya está, eso es todo. Además, creo que es gay; siempre que viene lo hace acompañado de un tío.

—¿Con el mismo hombre o diferentes?

—Distintos, que yo recuerde. Todos jovencitos y muy monos… Incluso una vez le vi con una chica, muy mona también, y con pinta de cría. Quizá es bisexual.

—Cuando estuvo aquí el miércoles, ¿lo acompañaba un hombre o una mujer?

—No, vino con un chaval… —La camarera se quedó unos segundos en silencio, rememorando—. Puede que fuese el de la otra foto ahora que lo pienso.

—¿Estuvieron mucho tiempo aquí?

—Ni idea. Sé que llegaron antes de las once. Estoy segura porque después de esa hora es cuando esto se pone hasta arriba de gente y yo ya no me puedo fijar en quién entra y quién sale; lo único que hago es ir de un lado a otro de la barra sirviendo copas.

—¿Puedes contarme algo más de ellos? ¿Sabes de qué estuvieron hablando?

—No, yo no voy poniendo la oreja en conversaciones ajenas, eso no me va. Además, estaban sentados en un reservado al otro extremo del local; si hubiera querido escucharlos habría tenido que estar pegada a ellos.

La camarera no pudo aportar nada más. Se apartó a un lado para atender a unos clientes y dejó solos a los guardias civiles.

—De modo que Aleksandar estuvo aquí con el chico de Finder la noche antes de que encontraran su cadáver flotando en el puerto —dijo Lesboutx—. Es muy interesante.

—Mi alférez, no cree que Suker tuviera nada que ver con eso, ¿verdad?

—Lo que está claro es que a él ya no se lo podemos preguntar.

Pagaron sus bebidas y se encaminaron hacia la salida. De pronto, Christian se detuvo en seco. Sujetó a la alférez por el brazo y señaló discretamente una mesa que estaba en un rincón, casi en penumbra. Allí había una pareja de chicos jóvenes. Uno de ellos no parecía mayor que un adolescente; el otro era moreno y bronceado, y marcaba mucho músculo bajo una camiseta de amplio escote. Los dos charlaban y sonreían muy animados. Lesboutx no vio nada que justificase la sorpresa de Christian.

—¿Qué ocurre, sargento?

—Ese tipo, el de la camiseta negra. Yo ya lo he visto antes. —El sargento bajó un poco la voz—. Es uno de ellos.

Entre los papeles del contrato de alquiler de Aleksandar figuraba el número de teléfono de Sergio, el agente inmobiliario de Interresidence. Miranda trató de contactar con él varias veces, pero no respondía las llamadas.

La teniente también tenía el número de la matrícula de su coche. Lo había apuntado cuando Christian y ella fueron a su oficina. Con ese dato y gracias a la ayuda de los guardias de tráfico de la compañía, Miranda consiguió la dirección del agente inmobiliario. Ya que no atendía al teléfono, la teniente decidió que le haría una visita

en su propia casa. La táctica de ataque sin previo aviso solía ser muy efectiva.

Miranda utilizó su coche para ir a casa de Sergio mientras Lesboutx y Christian investigaban en el bar La Plaza. Al llegar a la vivienda se la encontró vacía. Nadie respondía al timbre y las ventanas tenían las persianas bajadas. El garaje estaba cerrado, así que no había forma de saber si el coche de Sergio estaba o no allí.

La teniente deseó que el joven no se hubiera largado igual que Bogdan Lupu. Ya tenía bastante con un sospechoso desaparecido.

Como por el momento no era posible hablar con Sergio, optó por dedicarse a otra de sus labores pendientes. Regresó a su coche y se encaminó hacia el restaurante Luces y Sombras. En realidad no esperaba obtener allí ninguna información sobre Aleksandar que ella ya no supiera, pero tampoco quería esperar de brazos cruzados hasta que los otros miembros de su equipo se pusieran en contacto con ella.

El Luces y Sombras estaba situado en los bajos de un enorme complejo de vacaciones, en un extremo de la playa. Allí había un edificio de apartamentos de perfil piramidal, feo sin paliativos, rodeado de bares de copas, restaurantes y hasta un pequeño parque acuático infantil. Durante los meses de verano se llenaba de familias de clase media que se hacían la ilusión de disfrutar de un ambiente exclusivo a precio burgués. En definitiva, era la clase de lugar que Miranda evitaba como si se tratase de un área en cuarentena.

En temporada baja el complejo lucía el mismo aspecto fantasmal que el resto de las zonas vacacionales de Santarés: los apartamentos estaban vacíos, la mitad de los locales de ocio cerrados y el parque acuático infantil, con sus toboganes tubulares

retorcidos y sus piscinas secas, semejaba las ruinas de una pequeña ciudad tras un bombardeo.

El Luces y Sombras era el único negocio del complejo que funcionaba durante todo el año. La entrada al restaurante estaba bajo un gran cartel que imitaba los de los teatros de Broadway. Con su derroche de luces parpadeantes, resultaba algo incongruente en medio de un lugar tan desolado.

Miranda comprobó que el local era uno de esos restaurantes que ofrecían cena con espectáculo. Al parecer, en el caso del Luces y Sombras, el género ofrecido era una mezcla de *burlesque*, monólogos cómicos y *music hall*. La teniente esperaba que la variedad de los platos del menú fuera menos indigesta, por el bien de los comensales.

En el interior apenas había una docena de personas repartidas entre las diferentes mesas, que rodeaban un pequeño escenario. El ambiente, más que festivo, transmitía una sensación de apatía. Un camarero se acercó a Miranda y le preguntó si deseaba una mesa. Ella mostró su placa de la Guardia Civil y pidió hablar con el encargado. El camarero fue a buscarlo.

Mientras esperaba, Miranda se entretuvo escuchando al cómico que actuaba en aquel momento sobre el escenario. Era un tipo que hablaba sobre la experiencia de emanciparse por primera vez a los treinta y tantos. Se oían algunas risas aisladas, aunque Miranda no comprendía por qué era gracioso que una persona adulta no supiera poner una lavadora.

El encargado apareció por fin. Era un hombre de mediana edad, alto, ancho y completamente calvo. Llevaba pendientes de brillantes en los lóbulos de las orejas y vestía americana, camiseta y

pantalones vaqueros; las tres prendas eran de color negro. Más que un gerente de un restaurante, a Miranda le pareció el gorila de la puerta de un bar de copas.

Tras las presentaciones de rigor, el encargado le ofreció una bebida que Miranda rechazó. Aunque el aspecto del tipo no era muy elegante, al menos tenía buenos modales.

—¿Hay algún problema con el local, teniente? —preguntó.

—No, qué va. Todo está bien. —Miranda echó un vistazo a su alrededor—. Es la primera vez que vengo a este sitio… ¿Qué tal les va?

—Flojitos en temporada baja, pero nos mantenemos. Entre julio y octubre no hay noche en la que quede una mesa libre; eso es un buen colchón para el resto del año.

—Me alegro por usted, en los tiempos que corren es una suerte. ¿El restaurante es suyo?

El tipo sonrió con modestia.

—No, yo sólo soy el gerente. El dueño es un ruso, uno de esos millonarios que gastan dinero en la zona. Mijaíl Korovin, se llama. Tiene varios locales en Santarés, sobre todo en la zona de los puertos.

—Sí, creo que me suena el nombre. No andará por aquí ahora, ¿verdad?

El encargado respondió que Korovin sólo iba de vez en cuando, ya que todas las gestiones las realizaba mediante intermediarios. Después, la teniente le preguntó por Aleksandar.

—Ah, sí, el croata —respondió el tipo—. Lo tuve de camarero hasta hace un par de meses, cuando se despidió. No era mal chico, aunque un poco remolón.

—¿Por qué se marchó?

—Creo que, simplemente, se cansó del trabajo. Nunca dio ningún problema y solía sacarse buenas propinas, pero cada vez se le veía menos motivado.

—Perdone la pregunta, pero ¿qué tal sueldo cobran sus camareros?

—Dentro de la media en el sector, depende de la clase de jornada que tengan. Alex sólo trabajaba los fines de semana, y con eso se sacaba unos seiscientos y pico euros más propinas.

Miranda pensó que se trataba de un salario muy bajo para cubrir los gastos de Aleksandar. Ni siquiera alcanzaba la mitad del alquiler de su casa. Era evidente que el croata tenía una fuente de ingresos extra.

—El chico ¿se llevaba bien con sus compañeros? ¿Hizo algún amigo por aquí?

—Era un tipo callado. Retraído, más bien. Él venía, hacía su trabajo y se marchaba. No se mostraba antipático pero tampoco hacía grandes esfuerzos por integrarse; iba a lo suyo. No creo que ninguno de los otros camareros lo eche especialmente de menos.

—¿Y usted? ¿Se relacionaba mucho con él?

—No más que con el resto de mis empleados. Procuro ser estricto pero amable. Me gusta que haya buen ambiente de trabajo, así que siempre que puedo les pregunto por sus asuntos, sus familias… Ya sabe, ese tipo de cosas. Con Aleksandar actué igual, aunque el chico no hablaba mucho de sí mismo. Alguna vez me comentó que nació en Pula, pero que su familia tuvo que huir de Croacia por culpa de la guerra cuando él era muy pequeño. Se vinieron a España y luego regresaron a su país, pero él se quedó viviendo con unos tíos suyos

con los que últimamente apenas mantenía contacto. —El encargado permaneció pensativo unos instantes—. Creo que me daba un poco de lástima, por eso de ser un refugiado y porque tenía cara de buen chico. Me daba la impresión de que estaba muy solo en el mundo, pero él nunca mencionó que echase de menos a su familia o que quisiera regresar a su país. Decía que allí no tenía futuro.

«Seguro que mucho más del que acabó teniendo aquí», pensó Miranda, con amargura. La historia de Aleksandar le resultaba muy patética. A pesar de algunas de las cosas que había descubierto del croata (como sus antecedentes policiales o su relación con las drogas), no podía evitar sentirse triste por él. El muchacho había llevado una mala vida, y encima algún desgraciado le arrebató su oportunidad de enmendarla al abrirle la cabeza con una mancuerna. No contento con ello, además remató la faena humillando su cadáver con aquel maldito rizador de pelo.

Miranda le hizo algunas preguntas más al gerente, pero no obtuvo ninguna información útil. La relación de aquel hombre con Aleksandar había sido meramente profesional y no conocía más detalles sobre la vida del croata de los que ya había expuesto.

La teniente le dio las gracias por su colaboración y se dispuso a abandonar el local. De pronto, las luces se apagaron y un foco iluminó el escenario. Por los altavoces se escuchó una melodía de Cole Porter interpretada a ritmo de jazz suave.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miranda—. ¿Van a dar algún premio?

—Es la siguiente actuación: Tracy Glam.

—¿Una cantante?

—Una *drag queen*. Es muy buena, ¿por qué no se queda a verla? Debería haber actuado la noche del jueves, pero tuvo una urgencia

personal y no pudo acabar el número, por eso actúa esta noche. Le encantará, tiene chispa.

Miranda ya estaba rechazando cordialmente la invitación cuando Tracy Glam apareció en el escenario luciendo un vestido azul eléctrico que dejaba al aire sus hombros, anchos y musculosos. También llevaba una aparatosa peluca violeta y el rostro cubierto de maquillaje y purpurina, aunque sin ocultar la barba, teñida del mismo tono que la peluca. El resultado era de una chocante virilidad feminizada.

El público la recibió con aplausos. Tracy saludó con voz grave y melosa, y después se arrancó a cantar una especie de bolero cuya letra estaba repleta de dobles sentidos. La audiencia reía los más evidentes e ingeniosos.

No fue hasta la segunda estrofa que Miranda reconoció la voz de Tracy Glam.

Decidió que, después de todo, sí que iba a quedarse hasta el final de la actuación. Y que incluso le haría una visita a la artista en su camerino para mantener una larga charla.

20
Que le gusten los musicales

Christian apartó a Lesboutx hacia un rincón discreto desde el que poder observar a la pareja sin ser vistos. La alférez se dejó hacer, aunque sin disimular su confusión.

—¿A qué se refiere, sargento? —preguntó—. ¿Quiénes son «ellos»?

El joven le mostró una fotografía en su móvil. Se trataba de la imagen de un perfil de Finder en la que podía verse a uno de los hombres del reservado, el que llevaba la camiseta con el escote amplio. El nombre del usuario era Luka88.

La alférez seguía sin entender nada.

—Toda una casualidad, en efecto —dijo—. Pero ¿qué importancia tiene?

—Lea la descripción del perfil. Dice: «Le gusta: los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere». ¿No le suena de nada?

Lesboutx tardó unos instantes en relacionarlo.

—Se parece a la frase que aparecía en el perfil de Aleksandar.

—No se parece; es la misma. Idéntica, palabra por palabra.

—Otra casualidad.

—Sí, admito que muchas personas en el mundo pueden decir que les gustan los deportes de riesgo, pero ¿qué hay del ruso blanco con vodka Belvedere? Un poco específico, ¿no cree? —Lesboutx abrió la boca para replicar, pero Christian siguió hablando—. Pero hay más. Mire: encontré este perfil en Finder ayer por casualidad. Fíjese bien.

El sargento mostró otra fotografía. En ella aparecía un joven barbado y moreno en traje de baño, con un perro en brazos. Su nombre era Ion92. También le gustaban los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere. A continuación, Christian enseñó otros tres perfiles que tenía seleccionados en Finder: Leo93, Jhanno95 y Naim97. Los tres tenían algo en común: eran jóvenes, atractivos y sentían una idéntica afición por los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere.

—No deja de ser llamativo —comentó Lesboutx—. ¿Hay más?

—Sólo estos cuatro en un radio de búsqueda de quince kilómetros, según la aplicación.

—La verdad, sargento, no estoy segura de que esto sea importante… Quizá no se trate más que de una especie de código urbano, una expresión con doble sentido que conoce la gente joven. Incluso puede que sea la frase de una serie o de una película de moda.

—Con su permiso, mi alférez, ni usted ni yo somos tan mayores como para no reconocer una referencia de ese tipo.

Por algún motivo, a Lesboutx le dio vergüenza admitir delante de Christian que ella no estaba muy al día en la jerga de la juventud actual, así que le dio la razón.

—De acuerdo; entonces ¿qué significa?

—No lo sé, pero me gustaría averiguarlo.

En ese momento, Luka88 dejó a su acompañante y se dirigió a la barra para pedir unas copas. Christian hizo amago de acercarse a él.

—¿Adónde va? —preguntó Lesboutx.

—A preguntárselo a ese chico.

—No, espere. No puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque… No lo sé… Sería un poco ridículo. Esos dos están en una especie de cita; parecería raro que de pronto se acercase un tipo a preguntarle a uno de ellos por su perfil de Finder. No creo que se lo tomara bien.

Luka88 regresó junto a su pareja. Ambos bebieron y siguieron manteniendo una animada charla, aunque esta vez con un cariz algo más íntimo.

Christian hizo una seña a la camarera para que se acercase. Después, señalando a Luka88 y a su pareja, le preguntó si el de la camiseta escotada era un cliente habitual. Lesboutx le dejó hacer; ella también tenía curiosidad por saber si todo aquello iba a alguna parte.

—Ha venido un par de veces, sí. La última con una chica.

—¿Su pareja? —preguntó el sargento.

—O un ligue, yo qué sé. Se fueron de aquí cogiditos de la mano. El chaval parece que pica en todas las flores, no sé si me explico. —La camarera sonrió con picardía—. Aunque con ese cuerpo no me extraña que cada semana venga con un tío o una tía diferente.

—¿Viene todas las semanas?

—Es una forma de hablar. Quiero decir que, por lo que he visto, el chico está muy solicitado. Quizá algún día le pregunte su nombre y le pida el número de teléfono, a ver qué tiene de especial.

Un cliente llamó a la camarera desde el otro extremo de la barra y ella se marchó.

—Vámonos, sargento —dijo Lesboutx—. Creo que estamos haciendo una montaña de un grano de arena.

Christian iba a replicar cuando Luka88 y su pareja dejaron el reservado. El de la camiseta escotada tomó de la mano a su acompañante, que le siguió con actitud dócil y una leve sonrisa en los labios, y lo condujo hacia la salida.

—Se acabó —dijo Lesboutx—. ¿Lo ve? Se marchan.

—¿Con las copas sin terminar?

—Bueno, si la cita ha ido bien, quizá tengan prisa por ir a un lugar más discreto.

—Es muy raro… —replicó Christian, tozudo.

El sargento esperó a que los dos chicos salieran del local y fue tras ellos antes de que Lesboutx pudiera impedírselo.

La alférez lo alcanzó en la calle, a la puerta del bar. Caminaba unos metros por detrás de Luka88 y su pareja, con la cabeza agachada tratando en vano de fingir que no los estaba siguiendo. Lesboutx suspiró.

—¿Qué está haciendo, sargento?

—Sólo quiero saber si dicen algo interesante, nada más.

—No podemos espiar a cualquier persona que nos apetezca, mucho menos siendo guardias civiles. Ahora mismo está usted rozando la ilegalidad, y como oficial suyo…

—Mire, se han metido detrás del pañol. —Christian apresuró el paso.

—Sargento, deténgase. Es una orden.

—Pero, mi alférez, es muy extraño —protestó el joven, igual que un chico al que interrumpen en un juego interesante—. ¿Por qué se han marchado del bar tan rápido? ¿Y por qué se han ocultado detrás del pañol?

—¿De verdad tengo que explicárselo?

El sargento se ruborizó un poco.

—Sí, entiendo, pero… Hace poco Luka88 estuvo aquí con una chica, la camarera nos lo ha dicho.

—Por tanto su único delito es una cierta promiscuidad sentimental o, en el peor de los casos, una posible infidelidad; nada que a usted ni a mí nos importe en lo más mínimo, sargento. Vámonos.

—Por favor, mi alférez, déjeme sólo acercarme un poco más.

Lesboutx iba a prohibírselo, pero su entusiasmo le resultó casi enternecedor. Por otra parte, pensó que si Christian sorprendía a la pareja dando rienda suelta a un calentón eso le serviría de escarmiento… y también sería una buena anécdota sobre novatos para contar en un futuro. Esto último fue lo que más pesó en su decisión.

—Haga lo que quiera, pero no cuente conmigo.

Christian se dirigió hacia el pañol y se asomó a la esquina por donde Luka88 y su pareja se habían escabullido. La alférez lo contempló unos pasos por detrás. Esperaba impaciente que regresara con las mejillas tan rojas como la luz de un semáforo y poder tomarle un poco el pelo.

Lesboutx se sorprendió al darse cuenta de que, de algún extraño modo, se estaba divirtiendo. Era algo que raras veces le ocurría durante una diligencia.

El sargento desapareció tras el edificio.

Lesboutx aguardó su regreso. Pasaron un par de minutos y entonces Christian apareció de nuevo. Sus mejillas no habían alterado su color.

—Mi alférez, venga a ver esto —dijo—. Ya le dije que aquí pasaba algo raro.

Intrigada, ella fue a su encuentro.

El número de Tracy Glam finalizó entre unos cuantos aplausos desganados. La artista lanzó un par de besos al público y luego desapareció tras un telón negro, cubierto de purpurina. De camino hacia un cuarto trasero del local, que servía como vestuarios, camerino y sala de atrezo, Tracy se desprendió de la peluca, liberó los pies de los zapatos de plataforma y comenzó a quitarse las pestañas postizas. La *drag queen* ya empezaba a deshacerse a pedazos antes de colocarse ante el espejo del camerino.

Una vez allí, utilizó un algodón untado en crema limpiadora para sacarse a Tracy Glam de la cara. El entusiasmo narcótico de los aplausos recibidos se difuminó junto con el maquillaje.

Un par de minutos después el rostro del espejo ya no era el de Tracy Glam, estrella ocasional del Luces y Sombras, sino la de Sergio Fernández, oscuro agente inmobiliario de Interresidence.

Sergio dejó a un lado la crema limpiadora y se untó la barba con jabón para librarse del tinte. Un resoplido de hastío brotó de sus labios al contemplar su semblante desmaquillado. Se sentía cansado.

No habría actuado aquel día si hubiera podido evitarlo, pero le debía un número al gerente del local tras su espantada del jueves. Sergio no tuvo más remedio que hacer acopio de toda su fuerza de

voluntad, ponerse la peluca y el maquillaje como un soldado al encajarse el casco y las pinturas de guerra, y salir al escenario fingiendo alegría y chispa. Resultó muy complicado.

Normalmente le era fácil adoptar el rol de Tracy Glam. Disfrutaba con ello. Era como en sus días en la facultad, cuando se apuntaba a todos los grupos de teatro de aficionados y aquello le servía como válvula de escape a su timidez.

Le divertía actuar como Tracy, aunque no la tomaba como una especie de alter ego o de expresión de sus frustraciones. No le gustaba Tracy porque le permitiera vestirse o actuar como una mujer (algo a lo que Sergio no le veía ningún atractivo especial), sino porque era un buen papel. Nada más. Si Sergio tenía alguna frustración, ésa era la de no haber podido ser actor en vez de agente inmobiliario.

Por desgracia había pocas personas que lo entendieran de aquella forma. Santarés no era precisamente un bastión de tolerancia, y la mayoría de sus habitantes opinaba que cuando alguien disfruta subido a un escenario vestido de mujer, es porque oculta censurables y depravadas inclinaciones antinaturales. Sergio no quería convertirse en el blanco de la hostilidad o las burlas de sus vecinos, de modo que se veía obligado a mantener escondidos tanto a Tracy como su propia orientación sexual. De ambos aspectos, casi nadie estaba al tanto.

Aquel continuo fingimiento a menudo le resultaba agotador, especialmente cuando se encontraba entre sus compañeros de trabajo, pero gracias a Tracy liberaba tensiones. Actuar en el Luces y Sombras siempre le ponía de buen humor, y raras veces le costaba meterse en el papel.

Pero esa noche fue una excepción.

Había actuado sin ganas y deseando terminar. No podía quitarse de la cabeza las muchas preocupaciones que lo agobiaban. Incluso varias veces olvidó el guión y le costó improvisar, algo que nunca le había ocurrido. Un público escaso y poco entregado tampoco le ayudó a concentrarse. Ahora, mientras se quitaba los restos de Tracy de la cara, tan sólo podía pensar en marcharse a casa, tomarse alguna pastilla para dormir y caer en un sueño pesado y vacío.

Lo ansiaba de forma desesperada.

Pensaba en ello cuando la puerta del camerino se abrió a su espalda. En el espejo, Sergio vio reflejada a la última persona con la que hubiera querido encontrarse en aquel momento.

Miranda carraspeó de forma cortés, como si interrumpiera una conversación.

—Señor Fernández… —dijo luego, a modo de saludo—. Seguro que no le importará que le robe unos minutos de su tiempo.

Sergio se sintió exhausto. Emitió un largo suspiro de rendición.

—Adelante, estoy a su disposición.

—Bien. Me alegra que esta vez no vaya a salir corriendo, no me gusta nada que me obliguen a hacer ejercicio.

—¿Va… Va usted a detenerme o algo así?

—Ésa es una buena pregunta. —Miranda se sentó calmosamente en una silla de madera plegable—. He estado viendo su número, ¿sabe? Es usted un buen actor.

—Gracias.

—No me las dé, no era un cumplido. Odio encontrarme buenos actores en mi trabajo; te mienten y no te das ni cuenta, por eso no me caen bien. Ahora mismo usted no me es nada simpático.

—Le aseguro que yo…

Miranda alzó un dedo para reclamar silencio.

—Cuidado. Mucho cuidado con lo que vaya a decirme, querido. Me aseguró que apenas conocía a Aleksandar Suker y era mentira, me dijo que el jueves estuvo toda la noche enfermo en casa y también era mentira; si quiere un consejo, yo de usted empezaría a decir la verdad. Primero le haré una pregunta sencilla: ¿dónde estuvo usted la noche del jueves?

—Aquí. Esa noche actuaba. —La teniente negó con la cabeza y Sergio empezó a ponerse nervioso—. ¡Es verdad! ¡Pregúnteselo al encargado!

—El encargado dice que, en efecto, usted vino el jueves por la noche, pero se marchó antes de realizar su número. ¿Por qué se largó sin dar explicaciones?

—Me puse enfermo.

—No es tan buen actor como para hacer que me crea eso por segunda vez.

Sergio empezó a sudar. Daba el aspecto de estar a punto de sufrir un mareo. Por fin, dijo con un hilo de voz:

—Tuve que marcharme… Ellos… Ellos vinieron aquí de pronto.

—¿Quiénes?

—Los otros… Mis compañeros del trabajo. Uno de ellos celebraba una especie de despedida de soltero. Me invitaron pero no pude ir, tenía que actuar, y, entonces, los muy imbéciles se presentaron aquí, borrachos como cubas, maldita sea… Jamás en su vida se habían acercado a este lugar, ¿por qué precisamente esa noche, joder? ¿Por qué? Los vi… Los vi sentados en una mesa a todos ellos antes de salir a escena… ¡Estaba incluso Santi, mi jefe, por el amor de Dios!

No faltaba ni uno. Ni uno… Le dije al encargado que me había puesto enfermo y salí corriendo. La posibilidad de que alguno de mis compañeros me hubiera visto me aterraba tanto que ni siquiera me atreví a ir a trabajar al día siguiente, así que llamé al jefe de mi oficina y le dije que tenía gastroenteritis. Todavía soy incapaz de dormir de un tirón desde el jueves pensando en si alguno de ellos pudo reconocerme cuando estuvieron aquí.

—¿Ellos no saben que usted actúa en el local? —preguntó Miranda.

Sergio negó con la cabeza.

—Ignoran muchas cosas sobre mí —dijo después, con tono amargo.

—Entiendo.

—No. Perdone, pero usted no entiende una mierda. —Sergio le dio la espalda a la teniente y se miró al espejo. Nervioso, se pasó un pañuelo por la frente para quitarse restos de maquillaje, aunque ya no le quedaba ninguno—. Lo que aquí se respira… lo que se respira en todo este pueblo, no es discriminación; es desprecio, puro y simple. Si supieran en mi trabajo que soy homosexual no me echarían a la calle, no, harían algo peor: me tratarían como si fuera un fenómeno de circo o una especie de minusválido. Así es como se las gastan en este lugar. No te persiguen para lincharte; te humillan hasta que ya no puedes soportarlo más.

Miranda asintió. Le parecía que Sergio había hecho un análisis bastante certero del clima imperante en Santarés.

—Quizá le vendría bien cambiar de aires, en ese caso.

—Sí, quizá, pero yo no deseo irme a ningún lado. Sólo soy un hombre normal y corriente que quiere hacer su vida sin meterse en

problemas con nadie; ¿acaso eso es mucho pedir?

—Imagino entonces que su relación sentimental con Aleksandar Suker era un secreto.

Sergio miró sorprendido a la teniente.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Lo niega?

El agente inmobiliario soltó un suspiro, casi un gemido, y ocultó la cara entre las manos. Era la viva imagen de la derrota. Por un momento, Miranda llegó a sentir lástima por él.

—Lo siento… —dijo—. Dios mío, Alex…

Sergio no lloraba, pero su voz era un lamento. Miranda se quedó callada hasta que el agente logró recomponerse, luego preguntó:

—¿Desde cuándo?

—Desde hacía unos meses. Aún no… Aún no éramos nada cuando alquiló la casa donde… —La voz le falló—. Donde lo mataron. Fue más tarde cuando empezamos.

—¿Alguien más lo sabía?

—No. Es decir, al menos yo nunca se lo conté a nadie.

—¿Y él?

—Creo que tampoco, pero no puedo estar seguro. —Sergio esbozó una sonrisa triste—. La nuestra no era una relación exclusiva. Se supone que los dos teníamos libertad para ver a otras personas, y me consta que él lo hacía.

—¿Sabía entonces que era usuario de Finder?

—Sí, lo sabía. También que a veces quedaba con otros hombres, e incluso con mujeres. No eran asuntos serios, sólo rollos de una noche. Él mismo me lo dijo, al principio; luego dejó de contarme esas cosas.

—¿Por qué?

—Porque yo no quería escucharlo.

—¿Y usted? ¿También veía a otras personas?

—No. Yo no fui capaz, ni siquiera lo intenté. —Sergio bajó la mirada avergonzado—. Suena patético, ¿verdad? Pero así es. Estaba completamente colgado por ese tonto. Alex… Si lo hubiera usted conocido lo entendería. Era adorable, en todos los sentidos; tenía esa cara de buen chico y unos modales perfectos. Cuando te contaba su historia te seducía sin pretenderlo. Parecía un pobre muchacho bueno y solitario que había tenido mala suerte en la vida.

—Ha dicho que «parecía». ¿Acaso no lo era en realidad?

Sergio negó tristemente con la cabeza.

—Ha hablado usted de buenos actores —dijo—. Pues bien, Alex lo era; el mejor que he conocido. Poco a poco fui descubriendo detalles de su vida que no encajaban con la imagen que yo tenía de él.

—¿Qué clase de detalles?

—Supe que había estado en la cárcel, por un lío de drogas o algo semejante. En los últimos meses empecé a preocuparme seriamente por él.

—¿Por qué motivo?

—Creo que estaba volviendo a las andadas con lo de las drogas. Yo sabía que se metía algo de vez en cuando. A veces tenía polvo en casa y… Bien, yo incluso lo probé con él alguna vez. Como una travesura, nada más. Empecé a darme cuenta de que Alex consumía de forma habitual, y luego estaba el tema del dinero…

—¿El dinero?

—Sí. Alex gastaba mucho, y era imposible que todo eso saliera de su sueldo de camarero. Yo pensaba que había empezado a traficar y

aquello me inquietaba. Tuvimos una discusión bastante seria sobre eso.

—Háble me de esa discusión.

Sergio se mostró incómodo.

—No hay mucho que explicar. Yo le revelé lo que sospechaba y él se enfadó.

—¿Negó que traficara con drogas?

—Al principio sí, pero luego admitió que, alguna vez, había comprado y vendido pequeñas cantidades por la comarca. Nada importante, aseguró. Yo le dije que estaba echando su vida a perder, que si no cambiaba de actitud iba a volver a la cárcel y que él valía demasiado como para acabar entre yonquis y camellos. Fue un sermón en toda regla, me sentí más como su hermano mayor que como su pareja.

—¿Y le hizo caso?

Sergio sonrió de medio lado.

—Ya le he dicho que era muy buen actor, y sabía explotar su máscara de sinvergüenza adorable cuando le venía bien. Me prometió que lo dejaría de inmediato. A esas alturas a mí ya me costaba creerle y así se lo dije. Entonces él se enfadó de veras y me juró que estaba a punto de dar un giro radical a su vida, que tan sólo tenía que hacer una cosa más y todo cambiaría. Incluso me sugirió que, después de eso, podríamos largarnos del pueblo y vivir juntos, lejos de aquí.

La expresión de Sergio se ensombreció, como si aquel último recuerdo le resultara doloroso.

—¿Qué era aquello que iba a cambiar su vida de forma radical? —preguntó Miranda, con gran interés—. ¿Se lo dijo a usted?

—No, aseguró que era un secreto, pero me insinuó que tenía un plan para sacarle una gran cantidad de dinero a una persona muy importante que vivía en la comarca.

—«Sacarle una gran cantidad de dinero» —repitió Miranda—. ¿Esas fueron sus palabras exactas?

—Sí.

—Suena como si hubiera tenido en mente chantajear a alguien.

—¿Cree que yo no lo pensé también? Le pedí a Alex, casi le supliqué, que no se metiera en líos. Él se limitó a decirme que lo tenía todo controlado. —Sergio emitió un suspiro de resignación—. Era su frase favorita.

Miranda reflexionó sobre aquella información. El que Aleksandar planeara un chantaje encajaba con lo que la teniente había descubierto hasta el momento, y daba pie a una hipótesis muy prometedora. A pesar de ello, no quiso hacerse muchas ilusiones al respecto. Quizá Sergio había entendido mal a su pareja o, incluso, podría estar inventando toda aquella historia. Miranda aún no había decidido si podía confiar o no en el agente inmobiliario.

—¿Cuándo tuvieron esa discusión? —preguntó.

—La semana pasada. Fue la última vez que… La última vez que lo vi con vida. —La voz de Sergio fue casi un gemido roto.

Miranda temió que esta vez sí que se echase a llorar (le incomodaba ver llorar a otras personas, nunca sabía cómo reaccionar), pero el agente fue capaz de mantener el tipo.

Era difícil saber si Sergio mostraba un dolor sincero o estaba dando rienda suelta a sus dotes como actor.

—Entiendo que no quisiera contarme todo esto cuando hablé con usted en su oficina —dijo Miranda—. Imagino que temía usted que

su jefe lo escuchara; sin embargo pudo haberse sincerado esta tarde cuando lo sorprendí en casa de Aleksandar. En vez de eso, salió huyendo como un ratero. Es consciente de que eso no le beneficia, ¿verdad, señor Fernández?

—Usted no lo comprende… Yo… me asusté. Ni siquiera pensé en lo que hacía. Tenía la esperanza de que quizá no me hubiera reconocido.

—Ahora mismo tengo un dilema: no sé si es usted un idiota o un mentiroso. Ayúdeme un poco a decidirme. ¿Qué era lo que buscaba en casa de Aleksandar?

Las mejillas de Sergio enrojecieron.

—Era algo privado.

—¿Una prueba incriminatoria?

—¡No! —saltó el agente—. En absoluto, se lo juro. Escuche, yo no quería colarme en la casa, pero no tuve otra opción; usted se quedó con la única llave de acceso. Pensé en pedirle permiso para entrar, pero entonces me habría preguntado qué era lo que quería y…

—¿Y?

—Me daba vergüenza decírselo.

—Era una tarjeta de memoria, ¿verdad? Una tarjeta con una grabación de vídeo. Eso es lo que estaba buscando.

Sergio se ruborizó de forma tan intensa que Miranda no pudo evitar acordarse de Christian.

—No quería que cayese en manos de algún desconocido —admitió, avergonzado—. Usted… ¿la tiene?

—Me temo que sí.

—Oh, mierda… No me explico cómo es posible. Él siempre decía que la tenía escondida en un sitio seguro. Por favor, devuélvamela…

O destrúyala, lo que prefiera. Ni siquiera era consciente de que Alex estaba grabando, me lo dijo después.

—Así que la grabación se hizo sin su consentimiento.

—Jamás le habría dado permiso. Ese tipo de cosas a mí no… no me van, ¿entiende? Sin embargo a él, por algún motivo, le resultaba divertido.

—¿Aleksandar se grabó manteniendo relaciones con otras personas?

—Si lo hizo, yo no quiero saberlo —respondió Sergio, molesto. Luego, con aire abatido, añadió—: Pero sí, pudo ocurrir. Ya le he dicho que eso le gustaba. Para él era como una especie de travesura.

—Por esta vez ha tenido usted suerte, dentro de lo que cabe. No creo que nadie más haya visto ese vídeo, y mi interés en él es absolutamente profesional, eso puedo jurárselo. Se lo devolveré encantada en cuanto esté segura de que no constituye la prueba de ningún delito.

Miranda se levantó de la silla y se dispuso a marcharse.

—No me hace ninguna gracia que eso esté circulando por ahí —dijo Sergio.

—Lo supongo, querido, pero así están las cosas. Una pregunta más, señor Fernández: ¿Aleksandar le mencionó alguna vez si había recibido dinero a cambio de publicitar Finder en sus redes sociales?

—No, nunca. Pero yo tampoco solía preguntarle por sus fuentes de ingresos; él se molestaba mucho si lo hacía.

—Comprendo. ¿Y qué hay del gato?

—¿Perdón?

—Aleksandar tenía un gato, pero no aparece por ninguna parte. ¿Sabe dónde está?

—Pues… se escapó. Hace un par de semanas o así. Alex se disgustó bastante, adoraba a ese animal… ¿A qué diablos viene esa pregunta?

—Como dice mi asistenta, cuando el gato no está, los ratones bailan. —Miranda era consciente de que aquella respuesta resultaba absurda, pero no le importaba. Quería que Sergio se quedara sumido en un desasosegador estado de confusión, pensando quizá que ella sabía más de lo que aparentaba. Se trataba de una táctica que había aprendido de los detectives de las viejas series de televisión. Nunca le había dado resultado, pero se divertía aplicándola.

La teniente se despidió de Sergio y regresó a su coche. Por el camino barajó diversos pensamientos.

La relación entre Aleksandar y el agente inmobiliario convertía a este último en un sospechoso a tener en cuenta. Quizá el croata pretendía utilizar la grabación para extorsionar a Sergio, quien preocupado hasta niveles paranoicos porque se desvelara su homosexualidad decidió prevenir el riesgo de forma expeditiva. O puede que el móvil fuesen los celos; si Sergio se había cansado de los escarceos de su amante, bien pudo dejarse llevar por un arranque demasiado violento. Teniendo en cuenta que el agente inmobiliario reconocía carecer de coartada para la hora del crimen, cualquier hipótesis resultaba verosímil.

Recordando una metáfora que solía utilizar su padre para casos semejantes, Miranda pensó que ya tenía a todos los caballos en la línea de salida. Ahora tan sólo le quedaba apostar por el ganador.

Lesboutx se metió en la parte trasera del pañol. Allí había una reducida explanada de asfalto sobre el extremo de la escollera, rodeada de agua por casi todas partes. De día era un buen lugar para disfrutar del panorama de la costa. Ahora, en la oscuridad de la noche, sólo se apreciaban los contornos de las casas de lujo que ocupaban la primera línea en el tramo más próximo de la playa y, a lo lejos, la luz de un faro.

Salvo por la presencia de Christian, la explanada estaba desierta.

—¿Dónde están? —preguntó la joven, mirando a su alrededor—. Los dos tipos que salieron del bar, ¿dónde se han metido?

Christian extendió los brazos de forma expresiva.

Los dos guardias civiles inspeccionaron el área. Había una pequeña puerta metálica en la cara del pañol que daba a la explanada, pero parecía estar atrancada. Así pues, la única forma en que Luka88 y su pareja hubieran podido salir de aquella escollera sin ser vistos por Christian y Lesboutx era tirándose al mar.

Como si aquella idea se le hubiera pasado por la cabeza, Christian se asomó al borde de la escollera y trató de atisbar por entre los bloques de cemento que hacían de rompeolas.

—No se esfuerce, sargento —dijo Lesboutx—. Dudo mucho que se hayan ido a nado.

—¿Entonces qué, mi alférez? ¿Chasquearon los dedos y se esfumaron en el aire?

—Pensemos con lógica. Sólo hay dos formas de salir de aquí: una es girando por la esquina del pañol y tomando el camino de regreso

al bar. Sabemos que no han ido por ahí porque no los hemos visto. La otra es esta puerta de metal.

—Que está cerrada.

—Más bien que ni usted ni yo hemos podido abrir. Pero no cabe duda de que salieron por esta puerta… o bien les crecieron alas y echaron a volar.

Para dar fuerza a su argumento, Lesboutx intentó abrir la puerta por segunda vez. Ni siquiera logró moverla un poco de las jambas.

La alférez pegó la oreja a la superficie de metal con la esperanza de oír algo al otro lado. Entonces vio cómo Christian se metía entre los bloques de la escollera, utilizando la pantalla del teléfono móvil a modo de linterna.

—Sargento, ¿qué demonios está haciendo?

—Creo que he visto algo ahí abajo, en el agua. Parece una persona.

Había varios metros de gigantescos cubos de cemento amontonados entre la explanada y la superficie del mar. Lesboutx estaba segura de que si Christian trataba de descender a oscuras por ellos acabaría con un hueso roto, en el mejor de los casos. No tenía claro si admirar su audacia o su absoluta falta de sentido común.

Se acercó al borde por el que descendía el sargento, justo a tiempo para ver cómo le resbalaba el pie en el canto de un bloque cubierto de limo. Christian tuvo que soltar el móvil para agarrarse a un saliente con las dos manos. El teléfono rebotó en uno de los cubos, se partió en pedazos y éstos desaparecieron en el agua. Lesboutx sintió un aguijonazo en la boca del estómago al pensar que ese móvil pudo haber sido su atolondrado sargento.

—Christian, sal de ahí, ¡te vas a romper el cuello! —soltó, sin darse cuenta de que había eludido el tratamiento reglamentario. Por entre las sombras, distinguía la silueta del joven, agarrado a los bloques igual que una lapa.

—Mi alférez, no veo nada.

Lesboutx farfulló una maldición. Rebuscó en su bolso hasta encontrar su teléfono y lo utilizó para alumbrar a Christian. La luz era claramente insuficiente.

—Ahora vuelva aquí, sargento. Despacio, ¿entendido? Con mucho cuidado.

—No, espere, si ya casi estoy… ¿Lo ve? Es ese bulto de ahí.

Christian descendió un poco más por los bloques, moviéndose con lentitud hacia un lateral. Una ola grande rompió contra la escollera y empapó al sargento, las manos le resbalaron y cayó hacia atrás. Lesboutx soltó una exclamación.

Uno de los cubos de cemento que sobresalía unos centímetros del agua detuvo la caída de Christian. El joven aterrizó con el trasero sobre una superficie plana, calado hasta los huesos y con varias algas enredadas en el cuello.

—Dios mío, sargento, ¿se encuentra bien? —preguntó Lesboutx. Desde lo alto de la escollera, apenas distinguía más que un bulto animado—. ¿Se ha hecho daño?

—Con su permiso, mi alférez: sólo en el culo.

Christian se incorporó con cuidado para no resbalar. La superficie del cubo estaba húmeda y cubierta por una capa de algo viscoso, así que sólo se atrevió a ponerse de rodillas. No obstante, no le fue necesario llegar más lejos para distinguir con claridad lo que había a

su lado flotando en el agua y encajado entre los bloques de la escollera.

El joven lanzó un exabrupto soez.

—¿Qué ocurre, sargento? ¿Necesita ayuda?

—Mi alférez, será mejor que avisemos a la compañía de inmediato —escuchó Lesboutx—. Hay un tipo muerto flotando aquí abajo.

21
Nos vemos en algún sitio discreto

En el jardín de la casa había una gran pérgola blanca. A su alrededor, alguien había clavado una serie de antorchas de gasolina que dibujaban el contorno de un sendero. Se oía música, algunas risas y el barullo de múltiples conversaciones. Varios camareros deambulaban por el parque portando bandejas.

La vivienda de Alfonso Navarro era un buen lugar en el que realizar un ágape al aire libre, ya que el paisaje marino actuaba como la mejor de las decoraciones. Puede que la temperatura de finales de abril no fuese la más adecuada para tener a un puñado de ociosos comiendo canapés a la intemperie, pero merecía la pena intentarlo sólo por el fabuloso panorama. Además, un par de estufas con forma de sombrilla colocadas en lugares estratégicos se bastaban para conjurar el relente nocturno.

Miranda se sentía ajena a aquel ambiente tan sofisticado. En primer lugar por el hecho de que raras veces solía relacionarse con gentes cuyo inmenso poder adquisitivo era directamente proporcional a su tiempo libre, y, en segundo lugar, porque, al fin y al cabo, a Miranda no le gustaban mucho las fiestas.

Así pues, cuando tras dejar el Luces y Sombras y personarse en el chalet de los Navarro descubrió que el matrimonio estaba entregado

a una especie de aquelarre social (con canapés, pérgolas, invitados con atuendos ibicencos y demás parafernalia), la teniente estuvo a punto de regresar a su coche y dar media vuelta. No lo hizo. Decidió que la urgencia por hablar con Alfonso Navarro era superior a sus reparos por sacarlo de su fiesta.

Esperó discretamente en una terraza del jardín a que un miembro del servicio le trajera al anfitrión, mientras observaba con total carencia de interés a los invitados que pululaban en derredor con sus copas en la mano. Todos parecían jóvenes, triunfadores y aficionados en exceso al bronceado artificial.

Alfonso hizo acto de presencia al fin. Vestía unos pantalones de lino holgados y una camisa desabrochada casi hasta el vientre. Miranda pensó que sus ropas parecían confeccionadas con la tela de unas cortinas.

Al ver a la teniente, el empresario trató de disimular su extrañeza con una sonrisa afable.

—Teniente Vega —saludó—. Esto sí que es inesperado, ¿hay algún problema?

—Lamento interrumpir su fiesta, señor Navarro, pero me temo que es importante. ¿Podemos hablar en privado un momento?

—Supongo que cuando un teniente de la Guardia Civil te pide algo así, es imposible negarse. Entremos en la casa, allí nadie nos molestará.

Alfonso intentaba parecer despreocupado, aunque Miranda estaba segura de que, en esta ocasión, nadie le ofrecería caviar y té helado.

Siguió al empresario hasta un despacho decorado con muebles de diseño oriental y varias antigüedades de aspecto caro. Entre ellas destacaba una armadura japonesa, con una máscara en cuyo rostro

se veía una mueca espantosa. A Miranda le pareció un adorno de cuestionable buen gusto.

Alfonso tomó asiento tras el escritorio. Miranda prefirió permanecer de pie. Como una mera cortesía, se disculpó una vez más por haberse presentado en plena fiesta sin avisar.

—No se preocupe —dijo el joven—. No es una fiesta en realidad. Sólo he reunido a unos pocos amigos para charlar y tomar algo, a modo de despedida.

—¿Se marcha usted a algún sitio?

—A Lisboa, mañana, a practicar surf. Tengo previsto quedarme allí un par de semanas. Pero no se inquiete, teniente, no me olvido de nuestra última conversación. Le he pedido a mis abogados que busquen el contrato de ese muchacho, Suker, y se lo hagan llegar de inmediato. Estoy seguro de que el martes lo tendrá usted encima de su mesa… ¿Es por eso por lo que deseaba verme con tanta urgencia?

—No, pero le agradezco la gestión. El motivo de mi visita es enseñarle cierto documento referido al caso de Aleksandar Suker. Querría que me diera usted su opinión.

—¿Ahora? ¿En este preciso momento?

—Es importante, señor Navarro.

—Está bien, como quiera. Le echaré un vistazo si eso le sirve de ayuda.

Miranda se sacó del bolsillo la tarjeta de memoria encontrada en la cocina del croata.

—¿Podemos enchufar esto en alguna parte? —preguntó.

Alfonso encendió un ordenador portátil que había sobre el escritorio. Miranda conectó la tarjeta en uno de los puertos y luego

buscó la carpeta con los contenidos. Además de las fotos y la grabación de Sergio Fernández, había otro archivo de vídeo. Miranda lo abrió y dejó que Alfonso lo viera.

La imagen de Aleksandar sobre su cama masturbando a otro hombre ocupó la pantalla. Ambos estaban desnudos. En una fracción de segundo, el rostro de Alfonso adoptó una expresión muy parecida a la mueca de la máscara de la armadura japonesa que decoraba el despacho. Detuvo la grabación con un gesto brusco y miró a la teniente. Miranda apreció que se había puesto pálido.

—¿Qué coño significa esto?

—Es usted la persona que aparece en el vídeo —afirmó la teniente.

—¿Qué…? ¡De ningún modo! ¿Está usted loca? ¡Este tipo podría ser cualquiera!

—Señor Navarro, si no me cree, podemos ver la grabación entera. Hay otras actitudes mucho más explícitas en las que se aprecia claramente que el hombre que está con Aleksandar Suker es usted. Puede fiarse de mi palabra o podemos comprobarlo juntos ahora, aunque le agradecería que me ahorrase tener que verla por segunda vez.

Alfonso cerró el ordenador de un golpe, como si fuera una caja que guardara cosas espantosas. Se reclinó sobre el respaldo de su silla, mirando al vacío con aire acorralado.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Lo encontré en casa de Aleksandar, entre sus objetos personales.

El empresario apretó las mandíbulas.

—Cabrón hijo de puta —masculló—. Ni siquiera sabía que…

—¿Que le estaba grabando? —completó Miranda—. Si le sirve de consuelo, al parecer se trataba de algo a lo que era aficionado.

Alfonso se sujetó la cabeza con las manos en un gesto de desesperación. Después se puso en pie y buscó en un pequeño armario una botella de ron y un vaso. Lo llenó hasta el borde, con las manos temblorosas, y bebió de un trago hasta casi vaciarlo. El lingotazo de alcohol pareció calmarlo un poco.

—Voy a ser sincero con usted, teniente.

—Eso sería lo más juicioso.

—Sólo fue una vez —aseveró—. Se lo juro por Dios. No soy gay. Nunca lo he sido. Todas mis relaciones serias fueron con mujeres. No obstante… Bien… Me considero una persona liberal en ciertos aspectos y, a veces, sólo a veces, es probable que haya sentido curiosidad por experimentar con… con personas de mi mismo sexo.

—Lo que usted sea o deje de ser a mí me trae sin cuidado.

—Por favor, no me interrumpa. —Alfonso bebió un poco más de ron—. Lo que trato de decirle es que mi… mi caso es mucho más habitual de lo que la gente cree. Conozco personas, ¿sabe? Muchas personas que también… En fin, da lo mismo. Hoy en día se supone que a nadie debería importarle lo que haga uno con su vida sexual pero, por desgracia, no es así. Existe mucha hipocresía al respecto, y yo soy un hombre cuyo éxito empresarial depende en gran medida de las relaciones públicas. Muchas personas de mi entorno se escandalizarían si… si supieran de la existencia de esa grabación; no lo comprenderían. Algunas de ellas son muy cercanas. Demasiado.

—¿Se refiere a su esposa?

—Sí. Dios… Si ella supiera… Y también está su padre. Mi suegro…

—No le gustaría descubrir que usted se ve con hombres, ¿es eso?

Alfonso resopló de forma ambigua.

—¿Sabe qué? Probablemente, le daría igual. No, lo que le pondría furioso es que yo fuera un adúltero. Siempre ha sido muy protector con Tamara. Si él llegara a saber… todo esto, no me cabe duda de que obligaría a mi esposa a dejarme. ¿Cree que tengo algún interés en verme protagonizando una especie de escándalo de folletín?

—Imagino que un divorcio de esa clase le resultaría bastante caro.

Alfonso esbozó una leve sonrisa cínica.

—Ya veo que se hace cargo. —Se sentó de nuevo tras el escritorio y, con voz serena, dijo—: Encontré a ese chico a través de Finder. Quedamos una vez y nos acostamos. Eso fue todo.

—¿Utiliza su aplicación a menudo con ese fin?

—Si así fuera, no es un delito, por lo tanto a usted no le incumbe en absoluto.

—Es verdad. Sólo me interesa su relación con la víctima de un asesinato, a la cual, por cierto, ayer me aseguró que no conocía de nada.

—Le repito que sólo nos vimos aquella vez. Puedo jurárselo. Para mí esa clase de encuentros no son más que un… pasatiempo físico, por definirlo de algún modo. Pero ese cabrón tenía sus propios planes.

—¿Qué tipo de planes?

—Resultó ser un vulgar chantajista. Unos meses después, cuando yo ya apenas recordaba su nombre, me llamó por teléfono y me pidió dinero a cambio de no contárselo todo a mi esposa. Yo tenía mucho que perder si cumplía su amenaza, así que le pagué.

—Los tres mil euros que recibió de la cuenta de su mujer —dijo Miranda—. De modo que aquella historia del contrato publicitario…

—Sí, me la inventé. No debí hacerlo, pero no tenía otra salida. No podía contarle a usted la verdad delante de Tamara.

—Eso fue una enorme torpeza por su parte, señor Navarro.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Es probable, pero no todos somos genios del crimen, teniente. ¿Cómo pensaba salir del atolladero? No tengo ni la más remota idea. Entre mis virtudes no está el ser un hombre prudente.

—En eso le doy toda la razón. ¿Por qué pagó a Aleksandar a través de la cuenta de su esposa?

—No todo lo que le dije era mentira. Es cierto que esa cuenta suelo utilizarla para temas de negocios, aunque esté a nombre de Tamara. Ella no la usa jamás. Pensé que era la mejor manera de pagar a Alex sin que nadie se enterase. Si alguien de la empresa me preguntaba por la transferencia, diría que había sido alguna compra absurda de mi mujer, y si era ella la que me interrogaba al respecto, lo achacaría a un pago de negocios. En cualquier caso, si usted no lo hubiera descubierto, nadie tenía por qué haberse enterado jamás.

—¿Cuánto tiempo pensaba seguir comprando el silencio de Aleksandar?

Alfonso miró a la teniente como si no hubiera comprendido la pregunta.

—¿Cuánto tiempo…? No lo sé… Imaginaba que sólo me pediría dinero una vez. Me dijo que si le pagaba destruiría la grabación.

Miranda consideró que el empresario era bastante estúpido, o bien fingía serlo de modo muy convincente.

—El caso es, señor Navarro, que Aleksandar Suker fue asesinado poco después de que usted le pagara. Ésa es una forma muy eficaz de asegurarse el silencio de un chantajista.

A Alfonso le costó unos segundos entender lo que Miranda estaba insinuando.

—Espere un momento, ¿cree que yo…? ¡Eso es una soberana estupidez! Jamás en la vida le he hecho daño a nadie, nunca; yo no soy esa clase de personas. Le aseguro, teniente, que si me hubiera visto entre la espada y la pared, habría recurrido a cualquier otra solución antes de que se me pasara por la cabeza el quitarle la vida a un ser humano.

—¿Qué clase de soluciones?

—Yo… No lo sé… ¡Lo que fuera! ¡Incluso habría ido yo mismo a su casa a robarle su maldita cámara para tirarla al mar! Pero matarlo nunca, jamás. ¡La sola idea me pone enfermo! —protestó Alfonso, alterado—. Además, mi mujer ya le dijo que la noche que Alex fue asesinado estábamos los dos en Valencia. Ella se lo puede jurar si es preciso.

—Sí, de eso no me cabe duda.

En ese momento la puerta del despacho se abrió y Tamara Korovin se asomó al interior de la habitación.

—Alfonso, la gente está preguntando por ti. —Al reparar en la teniente, la mujer se mostró inquieta—. ¿Ocurre algo?

—Nada, preciosa, no te preocupes. Voy enseguida. —Tamara desapareció sin decir una palabra más, dejando a su marido a solas de nuevo con Miranda—. Y bien, teniente, ¿ahora qué? ¿Debo ir a despedirme de mis invitados con unas esposas en las muñecas?

—No esta vez, señor Navarro, pero como agente de la ley le aconsejo que posponga su viaje a Lisboa. Ésta no será nuestra última conversación.

Alfonso suspiró como si estuviera agotado.

—Teniente, sobre ese vídeo… Por favor, le rogaría que lo mantuviera en secreto. Es mucho lo que me juego si saliera a la luz.

Miranda dijo que haría lo posible y a continuación se despidió del empresario.

Nadie la acompañó hasta la salida.

La teniente se encontró con alguien al regresar a su coche.

Tamara Korovin estaba apoyada en el capó, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba puesto un vestido blanco sin adornos, ligero y vaporoso, y el cabello rubio le caía en mechones translúcidos sobre los hombros. Parecía un espectro infantil, etéreo y pálido, que habría resultado incluso inquietante de no ser por el grueso anorak rojo que la cubría. Un complemento incongruente pero necesario, ya que la noche se había quedado fría.

Al ver a Miranda, Tamara se incorporó y metió las manos en los bolsillos de su anorak. El tamaño de la prenda era desproporcionado, tanto que, al verla, Miranda no pudo evitar pensar en la imagen de una niña vestida con las ropas de un adulto.

—Buenas noches, teniente —saludó—. ¿Podría hablar con usted un momento, por favor?

Miranda ya tenía las llaves del coche en la mano. Volvió a guardarlas entre los pliegues de su gabardina.

—Claro.

—¿Le importa que caminemos?

—Como quiera.

Tamara se puso en marcha. Miranda la siguió por una vereda medio oculta entre la hierba que bordeaba el chalet, en dirección a la orilla del mar. El recorrido estaba apenas iluminado por las luces

de la casa, pero Tamara caminaba segura, como si ya hubiera realizado ese mismo trayecto a oscuras varias veces.

Si Miranda hubiera sido una mujer inclinada a la poesía, habría pensado en hadas pálidas deambulando por los umbrosos senderos de la noche. Como no lo era, lo único que sentía era curiosidad por el hecho de que Tamara llevase aquel encuentro con tanto secreto.

La mujer de Alfonso respondió a su pregunta antes de darle tiempo a formularla.

—He oído la conversación entre mi marido y usted —dijo de pronto.

Miranda no se mostró sorprendida.

—¿De veras?

—Sí. La vi a usted esperándole en la terraza y de inmediato supe que si había venido hasta aquí era por algo importante; también que, fuera lo que fuese, Alfonso no me lo iba a contar. Por eso les espié.

Miranda empleó unos segundos en seleccionar con cuidado sus palabras.

—Creo que a su esposo no le gustaría saber eso.

—No, seguro que no. Pero Alfonso es un estúpido. Siempre lo ha sido. —Tamara se detuvo y miró hacia el cielo. Con aire cándido, preguntó—: ¿Verdad, teniente, que todas las personas estúpidas siempre piensan que son mucho más listas que los demás?

—Es un rasgo muy común en ese tipo de gente, en efecto.

—Alfonso es, probablemente, la persona menos inteligente que he conocido en mi vida. Es astuto, sí, incluso puede que espabilado; pero le falta inteligencia. Se cree mucho más listo que el resto del mundo. Se cree más listo que usted, se cree más listo que mi padre

y, desde luego, se cree mucho más listo que yo. Pobre idiota. —Sacó un paquete de cigarrillos de su anorak y se encendió uno—. Yo sé desde hace tiempo que se acuesta con hombres.

—¿Eso quiere decir que estaba al tanto de su asunto con Aleksandar?

—No lo estaba, pero no me sorprende. No es algo nuevo, teniente, ni tampoco un capricho ocasional, como él dice; quién sabe si tratando de engañarla a usted o a sí mismo. Tenía relaciones con hombres a menudo antes de que nos casáramos y no ha variado sus costumbres después.

—¿Está segura de eso?

—Dormimos en cuartos separados desde el día de nuestra boda, y el muy imbécil se piensa que yo no sospecho nada, ¿Se da usted cuenta de hasta qué punto se cree más inteligente que yo?

—¿Y eso la ofende?

Tamara dejó escapar una risa burlona.

—Nada de lo que haga Alfonso puede molestarme. Si quiere ser un homosexual reprimido el resto de su vida, a mí no me importa. Yo seguiré mirando hacia otro lado y fingiendo que no me entero de nada; para mí es mucho más cómodo.

—Parece usted una esposa muy abnegada, señora Navarro.

—¿Abnegada? No, yo más bien diría práctica —Tamara apuró el cigarrillo y arrojó la colilla al suelo. No quedaba en ella ni un solo rasgo infantil, más bien al contrario: parecía que, de pronto, la mujer fría y calculadora se había deshecho de su disfraz—. Me gusta cómo vivo, teniente. Tengo gustos caros y odio trabajar para satisfacerlos. Si el precio que tengo que pagar es servir de fachada sexual a mi

marido, no tengo ningún inconveniente en ello. Podría haberme ido bastante peor.

—Si usted lo dice…

—No me comprende, ¿verdad? Es igual, no trato de justificarme. Pero si usted conociera a mi padre, entendería mejor mi punto de vista.

—Disculpe, pero no veo la relación.

Tamara habló con desgana, como si le diera pereza dar explicaciones.

—Yo soy hija única, y mi padre es un hombre muy conservador. Desde que yo era muy joven, su única aspiración para mí consistía en que me casara con un hombre que pudiera cuidarme, alguien que él aprobase. Imagino que podría haberme rebelado contra eso, pero, si le soy sincera, nunca tuve interés en hacerlo. Sé muy bien qué clase de persona soy y lo que quiero, y lo que quiero es que cuiden de mí para no tener que preocuparme por nada. No me gusta trabajar, no me gusta estudiar ni me gusta hacer economías con mi dinero. El hecho de ser tutelada por un padre o un marido, a mí no me supone ningún problema. —Tamara miró a la teniente con aire desafiante—. ¿Le parece mal?

—¿Le importa lo que yo opine?

—La verdad es que no —respondió Tamara, despreocupada—. Tan sólo pretendo que entienda mi situación. De entre los pocos hombres que mi padre aprobaba para mí, Alfonso era el más aceptable. Es guapo, tiene dinero y, lo más importante, yo no le intereso en lo más mínimo. Con él puedo disfrutar de todas las ventajas de la mujer casada y de ninguno de sus inconvenientes.

El cinismo evidente en aquel razonamiento sorprendió a Miranda. La verdadera Tamara era muy diferente a como se la había imaginado. Lejos de ser la pálida y temblorosa sombra de su marido, se trataba de una mujer implacable y profundamente egoísta. Tan chocante resultaba su auténtica forma de ser como su habilidad para ocultarla.

—Pero si a su marido no le gustan las mujeres, ¿por qué se casó con usted?

—Porque gracias a mí disfruta de los contactos y de la protección de mi padre, lo cual es imprescindible para sus negocios. Supongo que, además, es probable que Alfonso tenga algún tipo de problema de asimilación de su sexualidad… —Tamara se encogió de hombros fríamente—. La verdad, eso me trae sin cuidado. Lo importante es que los dos salimos ganando con nuestro acuerdo.

—¿Se refiere a su matrimonio?

—Puede llamarlo así si quiere.

—Entiendo… No es por meterme donde no me llaman, señora, pero quizá debería aclarar un par de cosas con su marido, aunque sólo sea por la tranquilidad de ambos. Él está convencido de que si usted supiera de sus escarceos, le abandonaría.

—Jamás haría algo tan estúpido, desde luego; pero esa decisión no dependería tanto de mí como de mi padre, así que Alfonso hace bien cuidando de que ciertas cosas no salgan a la luz.

—Cree que si su padre supiera lo de los otros hombres, la obligaría a divorciarse.

—Estoy segura. Ya le he dicho la clase de hombre que es. Se tomaría como un insulto personal que un homosexual se hubiera casado con su hija y, además, la engañara. No sólo me obligaría a

dejar a Alfonso, también lo destruiría. Lo malo es que yo sería otra víctima en el proceso, y no tengo interés en permitir que eso ocurra. Le repito, teniente, que me gusta demasiado la vida que llevo como para ponerla en peligro.

—Sí, eso ya lo ha dejado usted muy claro —dijo Miranda—. Lo que no acabo de comprender, señora Navarro, es por qué me cuenta todo esto.

—Porque sé lo que usted piensa: sospecha que Alfonso pudo matar a ese chico, al croata. Debe quitarse esa idea de la cabeza.

—Yo no he acusado a nadie de nada.

—Aún no, pero entiendo su punto de vista. Si yo estuviera en su lugar, también sospecharía que Alfonso cometió el crimen para silenciar a su amante. Sin embargo, usted no conoce a mi marido tan bien como yo; él es un cobarde, pero no un asesino.

—Si me permite que se lo diga, no hace falta valor para matar a un ser humano, sólo estar desesperado.

—No lo entiende, teniente. Alfonso es un pobre estúpido. Aun en el caso improbable de que, sintiéndose acorralado, hubiera matado a ese chico, usted lo habría atrapado desde el primer momento. Se asustaría, dejaría pruebas por todas partes… Actuaría con la misma torpeza que un niño aterrado. Es un hombre incapaz de planificar un asesinato con un mínimo de habilidad.

Miranda decidió introducir un nuevo factor en aquella conversación.

—¿Y usted en cambio lo haría mejor?

—¿Yo…? ¿Por qué dice eso?

—No es más que una simple idea. Dado que, como usted admite, tiene mucho que perder si el asunto de Aleksandar y su marido sale

a la luz, quizá decidiera hacer aquello que, por cobardía, Alfonso no era capaz de llevar a cabo.

—Eso es una estupidez.

—No, deje que le explique mejor mi punto de vista, ese que dice usted entender tan bien —replicó Miranda, con afectada cortesía—. El dinero que recibió Aleksandar vino de una cuenta corriente a su nombre. ¿Quién me asegura que la víctima del chantaje no era su marido, sino usted, y que antes, en su despacho, Alfonso sólo trataba de protegerla?

Tamara emitió una carcajada seca.

—¡Menuda sarta de idioteces! Para empezar, ese desgraciado se acostó con Alfonso, no conmigo.

—Sí, pero hubo un detalle en la conversación que tuve con su marido que me llamó la atención. Él me dijo que no sabía que Aleksandar lo había grabado mientras tenía sexo con él, y eso no tiene mucho sentido porque si antes había sido chantajeado por culpa de ese vídeo, su marido ya debía de conocer su existencia. El caso es que, cuando se lo enseñé, su primera reacción me pareció sobre todo de sorpresa. —Miranda se metió las manos en los bolsillos de la gabardina y se encaró con Tamara—. Me da la impresión de que Aleksandar pudo estar al tanto de su particular arreglo matrimonial, que tal vez sospechó que usted tenía mucho que perder si la homosexualidad de su marido salía a la luz y que, en definitiva, pudo ser a usted a quien hiciera el chantaje y no a su esposo.

—Para sostener una acusación se necesitan pruebas, teniente, no impresiones.

—En ese caso, deme una prueba que demuestre que ni usted ni su marido pudieron tener nada que ver con el asesinato de Aleksandar Suker, porque ahora mismo los tengo a ustedes dos colocados en la línea de salida y lo único que me pregunto es si llegarán a la meta juntos o por separado.

Tamara atravesó a la teniente con una mirada llena de odio. Por un segundo, Miranda creyó que la joven iba a marcharse, a insultarla o, incluso, a abofetearla. No obstante, la mujer de Alfonso logró dominarse y dar una respuesta civilizada.

—Ya le dije que la noche del asesinato Alfonso y yo estuvimos en Valencia.

—Sí, sí; ésa me la sé, querida… En la ópera, ¿no es cierto? Pero es que tengo serias sospechas de que eso no es verdad. El tenor que, según usted, cantó tan bien en la función ni siquiera actuaba esa noche.

Las mejillas de Tamara se tiñeron de rubor, algo que le fue imposible ocultar dada la extrema blancura de su piel. Su cara brilló como una pequeña luna avergonzada.

—Estuvimos en Valencia, y eso es todo cuanto tengo que decir. No es mi obligación demostrar que digo la verdad, sino la suya probar que miento.

Miranda esbozó una sonrisa que quedó oculta en las sombras.

«Chica lista», pensó.

—Si no miente, supongo que alguien debió verles a usted y a su marido aquella noche en Valencia.

—Más que eso; incluso nos estuvieron siguiendo.

—¿De veras? ¿Quién?

—No lo sé —respondió la joven, muy molesta—. Quizá otros policías como usted. Últimamente no se conforman con acosar a mi padre, también merodean a mi alrededor todo el día. Si quiere un testigo, pregunte entre sus compañeros.

Tamara puso fin a la conversación diciendo que debía regresar a la fiesta. Acompañó a Miranda hasta su coche y la dejó sin despedirse. Era evidente que el resultado de aquel encuentro no había sido como ella esperaba.

Miranda no tuvo tiempo de reflexionar sobre ello. Apenas se puso al volante del coche, recibió una llamada de Lesboutx. Así fue como la teniente se enteró de que había aparecido otro cadáver en el puerto.

22
Necesito tiempo para pensar en lo nuestro

Miranda encontró una pequeña multitud de curiosos reunida en los alrededores del pañol del puerto comercial. Al parecer, la noticia del hallazgo del cadáver se había propagado con rapidez entre los vecinos.

La teniente se bajó del coche dándole bocados a una manzana. Un policía municipal de los que guardaba el perímetro de seguridad se acercó para pedirle sus credenciales. Mientras las examinaba, la teniente reparó en una acalorada discusión que estaba teniendo lugar entre los congregados.

—¿Qué diablos les pasa a ésos, agente? —preguntó.

—Nada. Algunas personas están un poco alteradas, eso es todo.

—Pongan un poco de orden, maldita sea. Esto no es un bazar.

—Estamos en ello, teniente.

De pronto se escucharon exclamaciones airadas e, incluso, algunos aplausos. Daba la impresión de que, a pesar de su buena voluntad, los municipales no estaban teniendo ningún éxito en su labor de serenar los ánimos.

Miranda se acercó hacia el núcleo de la discusión. Un guardia se hallaba rodeado por dos grupos de vecinos enzarzados en alguna clase de disputa. El mozo uniformado no cesaba de llamar a la

calma, pero parecía estar a punto de verse desbordado por la situación.

A un lado, varios hombres y mujeres más bien jóvenes discutían e insultaban al grupo que tenían delante, compuesto en su mayoría por señoras de cierta edad, casi todas ellas vecinas habituales y de sobra conocidas. En medio de aquella congregación de matronas destacaba Neus Guzmán, que parecía haberse nombrado a sí misma como su portavoz. En aquel momento, Neus polemizaba con un tipo de pelo largo que vestía unos pantalones de pintor. A Miranda su cara le sonaba vagamente. Tenía la impresión de que era uno de los concejales de Santarés.

Neus y el concejal estaban enzarzados en una especie de debate en el que la mujer llevaba la voz cantante.

—¡Esto es cosa suya y de su centro social! —decía, con la entonación de una sibila anunciando desastres. De cuando en cuando, algunas de las señoras que la rodeaban mostraban su aprobación a sus palabras con asentimientos o aplausos—. ¡Ustedes han traído a lo peor de la comarca a nuestro pueblo! ¡No es extraño que cada día nos encontremos con un nuevo asesinato!

Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Se escucharon frases y palabras de tinte alarmista y algunos intercambios de insultos. La voz del agente municipal pidiendo calma apenas resultaba audible. Neus se alzó de nuevo por encima de los demás, dispuesta a embarcarse en otra arenga tremendista. Miranda no estaba dispuesta a consentirlo.

—Ya está bien —dijo, levantando la voz pero procurando mostrarse serena—. ¿Es que ninguno de ustedes tiene nada mejor

que hacer? ¡Lárguense de una vez y dejen trabajar a las fuerzas del orden!

Los vecinos que conocían a Miranda, que eran bastantes, perdieron de pronto su carácter polemista y se dispersaron discretamente. Neus y algunas de las señoras permanecieron en su puesto, rodeadas por un puñado de morbosos que querían saber en qué acabaría todo aquello.

Neus se encaró a la teniente.

—¿Y bien, teniente? Espero que esté satisfecha; todo esto es culpa suya.

Miranda detectó problemas. En los ojos de Neus se apreciaba un ansia vengativa.

—Señora, le pido amablemente que se vaya a su casa y deje de entorpecer la labor de los profesionales.

El tono admonitorio de Miranda hizo que se escabulleran algunos curiosos más. Neus no estaba entre ellos.

—¿Qué profesionales? Yo no veo ninguno. Tres muertos, teniente, tres muertos en un solo fin de semana, ¿y acaso la policía está más cerca de detener al culpable? No; hasta donde yo sé, usted se ha limitado a acusar a ciegas a vecinos inocentes como yo. ¡El pueblo tiene miedo, y con razón!

El tono de voz de la mujer poseía un timbre capaz de soliviantar a sus oyentes, tanto a los que estaban de acuerdo como a los que no. Sus palabras volvieron a ser coreadas por los asistentes.

—No hay nada de que temer, se lo aseguro. Ahora despejen la zona, especialmente usted, señora.

—¡No tiene derecho a hablarme así! ¡Con mis impuestos pago su sueldo!

—Sólo se lo diré una vez: si no se marcha o, al menos, se calla, haré que la detengan por alteración del orden público.

Un brillo de regocijo chispeó en los ojos de Neus. Parecía que había estado esperando esas mismas palabras.

—¿Se dan cuenta? —exclamó, hablando a los congregados—. ¡Al fin la policía va a detener a alguien! Pero no al asesino, no, ¡eso sería mucho pedir! ¡Amenazan a una vecina que lo único que busca son garantías de seguridad! ¡El centro social está lleno de criminales confesos, pero es a mí a quien amenazan con la cárcel! ¡La policía está al servicio de este ayuntamiento de degenerados!

Los acólitos de Neus se envalentonaron y repitieron algunas de sus frases en forma de consigna. Miranda perdió la paciencia al escuchar que alguien tildaba de corrupta a la Guardia Civil de Santarés.

—Agente, saque de aquí a esta mujer como sea, ¿me ha entendido? —ordenó al municipal.

Fue una torpeza. La amenaza enardeció los ánimos tanto de los que coreaban a Neus como de los que se enfrentaban a ella. Les parecía que Miranda estaba haciendo un alarde intolerable de brutalidad policial. De pronto la teniente se vio rodeada de un coro de voces hostiles.

Al menos había logrado que dejasen de discutir entre ellos.

Entonces se escuchó una voz elevarse sobre las demás con tono sereno.

—Está bien, amigos, ¿puedo saber qué está ocurriendo aquí?

Era el teniente Campoy. Miranda no sabía de dónde había salido. Su gallarda estampa uniformada y su actitud tranquila tuvieron efectos balsámicos entre los presentes.

—¡Agente, esta mujer quiere arrestarme! —dijo Neus.

Campoy esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Quién? ¿La teniente Miranda? Oh, no, estoy seguro de que no es más que un error, pero quizá yo pueda serle de ayuda… ¿Por qué no viene conmigo y me cuenta con detalle qué ha pasado?

Miranda contempló anonadada cómo Neus se calmaba como por ensalmo y acompañaba a Campoy a un rincón alejado de los curiosos. Los vecinos, al verse privados de la causa de su alteración, empezaron a dispersarse y pronto no quedó alrededor del perímetro policial más que un par de curiosos.

Campoy y Neus mantuvieron una conversación discreta y civilizada de unos cinco minutos. Luego la mujer se marchó. El teniente del GEAS regresó junto a Miranda.

—De nada por la ayuda —dijo—. Pero, por favor, la próxima vez no provoques amotinamientos entre los vecinos. ¿Crees que serás capaz?

—Esa mujer debería estar en una celda acolchada —masculló la teniente—. Y tú deberías estar en tu casa, ¿qué rayos haces aquí?

—Tienes una forma muy rara de darme las gracias.

—No lo estaba haciendo, querido; lo tenía todo controlado antes de que aparecieras. Ahora responde a mi pregunta.

—He venido por la misma razón que tú, sólo que es probable que mi presencia tenga más sentido; el cadáver apareció flotando junto a la escollera. Eso es mi territorio.

—Eres como un buitre, Campoy; te alimentas de los muertos ajenos.

—Por Dios, te estás convirtiendo en una anciana resentida, igual que mi abuela. Poco antes de morir, perdió la cabeza e insultaba

incluso a los jarrones —dijo Campoy—. No vengo a pelearme contigo, Miranda, por mucho que eso me entretenga. Creo que lo mejor es que estemos aquí los dos.

—¿Por qué?

—Porque no cabe duda de que este cadáver está relacionado con tu caso o con el mío, pero tenemos que averiguar con cuál de ellos —respondió Campoy—. Además, ya lo sabes: si está en el agua, me pertenece. Tienes suerte de que hoy te deje jugar con mis cosas.

—No hay nada tuyo con lo que yo quiera jugar, querido, te lo aseguro. ¿Dónde está ese muerto?

—Detrás del pañol. Ahí encontrarás a tus dos chicos y a Julio, que tampoco ha querido perdérselo.

—¿Tú no vienes?

—No, ya he visto todo lo que necesitaba. Debo ir a la compañía a hacer unas gestiones; ya hablaremos más tarde, con calma.

—Ardo en deseos —ironizó la teniente. Luego se separó de Campoy y atravesó el perímetro policial.

Nada más llegar a la explanada tras el pañol, Miranda se topó con Lesboutx y con Christian. Lo primero que hizo fue abroncar a este último.

—¡Maldita sea, sargento! ¿Otra vez de uniforme? Pero ¿cuántas veces te tengo que repetir las cosas?

—No es culpa suya, Miranda —intervino Lesboutx—. Para encontrar el cadáver tuvo que meterse en la parte baja de la escollera y salió empapado. Yo pedí que le trajeran un uniforme de la compañía para que pudiera ponerse algo de ropa seca.

—¿Es cierto eso? —Christian asintió—. Entonces te pido perdón, muchacho. Me temo que vengo un poco alterada.

Entre los dos relataron a Miranda sus pesquisas en La Plaza y cómo localizaron el cadáver por casualidad, mientras buscaban a la pareja de clientes del bar que se había esfumado cuando se metieron detrás del pañol.

—Mi teniente —dijo Christian—. Yo creo que es importante que localicemos a esos dos. Sobre todo al que tenía el perfil de Finder con una frase idéntica a la de Aleksandar.

—De momento vamos a priorizar tareas, hijo. Deja que eche un vistazo al muerto y ya tendremos tiempo de preocuparnos de todo lo demás.

—Se han llevado el cadáver ahí detrás —indicó Lesboutx—. Julio lo está examinando.

—Bien… Por cierto, ¿has sido tú la que ha avisado a Campoy?

—No, yo sólo informé a la compañía. Supongo que alguien de allí ha debido pasar la incidencia a los del GEAS.

—Vaya por Dios —refunfuñó Miranda—. Campoy cree que el cadáver puede estar relacionado con su caso; ¿sabes por qué piensa eso?

—Ni idea, pero seguro que se equivoca. Está claro que la víctima forma parte de nuestra investigación.

—«El Asesino de la Red Social» —enunció Christian, con tono solemne.

—¿Qué bobadas estás diciendo, hijo?

—Perdone, mi teniente… Se me ocurrió ponerle un nombre al caso, uno que sonara bien. También pensé en «El Crimen de Finder», pero no me convence mucho.

Miranda emitió un suspiro.

—Trabaja eso un poco mejor, muchacho. —Después se dirigió a Lesboutx—. ¿Sabemos la identidad del muerto?

—Sí, pero mejor échale un vistazo tú misma. No quiero arruinarte la sorpresa.

Algunos agentes del GEAS habían sacado el cuerpo de la escollera y lo habían trasladado a un lugar discreto junto al pañol, para que el médico forense y los de Criminalística pudieran examinarlo. Al acercarse, Miranda se encontró con algunos de los chicos de Nogueroles, a los que conocía de vista. El jefe del equipo se había quedado en la comandancia de Alicante y había preferido mandar a un par de subordinados. Quien sí que se había molestado en aparecer en persona era Julio, que en aquel momento analizaba, en cuclillas, un agujero de bala en el pecho del cadáver.

Miranda sólo necesitó un vistazo para identificar a la víctima: era Bogdan Lupu. Vestía unos vaqueros empapados y una camiseta publicitaria de Coca-Cola, prendas ambas que, por su aspecto, podían haber salido de un contenedor. El cadáver estaba abotagado por efecto del agua y presentaba varios golpes y heridas, además de un par de impactos de arma de fuego en el torso, muy juntos el uno del otro. El atacante parecía haber buscado acertar justo en el corazón. En el rostro de Lupu se había fijado una leve expresión de desconcierto.

Julio se incorporó cuando vio a Miranda. Llevaba puesto un abrigo encerado de tipo Burberry con aspecto de haber conocido tiempos mejores.

—Buenas noches —le saludó la teniente—. Abróchate, que hace frío. —El médico obedeció de forma automática—. ¿Y bien?

—Creo que está muerto.

—Muy gracioso.

—Tu gente me ha dicho que estabais buscando a este tipo desde ayer.

—Desapareció poco antes de que hablara contigo sobre la autopsia de Aleksandar Suker.

—Sí, ya me lo ha dicho tu sargento. Un tipo muy diligente: recordaba la hora casi exacta en que el fugitivo se le escapó. Eso me será de mucha ayuda para determinar cuánto tiempo lleva muerto.

—¿Alguna idea preliminar?

—Cielos, no, ¿sabes lo complicado que es sacar información de un cadáver que lleva horas metido en el agua? Lo único que me atrevo a decirte por el momento, y con mucho tiento, es que ya estaba muerto cuando cayó al mar.

—¿Homicidio?

—Así lo haré constar en mi informe. Salvo sorpresa en la autopsia, yo diría que la causa de la muerte son los dos disparos en el pecho.

—¿Y qué son todas esas heridas y rasguños que tiene en la cara y los brazos?

—Leves magulladuras. Probablemente las olas lo golpearon contra los bloques de cemento de la escollera y eso es lo que produjo esas marcas; no obstante, te daré más detalles cuando realice la autopsia… ¡Eh! No se te ocurra fumar aquí.

Miranda guardó de inmediato el paquete de tabaco que había sacado del bolsillo.

—Lo siento, ha sido un acto reflejo —se disculpó—. Estoy un poco tensa; acabo de tener un encontronazo con una loca cuando venía hacia aquí. Me temo que tantos asesinatos soliviantan a los vecinos.

Tendré que resolver esto antes de que el asunto se nos vaya de las manos.

—¿Tienes ya algún sospechoso?

—Un par de ellos. Sólo me falta encontrar…

—¿Sí?

Miranda suspiró.

—La prueba final, sea la que sea. Siento que estoy cerca. Como decía mi padre, puedo oler al culpable.

—Me alegro por ti. Ahora mismo yo sólo huelo a pescado… Y, hablando de eso, cuando termines con el caso, podríamos ir a cenar a un restaurante que conozco donde hacen unas sardinas deliciosas. Yo invitaré.

—No me hables de cenas cuando estoy delante de un cadáver, hombre, ten un poco de tacto. —Julio se rió—. Pero sí, eso suena bien.

Miranda dejó al forense para que procediera al levantamiento del cadáver y buscó a uno de los agentes de Criminalística. Mantuvo con él una conversación repleta de tecnicismos sobre los disparos en el cadáver y calibres de balas. El agente, un sargento muy diligente, le dijo a Miranda que el proyectil podía corresponderse a un tipo de arma utilizado por las mafias del Este. La distribución de los impactos en el cuerpo también le hacían pensar que podía ser obra de sicarios profesionales.

—¿Un crimen por encargo? —preguntó la teniente.

—Eso no lo sé, pero sí ejecutado por alguien que sabía muy bien lo que hacía. Sospecho que lo mataron y arrojaron el cuerpo al mar para no dejar rastro, pero la marea desbarató el plan al arrastrarlo al puerto.

—Sargento, ¿existe alguna forma de saber de dónde vino el cuerpo? ¿Quizá analizando los flujos de la marea o algo por el estilo?

—Pregúnteselo a los del GEAS; seguramente ellos tienen a alguien experto en esa clase de temas.

Miranda dijo que lo haría; después regresó junto a los miembros de su equipo. Lesboutx y Christian estaban apartados del meollo de la escena, procurando no estorbar a los quisquillosos agentes de Criminalística. A Miranda le pareció una actitud muy prudente. Aunque no le gustara admitirlo, la realidad era que en el escenario de un crimen los verdaderos reyes del mambo son los policías científicos; el resto de personal no suele ser más que figurantes que pasean de un lado a otro tratando de no parecer demasiado innecesarios.

Una vez que los tres guardias de la Policía Judicial estuvieron juntos, Miranda se dirigió a Christian.

—Felicidades, muchacho. Dice Julio que eres todo un profesional.

El aludido, por supuesto, se ruborizó, que era lo que Miranda pretendía. A la teniente empezaban a resultarle simpáticos los cambios de tonalidad en el rostro del sargento.

—¿Qué hacemos ahora, Miranda? —preguntó Lesboutx.

—Puede que debamos poner al día la lista de sospechosos, ahora que a uno de ellos nos lo han matado a tiros.

—Lástima. Era el mejor que teníamos.

—Eso no es del todo cierto. —Miranda resumió a sus subordinados los encuentros que había mantenido con Sergio el de la inmobiliaria y con el matrimonio Navarro—. Como veis —concluyó—, son tres buenas piezas a tener en cuenta. Cada uno de ellos tenía motivo y oportunidad para asesinar a Aleksandar.

—¿Y cómo encajan en la muerte de Edu99 y de Bogdan?

—De momento no lo sé… Quizá ni siquiera exista una relación y tan sólo estamos complicando las cosas. ¿Alguna idea?

—Bogdan dijo que vio a un hombre moreno en un coche grande y negro entrar en la urbanización Els Pins la noche que mataron a Aleksandar —recordó Christian—. Y cuando fui a su casa, parecía estar convencido de que alguien me había enviado para perjudicarle de alguna manera. Yo creo, mi teniente, que Bogdan sabía quién mató al chico croata, y que por eso se lo han quitado de en medio.

—Sí, un hombre moreno con un gran coche… ¿Por qué no? Pero verás, hijo, hay un detalle raro. El asesinato de Aleksandar tenía visos de ser un crimen chapucero e improvisado, mientras que, al parecer, a Bogdan lo han ejecutado profesionales.

—¿Dos asesinos diferentes? —sugirió Lesboutx.

—¿Y por qué no dos casos que no guardan relación? —añadió Miranda—. La muerte de Bogdan parece un ajuste de cuentas, algo lógico si consideramos que el rumano, además, era un camello. La muerte de Aleksandar, en cambio, da la impresión de tratarse de algo… ¿cuál sería la palabra?

—¿Pasional? —dijo Christian.

—Eso es, chico. Pasional. Muy bien —aprobó la teniente con vehemencia—. Exacto; hay un aroma a desesperación en la muerte de Aleksandar. Fue un crimen visceral, no planificado. El asesino, por un instante trágico, llegó a pensar que matar a otro ser humano no era la peor de sus opciones.

—Entiendo. Se sentía acorralado —dijo Lesboutx—. En tal caso, tanto Tamara Korovin como Alfonso Navarro encajan en ese perfil.

—Eso pensaba yo, y, no obstante… —Miranda se calló.

—¿Ve alguna pega, mi teniente?

—Por desgracia sí. Supongamos que uno de los Navarro mató a Aleksandar porque éste les hacía chantaje, a Tamara o a su esposo. Hay dos cosas que no me cuadran en esa hipótesis. La primera de ellas es que, según Sergio Fernández, Aleksandar le dijo que estaba a punto de obtener una gran suma de dinero de alguien muy importante que vivía en la comarca.

—Pero eso refuerza la idea de que uno de los Navarro estaba siendo chantajeado —dijo Christian—. Alfonso admite que pagó al croata por su silencio.

—No, fíjate bien, muchacho: Alfonso Navarro efectuó el pago hace semanas, y Sergio mantuvo aquella conversación con Aleksandar tan sólo un par de días antes de su muerte y, entonces, el croata le dijo que planeaba obtener una gran cantidad de dinero de alguien importante, ¿comprendes el matiz? Él *estaba a punto de obtener* ese dinero, es decir, aún no había ocurrido.

—Entonces ¿crees que esos tres mil euros que recibió de Alfonso Navarro no obedecían a ningún chantaje? —preguntó Lesboutx.

—Estoy convencida de que Alfonso Navarro no tenía ni idea de la existencia de aquella grabación hasta que yo se la enseñé. Y hay otro detalle que no me cuadra en la tesis del crimen por chantaje: la cámara de fotos.

—¿Qué cámara de fotos? —preguntó Christian.

—La que Aleksandar tenía en su dormitorio, tú y yo la vimos. Cuando hablé con Alfonso Navarro, él me dijo que, de haber querido asegurarse el silencio del croata, no le habría matado; se habría limitado a entrar en su casa y «robarle su maldita cámara», ésas fueron sus palabras exactas. ¿Comprendéis a lo que me refiero?

—Sí —respondió Lesboutx—. Ahora me doy cuenta. Alfonso Navarro, como cualquier otra persona, pensaría de forma lógica que Aleksandar guardaba la tarjeta de memoria en su cámara de fotos. Si lo mataron por el contenido de la tarjeta, el asesino se habría llevado la cámara.

—Pero se llevaron su ordenador —intervino Christian—. ¿No podía el asesino pensar que Aleksandar guardaba allí el vídeo?

—El asesino quizá, pero no Alfonso Navarro —matizó Miranda—. Sus palabras fueron: «Habría ido yo mismo a su casa a robarle su maldita cámara». Él pensaba que su vídeo sexual estaba en la cámara, no en el ordenador, por eso es improbable que, tras matar al croata, se la hubiera dejado en la casa.

—De acuerdo —dijo Lesboutx—. Pero entonces ¿por qué diablos te dijo que había pagado a Aleksandar por un chantaje si no era cierto? ¡Es absurdo!

—Porque es evidente que ese pago se corresponde con algo peor que un chantaje, y Alfonso Navarro vio la oportunidad perfecta para disimularlo; por eso me contó aquella película sin sentido.

—¿Qué puede ser peor que un chantaje…? —se preguntó Christian, pensativo.

—No lo sé. Tampoco sé si Navarro estaba despistándome para protegerse él o proteger a su mujer, pues no olvidemos que, al fin y al cabo, la transferencia fue hecha desde una cuenta a nombre de Tamara Korovin.

Christian se rascó la cabeza de forma muy expresiva.

—Estoy confuso, mi teniente —dijo—. Así pues, ¿ese hombre es o no es sospechoso de la muerte de Aleksandar?

—De momento sabemos que nos oculta algo, y eso es motivo suficiente para que lo mantengamos en la lista. En cuanto a su esposa, nada nos indica que ella no estuviera al corriente de la existencia del vídeo sin que Alfonso lo supiera y que, por lo tanto, quisiera deshacerse del croata.

—Si los vídeos sexuales de Aleksandar constituyen un móvil para su asesinato, debemos tener en cuenta a Sergio Fernández —añadió Lesboutx.

Miranda asintió.

—Tienes razón. A él, desde luego, le aterra la posibilidad de que se sepa su relación con Aleksandar, y tampoco debemos olvidar que lo sorprendí buscando la tarjeta de memoria en la casa de Els Pins.

—Entonces seguimos como al principio, con los mismos tres sospechosos —dijo la alférez—. Pudo ser cualquiera de ellos.

—No olvides a Neus Guzmán —apuntó Miranda.

—¿Cuál sería su móvil, mi teniente?

Fue Lesboutx quien respondió a esa pregunta.

—Si manejamos la hipótesis de un crimen homófobo, ella pudo ser la responsable, ¿no es así? —Miranda asintió—. Además, quizá tenía llaves de la casa de Alex. También intentó inculpar a Telma Silvela forzando a una de sus pupilas para dar un testimonio falso, lo cual es muy sospechoso. Por último, sabemos casi con seguridad que ella estuvo detrás de lo de la rata muerta y el anónimo que dejaron en casa de la escritora.

—Así es —corroboró la teniente—. Apostaría a que para alguien tan perturbado como Neus Guzmán no debe existir una gran diferencia entre decapitar una rata y golpear en la cabeza a un joven

homosexual; puede que en su mente ambos sean especies dignas de ser eliminadas o qué sé yo…

—Y en el pasado ya tuvo problemas con la ley por culpa de un homicidio, se supone que en defensa propia —añadió Christian—. Usted nos lo contó, teniente: Neus mató a un chico golpeándolo en la cabeza porque, presuntamente, trató de agredirla sexualmente. Suker fue asesinado con el mismo método.

—Correcto. Es imprescindible que conozcamos más detalles sobre ese episodio.

—He estado investigándolo, tal y como me pediste —dijo Lesboutx —. El juicio tuvo lugar en Castellón hace unos veinte años, más o menos. La familia del chico al que Neus mató contrató un abogado para ejercer de acusador particular; ahora da clases de Derecho en la Universidad Jaime I. Le llamé por teléfono esta tarde y me dijo que estaría dispuesto a hablarme de aquel caso.

—Magnífico. ¿Podrías reunirte con él mañana mismo?

—Supongo que no habría inconveniente.

—Entonces hazlo. —La teniente pasó revista con la mirada a los dos miembros de su equipo—. Tenemos cuatro sospechosos: Sergio Fernández, Alfonso Navarro, su esposa Tamara y Neus Guzmán. Los cuatro tienen motivo, medios y oportunidad, así que debemos hallar el indicio que señale a un culpable por encima de cualquier otro… o bien fiarnos de nuestro instinto.

—Igual que Finder —dijo Christian, como si reflexionara en voz alta sin darse cuenta.

—¿Cómo dices, hijo?

El sargento se mostró azorado.

—Disculpe, mi teniente, era una bobada… Pero se me ha ocurrido pensar que esto es como buscar pareja por Finder. Es decir… Uno sólo cuenta con una foto y un par de indicios para saber si un perfil se corresponde con la persona adecuada, con tu media naranja… Pero no hay forma de saberlo con seguridad, sólo puedes fiarte de tu instinto. —El sargento se había ido poniendo rojo según balbuceaba su razonamiento—. No importa, no era más que una idea estúpida.

Lesboutx se lo quedó mirando con gesto divertido.

—No tan estúpida, sargento —dijo—. De hecho, suena casi profunda.

Poco después, el cadáver de Bogdan Lupu fue introducido en una ambulancia, en dirección al Instituto de Medicina Forense de Castellón. Julio y los agentes de Criminalística hicieron de cortejo fúnebre. Los pocos curiosos que aún estaban alrededor del perímetro policial se marcharon en cuanto la ambulancia se alejó del puerto.

Cuando el cañón del castillo disparó a las once en punto de la noche, el único movimiento que quedaba alrededor del pañol era el de las olas del mar golpeando contra la escollera.

23
Tenemos los mismos gustos

Lunes, 27 de abril

En principio, a Christian el Caimán no le pareció un mal tipo.

Se presentó en la compañía pasadas las nueve, más bien casi a las diez, arrastrando los pies y quejándose por la humedad del tiempo, que le estaba haciendo polvo. Saludó al nuevo miembro del equipo con afabilidad, sin mostrarse especialmente molesto o extrañado por su presencia, como si ésta, en el fondo, no fuera de su incumbencia.

Benjumea se acomodó frente a la pantalla de su ordenador igual que el condenado que toma asiento en la silla eléctrica. Christian ocupaba el espacio de Lesboutx, ya que la alférez no había ido a la compañía aquella mañana. Miranda tampoco estaba.

Así pues, los dos efectivos masculinos del equipo de Policía Judicial de Santarés eran los únicos presentes en la oficina. El Caimán no se molestó en preguntar dónde paraban sus compañeras. En vez de eso, se explayó en toda una retahíla de consejos profesionales dedicados a su nuevo compañero.

—Mira, chaval, esto es muy simple —dijo, mientras perdía el tiempo abriendo y cerrando archivos intrascendentes en su ordenador—. Aquí los que mandan pretenden que hagamos diligencias a la americana con medios africanos y eso, claro está, no puede ser. Que yo a tu edad también era un culo inquieto, no digo que no, pero cuando te haces perro viejo y empiezas a darte cuenta de cómo funciona el percal, ya te la suda todo y aprendes a hacerte el tonto día sí y día también. Yo sólo te lo digo para que sepas dónde te juegas los garbanzos.

Christian reparó en que Benjumea ni siquiera se molestaba en articular un discurso coherente, tan sólo se limitaba a hilvanar sentencias y frases hechas de carácter derrotista. Parecía tener un repertorio infinito de ellas.

Al joven sargento no le incomodó. No era la primera vez que coincidía en un destino con un caimán y tampoco sería la última. En los cuarteles de la Guardia Civil había más de su especie que en los cayos de Florida. La mayoría eran escurrebultos profesionales sin maldad a los que se les había podrido la ilusión a fuerza de desengaños. Eran monstruos creados, más dignos de compasión que de otra cosa. Además, al menos Benjumea, a diferencia de Lesboutx, no marcaba distancias obligando a Christian a dirigirse a él por el tratamiento reglamentario. Aunque sus puestos en el escalafón estaban muy próximos (Benjumea era sólo un suboficial, igual que Christian), el Caimán no dejaba de ser un grado superior.

Tras divagar durante un tiempo con su deprimente filosofía vital, Benjumea por fin mostró un chispazo de celo profesional.

—Bueno, ¿y cómo va lo del tipo ese al que le metieron no sé qué por el culo? —preguntó—. ¿Ya sabemos quién lo hizo?

Christian recordó el consejo que le dio Miranda la noche anterior, en el lugar donde fue hallado Bogdan Lupu: «Mañana en la oficina no le des cuerda al Caimán —fueron sus palabras—; tú dile a todo que sí y no dejes que te distraiga».

—Estamos en ello —respondió el sargento, evasivo.

—Pues muy bien. A ver si… —Benjumea dejó la frase en suspenso, como si no le apeteciera rematarla—. Nada, si necesitas que te eche una mano, tú me lo dices, chaval, que aquí estoy para lo que quieras.

La oferta sonó más bienintencionada que sincera; no obstante Christian le dio las gracias. Después Benjumea se puso a ojear el periódico que había traído debajo del brazo.

Entretanto, Christian se dedicó a redactar y actualizar informes sobre el homicidio de Aleksandar Suker. Era el cometido que Miranda le había encargado aquel día. La teniente se había marchado a Castellón a primera hora de la mañana para hablar con la jueza de instrucción del caso y controlar de cerca los informes del forense y de Criminalística sobre la muerte de Bogdan Lupu. Lesboutx, por su parte, se hallaba recabando información sobre Edu99 en el centro de menores donde estaba internado. Ni la una ni la otra tenían previsto aparecer por la compañía hasta bien entrada la tarde.

A Christian le habría gustado poder encargarse de algo menos tedioso que la puesta al día de informes, pero no tuvo más remedio que obedecer las órdenes dispuestas por Miranda y quedarse en la compañía.

Se aburrió pronto de los expedientes. Le costaba concentrarse en ellos porque su mente no dejaba de darle vueltas a la misteriosa desaparición de la pareja de La Plaza que Lesboutx y él habían

seguido. La aparición del cadáver de Lupu parecía haber relegado aquel suceso a un segundo plano, pero Christian era incapaz de olvidarlo. Tenía la intuición de que se trataba de algo importante.

Discretamente, sin que el Caimán le viese, Christian sacó su móvil y entró en Finder. Aún tenía guardado el perfil de uno de los chicos del bar La Plaza, el que llevaba la camiseta escotada. Lo miró una vez más, aunque ya se lo sabía de memoria.

Nombre, Luka88. Le gustaban los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere. Exactamente igual que Aleksandar Suker… e igual que otros tres perfiles que Christian había localizado en Finder, todos ellos en un radio de apenas un puñado de kilómetros. No podía ser una simple coincidencia.

El sargento repasó los otros perfiles que compartían gustos idénticos. Todos eran chicos jóvenes, de entre veinte y treinta años, e inusualmente atractivos. Bajo sus fotografías (sonriendo a la cámara, en la playa, mostrando pectorales, en el gimnasio, tomando una copa en una terraza…) se repetía la misma cantinela que Christian era capaz de recitar como el estribillo de una canción.

«Le gustan los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere.»

Junto con el de Luka88 y el de Aleksandar Suker, eran en total cinco perfiles de muchachos con gustos calcados. Christian apuntó sus nombres en un papel.

Luka88
Alexxx93
Tako91
MrDado90

Fanfran95

Cuando Christian vio aquella lista escrita a mano sobre papel cuadriculado, su cabeza estableció de inmediato una conexión.

Recuperó el archivo con el informe de la inspección en el piso de Bogdan Lupu. En él estaba reflejada la relación de personas a las que el rumano les pasaba drogas, con sus pagos y sus devengos.

Tal y como el sargento recordaba, los nombres de los clientes de Lupu eran los mismos que los de los usuarios de Finder a los que les gustaban los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere.

El descubrimiento le pareció tan emocionante que estuvo a punto de llamar a Miranda para comunicárselo. Finalmente prefirió guardarlo para sí hasta estar seguro de su significado. De momento el único hecho cierto era que todos los compradores de drogas de Lupu eran usuarios de Finder con un perfil casi idéntico. Christian decidió que era imprescindible descubrir si existía algo más que los relacionara.

«Si pudiera hablar con alguno de ellos…», se dijo.

La aplicación Finder poseía una utilidad que, hasta el momento, Christian no había probado. Se trataba de algo llamado «toque».

El funcionamiento de Finder, como el de la mayoría de las aplicaciones similares, era muy básico: un usuario selecciona un perfil que le guste y espera a que el dueño de ese mismo perfil, a su vez, encuentre atractiva a la persona que lo ha seleccionado. Si tal coincidencia se produce, entonces ambos pueden comunicarse por un chat privado; en caso contrario, no hay forma de establecer contacto.

Sin embargo, la utilidad del «toque» en Finder ofrecía una oportunidad para establecer contacto con algún otro perfil. Era un servicio que sólo estaba disponible para usuarios de pago, y Christian lo era. El «toque» te permitía indicar al dueño de un perfil que estabas interesado en él, por si acaso él o ella también te encontrasen atractivo pero aún no hubieran reparado en tu existencia. A grandes rasgos, era una especie de llamada de atención.

El número de «toques» era limitado. Un usuario tan sólo podía dar un «toque» por perfil (algo muy útil para evitar acosos indeseados) y la persona que lo recibía tenía la posibilidad de ignorarlo. Hasta el momento, Christian no había tenido la necesidad de utilizar ninguno de sus «toques».

Quizá había llegado el momento adecuado.

El sargento dio un «toque» a los perfiles de aficionados a los deportes de riesgo, con la esperanza de que alguno de ellos reparase en él, lo encontrase atractivo y pudieran establecer comunicación. Quizá incluso una cita. Sí, una cita cara a cara sería lo mejor, pensó el sargento. Así podría interrogarlos en persona.

«Pero sólo si mi perfil le gusta a uno de ellos —se dijo—. Si no me encuentran guapo, no habrá forma de encontrarlos.»

Después de dar sus «toques», Christian se quedó un buen rato mirando la pantalla de su móvil esperando una respuesta, aunque sabía que las posibilidades de recibir una eran escasas. En efecto, el tiempo pasaba y el teléfono seguía en silencio.

Al cabo de un tiempo, el Caimán creyó escuchar que su compañero de mesa emitía una risita.

—¿Qué pasa, chaval? —preguntó, sin mucho interés—. ¿Cuál es el chiste?

—Nada, mi primero. Una bobada.

A Christian le había hecho gracia de pronto el pensar que jamás en su vida habría imaginado que su labor como guardia civil le llevaría a desear con ansia una cita romántica con otro hombre. No obstante, prefirió no decírselo al Caimán.

No sabía por qué, pero tenía la intuición de que a él no le parecería tan gracioso.

Una oleada de nostalgia sacudió a Lesboutx cuando entró en la cafetería de la facultad de Derecho de la Universidad Jaime I, en Castellón.

La alférez había cursado sus estudios en la Universidad de Barcelona (con excelentes calificaciones), pero todas las cafeterías de estudiantes son idénticas en cualquier lugar del mundo. Todas lucen un aspecto viejo y desaseado, en todas flota el mismo aroma a café de primera hora y humo de tabaco (en tiempos de Lesboutx aún estaba permitido fumar en el recinto universitario, y los estudiantes tragaban nicotina como si fuera parte indispensable de su dieta) y lucen idénticos tableros de corcho saturados de anuncios pegados con grapas: alguien que busca piso, otro que vende una bici, grupos musicales de aficionados que solicitan un batería… Y siempre los mismos jóvenes alrededor de las mesas con olor a trapo mojado y tatuadas con rodales de vasos de café, jugando a las cartas y bebiendo tercios de cerveza a horas inadecuadas. Al

contemplar todo aquello, Lesboutx se sintió por un momento trasladada a sus días universitarios.

La alférez reparó en un hombre de buena planta que bebía una infusión acodado en la barra. Vestía chaqueta de sport y camisa, sin corbata, y lucía un bronceado de esquiador. Aunque no era joven y su pelo era más gris que oscuro, transmitía un maduro atractivo.

Al verla, el hombre de la barra se dirigió a ella.

—¿La alférez Adriana Lesboutx? —preguntó.

—Exacto. Y usted es Joan Esgueva, supongo.

—El mismo. Encantado de conocerla, ¿quiere un café?

Lesboutx aceptó la invitación del abogado y luego los dos tomaron asiento alrededor de una de las mesas más apartadas de la cafetería, lejos del runrún constante de las conversaciones de los estudiantes.

Siempre educada, Lesboutx inició el encuentro agradeciendo al hombre su disposición a colaborar con ella. Joan Esgueva le restó importancia. Dijo que hacía años que no se dedicaba a casos penales, pues sus clases en la universidad ocupaban casi todo su tiempo, y añadió que estaba encantado de rememorar lo que él designaba como «una época apasionante» de su carrera.

—¿Recuerda los detalles del juicio de Neus Guzmán? —preguntó Lesboutx.

—Bueno, ya hace bastante de eso. Yo debía tener unos treinta y tantos por aquel entonces, pero aún guardo el expediente del caso y lo he estado repasando antes de venir. Me ha sido muy útil para refrescar la memoria.

—Usted era el abogado de la familia del chico al que mataron, ¿verdad?

—Así es. Su nombre era Raúl Portero García. Su tío me contrató para personarse como acusación particular.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—La defensa presentó el caso como un homicidio involuntario en defensa propia. El abogado de la chica acusada, de Neus, basó su estrategia en que Raúl había intentado agredirla sexualmente estando los dos a solas y que ella le golpeó en la cabeza con un ladrillo para quitárselo de encima, con tan mala fortuna que el muchacho murió casi al instante. La defensa fue a por todas y pidió que se retiraran los cargos.

—¿Había un fiscal de oficio?

—Sí, claro. Un tal Garrido.

—Entonces ¿por qué la familia de Raúl se personó como acusación particular?

—Pobrecillos —respondió Esgueva, con un suspiro—. Los padres estaban destrozados, como en estado de shock. Raúl era hijo único. Un muchacho afable, buen estudiante, criado en un ambiente normal, de familia de clase media de toda la vida, ¿comprende? El padre trabajaba en una compañía de seguros y la madre era ama de casa; los dos eran una pareja encantadora, y estaban devastados, no sabían qué hacer… Un hermano de la madre, que era buen amigo mío, fue quien acudió a mí para que los representara en el juicio. No se fiaba de que el fiscal pudiera conseguir un veredicto satisfactorio.

—¿Y eso por qué?

—Para empezar, el hecho de que existiera una presunta agresión sexual de por medio favorecía a la acusada. —El abogado tomó un sorbo de café y permaneció unos segundos pensativo—. Recuerdo muy bien a esa chica, a Neus. Era la viva imagen de la inocencia:

joven, casi una niña, asustada, indefensa… En todo momento parecía aún más horrorizada que la familia de Raúl por lo ocurrido. Estaba claro que iba a meterse al jurado en el bolsillo.

—Ah, ¿hubo un jurado popular?

—Sí, de hecho fue uno de los primeros juicios celebrados en Castellón con ese sistema después de la ley orgánica del 95; por eso la familia de Raúl estaba muy inquieta ante la posibilidad de una sentencia absolutoria. En mi opinión, un jurado popular es un mal sistema, quizá les sirva a los anglosajones, pero lo cierto es que ningún abogado en sus cabales se arriesgaría a dejar una sentencia por homicidio en manos de doce fulanos indocumentados que vaya usted a saber por dónde le van a salir a uno. —Esgueva adoptó un tono docente, como el que emplearía en una de sus clases—. Analicemos el caso contra Neus Guzmán, por ejemplo. Ella es una pobre niña asustada de buena familia a la que un adolescente ha intentado agredir sexualmente. La chica se muestra confusa, arrepentida, llora en silencio, contempla al jurado con labios temblorosos… Usted es muy joven para recordar el célebre caso de Lorena Bobbitt, aquella estadounidense que le cortó el pene a su marido después de años de soportar malos tratos. ¡El jurado casi la sacó a hombros de la sala, como a una heroína! Eso fue más o menos en la misma época que lo de Neus Guzmán, y existía un riesgo serio de que ocurriera exactamente lo mismo. Por ese motivo la familia de Raúl no quiso dejar nada al azar y acudieron a mí. Yo colaboré con el fiscal en todo lo que pude para lograr un veredicto ajustado al derecho.

—Un veredicto en el que usted creía, supongo.

—¡Eso por descontado! La verdad, esa chiquilla a mí no me engañó ni por instante. Era culpable sin paliativos. Todo lo que pude averiguar sobre Raúl no encajaba en el perfil de agresor sexual. Ya le he dicho que se trataba de un muchacho ejemplar, sin malicia ninguna.

—¿Neus y él tuvieron una relación?

—Ahí está la clave del caso —respondió Esgueva, golpeando la superficie de la mesa con el dedo índice—. Ella aseguraba que sí, pero encontré testigos que hacían esa versión insostenible, además de ridícula.

—¿Por qué ridícula?

—Porque Raúl era homosexual.

Lesboutx se permitió mostrar una leve expresión de sorpresa.

—¿De veras?

—Sin duda, pero lo llevaba en secreto. Sus padres no lo sabían, pero sí sus amigos más íntimos. El chico tonteaba con un compañero de su instituto.

—Entiendo… —dijo la alférez—. Supongo que fue esa información la que hizo que el jurado se decantara por una sentencia de culpabilidad.

—Lo cierto es que fue un poco más complicado. Verá; yo, la acusación particular, solicité la pena más alta posible por homicidio para un menor de edad. Mi estrategia era demostrar que Neus había desarrollado una especie de obsesión romántica hacia la víctima, la cual ella creía que era correspondida, y que, al enterarse de que Raúl era homosexual, lo mató a sangre fría. Por desgracia, me encontré con un obstáculo inesperado.

—¿Cuál fue?

—Los padres de Raúl. Como le he dicho, ellos ignoraban la orientación sexual de su hijo. Piense usted que de esto hace veinte años, que eran otros tiempos, menos tolerantes que los actuales. Este tipo de cosas aún eran bastante tabú, ¿comprende? Tras consultarlo con los tíos de Raúl, ellos me pidieron que no presentara la orientación sexual del chico como prueba pues eso podría afectar a los padres, que ya estaban bastante impactados por su muerte.

—Entonces ¿qué hizo usted?

—No podía llevar la contraria a mi cliente, pero tampoco dejar que Neus eludiera la condena. Finalmente se logró un acuerdo entre las partes. El abogado de Neus aceptó que la chica se confesara culpable de homicidio con el atenuante de enajenación mental transitoria y nosotros transigimos en que fuese condenada a cumplir pena de internamiento terapéutico en un centro psiquiátrico. —Esgueva torció el gesto—. A mi juicio, fue una sentencia insatisfactoria, pues el internamiento era en régimen abierto. Básicamente, se limitaba a que la chica fuera de vez en cuando a terapias de grupo y cosas similares, y tan sólo durante unos meses; pero la familia de Raúl quería cerrar el caso y aceptaron el acuerdo. Yo entendía su posición, desde luego. Aquellos pobres padres ya habían sufrido demasiado y el juicio los estaba destrozando; lo único que querían era seguir adelante de cualquier manera. No obstante, me quedó la sensación de que Neus había salido impune de aquel asunto.

—¿Cree que habría merecido una sentencia más dura?

—Era una asesina —aseveró con vehemencia el abogado, tras asentir con la cabeza—. Una asesina fría e implacable. Sabía

perfectamente lo que hacía cuando golpeó a aquel muchacho, y su intención fue causarle la muerte.

—Por lo tanto, no hubo agresión sexual.

—No, sólo despecho. Si de mí hubiera dependido, esa chica habría sido condenada por homicidio en primer grado. De hecho, la idea de que ahora mismo ande por ahí en libertad me resulta inquietante.

—En su opinión, ¿Neus Guzmán no sufría de ningún tipo de trastorno mental?

Esgueva no respondió de inmediato.

—Ésa es una cuestión interesante —dijo al fin—. A mi modo de ver, Neus Guzmán es tan cuerda como cualquier homicida que comete su crimen con total conciencia de sus actos y sin remordimientos. Hay muchos criminales que encajan en ese perfil. No llega a ser un trastorno mental como la psicopatía o algo similar, pero sin duda se trata de personas muy peligrosas pues no dudan en reincidir si lo creen necesario.

Lesboutx asintió.

—Matar es fácil —dijo.

—Sí, correcto; igual que el título de esa novela de Agatha Christie. Siempre me pareció una frase de lo más acertada. —Esgueva apuró de un trago su café—. Permítame una pregunta: ¿por qué la Guardia Civil está interesada en este caso? ¿Es probable que Neus Guzmán esté de nuevo involucrada en algún asunto turbio?

—Lo siento, señor Esgueva, pero no puedo decírselo.

—Comprendo —dijo el abogado—. No obstante, le daré un consejo: si Neus Guzmán está relacionada con alguna de sus investigaciones, no la pierdan de vista. Creo que esa chica tenía odio en las venas.

—Han pasado veinte años desde aquellos hechos —repuso Lesboutx—. Cabe la posibilidad de que Neus ya no sea la misma persona.

—Sin duda, pero no lo olvide, alférez: matar es fácil.

El abogado consultó su reloj. Tenía que dar una clase en cinco minutos, así que se despidió de Lesboutx.

Cuando la alférez abandonó la universidad, trataba de imaginar a Neus Guzmán golpeando la cabeza de Aleksandar con la mancuerna y luego clavando el rizador de pelo en el cadáver aún caliente del croata.

Lo cierto era que la imagen no le parecía tan descabellada.

A media mañana Christian recibió una visita en la oficina. El teniente Campoy apareció con una pila de documentos tan gruesa que apenas se bastaba para sujetarla con las dos manos.

—Buenos días, mi teniente.

—Sargento, ¿puede echarme una mano con esto? —Christian se apresuró a ayudarle a dejar los documentos encima de la mesa. Eran los expedientes de las personas desaparecidas en la comarca a lo largo de los últimos dos meses—. Gracias. ¿Está usted solo?

—El sargento primero Benjumea también ha venido, pero ahora se encuentra en la cantina, creo.

—Madre mía, ¿pero ese tipo sigue en activo? Creí que se había jubilado hace años. —Campoy echó un vistazo a su alrededor, con un leve gesto de repugnancia—. ¿No está la teniente Miranda?

—Ha ido a la comandancia. La alférez Lesboutx tampoco está, pero si puedo ayudarle yo en algo…

—No, gracias, sargento. Sólo he venido a devolverles estos informes; ya no los necesito ahora que hemos identificado por fin el cadáver del chico que apareció en el puerto.

—Ah, sí, Edu99.

—¿Quién?

—Edu99 era el nombre de su perfil de… En fin, no importa. ¿Quiere dejar algún recado para la teniente Miranda?

—No… sólo que compre un ambientador. Este sitio huele como la freidora de un chiringuito. —Campoy rió su propio ingenio. Christian también esbozó una sonrisa, aunque fue más bien por respeto a los galones.

—Creo que es porque la ventana da al mismo patio que el extractor de humos de la cantina, pero al cabo de un rato se acostumbra uno, mi teniente.

—¿Sí? Bueno, es probable. Nuestra oficina tiene vistas al mar, así que esto es nuevo para mí. Bien, pues ahí le dejo todo ese papeleo; ocupa tanto espacio que me alegro de quitármelo de encima. No tenía ni idea de que hubiera tantas denuncias de desaparecidos en este pueblo diminuto.

—No son sólo del pueblo, mi teniente, se incluyen también los de toda la comarca.

—Yo sé lo que me digo, sargento. Mis chicos han estado echándoles un vistazo y le aseguro que por cada tres desaparecidos, dos son del pueblo.

—Según dice la teniente, es por los chicos del centro social. Por lo visto hay muchos que se escapan.

—¿Acaso en ese centro los azotan con alambre de espino o algo así? Lo digo porque da la impresión de que los chavales estuvieran

huyendo en manadas.

Christian se encogió de hombros.

—Ya sabe cómo son los chicos a esa edad, mi teniente. Se pelean con sus padres y se largan de casa una temporada dándoles un buen susto; eso pasa mucho.

—Pues éstos no tenían padres con los que pelearse; todos viven en casas de acogida o en centros de menores. Algunos ni siquiera tienen domicilio fijo.

—¿De veras?

—Sí, ustedes deberían saberlo. La teniente me dijo que estos expedientes llevan siglos aquí, durmiendo el sueño de los justos. Eso no está nada bien, sargento.

—Lo siento, mi teniente.

—Oh, tranquilo, no lo digo por usted, que acaba de llegar, ¿no es así? No es culpa suya. De hecho, en cierto modo, esos expedientes me han sido muy útiles.

—Me alegra saberlo. Con su permiso, ¿puedo preguntar para qué?

Campoy torció los labios en una sonrisa displicente.

—Me gustaría poder explicárselo, sargento, pero es secreto. Cosas de mayores, pero no se preocupe. Trabaje usted bien y quizá pronto pueda salir de este agujero y venir a donde está la acción. —Le dio una palmada a Christian en la espalda que pretendió ser amistosa, aunque al joven le resultó irritante—. Dígale a la jefa que me llame cuando pueda, ¿OK?

Sin añadir más palabras como despedida, el teniente Campoy se marchó.

«Capullo», pensó Christian.

Empleó los siguientes minutos en ordenar un poco los expedientes de desaparecidos. Incluso se planteó la posibilidad de ocuparse con alguno de ellos, dado que, por el momento, no tenía nada mejor que hacer.

Entonces su móvil emitió un sonido. Algo parecido a un tintineo de campanas.

Era una señal de Finder.

Uno de los perfiles seleccionados por Christian se había fijado en él y le había mandando un mensaje a través de chat privado.

Fanfran95: *Ey, hola*.
Fanfran95: *Pareces un tío muy interesante*.
Fanfran95: *Vives en Santarés?*

El nombre figuraba en la lista de clientes de Bogdan Lupu. Christian se apresuró a chequear el perfil de su nuevo amigo de Finder.

A Fanfran95 le gustaban los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere.

Christian dio un puñetazo al aire en un gesto de triunfo. Uno de sus «toques» había sido un éxito. Por otra parte, en el fondo no dejaba de sentirse halagado porque alguien hubiera encontrado atractivo su perfil con tanta rapidez.

Al fin y al cabo, Fanfran95 era un tipo bastante guapo.

Miranda y Julio quedaron a comer en un bar cerca de los juzgados de Castellón. El local era pequeño e impersonal, provisto de un feo

comedor en el que sólo había cuatro mesas. Detrás de la barra del bar se anunciaba el menú del día, compuesto por dos platos: sopa de marisco y arroz con conejo. Pan, bebida y postre. Todo por 9,50 euros. Un televisor viejo colgado en la pared emitía un refrito de *Los Simpson* a un volumen por encima de lo aceptable, aunque a los comensales, que tenían aspecto de albañiles en el descanso de su labor, eso no parecía importarles demasiado.

Julio había escogido el local, y para Miranda eso era suficiente garantía de calidad. El forense se conocía todos los restaurantes de la ciudad en los que uno podía comer barato y en abundancia. El ambiente de aquellos sitios distaba mucho de ser exclusivo, pero la calidad de la cocina siempre era sorprendentemente buena. A su manera, Julio era un sibarita culinario. Miranda, que nunca presumió de tener un paladar fino, se conformaba con que al llegar la cuenta su hambre estuviera saciada.

La mujer localizó al forense en una de las mesas. Le divirtió ver que aquel día no llevaba puesta una de sus monótonas corbatas de rayas, sino una pajarita con pequeñas flores bordadas.

—Hola, Julio —saludó la teniente al sentarse. Luego señaló el adorno que llevaba el médico en el cuello—. Válgame Dios, ¿eso son margaritas?

Julio soltó un suspiro de resignación.

—Lo sé, lo sé… Pero me la regaló mi hija por mi santo y me sentía en la obligación de estrenarla.

—Si haces autopsias con eso puesto alguien debería denunciarlo al Colegio de Médicos. Me parece de lo más inapropiado. —Un camarero se acercó a tomarles la comanda. Miranda pidió un té con limón y Julio un vino tinto; luego el camarero se marchó dejando

sobre la mesa un menú cubierto de costras de grasa—. ¿Y bien? ¿Aquí qué se come?

—Los huevos estrellados son los mejores que he tomado en mi vida.

—No, nada de huevos, que luego te quejas del hígado.

—La zarzuela de pescado tampoco está nada mal.

—Entonces para mí una de ésas. Necesito algo rico para quitarme el mal sabor de boca.

—¿No te ha ido bien en el juzgado?

Miranda hizo una mueca. Había pasado la mañana en un frustrante tira y afloja con Esther Plaza, la jueza de instrucción del caso de Suker. La teniente quería una orden judicial para acceder a las cuentas bancarias de Tamara Korovin y de su marido, pero Esther se perdió en excusas para no concederla. Los Navarro eran parientes de Mijaíl Korovin, y el ruso suponía un pez tan gordo que la jueza sólo estaba dispuesta a tratar de pescarlo si podía hacerlo armada con un arpón, mientras que Miranda tan sólo le ofrecía una endeble cañita.

—Tienes que darme más evidencias, Miranda —había dicho Esther —. Alfonso Navarro cuenta con los abogados de su suegro, que son una panda de tiburones. Si te concedo esa orden con una base legal débil, te destrozarán a ti y luego irán a por mí. Cualquier prueba que consigas no valdrá para nada.

—Tengo indicios de sobra para demostrar que Navarro me está mintiendo.

—No; eso crees tú, pero no los tienes, no lo suficientemente sólidos para ir a por alguien de ese calibre. Si quieres que te dé esa orden, debes enseñarme algo más.

—¿Algo como qué?

—Básicamente, una grabación en la que se le vea a él o a su esposa partiéndole la cabeza a ese pobre chico.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ya sabes a qué me refiero —respondió la jueza, en tono de disculpa—. De verdad que quiero ayudarte, pero una orden mía te será más útil si está blindada contra picapleitos. Tráeme algo jugoso y te la emitiré de inmediato, pero de momento…

Esther se cerró en banda a partir de ahí, por más que Miranda casi llegó a suplicar. En resumen, el encuentro había sido una larga e improductiva pérdida de tiempo. Así fue como la teniente se lo describió a Julio.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó el forense.

—No lo sé. Seguir insistiendo, supongo. Tarde o temprano Esther se cansará de mí y me acabará concediendo esa orden. —El camarero trajo a la mesa una enorme cazuela de guiso de pescado y la dejó allí. Miranda le sirvió un poco a Julio y luego llenó su propio plato. Aún sobraba más de la mitad de la cazuela—. En cuanto a Bogdan Lupu, ¿tienes algo para mí?

—Te he traído el informe de la autopsia, luego te lo doy; pero, a grandes rasgos, no hay nada nuevo con respecto a lo que te dije ayer después de ver el cadáver. La causa de la muerte está bastante clara: el asesino le disparó dos veces por la espalda. El segundo impacto ya era innecesario, pues el primero fue directo al corazón. Estoy casi seguro de que ya era cadáver cuando lo arrojaron al mar.

—¿Llevaba mucho tiempo en el agua?

—Sí, varias horas. En base a lo que me dijo tu sargento sobre la hora en la que se le escapó corriendo, yo creo que debió morir el

sábado por la noche. Encontrarás todos los detalles en mi informe.

—Eso quiere decir que tuvo tiempo de sobra para agenciarse las ropas que tenía puestas. Christian asegura que cuando lo perdió de vista sólo llevaba un pantalón de deporte.

—¿De dónde crees que las sacó?

—Ni idea, pero estoy casi segura de que no portaba dinero encima, así que o bien las robó de alguna parte o bien alguien se las dio.

—¿Su asesino?

—Su asesino, un buen samaritano o su tía la de Bucarest… ¿Cómo diablos quieres lo sepa, querido? No soy adivina. —Miranda rescató la mitad de una nécora de su plato y procedió a comérsela con afanosa meticulosidad—. Esta mañana estuve hablando con Nogueroles. Él opina que fue un crimen de sicarios.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—Tiene sentido, en realidad. Bogdan Lupu era un pájaro de cuidado que, seguramente, estaba metido hasta las cejas en asuntos de drogas.

—También era consumidor habitual —añadió el forense—. Tenía el cuerpo hecho polvo: los riñones, el hígado, el corazón… Un verdadero catálogo de las consecuencias para el organismo del abuso de estupefacientes.

—Estuvo en la cárcel por tráfico, al parecer.

—Menuda alhaja, ¿y ese hombre trabajaba como vigilante de seguridad? ¿Y quién lo vigilaba a él?

Miranda sonrió. El comentario le había parecido gracioso.

—Sí, a mí también me gustaría saber qué se le pasó por la cabeza al tipo que lo contrató.

—Te diré una cosa, aunque ya sabes que no me gusta opinar sobre tu trabajo. Creo que Nogueroles tiene razón, este tema parece cosa de narcotraficantes. El asesinato de Aleksandar Suker bien podía haber sido también una especie de ajuste de cuentas.

—¿Por qué crees eso?

—Lo del rizador de pelo parecía un aviso macabro del tipo que suelen dejar los sicarios. Y, además, ¿Bogdan Lupu no le vendía drogas al chico croata? Puede que los dos estuvieran relacionados con gente peligrosa. Quizá cometieron algún error y… —Julio se pasó el dedo por el cuello—. Ya sabes.

—Sí. Y el que Aleksandar trapichease con drogas explicaría cómo podía costear sus lujos, siendo como era un simple camarero. —La teniente suspiró—. Lo reconozco, es una hipótesis muy atractiva, pero…

—¿Pero?

Miranda hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Por algún motivo visceral, no me encaja. El asesinato de Aleksandar Suker fue una chapuza, no un trabajo de sicarios. Puede que el chico fuera consumidor, pero estoy segura de que no traficaba.

—¿Por qué estás tan convencida?

—No lo sé… Simplemente… Es una intuición. Creo que no era ese tipo de persona.

El forense sonrió de forma comprensiva.

—¿Quizá porque era joven y guapo? Me temo que alguien está contemplando nada más que la belleza en la urna griega.

—Oh, cállate. Tú y tus poemas absurdos. No he podido quitarme esa cantinela de la cabeza desde que lo mencionaste.

—Ya lo sé, y también un pajarito me ha dicho que últimamente estás muy interesada en la obra de Keats. De hecho, te he traído un pequeño obsequio.

Julio le entregó a Miranda un paquete envuelto en papel de regalo. La teniente lo rompió sin ceremonia. Era un ejemplar de obras escogidas de John Keats, incluida, por supuesto, su «Oda a una urna griega». El libro era de segunda mano. Miranda lo abrió por la primera de sus amarillentas páginas y vio en ella la firma de Julio. Al parecer, el médico era de las personas que acostumbraban a rubricar los libros de su propiedad. A Miranda el detalle le pareció enternecedor, ya que sabía que el forense no solía desprenderse fácilmente de los ejemplares de su biblioteca particular.

—Menudo tunante estás hecho —dijo con afecto—. ¿Hablaste con Lesboutx?

—Puede ser —respondió el médico, con ojos pícaros—. Da la casualidad de que compré este viejo libro en un mercadillo hace unos años. ¿Era el que andabas buscando?

—Gracias. No tenías por qué haberte molestado.

—Ha sido un placer. Al fin y al cabo, la poesía es iluminación. Ojalá estos versos te sirvan de ayuda. Escucha esto. —Julio tomó el libro de manos de la teniente y buscó entre sus páginas la «Oda a una urna griega». Seleccionó unos versos y los leyó en voz alta, con su tono de voz grave y engolado.

¿Quiénes son los que marchan al sacrificio?
¿Hasta qué verde altar, misterioso sacerdote,
llevas ese ternero que muge a los cielos
y cuya grupa de seda se viste con guirnaldas?

—Sí, suena muy… victoriano —dijo Miranda.

—¿No te das cuenta? Es como si te hablara directamente. El joven ternero con grupas de seda llevado al sacrificio no es otro que ese pobre chico croata, y el misterioso sacerdote es el asesino a quien debes encontrar.

La teniente esbozó una sonrisa sardónica.

—No sé qué os pasa últimamente a los hombres que conozco, no hacéis más que encontrar poesía en todas partes. Ayer mi sargento, que es un chico más simple que una tabla, creaba metáforas sobre investigaciones criminales y aplicaciones para ligar, y ahora tú conviertes a un poeta inglés en un inspector de homicidios. —Miranda le dio un trago a su copa de agua—. Pero reconozco que está muy bien traído.

—Claro que sí. —Julio le devolvió el libro—. Léetelo con calma cuando tengas un momento. Como mínimo, te servirá para relajarte y, en el mejor de los casos, quizá te inspire para encontrar respuestas. Yo siempre digo que todas las respuestas del mundo están en los libros.

Miranda se quedó pensativa unos instantes. Ni siquiera reparó en que Julio le había hecho una pregunta.

—Perdona, estaba distraída, ¿decías algo?

—Digo que si de postre te apetece compartir una tarta de café. Aquí la hacen muy rica, pero la porción es demasiado grande para mí solo.

—Sí, claro. Suena bien.

Julio llamó al camarero para pedir el postre. Mientras lo hacía, Miranda trató de recuperar el hilo interrumpido de sus

pensamientos, pero no lo logró.

Lástima, pensó. Creía haber estado a punto de hacer una conexión importante.

Fanfran95: *Ey, hola.*

Fanfran95: *Pareces un tío muy interesante.*

Fanfran95: *Vives en Santarés?*

Montana96: *Gracias. Tú también lo pareces.*

Montana96: *Yo vivo aquí, sí. Y tú?*

Fanfran95: *Tb. Puede que seamos vecinos. Te imaginas?* 😉

Montana96: *Jaja. Eso sería divertido.*

Fanfran95: *Sí* 😁

Fanfran95: *O sea que yo tb te parezco interesante.*

Fanfran95: *Q mono!* 🐿️

Montana96: *Sí. X tu foto y las cosas q te gustan. Ya sabes.*

Montana96: *El ruso blanco con vodka Belvedere. Igual q el Gran Lebowski.*

Fanfran95: *Jajaja. Quien es ése?*

Montana96: *El Gran Lebowski. Es una peli. No la conoces?*

Fanfran95: *No, sorry.* 😴

Montana96: *ah, vale. Creí que lo del ruso blanco era por lo de la peli.*

Fanfran95: *No. Es xq me molan los rusos. Son rubios y blanquitos, como yo.*

Fanfran95: *Y si son con vodka, mejor. Jejeje.* 😈

Montana96: *Jaja.*

Montana96: *Qué pena q no conozcas la peli. Es muy xula.*

Fanfran95: *De qué va?*

Montana96: *Vente a mi casa y la vemos juntos.* 😉

Fanfran95: *Ey, qué lanzado, no?*

Fanfran95: *Ya me la qieres enseñar? Me refiero a la peli* 😜

Montana96: *Lo siento. He ido un poco rápido, no?*

Fanfran95: *No. Me gustan los chicos lanzados. Jeje.*

Fanfran95: *Pero antes de ir a tu casa mejor primero tomamos algo, no? Xra conocernos en plan tranqi, de buen rollo.*

Fanfran95: *No te ofendas. Pareces majo, xro aquí hay muxo pirado, y a mí me gustan los tíos normales.*

Montana96: *No me ofendo. Tienes razón. Perdona, es que soy un poco nuevo en esto y no se me da muy bien.*

Fanfran95: *Qué mono! Así q eres virgen? Jajaja.*

Fanfran95: *Venga, vale, vamos a qedar.*

Montana96: *X mí genial. Cuando?*

Fanfran95: *Pásame tu teléfono y hablamos x Wasap, te parece?*

Montana96: *Ok. Ahí va.*

Fanfran95: *Thanks! ¿Sabes una cosa? Me apetece vert y q me cuents de q va esa peli.*

Fanfran95: *Y, qien sabe? Lo mismo al final dejo q me la enseñes.*

Fanfran95: *Jajaja.*

Montana96: 😌

24
No respondo llamadas

Lesboutx estaba agotada cuando regresó a la compañía, poco después de la hora de comer.

Había pasado la jornada yendo de un lado a otro de la comarca. Después de entrevistarse con Joan Esgueva en la universidad había ido al centro de menores en el que Edu99 estuvo internado. Habló con sus gestores para comunicarles la muerte del chico y obtener toda la información posible sobre él. Eso le llevó bastante tiempo y ni siquiera recopiló datos que parecieran realmente útiles o que ofrecieran algo nuevo respecto a lo que ya sabían sobre el muchacho. Confirmaban, eso sí, los detalles que Miranda había escuchado al interrogar a Telma y a las amigas de Edu en Santarés.

La alférez pasó el resto de la mañana en la comandancia, investigando los antecedentes criminales de Bogdan Lupu. Otra tediosa labor que podía haberse ahorrado sin ningún problema, ya que tampoco descubrió nada sobre el rumano que no se supiera a esas alturas. En resumen, Lesboutx tenía la desagradable impresión de haber estado perdiendo el tiempo, así que cuando volvió a la compañía, se sentía frustrada y de mal humor.

El ambiente de lasitud que encontró en la oficina la irritó aún más. Christian estaba repasando los expedientes de chicos desaparecidos

con aire apático mientras que el Caimán ya se estaba poniendo la chaqueta para irse a su casa. Miranda ni siquiera había regresado. Cuando Lesboutx preguntó por ella, el Caimán le comentó que había llamado por teléfono hacía unos minutos para decir que, probablemente, no aparecería por la compañía salvo que sucediera algo urgente, que aún tenía que hacer un par de cosas.

—¿Dijo algo sobre la autopsia de Lupu? ¿O sobre la orden judicial que pensaba pedirle a Esther? —preguntó la alférez.

—Nada. Que al rumano lo frieron a tiros y que la jueza se ha cerrado en banda.

—¿Y tú te has dedicado a algo de provecho aparte de rellenar la quiniela?

A pesar de la hostilidad evidente en el tono de la pregunta, el Caimán no se mostró ofendido. Ni siquiera tenía arrestos para eso. No obstante, amagó una protesta remolona.

—Mujer, que aquí también hemos tenido follón, no te creas. Toda la santa mañana no ha parado de sonar el teléfono y, claro, yo he tenido que atender todas las llamadas porque aquí el chico, como es nuevo, no se va a encargar de eso, vamos, digo yo.

Lesboutx le preguntó por las llamadas. Resultó que aquel insoportable aluvión en realidad se reducía a tres, una de ellas de alguien que se había confundido de número y la otra de Miranda. La tercera la había hecho uno de los del GEAS.

—¿Qué quería? —preguntó Lesboutx.

—Por lo visto Campoy mandó esta mañana a un par de sus chicos a bucear alrededor de la escollera donde apareció el rumano, por si veían algo nuevo a la luz del día, pero nada. Llamaron desde allí

para decir que habían peinado la zona y que sólo había algas y mierda.

—¿Quién llamó? ¿Campoy?

—No, un cabo, un chavalín de los que tienen por ahí; Campoy ni siquiera estaba. Me dijo su nombre, pero no lo escuché bien —respondió el Caimán—. Es que justo cuando me lo dijo dispararon el cañón ese de la puñeta para dar las once, y no sé qué tiene esa zona del puerto que allí el estampido se oye como si fuera una explosión. Debe de ser porque el castillo está muy cerca.

Benjumea no tenía más novedades de las que informar, así que Lesboutx dejó que se fuera a su casa. Sintió un cierto alivio cuando se marchó por la puerta, resoplando igual que una gaita vieja.

Cuando el Caimán desapareció, Christian, que hasta el momento había estado en silencio, hizo una pregunta.

—Mi alférez, ¿puedo hablar con usted un momento?

Había algo extraño en su tono de voz, como furtivo. A Lesboutx incluso le pareció que estaba un poco nervioso.

—Claro, sargento, ¿qué ocurre?

Christian se levantó de su silla y fue a cerrar la puerta de la oficina, como si temiera que alguien pudiera escuchar desde el pasillo. Luego cogió su teléfono móvil y, sin decir palabra, le enseñó la pantalla a Lesboutx.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—Un chat de Finder.

—Ya veo, pero ¿quiénes son Fanfran95 y Montana96? ¿Y qué tiene de interesante?

—Yo soy Montana96, ¿no lo recuerda? Es el *nick* que me puse cuando abrí el perfil para buscar a Edu99.

—Entiendo… ¿Y me enseña esto porque está orgulloso de haber ligado, sargento?

—¡No! Yo no… —Christian se puso rojo—. Fanfran95 es un hombre.

—Bien, me alegro por usted. Espero que sea su tipo. —Al ver cómo las mejillas de Christian resplandecían aún más encarnadas, Lesboutx sonrió—. Perdone, sargento, sólo le estaba tomando el pelo; es que llevo un día un poco duro, lo siento mucho. Imagino que esto está relacionado con la investigación, ¿verdad?

—Sí, exacto. Fanfran95 es uno de los usuarios de los que le hablé ayer, los que tienen gustos idénticos a Alex Suker, los deportes de riesgo y todo eso. Y he descubierto algo más: resulta que todos esos usuarios estaban también en la lista de clientes de Lupu, la que encontré en su piso, ¿recuerda? Lo he comprobado.

—¿De veras? Eso es muy llamativo, ¿se lo ha contado a la teniente?

—Aún no. Antes quiero saber qué significa exactamente; estoy seguro de que es importante. Por eso he concertado una cita con ese tal Fanfran95, ¿lo ve? Pienso sonsacárselo de algún modo.

—Sargento, no estoy segura de que lo de concertar una falsa cita con alguien sea una buena idea. Escuche, ya ha establecido contacto y eso está muy bien. ¿Por qué simplemente no le llamamos, le preguntamos dónde vive y nos acercamos usted y yo a hacerle unas preguntas, de manera oficial?

—No, no, no —respondió el chico, apresurado—. Usted no lo entiende. Eso no funcionaría, seguro que no nos diría la verdad. Es mejor… bailar con el testigo, ¿comprende?

—¿Bailar con el testigo?

—Sí, es lo que dice la teniente Miranda. Hay que seguir el ritmo del testigo, ya sabe, no imponérselo. Es… es como… como un baile. —El chico parecía frustrado por no ser capaz de explicar el concepto —. Confíe en mí, mi alférez, creo que esto puede dar resultado.

—Pero ¿y si no es más que una pista falsa?

—No, aquí hay algo raro, se lo aseguro. Que a cinco personas distintas les gusten los deportes de riesgo vale, puede ocurrir, pero ¿ruso blanco con vodka Belvedere? Es más, yo creo que este tío, Fanfran95, ni siquiera tiene ni puñetera idea de lo que es un ruso blanco. Mire la respuesta que me dio cuando le hablé del tema, es absurda.

—Quizá sólo estaba bromeando con usted.

—Lo dudo. Yo creo que es una clave.

—¿Una clave de qué?

—No lo sé… Como un distintivo o algo así. Una especie de contraseña para identificar a un determinado grupo de personas.

—Sargento, no le sigo. ¿Cree que Fanfran95 y esos otros tipos son de una especie de tribu urbana o… o de una secta? Porque, francamente, me resulta difícil de asimilar.

—La única forma de averiguarlo es hablando con uno de ellos, pero sin que sepa que soy policía. Ya sabe, sólo tirándole un poco de la lengua, a ver qué raja.

—Ese tipo de pesquisas no son del gusto de la teniente —repuso Lesboutx—. Ella cree que hay tantas posibilidades de que salgan bien como de que sean un desastre, y yo estoy de acuerdo. Sé que ella no lo aprobaría.

—Sí, bueno, pero… la teniente no está aquí ahora, y usted también es mi mando superior. Si usted me diera su permiso… —

sugirió el chico, tímidamente.

—Ah, no, de eso nada, yo no quiero hacerme responsable de algo así.

—Por favor, mi alférez —suplicó el sargento; casi parecía un niño pidiendo una golosina—. Estoy seguro de que tengo algo sólido, una buena pista. Déjeme seguirla. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Lesboutx continuaba convencida de que era una mala idea, sin embargo en su fuero interno también sentía curiosidad por saber adónde podía llevar aquel indicio. La investigación del caso no estaba tan encarrilada como para permitirse el lujo de desechar líneas de investigación, por muy poco sólidas que éstas pareciesen, pensó la alférez.

Y, por otra parte, encontró que había algo encantador en la forma que tenía el sargento de solicitar su permiso. Negárselo le pareció incluso cruel, y aquello a Lesboutx le resultó toda una novedad, pues no era una mujer que se ablandara fácilmente.

«¿Cómo puedo negarle nada a alguien con tantas ganas de ser útil? —se dijo—. ¡Qué chico estúpido! Si dejara de mirarme con esos ojos de cordero degollado… Ay, Dios, debo de estar completamente loca, pero…»

—Muy bien, sargento, como quiera —suspiró la joven—. Pero, por el amor de Dios, no haga ningún disparate. ¿Cuándo se supone que va a encontrarse con ese individuo?

—Hoy mismo. Me ha costado un poco convencerlo porque él propuso quedar el viernes, pero yo no quería esperar tanto, así que le apreté un poco las tuercas.

«Increíble —pensó Lesboutx—. Conmigo en la playa no tuvo tanta iniciativa. Debo ser menos atractiva que el sospechoso de un caso

de homicidio.»

—¿A qué hora han quedado?

—A las siete, pero aún no sé dónde. Se supone que tiene que mandarme un mensaje esta tarde para decírmelo… Espero que lo haga.

—Oh, seguro, da la impresión de que usted le gusta bastante. —Lesboutx disfrutó viendo cómo las mejillas de Christian se incendiaban—. Ahora hablando en serio, sargento: tenga mucho cuidado y sea discreto. Lo mejor será que planeemos un protocolo básico de actuación, para que yo pueda controlar que todo va bien. ¿Cuánto tiempo cree que puede llevarle sonsacar algo a Fanfran95?

—Supongo que, como máximo, unas dos horas, si es que la conversación da algo de sí.

—Bien. Llámeme en cuanto termine. Si el encuentro se prolongara más de dos horas, le llamaré yo a las nueve en punto. No hará falta que responda al teléfono; simplemente hágame una llamada perdida durante los siguientes diez minutos, y así yo sabré que todo marcha sin problemas pero que aún no puede hablar conmigo, ¿entendido?

—Perfectamente, mi alférez, pero dudo que ocurra nada que me impida contestar una simple llamada. Con su permiso, creo que estamos tomando demasiadas precauciones.

—Nunca se toman demasiadas precauciones, sargento.

—¿Vamos a informar a la teniente sobre el plan?

—Sí, bueno, ya veremos… Déjeme eso a mí; usted concéntrese en lo de esta noche, ¿de acuerdo? Quiera Dios que no acabemos haciendo el ridículo. —Lesboutx negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. La verdad, esta idea sigue sin convencerme del todo…

—Todo irá sobre ruedas, mi alférez —se apresuró a decir Christian, temeroso de que la oficial cambiase de parecer—. Ya verá, yo soy un chico con suerte.

Al decir aquello sonrió. Y a Lesboutx le pareció una sonrisa muy bonita.

Empezó a llover cuando Miranda se subió en su coche y se dirigió de regreso a Santarés. El reloj marcaba las seis menos cuarto.

Con un gesto automático, la teniente encendió la radio. La voz de Connie Francis informó entre un fondo de ruidos de estática, como de vinilo viejo, de que las lágrimas que había llorado por su amor podrían llenar un océano. Y es que a la larga, según Connie, todo el mundo se vuelve tonto por alguien.

Miranda no prestaba atención a la melodía ni tampoco a la letra (aunque esto último le habría resultado imposible, ya que la teniente no entendía el inglés). Mientras conducía con calma y prudencia a través de la lluvia por una desierta autovía, la teniente pensaba en literatura.

No era ella una mujer especialmente aficionada a la palabra escrita. Ninguno de sus mayores le había inculcado nunca el amor por los libros, aunque tampoco se crió en un hogar de incultos. En su casa, el mayor lector siempre fue su padre, y eran escasos los recuerdos que tenía Miranda de él con un libro entre las manos.

Miranda leía poco. En su casa guardaba unas cuantas novelas de misterio que pertenecieron a su padre, que era aficionado a la novela negra. Eran libros de P. D. James, Simenon, Ellery Queen y similares. Ediciones de bolsillo baratas y muy sobadas, porque su

padre solía preferir releer viejos libros antes que comprarse otros nuevos.

La teniente apenas había leído un par de ellos. No le gustaba la literatura de suspense en general, pues carecía de la paciencia necesaria para seguir el curso de una investigación criminal ajena, sin poder intervenir en ella más que como mera espectadora. A veces se dejaba llevar por las recomendaciones y compraba el best seller de moda del momento, el cual solía pasar mucho tiempo olvidado en un rincón, metido aún en su bolsa de plástico de la tienda, hasta que Miranda se decidía a empezarlo. Si era un volumen grueso, tardaba meses y meses en llegar hasta el final, eso si no lo dejaba a la mitad.

Miranda era una mala lectora porque su cabeza siempre estaba barruntando demasiados pensamientos como para concentrarse en historias que no tenían ninguna relación con ella. Le costaba seguir el hilo de las vivencias de personajes que no conocía, que, de hecho, ni siquiera eran reales, y cuyos conflictos a ella no la afectaban en lo más mínimo.

Así pues, era raro que dedicase tiempo a pensar en literatura.

Y más raro aún que fuera a consecuencia de uno de los casos que investigaba.

No obstante, tenía la sensación de que había demasiada literatura alrededor de la muerte de Aleksandar Suker. Era una idea que, por algún motivo, le parecía interesante. El asesinato del croata estaba repleto de referencias bibliográficas, como notas a pie de página de un ensayo (un ensayo criminal, en este caso). Se le ocurrió pensarlo cuando Julio hizo aquel paralelismo entre el asesinato y los versos de Keats. También estaba el hecho de que el asesino de Suker,

consciente o inconscientemente, hubiera recreado en su crimen la muerte de Eduardo II, el personaje de una vieja obra de teatro clásico. Incluso la víctima parecía haber sido un aficionado a la lectura, tal y como indicaba la prolija colección de libros que había en su casa. Todos ellos cuidadosamente ordenados en las baldas de su estantería, como los ladrillos de una pared hecha de ficciones. Pero en aquel muro de literatura había un agujero. Faltaba un libro. Sólo uno. *Celos del aire*, se titulaba.

La «Oda a una urna griega» de Keats, el *Eduardo II* de Marlowe, los *Celos del aire* de Telma Silvela… Libros y más libros. Miranda nunca había investigado un homicidio en el que las páginas impresas tuvieran tanto protagonismo. Quizá era una señal, pensaba.

Tal vez en aquel caso los libros eran más importantes de lo que parecía.

Miranda conducía y las ideas pululaban en su cabeza: libros… El cadáver del pobre Aleksandar con aquel maligno rizador de pelo… *Celos del aire*… Un ejemplar de los poemas de Keats firmado por Julio… La estantería de novelas en la habitación de Aleksandar… Su casa, tan ordenada y pulcra.

La vecina de Aleksandar había dicho que ocurrían cosas extrañas en aquella casa desde que el croata fue asesinado. Quizá era su fantasma. Un espíritu ofendido que, para llamar la atención, abría y cerraba puertas, apagaba luces y averiaba la horrenda fuente de jardín de su vecina fisgona (lo que en todo caso demostraba que el espectro de Aleksandar al menos tenía buen gusto).

Libros. Fantasmas. Un rizador de pelo. Una fuente de jardín averiada.

Miranda emitió un hondo suspiro.

A un lado de la carretera a Santarés, apareció una de las desviaciones que serpenteaban hacia Els Pins y el resto de las urbanizaciones alejadas de la línea costera.

La teniente giró el volante para tomar el desvío. Más que un acto calculado, fue un impulso repentino.

En pocos minutos, su coche pasaba frente a la garita del vigilante de Els Pins. La misma garita en la que Bogdan Lupu trabajó por última vez antes de que su cadáver apareciese flotando en el mar. Desde aquella garita, supuestamente, el rumano había visto pasar un coche grande y negro conducido por un tipo moreno y fornido, la misma noche en que mataron a Aleksandar.

Miranda detuvo su vehículo en la calle donde estaba el chalet del croata. Sacó un paraguas plegable de la guantera y salió del coche. Llovía a cántaros. La teniente abrió su paraguas, que tenía una varilla rota y era tan pequeño que apenas llegaba a cubrir las anchuras de la teniente. Se quedó unos instantes de pie, en la acera, contemplando la casa de Aleksandar.

Vacía y achaparrada, apenas una silueta oscura bajo la lluvia, en aquel momento parecía más que nunca un lugar embrujado. Quizá el cadáver del croata contemplaba a Miranda por entre las rendijas de las persianas. Pálido y demacrado, con una abolladura grotesca en el cráneo, en el lugar donde se golpeó contra la base de la chimenea.

Y, aun en forma de muerto viviente, Miranda estaba convencida de que el muchacho seguiría siendo muy guapo.

La casa de la vecina de Aleksandar también parecía deshabitada. Daba la impresión de que su irritante inquilina había cumplido su promesa de trasladarse a una vivienda menos ominosa. Miranda se

acercó a la puerta de la parcela y llamó al timbre un par de veces. No hubo respuesta.

Se alejó de allí en dirección al chalet vecino, el del croata. La teniente aún conservaba la llave de la propiedad. La utilizó para entrar en la casa.

En el interior todo estaba oscuro. Miranda localizó el cuadro eléctrico y conectó la corriente. Comprobó satisfecha que los de la inmobiliaria aún no habían tenido tiempo de dar de baja el servicio. La teniente encendió la luz del salón y contempló aquella estancia por tercera vez. Todo seguía igual que en su última visita (¿o debería decir «allanamiento»?), salvo por el hecho de que faltaba la mancuerna de seis kilos con la que el asesino golpeó la cabeza de Aleksandar.

Miranda experimentó el amago de un escalofrío. Tenía la incómoda sensación de que había alguien más en la casa, observándola desde los rincones oscuros.

Se encaminó al dormitorio del croata y se entretuvo unos minutos en contemplar su librería. Su mirada volvía una y otra vez al hueco dejado por el volumen que faltaba, en medio de la colección de obras completas de Telma Silvela.

Cogió una de las novelas que estaba junto al espacio vacío. Se titulaba *Latidos del corazón*. Miranda no había leído ninguno de aquellos libros (aunque Telma le había regalado un par de ellos con una cariñosa dedicatoria, pero la literatura romántica, definitivamente, no era de su gusto), quizá debería hacerlo algún día.

Contempló la portada, que tenía una ilustración de aire pop con colores chillones, y luego hojeó las primeras páginas. Comprobó

que, a diferencia de Julio, Aleksandar no firmaba sus libros para marcarlos como de su propiedad. De hecho, el volumen estaba tan impecable que parecía recién comprado, lo cual encajaba con el gusto por el orden del joven croata.

Dejó el libro en su lugar y salió del dormitorio. Ya no tenía nada que hacer allí.

A continuación se encaminó a la cocina y salió al jardín trasero. El chubasco había devenido en ligera llovizna, así que Miranda no se molestó en abrir su paraguas. De todas formas lo había olvidado en el salón.

Atravesó el suelo embarrado, tratando de no pisar los charcos, y se acercó a la valla que separaba el jardín de Aleksandar del de su vecina. El cercado no medía más de metro y medio y la teniente pudo ver sin dificultad la espantosa fuente ornamental que, según su dueña, había dejado de funcionar de manera tan misteriosa la noche en que mataron al croata.

Miranda echó un vistazo por el jardín, como si buscara algo. Al no encontrarlo regresó a la cocina, cogió un taburete que había bajo una mesa y se lo llevó para colocarlo junto a la valla, justo al otro lado de donde estaba la fuente de la vecina.

—Está bien, Miranda —se dijo la teniente, en un murmullo—. A ver cómo haces esto sin partirte la crisma.

Apretó los labios como si estuviera realizando un gran esfuerzo y se subió al taburete. Logró alcanzar una altura suficiente como para poder pasar la pierna por encima de la valla. Se dispuso a llevarlo a cabo con movimientos torpes y desacompasados. En aquel momento habría deseado poseer un físico menos orondo y más ágil. A una persona con menos kilos o con más altura le habría bastado un

pequeño salto para pasar al otro lado de la valla, pero Miranda trastabilló y se desplomó junto a la fuente ornamental de modo muy poco digno.

—Me cago en la leche —farfulló. Era la primera vez que soltaba un taco en mucho tiempo.

Se puso en pie, sacudiéndose el barro del trasero. Estaba sucia y bastante mojada, pero al menos había logrado su objetivo. Recordó que su padre siempre decía que un buen investigador nunca tiene reparos en ensuciarse un poco para hallar una buena pista.

Miranda se acercó a la fuente y la inspeccionó con minuciosidad. Localizó el depósito de agua en la parte baja, oculto por unas falsas rocallas de plástico. Se hallaba pegado a la valla del jardín y tenía un aspecto parecido a una pequeña cisterna de retrete, sólo que pintada de verde y desprovista de tapa superior. En el fondo había unos dedos de agua y un objeto grande colocado de tal forma que obstruía los filtros de salida.

Así pues, no había nada de sobrenatural en la avería de la fuente, aunque eso a Miranda no le sorprendió.

Tampoco le asombró descubrir qué era el objeto que tapaba la salida del agua. Ya se lo esperaba.

Se trataba de un libro de edición en rústica. Estaba hinchado por la humedad, pero por fortuna el agua no lo había deteriorado tanto como para que no pudiera leerse claramente el título en la portada.

Miranda frunció los labios. Ahora todo empezaba a tener sentido.

Con mucho cuidado, metió el libro en una bolsa de plástico que llevaba en el bolso y se lo guardó. Después se preparó para la complicada la tarea de regresar al jardín de Aleksandar trepando por la fuente ornamental.

Lesboutx intentaba concentrarse en la lectura, pero tenía la sensación de que estaba leyendo el mismo párrafo por segunda vez.

Había escogido una novela de Frederick Forsyth porque le pareció algo ligero y distraído, un buen libro para no pensar en otra cosa que no fuera su argumento. No obstante, ni siquiera las intrincadas tramas de espionaje del señor Forsyth lograban sacar a Christian de la cabeza de Lesboutx.

La alférez dejó el libro sobre una mesita baja y consultó el reloj que tenía colgado en la pared. Sólo faltaban veinte minutos para las siete. Veinte minutos para que el sargento Ballesteros, alias Montana96, acudiera al encuentro de Fanfran95 haciéndose pasar por su ligue.

Lesboutx decidió olvidarse de Forsyth de forma definitiva. Era evidente que no podría pensar en otra cosa que no fuera la cita, hasta que recibiera algún mensaje de Christian indicando que todo marchaba sin problemas.

La alférez había llegado a un punto en el que ni siquiera le importaba si el encuentro terminaba en fracaso; se conformaba con que el sargento no fuese descubierto. Ese tipo de pifias corrían como una mecha de pólvora entre los mentideros de la compañía y, si se llegara a saber, la Unidad de la Policía Judicial de Santarés se convertiría en el hazmerreír. Miranda no se lo perdonaría jamás a sus subordinados.

Cada vez más tensa, Lesboutx se dirigió a la cocina para prepararse un zumo de frutas. No le apetecía, pero pensó que el

ruido de la licuadora sofocaría cualquier pensamiento agorero de su imaginación.

No funcionó. Después de triturar naranjas, pomelos y zanahorias durante un rato lo único que obtuvo la alférez fue una jarra llena de un líquido que no tenía ningunas ganas de beber; la tensión le había cerrado el estómago.

Pensó en salir de casa y correr un rato por la playa. Había empezado a llover con fuerza, pero la joven creyó que mojarse un poco no sería peor que quedarse sentada en un sofá mordiéndose las uñas mientras esperaba noticias del sargento. Fue a su dormitorio y se puso su ropa de deporte. Entonces, cuando acababa de abrocharse los cordones de las zapatillas, su teléfono emitió la señal de un mensaje recibido.

Era de Christian.

«Contacto realizado», escribía. Lesboutx respondió de inmediato.

Lesboutx (19.15): Todo ok?
Ballesteros (19.16): Vamos a La Plaza.
Lesboutx (19.16): El bar?
Ballesteros (19.16): Sí.
Lesboutx (19.16): Mala idea, sargento. Los camareros te podrían reconocer.
Lesboutx (19.16): Llévatelo a otro sitio.
Ballesteros (19.17): Lo he intentado, pero él no quiere.
Ballesteros (19.17): No le parece curioso que él haya escogido justo ese bar?
Lesboutx (19.17): Ya veremos. Ten cuidado. Ante cualquier posible incidencia, aborta y sal de ahí.
Ballesteros (19.17): Ok.
Lesboutx (19.17): Informa en cuanto puedas.
Ballesteros (19.17): Ok.

La alférez ni siquiera reparó en que había olvidado el tratamiento protocolario para recurrir al tuteo. Quizá algo en su subconsciente le indicaba que las redes sociales no eran un foro propicio para ceremonias, y mucho menos durante una misión de incógnito.

Supuso que Christian no volvería a establecer contacto hasta pasado un rato, eso siempre y cuando no hubiera problemas. Lesboutx ya había retrasado bastante tiempo el momento de comunicarle a Miranda aquella operación, así que decidió llamarla y ponerla al corriente. Seguramente se pondría furiosa, si bien la alférez no tenía miedo de un rapapolvo de la teniente. Miranda ladraba mucho, pero mordía poco.

Lesboutx marcó el número de la teniente. Respondió casi de inmediato. La alférez le preguntó si estaba en su casa.

—No —dijo—. Ahora mismo estoy en la comandancia con Nogueroles, intentando localizar a un grafólogo.

—¿Y para qué?

—Ya te contaré.

Miranda quiso saber el motivo de la llamada y Lesboutx, armándose de valor, le resumió los hechos. Mientras hablaba, podía imaginar cómo poco a poco los labios de la teniente se fundían en una sola línea estrecha y ofendida.

—Alférez, esas cosas debe consultármelas antes, ¿me ha comprendido? —dijo. Su voz parecía serena, pero Lesboutx supo que estaba muy enfadada porque no la había tuteado. Ella se puso a la altura de las circunstancias.

—Lo siento, mi teniente. Asumo toda la responsabilidad.

—¡Ya lo creo que la vas a asumir, querida! —exclamó la teniente. Ahora sí levantó un poco la voz, pero Lesboutx se tranquilizó al ver

que dejaba de lado el tratamiento reglamentario. Eso quería decir que no estaba tan furiosa después de todo—. Pero ¿a quién se le ocurre autorizar algo semejante? ¡Y mandar a Christian! Por el amor de Dios, chiquilla, ¿en qué cuernos pensaban? Christian está muy verde para eso, ¿es que no te das cuenta? Ya puedes rezar para que todo vaya bien, o de lo contrario os meteré un buen paquete a los dos. Y tú te estás jugando un expediente de la manera más estúpida posible. Me siento muy decepcionada, Adriana. Mucho.

Lesboutx soportó el chorreo con estoicismo. No se atrevió a responder hasta que estuvo bien segura de que Miranda había dejado de desfogarse. Hubo algo bueno en su diatriba, después de todo, y fue que no soltó ningún taco. De ser así, Lesboutx se habría echado a temblar.

—Tienes toda la razón, he sido una imprudente. Llamaré al sargento y le diré que lo cancele de inmediato.

—No, déjalo. Ya no tiene remedio —rezongó Miranda. Luego Lesboutx la oyó emitir un hondo suspiro—. Al fin y al cabo la pista es buena, qué diablos. Quizá haya un ángel de la guarda que vela por los sargentos patosos y al chico le salga bien la jugada, ya veremos.

Bien. Se estaba ablandando. Los arranques de genio de Miranda eran como una tormenta de verano: intensos pero breves.

—Te mantendré puntualmente informada de cualquier novedad.

—No, yo me desentiendo. Tú lo has autorizado, así que es cosa tuya; ahora mismo tengo cosas más urgentes que hacer que atender al capítulo de *Las aventuras de Christian, el intrépido detective y su alegre pandilla*. Cuando todo haya terminado, para bien o para mal, me informas. Y ya decidiré lo que hago con vosotros dos.

Miranda cortó la comunicación antes de que Lesboutx pudiera responder.

La alférez resopló. Había sido intenso, pero pudo haber ido peor. Tan sólo quedaba esperar que Christian tuviese éxito, porque de lo contrario la teniente sería implacable.

Echó un vistazo al reloj. Pasaban de las siete y media y casi había dejado de llover. Como ya se había puesto la ropa deportiva, Lesboutx decidió correr un par de vueltas a la manzana mientras esperaba noticias de Christian. No obstante, antes de salir a la calle le envió un mensaje.

Lesboutx (19.37): Alguna novedad?
Christian (19.42): Nada.
Christian (19.42): El tío no para de rajar, pero sólo dice tonterías.
Lesboutx (19.41): Aplícate, por favor. No quiero presionarte, pero Miranda está molesta. Será mejor para los dos que consigas algo.
Lesboutx (19.41): Lo que sea.
Christian (19.47): Stoy en ello.
Christian (19.47): Pero si sigo scribiendo mensajes y pendiente dl móvil el tío se va a pensar que me stoy aburriendo y querrá irse. Le he dixo q stoy scribiendo a mi madre.
Christian (19.48): Prometo informar con detalle en cuanto pueda. Calma. Todo va bien. No sospexa nada.
Lesboutx (19.48): Ok. Lo siento.

Christian tenía razón. Si trasteaba demasiado con el teléfono durante la cita resultaría sospechoso. Lesboutx se propuso no volver a incordiarlo. Ya establecería él contacto cuando tuviera oportunidad.

La alférez bajó a la calle y corrió unos veinte minutos bajo una llovizna suave, lo cual tuvo un inesperado efecto relajante. Después regresó a casa y se dio una ducha muy corta. Nada más terminar, recibió un mensaje de Christian.

Christian (20.19): El tío ha ido a por unas cervezas. Todo ok.
Lesboutx (20.19): Has descubierto algo?
Christian (20.20): Hay gato encerrado. Se pone nervioso cuando le hablo de su perfil de Finder. Definitivamente lo de los deportes de riesgo y el ruso blanco es un camelo.
Lesboutx (20.20): Cómo lo sabes?
Christian (20.21): Es largo de contar por aquí.
Christian (20.21): Pero stoy seguro.
Lesboutx (20.21): Algo más?
Christian (20.21): Le dije que encontré otros perfiles en Finder con sus mismos gustos, a ver cómo reaccionaba.
Lesboutx (20.22): Y?
Christian (20.22): Este tío oculta algo. Sabe cosas. Pero tngo q ir con cuidado.
Lesboutx (20.22): No hagas locuras. No lo espantes.
Christian (20.22): Ok.
Christian (20.23): Ya viene. Con dos copas.
Christian (20. 23): Oh, mierda!
Lesboutx (20.23): Qué pasa???
Christian (20.23): Creo q me ha pedido un gin-tonic. Odio el gin-tonic.

Lesboutx sonrió.

«Ánimo, sargento. Todo por la patria», escribió. Christian leyó el mensaje pero no contestó; probablemente ya estaba entretenido con su acompañante.

Según lo acordado, Lesboutx le llamaría por teléfono a las nueve en punto. Aún faltaban cuarenta minutos. La alférez esperaba que para entonces Christian pudiera atender la llamada y le diera más detalles sobre el encuentro. No quería dejarse llevar por el optimismo, pero tras leer aquellos últimos mensajes, Lesboutx tenía sensaciones muy positivas; creía haber entendido que el sargento estaba obteniendo resultados.

La alférez incluso se vio capaz de retomar la novela de Forsyth que había dejado abandonada. El tiempo transcurrió veloz mientras estaba enfrascada en la lectura y, al llegar la hora convenida, Lesboutx telefoneó a Christian.

El sargento no contestó. Aún debía de estar ocupado en su cita falsa y eso quizá era una buena señal. Así pues, Lesboutx se limitó a esperar a que Christian le respondiera con una llamada perdida durante los siguientes diez minutos. Era la contraseña que ambos habían acordado para indicar que el sargento aún no podía hablar con libertad.

Pero pasaron los diez minutos y el teléfono siguió mudo.

Lesboutx concedió otros cinco minutos de margen. Luego fueron diez, y éstos, con agónica lentitud, se transformaron en veinte.

Christian seguía sin dar señales de vida.

La alférez empezó a ponerse nerviosa. Llamó a su subordinado, pero el teléfono sonó varias veces sin que obtuviera respuesta. Repitió la llamada un par de veces más con idéntico resultado.

El reloj marcaba las nueve y media.

Se obligó a no dejarse llevar por la inquietud. Existían muchas buenas razones por las cuales el sargento aún no hubiera respondido, y ninguna de ellas tenía por qué ser preocupante, de modo que Lesboutx se armó de paciencia y esperó.

Dieron las diez y seguía sin tener noticias del sargento.

La alférez, ya nerviosa, buscó el número del bar La Plaza en internet y luego llamó. Un hombre contestó el teléfono.

—Hola, disculpe, estoy buscando a alguien que creo que está en el local ahora mismo —dijo la alférez—. Se llama Christian

Ballesteros. Es un chico joven, moreno, lleva una camisa estampada y vaqueros azul claro. ¿Podría localizarlo, por favor?

—No sé, espere… ¿Quién dice que es?

—Soy su hermana. Por favor, es importante; se trata de una emergencia familiar y no logro contactar con él por móvil, quizá no lo oiga.

—Vale, no se preocupe, voy a echar un vistazo. —Al cabo de un rato, el hombre regresó—. ¿Oiga? Lo siento, pero ya no está aquí. La camarera de la barra dice que lo vio marcharse hace como una hora más o menos. Iba con un chico.

Lesboutx agradeció la información y colgó.

«Maldita sea, Christian, ¿dónde diablos te has metido?»

No le quedaban más recursos que seguir llamándolo por teléfono con la esperanza de que respondiera de una vez. Lo intentó varias veces hasta que perdió la cuenta. En la última de ellas, tuvo la sensación de que alguien contestaba pero que colgó de inmediato. Después de aquello, el teléfono de Christian ya ni siquiera daba señal.

Algo iba mal. Lesboutx estaba segura.

La alférez hizo otra llamada, pero esta vez fue al móvil de Miranda.

—¿Qué pasa? —preguntó la teniente nada más contestar—. ¿Ya habéis terminado con vuestra película? Espero que no haya sido un desastre.

La alférez no pudo disimular el temblor de su voz.

—Teniente, creo que… creo que algo no va bien. No logro contactar con Christian desde hace casi dos horas, ni tampoco sé dónde está.

Se hizo un silencio largo y pesado al otro lado de la línea.

—Está bien. Cálmate —dijo Miranda al fin—. ¿Puedes acercarte a la compañía?

—Sí.

—Pues sal pitando y reúnete allí conmigo. A ver si entre las dos conseguimos averiguar qué ha sido de ese cabeza de chorlito.

Fanfran95 era un chico pálido y de pelo rubio, que le caía sobre la frente a modo de gracioso flequillo. Christian observó que el muchacho tenía la costumbre de resoplar por un lado de la boca para apartárselo de los ojos. Lo hacía de tal forma que se diría que quería imprimir a aquel gesto un aire encantador.

Su verdadero nombre era Fran, y parecía un poco mayor de los veintidós años que tenía, según el *nickname* de su perfil de Finder. Quizá se debiera a que Fran era muy alto y de hechuras de atleta. Las mangas de su camisa parecían a punto de rasgarse bajo la presión de sus bíceps.

A Christian le resultó simpático, de sonrisa fácil y a veces un poco amanerado; en general, un tipo corriente que no daba la impresión de estar relacionado con ninguna clase de asunto turbio.

En aquel momento, Fran relataba una anécdota que no carecía de gracia. Christian lo escuchaba intentando parecer relajado y atento, pero lo cierto era que el sargento se sentía inquieto.

Fran había tenido la idea de quedar en el bar La Plaza. Christian habría preferido mantener aquel encuentro en otro local donde nadie pudiera recordar que había estado allí menos de veinticuatro horas antes, llevando a cabo una labor de investigación para la Guardia

Civil. Había tratado de sugerir a Fran que se vieran en otro sitio, pero no tuvo ningún éxito. Su cita le preguntó dónde prefería quedar, pero Christian, como era nuevo en el pueblo, fue incapaz de mencionar un solo local por su nombre.

—¿Por qué no vamos a algún lugar del paseo marítimo? —había propuesto, a la desesperada—. Allí hay muchos bares.

—¿En el paseo? ¡No, hombre, en temporada baja eso está lleno de viejos y señoras! —respondió Fran, riendo—. Mira, tú eres un recién llegado y no conoces los locales buenos de este poblacho. Hazme caso, La Plaza te encantará, es un sitio de puta madre. Además, conozco a una chica que sirve en la barra y seguro que nos invita a algo.

Christian creyó que seguir insistiendo en ir a otra parte resultaría sospechoso, de modo que aceptó, con la esperanza de que nadie lo identificara. De camino al local, intercambió discretamente unos mensajes con Lesboutx para informarla de dónde iba a estar.

Ya en La Plaza, observó con alivio que el camarero que atendía las mesas no era el mismo que estaba la tarde anterior. El barman, en cambio, repetía turno, pero Christian pensó que le sería fácil pasar desapercibido si se refugiaba en uno de los reservados con presteza y no se acercaba a la barra. Aun así, no pudo evitar sentirse tenso desde el momento en que puso un pie en el local.

Por suerte Fran no parecía haber reparado en ello. El chico era bastante parlanchín; enlazaba frases sin parar y hacía pocas preguntas. Durante los primeros minutos de cita, él acaparó casi toda la conversación hablando sobre sí mismo. Según dijo, trabajaba como monitor de fitness en el único gimnasio que había en Santarés.

—Qué interesante —comentó Christian—. ¿Y también haces deportes de riesgo?

Fran se rió.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Qué va! Soy más bien tranquilo, ya sabes. Me gusta correr, el spinning… La bici me mola bastante, pero sin hacer mucho el cabra. Una vez unos amigos me llevaron a practicar puenting, pero yo no salté; me acojonan un poco las alturas. ¿Tú qué tipo de deportes haces?

—Bueno, un poco de todo en general —respondió Christian, evasivo, para no desviarse del asunto que le interesaba—. Pensaba que lo tuyo eran los deportes de riesgo porque lo mencionabas en tu perfil de Finder.

—Ah, eso… No, es más bien… Una filosofía vital, ¿sabes? Para mí la vida es como un deporte en el que a veces hay que correr riesgos; por ahí va el rollo.

A Christian le pareció una explicación muy forzada, y, ¿acaso Fran no había dado la impresión de haberla improvisado? El sargento no estaba seguro del todo. Decidió incidir más en aquel asunto.

—¿Y qué hay del ruso blanco con vodka Belvedere? —preguntó, esbozando una sonrisa simpática para que Fran no recelase—. ¿De verdad te gusta o es otra filosofía vital?

—Oh, no, no; eso es literal, ya te lo dije por Finder. En serio, no sé qué tengo con los rusos y los eslavos en general que me ponen bastante. Ponme delante de un ruso que esté bueno y con una botella de vodka en la mano y me verás perder los papeles. —Fran soltó una risa alegre. Luego, como si quisiera cambiar de tema, preguntó—: ¿Y a ti? ¿Qué clase de tíos te van?

Al escuchar aquello, al sargento ya no le cupo ninguna duda de que su cita no sabía lo que era un ruso blanco.

—Mi tipo son los hombres de uniforme, supongo —improvisó—. Oye, ¿hace mucho que tienes perfil en Finder?

—¿Finder? No… No sé, unos meses. Pero, cuéntame, ¿qué tipo de uniformes? ¿Bomberos y ese rollo? Una vez me lié con un tío que era bombero.

—Sí, bueno… Bomberos, policías, todo eso, sí… ¿Sueles usar Finder muy a menudo?

—Sólo a veces —respondió el chico, algo cortante.

Antes de que pudiera añadir algo más, Christian se lanzó:

—¿Y nunca te has encontrado con alguien que tenga tus mismos gustos? Me refiero a gustos idénticos, con exactamente las mismas palabras.

—Pues no lo sé. Creo que no.

—Es gracioso. Me parece que una vez vi el perfil de un tío a quien también le gustaban los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere. Se llamaba Luka… o algo así.

—¿En serio? Joder, qué coincidencia, ¿no? —Ahora el chico apenas era capaz de disimular su incomodidad. Esbozó una sonrisa tensa—. Pero venga, deja de hablarme de ese rollo de Finder, que así no vamos a conocernos mejor. Cuéntame cosas de ti, ¿estudias o trabajas?

Christian se dio cuenta de que había pecado de falta de sutileza. No estaba bailando con el testigo y si no tenía cuidado lo perdería por completo. De modo que, para que Fran volviera a bajar la guardia, le ofreció un relato ficticio sobre sí mismo que había inventado con ayuda de Lesboutx. Era más bien escueto y poco

interesante porque la alférez le había recomendado no adornarlo en exceso. Dado que Christian no tenía demasiada imaginación, no le costó trabajo seguir aquel consejo.

Fran no tardó en volver a acaparar la charla deslizando algunos detalles personales y sobre su trabajo. El chico parecía estar de nuevo relajado, tanto, que se terminó la cerveza que se estaba tomando sin apenas darse cuenta.

—Ey, fíjate. Ya nos hemos ventilado la primera —dijo, tras apurar el último sorbo. En el vaso de Christian apenas quedaba un fondo tibio—. Parece que esto va bien, ¿no crees? —Fran guiñó un ojo a su acompañante—. Me acercaré a la barra a pedir un par más, si te apetece.

—Claro. Lo estoy pasando muy bien.

—Estupendo. Vuelvo enseguida. Creo que ya ha empezado el turno mi amiga, la camarera de la que te hablé. Con un poco de suerte éstas nos salen gratis.

Le guiñó el ojo a Chrisitan una vez más y se alejó del reservado para pedir las cervezas. Christian aprovechó para escribir un par de mensajes a Lesboutx resumiéndole cómo iban las cosas.

Estaba concentrado en su teléfono móvil y, por lo tanto, no reparó en que la camarera amiga de Fran era la misma que había respondido a las preguntas sobre Aleksandar que Lesboutx y Christian le hicieron la tarde anterior. El sargento tampoco vio cómo ella hablaba con Fran, ni cómo el chico empezó a dirigirle miradas recelosas mientras la camarera lo señalaba desde la barra. Cuando al fin levantó la mirada del teléfono, Fran ya regresaba con una copa en cada mano llena de algo transparente.

—¿No había cerveza? —preguntó Christian.

—Sí, pero como invita mi amiga he preferido pedir algo más caro, soy un chico travieso. Toma; es un gin-tonic con ginebra de la buena, verás que está cojonudo.

Christian detestaba el sabor del gin-tonic; no obstante, le dio las gracias a Fran para no ser descortés.

Su cita tomó asiento y levantó una copa.

—Vamos a brindar. Por nosotros, un par de tíos buenos, solteros y encantadores.

—Tú lo has dicho.

Chocaron sus copas y Fran le dio un trago largo. Al acercarse la bebida a la nariz, a Christian se le cerró el estómago en cuanto percibió el fuerte olor a nebrinas de la ginebra. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para beber un pequeño sorbo y contener una náusea al mismo tiempo. Apenas llegó a mojarse los labios, pero el sabor se le quedó clavado en el paladar.

Fran le miraba de forma extraña.

—¿Está rica? —preguntó.

—Sí, deliciosa.

Para Christian la cita se terminó con aquellas dos palabras. Después en su cerebro se abrió un angustioso paréntesis y la mente del sargento se quedó vacía como una hoja en blanco.

25
No me van los tíos dominantes

A las nueve y cuarto Fran salió del bar para fumarse un cigarrillo en la calle. Llovía, así que tuvo que refugiarse bajo un soportal para poder encenderlo. Le resultó difícil prender el mechero porque hacía algo de viento y, además, las manos le temblaban de forma penosa.

—Joder —masculló de lado, para que no se le cayera el pitillo de los labios. Una ráfaga de aire había apagado el mechero otra vez. Fran siguió intentando sacar lumbre sin éxito. Aquel dichoso trasto estaba muerto—. Joder, joder, joder, joder… ¡Joder!

Perdió la paciencia y arrojó el cigarrillo al suelo. Lo pisoteó con saña. Luego caminó de un lado a otro de manera inquieta, toqueteándose el pelo con nerviosismo.

Entró de nuevo en el bar. Saludó desde la puerta a su amiga de la barra con un gesto que pretendía aparentar que todo iba bien. Ella le respondió mostrándole el pulgar.

El chico regresó al reservado que ocupaba junto a Christian. El sargento estaba allí sentado, mirando al frente con una expresión idiota en el rostro. Cuando su pareja apareció, le dedicó una sonrisa vacía. Fran tomó asiento y empezó a tamborilear frenéticamente con los dedos en el borde de la mesa.

Tomó una decisión.

—Levántate —le dijo a Christian—. Nos largamos.

—Vale —respondió el sargento, siempre con aquella expresión necia.

—Sígueme, y no abras la puta boca, ¿entendido?

Salieron juntos del bar, Fran en cabeza y el sargento un par de pasos por detrás. Ya en la calle, Fran intentó cubrirse la cabeza con la chupa para que la lluvia no le mojase el pelo. Christian permaneció a su lado quieto y silencioso, empapándose. No parecía que aquello le afectase.

Fran lo obligó a caminar de un empujón. Se alejaron del local en dirección al pañol del puerto comercial, siguiendo una ruta desierta y apenas iluminada por un par de farolas de luz mortecina.

—Más rápido, joder —ordenó Fran—. No quiero pillar un maldito catarro.

Christian aceleró el paso.

Su acompañante lo llevó hasta el extremo del edificio de los almacenes portuarios, justo donde estaba la escollera en la que apareció el cadáver de Bogdan Lupu. Allí se detuvo ante una puerta metálica colocada en un muro recóndito de la construcción, la cual daba la impresión de comunicar con el último de los pañoles. Era la misma que Christian y Lesboutx intentaron abrir sin éxito cuando buscaban a Luka88 y su pareja, misteriosamente volatilizados.

Fran ordenó al sargento que se detuviera. Después sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta del pañol. Con gestos raudos obligó a Christian a pasar por el umbral y él lo siguió, cerrando la puerta a su paso, no sin antes echar un vistazo a los lados para asegurarse de que nadie los había visto.

El lugar donde se encontraban era una estancia vacía, demasiado grande para tratarse de un pañol pero pequeña para ser un almacén de mercancías portuarias. La sala era de planta rectangular, bastante alta, con el suelo y las paredes de cemento. En un extremo había un habitáculo delimitado por muros de pladur que ocupaba una cuarta parte del perímetro; parecía una especie de trastero.

No había nada en aquel depósito salvo unas cuantas sillas de plástico alrededor de una enorme bobina de madera, como las que se usan para enrollar cables gruesos. Sobre la bobina alguien había dejado un rollo de cinta americana, algunas herramientas y un par de botellines vacíos de cerveza.

Las paredes carecían de ventanas. La única ventilación llegaba a través de unas rejillas colocadas en el techo que hacían bastante ruido. Un parpadeante tubo de neón entre los dos ventiladores era la única fuente de luz.

Fran apartó una de las sillas de plástico de la bobina de madera y la colocó pegada a la pared. Ordenó a Christian que se sentara y luego le ató las muñecas con la cinta americana. El sargento no opuso resistencia.

En realidad Fran era consciente de que maniatarlo era una precaución innecesaria. El gin-tonic que le había ofrecido en el bar llevaba una cantidad de droga suficiente como para convertirlo en un zombi durante horas. Se trataba de un compuesto sintético a base de escopolamina adulterada con un montón de porquerías cuya naturaleza exacta Fran desconocía. Lo único que tenía claro era que solían llamarlo «hostión», porque te dejaba KO en cuestión de segundos. Al igual que la escopolamina simple, el «hostión» poseía la capacidad de borrarte la memoria y convertirte en un pelele sin

voluntad, pero actuaba mucho más rápido y su efecto duraba casi el doble. Fran podría haberle ordenado a Christian que se golpeara la cabeza contra un muro hasta partírsela en dos, y el pobre diablo habría obedecido sin perder aquella estúpida sonrisa de colgado que tenía entre los labios.

A pesar de todo, el chico le amarró las muñecas porque no quería correr riesgos. Sabía que la droga a veces tenía efectos inesperados.

Fran contempló durante un rato al sargento, que permanecía pacíficamente sentado con las manos en el regazo y mirando al vacío. De momento parecía que el «hostión» estaba actuando como debería.

A continuación, el chico hizo una llamada con su teléfono móvil que duró varios minutos. Cuando terminó, dejó el teléfono sobre la bobina de madera y empezó a fumarse un cigarrillo detrás de otro con caladas ansiosas. Caminaba en círculos alrededor de la bobina y consultaba su reloj una y otra vez, mientras mascullaba palabrotas sin parar, como si recitara una especie de mantra para calmar los nervios.

Que el teléfono de Christian sonase sin parar no ayudaba a que Fran se sosegara. Finalmente se hartó de aquel sonido. Sacó el móvil del sargento de su bolsillo y lo apagó, justo cuando estaban llamando otra vez; después lo dejó de nuevo en su lugar.

Al cabo de unos veinte minutos, alguien entró en el almacén. Era un hombre enorme y completamente calvo. Llevaba ropas de aspecto barato y joyas vulgares: anillos de sello en los dedos, esclavas en las muñecas y una cadena alrededor del cuello; todo de oro. Por las mangas del polo le asomaban un par de brazos gruesos y tatuados.

Aquel hombre se llamaba Sacha, y era la misma persona con quien Fran había hablado por teléfono unos minutos antes.

Sin mediar palabra, Sacha se acercó hacia Christian y se lo quedó mirando. Luego se rascó las mejillas con gesto airado y espetó:

—Me cago en la puta… —El tipo tenía un leve acento extranjero, como eslavo. Se giró hacia Fran y lo atravesó con la mirada. El chico se encogió sobre sí mismo—. ¿Qué coño significa esto?

Fran se contrajo un poco más, como si quisiera empequeñecerse hasta desaparecer.

—Lo siento, tío, lo siento… Ya te lo he dicho por teléfono, es un poli. Pero yo no lo sabía, te lo juro.

—¿Y por qué coño te has citado con un poli?

—¡Te he dicho que no lo sabía! Él me… me mandó un «toque» por Finder y, yo qué sé, joder, parecía un tío normal. Sólo quería tomarme un par de copas con él, nada más. Te juro por Dios que no tenía ni idea.

—¡Puto marica de mierda! ¿Es que no puedes tener la polla metida en la bragueta ni uno solo día? —Sacha hizo un ademán con el brazo, como si quisiera abofetear a Fran. El chico dio un paso atrás, aterrado. Finalmente, el hombre calvo pareció recuperar la calma—. ¿Estás seguro de que es un poli?

Fran asintió varias veces con la cabeza.

—Sí. Estábamos… Estábamos en La Plaza, en el bar, ¿sabes? Yo ya notaba que me hacía unas preguntas muy raras, tío, como si el muy cabrón quisiera tirarme de la lengua. Entonces la camarera de la barra me dijo que le sonaba su cara, y que ayer estuvo en el bar con otra tía de la Guardia Civil haciendo preguntas sobre Alex. Me preguntó que si es que ahora me iban los picoletos.

—¿Lo has registrado?

—No.

Sacha rebuscó en los bolsillos de Christian hasta encontrar su placa de la Guardia Civil. La tiró sobre la bobina de madera con un gesto de desprecio.

—Maldito imbécil —le dijo a Fran—. Tienes suerte de que no lleve un micrófono encima ni nada parecido.

—¿Cómo iba yo a saberlo? ¡Él no me dijo que era un poli!

—¡Pues claro que no te lo dijo, gilipollas! Seguramente es uno de la secreta o algo así, y tú has picado como un idiota. Esa mierda barata que os pasaba el rumano os está friendo los sesos. Debería arrancarte la piel a tiras.

—Te juro que no le he dicho nada, te lo juro. Te he llamado enseguida, ¿no? ¡Y lo he traído aquí! No quiero problemas, tío, de verdad que no quiero problemas.

—¿No quieres problemas y me traes a un picoleto al almacén? Eres aún más imbécil de lo que yo pensaba. ¿Es que quieres acabar como el rumano?

Fran se puso pálido como un muerto.

—No… No… Por favor… —balbuceó—. No le he dicho nada, de verdad que no… Nada…

Sacha resopló.

—¿Crees que sabía algo?

—Es… es probable. Me preguntó varias veces por el perfil de Finder, por lo del ruso blanco y toda esa mierda… Y también mencionó a Luka.

—Joder… ¿Y por qué diablos se te ocurrió traerlo aquí?

—No sé… No lo pensé, tío, estaba asustado. Yo creía que sabía algo y no quería dejarlo ir, o que me detuviese. Me dije que si le metía un «hostión» en la copa igual podía traerlo aquí para que lo interrogaras. Cuando están chutados con esa mierda hacen todo lo que se les pide y luego no recuerdan nada, ya lo sabes.

—Menudo imbécil, ¿no os decimos siempre que no administréis jamás la droga por vuestra cuenta? Esa porquería a veces falla. ¿Es que no sabes lo que le ocurrió al chaval que encontraron en el puerto?

—Dicen que le dio un chungo…

—Le dio un subidón de cojones, nadie sabe por qué. Al principio todo iba normal, pero cuando Alex lo traía para acá de pronto se puso como una moto, echó a correr y el muy gilipollas se tiró de cabeza al mar. Fue una suerte que se ahogara. —Sacha señaló a Christian—. ¿Y si a éste le pasa lo mismo?

—Lo… lo he maniatado, ¿lo ves? Y ahora está tranquilo, mira. —Fran le dio al sargento un golpe en la mejilla con el dorso de la mano—. Podemos preguntarle qué es lo que sabe y luego dejarlo tirado en una cuneta, no recordará nada. —El chico sonrió a Sacha, como rogando su aprobación.

—Idiota. La escopolamina del «hostión» no funciona como una especie de suero de la verdad, ¿sabes? A menudo cuando están bajo el efecto de la droga son incapaces de hablar, creo que esa mierda les hincha la lengua o algo así… Y las pocas veces que abren la boca sólo es para decir chorradas. No, a este hijoputa no le vamos a sacar nada, y yo no pienso perder el tiempo intentándolo.

—Entonces ¿qué… qué hacemos con él?

—¿Y yo qué sé? Por mí como si quieres darle por culo el resto de la noche. Tú lo has traído aquí, no es mi problema.

—Sacha, por favor… —lloriqueó Fran, angustiado—. Yo… No sé qué hacer… De acuerdo, la he cagado, lo admito, la he cagado bien, pero pensé que… pensé que…

—¡Vale, cierra el pico, niñato de mierda! —El tipo exhaló un suspiro que sonó más bien como si estuviera gruñendo—. Tienes suerte de que todavía necesitemos tu cara bonita, de lo contrario te juro por Dios que este marrón te lo ibas a comer tú solo.

Sacha miró a Christian. Los ojos atontados e inexpresivos del sargento le estaban poniendo nervioso, se sentía como si lo observara un pescado muerto.

El calvo tomó a Fran por los hombros y se lo llevó hasta un extremo del almacén, cerca de la puerta, lejos de Christian.

—Escucha, sobre lo de dejarlo en una cuneta… —dijo, bajando la voz, como si temiera que el sargento pudiera escucharle—. No es buena idea. Quizá cuando se le pase el cuelgue no recuerde nada, pero no podemos estar seguros al cien por cien; ya te he dicho que el «hostión» a veces no funciona como debería.

—¿Entonces?

—Le meteremos la cabeza en una bolsa de plástico, no se resistirá. Y cuando pierda el sentido por la asfixia, lo sacamos a la escollera y lo tiramos al mar.

—Pero… ¡se va a ahogar!

—Qué listo eres. ¿Tienes alguna idea mejor?

—No sé, tío, no lo sé —dijo Christian, temblando de pies a cabeza —. ¡Estamos hablando de matarlo, joder! Cuando lo encuentren…

—Cuando lo encuentren parecerá otro gilipollas que se cayó al agua cuando estaba en pleno cuelgue. Todo el mundo pensará que fue un accidente.

—Pero ¿y si la policía hace preguntas? ¿Y si alguien del bar dice que yo fui la última persona que estuvo con él? ¡Me van a pillar, tío, lo sé! ¡Me van a pillar y me van a joder!

—¿Quieres tranquilizarte? Te proporcionaremos una coartada, ¿de acuerdo? Una buena. Además, te repito que nadie va a investigar nada; creerán que se ahogó él solito, no dejaremos ningún rastro.

—No quiero hacerlo, Sacha, no quiero. Saldrá mal, lo sé, sé que saldrá mal… No quiero matarlo, por favor, no me obligues a hacerlo, por favor, por favor…

—¡Imbécil! —El tipo calvo le cruzó la cara a Fran de una bofetada. El golpe fue tan fuerte que le abrió una herida en el labio. El chico se quedó en estado de shock, hipando y sorbiendo por la nariz—. ¡O lo hacemos a mi manera o te las arreglas tú solo! ¿Me has entendido?

Fran asintió. Sus temblores eran casi espasmos.

—Va… vale… Lo… lo que tú digas, Sacha…

—Así me gusta. Trae una bolsa de plástico y la cinta americana, ¡rápido!

Fran se escabulló como un animal asustado hacia el otro extremo del almacén. Se metió en el cubículo de paredes de pladur y al rato salió con una bolsa de basura en la mano. Se la entregó a Sacha junto con el rollo de cinta.

El calvo se colocó frente a Christian, que aún permanecía sentado como una estatua de cera.

—Bien, ahora tú quédate bien quietecito mientras…

De pronto el sargento saltó de la silla embistiendo a Sacha con todas sus fuerzas.

Fran gritó asustado y retrocedió hasta pegar la espalda en la pared.

Miranda hablaba por teléfono con el sargento Muñoz de Seguridad Ciudadana. En una mano sostenía el auricular del aparato de la mesa de su despacho y en la otra una manzana que iba devorando a bocados.

Eran las diez y media.

La teniente colgó el teléfono y se dirigió a Lesboutx, que ocupaba una de las sillas libres frente al escritorio de Miranda.

—Ya está sobre aviso —anunció—. Mandará a una pareja de guardias al bar y otra a echar un vistazo por el centro del pueblo, por si estuviera allí. —Lesboutx asintió en silencio, aunque la teniente percibió con claridad que la joven no estaba satisfecha—. Esto no es el secuestro de Madeleine McCann, querida, sólo se trata de alguien que no responde al teléfono desde hace apenas un par de horas. Nadie va a poner en marcha un operativo de búsqueda más complejo si no hay constancia de que Christian está en problemas.

—Sí, lo comprendo.

—Adriana… ¿Crees que está en apuros?

—Quiero pensar que no.

Miranda arrojó a la papelera el corazón de la manzana. Al igual que su subordinada, la teniente también tenía un mal presentimiento que apenas era capaz de disimular.

—De acuerdo —dijo—. ¿Estás segura de que no sigue en La Plaza?

—Me dijeron que se había marchado con un chico. Quizá era el contacto.

—Eso no significa nada. Pudieron simplemente haberse ido a otro sitio.

—¿Y por qué no responde al teléfono?

—¿Qué sé yo, mujer? Quizá se haya quedado sin batería sin darse cuenta, ya sabes que a veces Christian no es el más espabilado del mundo.

—Pero es disciplinado —repuso Lesboutx—. Acordamos que nos pondríamos en contacto a las nueve en punto, y no lo hizo. Eso no es normal.

—¿Has vuelto a llamarle?

—Ya te he dicho que sí. Decenas de veces. Ahora el teléfono ni siquiera da señal. Tampoco responde en su casa. Miranda, estoy preocupada.

—El tipo con el que se había citado, ese tal Fan no sé cuántos, ¿sabemos algo de él?

—Sólo lo que dice en su perfil de Finder. Le pasó a Christian su número de móvil, pero no se me ocurrió pedírselo.

Miranda estuvo a punto de reprocharle a la joven no haber tomado aquella precaución elemental, pero se mordió la lengua. Lesboutx ya se sentía bastante responsable por aquel fiasco y la teniente no creía que hurgar en la herida fuera productivo.

—Muy bien —dijo, poniéndose de pie y colgándose al hombro su enorme bolso—. Las dos aquí sentadas de brazos cruzados no conseguiremos nada.

—¿Adónde vamos?

—A casa de Christian, a aporrear su puerta. De momento es todo lo que se me ocurre, pero quizá por el camino me venga alguna idea mejor a la cabeza.

Las dos guardias civiles salieron de la compañía. La lluvia había vuelto a arreciar y en aquel momento jarreaba con furia. El agua brotaba a borbotones de las rejillas de alcantarillado de las aceras.

El apartamento de Christian estaba algo alejado, de modo que fueron hasta allí en el coche de Miranda. La teniente conducía deprisa sin preocuparse por la falta de visibilidad provocada por la lluvia y la oscuridad de la noche. Los limpiaparabrisas del coche se balanceaban de un lado a otro con frenesí intentando apartar la manta de agua del cristal.

Al llegar a casa del sargento, Lesboutx hizo sonar el timbre varias veces. Se oyeron algunos ladridos de perro al otro lado de la puerta, pero nadie acudió a abrir. Miranda propuso acercarse al puesto de la Policía Municipal, que no estaba lejos, y dar allí noticia de la desaparición de Christian.

Las dos mujeres bajaron la escalera hasta el portal del edificio. Justo antes de regresar a la calle, el teléfono de Lesboutx sonó.

—Dios mío, ¡es él! —exclamó la alférez al ver el nombre en la pantalla. Descolgó conectando el altavoz, para que Miranda pudiese escuchar la conversación—. ¡Sargento, gracias al cielo! ¿Dónde diablos…?

Desde el teléfono brotó entrecortada la voz de Christian, como si hablara desde un lugar con mala cobertura. Sonaba muy alterada.

—¡Ayuda, mi alférez…! ¡Necesito ayuda…! ¡Urgente…!

—¿Qué…? Pero ¿dónde está? ¡Dígame dónde está!

—¡Hay… hombre… armado…!

Miranda le arrebató el teléfono a Lesboutx.

—Sargento, aquí la teniente. Cálmate, chico. Necesitamos que nos digas dónde estás para poder ayudarte.

—¡No lo… teniente…! ¡Trajeron… drogado…!

—Hijo, no te escucho bien. Concéntrate. Danos alguna referencia, la que sea.

—¡… teniente… especie… almacén…! ¡No sé… tiempo…!

De pronto se oyó un ruido muy fuerte al otro lado de la línea, como si hubiera tenido lugar una explosión.

—¡Christian! —habló Miranda—. Christian, ¿sigues ahí? ¡Responde!

El teléfono se había quedado en silencio.

La teniente intentó repetir la llamada. No había señal.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Esto no puede estar pasando.

Las dos mujeres intentaron mantener la cabeza fría para pergeñar un plan de acción. En primer lugar, Miranda avisó a la compañía para transmitir el código de agente en peligro. Ofreció toda la información de que fue capaz, pero era consciente de que sin tener clara la ubicación del sargento, aquel operativo era como tantear en la oscuridad. El jefe de unidad con quien habló le dijo que tal vez se podría rastrear el teléfono móvil de Christian para localizar dónde estaba, pero el proceso llevaría su tiempo. Entretanto, algunos guardias se coordinarían con agentes de la municipal para explorar el pueblo.

—Ojalá lo encuentren pronto —dijo Miranda, cuando terminó de hablar con la compañía—. Por el amor de Dios… Pero ¿dónde puede estar?

—Mencionó un almacén —dijo Lesboutx.

—Sí, ¿pero en cuál? En el pueblo hay decenas. Sólo entre los dos puertos…

—¡El puerto, eso es! Ese ruido que sonó al final de llamada, como un estampido… —Lesboutx se apresuró a consultar unos datos en su móvil—. ¡Sí! Fíjate en la hora a la que Christian hizo la llamada: eran casi las once en punto.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—¡A las once disparan el cañón del castillo! El Caimán me dijo esta tarde que cerca del pañol del puerto comercial el tiro se oye tan fuerte como si sonara una explosión. Y cuando Christian y yo seguimos a aquella pareja de La Plaza que desapareció sin dejar rastro, los perdimos en la escollera que hay en esa zona.

—Entonces…

—¡Apostaría a que Christian está en el puerto comercial!

A Miranda no le parecía un razonamiento demasiado sólido, pero al menos era un punto de partida. Las dos mujeres subieron al coche y la teniente condujo al puerto tan rápido como le fue posible. Lesboutx quiso llamar a la compañía para avisar al operativo de búsqueda dónde debían centrar sus esfuerzos, pero Miranda se lo impidió.

—No, a la compañía no —le dijo—. Mejor llama a este otro número.

La teniente se lo dictó.

Miranda y Lesboutx alcanzaron por fin el puerto comercial, en medio de un aguacero tan violento como no se recordaba en mucho tiempo en Santarés. Eran más de las once y media.

Por desgracia, las dos mujeres llegaron demasiado tarde como para poder ayudar a Christian de ninguna forma.

Cuando recobró el conocimiento el primer sentido que recuperó fue el del olfato.

Percibió poco a poco un aroma desagradable. Una mezcla entre humedad, pescado podrido y aceite de motor.

Una idea, temblorosa y débil, empezó a titilar en lo más recóndito de su cerebro, igual que una cerilla que parpadea en la profundidad de un banco de niebla. Aquel pensamiento se forjó primero de forma abstracta y, en una lenta agonía, fue cristalizándose en palabras.

«Huele a mar.»

Pero en el bar no debería oler a mar. En La Plaza olía a ambientador, a comida y a colonia. Sobre todo a colonia; un aroma penetrante y algo empalagoso que un tipo llamado Fanfran95 exudaba por cada poro de su piel.

De pronto Christian percibió también aquel olor.

El mar… La colonia de Fran… Los jirones de bruma que embotaban la mente del sargento comenzaron a disolverse. Christian se sintió igual que si tratara de conciliar el sueño en medio de la resaca más espantosa de su vida.

«¿Dónde estoy…?»

El esfuerzo por articular aquella pregunta en su cerebro le provocó un intenso mareo.

Empezó a escuchar voces. Palabras y fragmentos de frases que parecían llegar desde el final de un túnel lleno de ecos. Bar La Plaza… Picoletos… Hostión… Esta última palabra activó una relación de ideas básicas en su cabeza. En efecto, se sentía tan entumecido y atontado como si le hubieran dado una paliza.

Las voces siguieron parloteando. Se acercaban hacia él paulatinamente, como traídas por una marea. El sargento fue capaz de asimilar frases enteras además de palabras, pero ninguna de ellas tenía sentido para él.

… «me traes a un picoleto al almacén…»

… «el rumano…»

… «un subidón de cojones…»

… «la escopolamina…»

Escopolamina.

Christian empezó a ver formas borrosas. Sus pupilas se movieron de un lado a otro, captando imágenes en derredor. Se dio cuenta de que estaba sentado en una silla, pero no cabía la menor duda de que ya no se encontraba en el bar La Plaza. Intentó recuperar algún recuerdo, pero al hacerlo halló un angustioso vacío. La última estampa clara en su memoria era la de Fanfran95 mirándole tras una copa de gin-tonic («¿Está rica?» «Sí, deliciosa»). Luego no había nada más.

El sargento percibió de reojo a dos hombres que mantenían una conversación a unos pasos de él. Uno de ellos era su cita de Finder pero al otro, el que había mencionado la palabra «escopolamina», no lo conocía. Un sexto sentido le aconsejó que no moviera ni un músculo, que no abriese la boca.

Christian había despertado.

Por un segundo creyó estar viviendo un delirio, hasta que el nombre de la droga brilló en su cerebro como una señal de aviso y su instinto de policía comenzó a enlazar conceptos a marchas forzadas.

El sargento conocía los efectos de la escopolamina. Un chute de eso era capaz de transformarte en un pelele sin voluntad y de borrarte la memoria. Una vez, en su anterior unidad, Christian había detenido a dos colombianos por tratar de violar a una chica en una discoteca después de meterle aquella droga en su vaso sin que se diera cuenta.

El sargento pensó en Fran y en sus gin-tonics, y en la expresión extraña con la que lo había contemplado mientras bebía de su copa.

«Qué cabronazo. Me ha drogado», pensó, más herido en su orgullo que ofendido.

No obstante, algo no le encajaba. Todo parecía indicar que Christian había caído fulminado apenas tragó un sorbo del gin-tonic pero, por lo que él sabía, la escopolamina no actuaba con tanta rapidez.

Fran y el otro hombre hablaron de algo llamado «hostión» como si fuera una sustancia. Christian empezó a comprender: se trataba de un sintético. Lo habían dejado fuera de combate con algún tipo de mierda de laboratorio. Por suerte para él, Fran se lo había metido en un combinado cuyo sabor Christian detestaba y el sargento apenas llegó a mojar los labios en la bebida; quizá por eso los efectos de la droga estaban desapareciendo con tanta rapidez. Aun así, le pareció aterrador el efecto fulminante de aquella porquería llamada «hostión». Ni siquiera se atrevió a imaginar qué habría sido de él en caso de que se le hubiera ocurrido darle un trago largo a aquella copa.

Se obligó a agilizar su mente y mantener la sangre fría para analizar su situación: estaba sentado en una silla de plástico con las manos atadas, dentro de una especie de almacén. Fran y el hombre

calvo seguían hablando y, seguramente, ignoraban que a Christian se le habían pasado los efectos de la droga. Le habían quitado la cartera y la habían dejado encima de una enorme bobina de madera, pero el sargento podía percibir el roce de su teléfono móvil dentro del bolsillo del pantalón.

Quizá aún tenía alguna oportunidad de salir de aquel atolladero.

Los dos tipos continuaban enfrascados en su conversación. Planeaban qué hacer con el prisionero. Fran quería interrogarlo y dejarlo tirado en alguna parte, y eso a Christian le parecía una buena idea. Se veía capaz de fingir estar sometido por la droga y seguirles la corriente respondiendo a sus preguntas con algunas frases incoherentes. En cuanto se deshicieran de él, llamaría de inmediato para pedir refuerzos e iría a por ellos.

Entonces la situación dio un giro. El hombre calvo no quería arriesgarse. Discutió con Fran, lo golpeó y le obligó a acatar su plan de ahogar al prisionero en el mar.

Christian empezó a sudar. Se dio cuenta de que el compañero de Fran, el hombre llamado Sacha, era un tipo peligroso, y de que sus posibilidades de salir de aquel almacén sin recurrir a la violencia eran casi inexistentes. Al menos aún contaba con la ventaja de que sus captores lo creían neutralizado.

En unos segundos planificó una vía de escape. Tanto Fran como Sacha eran hombres fuertes, pero Fran parecía tan aterrado que quizá no ofreciera mucha resistencia. En todo caso, Christian no podía arriesgarse a pelear con los dos; tenía las manos atadas con cinta americana y ni siquiera estaba seguro de que Sacha no estuviera armado, de modo que su única opción era confiar en el elemento sorpresa y en su agilidad para salir corriendo del almacén

antes de que los dos tipos se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Tan sólo debía mantener la calma y esperar al momento adecuado. Si fallaba, quizá no tendría una segunda oportunidad.

En uno de los extremos del almacén había una especie de cubículo del tamaño de un trastero. Fran se metió dentro y salió al poco rato llevando una bolsa de basura en la mano. Christian contuvo un escalofrío al comprender que era con la que pensaban asfixiarlo.

Sacha cogió la cinta americana y la bolsa y se colocó delante del sargento.

Era ahora o nunca.

Christian tomó impulso y arremetió de un cabezazo contra el estómago de Sacha, igual que un toro embistiendo un trapo rojo. El tipo calvo se desplomó de espaldas al suelo. Christian se preparó para tumbar a Fran con otro empujón, pero el chico se había pegado a una pared y gritaba tan sorprendido como asustado. El sargento echó a correr hacia la puerta de salida y empujó el picaporte con los puños.

La puerta no se movió. Estaba cerrada con llave.

—¡Detenlo, gilipollas! —bramó Sacha, incorporándose.

Fran se lanzó hacia el sargento de manera atolondrada. Christian lo esquivó y le descargó un golpe en la parte trasera de la cabeza con las dos manos. Casi al mismo tiempo, Sacha se le tiró encima. El sargento golpeó a ciegas y, por pura casualidad, logró clavarle un codazo justo en el plexo solar. Los dos hombres trataron de agarrarlo, pero, por fortuna, Sacha era demasiado grande y lento, y Fran estaba al borde del ataque de histeria; sólo acertaba a golpear a ciegas torpemente. No obstante, aún fue capaz de propinar a

Christian un doloroso puñetazo en un pómulo. El sargento le respondió con un cabezazo en los dientes. Fran chilló de dolor y se apartó, cubriéndose la boca con las manos. Le brotaba sangre de entre los dedos.

Christian no reparó en ello. Estaba demasiado ocupado tratando de quitarse de encima a Sacha. Ambos forcejaban como una grotesca pareja de baile. El hombretón calvo descargó los nudillos en la cara del sargento y éste sintió un doloroso chasquido en el puente de la nariz seguido de un borbotón sanguinolento. Escupió un esputo rojizo en la mejilla de Sacha y, al mismo tiempo, acertó a clavarle la rodilla en el vientre. El tipo boqueó una náusea y se dobló en dos, dejando libre a su presa.

Christian echó a correr a ciegas al otro extremo del almacén, donde se ubicaba el pequeño cubículo de paredes de pladur. Sacha le placó por detrás agarrándolo por las piernas y el sargento cayó de bruces sobre la bobina de madera. Tanteó a la desesperada con las manos sobre su superficie y sus dedos se aferraron al mango de un destornillador. Sin darse tiempo a pensar, se lo clavó a Sacha en la parte blanda de la mano, junto al dedo pulgar.

El tipo calvo exhaló un profundo grito de dolor. Christian aprovechó para lanzarse de cabeza al interior del cubículo y cerrar la puerta a su espalda. Oyó cómo su perseguidor chocaba contra ella al intentar alcanzarlo.

La puerta tenía un cerrojo bastante grande. Christian acertó a girarlo de un manotazo. Al otro lado, Sacha empezó a gritar insultos en un idioma extranjero y a dar patadas contra la puerta, como si quisiera echarla abajo.

El cubículo consistía en una pequeña habitación llena de cajas vacías y artículos de limpieza. Tenía un ventanuco en la parte alta de la pared, pero era demasiado estrecho como para que nadie pudiera atravesarlo. La puerta temblaba de forma aterradora bajo los golpes violentos de Sacha. El pestillo no parecía que fuese a soportar aquella prueba durante mucho tiempo.

Christian recordó el móvil en su bolsillo. Aunque aún tenía las muñecas atadas, pudo sacarlo de allí y encenderlo. Las manos le sudaban y hacían difícil manejarlo pero, a pesar de ello, el sargento acertó a marcar el número de la última persona con la que había hablado.

Lesboutx respondió de inmediato. El sargento sintió un gran alivio al escuchar su voz. Desgraciadamente la cobertura en aquel cubículo no era buena, y las palabras de la alférez le llegaban entrecortadas.

—¡Ayuda, mi alférez! —gritó—. ¡Necesito ayuda urgente!

Los tornillos que sujetaban el cerrojo de la puerta empezaron a fallar. Sacha golpeaba con tanta fuerza que Christian apenas podía oír lo que Lesboutx le decía.

—¡No sé dónde estoy! ¡Me han drogado! —gritó al teléfono, con desesperación—. ¡Es una especie de almacén! ¡Deprisa, por favor! ¡Hay un hombre que puede estar armado!

Entonces sucedieron dos cosas al mismo tiempo. Sobre la cubierta del almacén resonó el disparo de un cañón, y la puerta del cubículo salió despedida de sus goznes. En el umbral, Sacha miraba a Christian con ojos de locura furiosa.

La mano donde Christian le había clavado el destornillador estaba cubierta de sangre que le chorreaba por el antebrazo. En ella sostenía un cúter con la hoja desplegada.

Christian asió el palo de una escoba e intentó utilizarlo a modo de arma, pero fue demasiado lento. Sacha se lanzó sobre él y le clavó el cúter entre las costillas.

El sargento apenas notó el corte porque, justo al mismo tiempo, el calvo le descargó una andanada de puñetazos en el rostro. Notó cómo su anillo de sello le partía el labio en dos. Los dientes se le astillaron y una flema de sangre se atoró en su garganta.

Sacha lo tiró al suelo y la cabeza de Christian golpeó contra el borde de una caja de madera. Luego sintió cómo el calvo volvía a apuñalarle con el cúter. Esta vez le hundió la hoja en el estómago hasta que los nudillos le rozaron el ombligo. Christian quiso gritar, pero sólo logró vomitar sangre.

Llevando a cabo un esfuerzo casi sobrehumano, el sargento agarró un objeto que tenía a mano. Era una botella de lejía. Presionó el envase con todas sus fuerzas y un chorro de líquido abrasivo salió disparado hacia los ojos de Sacha, que soltó el cúter y se cubrió la cara con las manos.

Christian aprovechó el momento para zafarse de él, pero en cuanto dio un paso experimentó un intenso dolor en el estómago. Se dobló en dos para exhalar otra náusea sangrienta, trastabilló y cayó el suelo, golpeándose la cabeza contra la pared. Aquello lo dejó aturdido.

El hombre calvo no desperdició aquella oportunidad. Aún frotándose los ojos con las manos, se acercó a Christian y empezó a darle patadas por todo el cuerpo. El sargento ya no era capaz de sentir nada que no fuera un dolor inhumano. Sacha le partió las costillas de un golpe tremendo y luego le pegó varias veces en el esternón hasta que Christian sintió un chasquido. Gritó hasta que la

garganta le dolió e intentó alejarse a rastras. Entonces Sacha lo sujetó por la cabeza. Notó cómo las uñas gruesas del calvo se engarfiaban en torno a su cráneo hasta rasgarle el cuero cabelludo. El tipo comenzó a golpear la frente de Christian contra el suelo, una y otra vez.

El sargento se quedó inmóvil, pero Sacha no dejó de golpearlo. Siguió moliéndolo a patadas sin darse cuenta de que estaba maltratando a un cuerpo inerte.

—¡Para, Sacha, para! —gritó Fran.

—¡Cállate, gilipollas!

—¡Para de una vez, maldita sea!

Al comprobar que el sargento no se movía, Sacha le descargó una última patada en la cara y, al fin, se detuvo. Fran se arrodilló junto al cuerpo, gimiendo y lloriqueando de puro terror.

—Dios, Dios, Dios… Joder, me cago en la puta, joder, creo que está muerto… Oh, Dios… No se mueve, tío, no se mueve. ¡Te has cargado a un poli, puto lunático! ¡Lo has matado de una paliza! ¿Qué vamos a hacer ahora, joder? ¡Qué coño vamos a hacer ahora!

Sacha se limitó a mirar a Fran, jadeando igual que un animal de carga.

—Si no te calmas, te juro por Dios que voy a dejarte peor que a este desecho. —Fran enmudeció, pero aún temblaba de forma penosa, con los ojos húmedos por las lágrimas—. Tranquilízate, ¿quieres? Haremos justo lo que estaba planeado: le pondremos unos pesos o algo así y lo tiraremos al mar. Nadie encontrará el cuerpo jamás.

Fran se acurrucó en el suelo con las rodillas contra el pecho. Miraba al sargento sin pestañear al tiempo que negaba lentamente

con la cabeza. Era la imagen de un niño aterrorizado.

—No, tío, no… Esto es demasiado… No tenías que matarlo. ¿Por qué lo has matado, mierda, por qué…? —lloriqueó.

De pronto alguien golpeó varias veces la puerta del almacén, como si quisiera tirarla abajo.

Fran se puso de pie y se alejó unos pasos de Sacha sin darle la espalda.

—Estás loco, joder. ¡Eres un puto cabrón perturbado! ¡Yo me largo de aquí!

—No se te ocurra moverte de donde estás.

—¡Aléjate de mí!

Antes de que Sacha pudiera evitarlo, Fran echó a correr hacia la salida del almacén. Sacó la llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura. Cuando abrió la puerta para escapar, se encontró con que había alguien al otro lado.

Llevaba un uniforme de la Guardia Civil.

De pronto otros tres guardias penetraron raudos en el almacén. Algunos iban armados. Uno de ellos inmovilizó al chico y el otro tiró a Sacha al suelo para ponerle unas esposas, mientras un compañero lo encañonaba sin parar de gritarle que se quedara quieto. El cuarto agente contempló horrorizado el cuerpo de Christian, convertido en un amasijo de golpes y heridas abiertas.

—¡Teniente! —gritó—. ¡Venga aquí, rápido!

Un oficial vestido de paisano se presentó en el almacén. Al ver a Christian se arrodilló a su lado, en busca de señales de vida.

—Joder… —musitó—. Cabo, avise a una ambulancia. ¡Dese prisa, por el amor de Dios! —Tras dar la orden, el teniente Campoy, del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas, dirigió a Christian una

mirada cargada de angustia—. Aguanta, chaval —dijo—. Sigue con nosotros.

26
Tenemos que hablar

Martes, 28 de abril

A primera hora de la mañana, Miranda acudió a una reunión en el despacho del comandante Alejandro. Era un encuentro de alto nivel en el que las estrellas bordadas en la bocamanga de los asistentes formaban una pequeña constelación. En total había tres tenientes, un comandante y un «tecol» (teniente coronel), este último un jefazo de la UCO.[6]

Miranda estaba en el bando de los tenientes, junto con Campoy y un jefe de unidad del SEMAR al cual Miranda sólo conocía de nombre. El comandante era el Abuelo, que actuaba como anfitrión, y el teniente coronel era un mandamás del Grupo de Trata de Seres Humanos.

Todos vestían uniforme de faena, incluso Miranda. La teniente era consciente de lo poco que le favorecía aquel atuendo, que exageraba el tamaño de su vientre, trasero y caderas; no obstante, se consoló al pensar que no era la que peor aspecto lucía en aquella reunión. Campoy, sin ir más lejos, tenía pinta de no haber dormido en toda la noche. Miranda también tenía ojeras, pero al lado de las

de su colega parecía que simplemente se le había ido un poco la mano con la sombra de ojos.

Los asistentes se lanzaron sobre la jarra de café como sedientos a un oasis. Tras las presentaciones de rigor, cada uno ocupó una silla alrededor de la mesa de conferencias del Abuelo, aunque, en honor a su rango, era el tecol de la UCO quien presidía.

También fue el primero en tomar la palabra. Explicó a grandes rasgos el motivo de la reunión y mencionó los detalles de una operación llamada «Crucero», si bien los asistentes ya estaban al corriente de todo lo que dijo. A Miranda le costó permanecer despierta hasta que, finalmente, el tecol cedió la palabra a Campoy.

—Bien, como ya saben todos ustedes, ayer por la noche mi unidad del GEAS efectuó dos detenciones en un almacén del pañol del puerto comercial —comenzó el teniente. Miranda y los demás abrieron unas carpetas con documentos que estaban frente a ellos, sobre la mesa—. Uno de los detenidos es un ciudadano moldavo de nombre Sacha Aksiónov, Interpol lo tenía en alerta roja; el otro es Francisco Torres Bartra, español y sin antecedentes. Ambos permanecen ahora mismo bajo arresto a la espera de pasar a disposición judicial.

»No nos cabe duda de que los dos individuos están relacionados con la operación Crucero. Resumiré los antecedentes para quienes no estén al tanto de ellos: desde hace alrededor de un año, los grupos del GEAS, SEMAR y de Trata de Seres Humanos nos hemos coordinado para desmantelar una posible red de tráfico de personas. Una organización criminal de origen ruso se dedicaba al secuestro y captación de chicos y chicas menores de edad para explotarlos sexualmente en enclaves de Asia y Europa del Este. Los grupos que

llevábamos a cabo la operación albergábamos la sospecha de que uno de los centros de captación más importantes estaba aquí, en Santarés, y que, de hecho, contaba con la colaboración activa de individuos afincados en la localidad. También creíamos que las víctimas eran trasladadas por vía marítima hasta puertos del norte de África, y que desde allí la red las distribuía. Hace unos días, apareció el cadáver de un menor en nuestro puerto comercial, y tanto los guardias del SEMAR como yo mismo estábamos convencidos de que podía tratarse de un posible objetivo de esta organización criminal, ya que el perfil (varón, menor de edad y sin lazos familiares cercanos) coincidía con el tipo de personas que secuestraban estos traficantes.

»Nos llamó la atención, sobre todo, el hecho de que en el cadáver se encontraran abundantes restos de escopolamina adulterada. Desde hace tiempo tenemos la sospecha de que esta red criminal utilizaba una droga sintética a base de escopolamina para secuestrar y mantener sometidas a sus víctimas. Según pueden leer en el informe, se trata de una sustancia conocida como "hostión". En la operación efectuada ayer, incautamos varias cantidades de esa droga ocultas en el almacén donde se llevaron a cabo las detenciones.

»Otra de nuestras líneas de investigación nos conducía hacia un ciudadano ruso residente en Castellón. No obstante, como ni el SEMAR ni el GEAS nos ocupábamos de esa rama de las pesquisas, creo que el teniente coronel podrá ofrecernos más detalles al respecto.

El aludido asintió y tomó el relevo de Campoy.

—Sospechábamos de Mijaíl Korovin —enunció—. Todos ustedes saben quién es y que la justicia lleva rondándole desde hace tiempo por temas de corrupción. Bien, ésos no nos atañen a nosotros, pero en mi grupo teníamos una base firme para creer que Korovin, además, es la persona que financia esta red de tráfico y prostitución de menores. Por tal motivo, hemos estado practicando un seguimiento continuo tanto a él mismo como a las personas de su círculo más íntimo.

Miranda se atrevió a tomar la palabra.

—Disculpe, mi teniente coronel, pero tengo una pregunta: ¿esa vigilancia incluía a su hija Tamara y a su yerno, Alfonso Navarro?

—Exacto. Sobre todo a este último. Creíamos que él también se lucraba de alguna forma de la red ilegal, ya que es un socio muy cercano en los negocios de su suegro.

—¿Y es así?

—No lo sabíamos con seguridad… Hasta ahora. El teniente Campoy les explicará lo que hemos descubierto gracias a la operación efectuada ayer por el GEAS.

De nuevo Campoy acaparó la atención de los presentes.

—Sí, gracias, mi teniente coronel. Bien, en cuanto al moldavo, hasta el momento no se ha mostrado colaborador; sin embargo el otro, el español, nos ha sido de enorme utilidad. Se trata de un chaval de apenas veinte años que está aterrorizado por la situación. Durante toda la noche hemos mantenido un tira y afloja con su abogado de oficio y el chico ha aceptado ayudarnos en todo lo que pueda a cambio de ciertas ventajas judiciales…

—¿Qué tipo de ventajas? —preguntó el Abuelo.

—Está todo en el informe, mi comandante. A grandes rasgos, se le ha prometido manga ancha en las acusaciones y concederle el estatus de testigo protegido.

—Todo cuenta con la aprobación de la UCO y del juez de instrucción —aseveró el tecol.

—En efecto —siguió Campoy—. Hemos interrogado al chico durante toda la noche y nos ha revelado el modus operandi de la red criminal. Las víctimas eran captadas a través de una aplicación móvil de citas llamada Finder. Nuestro testigo, así como otros cuatro muchachos, actuaban a modo de gancho. Seleccionaban a las víctimas, concertaban citas con ellas y las drogaban con «hostión». La sustancia anula la voluntad de quien la ingiere. El lugar de encuentro siempre era el mismo: el bar La Plaza, cerca del puerto. El testigo no sabe si el dueño del local estaba involucrado, pero cree que no. Lo estamos investigando pero, al parecer, el motivo de quedar siempre en ese sitio era simplemente por su ubicación geográfica.

—¿Por qué eso era importante? —preguntó el Abuelo.

—Porque está cerca de los almacenes del pañol. Los ganchos llevaban a la víctima hasta uno de esos almacenes, donde otras personas se hacían cargo de ella y organizaban el traslado. El testigo no conoce todos los detalles, pero cree que, a partir de ese momento, las víctimas eran drogadas de forma constante por los proxenetas.

—Es terrible… —farfulló Miranda con gesto grave.

—Desde luego —añadió Campoy—. Todos esos pobres chicos eran vendidos como esclavos sexuales por todo el mundo. Todavía no

conocemos los detalles de su destino una vez que partían de Santarés, pero nos tememos que saldrán a la luz cosas espantosas.

—¿Cuántos ganchos actuaban en el pueblo? —preguntó el comandante.

—Cinco en total. Nuestro testigo nos ayudará a identificarlos a todos, pero ya nos ha revelado que uno de ellos era el muchacho que fue asesinado la semana pasada en Els Pins, Aleksandar Suker.

Miranda sintió una enorme tristeza al escucharlo, a pesar de que ya se temía algo así.

—¿Él… él también captaba a las víctimas? —inquirió.

—Sí. Los ganchos recibían un pago sustancioso por su colaboración, en torno a los tres mil y cinco mil euros por muchacho.

—Aleksandar recibió esa cantidad de dinero de la cuenta de Tamara Korovin.

—Nuestro testigo asegura que Alfonso Navarro estaba al tanto de todos los detalles. Él… Bueno, él solía mantener relaciones sexuales con los ganchos a veces, incluso seleccionó a un par de ellos entre chaperos de la comarca para que colaborasen con la red.

—¿Y su esposa lo sabía?

—Aún no estamos seguros. El testigo no nos lo ha podido confirmar.

—Acláreme una cosa, teniente —intervino el Abuelo—. Dice usted que las víctimas eran todas del mismo perfil, ¿no es así? Varones menores de edad y sin lazos familiares…

—En efecto, mi comandante; por lo visto alguno de los ganchos también captaba chicas ocasionalmente, pero sobre todo se centraban en los muchachos. El motivo por el que preferían a jóvenes sin lazos familiares era para que su desaparición no causara

revuelo. La mayoría de sus víctimas carecían de parientes cercanos que pudieran echarlos de menos.

—Lo que no entiendo es cómo sabían los ganchos a quién debían captar y a quién no. Tengo entendido que mucha gente utiliza esa cosa de Finder —dijo el comandante.

—Según nuestro testigo, en la red actuaban también una serie de, digamos, colaboradores externos. Personas que conocían las circunstancias vitales de las víctimas, amigos suyos, gentes que se mueven en sus círculos sociales… Su labor es la de animar a la víctimas a utilizar Finder para ponerse en contacto con los ganchos y, a su vez, indicar a éstos quiénes son los chicos y chicas que se adecuaban al perfil buscado. Los cerebros de la trama les pagaban dinero a cambio de su participación.

—¿Conocemos el nombre de alguno de esos colaboradores?

—Por lo visto, Alfonso Navarro era uno de ellos, y quizá asimismo su mujer. El testigo también ha mencionado a algunos trabajadores sociales que se relacionaban con los menores, pero no conoce sus nombres. Dice que la red es muy numerosa y está repartida por toda la comarca.

—Una de nuestras prioridades ahora es identificar a todos sus miembros —señaló el tecol de la UCO—. Mi grupo ya se está encargando de eso.

—No debería ser complicado. Bastará con que los ganchos identifiquen a esas personas —dijo el Abuelo.

—El problema, mi comandante, es que según el testigo los colaboradores y los ganchos no siempre se comunicaban cara a cara. Solían hacerlo a través de intermediarios —intervino Campoy.

—Es una red criminal endiabladamente compleja —añadió el tecol —. Aunque contemos con un testigo muy valioso, desmantelarla no será fácil.

—Y si no se relacionaban ¿cómo sabían los colaboradores qué perfil de Finder pertenecía a un gancho? —preguntó Miranda, aunque ya creía conocer la respuesta. Tan sólo deseaba confirmar sus sospechas.

—Finder permite editar con información básica el perfil de los usuarios. Los ganchos siempre acompañaban sus fotografías con una lista de gustos personales idénticos…

—«Le gustan los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere» —interrumpió Miranda, sin poder evitarlo.

—Exacto. Tenía usted razón, teniente —dijo Campoy, que, dada la importancia de la reunión, dispensaba a su compañera un trato muy formal—. Su caso y el nuestro estaban relacionados.

—Sí. Ya veo. —La teniente apenas disimuló un leve tono de amargura. Se preguntaba si Christian habría salido mejor parado de no haber callado Campoy todo lo que sabía sobre la operación Crucero hasta el último momento—. ¿Y qué hay de Bogdan Lupu? ¿También formaba parte de la trama?

—Era un enlace, igual que Sacha Aksiónov. Entre sus funciones también estaba la de suministrar a los ganchos la sustancia a base de escopolamina.

—¿Sabe el testigo quién lo mató?

—No está seguro, pero cree que fueron los de la red criminal. Por lo visto, Lupu se estaba volviendo demasiado inestable y ya no se fiaban de él.

—¿Y Aleksandar Suker?

—Seguramente también fue una víctima de algún miembro de la trama —respondió Campoy de pasada, como si aquel detalle careciera de importancia a esas alturas—. La operación Crucero aún no ha terminado, pero tenemos un testigo y una buena cantidad de pistas sólidas. Estamos en el buen camino para rematarla con éxito. Me gustaría mencionar que este avance se debe en gran medida al sacrificio del sargento Christian Ballesteros, de la Unidad de Policía Judicial, sin el cual jamás habríamos localizado a nuestro testigo. Considero que merece un reconocimiento.

El Abuelo hizo un triste gesto de aquiescencia cuando Campoy mencionó a su sobrino. Miranda tuvo que reconocer en su fuero interno que quizá el teniente del GEAS era un cretino, pero un cretino elegante.

—Sin duda —dijo el tecol—. No dejaré de comentarlo en la próxima reunión con la plana mayor. ¿Algo más que añadir, teniente?

Campoy declaró que por su parte eso era todo. La reunión se prolongó unos minutos más en los que no se dijo nada nuevo hasta que, finalmente, el oficial de la UCO la dio por terminada.

Los asistentes se despidieron y salieron del despacho. Miranda y Campoy se quedaron solos en un pasillo.

—Felicidades, querido —dijo la teniente—. Ha estado bien eso de ahí dentro. Muy profesional.

—A la altura de un futuro capitán, espero —se pavoneó el oficial —. Ha sido una noche de locos, pero me siento exultante, así que aceptaré encantado tu invitación a un café.

—No recuerdo haberte ofrecido nada semejante.

—¿Ah, no? Pensaba que sería tu forma de darme las gracias por haberle salvado el cuello a tu sargento.

—No llegaste a tiempo para evitar que casi lo mataran de una paliza. Si yo fuera él, no vería ningún motivo para estarte agradecida.

—No seas mezquina, Miranda. Eso no te pega.

La teniente suspiró.

—Disculpa… Ha sido… una noche muy dura.

Él la miró, comprensivo.

—¿Cómo está el muchacho?

—No lo sé, aún no he ido al hospital. Creo que han estado operándole durante horas y aún no ha recuperado el conocimiento; los médicos todavía se muestran cautos. Lesboutx se encuentra allí ahora mismo, con sus padres… ¿Sabías que perdieron un hijo en Irak?

—No, no tenía ni idea.

—Pues ya ves. Quiera Dios que no tengan que volver a pasar por eso. No podría evitar sentirme responsable.

—Ese pensamiento es muy dañino, además de falso. En primer lugar, tu sargento saldrá de ésta; y, en segundo lugar, si Lesboutx y tú no me hubierais llamado para decirme dónde encontrarlo no habría llegado a tiempo para avisar a la ambulancia. —Miranda no dijo nada. A Campoy le acongojó el abatimiento de aquella mujer, cuyo ánimo parecía hecho de acero, así que intentó dar un tono más ligero a la conversación—. ¿Sabes qué? No puedo creer que te supieras de memoria mi número de teléfono.

La teniente se encogió de hombros.

—Tu número de teléfono, los días que tengo cita con el dentista… Sí, suelo memorizar los detalles que me desagradan.

—Admítelo: acudiste a mí porque sabes que mis chicos son los mejores en un momento de crisis.

—Te llamé porque tus muñequitos de neopreno y tú tenéis vuestra guarida cerca del puerto y podíais llegar antes que nadie. Habría llamado a los terroristas islámicos si hubieran tenido su sede pegada al pañol.

—Y si te supieras su número de teléfono… —añadió él, con una sonrisa burlona.

—No te ofusques en ese detalle, querido. Soy una profesional me sé todos los números de los jefes de unidad de este cotolengo. —Los labios de la teniente se fruncieron—. Pero gracias por actuar con tanta rapidez, teniente. Lo hiciste bien. Te debo una.

—¡Oh, Dios mío, paren las rotativas! ¡Miranda Vega ha dicho que me debe una! Recordaré tus palabras cuando sea capitán y pueda mangonearte.

—¿Por qué será que no me cabe duda de eso? —dijo ella y suspiró —. En fin, como el mal ya está hecho, voy a pedirte otro favor. Necesito hablar con tu testigo.

—Claro, tienes todo el derecho a hacerlo, tu sargento lo encontró; pero si esperas que te diga algo nuevo sobre tu investigación, pierdes el tiempo. Ya nos ha contado todo lo que sabe.

—Aun así, quiero verlo.

—Como tú digas, pero déjame darte un consejo: no gastes más neuronas en el asesinato del croata; estoy seguro de que se lo cargaron los proxenetas. Lo verificaremos en cuanto los detalles de la operación Crucero vayan saliendo a la luz.

Miranda no respondió a aquellas palabras. En vez de eso, le hizo una pregunta a Campoy que no parecía venir a cuento.

—¿De verdad los de la UCO estuvieron siguiendo a Alfonso Navarro y su mujer?

—Sí. Menudo pájaro ese Navarro. No tiene ni idea de la que se le viene encima.

—¿Sabes si los siguieron también la noche del jueves?

—Todo está en el informe, pero, sí, había dos guardias detrás de ellos.

—No eran muy profesionales, Tamara Korovin se dio cuenta —observó Miranda—. ¿Pueden verificar que los Navarro pasaron aquella noche en Valencia?

—Déjame ver… —Campoy consultó algo en el informe—. No. Aquí dice que regresaron a Santarés pasadas las once y media.

—¿Y después?

—No lo sé. Los agentes abandonaron el seguimiento. Creo que los de la UCO pensaban que Navarro iba a encontrarse con Mijaíl Korovin en Valencia y, al ver que no fue así, lo dejaron en paz el resto de la noche… Oye, ¿por qué te interesa conocer todo esto?

—¿Sabes, querido? Que me hagas esa pregunta demuestra por qué yo soy la jefa de los detectives y tú sólo un tipo que sale a bucear de vez en cuando.

Sin añadir nada más, la teniente se alejó de Campoy y se encaminó hacia su oficina.

En el edificio de la compañía había una sala pequeña y mal ventilada que solía utilizarse para interrogar a los detenidos. Su único mobiliario era una mesa de formica con la pata coja y unas cuantas sillas.

Miranda esperó en aquel lugar a que apareciera Fran con su abogado de oficio. El letrado era un hombre de aspecto juvenil, seguramente la tinta aún no se había secado del todo en su diploma universitario. Con voz atildada, informó a Miranda de que su cliente había aceptado colaborar con la justicia y que respondería a todas sus preguntas pero que, no obstante, estaba en su derecho de negarse a dar respuestas que pudieran perjudicarle en un juicio. La teniente apenas le prestó atención (era la retahíla habitual de todos los abogados de oficio); estaba concentrada analizando al testigo.

Fran estaba muy pálido, sus manos temblaban y sus ojos húmedos permanecían fijos en su regazo.

Al verlo, Miranda pensó que tenía un cierto parecido físico con Aleksandar. A pesar de la fea herida que lucía en el labio y de una marca violácea que le cruzaba la mejilla, su rostro aún era muy atractivo. Con sus rasgos casi infantiles, semejaba un niño asustado al que hubieran dado una paliza. Transmitía un desamparo tan patético que, al contemplarlo, la teniente no pudo evitar sentir por él una cierta lástima.

«Es un criminal —se recordó—. Drogaba a chicos inocentes para entregarlos a una mafia de proxenetas.» Y, no obstante, Miranda era incapaz de verlo como un ser malvado. Apenas tenía veinte años, sólo era un niño a ojos de la teniente. Un crío egoísta, inmaduro y estúpido hasta niveles trágicos que, de pronto, se daba cuenta de la enorme gravedad de su situación y estaba aterrado por ello.

Mientras el abogado desgranaba su perorata legal, una imagen se le vino a la teniente a la cabeza: la de un niño que hace una travesura y no se apercibe de haber causado ningún mal hasta que sus mayores lo abroncan por ello. Después vienen las lágrimas y el

arrepentimiento, pero tarde o temprano el chaval volverá a sus travesuras porque aún no comprende del todo que sus actos tienen consecuencias.

En realidad, la inmensa mayoría de los jóvenes que Miranda conocía podían acabar como Fran, en una sala de interrogatorios. O peor. Quizá incluso como Aleksandar. Y si no era así, puede que se debiera más a su buena suerte que a su rectitud moral.

«La moral es un vicio senil —pensó Miranda—. Los jóvenes pueden permitirse ignorarla; ellos son inmortales.»

El abogado terminó de hablar. Por un instante se hizo el silencio. Fran ni siquiera se había atrevido aún a levantar la mirada.

Miranda se preguntó quién le habría partido el labio de esa forma.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó. Fran asintió con la cabeza —. Tu abogado te habrá dicho que tienes derecho a que te vea un médico. —El chico musitó algo en tono inaudible—. ¿Qué has dicho?

—Que… que ya he… he estado en una enfermería.

—¿Te han tratado bien?

—Sí, sí… Pero…

—Pero qué.

—Nada… Es que… estoy un poco cansado. No… no he podido dormir.

«No has podido dormir —pensó Miranda—. Por tu culpa ahora mismo hay un chico cien veces mejor que tú medio muerto en un hospital. Espero por tu bien que al menos un poco de ese hecho sea lo que te haya quitado el sueño.»

La teniente suspiró.

—Está bien, sólo voy a hacerte un par de preguntas rápidas. ¿Conocías a Aleksandar Suker?

—Alex, sí… Era… uno de nosotros.

—¿De quiénes?

—Alex, Luka, Dado, Taco… y yo; los que… los que usábamos Finder para quedar con aquellos chicos. Pero nunca le hicimos daño a nadie, de verdad… Sólo… sólo les metíamos el «hostión» en la copa y los llevábamos al almacén del puerto, eso era todo, lo juro. Nos obligaban a hacerlo los que luego traficaban con los chicos para… para eso. No sabíamos… Yo no sabía…

El chico seguramente daba la versión que le había recomendado su abogado… o puede que fuese sincero; en cualquier caso, a Miranda eso no le importaba, así que le interrumpió.

—Háblame de Alex. ¿Lo conocías bien?

—Sí. Antes de… Antes de que lo mataran.

—¿Sabes quién lo hizo? —Miranda ya se esperaba la respuesta, pero aun así quiso probar suerte.

Fran negó con la cabeza.

—Ojalá lo supiera… Alex era…

—¿Sí? ¿Qué era Alex?

—Era… era un buen tío. Él quería dejarlo, salirse de toda esta mierda… Trató de convencerme para que yo también lo dejara, pero no me atreví… En vez de eso, le dije a Sacha lo que pensaba hacer. —Fran apartó la mirada con aire avergonzado—. Alex tenía más huevos que el resto de nosotros…

Por alguna razón, a la teniente le gustó escuchar aquello.

Miranda abrió una carpeta que llevaba en el bolso y sacó de ella una fotografía que colocó encima de la mesa, bajo el rostro de Fran.

—¿Conoces a esta persona?

—No… Pero sé quién es.

—Se relacionaba con Alex, ¿verdad? Se veían a menudo.

El chico asintió de nuevo.

—Eran amigos —dijo—. Yo creo que algo más, pero no estoy seguro.

—¿Le señalaba a Alex quiénes eran los chicos a los que debía llevar al almacén de entre todos los que le contactaban por Finder?

—Eso no lo sé, pero quizá… Cada uno teníamos nuestros soplones; no sé quién le decía a Alex cuáles eran los chicos a los que nadie iba a echar de menos si desaparecían.

—Creía que no os relacionabais con vuestros… ¿«soplones», así es como los llamabais?

—Con algunos sí, pero con muy pocos. Casi todos los soplones localizan nuestros perfiles de Finder gracias a que todos ponemos siempre lo mismo en la parte de «le gusta». Ellos animan a los chicos a quedar con nosotros, a darnos «toques» a través de Finder y eso… Les dicen cosas como «eh, el tío de este perfil está muy bueno, ¿por qué no le das un toque, a ver si le gustas?», en ese plan… Lo de los «toques» se incluyó en la aplicación justo para eso… Siempre recibimos muchos «toques» en Finder, o a veces somos nosotros los que damos uno al perfil de algún chico que… que quieran que llevemos al almacén. Sacha, Bogdan y ésos son quienes nos dicen con qué chicos tenemos que quedar para… para eso.

—Ya veo. Y ellos saben qué chicos son los adecuados porque se lo han indicado los soplones antes, ¿no es así? Ellos son los enlaces.

—Sí, porque los soplones ya los conocen… Así es como funciona… Siempre son chicos, ellos quieren sobre todo chicos muy jóvenes… Aunque Luka a veces pilla alguna tía para llevarla al almacén.

Miranda señaló la fotografía.

—¿Seguro que no puedes decirme si esta persona era un soplón? Piénsalo bien, es muy importante.

La expresión de Fran se desfiguró en un gesto de angustia.

—No lo sé, se lo juro… Ya se lo he dicho… Es probable porque cumple el perfil, pero no lo sé.

Miranda no le preguntó qué perfil era ése. Ya se lo imaginaba.

—¿Qué reciben los soplones a cambio de seleccionar a los chicos?

—Pasta, la mayoría de ellos… Aunque a veces otras cosas. Uno de mis soplones es un chaval que busca a los chicos entre la gente de su barrio. A ése le pagan con drogas… Y Luka tiene una que es bloguera y a cambio le proporcionaron un puesto importante en la empresa que desarrolla Finder. Pero a casi todos les dan dinero, como a nosotros.

—¿Quién les paga?

—Los que manejan todo el asunto… Alfonso, Sacha… Todos esos.

—¿También Bogdan Lupu?

—No, él no. Él no era nadie, sólo un camello, pero no era de los que mandan.

—¿Sabes quién lo mató?

—No… Pero…

—¿Sí? Continúa.

—Oí el rumor de que a Bogdan lo mataron porque sabía quién se cargó a Alex, y porque había pedido dinero para no decírselo a la policía. Los que mandan no se fiaban de que mantuviera la boca cerrada porque… porque a Bogdan a veces se le iba la cabeza con las drogas y… y todo eso, así que se lo quitaron de encima.

Miranda asintió. El chico había confirmado todas sus sospechas y, al mismo tiempo, le había dado nuevos indicios. La teniente al fin

creía tenerlo todo bastante claro, o casi todo. En cualquier caso, no necesitaba preguntarle nada más a Fran.

—Bien, eso es todo, muchacho. —Se dirigió al abogado—. Ya hemos terminado.

Un guardia apareció para llevarse al testigo. Antes de salir, el chico se volvió hacia Miranda con una expresión desesperada en el rostro.

—Ayudaré en lo que sea, no me importa responder todas las preguntas que haga falta… Si colaboro el juez lo tendrá en cuenta, ¿verdad? No… No iré a la cárcel mucho tiempo, ¿verdad que no?

Miranda lo contempló con una profunda lástima.

—No lo sé, hijo —le respondió—. Ojalá sólo el suficiente.

Cuando abandonó la habitación, los ojos de Fran brillaban de miedo.

Telma se levantó temprano y se preparó un té. Mientras dejaba el agua calentar, se asomó por el ventanal de la cocina para calibrar el estado del tiempo.

La casa de la escritora se ubicaba en una de las zonas más caras de Santarés, justo en la primera línea del paseo marítimo, en el tramo que se correspondía con el núcleo más pintoresco y primitivo del pueblo. La construcción era una vieja casona burguesa erigida hacia 1900. Cuando Telma la compró estaba casi en ruinas y fue toda una ganga; no obstante, para poder habitarla tuvo que reformar el interior desde el sótano hasta los tejados y eso no resultó nada barato. Encargó la obra a un arquitecto de Barcelona, que convirtió cada habitación en una obra de arte. El gasto resultó casi indecente, pero mereció la pena. Telma se sentía orgullosa de

cada rincón de su casona, pero disfrutaba especialmente de la visión del paseo marítimo desde el ventanal de su cocina mientras tomaba una taza de té. Era un panorama que le ayudaba a afrontar cada nuevo día con optimismo.

Aquella mañana, sin embargo, la estampa no invitaba a levantar el ánimo. El amanecer trajo un día plomizo y feo, en el que el cielo y el mar se confundían en una planitud gris. La playa estaba cubierta por una bruma turbia y apenas se veían transeúntes en el paseo. Parecía como si todo el pueblo estuviera en coma.

Telma se alejó del ventanal con aire ausente. En ese momento llamaron al timbre.

Al abrir la puerta de la calle encontró a Miranda en el umbral. Le sorprendió ver a la teniente vestida de guardia civil.

—Vaya —dijo, después de darle la bienvenida—. Estás… rara.

—Lo sé, parezco un arbusto.

Telma sonrió.

—No, qué va. Es sólo que nunca te había visto con ese uniforme.

—He tenido una reunión con algunos mandamases hace un momento y por eso voy así. Ahora iba camino del hospital, pero antes quería hacerte una visita breve. No te molesto, ¿verdad?

—Por supuesto que no, mujer. Pasa, me estaba haciendo un té, ¿quieres uno?

—No, gracias. —Las dos mujeres se dirigieron a la cocina. Telma se sentó en un taburete alto junto a una encimera de granito, con una taza humeante de infusión entre las manos. Miranda permaneció de pie—. No te entretendré más que unos minutos. Sólo quería decirte que creo que ya sé quién mató a Aleksandar Suker.

Las cejas de Telma se arquearon.

—¿De veras? ¿Estás… estás segura?

—Bueno, no hay nada seguro en esta vida, pero me parece que, a grandes rasgos, tengo claros los detalles básicos. Pensé que merecías ser la primera en saberlo.

—Te lo agradezco. Puede que eso haga que por fin logre volver a dormir de un tirón por las noches. —La escritora se estremeció—. Cuéntamelo todo, por favor.

—En realidad, gran parte del mérito es de mi sargento… Christian Ballesteros, un chico estupendo, y más espabilado de lo que yo misma pensaba. Él fue quien me llamó la atención sobre el tema de la puerta.

—¿La puerta?

—Sí; la de la casa de Aleksandar. Dijiste que cuando encontraste el cadáver la puerta estaba abierta, ¿no es cierto? Pues bien, eso era bastante raro. ¿Por qué el asesino no cerró la casa al salir? Tomó muchas precauciones como, por ejemplo, no dejar huellas dactilares, llevarse el ordenador y el teléfono móvil del chico… pero, sin embargo, cometió el olvido absurdo de no cerrar la puerta de la casa. Después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que, en realidad, no fue un olvido. El asesino dejó abierta la casa a propósito, y lo hizo porque, sencillamente, necesitaba volver a entrar después.

»Ese detalle, a su vez, me llevó a pensar que, en primer lugar, el asesino no tenía llaves de la casa y, en segundo lugar, que tampoco conocía otra forma de entrar y salir de ella salvo por la puerta principal. Si el asesino no tenía llaves pero, no obstante, logró entrar en la casa sin forzar la cerradura, eso significaba que fue Aleksandar

quien le permitió entrar. Es decir, el chico conocía a la persona que lo mató.

»Esto me lleva de vuelta al punto de partida: ¿por qué no cerró la puerta al salir? En fin, como ya te he dicho, porque no tenía llaves y necesitaba volver a entrar más tarde. Pero ¿por qué?

—Exacto, ¿por qué? —preguntó Telma, esforzándose por no perder el hilo de la exposición.

—Pues porque, por extraño que parezca, la única forma que tenía de demostrar que no conocía a la víctima y, por lo tanto, evitar ser sospechoso, era regresando a la escena del crimen más tarde. Así pues, no me cabía ninguna duda: Aleksandar conocía a su asesino; lo conocía tanto, de hecho, que éste temió que si la policía lo descubría sería uno de los principales sospechosos del crimen, así que planificó la manera de ocultarlo.

—De acuerdo, Alex conocía a su asesino —resumió Telma, quedándose con el meollo del asunto—. Pero no me tengas más tiempo en suspense: ¿quién lo mató?

—Bien, cuando avancé un poco más en la investigación encontré a dos personas que me ocultaron deliberadamente que conocían a la víctima. Uno de ellos era Sergio Fernández, el agente que alquiló la casa a Alex. Él tenía un móvil y carecía de coartada, pero también sabía cómo entrar y salir del chalet sin utilizar la puerta principal, yo misma le vi hacerlo, de modo que era improbable que hubiese abandonado la escena del crimen por la puerta dejándola abierta, así que lo descarté. El otro sospechoso que también me ocultó su relación con la víctima era Alfonso Navarro.

—Espera un momento —interrumpió Telma—. ¿Ése no es el tipo que creó Finder? Madre mía, recuerdo que una vez le dediqué un

libro a su mujer… ¿Él fue quien mató a Alex?

—Sí —respondió Miranda—. Es decir… es el sospechoso más probable. No poseía llaves de la casa, quería encubrir a toda costa su relación con Aleksandar y, además, según he averiguado hace poco, también tenía un motivo para hacer callar al muchacho para siempre.

»Pero hay una pega. La vecina de Aleksandar asegura que oyó un grito agudo en casa del chico entre las once y media y las doce de la noche, pero a esa hora tanto Alfonso Navarro como su mujer estaban llegando de Valencia, según un informe policial. De modo que no, en realidad él tampoco pudo hacerlo.

—Entonces… ¿quién fue?

Miranda suspiró.

—Lo hiciste tú, Telma —dijo, lentamente—. Tú mataste a Aleksandar Suker.

Se hizo un silencio pesado. Al cabo de un rato, la escritora esbozó una sonrisa de incredulidad.

—No puedo creerlo —dijo—. Después de todo por lo que he pasado, ahora me vienes con esto… Si es algún tipo de broma, es muy cruel, y de muy mal gusto, Miranda.

La teniente movió la cabeza, entristecida.

—No, no es una broma. Ojalá lo fuera, pero es la verdad. Tú lo mataste.

—Deja de decir eso —replicó Telma, con voz gélida—. No me cabe en la cabeza cómo puedes haber llegado a una conclusión tan… tan estúpida.

—Sí, parece estúpida, ¿verdad? Estúpida y sin sentido. Ni siquiera habría pensado en tenerla en cuenta de no ser por algo que me

dijiste tú misma, en aquel partido de fútbol, ¿lo recuerdas? Querías convencerme de que el asesino de Aleksandar debió ser alguien grande y fuerte porque, según tus propias palabras, el chico medía casi dos metros. Ahora bien, ¿cómo podías saber eso si nunca le habías visto más que en su foto de Finder y tendido en el pasillo de su casa?

»Aunque eso me llamó la atención, en principio no le di mayor importancia. Pensé que quizá sólo habías acertado su altura por casualidad, o que podías haberla calculado a ojo después de ver su cadáver durante tan sólo una fracción de segundo, o incluso que algún periódico podía haber mencionado aquel dato, por absurdo que pareciera… Yo no quería pensar que me estabas ocultando algo, quería confiar en ti. Pero, desde aquel momento, la duda ya estaba en mi cabeza.

»Empecé a reparar en otra serie de detalles que al principio había pasado por alto. La vecina de Aleksandar dijo que la noche del crimen vio un coche pequeño y oscuro aparcado en su casa, y que oyó un grito agudo… o de una mujer. No quise tener muy en cuenta ese testimonio porque, al mismo tiempo, Bogdan Lupu, el vigilante de la urbanización, dijo que, en efecto, había un coche oscuro, pero era grande y lo conducía un hombre alto, moreno y bronceado. Bien, pensé, el típico caso de testigos que se contradicen. Nada nuevo.

»Pero había algo curioso en aquella contradicción: era radical. Ambos testigos no diferían en pequeños detalles, sino que parecían haberse puesto de acuerdo para decir cosas completamente opuestas. En mi experiencia, eso es casi tan difícil como que dos testigos coincidan en todo. Llegué a una conclusión: uno de ellos mintió, ¿pero quién? Descubrí más tarde que Lupu no era de fiar, así

que me incliné por él. En tal caso, si atendía a la descripción ofrecida por la vecina de Aleksandar, la persona que estuvo con el muchacho la noche de su muerte era una mujer que conducía un coche pequeño y oscuro. Tú cumples todos esos requisitos.

»Aparte de eso, caí en la cuenta de un detalle llamativo: la descripción de Lupu del hombre moreno, grande y bronceado era la de alguien completamente opuesto a ti; parecía como si el rumano quisiera encubrirte de forma deliberada. Por supuesto, eso era justo lo que estaba haciendo.

—Esto ya roza el esperpento, Miranda. ¿También vas a decirme que yo conocía a aquel tipejo? ¿Alguien cuyo nombre ahora mismo ni siquiera soy capaz de pronunciar?

—Sé que lo conocías. De hecho, puedo probar que así era, pero volveré sobre eso más tarde. Aún no he mencionado la pista principal, la más importante de todas: el libro.

»Faltaban tres objetos en casa de Aleksandar: su móvil, su ordenador y un ejemplar de *Celos del aire* de su estantería. Tenía sentido que su asesino se llevara los dos aparatos electrónicos porque podían servir para que la policía supiera con quién se relacionaba el croata. Pero el libro… ¿Por qué llevarse un libro? ¿Qué tenía de importante?

»Quizá simplemente Aleksandar se lo prestó a alguien, me dije; pero tú me confirmaste que el chico aún lo estaba leyendo. Entonces ¿por qué el dichoso libro no aparecía por ninguna parte? Empecé a darle pábulo a la idea de que si el libro no estaba era porque el asesino se lo había llevado.

»Pero ¿por qué un asesino se lleva un objeto de la escena de un crimen? Sin duda, porque demuestra algo que no quiere que se

sepa. ¿Y cómo puede un simple libro ser una prueba incriminatoria? Me hice esta pregunta hasta que reparé en un detalle: algunos libros están firmados, o bien por sus propios dueños o bien por el autor, a modo de dedicatoria. Comprobé que Aleksandar no era del tipo de lector que marca sus ejemplares, así que llegué a la conclusión de que lo que tenía de especial aquel libro en concreto era que estaba dedicado por su autor… O, en este caso, su autora.

Con mucha calma, la teniente hurgó en su bolso hasta sacar de él un ejemplar de una novela de bolsillo, con las páginas deterioradas por la humedad. Abrió la portada y le mostró a Telma la primera hoja. En ella, algo desvaída pero aún legible, se veía una dedicatoria escrita a mano.

«Para Alex, más que un amigo, mi chico especial. Con todo mi amor, Telma.»

Miranda dejó el libro sobre la encimera, junto a su autora. Su amiga apartó la mano en un acto reflejo, como si temiera tocarlo, y miró a la teniente con ojos de animalillo acorralado.

—Cuando cometiste el asesinato, arrojaste esto al depósito de la fuente del jardín vecino —dijo Miranda, con voz neutra—. Era una buena idea, sí, pero tuviste mala suerte y el libro atascó la vía de agua. La vecina creyó que era cosa de fantasmas, porque la fuente dejó de funcionar la misma noche en que Aleksandar murió… Pero yo ya imaginé que no había nada de sobrenatural en aquella avería. El agua ha borrado un poco las letras pero, como verás, se leen con claridad. También le mostré el libro a un experto grafólogo de la policía científica y ha identificado tu caligrafía sin apenas margen de error. —La teniente miró a Telma a los ojos—. ¿Seguirás negando que no conocías a Aleksandar?

La escritora se llevó la taza de té a los labios. Sus manos temblaban.

—¿Y qué si era así? —dijo en apenas un susurro—. Eso no demuestra que yo… que yo…

—¿Que tú lo mataras? Puede, pero si no lo hiciste, ¿para qué tantas mentiras? ¿Por qué tanto esfuerzo en ocultar que lo conocías? Toda esa complicada historia de la cita a ciegas a través de Finder… Era falsa, nunca hubo tal cita. Tú misma te escribiste aquella conversación que me mostraste el día que se descubrió el cadáver. Utilizaste el móvil de Aleksandar, que también habías sustraído de la casa, para enviarte esos mensajes.

—No… No es verdad…

—Aquella noche fuiste a su casa y lo mataste. Quizá no pretendías hacerlo, pero ocurrió, así que no te quedó más remedio que improvisar. Lo del rizador de pelo fue un intento tan forzado de hacer que pareciera un crimen homófobo que sólo podía tener un objetivo: el de exculparte a ti. Fuiste tú quien se esforzó por que yo relacionara aquel detalle con *Eduardo II*, lo cual, por otra parte, demostraba que quien tuvo la idea de utilizar el rizador de pelo conocía muy bien la obra de teatro a la que hacía referencia. Eso te señalaba a ti de nuevo. En todo momento quisiste hacerme creer que el crimen fue obra de alguien que pretendía hacerte daño a ti o al centro social, pero era una idea tan forzada que resultaba insostenible. Matar a un pobre muchacho sólo para dañar la reputación del centro social era algo completamente absurdo, teniendo en cuenta que podría lograrse el mismo efecto por medio de métodos más directos y seguros.

»Después de asesinar a Aleksandar saliste de la casa sin cerrar la puerta. Tal y como te dije al principio, el único motivo por el que el asesino haría algo semejante sería para poder entrar más tarde, antes que la policía. ¿Y quién fue la primera persona que accedió a la escena de crimen después de que éste se hubiera cometido? Sólo tú, para encontrar el cadáver. Era imprescindible que tú hicieras ese descubrimiento para así poder relatar a la policía aquella patraña de la cita a ciegas por Finder y hacer creer que no conocías de nada a la víctima, que no os unía ninguna relación y que alguien te había engañado haciéndose pasar por Aleksandar y obligándote a ir a su casa. Por otra parte, si habías cometido el error de dejar alguna huella de tu presencia al matar al chico, el hecho de que hubieras hallado el cadáver serviría para encubrir ese despiste. Era un plan audaz y arriesgado, pero si tenía éxito, te haría quedar como una inocente mujer acosada por un asesino homófobo y retorcido. En resumen, alejaría el foco del verdadero móvil del asesinato.

—¿Y cuál es, según tú, ese móvil? —preguntó Telma, intentando sin éxito parecer desafiante.

—Los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere. Tú no sólo eras amiga de Aleksandar, ¿verdad? También hacías un trabajo para él.

Telma empalideció. Pareció costarle un enorme esfuerzo mantener la serenidad.

—No… no tengo ni idea de lo que estás hablando…

—Creo que os llaman «soplones», ¿no es así? Tú eres una de ellos. Cumples el perfil, tal y como me ha dicho cierta persona esta mañana cuando le mostré tu fotografía, pues trabajas con menores carentes de lazos familiares, con esos jóvenes del centro social… Es

curioso que la mayoría de los chicos desaparecidos de la comarca sean de ese centro donde tú impartes clases. Tú te ganas su confianza y les muestras cómo usar Finder, una alumna tuya me lo dijo. Según me contó, fue su profesora de danza contemporánea quien la animó a utilizar la aplicación.

—¡Yo no doy esa asignatura!

—No, en efecto. Pero sí sustituyes a la profesora habitual desde que está de baja por maternidad, hace meses.

—Todo esto son tonterías… Disparates…

—Tengo un testigo de la red de tráfico de menores que asegura que Alex y tú os conocíais. Ese mismo testigo dice que Aleksandar captaba a los menores a través de Finder, menores a los que, estoy segura, tú animabas a contactar con tu amigo el croata. Por eso Bogdan Lupu te encubrió, porque formabas parte de la trama, igual que él, pero, al parecer, no quisieron arriesgarse a que el rumano no guardara silencio y por eso lo mataron.

»Mi testigo dice que Aleksandar quería dejar la trama, y yo creo que no miente. Sergio Fernández, que también conocía al croata, también me reveló que el muchacho planeaba dar un cambio a su vida. Sospecho que esos planes no eran muy edificantes, pues se reducían a chantajear a Alfonso Navarro con un vídeo sexual, pero al menos eso es menos malo que poner a jóvenes inocentes en manos de una mafia de proxenetas.

»Intuyo que tuvisteis una discusión por algún motivo, la verdad es que no lo sé; pero sí estoy segura de que fue en medio de esa riña como mataste a Aleksandar.

—¡Mentira! —exclamó Telma—. No son más que mentiras y estupideces… Oh, Dios mío, ¡Alex…! —La mujer cerró los ojos y se

llevó las manos a las sienes—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Él no está muerto!

Miranda contempló a su amiga.

—Telma… —La escritora no respondió. Daba la impresión de querer ignorar la presencia de Miranda como si, de esa forma, lograra hacerla desaparecer—. ¿Por qué lo hiciste?

«¿Por qué lo hiciste?»

Telma escuchó la pregunta como si llegara desde un lugar lejano.

Estuvo a punto de responder, pero se dijo que sería una pérdida de tiempo. Miranda no lo comprendería.

Alex. Él era otra de las cosas que la teniente jamás podría entender. No lo conoció. Nunca estuvo cerca de él, no oyó el sonido de su voz, que abrazaba igual que un viento cálido, ni tampoco contempló aquella sonrisa que iluminaba todo su rostro cada vez que sus labios la desplegaban. Nunca vio el sol de su cabello, las tormentas de sus ojos ni el mármol de su piel. Miranda jamás podría saber que Alex irradiaba magia.

«¿Por qué lo hiciste…?»

Dinero. Eso fue lo que Telma estuvo a punto de responder. Supuso que Miranda podría comprender aquella motivación. Al principio, el dinero fue un poderoso motor. Telma jamás había atesorado tanto como cuando empezó a recibirlo a cambio de inocular Finder entre sus alumnos. El dinero le otorgaba seguridad, independencia, libertad. Y apenas tenía que hacer ningún esfuerzo para obtenerlo.

Ni siquiera tenía que molestarse demasiado en dar a conocer Finder a los chicos. Ellos ya lo utilizaban en masa. Telma tan sólo

debía orientarlos un poco, ¡y era tan sencillo…! Se acercaba cándidamente a quienes ya estaban seducidos por la aplicación y con sutileza guiaba sus preferencias hacia los ganchos, hacia los atractivos jóvenes aficionados a los deportes de riesgo y el ruso blanco con vodka Belvedere (era la clave que Telma había recibido para reconocerlos). Sus alumnos se dejaban aconsejar por ella sin recelos porque Telma siempre era cariñosa con ellos, cercana, carismática. Sabía cómo pensaban y cómo hablarles. Sus chicos la adoraban, especialmente aquellos que provenían de ambientes más complicados (los solitarios, los abandonados en centros de menores, los inadaptados…), porque en Telma veían a alguien en quien confiar.

«Eh, fíjate en este chico —les decía Telma, señalándoles uno de los perfiles de Finder (deportes de riesgo y ruso blanco)—. Oye, no está nada mal… ¡madre mía, si yo tuviera tu edad! ¿Por qué no le das un toque, a ver qué pasa?» Ellos lo hacían sin pensar. Manejaban Finder igual que un juguete. «¿Ya está? Genial… Si te responde, no dejes de decírmelo, quiero que me lo cuentes todo. Oh, cariño, ¡claro que te responderá!, tú también eres un chico de lo más mono.» Los ganchos, por supuesto, siempre respondían. Después, el chico desaparecía sin dejar más rastro que una disparatada cantidad de dinero en la cuenta corriente de la escritora.

Telma nunca pensaba en el destino final de aquellos jóvenes. Todo resultaba más sencillo si fingía ignorarlo. Ella prefería pensar que no estaba haciendo nada malo, al contrario; no era más que una especie de moderna celestina que les abría a sus alumnos la posibilidad de mantener citas emocionantes con chicos muy atractivos. Si, después de eso, no eran capaces de cuidar de sí

mismos, Telma no tenía por qué sentirse responsable de lo que les pudiera pasar. Su conciencia permanecía anestesiada por el dinero fácil.

Es más, incluso a veces Telma envidiaba un poco a sus desdichados alumnos pues todos los ganchos de Finder eran excepcionalmente guapos: Luka, Fran, Dado…

Alex.

Sobre todo Alex. Sólo con ver su foto de perfil, a la escritora se le ponía la carne de gallina. Parecía imposible que alguien semejante pudiera ser real.

Entonces ocurrió lo inesperado.

Alex apareció un día en el centro social. Quería conocerla.

Le encantaban sus libros, le dijo, mientras le sonreía de una forma adorable. Él conocía la norma de que los ganchos no podían contactar con soplones, pero Alex siempre fue a contracorriente, forjaba sus propias reglas. Admiraba tanto a Telma que no le importó violar aquella prohibición y presentarse un día ante ella, sólo para decirle cuánto disfrutaba leyendo sus novelas.

El joven se mostró encantadoramente cohibido, como un niño que conoce al fin a su superhéroe favorito. Parecía tímido como un cachorro. No dejaba de sonreír y de toquetearse el pelo con nerviosismo mientras le preguntaba a Telma de dónde sacaba aquellas ideas tan fantásticas. Él también quería ser escritor, decía. Incluso tenía un cuaderno donde apuntaba ideas para algunos cuentos. Tal vez a Telma no le importara echarle un vistazo… ¡Eso le haría feliz!

Ella perdió la cabeza por Alex en cuanto descubrió que era un ser de carne y hueso. Jamás había experimentado algo así por ningún

hombre adulto. Sentía por él una inquietante mezcla, entre lujuria perversa y ternura maternal. Alex le suscitaba tales imágenes en su cabeza que a menudo hacían que la escritora se ruborizase sin motivo aparente.

Aquel sentimiento creció en intensidad al tiempo que la relación entre ambos se hacía más estrecha. Empezaron a verse con frecuencia, siempre en lugares discretos. Con frecuencia la escritora lo invitaba a su propia casa, y allí Alex le hablaba de sí mismo durante horas. Era un chico más bien solitario, lleno de sueños. A veces maduro, a veces infantil, algunos días melancólico y otros entusiasta… Su personalidad era compleja y fascinante. Telma lo adoraba hasta el delirio.

Por desgracia, el joven no sentía por ella esa clase de atracción. Las mujeres ni siquiera le interesaban en sentido físico y, por otra parte, la escritora tenía edad suficiente para ser su madre. Alex nunca le demostró más que admiración. No obstante, Telma a menudo fantaseaba con que sus sentimientos cambiaran de alguna forma. Quizá, si le diera más tiempo, si lo mantuviera lo más cerca posible de ella en todo momento…

Telma no se dio cuenta de que el chico empezaba a sentirse asfixiado por aquel interés. No reparó en que Alex comenzó a eludirla. Sus encuentros se hacían más espaciados y las excusas del joven eran cada vez más inverosímiles. Cuando se veían, él se mostraba distante y aburrido, como si se hubiera cansado de ella. Aunque Alex ni siquiera se molestaba en fingir, Telma se obcecaba en ignorar su patente cambio de actitud.

No respondía a sus llamadas y ella se decía que era porque estaba demasiado ocupado. Ignoraba sus mensajes y la escritora quería

pensar que se debía a que no podía verlos. Pasaron semanas sin que supiera nada de él, pero Telma se acostaba cada noche convencida de que Alex iría a verla al día siguiente.

Finalmente no pudo soportar su ausencia durante más tiempo. Una noche, muy tarde, se presentó en su casa, algo que la escritora jamás antes se atrevió a hacer. Si Alex no estaba, ella pensaba esperarlo el tiempo que hiciera falta, pero no fue necesario.

El chico la recibió de forma cortés, aunque se mostraba tan apático que ni siquiera Telma pudo pasarlo por alto. No obstante, durante los primeros minutos todo pareció ir bien. Alex incluso le pidió que le dedicara una de sus novelas, *Celos del aire*, la cual acababa de comprar. Telma escribió una dedicatoria en el libro y a continuación el chico lo dejó pulcramente colocado en su estantería. El orden siempre fue una de sus obsesiones.

Cuando Alex regresó junto a ella le dio las gracias por la dedicatoria y, sin ningún miramiento, le dijo que quizá ya era hora de que se marchara. Telma recibió aquel chasco como una bofetada.

«¿Qué te ocurre? —preguntó ella—. Te pasa algo, estoy segura. Te noto extraño.»

De malos modos, Alex le dijo que todo iba bien, que sólo estaba cansado.

Telma insistió hasta que el chico, por quitársela de encima, le explicó cuál era el problema.

Había sucedido algo la noche anterior. Alex había quedado con uno de los alumnos de Telma, con Edu. Todo fue según la rutina habitual hasta que, de pronto, el chico se puso como loco. La droga con que Alex lo sedó le provocó algún tipo de reacción. Cuando Alex estaba a punto de meterlo en el almacén del puerto, Edu empezó a

gritar y forcejear. Echó a correr a ciegas como un lunático y, de pronto, se desmayó. En su caída resbaló y fue a parar al mar desde lo alto de la escollera. Alex intentó sacarlo del agua, pero no pudo alcanzarlo. El cuerpo de Edu flotaba inanimado boca abajo como un muñeco de goma. El croata se asustó y escapó. Al día siguiente se enteró de que la Guardia Civil había encontrado un cadáver en el puerto y supo que se trataba de Edu. Alex no podía quitarse de la cabeza la imagen del chico muerto.

Telma intentó consolarlo. Le dijo que no había sido culpa suya, que todo iría bien, que ella le ayudaría a olvidarlo. En aquel momento ni siquiera le importaba la muerte de Edu, sólo quería que Alex se sintiera mejor.

El croata empezó a enfurecerse. Casi a voces, le dijo a Telma que ya estaba harto de todo aquello. Que él no era un asesino ni quería serlo. Se acabó lo de llevar chicos al almacén, se acabó actuar de gancho. Aquello había ido demasiado lejos y Alex quería dejarlo. Por primera vez era consciente del mal que estaba causando.

«Está bien —le dijo Telma—. Tienes razón. Dejaremos todo esto atrás, los dos juntos. Yo te apoyaré.» No fue un arrebato de conciencia lo que motivó las palabras de la escritora, sino la idea obsesiva de que Alex no se apartara de su lado. «Eres un buen chico», le repitió una y otra vez, acercándose a él. Quería consolarlo. Abrazarlo. Tocarlo.

«Eres un buen chico. Yo lo sabía, siempre lo he sabido. Te ayudaré a empezar de nuevo. Cuidaré de ti, ya lo verás. No dejaré que te pase nada malo.» Manoseó sus brazos, su pecho, su cara, sin reparar en la expresión de repugnancia que había aparecido en el rostro de Alex.

Entonces, al sentir el calor de su piel bajo su ropa, Telma perdió la cabeza y le besó.

O, más bien, trató de hacerlo.

Cuando sintió aquellos labios ansiosos, desesperados, sobre los suyos, Alex la apartó de un empujón con asco. El chico perdió los estribos. Le preguntó a gritos qué creía que estaba haciendo, la llamó loca. Ridícula. Vieja.

Telma empezó a llorar. Cada insulto le dolía como una cuchillada. Le suplicó que la perdonase, dijo que había perdido la cabeza porque le quería. Hizo amago de abrazarlo.

Alex la abofeteó.

No fue un golpe violento, ni siquiera doloroso. Más bien un manotazo accidental que el chico le propinó sin darse cuenta al intentar quitársela de encima. Pero el golpe fue lo suficientemente fuerte como para hacer añicos algo en la mente de la escritora.

Profundamente humillada, dolida en lo más hondo de su ser, Telma perdió el control de sí misma. Agarró el primer objeto que tenía a mano y descargó un golpe en la cabeza del croata.

Alex se desplomó. Su cráneo impactó contra el canto de la base de la chimenea y Telma oyó un chasquido que le provocó escalofríos.

El muchacho quedó tendido en el suelo. Muerto.

Telma gritó como si le hubieran arrancado el corazón.

El tiempo se detuvo. La escritora trató de levantar el cuerpo del chico. Acunó su cabeza entre los brazos, llamándolo por su nombre una y otra vez entre lágrimas, besando sus labios fríos. Transcurrió una eternidad en forma de minutos hasta que, por fin, Telma se dio cuenta de lo que había hecho.

Había matado a un hombre. Era una asesina.

Algún engranaje extraño giró en su cerebro. De pronto, al contemplar el cuerpo sobre su regazo, se apartó de él con un gesto de repugnancia. Ése no era Alex. Alex no podía estar muerto. Aquel objeto sólo era carne sin vida, nada más.

Telma no estaba dispuesta a ir a la cárcel por culpa de un cadáver que tan sólo remotamente se parecía a Alex, igual que una burda imitación.

Se puso de pie y empezó a actuar. Limpió de forma apresurada la mancuerna con la que había golpeado al joven y la devolvió a su sitio. Luego intentó limpiar su rastro de toda la casa con ayuda de un paño mojado, hasta que la magnitud de la empresa le pareció agobiante.

«Es imposible —se dijo—. No seré capaz de borrar todas mis huellas. La policía encontrará algo, seguro, tienen medios para eso.»

El haberse forjado un nombre en el campo de la ficción literaria quizá le sirvió de ayuda para pergeñar un plan que, tal vez, podría dar resultado. Si era ella la que encontraba el cadáver, pensó, a la policía no le resultaría extraño hallar algún vestigio de su presencia en la casa. Fue entonces cuando se le ocurrió inventar la historia de la cita a ciegas con un desconocido.

Era importante que nadie la relacionara con Alex. Repasó mentalmente qué objetos habría en la casa que pudieran demostrar que ambos se conocían. De inmediato pensó en el teléfono móvil del chico (que también le serviría para dar solidez a su falsa cita a ciegas si lo usaba para mandarse a sí misma mensajes desde la aplicación de Finder de Alex). También decidió llevarse su ordenador, por si Alex guardaba en él sus contactos. Por último, se acordó del ejemplar dedicado de *Celos del aire*.

Debía deshacerse del libro. Recorrió toda la casa buscando un modo de hacerlo hasta que un montón de leña en el jardín trasero le dio la idea de quemarlo en la chimenea. Cambió de parecer cuando reparó en la ostentosa fuente ornamental de la parcela vecina. Estaba provista de un pequeño depósito y le pareció que aquél sería un escondite magnífico. Nadie indagaría allí ninguna pista y, con suerte, el agua estropearía el libro hasta hacer ilegible la dedicatoria. A Telma le bastó asomarse un poco por encima de la valla para dejar caer la prueba incriminatoria en la fuente.

Después fue al cuarto de baño para lavarse la sangre de Alex de las manos. Allí fue donde encontró el rizador de pelo.

La idea de hacer pasar el asesinato por un crimen homófobo brilló de pronto en su cerebro y le pareció bastante buena. Sin duda que despistaría a la policía.

Casi sin pensar en lo que estaba haciendo, arrastró el cuerpo de Alex cerca de una toma de corriente y lo desnudó de cintura para abajo. Enchufó el rizador y lo introdujo en el recto del cadáver. No sintió nada al hacerlo salvo premura.

Aquél no era Alex. Sólo una cosa muerta. Nada más.

Por último, salió de la casa dejando la puerta abierta para poder regresar al día siguiente.

No reparó en que Bogdan Lupu la había visto entrar y salir de la urbanización, pero jamás llegó a saberlo. El rumano, aunque supuso con acierto que Telma había matado a Alex, creyó que el crimen estaba relacionado con algún asunto de la red de trata de menores y optó por pedir dinero a sus cabecillas a cambio de encubrir a la escritora. Supuso que ellos no querrían arriesgarse a que el tinglado saliera a la luz si la policía descubría qué era lo que relacionaba a

Telma con el croata. En vez de chantajearla a ella, Lupu prefirió efectuar su extorsión a un nivel superior, creyendo que así obtendría mayor ganancia. Lo que no calibró fue lo lejos que los cerebros de la red estaban dispuestos a llegar para cerrarle la boca.

La noche del crimen Telma no durmió bien, y, al levantarse, emprendió la jornada con una extraña sensación de irrealidad, como si se estuviera viendo a sí misma en un sueño, fuera de su cuerpo. Cuando más tarde se encaminó de regreso a casa de Alex para ejecutar la última parte de su plan, empezó a sentir algunos nervios, pero en lo único en que pensaba era en si resultaría creíble que una mujer de su edad concertase una cita por Finder con un joven al que no conocía de nada. Era importante que a la policía le pareciese una historia verosímil.

Telma tuvo suerte y al llegar a la casa encontró a una vecina que regaba sus plantas. Ya había planeado de antemano que no entraría hasta que apareciese un testigo que pudiera certificar la hora en que descubriría el cadáver. El resto fue sólo cuestión de dotes actorales.

Habían pasado días desde aquello y la escritora aún no era capaz de quitarse de encima aquella sensación de enajenación de la realidad. Era como si todo lo ocurrido después de golpear a Alex con su mancuerna no fuera sino un sueño inquietante.

Por eso, al escuchar la pregunta de Miranda («¿Por qué lo hiciste?») no supo hallar una respuesta.

Ella no había hecho nada. Todo era un sueño del que tarde o temprano despertaría.

Alex no estaba muerto. No podría estarlo jamás.

Telma dejó su taza de té sobre la encimera con un gesto sereno.

—Miranda, vete de mi casa —dijo, manteniendo los ojos fijos en el ventanal—. Ahora.

La teniente habló con voz comprensiva, casi dulce.

—Telma, escúchame. Tenemos un testigo que puede jurar que conocías a Alex y que colaborabas con él para captar a los chicos. —Aquello no era del todo cierto, pero Miranda quiso arriesgar con un pequeño farol—. También hemos detenido a uno de los cabecillas de la trama. Ya conocemos la identidad de algunos de los implicados más importantes, así como la de todos los chicos que actuaban como gancho. La investigación avanza cada vez más rápido. Tu nombre no tardará en salir a la luz, junto con otros muchos que hacían lo mismo que tú.

—¿No me has oído? Quiero que te marches.

—Y yo quiero ayudarte, por nuestra amistad. Si confiesas ahora y aceptas colaborar en la investigación, podríamos conseguirte algunos beneficios. Nuestro testigo…

—¡Vete! ¡Fuera de aquí!

Telma arrojó su taza contra la pared.

Miranda no se inmutó. Permaneció un buen rato contemplando en silencio a la escritora, la cual seguía con la mirada perdida más allá del cristal de la ventana.

—Está bien —suspiró abatida—. Te dejaré sola, entonces.

Telma no reaccionó. Ni siquiera parecía haberla escuchado.

Cuando salió de la cocina, Miranda tuvo la extraña sensación de que tras de sí abandonaba una estancia desierta y fría, carente de cualquier asomo de vida, como el interior de un mausoleo.

27
¿Quedamos para otra cita?

Neus Guzmán había escuchado los rumores sobre una operación de envergadura efectuada por la Guardia Civil la noche anterior.

En el ayuntamiento era el único tema de conversación entre los funcionarios y Neus, aunque apenas se relacionaba con sus compañeros (casi todos simpatizantes del nuevo equipo de gobierno, que Neus detestaba), había atendido con interés a los comentarios que le llegaban desde su mesa de trabajo.

Por lo visto, a un sargento de la compañía le habían propinado una paliza de muerte. Era cosa de mafiosos, según se decía. Algunos hablaban de carteles de drogas, otros de traficantes de armas e incluso hubo quien aseguró saber de buena tinta que en realidad se trataba de una operación contra el terrorismo islámico. Neus oyó versiones de los hechos aún más descabelladas. En Santarés, el verdadero producto de la artesanía local eran los rumores sin fundamento. Curiosamente, a nadie se le ocurrió relacionar los sucesos de la noche con el asesinato del joven croata.

A Neus, por su parte, le resultaba indiferente conocer el verdadero motivo de la operación policial. Ella creía saberlo. A su modo de ver, cualquier acto delictivo cometido en Santarés estaba ligado a la

presencia del centro social y su corruptora influencia sobre las mentes de los jóvenes.

La mujer tenía la secreta esperanza de que aquella espectacular operación ejecutada por la Guardia Civil tuviera el efecto de despertar conciencias. Puede que gracias a ello el resto de los vecinos se dieran cuenta de una vez del grado de podredumbre social imperante en Santarés, donde sodomitas, extranjeros, delincuentes juveniles y demás calaña campaban a sus anchas protegidos por un ayuntamiento permisivo y prevaricador. Neus, sin duda, pensaba esforzarse al máximo por abrir los ojos a las gentes del pueblo. Ella lo veía como una verdadera cruzada contra el mal, en la que la propia Neus actuaba como adalid de las fuerzas del orden.

El enemigo era violento y dañino, en opinión de la mujer, y sus tácticas arteras; por ese motivo Neus veía necesario enfrentarse a él con sus mismas armas. Violencia contra violencia. Al fin y al cabo, azuzar a los chicos de su grupo de evangelización para que causaran daños en el ayuntamiento y actos de naturaleza similar era un vandalismo plenamente justificado por la altura moral de los fines perseguidos; pequeños males que ni por asomo podían compararse con los efectos provocados por aquel centro social y sus defensores.

Neus tenía el pálpito de que su triunfo no tardaría en llegar. Tan sólo había que aumentar un poco más la presión, atreverse a efectuar actos más radicales.

Dejar la cabeza de la rata en casa de Telma Silvela le pareció una medida audaz pero efectiva. Quizá aquello sirviera para que personas como Telma se asustaran lo suficiente como para abandonar Santarés de una vez por todas. Era imprescindible purgar

el pueblo de malas hierbas, y Neus tenía la certeza de estar en el camino correcto para lograrlo.

Aquella mañana, mientras escuchaba rumores agazapada malignamente en su mesa de trabajo, Neus tomó la decisión de emprender actos aún más contundentes. Una sonrisilla astuta afloró a sus labios al pensar en que, muy pronto, otros muchos vecinos de la calaña de Telma Silvela recibirían desagradables paquetes en sus puertas en mitad de la noche. Neus se regodeaba imaginando sus reacciones de espanto.

A veces resultaba muy divertido luchar por una buena causa.

Aquel súbito regocijo se enfrió algunos grados cuando Neus vio a la teniente Miranda dirigirse hacia su cubículo. Le costó reconocerla en un principio, enfundada en aquel uniforme que en ella resultaba incongruente y poco favorecedor.

Neus tuvo la esperanza de que la teniente hubiera ido al ayuntamiento para llevar a cabo alguna gestión que nada tuviera que ver con su persona. Giró la cabeza de izquierda a derecha buscando algún compañero, pero en aquel momento se encontraba sola en la planta; el resto de los funcionarios estaban tomándose su desayuno de media mañana.

La teniente se paró frente a la mesa de Neus, que le dedicó una mirada rayana en la repugnancia.

—Señora Guzmán —saludó Miranda, con desgana—. No parece muy contenta de verme, ¿acaso la estoy interrumpiendo?

—Sí, pero nunca me niego a atender a un representante de las fuerzas del orden.

—Claro que no.

Sin esperar invitación, Miranda tomó asiento con una serie de movimientos que a Neus le hicieron pensar en un lento y torpe paquidermo.

—¿Qué es lo que quiere, teniente? Estoy muy ocupada.

—Sólo será un momento. Por cierto, el otro día, cuando hablé con usted delante de la iglesia, creo que perdí mi pañuelo. ¿No lo tendrá usted, por casualidad?

Neus detectó un irritante tono burlón en aquellas palabras. Frunció la boca hasta que sus labios casi desaparecieron.

—No sé nada de sus cosas —respondió—. Ni tampoco me interesan.

—Qué lástima. En fin… Verá, he estado pensando que quizá le gustaría sincerarse conmigo y reconocer dónde estuvo la noche del sábado; ya sabe, la noche en que dejaron aquella rata muerta en la puerta de Telma Silvela.

—Estuve en mi casa —dijo Neus, con sequedad—. Y si vuelve a preguntármelo, tendrá que hacerlo junto a mi abogado.

—No profetice, señora Guzmán, no profetice… —dijo la teniente—. Bueno, pues ya que se niega a colaborar, no me deja otra alternativa.

Miranda depositó un papel arrugado encima de la mesa de la funcionaria. Tenía aspecto de documento oficial, lleno de sellos por todas partes y con el membrete de la Guardia Civil.

—¿Qué es esto?

—Una orden de arresto a su nombre.

La cara de Neus se desfiguró en una mueca de asombro. Resultó casi graciosa.

—¡Cómo se atreve! —bisbiseó. Apartó el documento de un manotazo—. No tiene ningún derecho a detenerme, y le juro que haré que se arrepienta de esto. Conozco a personas muy influyentes.

—Pues lo siento por ellas, oiga.

—¡Tendrá que responder por este flagrante acoso policial al que no deja de someterme! ¡Soy un miembro respetable de esta comunidad que cumple escrupulosamente con la ley! ¡Si cree que puede arrestarme acusándome de cometer actos vandálicos en mitad de la noche…!

—Oh, no, querida —dijo Miranda, con voz suave—. Esto no es por lo de la rata. Es por la estricnina.

Neus palideció. De pronto pareció quedarse sin palabras.

—¿La…?

—La estricnina, eso es. El farmacéutico dice que lleva meses vendiéndole estricnina, sospecho que desde que en el pueblo alguien empezó a dejar ratas muertas por todas partes, pobres bichos. Resulta que es ilegal comprar estricnina para envenenar animales sin un permiso de Sanidad. He visto los papeles que le entregó al farmacéutico y francamente, querida, no creo que tenga usted futuro como falsificadora de documentos; lo hace bastante mal.

—Usted no puede… No puede…

—La pena por el delito de falsedad documental es de tres a seis años de cárcel, más inhabilitación y multa. En cuanto a lo del uso ilegal de la estricnina para matar animales, ahora mismo no dispongo del dato, pero mis compañeros del SEPRONA[7] la informarán encantados después de leerle sus derechos. La están

esperando en la puerta para llevarla a declarar. Dado que tengo buenos amigos en esa unidad, me han permitido el honor de ser yo quien le dé la noticia de su arresto.

Neus engarfió los dedos en torno al canto de su mesa en un gesto de desesperado terror.

—¡No pienso ir a ninguna parte!

Miranda sonrió.

—Oh, sí, querida, sí que irá, y mucho me temo que no volverá en mucho tiempo. —La teniente se puso de pie para ir en busca de los agentes del SEPRONA—. Tenía usted razón en una cosa: la próxima vez que nos veamos, será en presencia de un abogado… y delante de un juez.

La funcionaria comenzó a chillar toda una plétora de insultos procaces, algunos bastante imaginativos, si bien Miranda no perdió ni un minuto en prestarles atención. Consideraba que ya le había dedicado a Neus Guzmán tiempo más que suficiente para el resto de su existencia.

Antes de ir al hospital, Miranda pasó por su casa para quitarse el uniforme y ponerse unos pantalones y una blusa cómodos. También se detuvo un instante en el supermercado para comprar manzanas.

Mientras esperaba en la cola de la caja, reparó en un expositor donde vendían tarjetas de felicitación. Había una en la que aparecía un perro de dibujo animado con el rabo escayolado. «¡Ponte guau!», se leía, con letras de colores. Sin pensarlo demasiado, Miranda cogió la tarjeta y la arrojó a la bolsa de las manzanas.

Christian estaba ingresado en un hospital de Castellón. Miranda condujo hasta allí y se encontró con Lesboutx en la cafetería.

La alférez tenía aspecto de estar cansada. Llevaba en el hospital desde primera hora de la mañana y se había encargado de avisar y recibir a los padres del sargento, tarea para la que se ofreció ella misma. Miranda se lo agradecía en el alma; no le gustaba tratar con parientes angustiados.

La teniente pagó un par de cafés para las dos y se los bebieron acodadas en la barra, junto a un pequeño grupo de enfermeras. Preguntó a Lesboutx por el estado de Christian.

—Estable, de momento —respondió la joven—. Eso es todo lo que sé. Ahora mismo lo tienen sedado en la UCI.

Le detalló a Miranda la amplia relación de daños que presentaba el cuadro clínico del sargento. Incluía rotura de costillas, cadera, mandíbula, tabique nasal, heridas de arma blanca en el hígado, el bazo, en el pulmón, y otras tantas lesiones de menor gravedad. Christian había pasado casi toda la noche en una mesa de operaciones.

—¿Y sus padres? —preguntó Miranda, tragando un sorbo de café que le supo muy amargo—. ¿Han podido verlo?

—Sí. Se marcharon a un hotel hace unos diez minutos para descansar un poco porque no han dormido nada desde ayer y, de todas formas, los médicos no permiten visitas ahora mismo.

—Eso ya lo veremos.

Dejó la taza en la barra y se dirigió junto con la alférez a la planta de cuidados intensivos. Mantuvo un pequeño rifirrafe con un médico con pinta de mozalbete en el que sacó a relucir su placa y permitió que la dejaran ver al sargento unos minutos.

El cuerpo roto de Christian apenas era visible entre una maraña de tubos y sondas que lo rodeaban como una enredadera de plástico. Tenía la cabeza completamente vendada. Su único signo vital eran los espaciados movimientos de su pecho al respirar. Miranda se quedó contemplándolo en silencio un rato. Llevaba en la mano la tarjeta que había comprado en el súper, una pizca arrugada por haber estado metida en la bolsa de las manzanas. La teniente la alisó un poco y la colocó con cuidado sobre una mesa, junto a la cama de Christian. Se arrepentía de haber escogido una tarjeta tan ridícula. Al ver aquella ilustración del perro con sonrisa boba y el estúpido texto («¡Ponte guau!») estuvo a punto de romperla en pedazos y tirarla a la basura, pero no lo hizo.

Pasados unos minutos, el médico con pinta de mozo la obligó a marcharse con firme cortesía. La teniente le preguntó por el diagnóstico del sargento, mas el doctor no se atrevió a aventurar nada sobre futuras secuelas. Aún era pronto, dijo.

Con un suspiro de resignación, Miranda se reunió de nuevo con Lesboutx en el pasillo de la planta de la UCI.

Las dos mujeres se quedaron en silencio durante bastante tiempo, como si ninguna pudiera quitarse de la cabeza la imagen del sargento rodeado de tubos. Después, con la idea de distraer la mente con algo que no fuera el estado de Christian, Lesboutx preguntó:

—¿Hablaste con tu amiga? —Miranda asintió—. ¿Y bien?

—Intenté apretarle las tuercas, pero no ha confesado.

—Tal vez ella no… —La alférez dejó la frase en suspenso.

—¿No lo hizo? Oh, sí, querida; fue ella. Después de haber visto su reacción, estoy más segura que nunca. —Lesboutx se fió de su

palabra. Sabía que la teniente nunca erraba en aquel tipo de juicios —. Es una pena… Me habría gustado ayudarla, pero no ha querido. Ahora tendrá que enfrentarse sola a lo que se le venga encima.

—¿Tú crees que la inculparán?

—No me cabe duda. Tarde o temprano saldrá a la luz su trabajo para los traficantes de menores. Le caerá un buen puro por eso.

—¿Y el asesinato?

—Encontraré una prueba, sólo es cuestión de tiempo. Seguro que Telma dejó muchos más cabos sueltos de los que ella se piensa.

—Vaya. —Lesboutx permaneció unos segundos en silencio—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Bueno… Ella es tu amiga.

—Sí, en fin… Supongo que después de esto nos distanciaremos un poco, qué se le va a hacer.

Lesboutx esbozó una tenue sonrisa.

—¿Sabes? Me siento como en una de esas novelas de detectives. Nunca sospeché en serio de ella de hecho, logró engañarme al hacer pasar el crimen por un asunto de homofobia. Yo apostaba por Neus Guzmán como la culpable.

—Ah, sí, la loca… No, ella no pudo hacerlo, tenía una coartada. A la hora del crimen estaba desvalijando el salón de actos del ayuntamiento con sus acólitos.

La alférez la miró sorprendida.

—¿Cómo sabes eso?

—Por lo que dijeron quienes la vieron más tarde, en la vigilia de oración. Según ellos, estaba llorosa y parecía afectada por la pena; en realidad, creo que lo que mostraba eran síntomas de una

reacción alérgica. Esa noche el salón de actos del ayuntamiento estaba repleto de restos de pelo de gato porque unas horas antes habían celebrado allí la cosa esa de las mascotas, y Neus es alérgica al pelo de gato. El día siguiente a la vigilia, compró una caja de antihistamínicos en la farmacia.

—Pero… ¿de dónde diablos has sacado esa información?

—A ver si piensas que pago diez euros la hora a mi asistenta sólo para que me limpie el cuarto de baño. Esa mujer es como tener a un topo infiltrado en el pueblo —respondió Miranda—. La verdad es que yo también sospeché de Neus durante un tiempo porque Aleksandar tenía gato, pero luego me enteré de que el bicho se escapó hace semanas.

—Ya veo… De modo que lo del ayuntamiento…

—Sí, fue ella. Pero no te preocupes por eso ahora, creo que me las he arreglado para dejar a esa pájara fuera de combate por una buena temporada, ya te contaré. —La teniente echó un vistazo a su reloj—. Deberíamos marcharnos. Aquí ya no hacemos nada y tú tienes pinta de necesitar descansar unas horas.

—Vete tú si quieres; yo me quedaré un rato más, al menos hasta que regresen sus padres. No me parece bien dejarlo solo.

Miranda asintió.

—Claro.

—Te avisaré si… hay algún cambio.

—Pronto se recuperará, ya lo verás; antes de que nos demos cuenta lo tendremos de nuevo en la oficina, sacándome de quicio con sus «a sus órdenes, mi teniente». Y, ¿sabes en qué pienso? En que cuando salga de aquí le vendrá bien tener una buena amiga que

lo distraiga un poco, quizá alguien del trabajo con quien salir de vez en cuando…

Lesboutx sonrió de medio lado. Se dijo que a Miranda no se le daban nada bien las sutilezas.

—Sí, quizá… Anda, vamos, te acompañaré al ascensor.

Un contundente aroma a guiso invernal recibió a Miranda cuando abrió la puerta de su casa. De inmediato se le hizo la boca agua. Ya era casi la hora del almuerzo.

Mercedes estaba en la cocina removiendo algo que chisporroteaba en una sartén. Despedía un olor tan delicioso que Miranda sintió mareos. Se colocó junto a la asistenta para olfatear la comida y le preguntó qué era aquello.

—Duelos y quebrantos —respondió Mercedes—. Unos torreznitos con jamón, chorizo dulce de mi pueblo y huevos revueltos. También le he puesto un poco de cebolla y ajo para darle sainete.

—Dios te bendiga. Estoy tan hambrienta que me comería lo que fuera, aunque se llame «duelos y quebrantos». —Miranda dejó la gabardina en el respaldo de una silla y sacó un botellín de cerveza de la nevera—. ¿Qué clase de nombre es ése, por cierto?

—Así lo llamaba mi madre. «Los sábados, duelos y quebrantos», decía, aunque no sé por qué; siempre los preparaba en domingo. —Mercedes vació el contenido de la sartén en una cazuela de barro—. Ella los hacía con sesos de cordero, pero en la carnicería no tenían, así que les he puesto una punta de jamón en trozos.

—No me parece mal cambio, las vísceras no son lo mío, ya veo demasiadas en el trabajo.

—Bueno, ¿y qué tal todo? —preguntó la asistenta, mientras fregaba la sartén en la pila—. La sobrina de la de la mercería me ha contado que a un sargento se lo llevaron ayer al hospital porque le dieron una paliza. Pobrecillo. ¿Usted lo conoce?

—Por desgracia sí. Se llama Christian y es uno de mis chicos.

—Jesús, qué lástima. Bueno, usted cómase esto, que algo la animará. Barriga llena no siente pena. —La mujer puso la sartén a secar—. Y luego una buena siesta para hacer la digestión.

—Ya me gustaría descansar un poco —Miranda suspiró—, pero tengo que volver pronto a la oficina. Tenemos mucho trabajo por lo del caso del chico croata al que mataron. Han aparecido nuevas pruebas.

—Eso está bien. ¿Ya se sabe quién lo hizo?

—Sí. Fue Telma Silvela.

—Ah. Claro.

Mercedes siguió fregando cacharros como si nada. A Miranda la decepcionó un poco su indiferente reacción; después de todo Telma era una celebridad local.

—No pareces muy sorprendida.

—Es que, verá, ayer por la tarde estuve charlando con la mujer que atiende en la confitería, ¿sabe? La que está al final de la calle. Resulta que su marido suele ir de noche a pescar en un barquito que tiene, y la noche del jueves, cuando volvía de la pesca alrededor de las dos y pico de la mañana, dice que vio a la escritora regresar a su casa, la del paseo marítimo. Nos preguntábamos qué habría estado haciendo la mujer hasta tan tarde pero, claro, ahora que usted me dice eso, ya todo tiene sentido: estaba matando a ese pobre chico, ¿no es cierto?

Miranda movió la cabeza en un gesto de incredulidad. Pensó, no por primera vez, que diez euros la hora era un sueldo demasiado bajo para todo lo que Mercedes ofrecía.

—Ese… marido de la confitera ¿es un tipo de fiar?

—Oh, sí, un señor muy serio. Notario jubilado, no le digo más. —La asistenta depositó un vaso recién fregado en la encimera y agitó la cabeza con expresión compungida—. Qué desgracia… Me refiero a lo del asesinato. Espero que metan pronto en la cárcel a esa escritora. ¡Matar así a un pobre chiquillo indefenso! ¿Dónde vamos a ir a parar? Y parecía una mujer tan amable, tan educada… Pero, ya se sabe: si sale manso el cordero, de cabrito será fiero.

—¿De verdad que eso es un refrán?

—Ya lo creo, y aún hay más: cuando el cordero se queja, no es cabrito sino oveja.

—Esa parte seguro que te la acabas de inventar.

Mercedes rió con buen humor y salió de la cocina para seguir limpiando el resto de la casa.

Ya a solas, Miranda colocó la cazuela de duelos y quebrantos encima de la mesita de la cocina, junto con unos cubiertos y un trozo de pan. Cuando tuvo todo listo, se quedó un buen rato contemplando el guiso con actitud reflexiva.

Pensaba en Aleksandar Suker.

Le parecía curioso que Mercedes se hubiera referido a él como «un pobre chiquillo indefenso». Era evidente que la buena mujer no sabía nada del croata.

Aunque, por otra parte, ¿acaso la propia Miranda podía presumir de conocerlo mejor, de tener una imagen completa y certera de la clase de persona que había sido el muchacho? ¿Era Aleksandar

Suker una inocente víctima o tal vez su caótico y desde luego no siempre ejemplar modo de vida lo habían abocado a una muerte violenta y prematura? Miranda no estaba segura de la respuesta.

Sin duda el croata debió ser un chico complejo. La investigación sobre su muerte había esbozado poco a poco un retrato más bien oscuro: drogadicto, delincuente, cómplice de varios secuestros, sexualmente promiscuo, chantajista… Y, no obstante, las personas que lo conocieron destacaban sólo cualidades positivas. Para su jefe en el Luces y Sombras era un buen chico, más digno de lástima que de otra cosa; Fanfran95 dijo que era valiente, e incluso dio a entender que poseía cierta integridad, y Sergio Fernández, por su parte, se enamoró de él a pesar de conocer algunos de sus defectos.

Demasiadas contradicciones.

La teniente recordó entonces los últimos versos de aquel poema de la urna griega, el del libro que Julio le había regalado… ¿Cómo eran exactamente?

La belleza es verdad, y la verdad es belleza.
Es todo cuanto necesitas saber.

Al reflexionar sobre aquellas palabras, Miranda descubrió que el único rasgo veraz, la única realidad incuestionable sobre el joven croata era, al fin y al cabo, la que cualquiera podía apreciar en su fotografía de Finder, esa frívola aplicación de contactos.

Aleksandar Suker era un muchacho guapo.

Satisfecha por haber resuelto aquel último misterio, Miranda se dispuso a disfrutar de sus duelos y quebrantos.

¿Qué pasaría si en lugar de encontrar en internet tu cita perfecta encuentras al asesino perfecto?

En una pequeña ciudad costera de Castellón, donde nunca pasa nada, una escritora de mediana edad ha quedado con un joven a través de la aplicación de móvil para ligar más popular del mercado. Cuando llega a la cita, en casa del chico, encuentra su cadáver desnudo y grotescamente manipulado. La teniente Miranda Vega, una guardia civil madura, experimentada y con un ácido sentido del humor, y su nuevo compañero, el sargento Christian Ballesteros, un novato ingenuo y de buen corazón, liderarán la investigación del asesinato del chico, lo que destapará un sórdido mundo de intereses mafiosos, fundamentalismos religiosos y fetichismos sexuales en lo que hasta entonces había sido una pacífica localidad turística.

Con una escritura vertiginosa, unos protagonistas originales y carismáticos y una trama adictiva de plena actualidad, Laura Mavor irrumpe en el panorama literario con un thriller policíaco perfectamente armado que se lee con la velocidad de un disparo.

Criminóloga de profesión, amante de la arqueología, el arte y la literatura, **Laura Mavor**, de padre americano y madre española, se ha especializado en delitos que se cometen a través de las nuevas tecnologías y aplicaciones móviles. Ha volcado sus conocimientos en la materia en *No eres lo que busco*, su primera novela.

Edición en formato digital: enero de 2017

© 2017, Laura Mavor
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2016, Eduardo Iriarte Goñi, por la traducción

Diseño de portada: Cover Kitchen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, (http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01938-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Cuando estés solo y la vida haga que te sientas un solitario, / siempre puedes ir al centro. / Cuando tengas preocupaciones, el bullicio y la prisa parecen ayudar, lo sé, en el centro…

[2] Servicio marítimo de la Guardia Civil.

[3] Unidad de Seguridad Ciudadana de la comandancia.

[4] Equipo de Mujer-Menor de la Guardia Civil.

[5] Ata una cinta amarilla alrededor del viejo roble. / Han pasado tres años, / ¿aún me quieres?

[6] Unidad Central Operativa.

[7] Servicio de Protección de la Naturaleza: unidad de delitos contra el medioambiente de la Guardia Civil.

Índice

No eres lo que busco

¡¡Finder!!

1. Me gustan los deportes de riesgo

2. Busco madura experimentada

3. No me hagas perder el tiempo

4. Interesado en gente seria y responsable

5. Soy nuevo en la ciudad

6. ¿Tomamos un café?

7. Quiero sacarte a bailar

8. En tu casa o en la mía

9. Escríbeme, siempre contesto

10. Sin foto no contesto

11. Quedamos y lo que surja

12. Nada de malos rollos

13. Gente sana, no drogas

14. No quiero que me mientas

15. ¿Qué haces esta noche?

16. Que se cuide por dentro y por fuera

17. Amante de los animales

18. Me considero una persona sincera

19. Lo siento, gracias por escribir, pero busco otra cosa

20. Que le gusten los musicales

21. Nos vemos en algún sitio discreto

22. Necesito tiempo para pensar en lo nuestro

23. Tenemos los mismos gustos

24. No respondo llamadas

25. No me van los tíos dominantes.

26. Tenemos que hablar

27. ¿Quedamos para otra cita?

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos

Notas